

Theotonio dos Santos

IMPERIALISMO Y DEPENDENCIA



República Bolivariana de Venezuela

Fundación



Biblioteca Ayacucho

Claves Políticas de América es una colección creada por la Biblioteca Ayacucho con el propósito de mostrar lo más significativo de la historia de los movimientos y procesos políticos ocurridos en nuestro continente. Aborda su materia a partir del pensamiento de los liderazgos históricos, de los nombres y movimientos colectivos en torno a los cuales se forjaron procesos importantes en sus países de origen, pero que deben ser entendidos como conjunto dentro de la historia política y social latinoamericana y caribeña. La colección gira entonces alrededor de procesos con participación popular, la figura de estadistas, políticos y jefes de Estado, su pensamiento, documentos y todo material que garantice la conformación de una imagen lo más plena y objetiva posible. Recorre el siglo XIX, a partir del momento en que se consolidan las nacionalidades, y luego el siglo XX. En la selección de los materiales se tendrá, como siempre, el criterio más amplio y científico, toda vez que no se busca privilegiar un solo tipo de pensamiento sino mostrar la diversidad de tendencias.

República Bolivariana de Venezuela
Fundación

Biblioteca Ayacucho



**IMPERIALISMO
Y DEPENDENCIA**

Theotonio dos Santos

IMPERIALISMO Y DEPENDENCIA

5

CARLOS EDUARDO MARTINS

Prólogo

RICARDO TAVARES LOURENÇO

MILTON MORALES

Traducción del Prólogo

República Bolivariana de Venezuela

Fundación



Biblioteca Ayacucho

© Theotonio dos Santos
© Fundación Biblioteca Ayacucho, 2011
Derechos exclusivos de esta edición
Colección Claves Políticas de América, Nº 5
Hecho Depósito de Ley
Depósito legal lf50120113202249
ISBN 978-980-276-490-7
Apartado Postal 14413
Caracas 1010 - Venezuela
www.bibliotecayacucho.gob.ve

Edición: Analy Lorenzo y Henry Arrayago
Corrección: Judith Herrada y Rosa Arévalo

Diseño de portada: DIGITALSPOT C.A.
Actualización gráfica de colección: Yessica L. Soto G.
Diagramación: Yessica L. Soto G.
Diagramación de portada: Luis Miguel Soria
Impreso en Venezuela/*Printed in Venezuela*

PRÓLOGO

1. UN PANORAMA DE LA OBRA DE THEOTONIO DOS SANTOS

Imperialismo y dependencia, publicado inicialmente en 1978 en México por la Editorial Era, es uno de los clásicos de las ciencias sociales latinoamericanas y expresa su proyección internacional. En él, Theotonio dos Santos reúne y reelabora trabajos anteriores: *La crisis norteamericana y América Latina* (1972), *Dependencia y cambio social* (1972) e *Imperialismo y corporaciones multinacionales* (1973). El libro ganó también publicaciones en Japón en 1978, en China en 1992, ampliando el alcance de las tres obras de que parte, editadas en Argentina, España, Portugal, Venezuela, Colombia y México.

Para comprender la importancia de *Imperialismo y dependencia* y lograr analizar su actualidad, debemos inicialmente situar su lugar en el conjunto de la obra de Theotonio dos Santos. Podemos dividirla en tres grandes etapas: la primera, que se constituye entre finales de los años 50, el golpe de Estado de 1964 y la clandestinidad en Brasil; la segunda, que se configura en los exilios chileno y mexicano; y la tercera, a partir de su regreso a Brasil. Esta división, no obstante, se conjuga con la larga continuidad que estructura el pensamiento del autor que desarrolla, acumula y lanza nuevas temáticas; se convierte en fundador y exponente de una escuela de pensamiento de enorme repercusión internacional, la teoría de la dependencia; y de su reorientación en el mundo contemporáneo a través de su participación en la formulación de una teoría del sistema mundial.

En la primera etapa de su actividad intelectual, Theotonio dos Santos se gradúa como licenciado en Sociología, Política y Administración Pública en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Federal de Minas

Gerais (FACE/UFMG), y obtiene el título de maestría en Ciencias Políticas por la Universidad de Brasilia (UNB) convirtiéndose en profesor en la misma casa de estudios. Entre 1960-1964 estudia sistemáticamente el marxismo a través de seminarios de lectura de *El capital* que lleva a cabo en conjunto con Ruy Mauro Marini, Vania Bambirra, Luiz Fernando Victor, Perseu Abramo, Teodoro Lamounier, Albertino Rodríguez, entre otros. Funda la Organización Revolucionaria Marxista/Política Operaria (ORM-POLOP), cuya dirección nacional asume en 1964, y se articula con los movimientos estudiantil, de favela* y campesino. Se dedica al análisis de la formación social brasileña y rompe con el nacionalismo metodológico¹ que orientaba las interpretaciones sobre Brasil, esbozando los elementos de una teoría de la dependencia –que desarrollará posteriormente– al comprenderlo a partir de su inserción en la economía mundial.

Además de la reinterpretación de la economía colonial y de la modernización agroexportadora, sus estudios destacan el papel central del capital extranjero en la génesis de la estructura de clases de la sociedad brasileña de la posguerra. En los procesos de acumulación de capital que en ella se desarrollan, se manifiestan las limitaciones de la hegemonía de la burguesía industrial brasileña que, al no romper con la dependencia tecnológica, se compromete con el latifundio agroexportador –fuente de divisas para la industrialización por sustitución de importaciones–, abandonando sus débiles banderas nacional-democráticas, a partir de la amplia penetración del capital extranjero en el sector industrial en la posguerra; y la crisis del populismo, el golpe de Estado de 1964, su base de clases y sus dimensiones y tendencias fascistas.

En este período, su principal trabajo fue la tesis de maestría *La clase dominante brasileña* (1964), cuya investigación fue la base para su libro *¿Cuáles son los enemigos del pueblo?* (1963). Su análisis sobre las perspectivas de Brasil destacaba: el papel simultáneamente dinámico, descapitalizador y cíclico que

* Designación utilizada en Brasil para los barrios pobres periféricos de las ciudades, sobre todo de Río de Janeiro. (N. del T.).

1. El nacionalismo metodológico se basaba en un enfoque analítico centrado en los Estados nacionales y en sus relaciones recíprocas, despreciando su inserción en la economía mundial, en cuanto totalidad, y el papel estructurador que ésta desempeña en la organización de las formaciones sociales nacionales.

el capital extranjero desempeñaba en el país; la inestabilidad política que provocaba su liderazgo sobre los procesos internos de acumulación; la insuficiencia del populismo como mecanismo de contención de las masas y la tendencia a su sustitución por soluciones dictatoriales y fascistas; o la debilidad del fascismo para afirmarse en condiciones de dependencia y apoyarse en un movimiento de masas nacionalista, de cara a su compromiso con la desnacionalización ejercida por el capital extranjero.

La capacidad de predicción que acompaña de forma general sus trabajos —y que es una fuerte característica de *Imperialismo y dependencia*—, se manifiesta, ya en este período inicial, en la anticipación del golpe militar de 1964, que el autor atribuye simultáneamente a la incapacidad de las izquierdas de superar el liderazgo ideológico de la burguesía nacional y a las dificultades de contención de los movimientos populares en el cuadro de la institucionalidad liberal-democrática. Analizando las dimensiones políticas y sociales de este movimiento en *La ideología fascista en Brasil* (1965), el autor señala que el golpe de Estado de 1964 se constituye a través de un compromiso entre las fuerzas políticas liberales de la burguesía y las fascistas, bajo la hegemonía de las primeras. Las últimas configuran el sector más radical de la contrarrevolución y tienden a expandir su influencia en el cuadro de esta alianza al realizar una política de represión total al movimiento popular, lo que se desarrolla en los gobiernos de Costa e Silva y Médici.

En el exilio chileno, que se inicia en 1966, se incorpora como investigador a tiempo completo al Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO) de la Facultad de Economía de la Universidad de Chile, del cual pasa a ser profesor titular en 1968. Entre 1968 y 1973 asume la dirección de investigación y docencia del CESO, y en 1972 y 1973, su dirección general. El CESO se constituyó en uno de los principales centros de elaboración del pensamiento latinoamericano en los años 60 y 70. Será el principal locus de formulación de la teoría de la dependencia, embrión de los análisis del sistema-mundo y punto de referencia para la intelectualidad revolucionaria regional y mundial. Entre 1967-1973 forman parte de sus cuadros, además de Theotonio dos Santos, nombres como los brasileños Vania Bambirra, Ruy Mauro Marini, Emir Sader, Marco Aurelio García, Jorge Mattoso y Teodoro Lamounier; los argentinos Tomás Vasconi e Inés Recca; los cubanos Germán Sánchez y José Bell Lara; el alemán André Gunder Frank; el francés Régis Debray; y los

chilenos Pío García, Orlando Caputo, Marta Harnecker, Cristóbal Kay, Sergio Ramos, Roberto Pizarro, Jaime Osorio, Cristian Sepúlveda, Álvaro Briones y Silvia Hernández, entre otros.

En este contexto, Dos Santos madura las bases de la teoría de la dependencia. Esta teoría no se reduce a una interpretación regionalizada, relativa al capitalismo de las periferias. Ella parte metodológicamente de la formación de una economía mundial monopólica, jerarquizada y competitiva como una dimensión indispensable de la base material de la acumulación de capital y punto de partida para la comprensión de los distintos capitalismo nacionales. La economía mundial capitalista genera convergencia y conflicto de intereses entre las diversas fracciones de clase que en ella ejercen el papel de dirección. Está constituida fundamentalmente por la relación entre las burguesías de los países centrales y periféricos, y sus leyes inciden de forma distinta sobre estas regiones, en función del poder económico diferenciado que poseen y de las relaciones de competitividad y compromiso que establecen. El surgimiento de países poscapitalistas y en transición al socialismo a partir de la constitución de la URSS, en 1917, aumenta su complejidad. La teoría de la dependencia redefine la teoría del imperialismo y da lugar a amplios estudios sobre la hegemonía y su crisis, bien como sobre la formación y las perspectivas de desarrollo de los países socialistas. El autor profundiza aun los análisis sobre el modelo político latinoamericano y sus alternativas, introduciendo su especificidad en el contexto de la actuación de los ciclos de Kondratiev sobre la economía mundial, una de las razones para conferirle universalidad.

Con la destrucción del CESO por la dictadura chilena, Theotonio dos Santos se desplaza hacia México, luego de permanecer seis meses refugiado en la Embajada de Panamá. En México, donde retoma sus actividades profesionales, se integra en 1974 como investigador del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Autónoma de México (UNAM) y profesor titular de la División de Postgrado en Economía y de las Facultades de Ciencia Política y Filosofía. En 1975 pasa a ser coordinador del Doctorado de Economía de la UNAM y, en 1978, jefe de la División de Postgrado de Economía de la misma universidad, cargos en los cuales permanece hasta su regreso a Brasil en 1979. En el exilio mexicano, a partir de las bases lanzadas por la teoría de la dependencia, se dedica a la elaboración de una teoría del sistema mundial que vislumbra como producto y fase superior a la teoría de la dependencia,

retomando un trabajo ya iniciado en el CESO, en compañía de André Gunder Frank, Ruy Mauro Marini y Vania Bambirra –parcialmente destruido por la represión chilena–, que se desarrolla en los años 70, 80 y 90, y en la primera década del siglo XXI, como parte de una gran articulación internacional de esfuerzos intelectuales².

Aunque va a centrar su énfasis en una problemática regional y latinoamericana, la teoría de la dependencia anticipa la teoría del sistema mundial, al destacar la existencia de una economía mundial en expansión como el elemento central de la acumulación de capital y situar el mundo como objeto de análisis condicionante para cualquier investigación regional o nacional. Theotonio dos Santos, junto a André Gunder Frank, será el más internacionalista de los teóricos de la dependencia. Él contribuirá de forma decisiva en la comprensión del funcionamiento de la economía mundial, integrando en una misma estructura teórico-metodológica, como instrumentos para su análisis, los conceptos de revolución científico-técnica y de ciclos de Kondratiev. Este aparato conceptual viene siendo desarrollado por el autor desde su exilio mexicano, y gana amplia proyección en sus trabajos a partir de su regreso a Brasil en 1979. Su análisis del sistema-mundial se va a articular fuertemente con su interpretación de las fuerzas productivas contemporáneas. Estas serán constituidas, a partir de mediados de los años 40, por una nueva revolución en los procesos productivos, destinada a sustituir las bases de la revolución industrial, y que se denomina revolución científico-técnica. Los estudios del autor sobre este tema, aunque bastante avanzados en México³, van a adquirir su forma madura en los años 80 y 90, en escritos como *Revolución científico-técnica y capitalismo contemporáneo* (1984), *Revolución científico-técnica y acumulación de capital* (1987), *Revolución científico-técnica y división internacional del trabajo* (1991) o *Economía mundial e integración regional* (1995).

2. Entre estos son notables no sólo los esfuerzos del propio Theotonio dos Santos, que reorienta la teoría de la dependencia para destacar en la economía mundial un tema central de investigación, sino los de André Gunder Frank, Samir Amin y, sobre todo, el grupo del Fernand Braudel Center, con Immanuel Wallerstein y Giovanni Arrighi, que desarrollarán, entre otros, los conceptos de moderno sistema mundial –como superestructura política de la economía-mundo capitalista–, ciclos sistémicos y de semiperiferia.

3. A mediados de los años setenta, Theotonio dos Santos organiza en México los seminarios sobre ciencia y tecnología con la colaboración de Leonel Corona.

Imperialismo y dependencia, como veremos, es expresión de este momento de continuidad de la teoría de la dependencia en una teoría del sistema mundial en la obra de Theotonio dos Santos. El libro analiza también la coyuntura de crisis y de amplia indefinición en la economía mundial de los años 70, donde se lanzan proyectos antagónicos para dirigirla. La actualidad del libro y del pensamiento del autor se revela en el agudo análisis que hace de estas tendencias y en el amplio grado de percepción de sus componentes fundamentales.

Luego de su regreso a Brasil, el autor despliega creativamente y profundiza las líneas de investigación anteriores a la luz de los desarrollos de la coyuntura mundial. Así analiza la globalización como articulada a una nueva etapa de desarrollo de la revolución científico-técnica que se mundializa. Esta lanza un desafío de largo alcance: la transformación de la economía mundial en una economía planetaria fundada en estructuras productivas y procesos de gestión mundialmente integrados. Para que se alcance este proceso de cambio, se hace necesaria la construcción de una civilización planetaria que imponga la cooperación sobre la competencia, integre la diversidad en la unidad, afirme la universalidad de la humanidad y se base en un socialismo mundializado, capaz de radicalizar y generalizar la experiencia democrática y garantizar la paz. Tal desafío choca contra los intereses de las grandes corporaciones multinacionales, de las burguesías dependientes y de parte significativa de la burocracia estatal, abriendo un período revolucionario y de transición. Las luchas sociales se profundizan y asumen cada vez más un carácter simultáneamente local, nacional, regional y global, aunque cada una de estas dimensiones preserve su autonomía relativa.

La victoria del neoliberalismo en la economía mundial en los años 80, decidiendo en favor del capital los conflictos planteados en los años 70, es vista por el autor como una solución regresiva que profundiza de manera brutal la potencialidad de sus conflictos. Incrementa las debilidades estructurales de la hegemonía estadounidense, vulnera de forma crítica su balanza de pagos, su legitimidad ideológica y de las instituciones que dirige. El neoliberalismo fue eficiente para promover el establecimiento de un nuevo ciclo de Kondratiev que se inicia en la economía mundial a partir de 1994, al reducir salarios, ampliar mercados e impulsar la desvalorización del capital constante. Con todo, su protagonismo que se prolonga en este nuevo ciclo

expansionista crea desequilibrios macroeconómicos, sociales y políticos profundos. La anarquía y la competitividad en que se basa, limitan la coordinación de las reformas profundas que el sistema mundial necesita, entre ellas, la transición para una gestión compartida de la economía mundial que incluya países emergentes como el BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) entre sus dirigentes. La especulación cambiaria y financiera en torno al dólar alcanza proporciones crecientes y restringe la expansión de la economía mundial y la inclusión de las capas populares y de las periferias. Se abre el espacio para la afirmación de la contrahegemonía en un proceso histórico colosal que reúne emergencias nacionales, regionales y movimientos sociales de carácter planetario.

En sus nuevas líneas de investigación, Theotonio dos Santos destaca el papel estratégico del BRICS en la organización de la contrahegemonía. Su eventual articulación podrá reunir un bloque histórico cuya fuerza económica, política, social e ideológica afectará de manera profunda la hegemonía de los Estados Unidos, propiciando la transición rumbo a una gestión cooperativa y democrática de la economía mundial. La acción concertada que formaría el BRICS tendrá que partir de las siguientes realidades: de la proyección de China y del este asiático en la economía mundial; del fortalecimiento de Rusia y de su posición geopolítica mediadora y articuladora entre Europa, Asia y el Medio Oriente; de la liberación de América Latina del yugo del neoliberalismo, donde Brasil puede ejercer un papel central; y del papel impulsor que Sudáfrica, empujada por estas fuerzas, puede llegar a tener en la integración regional africana. La liberación de América Latina de la ofensiva neoliberal cristaliza las luchas sociales en la región e impulsa la aproximación entre los movimientos sociales y ciertos segmentos del capitalismo de Estado como base de transición al socialismo.

Estas temáticas y el balance de las teorías de la dependencia y del pensamiento social desarrollados por el autor, principalmente a partir de los años 90, dan secuencia y reelaboran, como veremos, los estudios planteados en *Imperialismo y dependencia*, los cuales ampliaremos a continuación.

2. IMPERIALISMO Y DEPENDENCIA

2.1 PLAN GENERAL DE LA OBRA

Imperialismo y dependencia analiza la crisis y desintegración del período imperialista de la posguerra, bajo la hegemonía de los Estados Unidos, y los proyectos en lucha para la reconversión de la economía mundial. Esta es vista como articuladora de tres grandes formaciones sociales que incluyen los centros y periferias del capitalismo y el socialismo. Los Estados Unidos y sus empresas multinacionales ejercen un papel clave en la coordinación de esta articulación que supone la autonomía relativa de las partes integrantes. Mientras la crisis de esa hegemonía, a partir del establecimiento, entre 1967-1973, de la fase b de un ciclo de Kondratiev, abre grietas profundas en esta articulación, amplía el grado de autonomía de las partes integrantes y el espacio para la ofensiva socialista y nacionalista. La prospección de las alternativas que se inician para la reconstrucción de la economía y el mapeo de las principales fuerzas sociales en formación constituyen uno de los puntos álgidos del libro y un indicador consistente de la metodología interpretativa que desarrolla.

El libro analiza además la crisis del pensamiento y de la ideología hegemónica estadounidense, formulando la crítica al keynesianismo*, a la teoría del desarrollo y al pensamiento geopolítico de la Guerra Fría. Formula las bases de la teoría de la dependencia y la reivindica junto a la teoría de los ciclos largos como herramientas analíticas para la comprensión del funcionamiento de la economía mundial y de la constitución e integración de las periferias bajo el imperialismo y la hegemonía capitalista. El análisis de América Latina tiene un papel destacado, enfatizando sus características histórico-estructurales y etapas de desarrollo, en particular, las limitaciones de la dependencia industrial, que gana curso pleno en la posguerra.

El campo socialista merece gran atención del autor. Este es visto no como un bloque de naciones, sino como una fuerza global que se manifiesta bajo la forma de Estado, de fuerzas políticas e ideológicas o de movimientos

* Teoría basada en los postulados político-económicos del británico John Maynard Keynes (1883-1946). (N. del T.).

sociales. Las experiencias de desarrollo socialista son analizadas en sus limitaciones concretas y señaladas las contradicciones entre las burocracias que la dirigen y su profundización en dirección al internacionalismo y al comunismo. De la misma forma, el autor se dedica al análisis de las principales fuerzas políticas e ideológicas del proletariado y apunta la construcción de su unidad en una perspectiva ofensiva como el gran desafío del socialismo y condición para su victoria e implementación.

2.2 LA ECONOMÍA MUNDIAL Y LA CRISIS DE LA HEGEMONÍA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Para Theotonio dos Santos, la economía mundial surge en el siglo XVI, dirigida por el capital comercial y por el capital usurario, constituyéndose en condición indispensable para el desarrollo posterior del modo de producción capitalista. Dirigida por los grandes centros europeos, con vocación para la conquista del globo y la disolución de los modos de producción precapitalistas, esta economía mundial capitalista crea dos grandes tipos de formaciones: las centrales y las coloniales o dependientes.

Los centros combinan la asociación entre Estados y monopolios empresariales que articulan la división internacional del trabajo, reservando para sí mismos las actividades de mayor intensidad tecnológica y destinando las actividades complementarias a las periferias. La colonización corresponde a los períodos de acumulación originaria y establecimiento del mercado mundial, necesarios para el desarrollo de la Revolución Industrial e implementación del modo de producción capitalista en los países centrales.

El desarrollo de la economía mundial capitalista vuelve las historias nacionales profundamente diferenciadas de acuerdo con la posición jerárquica que una formación social nacional ocupa en la división internacional del trabajo. Los países centrales no representan modelos avanzados para las formaciones periféricas, ni pertenecen a otra temporalidad. Construyen su historia, simultáneamente a las periferias, a partir de la posición específica que adquieren en la economía mundial. Si en los centros el interés nacional se apoya en la economía mundial para establecer un desarrollo de las fuerzas productivas que les favorece, en las periferias se subordina a los condicionamientos de esta economía. El aumento del subdesarrollo que pasa a constituir

las periferias exige como contrapartida la sobreexplotación del trabajo y torna la expansión de las fuerzas productivas mucho más contradictorias que en los centros, abriendo el espacio para que inicien la transición al socialismo. Se crea entonces una tercera formación, la socialista, que a partir de 1917 integra la economía mundial, disputando con el capitalismo su protagonismo, en la medida en que se constituye como la fase inicial de un modo de producción igualmente universalista: el comunismo. Este socialismo parte, sin embargo, de condiciones de escasez material, debiendo cumplir la misión de desarrollar la Revolución Industrial, tarea eminentemente burguesa —en la medida en que ésta constituye su base de fuerzas productivas—, lo que lo sitúa en condiciones muy específicas de acumulación primitiva, y le genera importantes distorsiones.

La economía mundial es dirigida por un país hegemónico que centraliza las tareas de su coordinación —como más adelante señalará la teoría del sistema mundial— y restringe su anarquía, impulsando ideologías, formas de dependencia y patrones de división internacional del trabajo determinados. Esta dirección es realizada por combinaciones específicas entre Estado y empresas que asumen formas particulares. Los países ibéricos, Holanda, Inglaterra y Estados Unidos se suceden en la gestión de la economía mundial y los períodos de desintegración de cada dirección son revolucionarios.

Theotonio dos Santos, en este libro, se preocupa especialmente del período que se constituye en la posguerra, bajo la hegemonía del imperialismo de los Estados Unidos. Esta etapa incorpora, bajo bases privadas, un nivel más avanzado de socialización de las fuerzas productivas que se expresa:

a) En el desarrollo de la concentración, centralización e internacionalización del capital mediante la afirmación de las empresas multinacionales.

b) En la ampliación del papel del Estado por medio de la proyección del liderazgo estadounidense en la economía mundial. Ésta se lleva a cabo a través de la difusión del keynesianismo, del establecimiento de un conjunto de instituciones multilaterales (Sistema de Bretton Woods, Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y GATT) y de iniciativas bilaterales (Plan Marshall, Punto IV, Alianza para el Progreso) que permiten la imposición del dólar como moneda mundial. Completa este cuadro la construcción de una red de poderes militares (OTAN, TIAR, etc.) e ideológicos (el integrismo en torno al liderazgo estadounidense para la defensa del mundo occiden-

tal) que posibilitan la ocupación disfrazada de países aliados, la desestabilización de procesos contrahegemónicos y la guerra en zonas periféricas y de vinculación geopolítica indeterminadas para contener la alianza de los movimientos de descolonización al bloque socialista (casos, en particular, de Corea y Vietnam).

c) En el proceso de una nueva fase de la división internacional del trabajo. Las corporaciones multinacionales son su célula y expresan el desarrollo de la revolución científico-técnica que convierte a la tecnología en obsoleta antes del agotamiento de su vida útil. Exportan maquinarias y materias primas industrializadas como capital, produciendo para el mercado interno de los países dependientes y apropiándose directamente de su fuerza de trabajo. Estos países, a su vez, mantienen una pauta exportadora intensiva en productos agrícolas y minerales.

Pero las contradicciones de la hegemonía estadounidense y del multinacionalismo comienzan a evidenciarse en los años 60. Ellas son la expresión, según Dos Santos, de la contradicción entre el monopolio y la internacionalización de las fuerzas productivas o, de una forma más general, de la contradicción entre sus bases privadas y su socialización creciente. La inversión extranjera aproxima la frontera tecnológica de los países centrales a la del *hegemón* y les permite impulsar su sistema de innovación. La recuperación económica de Europa occidental y de Japón posibilita el desarrollo de sus propias corporaciones multinacionales que pasan a disputar mercados internacionales. La moneda del país hegemónico, el dólar, al valorizarse, produce déficits en la cuenta corriente, limita sus exportaciones, eleva costos de producción y estimula la fuga de capitales hacia otras regiones. Los países dependientes, a su vez, al basarse en la sobreexplotación del trabajo, tienen restringidas sus posibilidades de apropiarse de la difusión tecnológica. Se especializan en productos no competitivos con los de los países centrales, pero las limitaciones de su mercado interno los impulsan a las exportaciones de productos manufacturados, creando una superposición parcial con la especialización tecnológica de aquellos.

Es en este contexto que surge, a partir de 1967-1973, la crisis de la economía mundial con el establecimiento de la fase recesiva del ciclo de Kondratiev. Su superación exigía la construcción de una nueva división internacional del trabajo donde se lanzan tres grandes fuerzas sociales: el multinacionalismo,

que apoyado en el neoliberalismo, profundiza las contradicciones entre las corporaciones multinacionales y la economía dominante, los Estados Unidos; el socialismo que, según el autor, como formación social se encontraba en expansión desde 1917, pero que como movimiento social y político necesitaba lograr la unidad en los países capitalistas entre fuerzas comunistas, socialistas, socialdemócratas, neopopulistas, socialcristianas y anarquistas para poder implementar un programa de superación del capitalismo y de transición a una formación social superior; y el fascismo, que surgiría como reacción nacionalista y localizada al neoliberalismo –sin mayores perspectivas globales– o en combinación con éste para detener el avance de las izquierdas.

Para el autor, la crisis de largo plazo tendería a aproximar las diversas fuerzas sociales y políticas que representaban las clases trabajadoras, pero para que éstas se unificasen en torno a un programa de transición al socialismo deberían superar varios obstáculos que confrontaban esta posibilidad. El primero, la tradición divisionista y sectaria que se impuso en los países centrales durante la Guerra Fría y que opuso a comunistas, de un lado, y a socialistas y socialdemócratas, del otro. El segundo, el antiinstitucionalismo de la nueva izquierda que surgió, al final de los años 60, como resultado de sus críticas a las burocracias sindicales y políticas y a la orientación reformista que ésta imprime a los partidos socialdemócratas, socialistas y comunistas. El tercero, las limitaciones que la burocracia estatal de los países socialistas estableció para el desarrollo de la revolución socialista. El socialismo, apunta Theotonio dos Santos, es expresión de las condiciones concretas en que surge y no de la aplicación mecánica de ideas puras. El hecho de emerger en condiciones muy atrasadas de desarrollo de fuerzas productivas hizo que se restringiese la absorción del Estado por la sociedad, que caracteriza la dictadura del proletariado según Marx, y que se cristalizase en el aparato administrativo una burocracia con intereses contradictorios. Si de un lado ella impuso la propiedad colectiva de los medios de producción y la planificación sobre el mercado, de otro lado restringió el avance del proceso revolucionario, oponiéndolo a los intereses de Estado, al asumir las tesis del socialismo en un solo país o región, que en realidad lo limitaba también internamente, al mantener y profundizar las desigualdades sociales asociadas a una dirección jerarquizada. En el plano internacional, la acción de esta burocracia confundió la búsqueda de una

política de paz y de coexistencia pacífica con el ablandamiento de la lucha de clases, pretendiendo convertir la transición al socialismo en un ejercicio de superioridad económica sobre las economías nacionales capitalistas, lo que llevó incluso a disputas nacionales entre intereses estatales socialistas distintos, cuya mayor expresión fueron las tensiones chino-soviéticas. Entre tanto desarrolló también la cooperación entre los países socialistas, lo que permitió a un país como Cuba contar con el apoyo militar y económico para desplegar la transición al socialismo con menores dificultades.

En el balance de las fuerzas socialistas que realiza entonces, el autor considera posible, aunque no probable, el avance en un nivel que imponga su protagonismo en la economía mundial e impida la superación por el capitalismo de la crisis de largo plazo en que ingresa a partir de 1967. El desarrollo de las fuerzas productivas en los países socialistas y el hecho de no generar los ciclos de Kondratiev eran razones para tener optimismo, pues les permitiría ejercer una importante ofensiva en la economía mundial. Esta ofensiva debería combinar tres tipos de actuación: el avance del movimiento revolucionario en los países centrales, el despliegue del intercambio solidario entre los países socialistas y el aumento de la integración económica de los países socialistas con la economía mundial capitalista. Esta integración haría concesiones a la economía de mercado, pero les permitiría, por otro lado, impulsar la base científico-tecnológica instalada para profundizar el desarrollo tecnológico, diferenciar el consumo y aumentar el tiempo libre, posibilitando un nivel de participación popular capaz de restringir la acción de la burocracia y transferir la dirección estatal a la propia sociedad, factor decisivo para el desarrollo del socialismo. Pero todavía las fuerzas revolucionarias y unificadoras eran minoría en el ámbito de la economía mundial y dispondrían de tiempo relativamente limitado para imponer su hegemonía internacional, pues la depresión capitalista alcanzaba sus niveles más profundos, tendía a desorganizar las instituciones del proletariado y crear las condiciones para una nueva ofensiva imperialista.

El multinacionalismo, según Theotonio dos Santos, podría liderar la reorganización de la economía mundial si reestructurase la división internacional del trabajo, basándose para eso en un nivel mucho más avanzado de capitalismo de Estado. La producción sería reorientada para el mercado internacional y para esto el multinacionalismo se apoyaría en el neolibe-

ralismo impulsado desde el Estado. Se trataría de crear nuevos mercados para los grandes conglomerados y sus filiales, una vez que el desarrollo de la revolución científico-técnica había roto la relación positiva con el multiplicador keynesiano y que las escalas tecnológicas de las inversiones en los países dependientes chocaban con los límites de la sobreexplotación de la fuerza de trabajo. El autor señalaba el hecho de que este movimiento provocaría no sólo contradicciones interimperialistas, sino también en el interior del bloque capitalista estadounidense, madurando a largo plazo las condiciones para una ofensiva revolucionaria. La apertura del mercado estadounidense profundizaría los déficits comerciales y en cuenta corriente de la balanza de pagos, destruiría parte de la burguesía orientada al mercado interno, elevaría el desempleo y reduciría los salarios de los trabajadores. Las transferencias de tecnología para otros centros se intensificarían y debilitarían la hegemonía estadounidense que se conjugaría con el surgimiento de subpotencias regionales, hacia las cuales serían dirigidos los sistemas tecnológicos más atrasados. Tales saltos tecnológicos en los países dependientes priorizarían la producción de partes y componentes, y de materias primas industrializadas para los países centrales, profundizarían la sobreexplotación del trabajo y buscarían evitar el desarrollo del sector I, productor de maquinarias, pues esto haría de la dependencia una expresión puramente política y materialmente innecesaria. El nuevo grado de internacionalización capitalista, sin embargo, profundizaría la contradicción entre la integración mundial y sus bases privadas y no conseguiría evitar por completo la tendencia a la difusión del sector I, incluso mediante su fragmentación mundial. Tal contradicción establecería los términos de la paradoja de la dependencia, donde al mismo tiempo en que ésta aumenta, se disminuye la necesidad objetiva de ella, desarrollándose simultáneamente en el proceso de internacionalización su cara dependiente y su cara liberada.

De esta forma, se crearían las condiciones para la articulación entre procesos revolucionarios en los países dependientes y en los países centrales. En los países dependientes, el aumento de la interdependencia y de la sobreexplotación del trabajo abriría el espacio para una ofensiva socialista que tendería a expandirse desde el punto de vista regional y afirmar la soberanía económica, política e ideológica en un espacio mundialmente integrado. En los países centrales, la utilización del trabajo sobreexplotado de las periferias como ins-

trumento de reducción salarial reorientaría las bases de la nacionalidad, oponiendo el liderazgo ideológico ejercido por las corporaciones multinacionales a los movimientos sociales, lo que permitiría liberar a los trabajadores de la subordinación ideológica al imperialismo. Frente al crecimiento molecular o concentrado de la ofensiva popular, el multinacionalismo se aproximaría tendencialmente al fascismo como alternativa para su sustentación, combinándolo con el neoliberalismo. Se trata, sin embargo, de un fascismo sin grandes movimientos de masa y apoyado en el Estado en razón de la progresiva desaparición de la pequeña burguesía. Su capacidad de movilización variaría de acuerdo con sus posibilidades de activar una cultura imperialista y chovinista y, con ella, un creciente *lumpemproletariado*. El autor indica la experiencia chilena como precursora del desarrollo de este fascismo estatal.

Una evaluación contemporánea del análisis prospectivo de la economía mundial por Theotonio dos Santos, en los años 70, evidencia su impresionante actualidad. Consideramos relevante destacar los siguientes puntos:

a) Entre 1967-1973 se abrió de hecho una crisis cíclica de largo plazo, con las características mencionadas por el autor, que apenas será superada a partir de 1994. La recuperación se estableció por los caminos que el autor juzgó como más probables: liderada por el multinacionalismo que profundizó las contradicciones con la economía dominante al apoyarse en el neoliberalismo y en el desarrollo del capitalismo de Estado. Este paroxismo detectado por el autor es clave para comprender el período en que vivimos. A través del neoliberalismo, las corporaciones multinacionales profundizan la crisis de la balanza de pagos de los Estados Unidos, pero dependen de su liderazgo estatal y del apoyo del capitalismo de Estado para imponer su plan estratégico global, obtener ventajas frente a la competencia y establecer su dominación sobre los demás grupos y clases sociales.

b) Las crisis de legitimidad generada por esta alternativa, en función de la profundización de las contradicciones del multinacionalismo con otros segmentos sociales y de su impulso a la crisis hegemónica y a las tensiones interimperialistas, han llevado a la creciente aproximación entre neoliberalismo y fascismo⁴. Esta aproximación tiene su mejor expresión en el gobier-

4. El multinacionalismo ha llevado la sobreexplotación del trabajo a los países centrales al destruir la pequeña y media burguesía, elevar el desempleo, precarizar el empleo y reducir los salarios, como es el caso, en particular, de Estados Unidos.

no de George W. Bush, donde la cultura del terror impulsada por el capitalismo de Estado y la defensa del “libre mercado” y de la competencia se vinculan de forma umbilical. A través de esta fusión, segmentos más imperialistas de la alta burguesía estadounidense buscan imponer por la fuerza sus intereses internacionales y rechazar internamente la agenda de la inclusión social.

c) Las fuerzas socialistas están de hecho en avance secular desde 1917. Este avance aparece bajo la forma combinada de movimientos sociales revolucionarios, integración económica de los Estados socialistas en la economía mundial y del desarrollo de su intercambio político. Sin embargo, la dialéctica de este avance puede traer como consecuencia violentas tensiones entre sus partes, llevando a importantes disoluciones para que nuevas etapas de desarrollo sean alcanzadas. La experiencia del socialismo en un solo país o región se tornó insustentable para enfrentar los desafíos del capitalismo globalizado. La satelitización de los partidos comunistas occidentales por el soviético y su control por los intereses nacionales de esta burocracia exigieron la liquidación de este paradigma, falsamente interpretado por los liberales y conservadores como una derrota definitiva del socialismo⁵. En este sentido, el autor señala las contradicciones entre las burocracias –en particular la soviética– y los intereses de conjunto de los trabajadores como un importante conflicto en el seno del movimiento socialista y sitúa de manera acertada, entre las condiciones para su superación, la capacidad de esta burocracia de liderar un desarrollo de las fuerzas productivas que le permita acumular ventajas en la economía mundial frente al capitalismo. Es verdad que en el análisis que entonces hacía Dos Santos hubo una sobreestimación de las posibilidades de la burocracia soviética en cumplir este papel. Esta se comprometió con el estancamiento de la economía al no ser capaz de conciliar la propiedad colectiva de los medios de producción con la democratización de la gestión, impulsada por el paradigma tecnológico microelectrónico emergente en los años 70.

d) La combinación, como estrategia de avance socialista, entre movimiento social revolucionario, integración económica de los Estados socialistas en la economía mundial capitalista y el desarrollo de su intercambio

5. Ya en *La ideología alemana* (1846), Marx y Engels afirman que el comunismo depende para su desarrollo de la universalización de las fuerzas productivas y que cualquier victoria del comunismo que sea local está destinada a ser barrida por la expansión de las transformaciones.

político, mencionada por el autor, supone la autonomía relativa de estas formas y, con esto, la incapacidad de derrotar el sistema capitalista por vías que sean exclusivamente económicas o políticas. El desafío que la transformación socialista debe lanzar al capitalismo es el de articular varias formas de lucha, esto es, económicas, sociales, políticas e ideológicas que se desarrollan en la economía global, pero que de forma aislada asumen un carácter limitado y contradictorio con las metas de avance más sustantivo contra el actual sistema mundial. El capitalismo mundializa el desarrollo desigual y combinado, y con él la acumulación de contradicciones en las periferias avanzadas del sistema. El socialismo que emerge en estas regiones tiene el desafío no solo de erradicar la pobreza y la sobreexplotación del trabajo, sino el de superar la condición periférica. La integración a la economía mundial capitalista y la formulación de un “socialismo de mercado” que se establece en un país como China, restringe, desde el punto de vista local, ciertos avances socialistas que se alcanzaron en la etapa inicial, como el grado de extensión de la propiedad colectiva de los medios de producción, pero desde el punto de vista sistémico esta integración cuestiona la división entre centro y periferia, que es estructural para el desarrollo del capitalismo, sobre todo cuando, como en este caso, se trata de la emergencia de países continentales de vasta base demográfica. Por otro lado, los movimientos sociales que no lograron apropiarse del Estado, enfatizan la dimensión política en la transición al socialismo⁶. Promover la articulación entre Estados revolucionarios, movimientos sociales y la cooperación –esto es, el intercambio en bases políticas– entre los países periféricos y semiperiféricos es el elemento central de la transformación socialista global y una condición indispensable para su realización. Solo esto permite mundializar el poder económico que el socialismo alcanza en el seno de la propia sociedad capitalista y establecer el protagonismo de la solidaridad sobre las estrategias de competencias y las disputas estatales.

e) En los países dependientes, la nueva división internacional del trabajo, de hecho, profundiza la contradicción entre el aumento de la interdependencia y la subordinación a la economía mundial. En la mundialización

6. Las formas de la lucha política para impulsar estas tareas de transformación social asumen expresiones distintas desde el punto de vista de la articulación entre legalidad e insurrección, lo que corresponde en gran medida a las diversas circunstancias históricas en que se encuentran los distintos movimientos sociales.

contemporánea, el dinamismo económico pasa a ser impulsado por el desarrollo del sistema científico-tecnológico que acelera la difusión de los conocimientos y de las tecnologías. Pero para apropiarse de estos conocimientos es necesario desarrollar la capacitación interna de cada Estado, fuertemente asociada a la calificación de la fuerza de trabajo y a la formación de redes que descentralicen la decisión y la información. La tendencia a la internacionalización del sector I—en particular del segmento productor de maquinarias—es en gran parte esterilizada por la focalización del progreso tecnológico en los países periféricos, que orienta la innovación tecnológica para la generación de un aparato exportador de valor agregado limitado y sin capacidad de encadenamiento de las estructuras productivas internas, y por la sobreexplotación del trabajo. En los países dependientes se incrementan, aunque de manera discreta, los gastos en I&D*, el número de científicos e ingenieros, y el grado de calificación de la fuerza de trabajo. Sin embargo, la potencialidad de estas fuerzas productivas es fuertemente restringida. El neoliberalismo reorienta los gastos en I&D de la investigación básica y de los segmentos difusores de progreso técnico para concentrarlos en aplicaciones tecnológicas más específicas, y somete la capacidad de introducir innovaciones a la regulación de la competencia y productividad internacionales, donde juega un papel central la tecnología extranjera. El resultado es la relativa ociosidad del esfuerzo local de capacitación o un fin que restringe el desarrollo de los recursos locales. Para que se superen estos límites, como señala el autor, es necesaria la implementación de un régimen de transición al socialismo que rompa con la sobreexplotación, eleve el valor de la fuerza de trabajo y otorgue a los trabajadores un papel decisivo en el acceso, generación e implementación de conocimientos.

2.3 LA DEPENDENCIA Y LAS PERSPECTIVAS DE AMÉRICA LATINA

La formulación de la teoría de la dependencia y el análisis del desarrollo dependiente, en particular la forma que asume en la posguerra, es uno de los puntos más destacados de este libro de Dos Santos.

* Investigación y desarrollo. (N. del T.).

El autor define las relaciones de dependencia como aquellas en que un país sólo puede desarrollarse e impulsarse en función del desarrollo del otro. Estas abarcan tres niveles:

a) Una economía mundial dirigida por monopolios tecnológicos, financieros y comerciales capitalistas.

b) Relaciones económicas internacionales que impulsan la expansión de estos monopolios y establecen una división internacional del trabajo.

c) La formación de estructuras internas en los países dependientes que asimilan positivamente estos condicionamientos y los redefinen sin romper con los intereses generales que los guían.

La dependencia está fundada, pues, en una situación de compromiso entre los intereses que mueven las estructuras internas de los países dependientes y las del gran capital internacional. En esta articulación, el gran capital internacional ejerce una acción condicionante que establece los marcos generales del compromiso, redefinido a partir de la estructura interna de los países dependientes y de los intereses que allí predominen. Esto presenta un doble significado:

a) Las estructuras que mueven el compromiso en los países dependientes internalizan en líneas generales los intereses de los monopolios internacionales y la división internacional del trabajo que le es correspondiente, lo que limita fuertemente el grado de autonomía de su acción. La dependencia configura así estructuras económicas, políticas, sociales e ideológicas específicas que son condicionadas en última instancia por la dirección que el gran capital internacional ejerce sobre el sistema mundial. El compromiso tiene su principal fundamento en la búsqueda de plusvalía extraordinaria que mueve a las burguesías centrales o periféricas y en la desigualdad de poder tecnológico, financiero y comercial entre ellas, que convierte la asociación a los monopolios internacionales la fuente de plusvalía extraordinaria de la burguesía dependiente.

b) Si el compromiso que establece la dependencia está basado en la actuación de las estructuras internas de los países dependientes sobre la acción condicionante de los monopolios internacionales y su división internacional del trabajo, solamente las contradicciones en estos países que rompan el control de las burguesías periféricas sobre el Estado pueden llevar a la ruptura de la dependencia. Esta ruptura implica la superación de las estructuras

de poder internas y, en esta medida, el enfrentamiento con las estructuras de poder internacionales a las cuales éstas están articuladas. La superación de la dependencia implica el establecimiento de un régimen de transición al socialismo en los países periféricos, en función de las profundas vinculaciones de sus burguesías con los oligopolios internacionales. Las contradicciones entre las nuevas formas de poder generadas en la periferia y semiperiferia, y las estructuras de poder de la economía mundial son parte del desarrollo internacional de las luchas de clase y expresan el choque entre el socialismo y el capitalismo como modos de producción universales. Tales contradicciones presentan una amplia duración, acumulatividad y combinan guerras de posición y de movimiento extremadamente complejas para su resolución⁷.

El autor se dedica entonces al análisis de las leyes de funcionamiento de la economía dependiente en la medida en que constituye una estructura socioeconómica específica. Esta se basa en la sobreexplotación del trabajo, en el alto grado de concentración interna de capitales y en la acumulación externa de capitales. La sobreexplotación, que será estudiada en detalle en la teoría de la dependencia por Ruy Mauro Marini, surge como un resultado de la apropiación de plusvalía que la economía internacional realiza sobre los países dependientes –bajo la forma de desvíos del valor en relación con los precios o de remesas de ganancia, intereses y dividendos– y de la transferencia interna de estas pérdidas a los trabajadores para permitir que se sustente internamente la tasa de ganancia. Esta dinámica implica una doble explotación que mantiene intensos niveles de pobreza, miseria y subdesarrollo. El alto grado de concentración en la acumulación de capitales no es una expresión de la fuerza del capitalismo dependiente, sino de su debilidad. Es el resultado de la asociación de estas economías a la dependencia tecnológica, financiera y comercial que cristaliza una burguesía monopolítica en los países dependientes y de los límites al desarrollo del mercado interno establecidos por la sobreexplotación. La contrapartida de este proceso es lo que el autor

7. Los conceptos de guerra de posición y de movimiento fueron introducidos por Gramsci en el análisis político. Por guerras de posición el autor indica batallas ideológicas por la formación del consenso y la disputa de su hegemonía en el ámbito de una sociedad determinada, lo que se traduce en un lento desplazamiento del eje del poder; y por guerras de movimiento describe los movimientos insurreccionales que producen cambios concentrados en el poder político. Ambos procesos poseen dimensiones revolucionarias y establecen profundas articulaciones entre sí, en lugar de estar separadas de manera absoluta.

llama acumulación externa de capitales. Por este concepto designa un proceso donde el sector I, productor de capital fijo, no se internaliza plenamente en la economía dependiente y su reproducción se lleva a cabo de forma esencial a partir de la economía mundial.

Estos aspectos centrales que configuran las estructuras del capitalismo dependiente están presentes, aunque de forma distinta, en las diversas fases de su desarrollo. Dos Santos indica las siguientes etapas de desarrollo de la dependencia: colonial, tecnológica-financiera y tecnológica-industrial. La dependencia colonial corresponde a la hegemonía de los capitales comerciales y financieros sobre la economía mundial. Ella crea una estructura interna en los países dependientes fundada en la gran propiedad de la tierra y en el trabajo servil o esclavo para generar una producción exportadora, dirigida a los mercados europeos. Dos Santos, al contrario de algunos autores, extiende la dependencia al período colonial, indicando correctamente que el proceso colonial sólo puede instituirse al estructurar poderes internos que lo sustenten.

La dependencia tecnológico-financiera corresponde al período de Revolución Industrial en los países centrales y de exportación de capitales para el montaje de un aparato agro y minero exportador para la generación de materias primas y productos agrícolas consumidos en los países hegemónicos. En los países dependientes corresponde a la hegemonía de las oligarquías rurales y comerciales de las filiales del gran capital internacional que controlan el sector de infraestructura, de servicios –y en particular el sector financiero– y, a veces, la propia producción agrícola o mineral a través de economías de enclave.

La dependencia tecnológico-industrial se estructura a partir de la posguerra. Corresponde al período en que los países centrales alcanzan la revolución científico-técnica y transfieren, mediante las corporaciones multinacionales –preferencialmente como capital–, tecnologías industriales relativamente obsoletas para impulsar la industrialización de los países periféricos. Eso es posible porque, con el desarrollo de la ciencia, las tecnologías se vuelven moralmente obsoletas antes del agotamiento de la vida útil, lo que posibilita su reutilización por los países hegemónicos en regiones donde puedan representar liderazgo tecnológico.

En *Imperialismo y dependencia*, Dos Santos se dedica a analizar en detalle las formas que la dependencia tecnológico-industrial asume en América

Latina. Ella somete el período de la sustitución de importaciones y el nacional-desarrollismo a la inversión directa extranjera, que se orienta, sobre todo, a la producción de bienes de consumo durables dirigidos al mercado interno. No obstante, la inversión extranjera ejerce un papel contradictorio sobre el desarrollo de las economías dependientes. A diferencia del pensamiento desarrollista que consideraba el capital extranjero como un ahorro externo que contribuía a la elevación de la tasa de inversión latinoamericana, Dos Santos demuestra que éste se comporta efectivamente como capital, esto es, orientado a proporcionar tasas de ganancia positivas para sus propietarios, en este caso, no residentes.

El capital extranjero se dirige a los países dependientes para explotar de forma directa su fuerza de trabajo y transferir ganancias y dividendos a sus sedes nacionales y a las zonas más competitivas de la economía mundial, donde puede apoyarse en sistemas de ciencia y tecnología, y en la protección estatal para generar nuevos productos y procesos que le garanticen el dominio sobre la frontera tecnológica mundial y el liderazgo en los procesos de acumulación. Sólo obstinadas presiones competitivas locales que exigiesen reinversión para mantener posiciones en este mercado, o ventajas proporcionadas por la localización de ciertos productos y por sistemas de ciencia y tecnología locales podrían generar entradas sistemáticas de capital que superasen sus salidas. Sin embargo, los límites proporcionados por la sobreexplotación del trabajo y por el deterioro de los términos de intercambio, que la dependencia tecnológica produce, restringen la expansión de las inversiones. El papel ejercido por el capital extranjero se presenta cíclicamente: los períodos de entrada y de *boom* económico amplían de manera provisoria la elasticidad de la balanza de pagos y propician saltos tecnológicos, pero éstos son más que compensados por los períodos de crisis, que restablecen los déficits anteriores con mayor profundidad⁸.

Los superávits comerciales se constituyen en la principal fuente de crecimiento, en la medida en que son la única base sustentable de financiamiento de los déficits de la balanza de pagos⁹. El endeudamiento externo prolonga

8. Ver nuestro ensayo "Pensamento social", publicado en *Latinoamericana: enciclopédia contemporânea da América Latina e Caribe*, São Paulo, Boitempo, 2006.

9. Estos déficits son función de los monopolios tecnológicos, financieros y comerciales internacionales y se presentan en los pagos de fletes, en las remesas de ganancias, pagos de servicios tecnológicos, asistencia técnica, patentes, intereses y servicios de la deuda.

artificialmente el período de expansión, pero este proceso es insustentable, pues la escasez relativa de capital, que resulta de la propia expansión, tiende a elevar las tasas de interés internacionales y a comprometer parcelas crecientes de los futuros ingresos de capital en el refinanciamiento de deudas anteriores. Esto genera la tendencia al endeudamiento externo creciente y al estancamiento relativo del capitalismo dependiente. Pero esta tendencia al estancamiento relativo no significa en absoluto la imposibilidad de crecer. Significa, eso sí, un proceso de financierización del desarrollo dependiente que exige la transferencia creciente de riquezas al sector financiero para restablecer el equilibrio macroeconómico necesario para retomar el crecimiento. Esto se hace con la profundización de la sobreexplotación del trabajo y con el aumento de la desnacionalización. El fuerte crecimiento generado entre 1950-1970 tuvo su punto de partida en el proteccionismo, que permitió la generación de expresivos superávits comerciales, y en el bajo nivel de endeudamiento inicial, que resultó de la expresiva desvalorización de la deuda externa impuesta por el nacional-desarrollismo en los años 40, durante la crisis de la hegemonía en el sistema mundial.

La dependencia tecnológico-industrial crea estructuras internas específicas. Las filiales de las corporaciones multinacionales pasan a tener protagonismo en el desarrollo industrial. Se cristaliza un sector privado nacional monopólico y asociado, y se establece la fuerte intervención del capitalismo de Estado en apoyo a este modelo de desarrollo. Esta intervención se hace ampliando su actuación en los sectores de infraestructura, desarrollándose las escalas de producción y la oferta de insumos a precios subsidiados. Se preservan las estructuras agrarias tradicionales y se busca modernizarlas en función de la necesidad de mantener un importante superávit comercial para financiar el desarrollo dependiente.

Este patrón de desarrollo llega al límite de su agotamiento a finales de los años setenta, cuando el ciclo largo depresivo que alcanza a los países centrales entre 1967-1973 rompe el *boom* de expansión de los países dependientes. Convergen la crisis del sector exportador provocada por la economía mundial y los ciclos internos del capitalismo dependiente. Los mercados internos de los países dependientes se tornan limitados para asimilar las nuevas escalas de las inversiones industriales y la crisis del mercado mundial derrumba los precios de exportación de los países dependientes. Retomar el desarrollo exige

una amplia reestructuración económica, social, política e ideológica que pasa a ser disputada por tres grandes fuerzas sociales: el nuevo capital internacional, el capitalismo de Estado y el movimiento popular. A estas fuerzas corresponden tres grandes modelos cuyo diseño y posibilidades analiza el autor: el neoliberalismo, la dependencia negociada y el socialismo. Su hipótesis es el debilitamiento del capitalismo de Estado como alternativa independiente y la confrontación creciente entre el neoliberalismo y el socialismo.

El modelo neoliberal para ser implementado implica profundas contradicciones, pues exige: restringir las pretensiones de autonomía de las burocracias civil y militar, y subordinarlas a las empresas transnacionales; el establecimiento de una nueva división internacional del trabajo que limita el desarrollo industrial de los países dependientes y lo reorienta para las exportaciones, creando tensiones en los países centrales entre la reestructuración global de las empresas transnacionales, los capitales nacionales y los trabajadores—cuyos niveles de empleo son profundamente comprometidos por este proceso—; y una democracia restringida que preserve de modo simultáneo el gran capital de las presiones sociales y del poder de intervención de la burocracia estatal en el ámbito nacional o regional. Esto significa restringir pretensiones subimperialistas, profundizar la sobreexplotación del trabajo y la desnacionalización de la economía. Este último aspecto crea profundas tensiones con la burocracia estatal, en especial la militar, pero también con los movimientos populares. Por otro lado, la nueva etapa de transferencia de segmentos productivos para países semiperiféricos y periféricos, que busca apropiarse de su fuerza de trabajo barata, profundiza los déficits en cuenta corriente de los Estados Unidos y la crisis de su hegemonía.

El modelo de la dependencia negociada parte del fracaso de las ilusiones de la burguesía nacional sobre un desarrollo independiente. Se constata la existencia de una “dependencia externa” y se busca, desde el Estado, dirigir la asociación del bloque público y privado nacional con el capital extranjero, ampliando sus prerrogativas. Este modelo que presenta alto grado de regulación estatal se deriva en tres formas posibles de organización, no necesariamente excluyentes: la democracia restringida, donde la burocracia estatal posee gran prerrogativa de poder y utiliza su poder relativo, más que al movimiento social, como fuente de presiones y concesiones sobre el capital extranjero; el subimperialismo, que puede combinarse con el modelo

anterior, donde esta burocracia orienta su acumulación de poder para un protagonismo regional, restringiendo el mercado interno e impulsando la exportación de mercancías y de capital; y el “naserismo latinoamericano”, donde una corriente de militares establece una ofensiva nacionalista y antiimperialista, impulsando un proyecto de desarrollo que mantiene bajo control el movimiento social y hace del capital extranjero un elemento auxiliar. Según el autor, la primera y la segunda forma son las más estables de concretar este modelo, dado el alto grado de conflictos entre la dimensión nacionalista del naserismo y el protagonismo del capital extranjero. Sin embargo, el supuesto en que se basa la dependencia negociada, de relativo protagonismo de la burocracia estatal en la relación con el capital extranjero, se muestra contradictorio con la evolución de la dependencia, lo que la coloca en descenso y en proceso de asimilación por el modelo neoliberal.

El modelo socialista funda su legitimidad en el desarrollo de las fuerzas productivas en los países dependientes y en la profundización de la situación de subdesarrollo, sobreexplotación y pobreza. Para el autor, el modelo socialista debe desarrollar tres dimensiones: una perspectiva continental, una de largo plazo, y otra que permite combinar luchas insurreccionales y legales. Esto exige desarrollar una dirección político-militar capaz de impulsar un proceso de reformas sociales crecientes, que acumule una fuerte subjetividad popular y, en consecuencia, politice y divida las Fuerzas Armadas, para frente a la reacción desestabilizadora de las clases dominantes legitimar la superación de la legalidad burguesa y establecer el poder popular a través de la revolución socialista. Se trata de una articulación de alta complejidad.

Según Dos Santos, la perspectiva continental tiene su fundamento en el hecho de que la nueva etapa de integración de las fuerzas productivas en la región implica este nivel de organización. Aun así, una revolución continental es simultáneamente una construcción histórica, a ser alcanzada a través de victorias locales y parciales en los Estados nacionales y no se restringe a su simple sumatoria. Supone alianzas decisivas y fuerzas partidarias que puedan vincular de forma acumulativa estas victorias como guerras de posición de una lucha continental. La perspectiva de largo plazo, que le es inherente, exige la combinación entre el objetivo socialista que orienta la acción y las condiciones estratégicas y tácticas nacionales y locales para desarrollarlo e implementarlo. Para el autor, las posibilidades de éxito de este modelo están

vinculadas a la capacidad de articular las diversas formas de luchas y sus varios frentes. El desarrollo desigual y combinado profundiza las contradicciones en los eslabones más débiles, pero en caso de que la ofensiva del movimiento socialista no se articule a los eslabones más fuertes, esto es, a los sectores más avanzados de las fuerzas productivas, el proceso revolucionario no se extiende y puede ser derrotado. Para posibilitar esta difusión de las luchas sociales, cabe al movimiento popular explotar las contradicciones entre las fuerzas del capitalismo de Estado y el capital transnacional para dividirlos y derrotarlos en conjunto.

Un balance contemporáneo de estas tesis del autor permite destacar también su amplia actualidad. No sólo las tesis clásicas del autor sobre la dependencia han sido ampliamente confirmadas por los casi treinta años que transcurrieron luego de la publicación de *Imperialismo y dependencia*, sino también la postulación sobre sus leyes específicas de desarrollo, la crisis de largo plazo de los patrones que asume en la posguerra y las fuerzas sociales y modelos probables que se presentan para su reestructuración.

Nos gustaría terminar esta introducción destacando contribuciones decisivas del autor para las ciencias sociales, iluminadas por la historia reciente:

a) El análisis de las relaciones de poder en las estructuras dependientes y de la situación de compromiso que la define, lo que implica el abandono de los objetivos de protagonismo nacional y reformas sociales por parte de la burguesía local y el surgimiento de un movimiento socialista en sustitución al nacional-desarrollo tradicional.

b) El análisis de los patrones de desarrollo dependiente en la posguerra y su crisis de largo plazo. Dos Santos señala con acierto las formas de penetración del capital extranjero, su impacto contradictorio sobre la balanza de pagos, su carácter cíclico, su tendencia descapitalizadora de largo plazo y el papel estratégico de los superávits comerciales para impulsar el desarrollo. Los límites de esta penetración, en los años 70, vinculados a la crisis del sector exportador y a las restricciones del mercado interno –determinadas por la sobreexplotación del trabajo– son correctamente destacados por el autor, bien como la necesidad de una amplia reestructuración económica, social, política e ideológica, vinculada a la redefinición de la división internacional del trabajo para el establecimiento de nuevos patrones de desarrollo dependiente.

c) El análisis de las fuerzas sociales que mueven esta reestructuración y de sus tendencias de largo plazo. Se revela en extremo precisa su previsión del neoliberalismo como una fuerza que no dispensa el capitalismo de Estado, pero que lo incorpora de forma subordinada para reestructurar la división internacional del trabajo y presenta fuertes contradicciones con la hegemonía de los Estados Unidos y en los países dependientes, la cual tiende a confrontarse en estos últimos con la burocracia estatal, particularmente la militar. Su postulado del surgimiento de democracias restringidas, como forma de desarrollo político más adecuado a las nuevas élites políticas con fuerte dimensión empresarial y tecnocrática, revela asimismo enorme precisión. Estas nuevas élites pasan a sintetizar el legado de la dependencia a través de su nuevo protagonismo, incorporando y subordinando las élites tradicionales. Las democracias restringidas se generalizan en los años 80 y 90, como el modelo por excelencia de articulación del neoliberalismo con el capitalismo dependiente, sustituyendo las dictaduras militares y los procesos de sustitución de importaciones que regularon los Estados latinoamericanos en los años 60 y 70. A partir de mediados de los años 90, estas entran en crisis de legitimidad desarrollando la contradicción, que ya apuntaba Dos Santos, entre su precaria base social y la afirmación de los movimientos populares, lo que difiere en el mediano plazo el relanzamiento de las alternativas socialismo o fascismo, donde el primero alcanza condiciones estructurales más propicias para su establecimiento por corresponder al avance de las fuerzas productivas.

d) El análisis de los conflictos entre neoliberalismo y segmentos de la burocracia estatal. Previstos por el autor, se han mostrado de enorme importancia para el desarrollo del movimiento popular y de la perspectiva socialista. La afirmación de la República Bolivariana de Venezuela y el papel de los militares de medio y bajo rango en su desarrollo es bastante ilustrativa de estas posibilidades. Dos Santos llama a la construcción de un marxismo y de un socialismo dialécticos que se construyan basados no en identidades formales, sino en la superación de fuerzas históricas de las cuales se pueden apropiar y subvertir. En ese sentido, apuesta que el debilitamiento del capitalismo de Estado como alternativa independiente y la absorción conflictiva de parte de sus fuerzas por el neoliberalismo, abre el espacio para una importante ofensiva del movimiento popular y del pensamiento socialista sobre los cuadros de la tecnocracia militar y civil.

e) Su postulado sobre la identidad regional de los procesos revolucionarios latinoamericanos. Esta afirmación gana fuerza en la medida en que la integración de las fuerzas productivas torna las tendencias ideológicas de la coyuntura cada vez más extensivas, haciéndolas ganar espacio creciente en las agendas públicas nacionales. La elección de Hugo Chávez, Evo Morales, Daniel Ortega y Rafael Correa, y su articulación con Fidel Castro, Luiz Inácio Lula da Silva y Néstor Kirchner, han impulsado las fuerzas de izquierda y centro-izquierda en la región y desatado una enorme reacción conservadora, cuya confrontación está en proceso de maduración y dibujará el panorama de las luchas sociales en el próximo decenio. Al anticipar en casi treinta años esta situación, *Imperialismo y dependencia* nos ayuda a enfrentarla desde el punto de vista de la emancipación humana universal.

Carlos Eduardo Martins

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

El presente volumen de *Imperialismo y dependencia* tiene como base la cuarta edición publicada por Ediciones Era, de México, en 1986.

Para esta edición, revisada por el autor, se han adaptado algunas expresiones al uso del español, con el fin de brindar una mejor comprensión del texto, y se han sustituido por sinónimos o eliminado diversos términos a objeto de evitar la reiteración excesiva de los mismos. La bibliografía ha sido incorporada en las notas al pie, y se señalan con asterisco las que corresponden a Biblioteca Ayacucho.

Los corchetes son empleados tanto por el autor como por la editorial, colocándolos en cursivas para las intervenciones de esta última. Se conserva la escritura de los nombres chinos de acuerdo con el método Wade-Giles, vigente al momento de la publicación de la primera edición de este libro.

Debido a la gran cantidad de siglas existentes en el texto, se ha incorporado al final de este volumen un glosario de siglas, en el que se describe su significado.

B.A.

**IMPERIALISMO
Y DEPENDENCIA**

PRÓLOGO

Iniciamos nuestros estudios empíricos sobre la economía internacional, en Brasil entre 1964 y 1966, período en que éramos perseguidos por la dictadura militar recién instalada. La urgencia del tema era evidente para las fuerzas de izquierda. La dictadura iniciaba un proceso de fuerte integración de nuestra economía con la economía capitalista mundial, particularmente con Estados Unidos. Había que comprender muy claramente el carácter de esta integración. A fines de 1965, llegamos a la conclusión de que el sistema capitalista mundial había entrado en una nueva etapa de integración en la posguerra de 1939-45 y había iniciado un nuevo ciclo prolongado de crecimiento, apoyado en las empresas multinacionales, que parecía llegar a su fin y dar origen a un nuevo ciclo depresivo, caracterizado por una relativa desintegración, la que daría origen a una nueva fase del movimiento revolucionario mundial.

Estas tesis fueron planteadas en un informe político sobre la coyuntura internacional y desarrolladas en un libro sobre la crisis económica y política de Brasil, que, imposibilitado de publicarse en este país, fue mimeografiado en 1966 en Chile¹, país donde recién nos asiláramos después que, en un proceso sin defensa y sin ningún fundamento legal, fuéramos condenados en rebeldía por los tribunales militares de Brasil, bajo la vaga acusación de “mentor intelectual de la penetración subversiva en el campo”.

En Chile encontramos un ambiente adecuado para continuar nuestras investigaciones, sobre todo cuando en 1968-69, la reforma universitaria abrió

1. Estos estudios se incorporaron en el libro *Socialismo o fascismo, dilema de América Latina*, PLA, 1969. Desarrollamos en seguida una nueva investigación sobre el tema que se incorporó al libro *El nuevo carácter de la dependencia*, CESO, 1968.

la posibilidad de un gran desarrollo de la investigación y del pensamiento crítico. Creamos entonces, en el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO), un equipo de investigación sobre el imperialismo y la dependencia que, además de hacer una revisión de la bibliografía teórica sobre el tema, empezó a acumular un vasto material empírico. En el primer semestre de 1969 fuimos invitados a dar clases en Estados Unidos en la Northern Illinois University, oportunidad que aprovechamos para reunir un enorme material empírico sobre la economía, la sociedad y la política norteamericana. En esta tarea contamos con la ayuda de la Rabinowitz Foundation, por intervención de Paul Sweezy y Harry Magdoff. En diciembre del mismo año volvimos a Estados Unidos por invitación de Paul Sweezy para presentar una tesis en la Reunión Anual de la Asociación Norteamericana de Economistas, en la comisión sobre “economía política del imperialismo” que él organizó. En esa oportunidad pudimos discutir ampliamente con los miembros de la Asociación de Economistas Radicales que funcionó paralelamente al congreso y otros investigadores de diversas tendencias dedicadas al estudio de las corporaciones multinacionales.

De vuelta a Chile pudimos ampliar nuestro equipo de investigación y nuestros estudios. En el segundo semestre de 1970 hicimos un debate más amplio sobre el tema al participar en Tilburg, Holanda, del Congreso sobre Capitalismo 1970 y en Varna, Bulgaria, en la Comisión sobre Imperialismo y Movimientos Nacionales del Congreso Mundial de Sociología. Desde entonces mantuvimos un amplio contacto en reuniones y por correspondencia con diversos grupos marxistas y no marxistas que en Estados Unidos, América Latina y Europa se habían dedicado al estudio del capitalismo contemporáneo.

La victoria de la Unidad Popular (UP) en Chile aumentó nuestra responsabilidad por definir las nuevas políticas del imperialismo para América Latina. Fue en este amplio período de 1968 hasta 1973 que publicamos algunos de los trabajos aquí reunidos en forma de artículos y libros en la búsqueda de ofrecer nuestra contribución a un debate cada vez más intenso y necesario. Santiago de Chile, desde 1966, cuando ahí llegamos, ya se veía transformado en un importante centro de intelectuales de varias procedencias, que vinieron a contribuir, a motivar un ambiente intelectual bastante desarrollado sea por los cambios operados en América Latina, sea por los

cambios políticos en proceso en el país. Con el gobierno popular se produjo una verdadera explosión intelectual reflejada en las nuevas publicaciones, en las ediciones enormes de libros, en los innumerables seminarios, cursos y reuniones.

El golpe militar de septiembre de 1973 vino a cortar bruscamente los estudios sobre el capitalismo contemporáneo que teníamos en curso. A pesar del enorme esfuerzo que representaban los trabajos avanzados en tantos años, los perdimos sin amargura. Era tan grande el drama de aquel pueblo que se convirtió en nuestra segunda patria, que cualquier problema personal, aunque tenga un sentido colectivo como la investigación, se hacía y se hace mezquino. Los materiales que habíamos reunido y los nuevos que nos habían enviado los compañeros de North American Congress in Latin American (NACLA), para formar un centro de documentación sobre el capitalismo contemporáneo, fueron ahogados junto a la sangre de tantos.

Después de cinco meses de asilo en la Embajada de Panamá, encontramos en México la más cálida acogida de varios amigos en la UNAM, particularmente en el Instituto de Investigaciones Económicas y en la División de Estudios Superiores de la Escuela Nacional de Economía para continuar nuestro trabajo. Luego de algunos meses de investigación bibliográfica nos hemos convencido de que el nuevo estudio sobre el capitalismo contemporáneo, que habíamos programado, demandará mucho más tiempo del que preveíamos. A pesar de nuestra dependencia de Estados Unidos y del capitalismo mundial hemos dedicado en general, en América Latina, muy poco tiempo y esfuerzo en reunir la documentación tan grande que hay sobre el tema.

Por esta razón y porque hemos visto cuán poco se conocen en México los trabajos de otras partes de América Latina, nos sentimos animados a rehacer los escritos publicados en *La crisis norteamericana y América Latina*, *Dependencia y cambio social* e *Imperialismo y corporaciones multinacionales*, e incorporarlos a los resultados de nuevos estudios sobre la coyuntura internacional y a nuevos capítulos de discusión teórica, que intentan responder a las confusas críticas a la “teoría de la dependencia” para cuyo desarrollo mis trabajos habían contribuido de alguna forma, o por lo menos los críticos así lo creen.

Esta es pues la historia de este libro que quizás se ha extendido algo más de lo previsto, pero que, sin ser un tratado sobre los temas que estudia,

esperamos que reúna una buena parte de los elementos necesarios para su tratamiento sistemático.

Queremos aprovechar esta oportunidad para agradecer a los amigos del CESO hoy en día dispersos en varios países y particularmente al equipo de investigación sobre relaciones de dependencia y del área de investigación sobre capitalismo contemporáneo, a la Rabinowitz Foundation y a Paul Sweezy y Harry Magdoff, a las autoridades y amigos del Instituto de Investigaciones Económicas y de la División de Estudios Superiores de Economía, al amigo Peter Roman que tanto luchó para que fuésemos en 1969 a Estados Unidos, a proseguir nuestra investigación, pero que sobre todo luchó en 1973 para sacarnos de Chile cuando los militares nos negaban el salvoconducto y nos ayudó a obtener la visa para trabajar en la Universidad de la Ciudad de Nueva York en el Departamento de Ciencias Sociales que él dirige en el Hostos Community College. A pesar de su denodado y gigantesco esfuerzo no pudo quebrar las resistencias de la emigración norteamericana que no aceptó los reclamos de decenas de científicos sociales norteamericanos, políticos e intelectuales que intervinieron en favor del derecho fundamental de romper esta *cortina de hierro*, que la “democracia” norteamericana impone a los luchadores democráticos que se levantan en contra de los dictadores que sus políticos, su dinero y su policía imponen en todo el mundo.

Debo agradecer aun a Álvaro Briones que revisó y discutió gran parte del libro y a Marcelo Schilling que se ocupó de los índices y de la bibliografía final.

Vania Bambirra no solo intervino en el equipo de investigación sobre imperialismo y dependencia, en cuyas discusiones se gestó buena parte del libro, sino que alentó nuestro trabajo y participó activamente con sus críticas en su revisión final y en la preparación de las nuevas partes. Tengo que agradecerle de manera muy especial su dedicación muchas veces en detrimento de sus propias investigaciones.

México, junio de 1975

INTRODUCCIÓN

Este libro tiene por principal objetivo estudiar la naturaleza y el alcance de la crisis general del capitalismo contemporáneo. En ese sentido establece una demarcación bastante nítida entre la crisis general del capitalismo y sus manifestaciones particulares, como la depresión económica que se inició en octubre de 1973 y se terminó en el segundo semestre de 1975. En esta introducción pretendemos resumir la argumentación central y el camino expositivo que seguimos en esta obra de manera de ofrecer a los lectores el hilo del razonamiento general que la alienta.

1. IMPERIALISMO Y CORPORACIONES MULTINACIONALES

El imperialismo contemporáneo se define como una nueva etapa del capitalismo iniciada después de la Segunda Guerra Mundial, que se caracteriza por una alta integración del sistema capitalista mundial fundada en el amplio desarrollo de la concentración, conglomeración, centralización e internacionalización del gran capital monopólico, que se cristaliza en las corporaciones multinacionales, células de ese proceso, y en el aumento y profundización del vínculo entre el monopolio y el Estado. En el plano internacional, este sistema se resume en la imposición hegemónica de Estados Unidos, de su moneda nacional, de su ayuda económica, de sus fuerzas militares, en los acuerdos monetarios de Bretton Woods y sus aspectos institucionales (el Fondo Monetario Internacional, FMI y el Banco Mundial, BM), en la aplicación del Plan Marshall, del punto IV, de la Alianza para el Progreso y otros planes de “ayuda” impulsados por el Eximbank; en los tratados militares de Río de Janeiro,

de la Alianza Atlántica, del Sudeste Asiático y en todo un sistema de relaciones militares que permitieron a las tropas norteamericanas, formar una red internacional de ocupación disfrazada de los territorios de casi todos los países capitalistas. Ideológicamente este sistema se justifica como la expresión del “mundo libre” que se opone a la “tiranía comunista”, base de la “guerra fría” promovida por el capitalismo en contra del socialismo, tesis aún subyacentes en la etapa llamada de distensión.

Para comprender la etapa actual del imperialismo tenemos que partir del estudio de las contradicciones que encierra esta integración capitalista. Y que lo llevan necesariamente a un período de desintegración. Lo específico del momento actual es que este proceso de desintegración se da en el contexto de una realidad internacional en la cual el capitalismo se ve enfrentado no solo a una contradicción de clase interna, sino a un campo socialista dinámico que presenta una potencia similar a la suya.

La naturaleza de la crisis del imperialismo y de sus contradicciones internas no cambia por la existencia de esta situación internacional, pero sí cambian sus formas, efectos y resultados. La existencia de un fuerte campo socialista limita la capacidad de acción económica, política y represiva del imperialismo, crea condiciones favorables, en muchos casos, a la capacidad de autodeterminación de los países dependientes y facilita su rápido tránsito al socialismo apoyándose en la base material dada por el campo socialista, en el desarrollo científico no monopolizado por el capital y en la ciencia social marxista.

El imperialismo no logra resolver la contradicción entre la base nacional de su expansión (existencia de un mercado y un Estado nacionales fuertes en que se apoya tecnológica, económica, financiera, política y militarmente para realizar la expansión internacional del capital) y su creciente internacionalización (que supone libre movimiento de capitales, de mercancías y de recursos financieros). Esta contradicción se manifiesta en un aumento del carácter desigual y combinado del desarrollo capitalista que estimula el parasitismo del centro dominante y dinamiza otros polos de crecimiento (Europa y Japón) lo que, a largo plazo, lleva al enfrentamiento sea entre bloques de países, sea en las zonas periféricas, de los intereses nacionales imperialistas.

Esta situación no lleva sin embargo a un mayor desarrollo económico de las zonas periféricas y dependientes, las cuales son, para el capital interna-

cional, una base para la extracción de ganancias elevadas, para la colocación de sus productos a precios altos y para la obtención de materias primas y de productos agrícolas a bajos precios. Aumentan así las contradicciones entre los intereses que pugnan por el crecimiento económico del mundo dependiente y los intereses dominantes de los centros imperialistas, y se facilita el desarrollo de las tendencias revolucionarias que ven solamente en el paso al socialismo el camino capaz de asegurar el desarrollo y romper la dominación imperialista y las estructuras dependientes, que mantienen la situación de explotación y miseria.

La célula de esta economía internacional es un nuevo tipo de empresa que trasplanta hacia la escala mundial las poderosas técnicas de apropiación, administración y control privados de los resultados de la concentración tecnológica y económica, de la monopolización, de la centralización, de la conglomeración y de la intervención estatal. Este nuevo tipo de empresas vino a superar los antiguos *trusts* y cárteles que tenían una relación de complementariedad comercial con sus actividades en el exterior, desarrolladas en función del intercambio entre la exportación de manufacturas desde los centros industriales y la importación de productos agrícolas y materias primas desde los países subdesarrollados. Las modernas corporaciones multinacionales, no solo aumentaron significativamente el papel de los negocios internacionales en el conjunto de sus actividades, también se dedicaron a producir para el mercado interno de los países que reciben sus inversiones.

En su esencia, la corporación multinacional es un intento casi último de la empresa capitalista de responder a las necesidades creadas por la socialización de los medios de producción que crece a pasos gigantescos con el avance de la revolución científico-técnica y la incorporación de la automatización al proceso productivo. Ella encierra en su seno las contradicciones básicas del sistema al depender y enfrentarse al mismo tiempo con los Estados nacionales, al buscar una racionalidad y un planeamiento que chocan con los límites estrechos y arbitrarios, impuestos por la propiedad privada, de los medios de producción; al perfeccionar las técnicas de “racionalización” de su anarquía interna bajo la forma de la conglomeración de actividades dispares, que en la práctica aumenta el desperdicio y la irracionalidad que se oculta tras su pretendido “planeamiento”.

La nueva fase del gran capital apoyado en las corporaciones multina-

cionales lleva a una nueva división internacional del trabajo, que supone un aumento de la industrialización de las materias primas y de productos de menor avance tecnológico y su exportación a los centros dominantes, particularmente hacia Estados Unidos que se especializaría en la exportación de bienes y servicios de alto contenido tecnológico y de capitales, elevando a niveles altísimos el parasitismo típico de las potencias imperialistas.

Mientras el capitalismo lograba mantener un alto ritmo de crecimiento durante la parte ascendente del ciclo de la posguerra, las justificaciones ideológicas de esta irracionalidad parecían “científicas” y apoyadas en los hechos. Al mismo tiempo, la oposición política al gran capital se veía parcialmente neutralizada por las conquistas económicas y sociales de los trabajadores, estas emanaban, por una parte, del mayor ingreso a ser distribuido y, por la otra, del aumento del poder de regateo de los trabajadores gracias a la situación de relativo pleno empleo alcanzada por las economías en crecimiento. La capacidad de aumentar los ingresos de los trabajadores e incorporar dinámicamente nuevos sectores de la pequeña burguesía a la actividad económica llevaba a que, ideológicamente, la oposición obrera tendiese hacia el reformismo y aumentara sus esperanzas en el sistema. La ideología pequeñoburguesa impregnaba de su idealismo al movimiento popular. El caso norteamericano es muy indicativo. Después de los avances sindicales, políticos e ideológicos de los años 30 y 40, el movimiento obrero norteamericano es ganado hacia el anticomunismo y el frente popular que sostuvo la segunda fase del *New Deal* y la lucha antifascista se deshizo como por arte de magia.

Desde la década del 60 se vienen recomponiendo las bases de una coalición de fuerzas populares en Estados Unidos, la cual se expresa aún en formas contradictorias: en el nuevo ascenso del movimiento *antitrust* de contenido liberal pequeñoburgués, en el movimiento contra la guerra de Vietnam, en los movimientos estudiantiles de vanguardia, en un fuerte sentimiento antiimperialista, por la paz y antimonopólico, agravado por los resultados de las crisis económicas locales e internacionales.

En estas condiciones se van dibujando las bases de un programa de transformaciones sociales en Estados Unidos, cuya radicalización podrá dar origen a un movimiento o partido antimonopólico, antiimperialista y democrático apoyado en un movimiento obrero renovado, en la juventud universitaria y en la intelectualidad liberal de izquierda. Quizás, en el seno de

este movimiento o a su lado podrán crecer los brotes de una intelectualidad marxista que recién despunta en este país de fuertes tradiciones antiintelectuales.

Las contradicciones del imperialismo empiezan a madurar en su propio centro y buscan un canal de expresión política e ideológica.

2. LA CRISIS DEL IMPERIALISMO

La larga fase de crecimiento continuo de la posguerra, la aplicación relativamente exitosa de técnicas anticíclicas de inspiración keynesiana y la posición defensiva del movimiento revolucionario en los países industrializados produjeron una euforia en el campo ideológico y particularmente en la ciencia económica –campo fértil para la apologética burguesa–. Las tesis del capitalismo poscíclico, de la sociedad de consumo, de la opulencia, del Estado de bienestar, de la sociedad industrial y tantas otras, buscaban eternizar los resultados positivos de un capitalismo aparentemente aplastante, reformado y revitalizado.

Esas versiones apologéticas no buscaron explicar las razones que daban origen al período cíclico de crecimiento, las que, por tanto, establecían, al mismo tiempo, sus límites; ni tampoco quisieron reconocer como crisis cíclicas y como expresión de la innegable permanencia del ciclo, las depresiones y recesiones económicas del período. Hoy en día, cuando la depresión asume un carácter dramático se improvisan explicaciones y justificaciones que no cuestionan esta “ciencia” de opereta, con sus galardones, elegancias estilísticas y otras fachadas necesarias para encubrir su fracaso real.

Es necesario señalar que la gran burguesía no creyó nunca en esas versiones ideológicas que reservaba para el gran público. Sus verdaderos economistas continuaron preocupados con el ciclo económico, con los movimientos financieros, con los déficits fiscales y las balanzas de pagos negativas.

El marxismo, por su lado, después de que algunos autores previeron equivocadamente la imposibilidad de una significativa recuperación capitalista en la posguerra, cayó en una posición defensiva y solamente bajo el impacto de la crisis norteamericana de 1958-61 se empezó a plantear una perspectiva de cuestionamiento de la expansión ininterrumpida. Pero, dada la forma de esta crisis, se generó una teoría que preveía una estagnación relativa,

sin depresiones importantes y sin grandes períodos de crecimiento. Una vez más, el *boom* de 1962 a 1966 vino a complicar el revisionismo teórico.

¿Qué nos dicen, sin embargo, las evidencias empíricas? Los estudios sobre ciclos económicos de largo plazo constatan en general la existencia de olas cíclicas de 40 meses, 10 años y 60 años. Las explicaciones de estas olas de crecimiento y depresión son, sin embargo, poco consistentes y se podría creer que no tienen por qué repetirse. Es posible, no obstante, explicar los ciclos de largo plazo por la incorporación de inventos importantes para la economía, que provocan modificaciones significativas en la composición orgánica del capital, en la tasa de ganancia, en el ejército industrial de reserva y en el nivel salarial, así como en el plano institucional (concentración empresarial, centralización financiera, internacionalización del capital e intervención estatal). Estas modificaciones positivas para la tasa de crecimiento del producto alcanzan un límite en un plazo cercano a los treinta años y se hace necesario un nuevo período depresivo de la misma duración para provocar los ajustes necesarios a un nuevo ciclo ascendente. La depresión conduce a un aumento del ejército industrial de reserva, a una consecuente rebaja salarial, a un aumento de la composición orgánica del capital, de la tasa media de ganancia y de los excedentes de capital que permiten iniciar una nueva etapa de crecimiento.

Si estudiamos con detenimiento el gran ciclo de la posguerra podemos aislar teóricamente sus causas particulares y constatar en consecuencia sus límites. La incorporación al ciclo productivo de los cambios tecnológicos operados durante la guerra en la industria electrónica, en la petroquímica y en la energía atómica; el aumento de los gastos estatales, particularmente el estímulo a la industria de guerra y al gasto militar y educacional; la reconstrucción europea y japonesa y la industrialización de vastas regiones del Tercer Mundo; los cambios de productividad de la agricultura con el aumento del consumo de bienes industriales (abonos, fertilizantes, pesticidas, etc.) configuran un conjunto de inversiones incorporadas primero en Estados Unidos y extendidas en seguida al plano internacional.

Todas esas novedades llegan a su límite en la década del 60: el proceso de expansión internacional se completa con el fin de la reconstrucción europea y japonesa y de la llamada sustitución “fácil” de importaciones en los países más industrializados del Tercer Mundo; la industria de guerra entra

en crisis al producirse saltos tecnológicos cuya aplicación exige una nueva etapa de acumulación, y la revolución científico-técnica en proceso exige una importante renovación del parque industrial instalado, con la introducción masiva de la automatización, el aumento del consumo público en escalas gigantescas y los consiguientes cambios en el capitalismo de Estado y en su grado de intervención económica; aun en el plano internacional, se plantea la necesidad de una nueva división internacional del trabajo y nuevas reglas financieras que aseguren la liquidez de un sistema financiero que creció sobre la base de un endeudamiento de los países dependientes que es imposible de pagarse sin violentas moratorias, quiebras y reajustes.

Por otro lado, los datos revelan que los ciclos de cuatro y diez años se presentaron en Estados Unidos en 1949, 1954, 1958 y 1961. En Europa y Japón los ciclos asumieron formas muy blandas y poco perceptibles debido a la reconstrucción masiva de la posguerra.

Los hechos revelan pues que el ciclo ascendente de largo plazo tiene explicaciones muy precisas y que los ciclos menores no han desaparecido sino solamente se han atenuado.

Por otro lado, hay un buen número de datos sobre la economía norteamericana que revelan un aumento del margen de desempleo permanente o estructural; mientras en el conjunto del capitalismo la constante inflación que se agigantó en la década del 60 revela los límites de la intervención estatal y del consecuente déficit fiscal, así como del manejo deficitario del dólar, de los gastos militares imperialistas y de un comercio mundial fundado en el más aventurero endeudamiento.

A partir de 1967 se inicia un nuevo patrón de comportamiento de la dinámica capitalista mundial. De un período de crecimiento continuo solamente empañado por pequeñas crisis se pasa a una etapa de crisis constantes marcada por recuperaciones cortas. Podemos aceptar con buen fundamento teórico que se trata de un nuevo ciclo depresivo que deberá mantenerse a largo plazo con las características de los ocho primeros años ya transcurridos de crisis general. El fundamento de esta afirmación se encuentra, en parte, en la observación general de los ciclos de larga duración que hemos señalado y, en particular, en la constatación del agotamiento de los factores que llevaron a la fase ascendente de la posguerra. Cabe pues analizar más en detalle el comportamiento de la economía norteamericana e internacional en esos

ocho años para lograr definir sus constantes y la evolución posible de los acontecimientos mundiales.

Hemos logrado diferenciar en este período tres ciclos cortos. Un primer ciclo depresivo va de 1967 a 1971 pasando por una pequeña y artificial recuperación en 1968. Un segundo ciclo se caracteriza por una fuerte, corta y especulativa recuperación entre 1972 y 1973. Un tercer ciclo es marcado por una fuerte, generalizada, continua y larga depresión entre 1974 y 1975. En el segundo semestre de 1975 se anuncia una nueva recuperación, cuyas características podremos prever en función del análisis de los ocho primeros años de la crisis general en proceso o, dicho de otra manera, del ciclo depresivo de largo plazo.

En resumen, lo que podemos concluir del análisis de esos tres períodos cíclicos es que el capitalismo se ve imposibilitado de remontar la crisis general en que se ahoga, sin importantes cambios de estructura, lo que supone necesariamente un largo período, cuya característica principal son los lapsos depresivos. Estos cambios estructurales tienen que crear necesariamente las condiciones de un nuevo equilibrio económico y superar así los límites actuales que impiden un nuevo período de acumulación capitalista. Después de un anuncio de recesión que se produjo en 1967, con una baja internacional generalizada de la tasa de crecimiento económico, los gobiernos capitalistas intentaron una recuperación artificial en 1968. Luego se pudieron observar los graves efectos económicos (inflación, crisis del dólar y la libra, aumento del proteccionismo, amenaza al comercio mundial) y políticos (ola contestataria de masas a nivel mundial cuya expresión más alta fue el Mayo francés) de esas medidas. No hubo otro camino sino adoptar las restricciones al crecimiento que llevaron a la recesión de 1969 a 1971. En Estados Unidos lo que se inició como una recesión asumió el carácter de una abierta depresión en 1970 y en Europa esta se definió en 1971. Por ese entonces empezaron a repuntar los efectos políticos de la nueva situación. El fin de los “milagros económicos” y de la economía de “abundancia”, el aumento del desempleo y las embestidas contra las conquistas salariales alcanzadas en los años de bonanza económica acentuaron las contradicciones de clase en los países industrializados. Asimismo, en el plano internacional, aumentaron las contradicciones interimperialistas y los movimientos reivindicativos de los países dependientes. Esas tendencias fueron agravadas por el avance económico y

militar del campo socialista, que condujo en 1970 al equilibrio militar entre la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y Estados Unidos.

En términos políticos generales estos cambios llevaron a un crecimiento de los movimientos de centroizquierda. La socialdemocracia llegó al poder en casi toda Europa, y en los países donde los partidos comunistas tenían mayor peso, creció su capacidad de lucha y se empezaron a crear las condiciones para una unidad entre comunistas y socialistas. Inesperadamente fue en un país dependiente, Chile, donde una alianza liderada por comunistas y socialistas llegó al poder en 1970, realizándose un experimento de interés mundial. Esto fue posible dadas las características particulares del Partido Socialista Chileno, que además de defender una línea de frente de trabajadores se definió por el marxismo-leninismo en 1967. La participación del Partido Radical chileno en el Gobierno garantizó el apoyo de la socialdemocracia europea. Por eso, fue un acto desesperado el de Nixon al aplastar por la violencia más descarnada esta experiencia, exponiéndose a una confrontación con la socialdemocracia y arriesgando seriamente la política de distensión con la URSS.

La acción golpista en Chile fue parte de una contraofensiva de Estados Unidos que buscaba recuperar el prestigio perdido a partir de 1967. Ella se apoyó en las condiciones económicas creadas por la recuperación de 1972 a 1973. Esa recuperación había empezado en el segundo semestre de 1971 y alcanzó su cumbre en el período entre principios de 1973 y octubre del mismo año cuando el embargo petrolero determinado por la crisis militar del Medio Oriente anunció el comienzo de una grave depresión que analizaremos más abajo.

Es necesario señalar algunos aspectos de esta recuperación. Ella fue en primer lugar muy corta. En segundo lugar, elevó la inflación internacional a niveles de alta peligrosidad para las operaciones capitalistas de día a día y para el funcionamiento del sistema en general. Esta inflación llegó a alcanzar a los productos agrícolas y materias primas y provocó, en 1973, una modificación de los términos de intercambio internacionales en favor de los países dependientes. Con el embargo petrolero y el súbito aumento del precio del petróleo se provocó una nueva redistribución de los recursos financieros internacionales que causó gran pánico en los países industrializados. En tercer lugar, las inmensas inversiones del período no alteraron sustancialmente al

sistema productivo ni lograron provocar una rebaja significativa de la tasa de desempleo.

A pesar del optimismo artificial creado en este corto período, los hechos indicaban claramente los límites de esa recuperación y apuntaban hacia nuevas medidas restrictivas que llevarían inevitablemente a una depresión bastante grave.

Y esto fue lo que sucedió. En octubre de 1973, los datos comenzaron a señalar el fin del *boom* de 1973. Empezaron las medidas restrictivas y entre 1974 y el primer semestre del año actual (1975) la depresión reveló toda su intensidad. Quedó claro, desde su comienzo, que si se pretendía por lo menos mitigar la inflación no bastaba una simple recesión. En su transcurso, la depresión reveló su carácter agudo expresado en la mayor alza de la tasa de desempleo, y la más acentuada baja del producto nacional bruto, de la producción industrial, de los valores bursátiles, del comercio mundial, del movimiento de capitales, y otros indicadores depresivos, desde la crisis de 1929-32.

Los acontecimientos políticos se precipitaron. En el seno de la crisis se radicalizaron algunos gobiernos del Medio Oriente, cayeron la dictadura griega y la portuguesa, se inició la descolonización portuguesa en favor de los movimientos más radicales de liberación colonial, se planteó el camino socialista para Portugal, cayó el imperio etíope, y Estados Unidos tuvo que abandonar Vietnam del Sur derrotado. En Inglaterra, una heroica huelga obrera derrumbó el gobierno conservador e instaló en el poder un gobierno laborista de centro pero bajo una fuerte presión obrera de izquierda. En Francia, la coalición popular dirigida por un frente socialista-comunista por poco llegó al gobierno; en Italia, la crisis de la Democracia Cristiana se profundiza, la derecha es derrotada en un plebiscito sobre el divorcio y los socialistas abandonan el gobierno aproximándose al mayor partido comunista de Occidente; en España, tambalea el régimen autoritario ya profundamente debilitado; en los países nórdicos se mantienen los gobiernos socialdemócratas pero cada vez más dependientes del apoyo de los comunistas. En 1976 los socialdemócratas han sido derrotados en Suecia, lo que sin embargo deberá aumentar su radicalización política hacia la izquierda.

En toda Europa se desarrollan, al interior de una socialdemocracia ascendente, alas de izquierda que estuvieron amortiguadas en el período de la posguerra. Los movimientos sindicales socialistas y cristianos se alían firme-

mente a los comunistas y este importante aparato de la Guerra Fría que era la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL) y su expresión latinoamericana, la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT), entra en plena decadencia. Las bases de la unidad de la clase obrera se desarrollan en todos los planos: económico, social y político.

Los efectos de la situación sobre la ultraizquierda o la izquierda extra-parlamentaria se hacían sentir desde 1970. Se produce una diferenciación cada vez más clara entre su sector anarquista, que deriva sea hacia un “masismo” agresivo en 1968-69, sea hacia un terrorismo de minoría, y un sector marxista, que se va aproximando a los frentes socialista-comunistas. Algunos grupos vuelven incluso a sus partidos originales donde hay un campo de acción creciente a consecuencia de la radicalización de las grandes masas obreras y amplios sectores pequeñoburgueses. Esto implica una moderación del radicalismo de sectores minoritarios y una radicalización de las tesis de sectores de masa.

Los cambios políticos operados en la dirección del Partido Comunista de la URSS y en los demás partidos comunistas, expresados en la Conferencia de los Partidos Comunistas de 1969 y en las dos reuniones de partidos comunistas europeos realizadas en 1973, apuntaron en el sentido de la adopción de una línea política más combativa, basada en una definición estratégica más avanzada que pasó del llamado a la formación de gobiernos progresistas, democráticos y nacionalistas a la formación de gobiernos socialistas y democráticos y a una aproximación con los partidos obreros socialistas y socialdemócratas en busca de un frente único obrero capaz de realizar medidas socializantes (con las importantes excepciones del Partido Comunista Italiano que plantea el “compromiso histórico” con la Democracia Cristiana y del Partido Comunista Español que plantea un frente democrático en contra del fascismo). Así también los partidos comunistas cambiaron su actitud hacia la ultraizquierda, iniciándose un diálogo con su sector no terrorista, el cual aún se muestra lleno de dificultades y confrontaciones. Se ablandaron también las críticas al maoísmo.

Desde fines de la década del 60, entramos así en una nueva era política. Ella es el anuncio de las tendencias aún subterráneas que aflorarán durante estos años de crisis general del sistema y que podrán ser matizadas por períodos de recuperación, pero que continuarán profundizando en su conjunto las

contradicciones del capitalismo hasta hace muy poco aparentemente ablandadas por la fase de acumulación. En este cuadro no se puede despreciar el ascenso del fascismo. Este ha reaparecido en la escena mundial como movimiento organizado y dispone aún de fuertes puntos de apoyo en gobiernos como los de Brasil y España, así como anteriormente los encontraba en las dictaduras de Grecia y Portugal. En nuestros días (1978), han encontrado un baluarte en la junta militar chilena. En Italia se ha descubierto una red de relaciones fascistas que compromete a altos personeros demócrata cristianos y altas jerarquías de la OTAN en un intento frustrado de golpe de Estado en 1970. La CIA (Central Intelligence Agency) ha participado activamente del desarrollo de estas conspiraciones.

Si se puede afirmar que en los últimos años se ha debilitado el fascismo con la caída de las dictaduras portuguesa y griega, no es menos verdad que este se ha fundido más íntimamente con los movimientos y partidos conservadores que se radicalizaron hacia la derecha en este mismo período.

Es posible observar un complejo movimiento histórico: los partidos comunistas, socialistas y socialdemócratas se radicalizan hacia la izquierda absorbiendo incluso parte de la antigua ultraizquierda; los partidos conservadores se radicalizan hacia la derecha, absorbiendo parte del fascismo. Lo que era una confrontación de minorías radicales en la década del 60 tiende a convertirse en enfrentamientos de masas en la década del 70. Es la dinámica de la crisis que anteriormente era solo intuida o percibida por minorías y que se va extendiendo a todo el cuerpo social.

La próxima recuperación económica, esperada a partir del segundo semestre de este año, deberá estimular nuevos intentos agresivos de la derecha, pero los resultados necesariamente insuficientes de la recuperación y su corta duración (los datos indican que se deberá alcanzar un *boom* económico en 1978, el cual deberá elevar la inflación a niveles incontrolables y por lo tanto a una nueva depresión bastante más grave que la actual) deberán abrir camino a una nueva etapa revolucionaria que llevará principalmente hacia Europa y también hacia los demás países del centro del imperialismo (Estados Unidos y Japón) las olas revolucionarias que desde el comienzo de la Guerra Fría se habían desplazado hacia los países coloniales.

Es muy difícil predecir hasta qué punto una clase obrera educada, durante el período de la posguerra, en concepciones reformistas que afectaron

seriamente la visión ideológica y estratégica de sus partidos dirigentes, y presionada, por otro lado, en los años 60, por un radicalismo anarquista de carácter pequeñoburgués y elitista, que anunciaba sin embargo el fin del período reformista, podrá encontrar el justo equilibrio revolucionario que le permita superar, a través de una sociedad socialista, los desafíos de la hora presente.

Los pasos unitarios alcanzados en los últimos años tanto en el plano sindical como político son una base necesaria para cualquier solución revolucionaria. Los cambios de los partidos comunistas, particularmente el soviético, son también alentadores. Los avances de los sectores de la izquierda socialista y socialdemócrata también lo son. La moderación y autocrítica de sectores de la ultrazquierda y la crisis de la democracia cristiana con el surgimiento de un nuevo movimiento cristiano de definición socialista son otras señales positivas. Pero esas son todas tendencias muy generales y aun minoritarias enmarcadas en una tradición predominantemente sectaria, divisionista y subjetivista desarrollada durante la Guerra Fría. Si prevalecen los factores unificadores y un desarrollo ideológico, estratégico y táctico hacia el socialismo podemos, sin embargo, tener grandes esperanzas en el desarrollo del socialismo en los centros dominantes del capitalismo y en un cambio radical de la faz del globo.

3. DEPENDENCIA Y REVOLUCIÓN

Los apartados anteriores que resumieron las tesis centrales de las dos primeras partes del libro se restringieron a analizar las formaciones sociales dominantes, la economía política internacional en la época del imperialismo monopólico integrado y los elementos básicos de la crisis general del capitalismo. Hemos restringido el análisis a los países dominantes por razones metodológicas, porque dentro de esta economía internacional capitalista hay dos grandes tipos de formaciones sociales que tienen características estructurales y comportamientos distintos reaccionando también de manera diversa frente a las oscilaciones cíclicas del sistema. Las formaciones sociales dominantes son el foco irradiador de los ciclos y por esto su análisis precede o condiciona el análisis de aquellas formaciones sociales dependientes que tienen que acomodarse a esos ciclos internacionales reaccionando positiva

o negativamente en función de sus características internas. Entre esas características están sus propios ciclos económicos que al derivar de sus leyes internas de acumulación no coinciden necesariamente con las coyunturas internacionales. Se producen así movimientos cíclicos muy particulares que exigen un análisis específico.

Se hace necesario pues que estudiemos las características propias de la situación de dependencia en la economía internacional, las relaciones específicas que se establecen, las modalidades de estructuras socioeconómicas que se producen, el carácter específico que asumen las leyes de desarrollo capitalista de esas formaciones y finalmente los comportamientos cíclicos que tienden a tener. Al mismo tiempo, a partir de esos análisis se pueden determinar de manera muy general las estructuras de clases y las fuerzas sociales o coaliciones sociales que se establecen, la correlación de fuerzas que tiende a conformarse y las alternativas de cambio que esas fuerzas sociales impulsan. Antes de analizar estos problemas es necesario hacer algunas consideraciones de orden teórico y metodológico que nos permitan establecer la manera correcta de aproximarse al fenómeno.

Históricamente desde la antigüedad han existido formaciones sociales imperialistas y coloniales. Sin embargo, es solamente en la época moderna que esa relación asume un carácter mundial como consecuencia de la integración lograda por la economía capitalista internacional que, de un lado, produce un mercado mundial integrado de mercancías, fuerza de trabajo y capitales y, de otro, una alta concentración de la tecnología, la producción y los capitales en un centro hegemónico y en un conjunto de países dominantes. La cuestión de la dominación imperialista de un lado y de la superación de la condición de la dependencia de otro se convierte en un problema mundial. El desarrollo del capitalismo como capitalismo monopolístico imperialista se transforma, dialécticamente, en un impulso a la expansión mundial capitalista y, al mismo tiempo, en un límite para ese desarrollo. Pues la expansión del capitalismo no produce, en consecuencia de su carácter contradictorio, una economía internacional equilibrada e igualitaria, sino la oposición entre un capitalismo dominante y un capitalismo dependiente, limitado este en su capacidad de desarrollo, incapaz de resolver ni siquiera aquellos problemas de supervivencia humana elementales que se pudo superar en buena parte en los países dominantes.

El reconocimiento de esta cuestión es bastante antiguo, aunque su estudio más profundo se hace cada vez más urgente. Sin embargo, hay dos maneras fundamentalmente opuestas de plantearla. Una de ellas supone que la situación de los países dependientes es una consecuencia de su retraso al integrarse al capitalismo. La otra ve el subdesarrollo como consecuencia de una situación histórica de sumisión económica y política, fruto del carácter desigual y combinado del capitalismo. Estudiemos la primera, cuyo origen de clase es evidentemente burgués. Según el primer enfoque, el subdesarrollo sería sinónimo de ausencia de desarrollo, de subsistencia de relaciones precapitalistas, tradicionales, feudales o semif feudales. El énfasis teórico se vuelca así esencialmente hacia el estudio de las condiciones del desarrollo económico, del “despegue” que asegure el inicio de una escalada ascendente de acumulación capitalista.

En sus líneas gruesas esta posición, con mayor o menor variación, ve en las inversiones capitalistas el camino del crecimiento económico, de la integración e independencia nacional, de la superación de los vestigios tradicionales o precapitalistas que llevaron a una distribución del ingreso negativa, de la formación del mercado interno, de la implantación de condiciones democráticas y de participación popular. En su forma populista, que alcanzó su auge en los años 30, se planteaba una fuerte participación estatal en la economía, la nacionalización de las riquezas básicas, la reforma agraria y la justicia social como las consignas básicas de una transformación social, cuyo objetivo era un desarrollo nacional autónomo.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el imperialismo empezó a interesarse directamente por la inversión industrial en los países dependientes y en consecuencia se produjo un gran énfasis en los estudios del desarrollo. La entrada masiva del capital internacional en los sectores más dinámicos de la economía encontró al principio una oposición del capital nacional y del movimiento popular. Con el tiempo, se produjo, con todo, una división ideológica en el interior del movimiento populista y nacionalista. Un sector –la gran burguesía– entendió claramente la imposibilidad de mantener su independencia en un mundo cada vez más dominado por el gran capital. Vio que la única fuerza capaz de oponerse a una entrada masiva del capital internacional sería un capitalismo de Estado demasiado desarrollado, el cual, en condiciones democráticas, exigiría apoyarse en el movimiento popular, y

amenazaba retirarla del poder y abrir campo al socialismo. La experiencia de la Revolución Cubana que solo pudo realizar sus objetivos democráticos en el cuadro de una revolución socialista hizo volver atrás a los ideólogos nacionalistas y los llevó a aceptar la tesis del “desarrollismo”, que se enunciaba de manera simple en la proposición de que el desarrollo era el objetivo, el nacionalismo era el instrumento. Si el capital internacional se aliaba al desarrollo, el nacionalismo debía moderarse y aceptar este hecho como positivo. Al mismo tiempo, la aplicación masiva del desarrollo basado en el capital internacional demostraba sus límites: tecnología avanzada (pero no la más avanzada), productos de consumo conspicuo, concentración y monopolización de la producción, estructura industrial especializada en el sector de consumo, alta importación de insumos para su producción, remesas enormes de ganancias, préstamos para financiar esa situación deficitaria, baja utilización de la mano de obra, desintegración de la estructura agraria tradicional, subempleo y desempleo en vastas concentraciones urbanas. Todo esto indicaba los límites del crecimiento económico realizado bajo los auspicios del gran capital: concentración del ingreso, límites para el mercado interno de productos de consumo básico, creación de una estructura industrial dependiente, marginalidad urbana, baja producción rural, proteccionismo y clientelismo estatal artificial, déficit de la balanza de pagos, préstamos internacionales que no se pueden pagar.

En este contexto se acentuó la búsqueda de una mayor integración en el sistema capitalista mundial, que modificó en buena medida el programa reivindicativo de las burguesías de los países dependientes: mejor precio para los productos exportados, industrialización de las materias primas y productos agrícolas exportados, ampliación del mercado de los países dominantes para productos manufacturados en los países dependientes. Desde el punto de vista interno se restringió cada vez más la participación popular, se aumentó el poder del Ejecutivo y de los tecnócratas, se utilizaron las técnicas de la contrainsurrección y se recurrió abiertamente a la dictadura militar con pretensiones fascistas cuando el movimiento de masas alcanzaron auges importantes y amenazó con tomar el poder.

La situación se alteró significativamente con la crisis del capitalismo y particularmente con la depresión de 1974-75, permitiendo radicalizar el programa nacionalista al acentuarse la iniciativa de formar cárteles para garan-

tizar precios, aumentar las nacionalizaciones y reforzar extraordinariamente el capitalismo de Estado, al amenazarse aun vagamente con el no pago de las deudas externas, al buscar mercado en los países socialistas, al plantearse una política externa más activa frente a Estados Unidos y de mayor unificación del llamado Tercer Mundo, explorando sobre todo las posibilidades de presión en los organismos internacionales en alianza con los gobiernos socialistas. Al mismo tiempo, el avance de la revolución socialista en África y Asia y el desarrollo del movimiento popular en escala internacional aumentaron de manera considerable el radicalismo antiimperialista del movimiento de los no-alineados.

Estas consideraciones nos permiten introducirnos en la visión marxista del problema de la dependencia y del subdesarrollo que, a pesar de no estar ajena a las oscilaciones del pensamiento burgués y del movimiento populista, se desarrolló dentro de criterios teóricos y políticos propios.

En contraposición a la visión burguesa de la cuestión de la dependencia, el materialismo dialéctico la enfocó y enfoca de manera distinta. Desde el triunfo de la Revolución Rusa, el movimiento socialista internacional pasó no solo a contar con el apoyo de un poder estatal —la URSS— sino a vincularse con la revolución colonial. El III Congreso de la Tercera Internacional, en un informe elaborado por el propio Lenin, con la asesoría de camaradas hindúes, planteó ya claramente que el movimiento de liberación colonial pasaba a integrarse en la lucha mundial por el socialismo. Ya en este entonces se comprendían los límites de la burguesía nacional colonial y en ciertos casos se constataba su inexistencia o su incapacidad para llevar adelante la lucha democrática y de liberación nacional, que asegurase el desarrollo aun capitalista de esos países. Se reconocía entonces la especificidad de esas formaciones sociales y las nuevas formas que en ellas asumían las tareas democráticas y la acumulación primitiva de capitales. Se reconocían aun los diversos tipos de estructura social que se desarrollaban en consecuencia de la situación precolonial y del grado de penetración del capitalismo y consecuentemente del desarrollo de la clase obrera. Posteriormente, la baja del movimiento revolucionario europeo y el ascenso de la revolución democrática en Persia, Turquía, Indonesia y sobre todo en China llevó a la Tercera Internacional a preocuparse más directamente del tema. Se produjo un amplio debate sobre el fracaso de la insurrección de Pekín y Cantón en

1927 y se empezó a elaborar más ampliamente el tema de la revolución de liberación nacional.

Pero fueron los marxistas de los países coloniales los que hicieron avanzar más directamente el análisis de la revolución en el mundo dependiente. Mao Tse-tung dio una gran contribución al tema al describir, ya en 1927, la especificidad de la estructura de clases china y al señalar posteriormente, en 1939, el carácter de la “nueva democracia” que emanaría de la revolución. Mao demostraba entonces el carácter obrero-campesino, antiimperialista y democrático de la Revolución China y su necesaria enmarcación en el cuadro de la revolución socialista.

La revolución democrática sería no solamente dirigida por el proletariado, su ejército y su partido, sino que se desarrollaría de manera ininterrumpida hacia una etapa socialista.

La contribución teórica de Mao se vio coronada por la práctica de la Revolución China. En Corea y Vietnam del Norte se consolidó este marco teórico. En los casos de Argelia y Cuba se produjeron fenómenos nuevos. La conducción de la revolución democrática no fue realizada por un partido comunista; sin embargo, particularmente en el caso de Cuba, ella evolucionó en sentido nítidamente socialista. La década del 60 conoció amplias variaciones revolucionarias en el mundo dependiente, particularmente en África, donde el socialismo emergió a veces directamente de sociedades tribales en formas muy propias y novedosas, conducidas por vanguardias políticas a veces improvisadas.

Es pues evidente que en este contexto internacional dinámico se desarrolla también la teoría sobre la situación de dependencia y de las estructuras que ella genera.

Particularmente en América Latina, la experiencia de la Revolución Cubana creó un nuevo marco político e ideológico. Se hizo muy explícito que las relaciones de dependencia no se podían superar dentro de los marcos del capitalismo. Al mismo tiempo, el movimiento populista se venía descomponiendo a causa de la evidente traición de su dirección burguesa a los ideales nacionalistas democráticos y de justicia social. Por otro lado, las experiencias entreguistas, dictatoriales y concentradoras del ingreso, como el modelo brasileño, atraían cada vez más al empresariado del continente. En Chile, la experiencia de la “revolución en libertad” de la Democracia Cristiana mostraba

claramente los límites del reformismo. Se agigantan así los clamores revolucionarios en el continente y la consigna de la revolución socialista empieza a levantarse en amplios sectores populares. Después de muchos fracasos del movimiento insurreccional, particularmente de los que alcanzaron mayor amplitud como en Venezuela y Guatemala, se levanta en Chile un gobierno popular con un programa de transformación antiimperialista, antimonopolista y antilatifundista con el objetivo de iniciar sobre la base de ellas, la construcción socialista.

Como fundamento para este programa, además de la experiencia práctica de Cuba, se encontraban los estudios que habían descartado el carácter feudal de nuestra economía y sociedad y demostrado que el subdesarrollo tenía su origen en una situación de subordinación y dependencia del capitalismo local, incapaz de llevar adelante un importante desarrollo de las fuerzas productivas que lograrse provocar la absorción masiva de la fuerza de trabajo, destruir las relaciones de producción atrasadas e instaurar una democracia con plena participación de las masas. En la época del capitalismo monopólico de Estado, el desarrollo del capitalismo dependiente se hacía también monopolista y presentaba señales de descomposición antes de alcanzar formas más democráticas.

Los estudios sobre la dependencia empezaron así a invertir la perspectiva tradicional que ponía el énfasis sobre los obstáculos precapitalistas al desarrollo del capitalismo y buscaban eliminarlos para crear las condiciones políticas y económicas para su pleno desarrollo. Los nuevos estudios se concentraron en el análisis del carácter actual del imperialismo, en la incidencia de la remesa de ganancias para conformar el déficit de la balanza de pagos, en la influencia del capital internacional y sus opciones tecnológicas, en el desarrollo de una estructura de producción concentrada y monopólica, en su efecto sobre el patrón de consumo y la distribución del ingreso, en la relación entre este tipo de industrialización y distribución del ingreso y la formación de un vasto subproletariado, en sus efectos sobre la estructura de clase, particularmente sobre la clase dominante y el llamado empresariado local o burguesía nacional convertidos en socios menores del imperialismo, en los ajustes políticos del Estado para desarrollar la infraestructura para ese nuevo tipo de dependencia, en los efectos ideológicos de tal situación sobre el movimiento nacionalista y la radicalización del movimiento de masas, en los problemas estratégicos

y tácticos que derivaban de esa situación. Surgió así un conjunto de estudios económicos, sociológicos y políticos sobre el subcontinente, sus diferenciaciones tipológicas, sus sociedades nacionales y grupos regionales, sobre los aspectos ideológicos de la dependencia y muchos otros que renovaron y estimularon ampliamente la producción científica latinoamericana. Esos estudios si bien estaban inspirados en ciertos planteamientos generales comunes reflejaban muchas tendencias teóricas y políticas distintas.

Posteriormente han surgido varias críticas a los planteamientos generales de lo que se ha dado en llamar la “teoría de la dependencia”. Ellas no solo han desconocido completamente las diferentes posiciones que se distinguían en el interior de esa corriente de ideas y estudios, sino que han atribuido al conjunto de autores las posiciones de algunos de ellos. Pero, lo lamentable de esas críticas es su desconocimiento de los últimos cincuenta años de elaboración marxista sobre el tema, que los lleva a asimilar el estudio de estas formaciones sociales al análisis de relaciones sociales precapitalistas, cuyo desarrollo se ve impedido por el imperialismo. Al mismo tiempo, otros entienden que las sociedades nacionales dependientes son unidades absolutamente distintas sin leyes de desarrollo común o aun, que serían simples casos nacionales del capitalismo monopolista de Estado. No faltaron aun las críticas metodológicas que pretendían hacer ver que la “teoría de la dependencia” no había superado el desarrollismo y que se encontraba todavía dentro de sus marcos epistemológicos.

A pesar de no haber ofrecido aún ningún estudio empírico importante, esas críticas han atacado la falta del análisis de situaciones concretas, desconociendo sumariamente los esfuerzos empíricos ya realizados.

Lo grave de esos planteamientos es, desde el punto de vista metodológico, su influencia estructuralista, la cual pretende apartar el esfuerzo teórico latinoamericano de sus fuentes históricas, y pretende crear un pensamiento “marxista” que, en vez de realizar la confrontación y superación dialéctica de la ideología burguesa nacionalista y desarrollista, profundamente impregnada en nuestro proletariado, trata de imponer una alternativa abstracta pura que se basa en una aplicación mecánica y ahistórica del marxismo.

Desde el punto de vista político ellos niegan la relación dialéctica necesaria entre el carácter socialista de la revolución latinoamericana y sus tareas antiimperialistas, democráticas y de liberación nacional. Niegan en conse-

cuencia, la lucha común antiimperialista de los países dependientes en vez de buscar radicalizarla mediante su aplicación consecuente bajo la hegemonía del proletariado.

Tal estructuralismo metodológico y sectarismo político se combinan para formar un conjunto de observaciones generales muy vagas y sin ningún estudio concreto que las respalde, además de dedicarse a una deformación sistemática de las posiciones de varios autores.

Lo que se ha hecho en los últimos años es necesariamente insuficiente y podrá tener muchos equívocos, pero ellos no se superarán a través del camino que apuntan estos críticos. Ellos apuntan hacia la ideología pequeño-burguesa y hacia el pasado, hacia el esquematismo teórico y el más confuso formalismo y generalismo.

En la medida en que logremos superar esas críticas que buscan retrotraer el avance teórico producido en los últimos años, podremos definir más claramente las características específicas de la crisis del capitalismo en los países dependientes y las alternativas de cambio que permitan superar revolucionariamente el capitalismo dependiente o renovarlo y ajustarlo a una nueva etapa de la economía imperialista que recién emerge. Podemos concluir aquí esa discusión teórica y metodológica y retomar el estudio de nuestro objeto analizando las características de las crisis en los países dependientes y las modalidades de cambio que ellas plantean.

La crisis capitalista de los países dependientes tiene dos grandes fuentes de origen. Hay una oscilación cíclica del sector exportador, que está ligada esencialmente al movimiento de la economía mundial y a su relación con la estructura productiva interna. Hay, por otro lado, una oscilación cíclica de la acumulación capitalista interna, que asumió una forma más declarada en el período de la posguerra sobre todo en aquellos países que lograron instalar una industria de base y pesada mínimas. No podemos en esta introducción describir en detalle esas dos crisis. Habrá que señalar muy en general sus características.

La crisis del sector exportador tiene una característica secular en la medida en que el control monopólico del comercio mundial y la sustitución de productos naturales por sintéticos configuran una situación de términos de intercambio negativos para las materias primas y productos agrícolas. Asimismo, la crónica debilidad de la balanza comercial y la dependencia de

la importación de maquinarias y materias primas industrializadas para el desarrollo industrial dependiente aumentan conjuntamente con el crecimiento de la industrialización y de manera aún más dramática la obliga a aceptar las condiciones impuestas por las empresas transnacionales y por el aparato financiero o de ayuda económica que exigen que las maquinarias y materias primas sean importadas en escala creciente como parte de las inversiones extranjeras. Al mismo tiempo esas inversiones elevan a niveles gigantescos las remesas de utilidades y, por lo tanto, el déficit de la balanza de pagos. Para pagarlo se recurre cada vez más al endeudamiento internacional cuyos elevados servicios forman, en consecuencia, una parte creciente y fundamental del déficit de la balanza de pagos.

Al déficit crónico y creciente de la balanza de pagos que configura los términos de una crisis secular o estructural se suman las oscilaciones del comercio mundial y de los movimientos financieros que pueden arruinar sectores productivos enteros en los países dependientes y que, por otro lado, provocan bajas de importaciones que pueden estimular la producción interna sustitutiva, en muchos casos. Tales oscilaciones, cuando asumen un carácter largo, como el período de 1929 a 1939, provocando la baja del comercio, desinversiones y otros efectos similares, crean condiciones nuevas para la lucha de clases de los países dependientes: aceleran el antiimperialismo, crean premuras en las opciones del desarrollo económico interno, plantean nuevas exigencias de inversión estatal, agigantan las crisis sociales, los desplazamientos humanos, la lucha política.

Las crisis originadas por el sector capitalista industrial de consolidación reciente se ligan evidentemente a esas oscilaciones generales, pero tienen su dinámica interna, determinada por las leyes generales de la acumulación capitalista y sus manifestaciones específicas en países de baja productividad general, mercados internos muy concentrados al lado de masas depauperizadas, empresas industriales dominadas por el capital internacional, mano de obra barata con fuertes desniveles internos, existencia de un vasto subproletariado. En tales condiciones, las oscilaciones tienden a ser menos drásticas que en los países dominantes. Sobre todo, la ausencia de un sector de bienes de capital importante hace que la crisis, cuando llega a este sector, se exporte hacia el exterior, por la vía de la baja de las importaciones o del aumento del financiamiento externo.

Con estos marcos generales nos es posible bosquejar en términos muy someros las grandes opciones políticas que se abren a los países capitalistas dependientes. La intensificación de la entrada de inversiones extranjeras en el sector industrial restringió a términos mínimos las bases materiales de una burguesía nacional y, por lo tanto, de un proyecto de desarrollo capitalista nacional y autónomo. En su lugar, se erigió un patrón de crecimiento cuyas características hemos destacado y que se resumen en la alta explotación del mercado concentrado de altos ingresos, capaz de absorber los productos sofisticados de la nueva tecnología, y en la ampliación del subproletariado como consecuencia de las tendencias tecnológicas excluyentes de mano de obra. Por su carácter limitado, que choca con la necesaria estrechez del mercado interno, ese crecimiento busca una salida en el mercado internacional sobre la base de una nueva división internacional del trabajo apoyada en la exportación de materias primas industrializadas y bienes manufacturados de utilización intensiva de mano de obra, según los patrones internacionales definidos por el desarrollo de la revolución científico-técnica.

Como vimos, esas tendencias pueden coincidir con los intereses del gran capital internacional que al acentuarlas y controlarlas se posesiona de la fuerza de trabajo barata del Tercer Mundo. Este camino conduce al aumento del carácter monopólico de la economía, de la injerencia del capitalismo de Estado, de la centralización del capital. En lo político, lleva a la centralización del poder y a dictaduras de inspiración fascista. En lo cultural lleva al aumento del consumismo, al desarrollo científico especializado y dependiente sin poder creador propio, a la acentuación de las concepciones desarrollistas, tecnocráticas, autoritarias e irracionistas, de tipo fascista.

La imposición de ese camino tiene graves dificultades al conducir a una fuerte resistencia del proletariado y amplios sectores populares empobrecidos por este proceso de concentración de la producción y del ingreso. Asimismo, al crear graves problemas para los pocos sectores nacionales sobrevivientes, aumenta su descontento y su tendencia a apoyarse en el capitalismo de Estado con el objetivo de frenar ese camino. Para tales pretensiones, encuentra el apoyo de sectores de los tecnócratas y de la burocracia estatal civil y militar que buscan utilizar el poder económico del Estado, como empresario y como interventor en la economía, para reorientar el desarrollo capitalista en un sentido más nacional.

Estas ambiciones políticas están condenadas a largo plazo al fracaso pues no es posible un desarrollo capitalista que se oponga de manera sistemática a las tendencias de la economía mundial capitalista a someterse al gran capital y de las economías nacionales a concentrarse bajo el dominio del monopolio. El capitalismo de Estado tiene que ajustarse necesariamente a los intereses del monopolio y “racionalizar” su funcionamiento en el sentido de aumentar la tasa general de ganancia.

Esto no impide, sin embargo, que en los períodos de crisis del sistema, aumente el poder de negociación de las burguesías locales y de la pequeña burguesía, sobre todo si logran arrastrar bajo su control sectores importantes del proletariado y del campesinado. Por otro lado, la utilización de las contradicciones interimperialistas en aumento durante la crisis, y la posibilidad de abrirse mercados en el campo socialista y contar con su ayuda para frenar en parte las presiones imperialistas configuran un cuadro general favorable a esa política que, reafirmamos, no encuentra asidero a largo plazo.

Es necesario señalar aun que esas políticas son una resultante de las fuertes presiones sociales creadas por la crisis general del imperialismo y las crisis internas con ella confluyentes. En tales circunstancias, el movimiento obrero y popular de los países dependientes tiende a radicalizarse, elevar su grado de conciencia y de organización y a asumir en consecuencia mayor autonomía política e ideológica. En tales circunstancias no faltan los oportunistas burgueses y pequeñoburgueses que buscan aprovecharse de ellas para, a través de una política y sobre todo un lenguaje más radical, asumir el liderazgo de esas masas.

En tales condiciones, la crisis general del capitalismo radicaliza, por un lado, la ideología y las políticas burguesas del gran capital hacia la derecha, y por otro lado las del proletariado hacia la izquierda. Al medio, abre camino para una política oportunista y circunscrita de capas sociales decadentes que se apoyan en el capitalismo de Estado y buscan atraerse al proletariado. En la etapa de la crisis actual esos sectores aumentaron, como vimos, su capacidad de negociación que está por detrás de las tendencias “neopopulistas” y socialdemócratas, que se desarrollaron últimamente.

La resultante general es una situación de creciente radicalismo político cuya resolución final dependerá de la capacidad del gran capital internacional y sus aliados locales, por un lado, o del proletariado; por otro, de establecer

claramente perspectivas viables de resolución inmediata de la crisis y de ganarse las capas intermedias para ellas.

Este resumen de las tesis centrales del libro y de la argumentación en que se apoyan puede orientar a los lectores para no perderse en una mayor abundancia de detalles, datos y argumentación que un tema tan complejo obligatoriamente exige. Esperamos haberlos estimulado para enfrentarse con los extensos desarrollos que presentamos a su consideración.

PRIMERA PARTE

LAS CONTRADICCIONES
DEL IMPERIALISMO

I

EL IMPERIALISMO CONTEMPORÁNEO Y SUS CONTRADICCIONES

En el momento en que la crisis del capitalismo ha asumido las graves manifestaciones de que somos testigos, hace falta un intento de razonamiento general que permita explicar ciertos procesos particulares, así como profundizar el debate sobre la naturaleza y las formas de las contradicciones del imperialismo contemporáneo.

Nuestro trabajo empieza por determinar sumariamente el carácter de clase de las relaciones económicas internacionales, para situar dentro de ellas el proceso de integración monopólica mundial. Solo después de estos planteamientos introductorios entramos en el tema, estudiando la contradicción principal del imperialismo contemporáneo y sus manifestaciones. Este procedimiento se hizo necesario porque la definición de la contradicción principal del imperialismo contemporáneo exigía situar correctamente su naturaleza; a esta la determinan fundamentalmente su enfrentamiento interno y externo con el proletariado y el sistema socialista que lo representa, así como el alto grado de concentración monopólica a que han llegado las relaciones económicas internacionales dentro del capitalismo.

1. NOTA SOBRE LA LUCHA DE CLASES EN EL PLANO INTERNACIONAL

El sistema económico internacional contemporáneo se caracteriza por un profundo y contradictorio proceso de integración de dos grandes bloques en conflicto. Definir el carácter de este conflicto es esencial para la comprensión de ese sistema.

Esta definición supone una toma de posición ante el sentido de la historia contemporánea y debe ser el resultado de su estudio desde una perspectiva muy amplia. No es valedero hacer una descripción puramente empírica de esos bloques como si se tratara de dos sistemas o ideologías estáticas en choque. Al hacerlo se estaría tomando una posición ideológica y se ocultaría el carácter histórico de los sistemas económicos. Creemos que es necesario, por lo tanto, plantear de manera muy general cómo vemos las relaciones entre los dos grandes bloques que son las bases de la economía mundial.

Sobre el carácter de este conflicto planteamos cuatro tesis:

En primer lugar, el conflicto no es esencialmente un conflicto entre dos bloques de naciones, sino entre dos clases sociales de base internacional y entre los dos modos de producción distintos que ellas representan.

En segundo lugar, este es un conflicto de carácter antagónico, pues se trata de modos de producción de vocación universal cuya coexistencia es históricamente limitada.

En tercer lugar, en la lucha entre estos dos modos de producción (que se expresa en conflictos entre clases, naciones y grupos sociales concretos) uno de ellos está a la defensiva, perdiendo terreno y posición desde 1917.

En cuarto lugar, las formas históricas concretas que han asumido estos modos de producción son muy diversificadas. No se excluye por lo tanto la posibilidad de que se produzcan graves conflictos entre unidades nacionales en las cuales domina el mismo modo de producción. Esta afirmación es banal en lo que se refiere al capitalismo. Las innumerables guerras locales y las dos guerras mundiales interimperialistas son una demostración más que suficiente de que las contradicciones nacionales son parte del modo de producción capitalista. Los conflictos intersocialistas asumen formas diferentes y representan realidades distintas, y merecen una discusión más compleja que realizaremos más adelante. También es posible, y a veces necesario, que se produzcan graves conflictos entre los momentos concretos de desarrollo de un determinado modo de producción (las formas o cristalizaciones que asumen en los distintos momentos históricos) y sus leyes de desarrollo.

Pasaremos a hacer una rápida discusión de nuestros puntos de vista, sobre cada una de esas tesis, a título solamente de introducir un cuadro general para el análisis del imperialismo contemporáneo.

A) EL CARÁCTER DE CLASE DE LOS CONFLICTOS INTERNACIONALES

Como lo indica la palabra, las relaciones internacionales son descritas por el pensamiento económico y político dominante como un intercambio entre naciones independientes entre sí. Esta concepción lleva al plano internacional el principio ideológico que orienta a todas las ciencias sociales liberal-burguesas, las cuales toman al individuo como el centro de la sociedad. Para ellas, la sociedad es una interacción entre individuos libres. De la misma manera que en el plano de la naturaleza ven las relaciones entre las especies como una competencia por la sobrevivencia del individuo basándose en el instinto de conservación, también el espacio físico es concebido como el marco donde se mueven las unidades individuales que son los cuerpos. El pensamiento analítico liberal razona siempre a partir de las unidades como la única existencia real.

No podía dejar de producirse el mismo razonamiento en el plano internacional: las naciones libres defienden sus intereses propios en las relaciones con las demás naciones libres. Como lo establece la teoría de la sociedad liberal, si cada nación defiende su interés privado, se desarrollará y crecerá aumentando su capacidad de negociar con las otras naciones y todos ganarán ajustándose mutuamente al movimiento espontáneo del comercio mundial, regido por la ley de los costos comparados.

Así como, a nivel nacional, los individuos independientes son libres y siguen motivaciones propias y no se puede hablar de clases sociales, sino de individuos clasificados según distintos criterios, también en las relaciones internacionales los posibles bloques de países se forman en la medida en que reúnen puntos de vista e intereses nacionales coincidentes.

Desde este prisma, las clases sociales no son y no pueden ser entendidas como un elemento fundamental de las relaciones nacionales e internacionales.

La prensa, los libros, las teorías tienden a crear la percepción no discutida de que el mundo está formado por un conjunto de naciones libres e independientes, de la misma manera que nos hacen creer que la sociedad es una suma de individuos. Romper esa percepción del mundo exige no solo un esfuerzo ideológico sino un esfuerzo teórico, científico, capaz de superar la apariencia inmediata de los fenómenos.

Por eso, cuando analizamos el carácter de clase de las contradicciones entre las formaciones sociales que componen el actual sistema internacional, tenemos que referirnos a una realidad que sólo puede ser aprehendida de manera contradictoria: al mismo tiempo como abstracta y como concreta. Este carácter de clase de la contradicción fundamental dentro del sistema internacional se presenta como abstracto porque las clases no se enfrentan de manera directa y frontal sino a través de un sinnúmero de mediaciones que ocultan la pureza del antagonismo que determina, en última instancia, el movimiento real de dicho sistema.

El carácter abstracto del análisis de este antagonismo se hace también necesario porque la contradicción de clase no siempre asume una forma clara en el movimiento concreto de la sociedad internacional. Por el contrario, las clases antagónicas viven distintas experiencias nacionales y regionales que desconectan a los miembros de cada clase entre sí y, a veces, los llevan a tener intereses inmediatos contradictorios.

Aún más decisivo es el hecho de que el proletariado se encuentra sometido ideológicamente por la burguesía en los contextos nacionales en que esta es aún dominante¹. Por esta razón, este antagonismo no se hace evidente sino en momentos muy decisivos y cruciales en los cuales se refuerzan los intereses internacionales de la clase revolucionaria y se debilita el control político e ideológico de la clase dominante.

Pero esta contradicción de clases es al mismo tiempo muy concreta porque sólo ella puede explicar las grandes líneas de demarcación de los conflictos mundiales y señalar sus límites y sus direcciones posibles. Por detrás de los vaivenes tácticos, de los acuerdos provisionales, de las degeneraciones de los sistemas políticos y de los representantes organizados de las distintas clases está el antagonismo que las separa, el cual explica los movimientos aparentemente sin sentido y permite encontrar las determinaciones básicas del proceso real, que se manifiesta a través del complejo y fluido sistema de las relaciones internacionales.

Esta discusión fundamentalmente metodológica es precisa porque hay profundos intereses sociales que buscan ocultar el carácter de clase de los

1. En *La ideología alemana*, Marx y Engels establecieron la relación entre dominación de clase y dominación ideológica que es fundamental en la concepción leninista del partido revolucionario y del papel de la teoría revolucionaria.

antagonismos internacionales. Tales intereses están identificados sea con la supervivencia del modo de producción capitalista (la burguesía), sea con las cristalizaciones históricas del modo de producción socialista (burocracia y tecnocracia).

Es necesario señalar que en este segundo caso, se trata de una negación solamente relativa del proceso de la lucha de clases en escala internacional. Veamos más en detalle la cuestión.

Es inherente a la ideología burguesa ocultar el carácter de clase de los conflictos nacionales e internacionales. Ella los representa siempre bajo la forma de confrontaciones entre sistemas políticos libertarios o no, eficaces o ineficaces, elitistas o de masa, etc., buscando analizarlos bajo el prisma de un humanismo más o menos formal, general y ahistórico; incluso los encuadra en algunos modelos abstractos, pero jamás acepta abiertamente su contenido de clase. La burguesía está siempre obligada a remitirse a la conservación de la propiedad privada (o, ideológicamente, de la “libre empresa”), que es el fundamento de la sociedad de clases, oponiéndose al mismo tiempo a la propiedad colectiva que es la condición necesaria para la destrucción de las relaciones de clase. El conflicto entre los dos modos de producción antagónicos aparece pues de una u otra forma. Por más vueltas que dé el pensamiento burgués, por más subterfugios que busque, su contenido de clase se revela finalmente en la defensa absoluta o relativa de la propiedad privada de los medios de producción, base de la existencia de la sociedad de clases.

Más compleja, sin embargo, es la forma de ocultar el carácter de clase de las relaciones internacionales por parte de los intereses de la burocracia y la tecnocracia, las cuales se interesan en mantener las formas históricas deformadas que asume el sistema de poder dentro del bloque socialista.

Esta afirmación supone una posición definida sobre el carácter de las sociedades socialistas. Para nosotros, son sociedades socialistas en la medida en que impusieron el principio de la planificación social sobre el principio del mercado, basándose para ello en la propiedad colectiva bajo su forma estatal. Sin embargo, el poder se ha deformado por el surgimiento de una capa social burocrática (y más modernamente ha crecido también una élite tecnocrática) que, sin poseer la propiedad de los medios de producción, influye decisivamente sobre la utilización del excedente económico y su distribución. Esta capacidad de decisión no es sin embargo arbitraria y se encuentra limitada

necesariamente por dos factores: en el interior, por la clase obrera, cuyos intereses se ve obligada a defender, para garantizar su propia supervivencia, siendo ella misma una capa social que no ocupa un papel fundamental en la producción, y, desde el exterior, por la amenaza imperialista que, al mismo tiempo que amenaza la existencia del socialismo, favorece la expansión pleotórica del aparato estatal (burocracia, más represión, más ejército, etc.) y en consecuencia la reproducción de la capa burocrática como grupo social con intereses propios.

Creemos, pues, absolutamente falsas las concepciones sobre una vuelta de la Unión Soviética al capitalismo. Tal regreso sólo sería posible si las fuerzas productivas no se desarrollasen en los países socialistas, si el movimiento revolucionario mundial no avanzara y si el imperialismo no se debilitase progresivamente. A pesar de importantes derrotas, la historia de la posguerra ha sido un ejemplo de victorias suficientemente significativas como para impedir una predominancia de la contrarrevolución y para abrir camino hacia nuevas victorias para el socialismo.

Debido al carácter del Estado y de la sociedad socialista, los intereses que representan las capas burocráticas y tecnocráticas son contradictorios. De un lado, tienen que presentar el régimen de producción socialista como históricamente superior (y por lo tanto universalista por naturaleza) y al mismo tiempo tienen que reconocer su carácter transitorio hacia un modo de producción nuevo, que es el comunismo. Tienen que identificar asimismo la base internacional de clase en que se sustentan los países socialistas. Pero es evidente que el desarrollo del socialismo a nivel internacional entra en contradicción con la conservación de gran parte del aparato estatal existente y de los privilegios sociales actualmente vigentes, los cuales solo se justifican debido a la real amenaza militar en que vive el bloque socialista y a las deformaciones de estructura que se originaron durante los cincuenta años de aislamiento de la primera nación socialista por un capitalismo aún ahora relativamente más fuerte amén de violentamente agresor. Pero los intereses de la casta burocrática y tecnocrática creados en este período tienden a cristalizarse y a paralizar la lucha de clases en el interior del sistema socialista, buscando negarla o deformar su contenido.

Es significativo ver cómo en la actualidad ya no se hace necesario justificar teóricamente las diferencias salariales entre burócratas, científicos,

técnicos y obreros. Lo que era para Lenin y Stalin una *concesión* necesaria para mantener el apoyo de los técnicos, tiende a convertirse en una concepción *natural y permanente* de la sociedad. La existencia de un fuerte Estado nacional, de un enorme ejército regular, de motivaciones económicas significativas para ciertos sectores son condiciones necesarias para la supervivencia del socialismo frente a la amenaza imperialista constante. Pero son, al mismo tiempo, un fuerte elemento de deformación del poder estatal en su interior. Ocultar esta contradicción lleva a la cristalización de estas deformaciones a despecho de las necesidades históricas reales, y a la autorreproducción de esos intereses. Medidas de vinculación de los burócratas y tecnócratas civiles o militares a tareas productivas, de cambios constantes de puestos, de eliminación de jerarquías rígidas, etc., son necesarias, pero no resuelven la contradicción principal: la necesidad histórica de conservar este aparato represivo debido a la lucha de clases internacional. Y aquí viene el fuerte elemento contradictorio de la situación: en la medida en que avance el socialismo en el plano mundial, deben desaparecer estas instituciones y por lo tanto ellas preparan su propio fin. Pero esta contradicción es intrínseca a la dictadura del proletariado. El proletariado es, según el análisis de Marx y Engels, la única clase llamada a destruir a todas las clases, incluso, por lo tanto, a sí misma. Es dialécticamente necesario suponer, pues, que muchos de los sectores e instituciones sociales y formulaciones ideológicas que en un momento sirven para hacer avanzar las transformaciones históricas se vuelven obsoletos como resultado de esas transformaciones y pasan a oponerse y resistir a los nuevos cambios necesarios. Estos intereses conservadores acentúan el espíritu nacionalista en los países socialistas y buscan asimismo fundamentar la superioridad histórica del régimen socialista ante todo en su capacidad productiva y en la eficiencia, no en su contenido social. Se busca así reducir la contradicción internacional fundamental a una competencia entre dos bloques de países de sistemas diferentes y solo secundariamente entre dos clases antagónicas. Este tipo de análisis hace depender el avance del socialismo internacional esencialmente del desarrollo económico de los países socialistas y del ejemplo que representan sus conquistas. Lo que lleva a una actitud relativamente pasiva del proletariado en los países capitalistas.

Esta desviación en la manera de concebir la evolución de la sociedad en escala internacional lleva también a confundir el interés de los países socia-

listas por mantener una política de paz y coexistencia internacional con la mayor o menor intensidad de la lucha de clases en el seno de los países capitalistas. Sin embargo, es necesario señalar que, dado el grado de integración que asumió la lucha de clases en el plano internacional con la construcción del socialismo, en los países donde hay un Estado socialista, se hace muy difícil establecer esta separación de manera rigurosa. Con todo, es absolutamente necesario saber establecer dialécticamente las diferencias y las unidades de intereses tácticos, con el objeto de no aceptar una sumisión ciega de los intereses más amplios del proletariado a los intereses circunstanciales de algún o algunos Estados nacionales socialistas.

Tales desviaciones ideológicas tienen sus limitaciones, pues la realidad cotidiana de la lucha de clases a nivel internacional corroe diariamente cualquiera pretendida estabilidad, obligando a reformular constantemente estas concepciones ideológicas, cuya expresión más refinada se oculta bajo la forma abstracta del humanismo socialista, según el cual el marxismo plantea un objetivo moral o utópico de sociedad humanista que debe orientar la lucha política. Se abandona así el principio de la lucha de clases, como núcleo orientador de toda acción y programa revolucionario. Es necesario señalar, sin embargo, que las deformaciones del Estado socialista se van mitigando en la medida en que avanza el socialismo en escala internacional. Esto ha permitido que una revolución más tardía como la cubana pudiese no solo sobrepasar rápidamente terribles dificultades económicas, sino establecer un régimen de libertad política y de crítica muy amplio. La propia existencia de una revolución socialista en una isla dependiente de la exportación del azúcar no hubiera sido posible sin el apoyo económico, político y militar e ideológico de un campo socialista ya anteriormente constituido. Por esto no podemos separar la libertad política y de opinión, la mayor o menor presencia de los mediadores políticos, el volumen de los gastos militares, etc., de las condiciones concretas en que se produce la lucha de clases en escala internacional. No es en función de una “esencia” humana enajenada por el capitalismo o el “autoritarismo”, sino de las condiciones históricas concretas, que se plantean las transformaciones del hombre en la sociedad socialista. Al ignorar estas condiciones concretas en nombre de un humanismo socialista, estático y abstracto-formal, se olvida la esencia del materialismo dialéctico, que es “el análisis concreto de la realidad concreta”, como lo afirmaba Lenin.

B) EL CARÁCTER ANTAGÓNICO DEL CONFLICTO Y DE LA DECADENCIA IMPERIALISTA

El segundo aspecto del sistema internacional contemporáneo es el carácter antagónico de la lucha de clases en el plano internacional, que es preciso reafirmar muy marcadamente. Este carácter antagónico se expresa en las relaciones entre dos modos de producción, ambos de vocación internacional.

Estos modos no se confrontan en un determinado momento histórico como dos modelos o utopías que existen en la cabeza de las personas. Son radicalmente distintos y se oponen como producto del propio desarrollo de la economía mundial.

En la Antigüedad pudieron sobrevivir regímenes de producción suficientemente distintos como el feudal, el esclavista y el asiático sin que esto llevara necesariamente a un enfrentamiento entre ellos, pues eran regímenes de base local y regional que no necesitaban ampliarse indefinidamente.

No fue este el caso del capitalismo. Al basarse en la acumulación ampliada del capital, el capitalismo, que nace dentro del mercado mundial, ha generado una tal concentración de su base productiva que no le permite quedarse en los marcos locales, ni regionales, ni aun nacionales. El surgimiento del imperialismo al final del siglo XIX y las dos guerras interimperialistas de nuestro siglo han demostrado que este régimen de producción no puede quedarse limitado a un plano nacional. Por la propia naturaleza de su funcionamiento, basado en el crecimiento constante de la tasa y de la masa de las ganancias, el capitalismo es un régimen internacional.

El socialismo es el heredero del desarrollo de las fuerzas productivas que promueve el capitalismo y permite elevar muchas veces su ritmo. Su vocación internacional le es pues inherente. Además, su existencia actual, que se asienta en bases económico-políticas nacionales, se articula con el movimiento obrero y los movimientos populares de los países capitalistas cuyas contradicciones internas llevan al constante desarrollo de una alternativa socialista en su interior. Al mismo tiempo, la superioridad del socialismo como instrumento de dominio de la naturaleza por el hombre lleva a una mayor capacidad relativa de desarrollo de los países socialistas frente a los capitalistas y hace cambiar continuamente la correlación de fuerzas en favor de aquellos. Tal situación llevaría a largo plazo a una superioridad económica

relativa de los países socialistas sobre los capitalistas. Antes que esto pase, la propia lucha de clases va cambiando la historia en favor del socialismo a través del desarrollo de la revolución a nivel mundial, que cambia bruscamente la correlación de fuerzas en varias partes.

Pasemos al tercer aspecto del actual sistema económico mundial: los dos modos de producción en lucha no tienen un valor igual y no se desarrollan paralelamente.

Como hemos visto, todo equilibrio entre ellos es relativo y precario, siendo negado cotidianamente por el carácter históricamente superado del capitalismo y por el creciente desarrollo de las fuerzas socialistas. Esto no impide que se produzcan derrotas, además de avances, en el campo de las fuerzas populares. Sin embargo, desde 1917 el movimiento socialista ha avanzado en su conjunto a pesar de las muchas e importantes derrotas parciales.

En resumen: el capitalismo es un régimen decadente, inmerso en una crisis final insalvable, en tanto que el socialismo es un régimen revolucionario, cuyas crisis internas lo depuran de sus limitaciones y abren nuevos horizontes de desarrollo y evolución. Las razones de esto ya las hemos visto en buena parte, no se trata aquí de analizarlas. En la historia, el capitalismo ha desempeñado un rol semejante frente al feudalismo y otras formaciones precapitalistas a pesar de que, por su carácter explotador, lo hizo de manera mucho más violenta y salvaje².

C) LA DIALÉCTICA DE LA CONSTRUCCIÓN DEL SOCIALISMO MUNDIAL

Llegamos así al cuarto aspecto de este sistema mundial. Tanto el modo de producción capitalista como el socialista se desarrollan históricamente en diferentes niveles, con intereses específicos, en circunstancias diferenciadas por países y regiones. A pesar de su vocación internacional, el capitalismo no ha podido y no puede eliminar su base nacional. También el socialismo, antes de convertirse en un modo de producción universal, continúa apoyándose en

2. Es inherente a todo sistema social en ascenso el uso de la violencia en la toma del poder, y en la lucha por conservarlo. El socialismo no puede escapar a esta ley, por más repugnantes que puedan ser ciertos fenómenos como el estalinismo. Pero el estalinismo no es un producto del socialismo sino de las terribles presiones y agresiones de las cuales este fue víctima.

bases nacionales. De ahí nacen los diversos bloques nacionales e importantes diferencias de intereses y de políticas entre los distintos Estados dentro del mismo bloque. Tal diversidad de intereses puede aumentar o disminuir en coyunturas históricas diferentes; no elimina sin embargo la unidad básica de intereses que los unifican, que está dada por las clases sociales en que se fundamentan los distintos regímenes.

La variación se impone no solo en función del grado de desarrollo distinto de las fuerzas productivas, sino también en función de las relaciones internas dentro de cada bloque. En el bloque capitalista las relaciones internas están condicionadas por la explotación del trabajo por el capital tanto en el plano nacional como en el internacional. El movimiento de capitales desde un país central y dominante hacia los dominados o dependientes determina estructuras sociales distintas y dinámicas sociales específicas dentro del mismo modo de producción.

El capital busca apropiarse de la fuerza de trabajo del planeta subyugándola a la producción de plusvalía. La exportación de capitales es el instrumento que realiza tales objetivos. La existencia de un mercado mundial de bienes, de capitales y de mano de obra es la condición que permite esta exportación. Es decir, el desarrollo del mercado mundial precede al desarrollo de la producción capitalista mundial.

Vemos así que el movimiento de capitales en el plano mundial exige cambios de estructura en las relaciones internacionales y nacionales. El intercambio simple de mercancías se podía hacer entre regímenes productivos distintos en la etapa del capitalismo comercial y financiero. En el capitalismo industrial-liberal tales condiciones empiezan a quebrarse; en el capitalismo financiero (monopólico, industrial y exportador de capital) entran en crisis definitiva, y en el actual capitalismo monopólico integrado se hace imposible la supervivencia de esas relaciones precapitalistas. Se crean sin embargo nuevas contradicciones determinadas por el tipo de relaciones que se producen en el interior del sistema capitalista mundial. Este no es un sistema de relaciones entre naciones libres y autónomas. Las relaciones son más que nada de explotación y dominación.

De un lado, exportación de capital; de otro, remesas de ganancias. De un lado, acreedores; de otro, deudores. De un lado, dominio tecnológico; de otro, subyugación tecnológica. De un lado, excedentes crecientes; de otro,

excedentes exportados. De un lado, salarios más altos y expansión del mercado interno; de otro, salarios más bajos y limitación de este mercado. De un lado, acumulación de los efectos del desarrollo tecnológico, producción del conocimiento, etc.; de otro, subyugación a la tecnología exportable y a los conocimientos objetivados y no producción de ellos. En todos los planos –económico, político, social y cultural– se establece una relación cuyos efectos sobre las respectivas estructuras sociales tienen que ser antagónicos. Se producen así dos formaciones sociales distintas en el interior de un mismo sistema económico, con base en la dominación de un mismo modo de producción.

En el bloque socialista también existen relaciones desiguales e incluso desventajosas para los países menos desarrollados. Pero estas relaciones no asumen la forma de una explotación directa del trabajo, cosa que solo es posible, a escala internacional, bajo el capitalismo.

Los sistemas precapitalistas tuvieron que utilizar sea la expropiación pura y simple, sea la cobranza de impuestos. En el socialismo tales relaciones desiguales no pueden darse en forma permanente. Entre los países socialistas hay relaciones comerciales regidas en parte por intereses políticos, pero también, en buena parte, por los precios del mercado mundial. Esto produce relaciones comerciales desfavorables para los países más atrasados en general, en la medida en que se acepta el carácter desigual de la estructura de precios del mercado mundial capitalista. Esta crítica fue hecha por Guevara en su discurso de Argelia, pero no fue suficientemente desarrollada. Se hace muy difícil establecer la estructura real de los costos de los productos que se presentan en el mercado mundial, pues los precios están profundamente “deformados” por la acción del monopolio. Los países socialistas no pueden negociar solamente entre sí, ni crear una contabilidad completamente independiente del mercado mundial. Vemos así como la mera existencia de la economía capitalista en escala internacional deforma y restringe *necesariamente* el desarrollo de las relaciones de producción e intercambio para los países socialistas existentes.

Más concretas son sin embargo las quejas apuntadas, sobre todo por Rumania, en lo que respecta a los efectos del comercio intrabloque. Este sujeta a esos países a una situación antieconómica que los obliga a comprar productos más caros y de peor calidad dentro del bloque, produciéndose así

un desmejoramiento de sus ventajas relativas. Los obliga también a especializarse en campos menos favorables que aquellos que les permitirían un comercio más amplio con Occidente.

Tales razones son de carácter económico y no político, pero hay tres maneras de resolver los problemas planteados. La primera es dejar prevalecer las leyes de mercado y optar por un comercio en función de ventajas comparativas sin consideraciones políticas. La segunda es la de hacer prevalecer las razones políticas sobre las económicas. La tercera es la de hacer avanzar la revolución mundial y sobrepasar los límites de un reducido bloque socialista. Hay que considerar que las tres soluciones no son radicalmente excluyentes y se combinan históricamente. La cuestión fundamental es, sin embargo, la jerarquía de las tres, lo que involucra importantes cuestiones de principio.

Es importante señalar, sin embargo, que los intereses generales de la causa socialista han prevalecido en muchas condiciones sobre los intereses exclusivos nacionales. Un modelo de estas relaciones se encuentra en el acuerdo comercial y financiero entre Cuba y la URSS en 1972, en el cual la URSS no solo perdonaba la enorme deuda de Cuba hacia ese país, sino que establecía un intercambio futuro basado en un precio permanente del azúcar muy superior al del momento de la firma del tratado.

2. EL PROCESO DE INTEGRACIÓN MONOPÓLICA MUNDIAL

Hemos visto que las relaciones entre los dos grandes bloques de naciones que componen el actual sistema mundial son altamente complejas, pero que hay determinaciones esenciales que las dirigen y las hacen inteligibles.

El bloque capitalista tiene, como vimos, un papel específico dentro del sistema de relaciones mundiales. El capitalismo es un sistema que alcanzó su auge de desarrollo a fines del siglo XIX, cuando sus contradicciones internas lo llevaron a la lucha interimperialista, a la guerra mundial y, en seguida, a la apertura de una nueva fase revolucionaria con el surgimiento del primer Estado obrero, la Unión Soviética. A partir de este momento el socialismo ya no se expresaba solamente a través de la fuerza de las organizaciones obreras, sino que pasaba a contar con una base estatal nacional, a la cual se sumó posteriormente un tercer elemento revolucionario; el movimiento de liberación de las naciones dependientes.

A partir de 1917, la historia del sistema capitalista mundial es la de su lucha por sobrevivir como formación social. En esta etapa, Estados Unidos busca asumir el papel hegemónico del sistema que había tenido Inglaterra en el siglo XIX y cuya pérdida abrió camino al conflicto mundial. Para garantizar esta hegemonía sobre un sistema que, después de los alegres años 20, entró en la crisis definitiva de los años 30, fue necesario pasar por una guerra en contra de las pretensiones del nazismo de unificar Europa bajo la hegemonía alemana.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos emergía ya como nación hegemónica. No solo la guerra no había llegado a su territorio, sino que incluso había permitido el milagro que ningún país capitalista logró hasta 1950: le permitió recuperar los índices de producción de 1929 e incluso superarlos. En efecto, lo mismo Alemania, Japón, Francia, Inglaterra y los demás países capitalistas europeos solo logran restablecer el volumen de producción que habían alcanzado en 1929 hacia 1950. Por esta época Estados Unidos, debido al pleno empleo obtenido con la industria de guerra, había conseguido elevar al doble su producción de 1929.

Empezando el período de posguerra, Estados Unidos se encontraba, pues, en una posición relativa extremadamente favorable dentro del sistema capitalista. Su ingreso nacional sumaba cerca del 50% del ingreso de las naciones capitalistas. Su participación en el comercio mundial era del 47%. Sus reservas de oro correspondían a cerca del 70% de las reservas mundiales. La productividad de su industria era varias veces más alta. Sus fuerzas militares estaban en todas partes del mundo capitalista y poseía la bomba atómica.

La posición relativa de Estados Unidos en la posguerra está determinada por tres grandes factores.

El primero es de orden estructural. El carácter anárquico que se deriva de la base competitiva del capitalismo lo induce a resolver por la fuerza esa competencia, lo cual lleva inevitablemente a la concentración, la centralización y el monopolio. Esto pasa tanto a nivel nacional como internacional. Pero el monopolio no elimina la competencia completamente, sino que crea nuevas formas que obligan a una continua lucha por mantener la hegemonía. Esta lucha asume así formas contradictorias en su desarrollo. La tendencia general del proceso es hacia una integración bajo la imposición de un centro hegemónico; pero tal tendencia no puede realizarse completamente por-

que esta integración desarrolla nuevos niveles de contradicción que llevan a nuevos enfrentamientos y, por lo tanto, a desintegraciones parciales o a la desintegración total, lo cual obliga a una nueva centralización, etc.

Es una ley del capitalismo que este se desarrolle bajo la forma de una aguda contradicción entre sus tendencias hacia la integración impuestas por el proceso de concentración, centralización y monopolización, y sus tendencias desintegradoras, impuestas por la competencia, la anarquía de la producción y sus contradicciones de clase. Esta ley es una expresión específica de la contradicción general entre el carácter cada vez más social de la producción para atender a la necesidad de mayores ganancias y las limitaciones impuestas al proceso productivo por el carácter privado de la apropiación que es inherente al capitalismo como sistema.

En resumen, el desarrollo de las fuerzas productivas que el capitalismo se ve obligado a realizar, lleva a la formación de un sistema económico internacional, pero la unidad empresarial privada y las bases estatales nacionales en que se apoya este sistema son contradictorias respecto de la vocación universal del desarrollo de las fuerzas productivas.

En última instancia, este desarrollo aparentemente integrado y racional conduce en realidad a un nuevo tipo de anarquía que se manifiesta a nivel internacional. Las características de esa contradicción serán tratadas más adelante.

En el momento actual de nuestro análisis cabe mostrar cómo el sistema necesita de un centro ordenador que imponga el orden, el poder y la centralización sobre la anarquía desintegradora de la competencia desenfrenada. Aquel Estado que disponga de mayor base económica relativa estará en condición privilegiada para hacerlo. En este sentido, Estados Unidos había conquistado una posición relativa envidiable ya antes de la guerra, independientemente de la acumulación aún mayor de ventajas relativas que esta le proporcionó.

Esta acumulación se debió en gran parte a la utilización masiva por los capitalistas norteamericanos de los cambios tecnológicos y de la organización del trabajo que se operaron a fines del siglo pasado y que permitieron crear vastas unidades productivas, con enormes ventajas de productividad. Ya al final del siglo XIX, Estados Unidos había centralizado fuertemente su capital, lo que le permitía disponer de la base financiera y administrativa para incorporarlas sistemáticamente.

Pero hay una ventaja relativa que asegura definitivamente la hegemonía norteamericana: es la amplitud de su mercado interno, en parte debida a su extensión continental, conseguida mediante la conquista de las tierras mexicanas y la compra de Florida y Alaska. Este factor pasa a ser decisivo en el momento en que la tecnología exige escalas de producción muy grandes, solo posibles a partir de mercados muy amplios. La burguesía industrial americana había logrado la hegemonía de su mercado interno durante la Guerra de Secesión y, de ahí en adelante, su desarrollo como potencia hegemónica estaba ya asegurado.

Una Europa dividida en Estados nacionales sin un centro hegemónico no podía servir de base a una expansión económica capitalista capaz de competir con el gigante americano. El poder competitivo de Estados Unidos se venía manifestando antes de la Segunda Guerra Mundial y en el curso de esta ya había alcanzado una situación hegemónica. La guerra crea sin embargo un desequilibrio exageradamente fuerte en favor de Estados Unidos y abre una fase coyuntural de hegemonía indiscutida, cuyo carácter *excede* en parte las necesidades estructurales del sistema.

Es necesario separar pues la necesidad histórica del sistema de disponer de un centro hegemónico que lo integre, del grado de la hegemonía alcanzada por Estados Unidos en la posguerra.

El segundo factor que determina la ventaja relativa de Estados Unidos en la posguerra rebasa las fronteras del capitalismo. A fines de la década de 1940, el sistema capitalista internacional se enfrenta no solo a un país socialista sino a un bloque socialista que incluye la nación más populosa de la Tierra. Más grave aún, en el período posterior a la Segunda Guerra, el capitalismo como régimen estaba profundamente cuestionado en todo el globo y las aspiraciones democráticas de las masas tenían de su lado las resistencias armadas en contra del nazifascismo en general dirigidas por los comunistas y los movimientos de liberación nacional en los países dependientes que tendían a unirse al socialismo. Las necesidades de salvación del capitalismo como sistema se sobreponían, en esta coyuntura, a cualquier eventual lucha interburguesa. El período de la Guerra Fría va a consolidar la situación, estableciendo las bases de una alianza internacional de clase que reforzó indudablemente la hegemonía norteamericana a nivel económico, político y militar.

El tercer factor que favoreció la hegemonía de Estados Unidos fue el carácter acumulativo de las posiciones de dominio o dependencia relativa. Un sistema de dominación como este tiende a autoimpulsarse y a incrementar sus relaciones desiguales hasta un cierto punto en el cual las ventajas relativas empiezan a ser negativas y la tendencia acumulativa se invierte en contra del sistema de relaciones vigente.

Las ventajas relativas de que disponía Estados Unidos le han permitido convertir el dólar en moneda internacional y a través de esto lograr una hegemonía financiera excepcional que a su vez le abría las puertas de todas las economías nacionales capitalistas. Su hegemonía militar reforzaba la concreción de sus aspiraciones políticas y su hegemonía económica atraía científicos de todo el mundo y le garantizaba el control tecnológico, fundamental en la época moderna. La fuerza de sus empresas en el plano nacional les abría camino internacionalmente, escudadas en el poder financiero, militar, político y cultural de Estados Unidos.

Parecía haber nacido un nuevo imperio inquebrantable que aseguraría la estabilidad del capitalismo por años y años. El presente trabajo pretende describir sumariamente las características fundamentales de este proceso de integración mundial para, en seguida, determinar sus contradicciones internas, que llevan hoy en día a una profunda desintegración del sistema aparentemente tan sólido nacido de la posguerra. Para tal fin, hay que ubicar el elemento central de este proceso de integración del sistema capitalista.

Los elementos financieros, militares, políticos y culturales que destacamos no podrían dar permanencia a un sistema de relaciones integradas como a las que asistimos en la posguerra. Ellos crean las condiciones que permiten tal permanencia, pero no la determinan. Para encontrarlas tenemos que ir a la infraestructura del sistema y buscar la célula de este proceso mundial. Esta formación celular la encontramos en la nueva unidad productiva, administrativa, financiera (y en parte política y cultural) del sistema que es la empresa monopólica de carácter marcadamente internacional que se ha acostumbrado a llamar (por razones ideológicas) las corporaciones multinacionales o transnacionales.

La transformación del capitalismo competitivo en monopolístico³ se dio al final del siglo XIX y fue descrita por varios autores marxistas como Bujarin, Lenin, Rosa Luxemburgo y sobre todo Hilferding y algunos no marxistas,

como Hobson⁴. Lo que diferencia el carácter de las relaciones monopólicas entonces y ahora son esencialmente dos factores:

En primer lugar, es necesario considerar que las relaciones monopólicas se hicieron dominantes dentro de los capitalismo nacionales, eliminando en buena medida a las empresas competitivas no solo en los países dominantes sino en gran parte de los países dependientes.

En segundo lugar, esas relaciones monopólicas se reforzaron enormemente en el plano internacional entrelazando a casi todos los países capitalistas en una enorme red financiera, comercial y administrativa. Más importante aún: una gran parte de esas relaciones pasaron a ser intraempresariales. Es decir, las corporaciones modernas se expandieron tan fuertemente en el mundo que se convirtieron en el marco dentro del cual se realiza gran parte de las relaciones económicas internacionales.

Estos cambios tienen un efecto cualitativo sobre el sistema. Transforman el germen de una economía internacional monopólica en la plena realización de esa economía, modificando leyes anteriormente no dominantes en dominantes. Este cambio exige una revisión analítica del carácter del imperialismo contemporáneo que permita establecer una nueva jerarquía de leyes y factores determinantes del funcionamiento del sistema capitalista mundial.

Establecido el nuevo contenido de las relaciones monopólicas es necesario estudiar, en seguida, las características de la empresa monopólica moderna. Se trata de una empresa corporativa que necesita ampliarse ilimitadamente en el interior o no de un grupo económico, frente al cual mantiene una independencia relativa. Las decisiones fundamentales de financiación, de expansión, etc., las hace con cierta autonomía, lo que se justifica no solo por su gigantismo, sino sobre todo por el excesivo volumen de excedentes financieros de que dispone a nivel nacional e internacional. Sus enormes ganancias la llevan a la necesidad de encontrar nuevos frentes de inversión a cualquier costo. Su dirección se convierte así en un centro de decisión finan-

3. Utilizamos la palabra monopólico dentro del concepto de Lenin que supone en realidad una situación oligopólica donde se establece una competencia entre monopolios, distinta de la competencia entre pequeños productores privados. En este caso la competencia no solo asume proporciones gigantescas (luchas por países, regiones, etc.) sino también una forma más organizada, pero mucho más violenta (de las peleas entre gánsteres y comerciantes pasamos a las guerras mundiales).

4. Véase el capítulo sobre antecedentes teóricos del concepto de dependencia.

ciera, desplazando las decisiones propiamente industriales hacia niveles intermedios de dirección. Tal tendencia se hace manifiesta en las corporaciones conglomeradas que se forjaron en los últimos años y que operan en un número inmenso de sectores económicos sin ninguna vinculación tecnológica entre ellos⁵. Al lado del proceso de conglomeración, que refleja la conversión de las corporaciones en centros financieros en búsqueda de aplicación de sus excedentes así como del financiamiento interno, está el proceso de expansión mundial de sus inversiones.

La característica más importante de las inversiones de capital en el período de la posguerra es que se dirigen mayoritariamente a sectores que producen para los mercados internos de los países en que se hace la operación. En el período anterior a la posguerra, la inversión externa se hacía en general en los sectores ligados a la economía exportadora de los países periféricos. Es decir, se atendía fundamentalmente al propio mercado de los países dominantes. Se invertía básicamente en la agricultura, en la minería, en los servicios públicos y transportes ligados a la exportación. Se aseguraba así el control del mercado comprador, las remesas de ganancias, los fletes y los productos utilizados por las industrias de los países dominantes.

A partir de la posguerra las inversiones se dirigen fundamentalmente hacia los países dominantes, a los sectores industriales y a veces de servicio, lo cual lleva a una enorme movilidad de capitales en esta área. En segundo lugar, las inversiones en los países subdesarrollados se reorientan de los sectores exportadores hacia la manufactura, llegando a controlar monopólicamente su reciente industrialización.

Este cambio de estructura del capital extranjero⁶ lleva a nuevas realidades internacionales que se caracterizan por un anárquico y complejo entrelazamiento de capitales e intereses de grupos y Estados nacionales, corporaciones, organizaciones internacionales, etc., que solo muy recientemente se empieza a analizar sistemáticamente⁷.

5. Son notorios los casos de Litton, ITT, Textron, etc.

6. En nuestro ensayo "El nuevo carácter de la dependencia", hemos buscado determinar sistemáticamente los cambios que operaban tales hechos en las estructuras socioeconómicas latinoamericanas.

7. Hay hoy en día una vasta literatura sobre las llamadas corporaciones multinacionales. Llamamos la atención solamente a los textos más importantes: Louis Turner, *Invisible Empire: Multinational*

Los resultados concretos son realmente impresionantes. Aproximadamente ciento ochenta empresas norteamericanas detentan hoy en día el control de cerca del 80% de las inversiones externas de este país. Sumadas a un grupo reducido de empresas europeas y japonesas (cerca de cien) estas llamadas “corporaciones multinacionales” producen en la actualidad casi 1/6 del producto bruto internacional.

Tomemos el caso máximo que es la General Motors. Tiene inversiones en aproximadamente sesenta países, ocupando a 640.000 trabajadores en las más diversas industrias que van desde los sectores de línea blanca a los autos y a la industria espacial, pasando por las empresas más diversificadas. Sus ventas anuales superan al presupuesto anual de Alemania Federal y sus ejecutivos medios en Inglaterra o Alemania están entre los principales empresarios de estos poderosos países.

La extensión de estas empresas ha dado origen a una vasta literatura sobre los más diversos problemas de control, organización, administración, personal, etc., a nivel internacional que plantea este nuevo nivel de operaciones. Sus jefes se convierten en importantes centros de poder mundial y sobre ellos no se ejerce ningún control político. Al contrario, las funciones de carácter político pasan a formar parte de la propia “ciencia” administrativa⁸, produciéndose una notable amalgama entre los políticos profesionales (civiles y militares), los grupos familiares tradicionalmente dominantes, los miembros de la *intelligentsia* y los directores de empresas para controlar y dirigir la compleja máquina de decisión del Estado norteamericano, al cual le cabe articular este conjunto de intereses a nivel mundial.

Dada la gran centralización de estas unidades económicas, sus decisiones se tornan altamente complejas. La casa matriz tiene que compatibilizar

Companies and the Modern World; Courtney C. Brown (ed.), *World Business, Promise and Problems*; James W. Vanpel y Joan P. Curhan, *The Making of a Multinational Enterprise*; Charles P. Kindleberger, *American Business Abroad*; Judd Polk y otros, *US Production Abroad and the Balance of Payments*; Paul Sweezy y Harry Magdoff han realizado un análisis marxista del tema en *Monthly Review*, ediciones en castellano, Nº 68, noviembre, 1969.

8. En 1971, *Business International*, una carta semanal para gerentes de empresas multinacionales, dio inicio a una discusión sobre este nuevo campo de actividad empresarial: “Reflejando la creciente sensibilidad de los gerentes ante las presiones del ambiente, un número creciente de firmas internacionales decidió en los últimos años que esta actividad tiene suficiente importancia para sus operaciones como para justificar el establecimiento de una nueva categoría gerencial cuya única tarea consiste en aumentar la influencia de las corporaciones en los gobiernos”.

(o decidir en contra de) sus intereses (dentro de una unidad nacional que, además de ser una economía con sus leyes relativamente independientes de desarrollo, a la base de su poder económico) con los intereses de otras decenas de unidades productivas y administrativas en otros contextos nacionales concretos sobre cuyas políticas hay que influir también y cuyas presiones hay que considerar. La resultante que nace de esta confluencia de presiones contradictorias es en gran parte imprevisible y esta es una de las razones para el gran *boom* del financiamiento de investigaciones y publicaciones sobre el funcionamiento, las causas y las consecuencias de las empresas multinacionales⁹.

Las conclusiones a que se ha llegado hasta el momento permiten tomar a la corporación multinacional como la célula del proceso de integración monopólica mundial. Ella es hoy en día el centro de decisión administrativa, económica y política que conduce a una gigantesca concentración económica y centralización financiera y administrativa; a una unión estrecha y contradictoria entre las empresas y los Estados; a la integración de los mercados de todos los países capitalistas; a un crecimiento enorme del comercio mundial.

9. En Estados Unidos, trabajan sobre el tema los siguientes investigadores: Raymond Vernon, en Harvard, con un importante financiamiento de la Ford Foundation; Charles Kindleberger en Massachusetts Institute of Technology (MIT); Stephen Hymer en Yale (su trabajo fue interrumpido por su súbita muerte en un accidente en 1974); James O'Connor, en California, con enfoques distintos. También trabajan sistemáticamente sobre el tema los centros de investigación privados de *Business International*, la National Industrial Conference Board, las secciones de investigación de la Federación Americana del Trabajo-Congreso de Organizaciones Industriales (AFL-CIO) y de la International Chamber of Commerce. En los últimos años el Senado norteamericano ha llevado a cabo un número enorme de secciones de audiencias sobre "Economic Concentration" (8 v.), "International Aspects of Antitrust" (2 v.), y se formó una subcomisión dedicada al tema y dirigida por el señor Frank Church. El Banco Interamericano de Desarrollo financió una investigación de *Business International* sobre el mismo asunto. Las Naciones Unidas, la Organización Internacional del Trabajo (OIT), las asociaciones sindicales, el Departamento del Tesoro de Estados Unidos y varias instituciones nacionales han proseguido estos estudios. Hubo varios números especiales de revistas económicas dedicados al tema. El Survey of Current Business hace un balance anual de las inversiones externas norteamericanas. El Departamento de Comercio realiza censos decenales de estas inversiones. Nixon formó una comisión presidencial dirigida por A.L. Williams, presidente de la International Business Machines (IBM), que estudia comercio e inversiones. Además Nixon creó una comisión sobre comercio internacional dirigida por Peter G. Peterson (antiguo director de Bell and Howell Inc.) y un Consejo de Política Económica Internacional. También fuera de Estados Unidos hay amplio interés en investigar el problema en cuestión. Una discusión más en detalle del tema se hace en el próximo capítulo.

El canal fundamental por el cual fluye todo este movimiento es la inversión de capitales a nivel mundial, en la cual hay una estrecha fusión entre la inversión privada y los préstamos gubernamentales. Estos financian a la primera, sea a través de préstamos directos para las empresas multinacionales, sea con la garantía de mercados para sus productos, sea por medio del financiamiento de obras de infraestructura, sea a través de concesiones, seguros y otros beneficios para incentivar la inversión internacional.

El movimiento de capitales es, pues, el centro articulador de las relaciones económicas internacionales. Explica los movimientos de mercancías y servicios y los demás movimientos financieros. Sus efectos sobre la estructura económica a nivel mundial son, sin embargo, altamente contradictorios. La unificación de intereses que las empresas multinacionales lograran promover no ha sido suficiente para ocultar y borrar sus contradicciones internas.

En los próximos capítulos pasaremos a analizar la intrincada gama de contradicciones que nacen de este proceso de integración monopólica mundial basado en la corporación multinacional y en la expansión y cambio de estructura del movimiento de capitales.

3. LA CONTRADICCIÓN PRINCIPAL DEL IMPERIALISMO CONTEMPORÁNEO

A) NOTAS METODOLÓGICAS

Toda formación social concreta es la expresión cristalizada de fuerzas que la trascienden y que necesariamente se encuentran en conflicto con aquellas que la mantienen. Las escuelas “científicas” ligadas a las clases dominantes han hecho hincapié en el estudio de los factores que llevan al mantenimiento de una estructura determinada. Las escuelas científicas ligadas a las clases dominadas han concentrado sus esfuerzos en la descripción de las limitaciones del orden existente que llevan a su descomposición. La dialéctica es por su naturaleza el método revolucionario, pues toma como principio la necesidad de estudiar el universo como un proceso de cambio permanente. Al tomar el universo como cambio concreto, o mejor, como historia natural y humana, descubre como principio de este movimiento el carácter universal de las contradicciones. Todo objeto es constituido por elementos contradic-

torios que, en relación con los otros seres u objetos, están en un proceso de constante lucha.

Así, el análisis de las formaciones sociales debe poner de relieve las contradicciones que la integran necesariamente, así como las relaciones que establecen con otras formaciones y sus efectos sobre sus contradicciones internas. Es necesario señalar que, en el interior de una sociedad, existe un conjunto de contradicciones que está estructurado en torno a ciertos principios de ordenación y hay una jerarquía de factores que nos permiten separar una contradicción principal que actúa sobre contradicciones secundarias, sufriendo también el efecto de ellas de una manera no determinante¹⁰.

El imperialismo contemporáneo es un momento de desarrollo del modo de producción capitalista. Esto significa que expresa, de manera específica, las contradicciones del capitalismo como modo de producción. Estas contradicciones asumen, en este momento determinado, una ordenación específica que hace del imperialismo contemporáneo un objeto de análisis perfectamente diferenciable de las formas anteriores del capitalismo.

Como vimos, el imperialismo contemporáneo se diferencia de las etapas anteriores de su desarrollo por el alto grado de integración que ha logrado, con base en el enorme desarrollo de la concentración de las fuerzas productivas y en la centralización del control económico internacional, a través de la expansión de las empresas multinacionales bajo la hegemonía norteamericana.

Hemos visto también que este proceso de integración monopólica hegemonizado por Estados Unidos lleva en su interior profundas contradicciones que amenazan esta integración y hacen que el sistema se sumerja en una profunda crisis. Nuestra tarea es, en este momento, buscar determinar cuáles son estas contradicciones, cómo se ordenan y cuál de ellas asume el papel principal. Estas notas metodológicas nos llevan a empezar por la determinación de la contradicción principal.

10. "En el proceso de desarrollo de una cosa compleja hay muchas contradicciones y, de ellas una es necesariamente la principal, cuya existencia y desarrollo determina o influye en la existencia y desarrollo de las demás contradicciones". Mao Tse-tung, *Sobre la contradicción. Obras escogidas*, t. I, p. 353.

B) INTERNACIONALIZACIÓN Y BASE NACIONAL

Hay en el sistema internacional capitalista una correlación estrecha entre varios procesos contradictorios que aparecen aislados entre sí. Este es el caso de la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas, la concentración de la producción y de la distribución en favor de las grandes empresas y el debilitamiento y aplastamiento histórico de las pequeñas empresas; la centralización administrativa y financiera y la imposición de los monopolios sobre las empresas pequeñas; el fortalecimiento del poder estatal y de su intervención en la economía, acentuando el poder de los Estados más fuertes, el desarrollo del comercio mundial y del movimiento de capitales de manera desigual y la centralización a nivel internacional, bajo la forma de imposición hegemónica de la nación económicamente más fuerte y las naciones más débiles y dependientes así como sus burguesías condenadas a la sumisión.

La economía mundial capitalista expresa así este conjunto de tendencias que son contradictorias entre sí y que desarrollan fuertes antagonismos entre las fuerzas que la componen. Todas ellas expresan a nivel internacional la contradicción principal del modo de producción capitalista. En él, el desarrollo de las fuerzas productivas lleva a una socialización creciente de la producción, lo que entra en contradicción con el carácter privado de la apropiación de los medios de producción. De ahí resulta, como vimos, la anarquía esencial del sistema capitalista, siempre resuelta de manera provisoria, lo que hace aparecer más tarde la misma contradicción bajo nuevas expresiones.

En la etapa actual del capitalismo esta contradicción asume un carácter muy agudo, obligando al Estado a intervenir para asegurar un mínimo de organización al sistema y para mediatizar las presiones contradictorias de las fuerzas sociales antagónicas que componen la sociedad. La unidad productiva, a su vez, cambia completamente su forma. Para impedir los efectos depresivos de la anarquía, la corporación se vuelve en contra del principio básico de las relaciones capitalistas que es el mercado y tiende a imponerse como única unidad productiva o como conjunto articulado de unidades productivas. El desarrollo del monopolio dentro de cada mercado y en el plano nacional lleva necesariamente a un reforzamiento de la lucha por su control. El Estado, como regulador del comercio y de las relaciones de las empresas

entre sí, pasa a cumplir también el papel de abrirles nuevos mercados en el plano nacional e internacional.

Es así que el ciclo concentración-centralización-intervención estatal se fortalece, interactúa y se autoimpulsa a nivel nacional como condición de la expansión internacional de las empresas nacionales en escala internacional. Es esta dominación nacional la que permite una posición superior a nivel internacional.

Por otro lado, el control del mercado internacional asegura una fuerte posición de dominio interno. En este plano, el Estado nacional también ejerce un papel fundamental al asegurar política, económica y militarmente la apertura de los mercados externos.

De aquí nace uno de los polos de la contradicción principal de las actuales relaciones capitalistas internacionales: el polo nacional. La dominación internacional de una nación sobre otra pasa, en el actual momento histórico, por el fortalecimiento de la relación entre un Estado nacional fuerte y las empresas monopólicas que controlan el mercado interno del país dominante.

El otro polo de la contradicción principal nace de los efectos de la expansión externa de estos poderes nacionales. En la actual etapa de desarrollo del imperialismo, las relaciones internacionales del sistema han alcanzado un alto grado de desarrollo. El proceso de concentración y centralización rebasó desde hace mucho los limitados niveles nacionales. Se creó, a partir de fines del siglo pasado, un mercado mundial de bienes de capitales y hasta de mano de obra. Las unidades productivas del sistema empezaron a ser afectadas por esta realidad internacional y desarrollaron un intrincado sistema de relaciones internacionales, como vimos al referirnos a las corporaciones multinacionales.

Lo específico de esta expansión en la etapa contemporánea es, como señalamos, el hecho de que las inversiones que son el eje de esas relaciones internacionales se orientan hacia la producción ligada a los mercados internos de los países receptores.

Al principio, esto llevó a un fortalecimiento de las ventas internacionales del país desde donde se originaba la inversión. Las filiales montadas en el exterior le compraban sus maquinarias y las materias primas elaboradas que utilizaban a la empresa matriz o a otras empresas del mismo grupo económico. Esto transformaba la creación de nuevas unidades productivas en el

exterior en un estimulante del comercio internacional. Se estableció así, en el sistema imperialista de posguerra, una relación económica basada en una nueva división internacional del trabajo.

No tardaron en demostrarse sin embargo, las limitaciones de este equilibrio. De un lado, las potencias imperialistas no hegemónicas a su vez empezaron a exportar capitales, en la medida en que se recuperaban de la depresión debida a la guerra y en cuanto terminaban la reconstrucción nacional. Los mercados de los países dependientes pasaban así a ser objeto de una nueva competencia. Tal situación no excluye a las empresas norteamericanas en Europa y Japón. Estas serán afectadas en la competencia interna en la medida en que no realicen inversiones en el interior de estos países. No solo porque así se garantizan el acceso a su mercado interno, sino también porque aseguran un comprador para sus máquinas y materias primas industrializadas en el país dependiente. Sin embargo, teóricamente esta inversión significa que una parte de la fuerza de trabajo que el país imperialista podría utilizar internamente se sustituye en el exterior. A esto llaman los sindicatos norteamericanos el efecto “exportador de trabajo” de la inversión externa.

Para complicar aún más la situación, varios países subdesarrollados, como Brasil, India, Indonesia, Taiwán, etc., se ven en la necesidad de ampliar sus exportaciones industriales aprovechándose del bajo salario que pagan a sus trabajadores. Serán las empresas norteamericanas, europeas o japonesas las que controlen las inversiones en estos países, pero lo harán siguiendo la lógica económica del sistema. Y esta lógica dice que, en la medida en que se pueden obtener ganancias más elevadas en estos países, las inversiones se destinan a ellos para exportar hacia mercados controlados anteriormente por empresas de los países dominantes.

Lo que sucede, en consecuencia, es una enorme disgregación del mercado mundial, que va acompañada de una tendencia hacia la disminución de su volumen y al cambio del peso relativo de los sectores de producción que lo componen, así como de la importancia de los distintos países. Las relaciones resultantes de tales cambios, solo se rearticulan en un nuevo esquema que se realiza bajo la presión relativa que ejercen los diferentes Estados nacionales y las corporaciones multinacionales.

Al describir este proceso, hemos puesto en evidencia el polo internacional de la contradicción. La economía internacional se desarrolla según leyes

propias que expresan los intereses de varias unidades nacionales que, a la larga, entran en contradicción entre sí, pues todas buscan el mismo resultado: su fortalecimiento nacional en contra de las otras unidades nacionales.

La retórica liberal ha buscado presentar tales relaciones como complementarias (así como presenta las relaciones de competencia entre los individuos como un factor de progreso y equilibrio al mismo tiempo). En realidad lo son, pero solo episódicamente. Su propio desarrollo, como hemos visto, eleva a nuevos niveles los antagonismos básicos.

De esta manera, la integración así realizada en una determinada etapa no hace más que preparar nuevos enfrentamientos internacionales. Se clarifica el carácter de la contradicción principal de la actual etapa del imperialismo.

La base productiva del capitalismo se hace cada vez más internacional, pero los mercados y Estados nacionales continúan siendo el punto de partida de sus relaciones internacionales. De un lado, la concentración, el desarrollo tecnológico, el aumento de las comunicaciones, la formación y expansión de una economía internacional. De otro lado, las mezquinas bases privadas y nacionales de esta expansión. Y por más que las empresas privadas se transformen en macromundos administrativos no podrán jamás ser la base de organización de una economía internacional planificada. Tampoco podrán serlo Estados nacionales que simplemente funcionen para coadyuvar a la expansión nacional e internacional de estas empresas buscando conciliar los inconciliables antagonismos que su expansión crea a nivel nacional e internacional.

Es así como el proceso de internacionalización del capital, determinado por la concentración productiva en que se basa la expansión capitalista, entra en contradicción con la tendencia a fortalecer la base nacional, estatal y empresarial en que se apoya el poder del capital, como fruto de su carácter privado.

Al contrario de lo que podría derivarse del planteamiento de algunos autores, la contradicción entre la empresa llamada multinacional y el progreso humano no está en su carácter internacional sino en la estrecha base nacional en que tiene que apoyarse. Al contrario de lo que aparenta, la empresa llamada multinacional es una expresión de la incapacidad del capitalismo para convertirse en la base de un verdadero sistema económico mundial. Las fuerzas que lo impulsan hacia esto están en contradicción con la estrechez del

capital y su carácter de explotador de la fuerza de trabajo, que solo puede ser asegurado por la apropiación privada de los medios de producción.

El resultado de un período largo de expansión e integración capitalista mundial solo puede ser, por consiguiente, un anuncio de un período significativo de disgregación y estancamiento. Este período, a su vez, producidos los enfrentamientos, destruidos los sectores menos desarrollados, abre camino a nuevos períodos de expansión, cada vez más contradictorios con la base limitada que la propiedad privada ofrece a la producción.

A la integración lograda por el imperio británico en los tres primeros cuartos del siglo XIX se sucede el período de lucha interimperialista que desemboca en la Primera Guerra. Después del desgarramiento de la Rusia zarista, convertida en la Unión Soviética, y del resquebrajamiento del poder colonial, se produce un ligero período de crecimiento que es sucedido por la crisis de 1929 y de los años 30 y por la Segunda Guerra Mundial. Luego de la disgregación de los demás países que vienen a componer el bloque socialista y del avance de la revolución en los países coloniales y dependientes, se presenta el período de relativo crecimiento recuperativo de la década del 50 y en parte de 1960. Al final de esta década se abre la crisis norteamericana más grave de la posguerra y la guerra comercial y financiera actual.

Tras los profundos resquebrajamientos que el período actual está produciendo y producirá, el capitalismo logrará una nueva integración en torno a su centro hegemónico, pero solo podrá darse sobre la base de un sistema de subpotencias regionales y a costa de la transferencia de importantes sistemas productivos tecnológicamente atrasados de Estados Unidos hacia las subpotencias regionales. De este aparente equilibrio nacerán contradicciones aún mayores que las actuales.

Es interesante revisar las teorías de la burguesía o influidas por ella en los distintos momentos de este proceso. Del optimismo saltan a la desesperación, de esta al optimismo y viceversa, desconociendo necesariamente el carácter cíclico de su movimiento histórico, así como su inevitable degeneración.

4. LAS MANIFESTACIONES DE LA CONTRADICCIÓN PRINCIPAL

A) DESARROLLO DESIGUAL Y COMBINADO

Al analizar el lugar histórico del imperialismo y sus tendencias parasitarias, Lenin lo define como un régimen en estado de descomposición por su tendencia a la formación de Estados rentistas, cuya burguesía vive cada vez más del corte de cupón. Pero Lenin no lo ve como un proceso lineal sino contradictorio, al definir la ley del desarrollo desigual y combinado del imperialismo, con las siguientes palabras:

Sería un error creer que esta tendencia a la descomposición descarta el rápido crecimiento del capitalismo. No; ciertas ramas industriales, ciertos sectores de la burguesía, ciertos países manifiestan en la época del imperialismo, con mayor o menor intensidad, ya una ya otra de esas tendencias. En un conjunto, el capitalismo crece con una rapidez incomparablemente mayor que antes, pero este crecimiento no sólo es cada vez más desigual, sino que la desigualdad se manifiesta asimismo, de un modo particular, en la descomposición de los países donde el capital ocupa las posiciones más firmes (Inglaterra)¹¹.

La formulación misma de la contradicción principal del imperialismo contemporáneo ya plantea el carácter desigual y combinado del desarrollo del sistema. El hecho de que necesite un centro hegemónico que imponga y centralice una diversidad muy grande de ritmos de crecimiento regionales revela, desde el inicio, su carácter desigual y combinado.

Lo fundamental es ver en conjunto el sistema como una transferencia de excedentes hacia los centros más dinámicos, lo que acentúa enormemente los ciclos y movimientos del sistema mundial. Por un lado, la unificación del mercado a nivel mundial lleva a una cierta homogeneización de patrones de conducta. Pero, por otro lado, la posibilidad de explotar las grandes diferencias regionales lleva a acentuar el desarrollo de ciertos sectores en detrimento de otros. Las mismas unificación y homogeneización facilitan,

11. Vladimir Ilich Uliánov (llamado Lenin), *El imperialismo. Fase superior del capitalismo*, Obras escogidas, t. I, p. 795.

dialécticamente, la desigualdad, al facilitar el movimiento de capitales hacia los centros internacionales más dinámicos.

Excepto en algunos casos excepcionales, no se ha producido una situación que lograra invertir significativamente las tendencias de acumulación del crecimiento en las regiones ya desarrolladas. Estas tienen mercados nacionales más fuertes, facilidades financieras, economías externas y otros factores que atraen hacia ellas los capitales. Por otro lado, los países subdesarrollados solo atraen los capitales para realizar allí una superexplotación de su mano de obra barata y sacar los excedentes generados. Un reflejo muy directo de esta situación se produce en la balanza de capitales de Estados Unidos. Mientras las relaciones con Europa y Japón son deficitarias, pues el capital norteamericano tiende a reinvertir allí, con los países dependientes se produce un superávit que llega a cubrir el déficit generado en las relaciones con los países desarrollados. Claro está que tales tendencias se acentúan en lo que respecta a las relaciones comerciales y de servicios (de transporte, técnicos, etc.). También en estos casos, los países dependientes presentan tendencias que refuerzan su retraso y favorecen a las potencias dominantes.

En suma, dentro de este sistema capitalista mundial, el subdesarrollo de los países dependientes tiende a acentuarse históricamente, llevando a una reproducción ampliada (con crecimiento económico, por lo tanto) que no rompe la característica de ser una economía dependiente. Su reproducción asume esta forma porque son objeto de una constante superexplotación que les impide dar saltos dialécticos significativos sin caer inmediatamente en una etapa superior de superexplotación. El paso de la etapa fundamentalmente exportadora hacia la producción industrial fue marcado por agudas crisis que no lograron resolver, sin embargo, el carácter dependiente de la economía. El sistema se recompuso en una forma nueva en la cual el capital extranjero asumió el liderazgo de las inversiones industriales. Pero, en muy poco tiempo, las facilidades del crecimiento económico en condiciones monopólicas que garantizan una alta lucratividad, han permitido al capital internacional extraer cifras astronómicas bajo la forma de ganancias, sobrepagos, regalías, servicios técnicos y un sinnúmero de otros medios de extraer ganancias.

El carácter desigual y combinado del desarrollo capitalista contemporáneo no produce, como en el siglo pasado, la emergencia de nuevos centros

capitalistas, sino mayores contradicciones entre los centros ya existentes, que acentúan sus profundas contradicciones con los países dependientes, cuya solución exige un salto dialéctico hacia un nuevo sistema económico-social que lleve al socialismo y no a un capitalismo más desarrollado.

B) LA AYUDA INTERNACIONAL: MECANISMO DE CONTROL Y DE ACENTUACIÓN DE LA DESIGUALDAD

Las dificultades creadas en la balanza de pagos de los países dependientes han hecho necesario un gran apoyo internacional para hacer viable la conservación del sistema de relaciones económicas internacionales capitalistas. Sin esta ayuda el movimiento de capitales y el comercio internacional sufrirían una enorme baja.

La ayuda internacional, que llega a su auge en la década de 1960, tiene por objetivos: a) financiar las inversiones norteamericanas en el exterior, donde hay escasez de capitales (que, en este caso, son las divisas necesarias para importar los insumos básicos para la creación o, a veces, el funcionamiento de las empresas); b) financiar, sea directamente, sea a través del aporte bancario, las inversiones en el exterior, la venta de maquinarias y productos excedentes, etc., a precios más altos que los del mercado mundial; c) desahogar a través de créditos bancarios las balanzas de pagos de los países dependientes para permitir que continúen disponiendo de divisas para participar del comercio mundial; d) someter políticamente a esos países, que se ven obligados a gastar gran parte de sus excedentes en pagos de los servicios de la deuda externa y sus energías políticas en renegociaciones de las mismas.

La llamada “ayuda” internacional no es más que un instrumento de dominación y de control político, y asimismo de financiamiento del comercio exterior y de los movimientos de capital. El pueblo norteamericano financia así los intereses privados de sus empresas, ampliando el déficit creciente del erario público, incentivando el déficit de la balanza de pagos norteamericana y la inflación, para llenar los bolsillos de los accionistas de las 180 mayores empresas.

Se acentúa, pues, no solo el carácter desigual y combinado del desarrollo, sino incluso la contradicción entre los intereses del Estado norteamericano, en tanto expresión de los intereses nacionales, y su función real de

servir a los intereses de grupos privados bien definidos. Los intereses de las corporaciones multinacionales chocan con los intereses de las demás fuerzas sociales nacionales, no en un sentido positivo para el desarrollo del comercio mundial, sino de manera necesariamente contradictoria, pues esta expansión de la economía mundial solo se puede hacer a través del financiamiento del Estado norteamericano. Este endeudamiento internacional es provocado, a su vez, por la superexplotación de los países dependientes que impide a sus economías reforzarse y acelerar su crecimiento de manera de disponer de los recursos para una expansión real de la producción sin necesidad de créditos artificiales.

C) COMERCIO EXTERIOR E INTERÉS NACIONAL

La segunda manifestación de la contradicción principal entre internacionalización y base institucional se manifiesta en el comercio mundial. Este tiene que basarse necesariamente en un intercambio entre tipos diversos de mercancías, pues solo hay un intercambio de mercancías entre valores de uso distintos. Todo comercio desarrollado supone una cierta división del trabajo entre los productores independientes (en este caso, entre naciones distintas). Esta división del trabajo se realiza, sin embargo, en función de intereses de dominación y explotación que han provocado, a largo plazo, una situación de constante retraso para los países que se sometieron a las condiciones impuestas por los países dominantes.

Para la economía dominante, las otras economías no son más que complementarias de ella. Les cabe entregarle aquellos productos que necesita y recibir los que le sea más lucrativo exportar. Por un lado, la economía dominante constituye un mercado fundamental para las otras economías y, por otro lado, los países dependientes en su conjunto son un mercado relativamente importante para ella. De ahí su interés por especializar al máximo posible las otras economías en función de su mercado. La existencia de una exportación de capitales para la explotación de mercados locales, como se dio a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, plantea necesariamente una contradicción. Como vimos, en los períodos anteriores el capital se desplazaba hacia el exterior, sea para producir productos exportables (agrícolas y mineros), sea para crear los sectores complementarios de esa economía exportadora

(transporte, servicios públicos, puertos, comunicaciones, comercialización). En el período de la posguerra su objetivo era, al principio, controlar un mercado interno que podía ser conquistado por algún competidor.

De hecho, en un primer momento esto creó una nueva división internacional del trabajo: se aumentaron las exportaciones de maquinarias, piezas y materias primas elaboradas, por parte de los centros dominantes, en sustitución de la exportación de manufacturas terminadas. Pero, copado el mercado interno de esos países (manteniéndose la división regresiva del ingreso, las antiguas estructuras agrarias, los procesos de marginalización, todos productos del propio desarrollo capitalista dependiente), se plantea el problema de cómo continuar las inversiones. Estas tienen que dirigirse o hacia sectores de la industria pesada (dando a los países dependientes una base tecnológica para poder prescindir de la dominación que este capital ejerce, así como cambiando sus importaciones), o hacia un nuevo sector explotador que asimile los avances tecnológicos realizados. La primera hipótesis no interesa al gran capital internacional, que preferirá orientarse hacia la segunda; esta significa una mayor elaboración de las materias primas exportadas y, en algunos casos, la exportación de productos manufacturados con gran densidad de utilización relativa de mano de obra.

Que esta segunda solución es indudablemente la preferida, lo podemos ver al analizar el caso del desarrollo industrial dependiente más avanzado en América Latina, es decir Brasil. La gran expansión de la exportación de manufacturas que realiza este país desde 1968 se basa en general en la elaboración de materias primas (el caso del café soluble, las láminas de acero, la carne industrializada y otros productos alimenticios) o en productos de gran densidad relativa de mano de obra (tejidos, zapatos, etc.) o incluso en productos de mecánica pesada de carácter semiartesanal.

Con su desarrollo tecnológico actual, Brasil podría tener una importante siderurgia capaz de atender a una gran industria pesada que exigiría un mercado interno potencial de cerca de 100 millones de habitantes. Pero el consumo real es mínimo, la mayor parte de esta masa humana participa ínfimamente en el mercado, dados sus bajísimos ingresos. Se ve así la dependencia estrecha que existe entre el crecimiento del mercado nacional, los altos niveles de explotación de la mano de obra, la atracción del capital extranjero y la expansión de la exportación.

Una orientación correcta del potencial económico generado en un país dependiente exige, sin embargo, una reforma estructural del sistema existente, que invierta esas relaciones: expansión de la demanda interna, utilización de la capacidad instalada para el mercado interno, aumento del empleo, aumento de la demanda. Este modelo de desarrollo no puede, sin embargo, atraer el gran capital pues daña al motivo mismo de su emigración: los bajos salarios. Se bosqueja así, a nivel mundial, un nuevo tipo de división internacional del trabajo que tiene como principales defensores a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (CNUCYD) y las corporaciones multinacionales, interesadas en abrir un camino de inversión en los países dependientes que permita aprovechar el bajísimo precio de su mano de obra y otras muchas ventajas que ahí se les ofrecen.

Esta nueva división internacional del trabajo afectaría fuertes intereses dentro de Estados Unidos, que es el más importante mercado potencial de las materias primas industrializadas. Se trata de desarrollar en los países dependientes la producción y la exportación de manufacturas semiartesanales y que utilizan tecnología relativamente atrasada con gran participación de trabajo. Ellas vendrían (y ya vienen en gran parte) a hacer una fuerte competencia a las empresas de Estados Unidos (y secundariamente de Europa) dedicadas a tales actividades, con graves consecuencias para la estructura del empleo de este país hegemónico. Hay que señalar, sin embargo, que esas tecnologías relativamente atrasadas dentro del espectro actual de la tecnología de punta, son muy sofisticadas con relación al espectro tecnológico de los países subdesarrollados y dependientes.

Para no verse desplazado por esta nueva división del trabajo, Estados Unidos tendría que acentuar su control monopólico sobre los productos de tecnología más avanzada de manera de dominar el desarrollo tecnológico a nivel mundial. Ello le permitiría mantener su posición hegemónica y, al mismo tiempo, incorporar a la producción su mano de obra altamente calificada. Quedarían sobrantes grandes masas de trabajadores no calificados. Para evitar los efectos sociales derivados de la existencia de estos desempleados se piensa aumentar el número de afectados por la asistencia del “bienestar social” y las ocupaciones de servicio. Esta situación llevaría a un aumento enorme del terciario, sustentado en gran parte en las superganancias obtenidas con las inversiones en el exterior.

El resultado de este proceso que ya está en curso es, pues, evidente. Se trata de desplazar las actividades productivas hacia el exterior del centro dominante bajo la forma de inversiones en los países periféricos e intermedios. De ahí se acentuarían las tendencias del centro hegemónico a disfrutar hedonísticamente de su control sobre la producción internacional. Se genera así una situación de parasitismo que reitera las tendencias observadas por Lenin en la Inglaterra de fines del siglo pasado y comienzos del actual.

De hecho, esta situación viene ya produciéndose y se refleja muy directamente en el comercio exterior norteamericano. Estados Unidos está perdiendo su poder competitivo internacional. Su balanza comercial, que siempre había sido ventajosa, pasa a presentar un deterioro creciente a partir de 1954 y llega al déficit en el mes de julio de 1971¹². Hasta hoy, esta tendencia es aún dominante, a pesar de una recuperación en 1972-73.

Los datos demuestran que Estados Unidos está perdiendo la batalla comercial exactamente en los productos de menor tecnología (textiles, acero, metales manufacturados, impresoras, zapatos, aparatos domésticos), a la vez que aumentan sus importaciones de materias primas. Por otro lado, aún conserva un superávit en los productos de alta tecnología (químicos, maquinarias, electrónica, automóviles, aviones, instrumentos)¹³.

Esta situación exacerba la pugna entre liberalismo y proteccionismo dentro de Estados Unidos, con reflejos inmediatos en todo el mundo. De una manera muy general podemos decir que las corporaciones multinacionales manejan un esquema de libre comercio expresado en la “Rueda Kennedy”, en la CNUCYD, etc. Por otro lado, las empresas dependientes del mercado nacional, que pueden muchas veces ser muy poderosas, son francamente proteccionistas pues no pueden vencer de ninguna manera la competencia internacional. Los fabricantes de tejidos y zapatos que están al borde de la ruina se han constituido en fortísimo grupo de presión con el apoyo de sus sindicatos de trabajadores.

Tal situación pone a este sector de la clase dominante norteamericana en abierta contradicción con los otros países capitalistas. Esa posición puede

12. Quince años antes, Estados Unidos participaba de cerca de una tercera parte del comercio mundial. En 1971 bajó a una quinta parte, según el Departamento de Comercio.

13. La fuente es un estudio del Departamento de Comercio citado en *Business Week*, 3 de julio de 1971, “The U.S. Searches for a Realistic Trade Policy”, p. 65.

incluso ganar cierta fuerza (y de hecho la ha ganado en el discurso de Nixon que anuncia en 1971 su Nueva Política Económica) en el momento en que sectores más vitales para la economía norteamericana se vean cuestionados en su mercado interno, como es el caso de la industria automovilística frente a la ofensiva japonesa y europea.

Esta situación tiende a acentuar las contradicciones “interimperialistas”, en la medida en que el gobierno de Estados Unidos se solidarice con las empresas “nacionales” en contra del cosmopolitismo de las empresas multinacionales que usan la presión mundial en favor de sus objetivos tácticos. En su forma más profunda, los conflictos dejan de ser, sin embargo, propiamente “interimperialistas” para expresar una profunda ruptura en el seno de las clases dominantes y de los intereses de estas con los límites políticos del Estado nacional que de alguna forma tiene que expresar los intereses de las demás clases, a no ser que se utilice solamente la fuerza para resolver tales conflictos. Las consecuencias de una solución de fuerza serían extremadamente desfavorables para el imperialismo norteamericano y transferirían sus contradicciones a nivel mundial hacia adentro de sus fronteras nacionales.

Se hace pues clara la segunda manifestación de la contradicción principal: la expansión del sistema productivo en escala mundial entra en conflicto con los intereses de la expansión, o aun mantenimiento, de parte de las actividades productivas en los centros hegemónicos.

D) EL ESTADO COMO BASE Y COMO LÍMITE

La tercera forma de manifestación de la contradicción principal del imperialismo salta a la vista en función de los análisis anteriores. Hemos analizado, en todos los casos, la importancia que tiene el Estado nacional para la expansión de la empresa multinacional en el exterior. Esa importancia es aún más manifiesta en lo que respecta al mercado nacional, asegurado en parte significativa por el consumo estatal.

El Estado nacional ejerce una tarea fundamental en la acumulación y reproducción del capitalismo monopolístico. El capitalismo de Estado es el aliado fundamental del monopolio y tal tendencia es proclive a acentuarse con el desarrollo de la concentración económica.

Sin embargo, como hemos visto, las empresas multinacionales tienen

intereses internacionales que a la larga debilitan relativamente el poder del Estado nacional en los países centrales al disminuir la base productiva de esos países y al acentuar el conflicto del Estado con sectores bastante significativos de la sociedad norteamericana. Tal situación tiende a repetirse en el plano de los países dependientes. Ahí también las sucursales de las empresas, al mismo tiempo que necesitan de los Estados nacionales, se vuelven en contra de sus bases nacionales.

Esta situación tiende a producir muchos conflictos entre, por una parte, la burocracia y la tecnocracia civil y militar que manejan directamente al Estado, y, por otra, la clase dominante a nivel nacional e internacional. A pesar de que tales conflictos no son antagónicos, es indudable que los intereses del capitalismo de Estado funcionan de manera contradictoria frente al gran capital internacional, llevando a situaciones bastante complejas y, a veces, a conflictos graves. En tales casos, la burocracia y la tecnocracia se transforman en poderosos voceros de los intereses de la pequeña y mediana burguesía, que pueden arrastrar el apoyo de sectores de la clase obrera. De hecho, la moderna socialdemocracia y particularmente la democracia cristiana se apoyan básicamente en esta alianza, produciendo situaciones extremadamente ambiguas y confusas para todas las partes del enfrentamiento de clases. Sin dejar de defender los intereses del gran capital, estos sectores intentan limitar el pleno desarrollo de sus potencialidades.

Tales observaciones generales permiten resumir la tercera forma de manifestación de la contradicción principal del imperialismo contemporáneo: los Estados nacionales de los centros dominantes (y también los de los países periféricos) son la base de la acumulación y reproducción del capitalismo a nivel local y de su expansión internacional y representan, al mismo tiempo, un fuerte límite para la plena libertad de operación de las corporaciones multinacionales.

El carácter contradictorio de esta situación no es percibido por la mayoría de los autores que ven una contradicción formal entre las corporaciones multinacionales y los Estados nacionales. En consecuencia, las empresas multinacionales estarían interesadas en eliminar o al menos disminuir la importancia de los Estados nacionales. Esto es, sin embargo, una verdad contradictoria, como lo hemos visto. El planteamiento que hacemos pone en evidencia la verdadera contradicción, que no puede ser resuelta con la

destrucción de una de las partes sino con la superación de las dos en un sistema de relaciones superior.

E) PODER FINANCIERO Y MONEDA INTERNACIONAL

Llegamos así al aspecto más abstracto de las relaciones capitalistas: el dinero. Marx dedicó gran parte de su trabajo teórico a dilucidar las distintas funciones que desempeñan el dinero y sus conexiones con el resto de las relaciones económicas.

La economía burguesa jamás pudo llegar a una teoría razonable sobre el tema. Hoy día, la teoría burguesa se debate entre los monetaristas y los keynesianos con sus visiones absolutamente parciales del problema.

En el plano internacional, la situación se hace aún más difícil pues se acentúan los conflictos entre los que defienden el patrón oro y los que no, entre los que están a favor y en contra de la devaluación, etc., posiciones que reflejan la mayor parte de las veces intereses muy inmediatos de las distintas burguesías locales que se ven enfrascadas en graves conflictos internacionales.

El hecho es que la posesión de una moneda fuerte es un importantísimo instrumento de expansión financiera internacional, particularmente para la exportación de capitales. Pero, por otro lado, la posesión de una moneda fuerte abre el camino a un proceso inflacionario y a la expansión de reservas en esta moneda, así como a operaciones especulativas, etc., las cuales producen graves efectos inflacionarios a largo plazo.

Los reflejos se hacen sentir en la balanza de pagos, que empieza a registrar los efectos negativos de este movimiento de divisas hacia afuera para aprovechar esas ventajas. Más grave es la situación cuando el país dominante utiliza la fuerza de su moneda para garantizar su poder internacional aumentando sus gastos militares en el exterior. En el caso norteamericano, como hemos visto, la balanza de pagos se hizo cada vez más crítica con la pérdida progresiva de poder competitivo de las mercancías nacionales. Y los gastos militares representaron un déficit constante y progresivo en ciertos períodos de crisis como la guerra de Vietnam.

La corrosión producida por la inflación internacional de la moneda dominante, se junta con los déficits de la balanza de pagos para producir una presión definitiva sobre el antes inquebrantable dólar.

En fin, como hemos señalado, el proceso de inversiones en el exterior es altamente inflacionario, obligando también al gobierno norteamericano a financiar a precios bajos extensas operaciones de apoyo al capital norteamericano. A largo plazo, tales mecanismos hacen agua.

El desprecio por el problema inflacionario (sobre todo por parte de los nekeynesianos) los lleva a postergar indefinidamente las medidas estabilizadoras, acentuando aún más la crisis. Es necesario señalar que este no es un problema doctrinario sino también y esencialmente político. La política inflacionaria gana el apoyo, a corto plazo, de vastos sectores sociales. La política de estabilización revela toda la esencia reaccionaria del capitalismo y es definitivamente impopular.

Se puede resumir así la cuarta forma de manifestación de la contradicción principal: la presión internacional de una moneda fuerte, es al mismo tiempo condición de dominación financiera mundial y base del debilitamiento posterior de esa moneda y de la dominación consecuente.

5. LOS PAÍSES DEPENDIENTES

El aumento de las contradicciones del imperialismo, sea a nivel interimperialista, sea en la relación con los Estados nacionales, sea en el aspecto financiero, tiene efectos directos sobre las economías y sociedades dependientes. En este capítulo buscaremos analizar ligeramente cómo las contradicciones afectan a estos países. Posteriormente retomaremos el tema con más detalles, en la tercera parte del libro.

La acentuación de las contradicciones antes señaladas ocasiona una combinación histórica de tres grandes procesos en los países dependientes, produciéndose una situación extremadamente compleja. Confluyen los siguientes momentos del desarrollo de estas contradicciones:

a) el proceso de destrucción del orden dependiente exportador agrario y minero;

b) la emergencia en algunos países, su maduración en otros, del proceso de industrialización dependiente basado en la combinación del capital nacional e internacional. (En algunos países este proceso se encuentra aún en lucha con las industrias nacionales creadas sobre todo en el período de los años 30 y 40, pero este es ya un proceso secundario);

c) el proceso de reorientación de la industrialización desde el mercado interno hacia el sector externo, que conduce a la adecuación de dicha industrialización a la nueva división internacional del trabajo que emerge en la última década.

En todos estos casos hay dos agentes principales que se disputan la hegemonía y la orientación de las decisiones inmediatas: la gran empresa internacional y el capitalismo de Estado. Pero el marco de estas confrontaciones está dado por los tres procesos descritos. La mayor o menor importancia relativa de uno u otro sector determinará regímenes políticos distintos. La hegemonía del gran capital lleva a un régimen abiertamente reaccionario como en Brasil, donde el capitalismo de Estado cumple el rol de facilitar la centralización y la acumulación del capital privado internacional. La hegemonía del capitalismo de Estado lleva a un régimen progresista como en el caso de Perú, donde este intenta someter al gran capital internacional a las condiciones por él impuestas.

Esta segunda solución es, sin embargo, utópica a medio y largo plazo, pues el capitalismo de Estado no tiene una independencia económica que le permita definir por sí solo un régimen económico. Todo depende de quién es favorecido por la acumulación de capital que genera. Si esta favorece al capital privado, en las condiciones contemporáneas el beneficiado será inevitablemente el gran capital internacional, puesto que el capital nacional no dispone de la base tecnológica y financiera para oponerse a él. Si la acumulación favorece al propio capitalismo de Estado, lleva inevitablemente a la necesidad de la planificación estatal y a la superación del capital privado, provocando una situación revolucionaria, que solo puede ser resuelta por la formación de un Estado popular.

Emerge así la tercera fuerza social –el movimiento popular–, aquella que puede realizar más radicalmente el proceso de destrucción de la vieja estructura exportadora latifundista o imperialista y realizar un proceso de industrialización dirigido a resolver las necesidades básicas del pueblo de cada país, construyendo las bases para un régimen de producción socialista. La mayor o menor fuerza y conciencia política del movimiento popular determinarán el papel revolucionario o no de la intervención estatal, según esta conduzca al camino de la nueva dependencia emergente o al socialismo.

La acentuación de la lucha interimperialista, provocada por la crisis que

empezó en 1967, ha tenido importantes efectos en este cuadro de lucha de clases. Ellos pueden ser sintetizados en los puntos siguientes:

El debilitamiento relativo de Estados Unidos provocó una ola de reivindicaciones de los países dependientes. Estos buscan facilitar la liquidación de los intereses exportadores tradicionales, a través de la nacionalización de las riquezas básicas, apresurar el proceso de industrialización dependiente obligando al capital internacional a invertir en los sectores más dinámicos y hasta buscando introducirse en el mercado norteamericano de materias primas industrializadas (en detrimento de las empresas norteamericanas que industrializan tales productos) y en el de manufacturas que requieren gran participación relativa de mano de obra (textiles, zapatos, etc.). En gran parte estos objetivos han recibido el apoyo de las empresas multinacionales interesadas en liquidar los viejos sectores exportadores, abrir nuevos campos de inversión y nuevos productos de exportación. Esas empresas tienen por favorable la participación del capitalismo de Estado en su proceso de desarrollo.

Paralelo a este efecto sobre el movimiento reformista burgués y pequeño-burgués, la crisis ha desarrollado la iniciativa revolucionaria de las masas que vieron instintivamente aproximarse una situación favorable a la ruptura de sus viejas cadenas. La primera forma que asumió tal efecto fueron las violentas manifestaciones de masas de carácter espontáneo que se sumaron a una corriente revolucionaria mundial que tuvo en los días de mayo de 1968 en Francia su forma culminante. Entre 1968 y 1969 se produjeron significativos movimientos de masas, estudiantes y obreros en Estados Unidos, Italia, Japón, Alemania, México, Brasil, Argentina, Chile, Colombia, Perú, etc., que asustaron enormemente a los regímenes políticos existentes. Sumados al nuevo auge de las acciones armadas urbanas (que habían decaído con el receso de los movimientos armados de Venezuela y Guatemala, entre otros), particularmente en Brasil, Uruguay y Argentina, estas explosiones de masa configuraron una situación altamente explosiva, que no encontró sin embargo un cauce revolucionario. Pero que se expresó en un tercer orden de fenómenos que pasamos a analizar.

La combinación de los tres procesos descritos anteriormente con la acentuación de las luchas populares, abrió camino a la definición de un programa de unificación de las fuerzas populares, que empezó a manifestarse

en el plano electoral. En Chile, este programa asumió su forma más clara y avanzada. Allí se definió como un programa de destrucción del viejo orden exportador latifundista e imperialista y, al mismo tiempo, del monopolio nacional y extranjero (reconociendo explícitamente la conversión de la gran burguesía latinoamericana en “socio menor del imperialismo”), para asentar las bases de un orden nuevo socialista. La división clara de las dos etapas (incluyendo en la etapa destructiva la estatización de las empresas monopólicas de los sectores económicos más dinámicos) y del frente de clases de cada una de ellas¹⁴ y su ligazón entre sí como un proceso único revolucionario de contenido socialista, permitió una rigurosa clasificación científica del conjunto del proceso.

En formas menos claras, se produjeron alianzas de fuerzas en Uruguay y Venezuela. Su programa era, sin embargo, menos definido en su contenido socialista y en el papel dirigente de la clase obrera dentro de la alianza de fuerzas con la pequeña burguesía rural y urbana. En Argentina el renacimiento del peronismo y en Colombia la explosiva presencia electoral de Rojas Pinilla demostraron en esa época el descontento popular y su búsqueda de una salida radical, aunque fuese con las viejas fuerzas. El caso boliviano, por su lado, había presentado una situación extrema con la formación de una asamblea popular con mayoría obrera, creándose una tendencia a la abierta dualidad de poderes con el gobierno de Torres.

Fuera de América Latina, en la India y en Sri Lanka, estas tendencias se hicieron presentes otra vez llevando a la formación de gobiernos reformistas con fuerte apoyo en la izquierda. En Europa hay un avance de la socialdemocracia y un reforzamiento de los frentes populares, llegando a configurarse una clara tendencia de gobiernos socialistas-comunistas, como lo veremos en los próximos capítulos. Esto significa que los movimientos de masas del fin de la década y la propaganda revolucionaria de los años 60 encuentran un cauce electoral en varias partes aprovechándose de la unidad conseguida en torno a la destrucción de los aspectos superados del capitalismo.

14. De hecho, el programa de la UP era muy claro en lo que respecta a la primera fase destructiva. En cuanto a la segunda fase socialista había solamente indicaciones generales que no se lograron esclarecer completamente sea dentro de la UP, sea en el MIR. Este fue quizás uno de los factores principales para las vacilaciones políticas entre 1972 y 1973 que llevaron a las fuerzas populares chilenas a una derrota provisional.

Nada asegura, sin embargo, que desde ahí se partirá hacia el nuevo orden socialista tan deseado. La razón es la siguiente: la actual crisis del capitalismo está relativamente controlada. Deberá haber en consecuencia oscilaciones no muy bruscas entre largos períodos depresivos y cortos períodos de recuperación. En estos últimos, el gran capital internacional dispone otra vez de una gran base material, que le permite retomar la ofensiva y recuperar parte de las posiciones perdidas. Esto fue lo que pasó entre fines de 1971 y octubre de 1973. En esta oportunidad, el imperialismo logró importantes victorias parciales, siendo el golpe militar en Chile la más notable. Por otro lado, el gran capital ha generado significativos mecanismos de adaptación a la nueva situación, desarrollando amplias formas de colaboración entre la gran empresa y el capitalismo de Estado tanto en los países dominantes como en los dependientes. Por último, en el plano ideológico, el gran capital prepara una gran ofensiva, buscando la total confusión conceptual entre socialismo, intervención estatal, internacionalismo, quiebra de barreras ideológicas, formas de servicio social, mejoría del ambiente de las grandes ciudades, etc., como lo veremos en los próximos capítulos.

Si el pensamiento revolucionario no comprende claramente las etapas del proceso, la significación parcial de las victorias logradas y los difíciles problemas de las etapas venideras, podemos vernos barridos por una gran y torrencial corriente que llevará no a utópicos regímenes socialdemócratas, sino a duras pruebas futuras. En los años 20 y 30 la victoria de las socialdemocracias alemana, italiana y española no dieron paso a un tercer camino entre socialismo y capitalismo, sino al fascismo. Este ha renacido vigorosamente en nuestros días y dispone de sólidas bases de poder en duros regímenes autoritarios. Si la etapa actual no golpea sólidamente al imperialismo impidiendo su reaparición bajo nuevas formas, la oportunidad histórica se habrá perdido y la ola contrarrevolucionaria será muy fuerte. Pero esto será tema de los capítulos finales de la segunda parte de este libro.

Recordemos el camino de nuestro análisis:

Al plantearnos el carácter de clase del enfrentamiento internacional contemporáneo, llamamos la atención sobre la forma limitada e incompleta del socialismo existente y sus causas históricas, vimos cómo la forma actual del imperialismo se inserta en este cuadro en un proceso de integración monopólica mundial que por un lado permite al sistema responder a los

problemas planteados por su crisis endémica, pero al mismo tiempo, acentúa sus contradicciones, que asumen nuevas formas. Analizamos en seguida la contradicción fundamental del sistema y sus varias manifestaciones incluso en los países dependientes.

A partir de ese esfuerzo, podemos pasar hacia un análisis de los aspectos más concretos del imperialismo. Estudiaremos en seguida las corporaciones multinacionales —núcleo o célula del imperialismo contemporáneo—, su actuación en la economía internacional y, en fin, los efectos de la concentración de capital en Estados Unidos. Con esos elementos generales podremos pasar a continuación al estudio de la crisis actual del imperialismo y sus interacciones con la crisis política.

II

LA CORPORACIÓN MULTINACIONAL: CÉLULA DEL IMPERIALISMO CONTEMPORÁNEO

El análisis que realizamos sobre las contradicciones del imperialismo contemporáneo nos ha indicado la importancia de la corporación multinacional como célula de las relaciones internacionales contemporáneas.

Se hace necesario, por lo tanto, estudiar más en detalle esas empresas.

1. CONCEPTO DE LA EMPRESA MULTINACIONAL

Una parte cada vez más significativa de la producción y distribución de las mercancías es realizada en el mundo contemporáneo por un nuevo tipo de empresa que opera a nivel internacional, bajo una dirección centralizada. Estas empresas son conocidas como multinacionales, transnacionales o internacionales. Se ha intentado establecer diferencias de gradación entre empresas internacionales, transnacionales y multinacionales, reflejando un grado creciente de multinacionalismo. En este capítulo nos referimos especialmente al fenómeno del multinacionalismo, como forma final de un proceso en curso, ya cumplido sin embargo en algunas partes. Utilizamos el concepto en el mismo sentido en que se utiliza el término monopolio: para designar un tipo de competencia y de organización empresarial. Así como el monopolio no elimina la competencia, sino que la desarrolla en formas nuevas, y así como las situaciones reales son más precisamente oligopólicas que monopolísticas, el multinacionalismo de las empresas no significa la superación de su base nacional de operación y expansión.

Las multinacionales se distinguen de otros tipos de empresas porque las actividades que realizan en el exterior no cumplen un papel secundario

o complementario en el conjunto de sus operaciones. Dichas actividades representan un porcentaje esencial de sus ventas, inversiones y ganancias, así como condicionan su propia estructura de organización administrativa.

Desde el Renacimiento, se formaron en Europa empresas volcadas hacia el comercio externo. En Italia, España, Portugal, Inglaterra y Holanda existían importantes complejos empresariales destinados a explotar el comercio colonial, abierto a Europa a través de los descubrimientos marítimos de los siglos XV y XVI. Pero, aun cuando esas empresas establecían unidades productivas en el exterior y tenían que preocuparse de problemas de población, defensa y administración de las regiones conquistadas, estaban ligadas fundamentalmente al desarrollo del capital comercial y de interés, siendo las actividades productivas un aspecto puramente marginal y secundario de sus negocios. En general, las tareas productivas eran entregadas en concesión o directamente a productores locales o a emigrantes que quedaban bajo el control de los capitalistas comerciales y financieros. Estas empresas tuvieron un papel muy importante en la acumulación primitiva de capitales que permitió el surgimiento del capitalismo contemporáneo, pero se ubican más bien en la prehistoria que en la historia del capitalismo y no pueden ser consideradas antecesoras directas de las empresas multinacionales contemporáneas¹⁵.

Solo en la segunda mitad del siglo XIX, surgieron las empresas capitalistas que ejercen actividades importantes en el exterior, particularmente en las colonias. En este período, se crean nuevas formas de repartición del mercado internacional a través de acuerdos comerciales y cárteles entre las grandes empresas monopólicas. También se expanden las inversiones en el exterior, orientadas fundamentalmente hacia los países que tenían un cierto desarrollo capitalista. Esas inversiones se realizaban en cartera, es decir, a través de la compra de acciones y la especulación en la bolsa de valores. Se inscribían en un proceso de expansión del capital financiero y buscaban facilitar la exportación de productos que exigían inversiones muy significativas (como el caso de los ferrocarriles), o bien la instalación de empresas de producción y comercialización de materias primas y productos agrícolas para venderlos en los países más ricos.

15. Esta comparación se encuentra en el trabajo de Stephen Hymer, "The Multinational Corporation and The Law of Uneven Development", J.N. Bhagwaiti (ed.), *Economics and World Order*.

En el monto global de las inversiones externas, solo una parte pequeña asumía la forma de inversión directa que predomina actualmente en la economía mundial. Las empresas en el exterior propiamente no integraban la estructura orgánica de la firma matriz, sino que eran unidades empresariales autónomas. Las ventas de estas empresas se realizaban fundamentalmente en el mercado del país de su casa matriz o en los demás países desarrollados. Esas ventas y negocios raramente constituían la actividad sustancial de la empresa; en general, tenían el carácter de complementarias. Cuando cumplían un papel significativo, este se debía fundamentalmente a la importancia estratégica de la materia prima consumida por la empresa. Podemos decir que, en su conjunto, los negocios en el exterior tenían un papel secundario en la vida de esas empresas, lo que se reflejaba en el porcentaje que representaban en sus ganancias, ventas e inversiones.

La situación no era la misma para los capitalistas en su conjunto. Las inversiones en cartera, el comercio exportador e importador, las inversiones directas, los intereses de los préstamos bancarios formaban, ya en el comienzo de este siglo, un monto significativo de las rentas de algunos países capitalistas, particularmente de Inglaterra¹⁶. Estos intereses fueron suficientemente grandes para conducir a la Primera Guerra Mundial, como consecuencia de una lucha encarnizada por el dominio colonial. En esas circunstancias, la empresa capitalista no era el núcleo más significativo de la expansión colonial. La bolsa era en realidad el corazón de esta expansión financiera y comercial, que se aliaba a los intereses de los productores mineros y agrícolas en las colonias.

Las modernas empresas multinacionales tienen trazos que las distinguen sustancialmente de sus predecesoras. No se dirigen al exterior solamente para especular con acciones, comercializar sus productos o crear empresas exportadoras de materias primas y productos agrícolas. Una parte progre-

16. La diferencia de situación entre las operaciones de las empresas y los negocios de los capitalistas, se debe a la gran expansión del capital financiero durante este período, en el cual el mercado de acciones tuvo su primer gran aumento. Por otro lado, Inglaterra tenía un gran comercio externo, a diferencia de Estados Unidos, país para el cual el comercio exterior tenía una pequeña importancia relativa. El estudio de Hobson sobre el imperialismo y el de Hilferding vinculado con el capital financiero son los dos clásicos sobre el tema que sirvieron de base a Lenin y Bujarin en sus obras fundamentales relativas al imperialismo.

sivamente más significativa de sus negocios en el exterior, se compone de empresas industriales orientadas hacia los mercados internos de los países donde invierten. Esta situación crea necesidades nuevas desde el punto de vista administrativo, estableciéndose una relación mucho más directa entre la matriz y las filiales. Tiene también importantes efectos en la estructura de comercialización, de producción y financiamiento de las empresas. Por esto, sus efectos son más importantes en la estructura económica de los países afectados por estas inversiones, en el comercio mundial y en los objetivos y formas de operación de las empresas.

El proceso de formación y desarrollo de la empresa multinacional está ligado a la tendencia intrínseca de la acumulación capitalista hacia la internacionalización del capital. Este tema no será tratado en este libro, pues nos llevaría a ampliar en mucho su objetivo, que pretende quedarse en el nivel del análisis de la evolución de la empresa.

¿Cómo definir de manera operacional estas empresas? Se ha intentado detectar muchos factores que permitirían caracterizarlas. Uno de ellos es el porcentaje que representan las ventas de las filiales en el exterior sobre el total de las ventas de la empresa. Se estima que el 25% permite trazar una línea divisoria, que separa un grupo bastante significativo de empresas de aquellas que tienen operaciones menos importantes en el exterior.

Otros autores creen, sin embargo, que es más relevante tomar en consideración la nacionalidad de los propietarios de la corporación. Según ellos, se puede considerar multinacional una empresa que tiene propietarios de distintas nacionalidades. En otros casos, se considera la nacionalidad de los gerentes o directores como el factor determinante de la multinacionalidad.

Estas dos últimas razones no son fundamentales para caracterizar una empresa multinacional, pues suponen una concepción de multinacionalismo más bien ideológica que real. Lo que se llama, hoy en día, empresa multinacional, no es necesariamente la corporación que pertenece a capitalistas de muchas naciones, ni tampoco la que es dirigida por capitalistas o gerentes de muchas naciones. A pesar de tener una política internacional, estas empresas operan preferentemente desde una base nacional. De ahí que la nacionalidad de los gerentes, dueños y directores es esencialmente la del país sede de la empresa; este es, por cierto, uno de los problemas que enfrenta el multinacionalismo, en la medida en que intenta ser consecuente con las

tendencias a la conformación de una economía mundial dominada por empresas internacionales.

El concepto de empresa multinacional nació con un sentido apologético al intentar caracterizar dicha empresa como un fenómeno que permitía superar los estrechos límites del nacionalismo. En este intento de conceptualización, pretendemos superar esta noción apologética, que ha influido enormemente la literatura sobre el tema. Se trata de encontrar, de un lado, lo que estas empresas representan como avance del capitalismo, para responder a las necesidades planteadas por el inmenso desarrollo de las fuerzas productivas, y, de otro lado, su carácter retrógrado y reaccionario al buscar detener el avance internacional del socialismo y la verdadera internacionalización que este supone. En este sentido, nuestro concepto de empresa multinacional, a pesar de poder parecer a un lector desprevenido como una síntesis de la literatura existente, es más bien un intento de mostrar sus limitaciones y los peligros de tomar acríticamente las descripciones apologéticas que se presentan.

Habiendo descartado el concepto apologético del multinacionalismo, es menester continuar el análisis de otras definiciones que van más al fondo del problema, sin destacar suficientemente, sin embargo, el conjunto de factores que dan la dinámica del fenómeno.

Raimond Vernon insiste en caracterizar el multinacionalismo, sobre todo, por la perspectiva con que la empresa toma sus negocios, estimándola como un factor clave. En su último libro define la empresa multinacional:

Una compañía que intenta conducir sus actividades en una escala internacional, como quien cree que no existieran fronteras nacionales, en base a una estrategia común dirigida por el centro corporativo¹⁷.

17. Raimond Vernon, *Sovereignty at Bay; The Multinational Spread of US Enterprises*, New York, Basic Books, 1971. La Fundación Ford financia una gran investigación del autor sobre el tema en la Universidad de Harvard, que ha entregado una considerable cantidad de materiales empíricos de importancia sobre el tema. El profesor Vernon, a pesar de nuestras diferencias ideológicas, me ha permitido consultar buena parte de su material en Harvard. En su libro, me considera uno de los mejores expositores de la ideología marxista contraria a la empresa multinacional. A pesar de no aceptar la caracterización como ideólogo, que cuestiona lo científico de nuestro trabajo, debo devolver el elogio de buen expositor: el profesor Vernon es, indudablemente, uno de los mejores expositores de la ideología del gran capital internacional, que busca dorar la píldora de la empresa multinacional para ser mejor aceptada por sus víctimas.

De acuerdo con Vernon, comenta la asesoría del Departamento de Comercio:

Las afiliadas son articuladas en un proceso integrado y sus políticas son determinadas por el centro corporativo en términos de las decisiones relacionadas con producción, localización de plantas, formas de productos, comercialización, y financiamiento¹⁸.

Este énfasis en la perspectiva de la empresa, en su estrategia y en su organización, es más importante y más significativo que los factores anteriormente anotados. Sin embargo, aún es insuficiente para caracterizar perfectamente el fenómeno que estudiamos. Se limita a considerar un aspecto superestructural, aunque esencial.

Jacques Maisonrouge, presidente de la IBM World Trade Corporation, da cuatro elementos que él considera los fundamentales para definir una empresa multinacional: primero, son empresas que operan en muchos países. Segundo, son empresas que realizan investigación y desarrollo (R & D [Research & Development]) y también fabrican productos en estos países. Tercero, tienen una dirección multinacional. Cuarto, tienen una propiedad multinacional de las acciones. Esta definición introduce más elementos, pero necesita ser mejor analizada.

Como vimos, las dos últimas razones son casi complementarias de las dos primeras, pero no operan en la realidad, sino en casos muy excepcionales y suponen un concepto de multinacionalismo superior a la realidad existente en el momento. Las dos primeras razones, en cambio, nos parecen las más significativas. Lo fundamental es que se trata de empresas que operan en varios países, que en ellos desarrollan la producción y que eventualmente también realizan investigación y desarrollo (I&D). En fin, la característica apuntada por Vernon de tener una estrategia multinacional y una organización de

18. United States Department of Commerce, Bureau of International Commerce. Office of International Investment, Staff Study, *The Multinational Corporation: Studies on US Foreign Investment*, v. I, marzo de 1972. Este volumen presenta los tres primeros de cinco estudios sobre las corporaciones multinacionales encomendados por el Departamento de Comercio de Estados Unidos. Los trabajos reunidos en este volumen representan el mejor conjunto de informaciones disponibles sobre el tema en la actualidad.

afiliadas, articuladas en un proceso integrado, determinadas por un centro corporativo, complementaría nuestro cuadro conceptual.

Estas características no son casuales e indeterminadas, como lo podría hacer creer una definición meramente descriptiva. Ellas corresponden a fenómenos históricos, determinados por la estructura misma del modo de producción capitalista y reflejan el proceso de acumulación de capital en su evolución histórica.

La capacidad de operar en muchos países desde una perspectiva internacional y con una organización centralizada, es un producto del proceso de internacionalización del capital que se realizó a fines del siglo pasado y a comienzos de este siglo, que se pudo profundizar por causa de la Primera Guerra Mundial, de la recuperación posterior a ella y que, en seguida, se hizo mucho más determinante debido a la internacionalización de la economía creada como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, la que permitió la asimilación del desarrollo tecnológico y de las comunicaciones a nivel internacional, lo que facilita e impulsa a su vez esta internacionalización.

La internacionalización de la economía establece un mercado mundial de mano de obra, bienes, servicios y capitales, y afecta de esta manera al ciclo del capital. Como la producción capitalista es siempre un momento del desarrollo del capital, ella es, al mismo tiempo, determinante del capital y determinada por él. Los procesos de internacionalización de la economía y del capital se desarrollan así, paralelamente, en un movimiento dialéctico.

La formación de las empresas multinacionales tiene que ver también, muy directamente, con la concentración económica y con el desarrollo del monopolio y de la gran empresa. Hay una correlación directa entre el multinacionalismo, el monopolio y la gran empresa. Las empresas multinacionales son exactamente aquellas que han logrado mayor grado de control monopólico del mercado interno de sus países y son las más concentradas, salvo las raras excepciones de las empresas que se formaron ya en función del mercado internacional. Multinacionalismo, concentración y monopolio están unidos y conforman las tendencias principales de la economía mundial contemporánea.

Los datos son muy evidentes para ilustrar esta relación necesaria entre concentración, monopolio y multinacionalismo.

En su estudio sobre las empresas multinacionales, *Sovereignty at Bay; The Multinational Spread of US Enterprises*, Raimond Vernon, comparando

las 187 empresas norteamericanas de carácter multinacional con el total de las empresas manufactureras en Estados Unidos, encuentra los siguientes datos:

Las 187 empresas vendieron, en 1966, 208.000 millones de dólares y su patrimonio sumaba 176.000 millones de dólares. Todas las empresas manufactureras vendieron, en el mismo año, 532.000 millones de dólares, y 386.000 millones de dólares correspondían a su patrimonio, lo que significa porcentualmente que las 187 empresas multinacionales controlaban 39,2% de las ventas y 45,7% del patrimonio de las empresas manufactureras norteamericanas en 1966. Y los datos demuestran, en general, que hay una tendencia a aumentar esta concentración y control de las empresas multinacionales.

No pretendemos profundizar en este libro el estudio de la relación entre monopolio, concentración y multinacionalismo que está en la raíz de este fenómeno. Para los objetivos de lo que pretendemos plantear, basta con señalar estos aspectos esenciales a fin de desembocar en un concepto general de empresa multinacional que logre aprehender el fenómeno en su conjunto. En la medida en que permanecemos fieles a la postulación dialéctica de que lo real es el todo y que el objetivo de la conceptualización es tomar el fenómeno en su conjunto a través del establecimiento de la relación dialéctica entre sus partes esenciales, buscamos superar las definiciones en boga sobre el fenómeno. Yendo más allá de la descripción de los distintos elementos que lo integran, establecemos una jerarquía entre ellos y determinamos las relaciones concretas que históricamente suponen. Tal conceptualización, en vez de llevarnos a las visiones apologéticas que abundan en la literatura actual, y que incluso vienen influyendo sobre autores marxistas, nos conduce al análisis de las contradicciones internas que encierra la empresa multinacional. Para terminar la caracterización conceptual de las empresas multinacionales hay que desglosar, por lo tanto, los varios aspectos que la componen.

En primer lugar, hay que tomar en consideración el hecho de que ellas, como dijimos, realizan una importante parte de sus operaciones en el exterior, lo que se refleja en sus ventas y en sus inversiones. Raimond Vernon extrae algunas conclusiones sobre las 140 mayores empresas multinacionales norteamericanas que analizó para este fin. Analizando el porcentaje de “contenido externo” de las operaciones de estas 140 empresas multinacionales, se puede ver lo siguiente:

En 1964, las empresas que tenían un contenido de participación externa de 0% a 9% en sus ventas eran 11, en sus ganancias 14, en su patrimonio 16, en empleo 14. Las empresas que tenían un contenido externo entre 10% y 19%, eran 25 en ventas, 25 en ganancias, 30 en patrimonio, 10 en empleo. Las empresas que tenían un porcentaje de participación externa entre 20% y 29%, eran 22 en ventas, 17 en ganancias, 27 en patrimonio y 14 en empleo. Las que tenían una participación externa entre 30% y 39%, eran 19 en ventas, 9 en ganancias, 17 en patrimonio y 7 en empleo. Las empresas que tenían una participación entre 40% y 49% de sus operaciones en el exterior, eran 10 en ventas, 6 en ganancias, 5 en patrimonio y 4 en empleo, y siguiendo la lista, las empresas que tenían una participación externa entre 50% y 59%, eran 4 en ventas, 5 en ganancias, 4 en patrimonio y 7 en empleo.

Los datos son bastante significativos, sobre todo si consideramos que la carencia de ellos para algunas empresas se debe a que no se disponía de elementos suficientes para clasificarlas. Un porcentaje muy significativo de las empresas de cuyos datos se disponía, próximo al 60%, tiene ventas en el exterior que fluctúan entre 20% y 59%. En lo que respecta a las ganancias, cerca del 50% de las empresas multinacionales estudiadas obtienen entre el 20% y el 59% de ellas en el exterior. En lo que respecta al patrimonio y al empleo, vemos un porcentaje similar. Muchos otros datos pueden confirmar esta tendencia a que las actividades externas se conviertan en una parte fundamental de las operaciones de las grandes empresas.

¿Cuál es, por otro lado, el grado de control y concentración económica alcanzado por las subsidiarias norteamericanas en el exterior? (Tendencia que existe también en las empresas multinacionales de otros orígenes nacionales). Estas empresas tienden a actuar en los sectores de mayor concentración económica y de tecnología más avanzada, los cuales tienden a monopolizar y controlar. Apoyado en el *Survey of Current Business* y en los estudios del Departamento del Tesoro norteamericano sobre las inversiones en el exterior, Raimond Vernon logró establecer los siguientes datos para 1964:

Cuadro 1

Porcentaje del “Contenido externo” en las operaciones de las 140 mayores empresas multinacionales de Estados Unidos (1964)

Participación externa	Número de empresas			
	En ventas	En ganancias	En patrimonio	En empleo
De 0% a 9%	11	14	16	14
De 10% a 19%	25	25	30	10
De 20% a 29%	22	17	27	14
De 30% a 39%	19	9	17	7
De 40% a 49%	10	6	5	4
De 50% a 59%	4	5	4	7
Total*	91	76	99	56

Fuente: Raimond Vernon, *op. cit.*

* Los totales son siempre inferiores a 140 porque no se pudieron encontrar los datos de todas las empresas. No se puede establecer así una correlación entre las variables estudiadas. Se supone que en general los datos completos no cambiarían significativamente el cuadro.

Las ventas de las subsidiarias norteamericanas representan el siguiente porcentaje de las ventas locales en los países y en los sectores industriales que vamos a nombrar:

a) Respecto de Canadá, en ciertas ramas como transportes, equipamiento y maquinaria, excepto eléctrica, las subsidiarias norteamericanas controlan el 100% de sus ventas. En cuanto a productos de caucho, representan el 72,2% de las ventas locales; en lo que respecta al sector químico las subsidiarias norteamericanas representan el 50,2% de las ventas en todo Canadá; en lo que toca a papel y productos similares, representan el 42,6%; en cuanto a metales primarios y fabricados, el 25,1%; productos alimenticios, el 21,8%.

b) Si tomamos a Latinoamérica, veremos que el sector de productos de caucho, por ejemplo, es controlado en un 58,1% por el capital norteamericano. Tomemos en consideración que estos son datos globales para América Latina, y que, por lo tanto, puede presentarse en algunos países un porcentaje muchas veces superior. Respecto de la industria química, las subsidiarias norteamericanas realizaban el 28,3% del conjunto de las ventas en América Latina. En productos básicos de metal, el 20,2%. En papel y celulosa, el 18,4%, y en productos agrícolas, el 7,9%.

c) En Europa e Inglaterra encontramos una participación de las firmas norteamericanas en ventas de productos de caucho del 12,7%. En transportes y equipamiento, del 12,8%. En maquinaria, excepto eléctrica, 9,7%. En maquinaria eléctrica, 9,1%. En químicos, 6,2%. En productos alimenticios, 3,1%. En papel y celulosa, 1,2%. En metales primarios y fabricados, 2,4%. Estos datos no revelan, sin embargo, la extensión del control que estas inversiones ejercen sobre los países hacia donde se orientan, pues son excesivamente globales y no están desglosados por países. Ciertamente, en algunos países encontraremos un grado de control muy superior al que indican las cifras globales. Asimismo, es necesario analizar los datos desde la perspectiva de las tendencias históricas que manifiestan.

Del análisis realizado, podemos extraer una serie de conclusiones. Las corporaciones multinacionales surgen como consecuencia del proceso de internacionalización del capital, que se profundiza en la posguerra, y pasan a constituir la unidad básica productiva dentro del sistema capitalista mundial. Se caracterizan por introducir un cambio cualitativo en la importancia relativa de las actividades externas en el conjunto de las operaciones empresariales. A tal grado, que las actividades externas llegan a constituirse en un elemento necesario y determinante de la producción, distribución, monto de las ganancias y de la acumulación del capital de estas empresas.

Al mismo tiempo, sus actividades en el exterior se funden con la economía hacia donde se desplazan, destinándose no solo al mercado internacional, sino también a los mercados internos de los países donde operan, y articulándose profundamente con su estructura productiva. Los mecanismos de concentración, monopolización e internacionalización del capital que impulsaron a estas empresas y las convirtieron en multinacionales, comienzan a operar también en el nivel de sus filiales, conformando un complejo proceso de interrelación entre ellas y dando origen a una nueva etapa de la economía mundial. La esencia de la empresa multinacional se encuentra, sin embargo, en su capacidad de dirigir, de manera centralizada, este complejo sistema de producción, distribución y capitalización a nivel mundial. Así también las nuevas contradicciones a que esta situación da origen son producto de la capacidad centralizadora e integradora que refleja la característica global del sistema internacional, del cual la empresa multinacional es la célula.

Concentración de la unidad productiva comercial y financiera y concentración económica nacional, y el concomitante proceso de monopolización en el nivel nacional e internacional: reproducción de la concentración en el nivel internacional, concentración de las empresas en el nivel internacional, concentración del proceso distributivo y financiero, integración económica interregional e internacional. Este es el ordenamiento teórico-histórico de un mismo proceso, lleno de contradicciones internas, que le da la forma no solo de oscilaciones cíclicas, sino también de violentos cataclismos. Al mismo tiempo que el capitalismo desarrolla las fuerzas productivas en escala cada vez más amplia, y crea las condiciones y la necesidad de una dirección colectiva y planificada de la nueva economía y de las sociedades que resultan de este proceso, la propiedad privada de los medios de producción, base del capitalismo como modo de producción, se convierte en un impedimento definitivo al pleno desarrollo de estas tendencias que él mismo libera.

En la conceptualización de la empresa multinacional deben emerger estos elementos contradictorios que nos permiten desarrollar correctamente su análisis. El concepto de estas corporaciones tiene que incluir así, necesariamente, este proceso histórico que las convierte en célula de un movimiento global y determinado de internacionalización del capital y de la economía. Esta internacionalización es, a su vez, la expresión de las tendencias a la concentración tecnológica y económica, a la monopolización y a la diversificación de actividades. Estas tendencias constituyen la expresión concreta e histórica de la evolución de la acumulación del capital según las leyes del modo de producción capitalista.

2. UN BALANCE CUANTITATIVO

En el ítem anterior, hemos logrado definir nuestro objeto de estudio. Logramos, al mismo tiempo, demostrar su importancia entre las grandes empresas norteamericanas y el profundo control que ejerce sobre las distintas economías nacionales. En seguida, se hace necesario bosquejar un cuadro descriptivo que nos permita realizar un balance cuantitativo de las empresas multinacionales, lo que nos permitirá avanzar, en seguida, en el análisis de su evolución histórica y de sus tendencias de desarrollo futuro.

¿Cuántas son estas empresas multinacionales y cómo se distribuyen?

Hay en Estados Unidos una lista de 3.000 empresas registradas en la Oficina de Inversiones Externas. De estas 3.000 empresas que tienen operaciones en el exterior, cerca de 180 fueron seleccionadas por Raimond Vernon y consideradas por él como empresas multinacionales. Además, agregaba a estas, 150 empresas no norteamericanas.

Judd Polk, de la Cámara de Comercio Internacional, seleccionó 150 empresas en el mundo, de las cuales la mitad son norteamericanas, que él considera como empresas multinacionales.

Sidney Rolfe seleccionó, en 1965, 80 compañías norteamericanas (extraídas entre las 500 mayores del país según la revista *Fortune*), que tienen operaciones en el exterior superiores al 25%, ya sea en sus ganancias, en su producción, en su empleo o en su patrimonio. Ciento noventa y nueve empresas de estas 500 seleccionadas por *Fortune* tenían el 10% o más de sus actividades en el exterior.

De esta manera, podemos trabajar con un grupo no superior ciertamente a 300 o 400 empresas y que controla hoy en día gran parte de la producción mundial¹⁹. Estas empresas tienen, en general, operaciones en casi todos los países o regiones del mundo. De las 187 empresas seleccionadas por Vernon, por ejemplo, 185 realizan operaciones manufactureras en todos los continentes. 162 efectúan ventas; 45, actividades de extracción minera; 186 empresas tienen alguna forma de negocio en todos los continentes. Si tomamos algunas regiones o áreas, vemos que 174 tienen operaciones en Canadá; en América Latina, 182; en Europa y Reino Unido, 185; en Asia y parte de África, 158 realizan operaciones de todo tipo.

El número de subsidiarias de estas empresas en el exterior es realmente significativo. Las 187 empresas multinacionales clasificadas por Vernon tenían, en 1967, 7.927 subsidiarias en el mundo, de las cuales 1.048 estaban en

19. Los cálculos a este respecto son muy variados. *Business Week*, del 19 de diciembre de 1970, estima que la producción anual total de las compañías norteamericanas en el exterior suma 200.000 millones de dólares, lo que equivale al producto nacional bruto del Japón; Judd Polk, cónsul de la Cámara Internacional de Comercio, calcula que el conjunto de las empresas extranjeras que pertenece a las corporaciones multinacionales de todo el mundo sería de 450.000 millones de dólares lo que representaría cerca de 1/6 del producto mundial bruto agregado, que asciende a 3 billones de dólares. Proyectando tendencias en curso, Polk calcula que, en una generación, la mayor parte de la producción será internacional. Un resumen de su intervención en el Congreso norteamericano se encuentra en *International Finances*, a Chase Manhattan News-Letter, 17 de agosto de 1970.

Canadá, 1.924 en América Latina, 3.401 en Europa y Reino Unido, 648 en los dominios de Inglaterra, 906 en Asia y en otras partes de África²⁰.

¿Cómo se distribuyen estas inversiones por importancia? Las inversiones norteamericanas, en 1970, eran de 25.000 millones en Canadá, cerca del 33%; 8.000 millones de dólares en el Reino Unido, representando 10% del total; 5.000 millones de dólares en Alemania, representando 4%; 2.600 millones en Venezuela, representando 3,3%; 2.600 millones en Francia, representando 3,3%; 1.600 millones en Medio Oriente, representando 2%; 1.800 millones en Brasil, representando 2%; 1.800 millones en México, 2%; Suiza, 1.800 millones, 2%; Italia, 1.500 millones, 1,9%; Bélgica y Luxemburgo, 1.500 millones, 1,9%; Japón, 1.500 millones, 1,9%; Holanda, 1.500 millones, 1,9%; Argentina, 1.300 millones, 1,2%²¹.

Si observamos el crecimiento de las inversiones norteamericanas por área, según la misma fuente anterior, se puede ver que la inversión directa norteamericana creció en el exterior de manera impresionante entre 1929 y 1970. El total de estas inversiones era de 7.500 millones de dólares en 1929; 11.800 millones en 1950 y 78.100 millones en 1970. En este total, hay que destacar las regiones. Canadá es el principal receptor. Entre 1929 y 1970, el monto global de las inversiones creció más de 10 veces, un crecimiento significativo, pero mantuvo su participación. De 26,7% en el conjunto de la inversión norteamericana, en 1929, creció a 32,2% en 1970. América Latina disminuyó su participación en el conjunto de la inversión norteamericana de 46,7% en 1929, a 18,8% en 1970. Europa registró el mayor crecimiento relativo: de 18,7% en 1929, pasa a 31,4% en 1970; en 1929 la inversión alcanzaba 1.400 millones de dólares; ya en 1970, había alcanzado 24.500 millones de dólares, es decir, la mayor concentración de inversión norteamericana en el exterior. El Medio Oriente aumenta también su participación de 1,3% a 6,5% y, en las otras áreas, la participación crece del 6,6% al 14,1%. Se ve, por lo tanto, que el aspecto más significativo de la redistribución de la inversión norteamericana, en los últimos años, es su gran *boom* de crecimiento en Europa y la disminución de la participación relativa de América Latina.

20. Datos extraídos de James W. Vaupel y Joan P. Curhan, *The Making of Multinational Enterprise: A Sourcebook of Tables Based on a Study of 187 Major U.S. Manufacturing Corporations*, Boston, Harvard University, 1969.

21. Datos del Departamento de Comercio, *The Multinational Corporation*, v. I. Las veces que no citamos la fuente en el presente ítem, los datos se refieren a este estudio.

En su conjunto, las inversiones para los países desarrollados representaban 68% de las inversiones norteamericanas, en 1970, y las inversiones para los países subdesarrollados representaban 27,4% del conjunto de las inversiones, en el mismo año. Había otro 4,6% no identificado.

Pero hay que considerar que este fenómeno no es solamente norteamericano. Esta gran expansión de las inversiones y la tendencia a desplazarse hacia países desarrollados, no existe solamente en Estados Unidos, sino también en los otros países desarrollados. El comité de inversiones internacionales de los países que pertenecen a la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), logró establecer los siguientes datos para el año 1966:

La inversión extranjera directa, expresada en patrimonio acumulado por los mayores países de la OCDE a fines de 1966, en dólares, era la siguiente: en el mundo se contabilizaba un conjunto de inversiones que sumaban 89.583 millones de dólares, de los cuales 29.970, es decir, cerca del 33%, se asignaba a los países subdesarrollados. Del total de las inversiones, Estados Unidos tenía 60%, con un monto de 54.462 millones de dólares²², de los cuales 16.841 estaban en los países subdesarrollados, representando 56% de las inversiones externas en esos países. El Reino Unido le seguía con un monto de inversiones de 16.000 millones de dólares, representando el 19% de la inversión mundial. Y en los países subdesarrollados tenían 6.184 millones de dólares invertidos, lo que representaba el 23% de las inversiones en los países subdesarrollados.

Francia tenía, en total, 4.000 millones de dólares invertidos en el mundo, de los cuales 2.100 se destinaban a los países subdesarrollados. Vemos aquí la tendencia de Francia, bastante acentuada, a la inversión en los países subdesarrollados, pues el conjunto de sus inversiones representa el 4,4% de las inversiones de los países de la OCDE en el exterior y sus inversiones en los países subdesarrollados representan el 7% del conjunto de las inversiones en estos países.

Alemania, en este mismo año, había alcanzado 2.500 millones de dólares de inversión en el exterior, de los cuales 845 se hacían en los países subde-

22. Llamamos la atención sobre el enorme crecimiento de las inversiones externas norteamericanas en las décadas de 1950 y 1960. En 1950, esas inversiones sumaban 11.800 millones de dólares; en 1960, cerca de 30.000 millones; al fin de la década, 78.100 millones, según el mismo estudio de la OCDE.

sarrollados. Representaban el 2,8% del conjunto de las inversiones estatales de la OCDE y 2,8% de las inversiones en los países subdesarrollados.

Suecia tenía 793 millones de dólares en el exterior, y de ellos 161 en los países subdesarrollados. Canadá tenía 3.238 millones de dólares en inversiones en el exterior, representando 4% de las inversiones totales y 534 eran destinados a los países subdesarrollados. Japón tenía 1.100 millones de dólares invertidos en el exterior, de los cuales 605 se destinaban a los países subdesarrollados, revelando una tendencia importante hacia esos países.

¿Qué nos dicen los datos sobre las tendencias a la expansión y desarrollo de estas empresas multinacionales? Según el profesor Rolfe, se puede calcular que el patrimonio de las inversiones externas no norteamericanas (el patrimonio de las inversiones no debe ser confundido con su valor total), alcanzaba un monto de cerca de 50.000 millones de dólares en valores corrientes, en 1966. Sumando a estos los 40.000 millones que representarían el patrimonio de las inversiones norteamericanas, tendríamos 90.000 millones de dólares. Esta cifra representaría el conjunto del patrimonio que poseían en el exterior las empresas de todos los países capitalistas. Para saber lo que esto representaba en cuanto al valor de las ventas realizadas en el mismo año, debemos multiplicar por 2 el monto del patrimonio, lo que daría 180.000 millones de dólares, valor probable del conjunto de la producción de estas empresas, pues, según Judd Polk, hay una relación de 1 a 2 entre patrimonio y producción de las empresas. Si sumamos a esta cifra las inversiones en cartera y asociamos su producción según ese tipo de cálculo tendríamos un total de 240.000 millones de dólares como monto posible de las ventas realizadas por las empresas que tienen capital externo. Si comparamos ese dato con el valor de todas las exportaciones de estos países, que es de 130.000 millones de dólares, podemos calcular que las ventas de las subsidiarias y parientes de las empresas multinacionales en el exterior son muy superiores al conjunto de las exportaciones de los países que invierten en estas empresas.

Entre 1966 y 1970, las inversiones directas norteamericanas en el exterior crecieron de 55.000 millones a 78.000 millones de dólares. Si agregamos las inversiones en cartera norteamericanas en el exterior, esta cifra debe elevarse a 105.000 millones de dólares. Usando la proporción 2:1 entre patrimonio y ventas, tendremos un cálculo de ventas totales de estas empresas de 210.000 millones de dólares, lo que representa un valor cinco veces mayor

que las exportaciones norteamericanas. Esta distancia debe aumentar en el futuro, pues las exportaciones crecen el 7% al año, en tanto que la producción de las subsidiarias en el exterior crece cerca del 10% al año. El crecimiento probable de estas inversiones, en niveles muy significativos, tiende a crear una situación de parasitismo que analizaremos posteriormente y que queda muy bien resumida en la siguiente afirmación hecha por el referido estudio de la Asesoría del Departamento de Comercio:

Otro indicador de la significación de las inversiones externas de Estados Unidos, es el hecho de que hasta 1968 el ingreso neto de las inversiones externas, ganancias repatriadas, royalties y patentes, menos la inversión directa, ha sido mayor que los resultados de la cuenta comercial. Estos indicadores, comparados con el principio de los años 60, trajeron como resultado la declinación de nuestro superávit de exportación y el continuo crecimiento de los ingresos netos de la inversión directa. Estos últimos contribuyeron con 3.500 millones a nuestra balanza de pagos en 1970, comparado con 2.100 millones de la balanza comercial. Si comparamos esto con los datos de 1960, que muestran 4.900 millones en la balanza comercial líquida y 500 millones de dólares en la balanza de la inversión directa, la tendencia es aún más fuerte en esa dirección en los últimos años²³.

Otro tipo de cálculo se hace tomando en consideración el conjunto de la posición de las inversiones internacionales de Estados Unidos al fin del año, entre 1950 y 1970. En estos cálculos, se diferencian las inversiones directas a largo plazo, que venimos tratando, de otros tipos de transacción de capital como las inversiones a largo plazo no directas (en cartera), los derechos y deudas a corto plazo, los créditos del gobierno y las reservas monetarias.

Según estos cálculos, la posición de las inversiones internacionales de Estados Unidos creció de 36.727 millones de dólares en 1950 a 69.067 millones en 1970. En el mismo período, el patrimonio de las empresas extranjeras en Estados Unidos creció de 17.632 millones de dólares a 97.507 millones.

Es importante señalar que, al mismo tiempo que crecen casi dos veces el patrimonio y las inversiones internacionales de Estados Unidos entre 1950 y 1970 (incluyendo todos los ítem del párrafo anterior), el patrimonio y las

23. Departamento de Comercio, *The Multinational Corporation*, v. I, p. 10, del estudio sobre "Policy Aspects of Foreign Investment by U.S. Multinational Corporation".

inversiones extranjeras en Estados Unidos también presentan un gran crecimiento: de 17.632 millones de dólares, en 1950, a 97.507 millones de dólares en 1970²⁴. Un crecimiento por lo tanto muchas veces superior al de las inversiones norteamericanas en el exterior. Es sin embargo necesario señalar que, en tanto las inversiones norteamericanas en el exterior tienden a ser esencialmente inversiones directas, las cuales crecieron más de 10 veces en los últimos años, en lo que se refiere a inversiones de extranjeros en Estados Unidos, son las inversiones en cartera las que crecieron cerca de 9 veces en el mismo período, en tanto que las inversiones directas crecieron 4 veces aproximadamente.

Estos datos revelan las tendencias de las empresas multinacionales a la expansión, a la diferenciación, a la mayor complejidad y a entremezclar inversiones de distintos tipos, que toman distintas direcciones y se entrecruzan. Asimismo, la tendencia a la universalización del capital, que se convierte en el aspecto principal de las actividades internacionales de Estados Unidos y lleva consigo el fenómeno del parasitismo, es confirmada plenamente por los datos.

Para entender el significado de tales movimientos y sus perspectivas de desarrollo, se hace necesario analizar la evolución histórica de la célula básica del proceso de internacionalización del capital: la empresa multinacional.

3. LA EVOLUCIÓN DE LA EMPRESA INTERNACIONAL

Las primeras operaciones internacionales de las empresas capitalistas modernas se realizaron en el sector exportador. Su objetivo, la conquista del mercado, las obligaba a crear filiales en el exterior que comercializaran sus productos. Durante una buena parte del siglo XIX, las empresas capitalistas se dedicaron a ese tipo de expansión. Ya en la segunda mitad del siglo XIX,

24. A partir de 1974, los excedentes financieros obtenidos por los países petroleros se han volcado hacia la compra de acciones, préstamos y otras operaciones en Estados Unidos y Europa. Particularmente en Estados Unidos se ha creado un gran pánico en torno de esas inversiones que, según se calcula, podrían entregar a los árabes la propiedad de todas las empresas de la bolsa de Nueva York en una década. Repentinamente, aquellos que nos han intentado convencer por tantos años de las excelencias de la inversión externa y de la necesidad de no imponerle ningún límite, empiezan a plantear la necesidad de imponer una fuerte reglamentación a sus inversiones extranjeras en Estados Unidos.

empezaron a aparecer nuevas posibilidades de inversión en el exterior. El capitalismo había logrado crear un mercado de capitales en el nivel internacional. Muchos países menos desarrollados ponían en venta las acciones de sus empresas en la bolsa de Londres y en otras bolsas importantes. Se hacía posible entonces comprar acciones de empresas de diversos países y, a través de la inversión en cartera, alcanzar el control sobre todo de empresas mineras y agrícolas en otros lugares. Al mismo tiempo, el control de mercados externos para la exportación empieza a exigir una política más centralizada y unificada que se realiza a través de los *holdings* y de los cárteles.

El centro de la expansión económica de este período es fundamentalmente Inglaterra y algunos países europeos que, al establecer una industria de base en la segunda mitad del siglo XIX y al lograr industrializar la producción de maquinarias, abrieron una perspectiva de gran expansión para sus inversiones, y al mismo tiempo aumentaron de manera significativa la demanda de materias primas y de productos agrícolas. Para atender ese mercado en expansión en los países centrales, se desarrolla una importante producción minera y agrícola en los países periféricos que ya tenían una tradición exportadora, tierras vírgenes para ser conquistadas por colonos o una economía agraria tradicional bastante significativa y cierta experiencia mercantil, es decir, que disponían de una base para intensificar su producción exportadora.

Se forma así en el mundo una economía exportadora en gran escala en la segunda mitad del siglo XIX, en general controlada por capitalistas locales o de los países desarrollados, ya sea a través de subsidiarios de las empresas de los países dominantes, ya sea por empresas formadas con el objeto exclusivo de controlar el mercado o la producción en los países periféricos.

En general, asumen la característica del “enclave”, es decir, una empresa que existe dentro de un país de economía precapitalista, dedicada fundamentalmente a la producción para el mercado externo, desarrollando en su interior una economía propia con motivaciones capitalistas muy claras, pero utilizando relaciones de producción en general más atrasadas que aquellas del capitalismo desarrollado. Estas empresas, por lo general, tienen poco contacto con la economía del país huésped. Dicho contacto, cuando se da, asume la forma de pagos de impuestos y algunas compras de productos que necesitan, sea para sus trabajadores, sea como insumos para su producción. Ellas tienen, por lo tanto, un carácter complementario de la economía dominante

y no de la economía donde actúan directamente, configurándose, por esta razón, su carácter de “enclave”. Su libertad de acción, su autonomía administrativa, su aislamiento social son tan significativos, que se conforman regiones enteras bajo su dirección casi autocrática²⁵.

Centroamérica, que ha sido un modelo de ese tipo de empresas, de las cuales la United Fruit fue la más significativa, tiene marcas muy evidentes de su dominio. Son clásicos los ejemplos de la identificación entre la empresa y ciertas regiones. Con el agotamiento de las tierras de una zona, la empresa se traslada a otra, llevándose hasta los rieles de los ferrocarriles. Se va la población, se van las instalaciones, las casas, los negocios; y regiones enteras se convierten, de un día para otro, en desiertos humanos y naturales. Incluso el circulante en el interior de estas empresas era casi todo extranjero, logrando resolver el problema del capital de giro pagando a los trabajadores con fichas, con las cuales eran obligados a comprar en las pulperías de la empresa. Muchas veces los productos ahí vendidos eran importados del propio país de origen de la casa matriz y se lograba dispensar la necesidad del capital de giro para el pago de los trabajadores. En lo que se refiere a los técnicos en general, con mucha frecuencia se hacía su pago en dólares o en la moneda del país dominante. Dichos técnicos vivían en estos países o mejor dicho, en estas empresas, en estos enclaves de los países dependientes, como en una extensión de su casa y de su país, en contacto mucho más estrecho con su cultura, su economía y su sociedad que con aquellas, del país donde estaba incrustado el enclave.

Este tipo de empresa no era de gran complejidad, pues se trataba casi de una extensión en el exterior de la empresa matriz. La adaptación al país huésped era mínima, así como la dependencia de la economía de este país. Evidentemente, se enfrentaban problemas políticos con las clases medias de los países dependientes, que durante un largo período desarrollaron una política de oposición antiimperialista, criticando el carácter puramente explotador de los enclaves, que dejaban casi nada para los trabajadores locales y para las clases medias y la burguesía del país. Por esta razón, las clases medias han apoyado incluso la organización de los trabajadores en contra de sus

25. Una buena bibliografía sobre el tema y uno de los mejores análisis sobre los efectos sociales del enclave se encuentran en Edelberto Torres, *Procesos y estructuras de una sociedad dependiente: el caso de Centroamérica*, Santiago de Chile, Editorial Prensa Latinoamericana, 1969.

empresarios, para asegurar mejores condiciones de negociación con los extranjeros.

Paralelo a estas inversiones, que tenían por objetivo desarrollar la producción para atender el mercado de los países dominantes, se desarrolla también otro tipo de inversiones, que tienen objetivos más comerciales. Pretenden, fundamentalmente, facilitar la venta de sus mercancías en el exterior. Ellas se crean tanto en economías desarrolladas como subdesarrolladas y tienen como principal actividad terminar los productos, a través de plantas de ensamblaje que se ligan al aparato comercial exportador que, en general, las precede.

Ya en los años 20 y 30, se instalaron las primeras empresas de ensamblaje de autos y de otros productos que exigían una línea de montaje más compleja. Se fue formando así una nueva experiencia de inversiones en el exterior, con el objetivo de atender a los mercados internos de los países desarrollados y subdesarrollados.

En la posguerra se reorientarían de manera definitiva las inversiones, de Estados Unidos y de Europa, hacia los sectores industriales de los países desarrollados y dependientes. Las razones para que se haya reorientado de manera tan significativa el carácter de las inversiones son, de un lado, la recuperación económica de Europa, que abre enormes perspectivas de inversión, y el aprovechamiento por parte de las grandes empresas norteamericanas de las ventajas relativas de que disponían para usar esta recuperación como instrumento de expansión de sus propias inversiones; por otro lado, en los países dependientes, el avance industrial que ellos habían logrado en los años 30, en función de los efectos de la crisis de 1929 y durante la Segunda Guerra Mundial y la política proteccionista hacia su industria que adoptan en general, habría impedido el control directo de los mercados de estos países a través de la exportación desde los países dominantes.

Se había desarrollado una industria local para atender el mercado interno, y todo un aparato de leyes y políticas gubernamental destinado a favorecer este desarrollo, apoyadas fuertemente en el movimiento obrero y/o campesino y en las clases medias. De esta manera, la vuelta del capital internacional a estos países en condiciones favorables exigía su reconversión hacia la inversión en los sectores industriales demandados por sus mercados internos.

Al lado de las restricciones a la importación de productos manufacturados que obligaban a producirlos internamente, se presentaba una serie de ventajas relativas que hacían muy favorables y muy interesantes esas inversiones. Por una parte, los precios artificiales de los bienes industriales creados por el proteccionismo cambiario eran muy altos; por otra, la mano de obra y los costos industriales eran muy bajos. En el afán de atraer el capital extranjero, los gobiernos dependientes se deshacían en “ayudas” y concesiones de todo tipo. Finalmente, el mercado interno a pesar de ser relativamente pequeño estaba constituido por una clase media y una burguesía opulentas y en expansión.

Los datos sobre este particular son bastante significativos: en 1929 las inversiones norteamericanas en minería y extracción eran de 1.200 millones de dólares; en 1950 eran de 1.100 millones de dólares; en 1970 eran de 6.100 millones de dólares. Hubo quizás una cierta paralización de estas inversiones entre 1929 y 1950 y un cierto repunte de ellas después de los años 50, pero, en muchos casos, las inversiones nuevas en minería y extracción tienen un carácter bastante distinto del que tuvieron en los años anteriores; muchas veces se destinan incluso a atender mercados internos y no solamente para la exportación. Sin embargo, en lo que respecta a la participación relativa de las inversiones en minería y extracción, ellas pasaron del 16% al 9,3%, en 1950, y al 7,8% en 1970.

El petróleo es otro importante sector de inversión, que mantiene todavía su importancia, sobre todo por la renovación que sufrió a consecuencia de la expansión de la petroquímica, que lo convirtió en base de una de las industrias modernas más destacadas. Esto también nos hace creer que no toda la inversión contemporánea en petróleo de las grandes empresas se dirige a la exportación; alguna parte de ella se dirige al mercado interno de los países donde están, aunque en este caso se trate de una porción bastante inferior. En 1929, estas inversiones representaban 1.100 millones de dólares; en 1950, 3.400 millones de dólares; en 1970, 21.800 millones de dólares, lo que nos da un porcentaje de 14,7% para 1929; 18,8% en 1950 y 27,9% en 1970, con relación al conjunto de las inversiones norteamericanas en el exterior.

Las manufacturas, que representaban 1.800 millones de dólares en inversiones en 1928, pasan a 3.800 millones en 1950 y a 32.000 millones de dólares en 1970. Su participación relativa pasa de 24% en 1929 a 32,2% en

1950 y a 41,2 en 1970, convirtiéndose así en el principal rubro de la inversión norteamericana directa en el exterior desde 1950.

El rubro “otros”, que incluye agricultura, comercio, etc., es bastante significativo, pero en el pasado lo era mucho más. En 1929, representaba 3.400 millones de dólares, en 1950, 3.500 y en 1970, 17.900 millones de dólares, lo que hace caer su participación de 45,3% a 29,7% y a 23%.

Estos datos generales sobre la inversión norteamericana de 1929 a 1970²⁶, nos demuestran muy claramente la importancia relativa que ganó la inversión industrial en los últimos años. Respecto de la situación de las inversiones mundiales del conjunto de los países de la OCDE (es decir, Bélgica, Canadá, Francia, Alemania, Italia, Japón, Holanda, Suecia, Suiza, Reino Unido y Estados Unidos), tenemos que en 1966 las inversiones de estos países en el mundo, en la minería y extracción, representaban el 7%; la manufactura ocupaba ya el primer lugar con el 40% y el rubro “otros” sumaba el 24%. Sin embargo, en lo que toca a las regiones subdesarrolladas, el petróleo ocupaba un papel privilegiado, pues en ellas se incluyen las inversiones del Medio Oriente que son casi exclusivamente petroleras. Por eso, el petróleo representa el 40% del conjunto de las inversiones de los países de la OCDE en el exterior, en 1966, en tanto la minería y la extracción alcanzaban el 10%, la manufactura el 27% y el rubro “otros” 23%.

Es interesante destacar que las inversiones en petróleo son tan significativas debido al papel relativo del Reino Unido, que destina el 35% de sus inversiones en los países subdesarrollados a la explotación del petróleo, el 23% a la manufactura y el 37% al rubro “otros”, que incluye una importante inversión agrícola en sus países dependientes. Se ve que todavía persisten las formas tradicionales de inversión, al lado de un sector nuevo bastante importante. Pero un país como Alemania, que tiene un monto total de inversiones de 2.500 millones de dólares, de los cuales 845 millones se realizan en países dependientes, y de estos 845 millones, 654 se destinan a la industria, muestra realmente una orientación muy fuerte en el sentido industrial. De un total de 2.100 millones de dólares en los países dependientes, las inversiones francesas en industrias son de 1.280 millones de dólares.

26. Los datos de cada parte fueron extractados del estudio ya citado sobre empresas multinacionales del Departamento de Comercio de Estados Unidos.

Si estos datos revelan que todavía sectores como el petróleo son bastante significativos²⁷, no dejan de señalar que se creó una estructura económica nueva de inversiones en el exterior, y nos demuestran, a la vez, que el grueso de esas inversiones, sobre todo en los últimos años, se ha destinado fundamentalmente al sector industrial y al sector comercial y de servicios, y a veces también, en parte, al sector agrícola, que atiende el mercado interno de los países hacia donde ellas se destinan. Esa tendencia dominante en los años 50 y principios de los años 60, representa un cambio muy significativo también en la estructura de la empresa. Lo que actualmente llamamos empresa multinacional es fundamentalmente un resultado de este fenómeno, que conduce a la superación de las economías de enclave que hemos estudiado.

La nueva situación entraña un cambio cualitativo con relación al estudio anterior, en lo que respecta al funcionamiento de las leyes económicas. El mercado interno de los países hacia donde van estas inversiones posee una dinámica económica que tiene sus propias leyes de desarrollo. La empresa subsidiaria, que se integra en esa economía para atender las necesidades de ese mercado, no puede ya comportarse con la concepción abstencionista que tenía la empresa de enclave. Ahora tiene que tomar en consideración las leyes económicas que funcionan en esa economía, la distribución del ingreso, las posibilidades de expansión económica global y de nuevas inversiones; ha de ligarse, de alguna forma, al mercado financiero para obtener su capital de giro; debe vincularse a la realidad política del país huésped, afectada por la política económica en su conjunto, con efectos sobre la inflación, sobre la política de crédito y sobre todos los aspectos del funcionamiento normal de la economía de ese país.

4. LOS VÍNCULOS ORGÁNICOS CON LAS “ECONOMÍAS HUÉSPEDES”

El contacto con la “economía huésped” (como se llama entre ciertos académicos norteamericanos la economía que es víctima del proceso de explotación

27. Después del embargo petrolero de 1973, el precio del petróleo subió enormemente, provocando un estímulo a la inversión petrolera. Pero las políticas de nacionalización de las empresas petroleras se han generalizado en los países dependientes (árabes y Venezuela) provocando una reorientación de esas inversiones hacia la comercialización, el transporte y la petroquímica.

de estas empresas), se vuelve pues mucho más profundo y orgánico. Por razones de orden económico, o debido a la política imperante, las empresas extranjeras se ven en la necesidad de abastecerse de ciertos insumos (a veces, incluso de la integridad de los productos que consumen) en el mercado local. Concentraremos nuestro análisis de este problema en las economías dependientes, en las cuales se sienten más directamente los efectos de la vinculación de las empresas multinacionales con los mercados locales.

Las razones de orden económico que determinan los cambios de funcionamiento son fáciles de entender si recordamos que muchas empresas se desplazan hacia los países dependientes debido a la proximidad de ciertas materias primas; la cercanía a las fuentes permite disminuir el precio de los transportes y otros costos. Se justifica así la utilización del abastecimiento local. Sin embargo, no siempre se observa una extensa utilización del abastecimiento local, pues muchas veces las empresas prefieren abastecerse, a precios más elevados, de sus propias matrices o de otras firmas del mismo grupo económico situadas en los países desarrollados, con el propósito de aprovecharse de ciertos recursos fiscales, como los sobrepuestos, o bien por el interés de trasladar las ganancias a los países desarrollados, donde tienen más oportunidades de inversión.

Por otro lado, las industrias matrices en los países desarrollados viven en constante estado de subutilización, resultándoles más lucrativo aumentar sus ventas a través de las compras de sus subsidiarias, que crear nuevas empresas, aunque presenten precios mucho más altos. Pero, por las razones expuestas, y aún más por presión del Estado y por otros intereses nacionales del país de origen, las empresas multinacionales tienden a prolongar el proceso de aprovechamiento con el abastecimiento local, sobre todo de productos más industrializados.

Las razones de política económica son mucho más fuertes. En general, los gobiernos de tipo desarrollista exigen que las filiales y subsidiarias que se instalan en sus países se abastezcan en el mercado local. Hay sectores donde se pone mayor énfasis, como es el caso de la industria automotriz, para la cual muchos países dependientes tienen programas de nacionalización de la producción, tendientes a formar un núcleo industrial capaz de estimular el desarrollo económico global.

El financiamiento es otra forma de contacto de estas empresas con la

“economía huésped”. En general, las subsidiarias se crean a través de un sistema de crédito internacional otorgado por los países dominantes, particularmente Estados Unidos, que financian a los gobiernos locales para que ellos traspasen ese financiamiento a las empresas, que lo utilizan en la compra de maquinaria y otros productos básicos en el país que otorgó el crédito. La operación se divide así en cuatro pasos circulares: se abre un crédito desde Estados Unidos a través de alguno de los aparatos bancarios internacionales de que disponen (o se abre un crédito de una institución multinacional bajo control norteamericano) para el financiamiento de una empresa determinada, ya se trate de una nueva inversión de capital o de crear una empresa nueva. El gobierno del país receptor del crédito (agradecido por la ayuda que favorece su desarrollo, etc.), asume la responsabilidad por la deuda, pero como la ayuda está destinada a una inversión determinada, es traspasada a la empresa subsidiaria o a una empresa mixta con capitales nacionales o estatales. En los dos casos de empresa mixta, es necesario señalar que la ayuda va hacia el capital de los accionistas extranjeros que se asocian a los nacionales o al Estado. El Estado participa con su propia parte; la empresa nacional con otra, y la ayuda se destina claramente a conformar el capital de la empresa extranjera que se instala en el país²⁸. Así se completa el segundo paso, que significa, como vimos, que el Estado del país huésped asume la responsabilidad financiera por la deuda de la empresa receptora, que es extranjera.

El tercer paso es el traspaso del contenido real de esta “ayuda”. Ella representa, en realidad, tan solo un crédito que permite importar ciertos productos, en general maquinaria e instalaciones. Es necesario concluir diciendo que el círculo se cierra con este tercer paso, que devela el contenido real de la “ayuda”: una simple exportación de mercancías con crédito estatal, con intereses bastante elevados, destinadas a las subsidiarias norteamericanas en el exterior a través de una operación garantizada por los Estados dependientes. Estos gastos de inversión están atados y las mercancías tienen que ser compradas en el país que da la ayuda. A través de este mecanismo, el Gobierno financia las empresas de su país que necesitan vender sus productos en el exterior. Los precios que se pagan por estas mercancías son producto de condiciones

28. Sobre estas materias, ver el capítulo sobre estructura de la dependencia y también Orlando Caputo y Roberto Pizarro, *Imperialismo, dependencia y relaciones económicas internacionales*, Centro de Estudios Socio Económicos / Universidad de Chile, 1971.

altamente monopólicas y fuera de cualquier concurrencia en el mercado internacional. No es necesario analizar aquí el resultado de estas formas de “ayuda” a los países dependientes.

Es importante señalar, sin embargo, que este esquema de financiamiento supone un vínculo entre la subsidiaria y el gobierno del país “huésped”, así como con los programas de desarrollo económico de este gobierno, tanto más importantes cuanto mayor sea su autonomía relativa y su capacidad de decisión propia. Este vínculo representa algo nuevo en los países dependientes y supone, de cualquier manera, la sumisión del gran capital a leyes económicas nuevas, dentro de las cuales el capitalismo de Estado de los países dependientes tiene un peso muy significativo.

Para que funcione una empresa es necesario el capital de giro para pagar a los obreros, los trabajadores en general, y ciertas materias primas que existen en el mercado local. Ese capital de giro funciona con moneda local y, por lo tanto, tiene que ser recogido en el mercado de capitales, creándose así un vínculo con el sistema bancario del país “huésped”.

En reiteradas ocasiones se recurre al sistema bancario extranjero, a través de las subsidiarias de bancos que están muchas veces ligados a los mismos grupos económicos a que pertenece la empresa inversora. Esto significa que el sistema bancario multinacional no existe solamente para financiar operaciones de contenido internacional, sino para financiar también operaciones nítidamente vinculadas con el mercado local. Este sistema bancario logra captar igualmente gran parte del ahorro local, convirtiéndose así en un competidor de los bancos locales y creando una empresa multinacional de carácter financiero.

Las consecuencias del desarrollo de tales vínculos financieros son muy evidentes en el caso de Europa, donde los bancos multinacionales no solo intervienen profundamente en la vida local de esos países, sino que también se ligan directamente a la formación de un mercado financiero paralelo, que son los eurodólares. En los países dependientes, este proceso está todavía en su comienzo, pero tiende a desarrollarse²⁹.

29. En Brasil, después de 1966, se formó un sistema bancario muy ligado al capital internacional, a través de los “bancos de inversión” completamente extranjeros, o a través de la formación de *holdings* a partir de bancos que son subsidiarios de bancos internacionales. Agréguese a eso las facilidades para los préstamos e inversiones internacionales a corto plazo financiando instrumentos

Otra forma de vinculación con la economía “huésped”, que se produce en las nuevas condiciones de internacionalización del capital, es el desarrollo del proceso de comercialización. Este tiene varios aspectos, e incluye no solo la venta del producto, a un intermediario o directamente al consumidor, sino también la creación de un aparato comercial (por medio de empresas que hacen la comercialización o de personal dedicado a esta actividad) que establece vínculos concretos con el proceso económico local.

Pero la comercialización está hoy en día inmediatamente ligada al anuncio de los productos, lo que supone el montaje de un aparato de preparación de avisos o una agencia publicitaria. La comercialización está ligada también a operaciones de *marketing* más amplias, que requieren la existencia de un aparato de investigación de mercados, absolutamente necesario para las operaciones capitalistas contemporáneas. Ligado a todo el aparato de investigación de mercados y de publicidad está el problema de presentación de los productos que, como sabemos, no se da solamente desde el punto de vista externo de los envoltorios, sino que también se liga, en cierta forma, a la presentación del propio producto, sobre todo en lo que respecta a bienes de consumo masivo.

Esto, en consecuencia, incluye la necesidad de instalar un aparato mínimo de investigación y desarrollo (mucho más de desarrollo que de investigación), para permitir el funcionamiento de un buen sistema de *marketing* capaz de competir en el mercado local. Esta competencia no se dirige contra los productores de los países subdesarrollados, sin mucha perspectiva, sino, sobre todo, contra las otras empresas de países desarrollados que sí pueden competir, tanto en el mercado desarrollado como en los países subdesarrollados.

Las tendencias que llevan a aumentar el grado de articulación de los grupos internacionales con los mercados locales de los países “huéspedes” se hacen cada vez más fuertes, en la medida en que es menester asegurar y ampliar el grado de control económico logrado anteriormente. Las facilidades para mantener este control se ven incrementadas, porque las altas tasas de

financieros locales (notas provisionales, bonos, etc.) y el crecimiento, hasta 1972, del mercado de acciones con bases altamente especulativas, lo que permitió la captación de vastos ahorros de las clases medias y hasta de sectores obreros por empresas extranjeras y locales capaces de manejar el juego de la especulación con acciones.

ganancia obtenidas generan grandes excedentes financieros que pueden ser reinvertidos en el país “huésped”, sin impedir una gran movilidad financiera en el nivel internacional. Al mismo tiempo, hay que atender a las necesidades de expansión de la empresa subsidiaria en el mercado local, para mantener su capacidad competitiva y también, evidentemente, para aprovecharse de las posibilidades de inversión que ofrecen estos países.

Esto nos pone entonces ante dos órdenes de problemas. El primero es el que se relaciona con las remesas de ganancias. Ellas suponen, de inmediato, una relación entre monedas y, por lo tanto, vinculan muy inmediatamente estas empresas a los intereses financieros de los países donde operan. El capital extranjero pasa a interesarse muy directamente por la política financiera desde dos puntos de vista. Por un lado, se hace necesario el dominio de los factores de coyuntura, lo que exige el conocimiento y la previsión de los cambios del valor de las monedas. Por otro lado, se precisa influir en la política financiera a más largo plazo.

En lo que respecta al primer aspecto, las empresas multinacionales se ven obligadas a sostener un aparato de expertos en finanzas, que les permita conocer las oscilaciones en el valor de las monedas en el nivel internacional, a fin de poder retirar moneda de un país hacia otro de acuerdo a las variaciones de cambio que se den. Esto estimula enseguida la especulación financiera como parte importante de sus actividades (véase el próximo capítulo).

En cuanto a la política de largo plazo, estas empresas tienen interés en influir en la política local para poder dirigirla en el sentido de facilitar la libre entrada y salida de ganancias. Para tal fin, estas empresas hablan, hoy en día, en nombre de un nuevo liberalismo (esta posición es defendida por la comisión especial de la OCDE que se dedica al estudio de los movimientos de capitales) que facilite las operaciones internacionales de la empresa, la entrada y el retiro de dinero, no solo en grandes montos por título de ganancias anuales, sino también en dinero líquido (*hot money*). Esto permitiría una intensa movilidad del capital en el nivel internacional. A pesar del aspecto más especulativo que propiamente empresarial de este tipo de medidas, absorben en realidad gran parte de la actividad de los administradores de las empresas.

La aparición de los petrodólares ha enfriado buena parte de este ánimo neoliberal. Asimismo, la agudización de la crisis económica en 1974-75 ha puesto en peligro estas operaciones especulativas.

La necesidad de orientar correctamente las reinversiones exige un conocimiento muy elaborado del mercado local. Las corporaciones multinacionales tienen interés en obtener los mejores resultados financieros de los mercados locales y aprovechar al máximo las posibilidades de nuevas inversiones, sobre todo, en la medida que ofrezcan tasas de ganancia elevadas.

Para poder desarrollar un programa eficiente de inversiones locales, hay que disponer de un aparato de investigación de mercado con un buen nivel de previsión, de un conocimiento de la economía nacional y de cierta influencia sobre la política económica, que permitan aprovechar correctamente las posibilidades de inversión. Todos estos mecanismos llevan a establecer un vínculo estrecho con la economía del país receptor, que permite utilizar positivamente las ventajas relativas que ofrece la condición de multinacional para dominar los mercados locales y crecer.

Vemos pues que las corporaciones multinacionales, al ampliar el área de operación de las empresas internacionales y pasar a producir para los mercados locales, crearon una nueva ordenación en la economía de los países hacia donde se desplazaron sus subsidiarias. Establecieron nuevos vínculos de orden económico, social y político con esas economías. Estos vínculos llegan a efectuar su funcionamiento interno y el del país "huésped", abriendo un nuevo capítulo en la historia de las relaciones económicas internacionales.

Por otro lado, el creciente interés de las empresas multinacionales, por dedicarse a actividades exportadoras industriales desde los países dependientes, aumenta su necesidad de intervenir en las políticas exportadoras y cambiarias, y las hace preocuparse por la ausencia de transportes adecuados, puertos y otras actividades de infraestructura exportadora.

Es necesario señalar que la importancia de los cambios de funcionamiento estudiados es mucho mayor en los países dependientes que en los países que ya habían alcanzado un mayor grado de desarrollo. La dinámica creada por estos vínculos orgánicos con las economías locales será tanto más determinante de la vida del país cuanto menor sea su desarrollo económico anterior. Los países dependientes tienen una estructura productiva muy débil, una clase dominante nacional dominada por el capital internacional, una autonomía de decisión económica mínima. Por todas estas razones, la invasión de la empresa multinacional a través de las inversiones en los mercados locales destruye las bases de resistencia del capital nacional y crea una

nueva clase dominante, comienza a determinar la dinámica del conjunto del desarrollo económico y abre una nueva etapa en la evolución histórica de los países dependientes.

Los fenómenos que hemos estudiado merecen, pues, un análisis más profundo, por sus efectos muy significativos en el plano internacional y nacional. La corporación multinacional es el núcleo de una nueva economía mundial y hay que analizar más estrictamente las contradicciones que encierra su complejo desarrollo.

5. LAS CONTRADICCIONES DEL MULTINACIONALISMO

De los análisis precedentes se desprende que la subsidiaria que se orienta hacia un mercado local sigue una dinámica distinta a la de las empresas del tipo “enclave”, que dominaron en las economías dependientes hasta 1945. Se diferencia también de las filiales que se destinaban solamente a la venta o a ciertos procesos finales de producción, o sea, las empresas de “ensamblaje”. Esa dinámica está condicionada, en buena parte, por las leyes de desarrollo de la economía hacia donde se desplazó el capital. Este condicionamiento es tanto mayor cuanto más desarrollada sea la economía receptora del capital y la autonomía relativa de su mercado interno. En el caso de los países dependientes, también se da un condicionamiento por la estructura del mercado local, que subordina la empresa multinacional a sus leyes.

Los intereses del gran capital son el factor determinante del funcionamiento de la empresa multinacional. Esos intereses nacen de la estructura económica de los países dominantes, y particularmente de la potencia hegemónica en el sistema internacional. Esta estructura está profundamente entrelazada con la economía internacional que ella hegemoniza.

Por otro lado, la empresa multinacional conforma una unidad económica en cierta medida autónoma de la economía dominante. Los intereses del conjunto de sus operaciones internacionales determinan su comportamiento más inmediato y crean una estructura de relaciones celulares que, si bien están determinadas por la estructura internacional capitalista, forman la red de relaciones básicas sobre la cual se yergue esta estructura.

En el seno de la corporación multinacional se mezclan y buscan conciliarse los intereses contradictorios generados por estos tres órdenes estructu-

rales: la economía local, la economía dominante y la empresa multinacional. La lucha por conciliar las dinámicas que orientan esas instancias, en el seno de la economía internacional capitalista, supone un nuevo orden de problemas, que se expresa a través del conjunto de contradicciones que enfrenta la empresa multinacional.

La empresa multinacional, tomada como una organización internacional, tiene sus intereses, estrategia, organización y financiamiento propios. Posee pues intereses específicos dentro de la economía mundial. De esta manera, podemos pensar teóricamente que la empresa multinacional actúa con un criterio distinto al de la economía del país donde ella tiene su centro de operaciones. Sin embargo, sabemos que esta independencia de la empresa multinacional es relativa, pues su fuerza económica está basada en gran parte en el poder de la economía nacional desde donde opera (moneda local, financiamiento, ayuda y protección estatal, etc.).

Al mismo tiempo, las subsidiarias están sometidas a la dinámica global de la corporación, y simultáneamente, a la capacidad económica y a las leyes de desarrollo de las economías donde operan. De esta manera, la tendencia a desarrollar la empresa subsidiaria en dirección al mercado interno, a las fuentes de abastecimiento local y hacia la nacionalización de la producción en su conjunto, entra en contradicción, ya con los intereses de la empresa en su conjunto o con los de la economía del país dominante.

La empresa, tomada en conjunto, no quiere ser forzada a realizar inversiones complementarias para garantizar el control de los mercados hacia donde se desplaza; su interés es movilizar su capital, no en función de la integración económica de las estructuras locales, sino buscando aumentar el monto y la tasa de sus ganancias en el nivel internacional. Le interesa mantener una gran facilidad para traspasar sus ganancias hacia otras regiones. Pero esto entra en contradicción con los intereses de la economía receptora tomada en su conjunto, pues su desarrollo solo puede continuar a través de estímulos artificiales y del proteccionismo, por la razón de que su mercado interno es restringido y no permite una alta tasa de inversiones.

Si la empresa multinacional sigue las leyes de la libre competencia internacional, tenderá a reinvertir sus ganancias no en los países dependientes, sino en aquellos que presentan grandes mercados internos en expansión. Las facilidades de mano de obra barata y protección tarifaria que llevan a obtener

altas tasas de ganancia en los países dependientes, se anulan por los mercados limitados que necesariamente suponen.

Por otro lado, las economías de los países dominantes se interesan en mantener sus exportaciones en un nivel elevado. Esas exportaciones pueden, incluso, ser estimuladas a corto plazo por las inversiones en el exterior —particularmente en los países dependientes— al aumentar el consumo de maquinaria, equipos y materias primas industrializadas. Esta situación se modifica, sin embargo, en la medida en que esos países llegan a producir esa maquinaria, equipos y materias primas industrializadas, reorientando drásticamente el comercio mundial. Las economías de los países dominantes, tomadas en conjunto, se resienten, pues, del desarrollo económico de los países dependientes si este asume una forma autonomizadora.

Hemos formulado esta tesis por primera vez en nuestros estudios sobre el nuevo carácter de la dependencia. Y ha provocado muchas críticas que no llegan, sin embargo, a la esencia del problema. Si las economías dependientes pueden obtener un alto grado de autonomía productiva y desarrollar un importante sector (de máquinas y materias primas industrializadas), el capital extranjero perdería su capacidad de determinar el carácter de su desarrollo, se convertiría en una expresión puramente artificial que luego sería destruida, haciendo desaparecer la relación de dependencia. Por esa razón, y por la propia lógica de sus intereses inmediatos, el capital internacional busca orientar el desarrollo económico de los países dependientes hacia sectores volcados al mercado internacional o hacia las capas de nivel de ingreso alto, que consumen productos más sofisticados. La lucha por la industrialización nacional, orientada a la plena integración de los sectores productivos y de una industria de base, queda en manos del proletariado y de sectores de la pequeña burguesía. Este es un elemento importante en la dinámica, sobre todo, de los países dependientes con perspectivas de convertirse en potencias industriales medianas, como Brasil, Argentina, México, India, etc.

Por estas contradicciones, el sector más avanzado de la clase dominante de los países dominantes busca conciliar estos intereses opuestos, orientando el desarrollo económico de los países dependientes en el sentido más compatible con los intereses de conservar la potencia de la economía dominante, donde se asienta más firmemente el capital internacional, y de aumentar internacionalmente la movilidad de ese mismo capital.

Pero esto no resuelve completamente las contradicciones del multinacionalismo, pues esta libertad de acción del capital lo lleva a aumentar sus inversiones en las economías capitalistas más dinámicas, que no son ni las dependientes ni Estados Unidos, sino otros países capitalistas adelantados. Tal situación hace aumentar las inversiones en estos países, en detrimento de Estados Unidos. De todas maneras, la plena libertad de movimiento para el capital internacional entra en conflicto con los intereses de su centro hegemónico y tiende a debilitar su economía y a profundizar sus contradicciones internas.

Para poder remontar esta compleja gama de intereses que se expresan en su interior, la corporación multinacional tiene que garantizar el control absoluto sobre sus subsidiarias, que podrían atender a los intereses locales y perjudicar, en el futuro, la base de poder de la casa matriz.

Se genera, entonces, un importante problema de control, y la empresa matriz empieza a actuar, en gran parte, en función del dominio que puede ejercer sobre la empresa subsidiaria. Su política tiende a guiarse mucho más por las exigencias de ese control que por las que plantea el mercado y las posibilidades de crecimiento. Esta contradicción puede llevar a la empresa subsidiaria a la impotencia frente a las exigencias de la economía del país donde está, y frente a la competencia con los inversionistas nacionales o de otros países, con mayor flexibilidad y posibilidad de intervenir en el campo específico en que se produce la inmovilidad.

Esa contradicción se hace más aguda cuando la subsidiaria (en un país desarrollado o, lo mismo, dependiente con un cierto grado de desarrollo) empieza a tener posibilidad de competencia con la empresa matriz a través de la exportación hacia otros mercados. En estas condiciones, la empresa subsidiaria comienza a competir con la empresa matriz, no solo en el mercado específico donde actúa, sino también en otros mercados. Este fenómeno no es importante en países pequeños, pero sí lo es en países dominantes o en países subdesarrollados con un cierto nivel de potencialidad económica.

Esta situación se produce con frecuencia como resultado de la lógica del desarrollo de la empresa capitalista, que tiende a superar su mercado inicial y a ampliarlo constantemente. Por otro lado, los propios intereses de las economías nacionales, en el sentido de aumentar sus exportaciones, crean una dinámica objetiva que presiona a las empresas subsidiarias a seguirla so

pena de ser marginadas. Por esta razón, se hace necesario un profundo control monopólico de los mercados locales y de las políticas económicas de sus gobiernos, a fin de permitir a la empresa actuar sobre esas tendencias.

Como veremos, el gran capital no tiene por qué oponerse sistemáticamente a esa tendencia. Esta actitud inicial de resistencia es sustituida progresivamente por un reconocimiento de esas leyes de desarrollo y un intento de encauzar este proceso en favor de sus propios intereses, aunque eso implique el sacrificio de ciertas posiciones y de su propia base nacional de poder, Estados Unidos, como economía dominante. La estrategia ideada, como lo veremos, busca asegurar por otros medios esa hegemonía.

La posibilidad que tiene una subsidiaria de liberarse es pequeña y hay leyes internacionales bastante fuertes para garantizar el control de la empresa madre; pero, evidentemente, en circunstancias políticas excepcionales, este control puede cambiar y la capacidad de control puede ser cuestionada. De esta manera, la empresa dominante tiene que preocuparse de impedir un desarrollo excesivo de la empresa subsidiaria tal, que llegase a permitir que ella se convirtiese en un competidor suyo. Al estudiar los problemas de organización, veremos las formas adoptadas por las empresas para garantizarse este control.

Hay, sin embargo, alternativas que siguen algunas empresas o grupos económicos, que favorecen una mayor competencia interna entre sus subsidiarias, siempre que el control financiero quede en manos del grupo central. Estas modalidades están en curso y no se sabe, hasta el momento, a cuáles resultados llegarán.

En la medida en que las contradicciones se desarrollan, sin un cauce que las oriente, tienden a generar una anarquía cada vez más incontrolable en el comercio mundial, llevando a los países capitalistas a un enfrentamiento entre ellos y con las empresas multinacionales. Por esto, la teoría económica burguesa, sus políticos, ideólogos y expertos han buscado reorientar rápidamente esa nueva economía internacional que nace en las alas del multinacionalismo.

Es necesario, pues, estudiar más a fondo las nuevas relaciones de intercambio que el desarrollo de la corporación multinacional provoca en el nivel internacional.

6. LA EMPRESA MULTINACIONAL Y LA DIVISIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO

En la lucha entre la empresa madre y la subsidiaria se reflejan las contradicciones más profundas entre la economía del país hegemónico, otras economías dominantes y las economías dependientes. Estas contradicciones se expresan en el nivel de la economía internacional, por las relaciones que ellas establecen entre sí. Y esas relaciones tienen su infraestructura en la división internacional del trabajo que intenta compatibilizar las distintas economías nacionales en un sistema de reproducción internacional de la economía.

Las contradicciones que nacen del desarrollo del multinacionalismo habían encontrado una primera solución en los años 50 y principios de la década de 1960. Esa solución se basaba en el intercambio entre maquinarias, equipos, materias primas y productos agrícolas por parte de los países dependientes.

Veamos en detalle esa forma de intercambio.

Desde los países desarrollados, se presentaban dos grandes rubros nuevos de exportación, que no significaban terminar completamente con las antiguas exportaciones de productos de consumo final, sino sustituirlos progresivamente, en la medida que su producción se desarrollaba en la periferia del sistema. El primer rubro lo constituía la exportación de maquinaria y de equipos industriales, comerciales y de servicios.

La inversión en un país que no tiene un sector de producción de máquinas desarrollado, significa una demanda de estos bienes de producción en los países desarrollados. La venta de estas máquinas está controlada, en general, por los grandes grupos económicos; además, los créditos para financiarlas se obtienen en los bancos o en los gobiernos controlados por estos grupos. En muchos casos, la maquinaria y los equipos que se transfieren hacia los países dependientes han sido usados ya por la empresa que hace las inversiones y que realiza, en este caso, un buen negocio renovando al mismo tiempo sus instalaciones.

El segundo rubro exportador, que rescata la complementariedad de estas economías, lo constituyen las materias primas industrializadas que se exportan hacia los países dependientes. El montaje de una industria supone la utilización de determinadas fórmulas o la exigencia de un tipo específico

de materias primas semiindustrializadas. Gran parte de las inversiones del período se hicieron en el sector de la industria química, que consume directamente materias primas industrializadas; pero eso ocurre también en otros sectores, como textiles, cauchos, etc. Al instalarse unidades productoras en otros países, aumenta el consumo de estas materias primas elaboradas, aumentando así el comercio de este producto entre el país inversor y el receptor, en la medida en que las empresas prefieren abastecerse en su casa matriz. Algunas veces puede darse el caso de que lo hagan con alguna subsidiaria, fenómeno por demás creciente en los últimos años como resultado natural del avance del multinacionalismo.

Por otro lado, hay que señalar también que gran parte de estas compras de materias primas se hacen en el interior de una misma empresa o de un mismo grupo económico, transformándose de esta manera en una operación interempresarial a precios artificiales que permite asegurar formas indirectas de remesas de ganancia a través del sobreprecio, y que facilita así recursos para escapar al impuesto sobre la renta en el país donde opera la empresa.

De esta manera, la política desarrollista, que buscaba estimular la entrada del capital extranjero en el sector industrial, el mejoramiento de los precios de los productos exportados, los préstamos internacionales y las “ayudas” económicas, formaba un conjunto de medidas complementarias que actuaban en el sentido de conformar una unidad de intereses, en el plano internacional, entre las burguesías de los países dependientes y los dominantes, expresada en la división del trabajo entre exportadores de materias primas y productos agrícolas y exportadores de maquinaria, equipos y materias primas industrializadas.

Para que tal división del trabajo se mantuviese era condición el no desarrollo de los sectores productores de maquinaria, equipos y materias primas industrializadas en los países dependientes. Vimos, sin embargo, que la propia lógica del desarrollo económico capitalista contradecía tales límites y se enfrentaba con los intereses inmediatos del gran capital.

Esa complementariedad demuestra así su carácter provisorio. Primero, porque las economías dependientes aumentan la presión para que los abastecimientos y los sectores económicos complementarios se desarrollen en estos países. Segundo, porque la industria de maquinaria tiende a ser también desarrollada con este objeto. Tercero, porque la propia subsidiaria de la

empresa multinacional, al enfrentar la necesidad y la posibilidad de reinvertir, y al convertirse en una importante compradora de ciertos productos, llega a interesarse también por crear estos sectores complementarios, para obtener esos productos a precios más baratos.

Finalmente, un efecto mucho más importante y sustancial: se genera progresivamente la capacidad de dominar la fuerza de trabajo en el nivel internacional, a precios mucho más baratos, con facilidades de comercialización, con capacidad instalada sin utilizar, con apoyos gubernamentales cada vez más sólidos a una política de desarrollo económico, basada en el capital extranjero, con la anulación de la oposición burguesa nacional que se logra particularmente en la década del 60 y con la formación de una burocracia tecnocrática y militar, desarrollista, altamente identificada con esos objetivos del capital internacional.

Todos estos factores conforman la posibilidad real para que, además de que las industrias de los países dependientes controlados por el capital internacional se orienten hacia su mercado interno, puedan también convertirse en importantes empresas exportadoras, sea para áreas próximas más atrasadas, sea para áreas controladas económica o políticamente por países intermediarios de Estados Unidos, sea para beneficiarse de ventajas relativas en el interior de una comunidad económica, como Inglaterra con respecto al Commonwealth o las ex colonias africanas integradas en el Mercado Común Europeo; sea, finalmente, para aprovechar el amplio mercado norteamericano, gran consumidor de productos que utilizan mucha mano de obra y que son caros y de mala calidad en Estados Unidos.

Por todas estas razones, se abre campo una política de exportación desde los países adelantados y desde los países dependientes, hacia Estados Unidos o hacia otras regiones de los países desarrollados.

Se inicia, así, una tercera etapa en la historia de la inversión en el exterior, caracterizada por la inversión en el sector manufacturero, con el objetivo de exportar. A pesar de su carácter reciente, se puede apreciar su rápido desarrollo en los datos que presenta Raimond Vernon sobre las ventas de las subsidiarias industriales extranjeras de las empresas norteamericanas, por destino de mercado, en 1957 y en 1968, utilizando las fuentes del Departamento de Comercio.

Las subsidiarias en Canadá destinaban, en 1957, cerca del 85% de sus

ventas al mercado interno, cerca del 10% a exportación a Estados Unidos, cerca del 5% a exportación a otras áreas. En 1968 se establece una proporción de 70% para ventas locales, 20% para ventas hacia Estados Unidos, 10% para ventas a otras regiones.

En Europa tenemos, en 1957, 75% de las ventas destinadas al mercado local, 4% destinado al mercado norteamericano y 20% destinado al mercado de otras regiones. En 1968, encontramos ya un gran aumento de las ventas en su conjunto, destinándose posiblemente más del 20% al mercado de varias áreas, un 3% al mercado norteamericano y el restante al mercado local.

En América Latina era mínima la exportación en 1957. Casi todas las ventas se destinaban al mercado local. En 1968, las subsidiarias industriales latinoamericanas presentan cerca del 10% de sus ventas destinadas en parte a Estados Unidos y en su mayor parte a otras regiones. Es significativo notar que las ventas de las subsidiarias industriales norteamericanas en América Latina, sobrepasan los 750 millones de dólares en 1968, que representaron más del 40% de todas las exportaciones de bienes manufacturados latinoamericanos en el mismo año, entre los cuales se incluían grandes cantidades de productos químicos, maquinaria y partes de automóviles. También en las demás regiones, excepto Canadá, Europa y América Latina, se registra una tendencia al crecimiento de las exportaciones.

En el caso de las nuevas inversiones, hay que distinguir dos tipos. Uno, que se dirige a “los países emporio”, es decir, países que cumplen una función simplemente de intermediarios y que se limitan a complementar una fase final de la producción de los productos. Este es el caso de Corea del Sur, Hong Kong, el norte de México y China nacionalista, donde se instalan empresas “maquiladoras” dedicadas a la complementación final de productos, cuyas partes son hechas en otros países, particularmente en Estados Unidos. Se trata solamente de aprovechar la mano de obra barata para ciertos trabajos finales que tienen características semiartesanales y exigen mucha mano de obra con cierto grado de especialización artesanal. En estos casos se compensan los gastos de transporte, además de aprovechar las exenciones fiscales y otras facilidades que ofrecen estos países.

Otro tipo de inversiones manufactureras destinadas a la exportación, son aquellas que buscan aprovechar las materias primas nacionales industrializándolas antes de exportarlas. Tales inversiones se encuentran limitadas,

sin embargo, por la vieja política imperialista que buscaba asegurar que la industrialización se hiciera en el país dominante. En el caso de Estados Unidos, hay impedimentos graves, pues el gobierno norteamericano, desde hace muchos años, pone, por presión de ciertos sectores industriales, dificultades muy grandes a la importación de productos ya industrializados, imponiéndoles impuestos muy altos.

Hay, sin embargo, grandes posibilidades de expansión de esas inversiones bajo el patrocinio de instituciones internacionales, como la United Nations Conference on Trade and Development (UNCTAD), que las presentan como la gran alternativa para restablecer condiciones de intercambio favorables para los países subdesarrollados. La industrialización de las materias primas, si bien puede acarrear alguna mejoría inmediata, no representa ninguna solución a los problemas del subdesarrollo, mucho menos en la medida en que se hace por empresas extranjeras que se quedan con los excedentes creados por esta actividad y los remiten al extranjero en forma de enormes ganancias.

Son más novedosas, sin embargo, las inversiones en productos más sofisticados para exportarlos a los países desarrollados. Se trata, en general, de una industria de partes para integrar productos finales en los países desarrollados. Hay partes de ciertos productos, como los electrónicos, que exigen mano de obra bastante numerosa y especializada, que se encuentra con más facilidad en países de menor desarrollo relativo. Hay casos de industrialización de productos básicos que pasan por un cierto proceso de sofisticación y que incluye empresas de alto nivel. Este es el caso de la producción de acero, materia prima elaborada, que exige grandes inversiones y que tiene una baja tasa de ganancia en Estados Unidos, donde vive una crisis muy grave, que convierte a este país en un gran comprador potencial de este producto. Otros rubros, como textiles, zapatos, café soluble, etc., forman una gran gama de productos con un grado de industrialización relativamente pequeño de las materias primas, y que exigen mano de obra semiartesanal, cuyos salarios son muy elevados en Estados Unidos.

Otro factor que cuenta es la diferenciación de estos productos, debido a la sofisticación del mercado, lo que exige una producción en baja escala, diseños especiales, buena terminación y otros factores de encarecimiento de costos en una economía desarrollada.

Hay, pues, otro campo de inversiones industriales para la exportación, que se dirige en gran parte hacia el mercado norteamericano, y que constituye indudablemente un enorme campo abierto para las inversiones de las empresas multinacionales, que encuentran así una nueva complementariedad internacional, en un nivel superior de una nueva división internacional del trabajo. Esta tendría, en el caso de que lograra establecerse en amplia escala, una estabilidad histórica relativa, que permitiría al capitalismo, en el nivel mundial, disponer de un período de supervivencia más amplio que el que le permite su actual estructura económica, que vive, desde 1967, una profunda crisis internacional.

La empresa multinacional procura, en los últimos tiempos, adecuarse a nuevas tendencias, transformándose interiormente, formando una opinión favorable a esos cambios en las altas esferas y el gran público, estudiando las alternativas de desarrollo y las estrategias que ellas implican, buscando anticiparse a los graves problemas y contradicciones que traen consigo. Veremos en el próximo capítulo aspectos más específicos de estas tendencias.

7. DIFICULTADES Y CONTRADICCIONES DE LA NUEVA DIVISIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO

La implantación de esta nueva división internacional del trabajo supone la resolución de muchos problemas preliminares. Entre ellos está, en primer lugar, la división interna que tal política provoca dentro de la propia clase burguesa en los países dominantes. Tal solución implica el sacrificio de las burguesías mediana y pequeña dentro de los países dominantes, en favor del avance de las empresas multinacionales y de la burguesía internacional que pasa, paradójicamente, a controlar buena parte de la economía nacional a través del dominio del aparato productivo de las demás naciones.

Esta contradicción es grave y difícil de resolver, pues las burguesías locales de los países dominantes son todavía muy fuertes, tienen influencia política y capacidad de resistencia en contra del gran capital internacional, sobre todo en la medida en que consigan influir sobre otros sectores de la población y logren moverlos políticamente. Si pensamos que empresas de gran poder están ligadas fundamentalmente al mercado local norteamericano, podemos concluir que se trata de una confrontación entre gigantes y no

simplemente de una gran burguesía contra una mediana burguesía. A largo plazo, las burguesías locales no tienen capacidad de resistencia, sobre todo porque no poseen una alternativa de desarrollo económico para ofrecer en el nivel nacional e internacional, sino una alternativa de retraso, de paralización, de estancamiento que, evidentemente, no puede ser en nuestros días la base viable de una política económica de proyección internacional.

Para enfrentar ideológicamente esta oposición, la burguesía internacional intenta caracterizar la corporación multinacional como un tipo diferente de empresa, que representa una nueva concepción internacional y una nueva etapa en la historia de la humanidad. Sus ideólogos pretenden diferenciarla claramente de las corporaciones tradicionales, luchando por liberarla de la imagen negativa que el monopolio ha adquirido en el movimiento liberal con raíces en las clases medias y en el movimiento obrero norteamericano, y desviando la lucha política hacia problemas marginales o hacia el ataque a las viejas corporaciones.

La situación actual es muy complicada, pues los dirigentes sindicales reaccionan en contra del aumento de las importaciones de Estados Unidos, realizadas en detrimento de la producción local y que conducen, innegablemente, al desempleo de gran parte de la población obrera norteamericana. Llevados por su gremialismo, los obreros norteamericanos tienden a formar un frente con los sectores más conservadores, en vez de levantar una bandera independiente de carácter socialista que permitiese superar verdaderamente esas contradicciones.

Desde la perspectiva del conjunto de la economía norteamericana, el desarrollo de esta nueva división internacional del trabajo significa la acentuación de una economía parasitaria, con el crecimiento del sector de servicios de las personas que viven de sus rentas, con sus efectos negativos sobre la balanza de pagos, puesto que la cuenta de capitales, por muy alta que sea, no lograría cubrir completamente los déficits que resultarían de una cuenta comercial cada vez más negativa en función de este tipo de desarrollo de la economía mundial. Con la oposición del sector nacional de la gran burguesía, de importantes sectores de la pequeña y mediana burguesía, del movimiento obrero, y con las dificultades inmediatas creadas por la balanza de pagos, la gran burguesía internacional tiene por delante un período más o menos largo para poder resolver las contradicciones que crea el paso hacia una nueva

división internacional del trabajo, que permitiría la salvación del sistema capitalista por un plazo histórico mediano.

El triunfo de este modelo de desarrollo significará la acentuación y profundización del proceso de concentración y monopolización de la economía, llevándolo hacia niveles que superan en mucho nuestra imaginación. Con ello, se profundiza la crisis de la pequeña burguesía, de sus últimas formas de poder local o regional, acentuándose los conflictos interregionales en el interior de los países capitalistas, así también como sus expresiones nacionales y religiosas. Junto con la crisis de estos sectores, se presenta la pauperización y marginalización de millones de trabajadores agrícolas y urbanos que sobrevivían a costa de la conservación de estas empresas menores. En el capítulo IV haremos un balance sucinto de los efectos de este proceso de concentración, particularmente en los Estados Unidos.

En los países dependientes, estas contradicciones se presentan bajo formas muy agudas. Los pocos sectores nacionales de la burguesía que han resistido al proceso de desnacionalización durante los últimos años, la pequeña y mediana burguesía, ven claramente que este esquema de desarrollo les retira toda esperanza de supervivencia como clase, lo que las hace oponerle una resistencia extremada e idealista, sea de izquierda o de derecha.

Los obreros, los trabajadores en general y las grandes masas de subempleados y desempleados, no tienen ningún lugar significativo en este nuevo orden de cosas. Por el contrario, él tiende a profundizar su pauperización y su marginalidad del sistema productivo, además de desviar el gran potencial de trabajo de estos países para atender los mercados ya constituidos en el mundo, es decir, los que se benefician ahora de los ingresos más elevados. La tendencia de este esquema de desarrollo es la de reforzar, de manera brutal, la actual estructura de distribución del ingreso en el mundo, al garantizar, de una manera desesperada, la supervivencia del régimen socioeconómico que la mantiene.

Es evidente que este carácter eminentemente irracional y reaccionario del modelo de crecimiento internacional que presenta el capital monopolístico internacional, suscita en su contra un amplio frente de fuerzas sociales que son perjudicadas o también destruidas por él. Como vimos, entre esas fuerzas se incluye un bloque eminentemente conservador, formado por los capitalistas orientados hacia sus mercados nacionales, los sectores de derecha de las clases medias y de la pequeña burguesía, los sectores oligárquicos que

también son perjudicados por esta expansión del capital internacional, que llega incluso al campo, además de aquellos sectores más pobres de la población, particularmente entre los subempleados y desempleados, que pueden dejarse arrastrar por un programa radical de derecha, aparentemente en contra del orden de cosas implantado por el gran capital.

Por otro lado, se forma un bloque de fuerzas proletarias, con apoyo de las masas semiproletarias y de la pequeña burguesía rural y urbana, unificados a través de un programa antiimperialista y antimonopólico que ofrezca una alternativa revolucionaria, de carácter socialista.

Estos dos grandes bloques de fuerza, configurados históricamente como resultado de la crisis general de 1929, tienden a convertirse nuevamente en una realidad histórica en la nueva crisis del capitalismo mundial que vivimos desde 1967.

Concentración y monopolización creciente en escala internacional, explotación del mercado de Estados Unidos y demás países desarrollados desde bases productivas situadas en los centros de mano de obra barata, resurgimiento del comercio mundial con base en una nueva división internacional del trabajo, crisis política como consecuencia de los fuertes intereses que deberán ser aplastados en este proceso, formación de un bloque fascista y un bloque antimonopólico y antiimperialista de carácter socialista, con la consecuente radicalización creciente de la situación política, acentuación de la lucha interregional e internacional para facilitar o impedir de ambas partes este proceso de concentración, monopolización e internacionalización: estas son las tendencias que se desarrollan en el interior de la nueva economía mundial capitalista, de la cual la empresa multinacional es la célula.

De esa manera, la nueva división internacional del trabajo, en vez de salvar al capitalismo de su crisis final, profundiza esta crisis y lleva la expresión celular de ella, la empresa multinacional, a reflejar en su interior, en su programación, en su estrategia y en sus formas de organización, las contradicciones que el capitalismo no logra resolver.

Cabría señalar, finalmente, que, en este nuevo contexto, la nueva empresa que emerge tiene características que empiezan a notarse en el momento actual.

En primer lugar, hay que considerar que ella comienza a actuar estratégicamente cada vez menos en función de intereses nacionales y cada vez más

en función de los intereses generales de la propia empresa. Segundo, que en el conjunto de su estrategia de crecimiento, los aspectos especulativos y financieros llegan a asumir un papel progresivamente predominante. Tercero, que la empresa se transforma paulatinamente en un órgano de dirección financiera general y de inversión, en vez de un órgano de dirección del proceso productivo, y se separa progresivamente la actividad productiva de la actividad de dirección general de la empresa. En cuarto lugar, estas nuevas condiciones se reflejan en un crecimiento anárquico de los productos que elaboran y de las actividades que desempeñan, llevándolas a un proceso de saturación en el nivel internacional, que no hace más que extender el proceso de saturación que se realiza a ritmo acelerado en Estados Unidos.

Es necesario, pues, que hagamos en seguida un análisis, aunque sucinto, de las relaciones de la corporación multinacional con la economía internacional y con la concentración económica en Estados Unidos.

III

LA CORPORACIÓN

MULTINACIONAL Y LA ECONOMÍA MUNDIAL

El crecimiento de las corporaciones multinacionales provocó cambios cualitativos en la economía mundial, al reducir enormemente el área del libre comercio, al grado de excluirlo casi completamente del intercambio internacional.

Las corporaciones multinacionales aumentaron de manera decisiva el comercio intraempresa en escala internacional. No son pocas las compañías que disponen hoy en día de un sistema de plantas multinacionales para realizar un determinado producto³⁰.

Esas corporaciones no lograron sin embargo sustituir al Estado como factor principal de centralización del comercio mundial. Por el contrario, han buscado dirigir esta nueva etapa de concentración del comercio internacional aumentando la participación estatal sea para proteger la producción local controlada por esas empresas, sea para que se les concedan exenciones, préstamos o ayudas, sea para regular y garantizar la compra de ciertos productos. Así, de manera solo aparentemente contradictoria, gran parte del crecimiento del comercio mundial se hizo a través del aumento de la intervención estatal.

De esta manera, la supresión del libre comercio no se hace solo a través de un aumento del control monopólico del comercio mundial por un grupo cada vez más reducido de empresas, sino también debido a la intervención

30. "Una corporación multinacional puede producir las partes de un producto en plantas tan distantes como Corea, Taiwán y Estados Unidos, ensamblar el producto en México y venderlo en Estados Unidos a precios norteamericanos y frecuentemente con una marca norteamericana". Declaraciones de George Meany al Comité de Finanzas del Senado en mayo de 1971.

creciente del Estado en este intercambio. Los tratados bilaterales y regionales superan las relaciones puramente comerciales. La imposición abierta de precios, la reglamentación de las cuotas por países y regiones sustituyen a los acuerdos escritos entre empresas. El Estado mantiene *stocks* importantes de mercancías estratégicas y de oro, financia la mayor parte del comercio mundial, lanza las líneas generales del mismo, protege y subvenciona productos, cubre de impuestos a otros, etc. El Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM), el General Agreement on Tariff and Trade (GATT) y otras agencias internacionales encuadran gran parte de los movimientos de mercancías, servicios y capitales. El capitalismo de Estado pasa así a representar un papel cada vez más decisivo en la economía mundial.

El gran movimiento de capitales realizado a través de las corporaciones multinacionales afectó significativamente la división internacional del trabajo, promoviendo el “desarrollo económico” de ciertas regiones, aumentando la producción industrial y la compra por estos países de maquinarias y materias primas. Como ya lo hemos visto, el capital internacional pretende promover una nueva etapa de la división internacional del trabajo, en la cual se desplazará, de manera más masiva hacia países del llamado Tercer Mundo, gran parte de los productos industriales que utilizan relativamente más mano de obra con el objetivo de exportarlos desde ahí a Estados Unidos y otros países de altos ingresos³¹.

Tales objetivos no se han logrado aún suficientemente por la oposición a un aumento de las importaciones por parte de empresas norteamericanas

31. En el estudio más importante sobre la posición de Estados Unidos en la economía mundial, realizado por el Departamento de Comercio y bajo la dirección de Peter G. Peterson, *The United States in the Changing World Economy*, se plantea lo siguiente: “En la división internacional del trabajo, Estados Unidos tiene muchas ventajas comparativas, pero las más obvias son en la agricultura, bienes de capital y tecnología avanzada” (p. 34). “Dadas las ventajas que representa una intensificación de las exportaciones y las necesidades de importaciones que tiene el país, hay que orientar las inversiones para estos sectores más competitivos, dar asistencia para este ajuste y entender las perspectivas de inversión en el exterior que se abren con este mayor comercio (...) En un mundo en el cual los países desarrollados se muestran cuidadosos en mantener o fortalecer sus posiciones comerciales y en el cual los países menos desarrollados, *algunos con un sorprendente* potencial industrial (particularmente si se proyecta una extrapolación lógica de la movilidad actual de capital y tecnología), están buscando implementar su participación, ¿qué cambios se hacen necesarios para asegurar una plena, tranquila y aceptable separación del comercio y de las corrientes de capital?” (p. 48). El Estado propone una serie de medidas que pretenden asegurar el libre movimiento de bienes, servicios y capitales, sin dejar de intervenir casi siempre para asegurar las ganancias resultantes.

de las ramas afectadas y sus trabajadores. Además, la balanza comercial norteamericana, que había sido favorable en toda la posguerra, empieza a ser desfavorable a partir de 1971 (3.000 millones de dólares de déficit). El aumento de las exportaciones norteamericanas está directamente asociado al poder de venta de las multinacionales a sus propias filiales. Según un estudio de la Comisión de Tarifas, cerca del 65% del valor de las exportaciones norteamericanas está directamente asociado al poder de venta de las multinacionales a sus propias filiales. Sin embargo, las empresas multinacionales de base norteamericana están relacionadas solamente con el 36% de las importaciones norteamericanas³².

Esto demuestra que aún se está en parte en la primera fase de la nueva división internacional del trabajo, en la cual la corporación multinacional lleva sus capitales al exterior fundamentalmente para controlar los mercados locales y asegurar la exportación de maquinarias y materias primas industrializadas. Esto se puede ver por los datos del estudio ya citado:

a) Las ventas de las filiales extranjeras de las firmas industriales norteamericanas aumentaron de 25.000 millones de dólares en 1961 a 90.000 millones en 1970, mientras que las exportaciones norteamericanas de bienes manufacturados crecieron solamente de 15.000 millones de dólares a 35.000 millones.

b) Una mayor proporción de las empresas multinacionales que se dedican también a la exportación se encuentra en las ramas de productos químicos y afines, metales primarios e industrializados, y maquinaria y equipo. Se trata por lo tanto de materias primas industrializadas e industrias de base.

Al afectar tan profundamente la división internacional del trabajo a la nueva economía mundial, cambia también la distribución de la mano de obra en escala internacional. En los países subdesarrollados provoca un aumento incontrolable del subempleo al producir un crecimiento económico basado en tecnologías ahorradoras de mano de obra y al destruir, al mismo tiempo, la vieja economía agraria produciendo un enorme excedente de trabajadores que se desplazan a la ciudad, donde no encuentran trabajo productivo y se

32. Datos sacados del estudio *The Multinational Corporation and the World Economy* preparado por la asesoría del subcomité de Comercio Internacional del Comité de Finanzas del Senado norteamericano, febrero de 1973, U.S. Government Printing Office.

destinan a la prestación de servicios personales a la oligarquía, a la burguesía y a la clase media.

En los países desarrollados, particularmente en Estados Unidos, se produce un crecimiento mucho más acentuado de los trabajadores de servicio que de los productivos. La causa de este fenómeno es el avance general de la tecnología, particularmente la automatización que ahorra mano de obra en proporción creciente. Pero esta tendencia la amplía el hecho de que la economía se inclina por especializarse en la producción y exportación de productos altamente tecnificados. Asimismo, el desempleo tiende a agravarse, como consecuencia de estas tendencias generales.

De esta manera, vemos repetirse el fenómeno del parasitismo que afectó a Inglaterra cuando ocupaba una posición central en el sistema imperialista de fines del siglo XIX. Tendencia que se hace aún más grave por el alto nivel de desarrollo tecnológico del período actual, que provoca un desempleo estructural creciente.

Al contrario de Inglaterra, Estados Unidos no es un país exportador por excelencia. Las exportaciones representaban en 1960 el 11,1% de la producción de bienes de este país y en 1970 subieron al 14,2%. En el mismo período, países esencialmente exportadores presentaban cifras mucho más elevadas entre productos exportados y producción de bienes como Canadá (1960 el 45,1% y 1969 el 66,8%), Reino Unido (38,5% en 1960, 48,5% en 1970), Japón (27,9% en 1960 y 31,1% en 1970) y Alemania (31,3% en 1960 y 37,9% en 1970). Es evidente, sin embargo, que Estados Unidos aumenta su dependencia de productos importados y necesita en consecuencia aumentar sus exportaciones. La dependencia de las importaciones de materias primas y ciertos productos agrícolas se hace más grave cuando se añade el gran número de productos manufacturados con alta utilización de mano de obra.

Los teóricos neoliberales insisten en la tesis de que es necesario aumentar la productividad global de la economía internacional, haciendo más clara la tendencia a la especialización de la producción por países y regiones. En consecuencia, plantean un aumento del comercio mundial como objetivo válido. Asimismo, este aumento del comercio estaría ligado a un aumento de los movimientos de capitales.

En torno de esas ideas se formó en los años 50 y el primer quinquenio de los 60 un fuerte movimiento favorable al libre comercio en Estados

Unidos. Este movimiento contaba con el apoyo de los agricultores, en general confiados en su alta productividad, de los trabajadores creyentes en la intensificación de las exportaciones como fuente de nuevos empleos, y de la burguesía industrial interesada en exportar productos que representaban la última tecnología y una altísima productividad.

Pero este frente se fue debilitando progresivamente en la medida en que se percibían los límites del libre comercio. Europa y Japón, recuperados de la guerra, presentaban una industria nueva con alta productividad y utilizando mano de obra más barata.

Los países dependientes aumentaban su poder competitivo por las mismas razones. El capital norteamericano se lanzaba masivamente al exterior, cada vez más interesado en explotar esas nuevas posibilidades de ganancias.

Se produce así un resquebrajamiento del frente neoliberal.

Fueron los obreros quienes primero rompieron este frente. Como es natural en un sindicalismo gremialista que actúa en defensa de sus intereses inmediatos, incapaz de proponer una alternativa de clase para la sociedad, los sindicatos norteamericanos reaccionaron en defensa de sus empleos. La Federación Americana del Trabajo - Congreso de Organizaciones Industriales (AFL-CIO, por sus siglas en inglés), antes fuerte apoyo del libre comercio, empieza a exigir una restricción generalizada a la importación de productos industriales y a las salidas de capital de Estados Unidos. A estas últimas las llama exportadoras de empleo y de tecnología.

A este frente se suman los sectores cuyos intereses se vieron directamente afectados, como los industriales textiles, el acero, etc. Es así como ya en 1962 se establece el Acuerdo a Largo Plazo sobre los Textiles de Algodón, que fija cuotas “voluntarias” para los países de los cuales se importan los textiles. Comenta Richard N. Cooper³³:

En 1972 Estados Unidos tenía más de 70 de tales acuerdos sobre bienes industriales, mientras que en 1962 sólo tenía siete. Estos convenios incluyen productos tan diversos como el acero, la carne de res, hongos y textiles sintéticos y de lana.

33. “La política comercial es política comercial”, *Foreign Policy*, 1972, publicado posteriormente en *Perspectivas Económicas*, Nº 3.

El mismo autor afirma más adelante:

El desplome de la antigua coalición norteamericana que apoyaba el comercio liberal, y el no haberla reemplazado por una nueva coalición, probablemente no solo va a tener como resultado un mayor proteccionismo norteamericano, claro y sin reservas, sino además una mayor intrusión de los problemas del comercio exterior en las relaciones exteriores en general.

Es así como el falso mundo liberal que Estados Unidos había impuesto a sus aliados desgastados por la guerra y a sus ex enemigos bajo ocupación militar llega a su fin cuando ya no es posible detener la competencia de una Europa y un Japón recuperados. Por otro lado, las “restricciones” al “libre” comercio son un resultado necesario de la concentración, centralización e internacionalización de la economía promovida en buena medida por los acuerdos de Bretton Woods, que reconocían la hegemonía norteamericana al aceptar el dólar como moneda dura por excelencia, aunque se rendía aún homenaje a la decadente libra esterlina y su respaldo en oro.

Es así como el capital norteamericano invade Europa, juntamente con sus empresas, sus productos y sus técnicas de producción pero sobre todo de “mercadotecnia”. Las consecuencias de este proceso van a empezar a sentirse a mediados de los años 60.

De un lado, se hace evidente el creciente control por las corporaciones multinacionales de los dólares norteamericanos en el exterior. Del total de las posiciones de las principales instituciones en lo que respecta al capital a corto plazo, las filiales de las corporaciones multinacionales controlaban el 41% (110.000 millones de dólares), las filiales de bancos norteamericanos el 23% (61.000 millones), los bancos extranjeros se limitaban al 20% (53.000 millones) y los “otros”, entre los cuales se incluyen los gobiernos extranjeros, bancos centrales y organizaciones internacionales (18.700 millones) manejaban el 16%³⁴.

Esto provoca un enorme cambio en la estructura del mercado financiero mundial. Y así lo comenta la asesoría del Subcomité de Comercio Internacional:

34. Datos de la Comisión de Tarifas, *Implications of Multinational Corporation for World Trade and Investment and for U.S. Trade Labor*, p. 537.

Es claro, sin embargo, cualesquiera sean las causas fundamentales, que hay una inundación de dólares americanos en Europa y Japón. Los especuladores son capaces no solamente de frustrar una política monetaria nacional sino también de forzar, literalmente, una devaluación o revaluación en ciertos países, [...] con todo, las grandes posesiones de todas las corporaciones norteamericanas y de las filiales extranjeras de los bancos norteamericanos pueden dar origen a crisis monetarias masivas³⁵.

Vemos de esa manera cómo a consecuencia de la dominación financiera, que llevaba al fortalecimiento del dólar, se produce una inflación de dólares que termina por conducir a su devaluación y a su crisis.

Claro está que la crisis del dólar tiene otras razones estructurales que se ligan a los gastos *necesarios* del gobierno norteamericano para garantizar esta hegemonía conquistada durante la guerra. Esta hegemonía no es solamente económica. Para garantizar la supervivencia del capitalismo en Italia, Francia, Alemania y Japón, había que concentrar fuertes contingentes militares en estos países. Para asegurar esa hegemonía, en condiciones de una acentuación de la Guerra Fría, había que ampliarla a todo el mundo, cercando a la Unión Soviética y sus aliados. El precio de esta ocupación, la más extensa en la historia de la humanidad, es muy caro. Los déficits de la balanza de pagos son constantes en toda la posguerra y tienen como fuente los gastos militares en el exterior, la “ayuda” económica y los gastos de turismo. Los dos primeros gastos son absolutamente necesarios para garantizar los ingresos recibidos en la cuenta de capitales y servicios y, hasta 1970, en la balanza comercial.

Los datos son bastante significativos.

Estados Unidos gastó en asistencia militar 5.705 millones de dólares en 1971, 6.236 en 1972 y 5.932 en 1973. En asistencia económica y “humanitaria” gastó 3.000 en 1971, 3.479 en 1972 y 4.191 en 1973. Sumándose a estos datos los préstamos del Export-Import Bank (Eximbank) de 2.880, 7.331 y 7.331 en 1971, 1972 y 1973 respectivamente tendremos para estos mismos años una transferencia de recursos para financiar los negocios de sus empresas en el exterior (venta de armas y productos, inversiones, etc.) de 11.600, 17.048 y 17.455 millones de dólares.

35. *The Multinational Corporation and the World Economy*, op. cit., p. 30.

A estas cifras muy próximas del déficit general de la balanza de pagos se deben sumar los enormes gastos de defensa. Según la Agencia Internacional para el Desarrollo, los gastos en defensa representaban 77.827 millones de dólares para Estados Unidos, lo que significaba el 8% del producto nacional bruto de este país. Gran parte de este presupuesto se gasta en el exterior para defender el “mundo libre” y al mismo tiempo irrigar de dólares este mismo mundo.

A pesar de que muchos sectores en Estados Unidos ven la inversión en el exterior como una salida de recursos, los datos comprueban que no es así, que es una fuente de recursos. La diferencia entre los gastos en ayuda militar y económica es que estos son hechos por el Estado con recursos de todo el pueblo y los movimientos de capital se hacen para llenar el bolsillo de unos cuantos capitalistas. Estos no son dos fenómenos separados. Por el contrario, están profundamente interrelacionados. La intervención del Estado es absolutamente necesaria para generar (inflacionariamente, muchas veces) los recursos indispensables para estimular el comercio de bienes industriales y no industriales, las inversiones externas y la defensa militar de esos intereses antipopulares y contrarios a las naciones ocupadas por las tropas norteamericanas.

Según el Departamento de Comercio de Estados Unidos, las inversiones directas de este país en el exterior sumaron 2.328 millones dólares en 1964, 4.400 en 1970 y 4.965 en 1971.

Los intereses, dividendos y ganancias líquidos de las filiales generaron, sin embargo, cuantías muy superiores. En 1964 entraron por estos conceptos en Estados Unidos 3.674 millones de dólares, en 1970, 6.001 millones y en 1971, 7.286. Estos datos no incluyen las reinversiones en los países receptores de estas “generosas” inversiones.

Pero esto no es todo. Las empresas norteamericanas reciben también fuertes entradas por los aranceles de sus patentes (*royalties*). Estos sumaron 1.013 millones de dólares en 1964, 1.919 en 1970 y 2.169 en 1971. De esta manera, en 1971, para una salida de 5.000 millones de dólares en inversiones privadas, se presenta una entrada de 9.500 millones, resultando un saldo favorable de cerca del 90%, es decir, 4.500 millones de dólares.

Queda así claro el mecanismo mediante el cual el pueblo norteamericano financia a través de su Estado, controlado por las minorías capitalistas, las operaciones lucrativas de estas empresas.

Los resultados estructurales en el centro hegemónico son también claros:

a) Abandono de las actividades productivas internas, acentuación del desempleo y de las actividades de servicios, particularmente los financieros, tendencia al parasitismo.

b) Tendencia inflacionaria del Estado, aumento de los impuestos sobre los trabajadores y capas bajas de la burguesía. La inflación se refuerza también a consecuencia de la mayor rigidez monopolista del intercambio mundial, considerando las fuertes presiones proteccionistas de las industrias decadentes locales.

c) Militarismo exacerbado, creciente dependencia del aparato productivo respecto de las inversiones militares.

d) Incentivo a la cultura de la violencia, que es una expresión de las relaciones competitivas del capitalismo, exacerbadas por su expresión guerrera acentuada.

e) Aumento de las contradicciones internas entre el gran capital y la pequeña y mediana burguesía dedicadas al mercado nacional, así como con los trabajadores en general interesados en el pleno empleo.

Por otro lado, en lo que se refiere a la estructura de las relaciones internacionales, los hechos y tendencias estudiados provocan, en resumen, los siguientes efectos:

a) Endurecimiento de las formas monopólicas de intercambio, y aumento de la participación estatal, como lo hemos visto.

b) Dificultades para establecer una nueva etapa de expansión del comercio mundial. Para tal fin se hace necesario profundizar la nueva división internacional del trabajo por un lado y, por otro, ampliar el comercio con los países socialistas, sea bajo la forma de venta de productos, sea por contratos de instalaciones de empresa.

Es necesario señalar, sin embargo, que para desarrollar ampliamente el comercio con los países socialistas hay que elevar muchas veces la intervención estatal y planificar intercambios a largo plazo, con relativa estabilidad de costos, lo que exigiría cambios cualitativos muy importantes en el funcionamiento actual del capitalismo.

c) La pérdida de la hegemonía norteamericana, que se manifiesta en:

1. Una baja de la participación de las exportaciones norteamericanas en

el comercio mundial del 16% en 1950 al 4% en 1970. Mientras tanto, la Comunidad Europea aumentó su participación del 15% al 28% del valor de las exportaciones mundiales. Al mismo tiempo, Japón incrementó su participación del 1% al 6%. El Reino Unido y los países menos desarrollados fueron los que presentaron, junto con Estados Unidos, una tendencia a perder posición relativa en las exportaciones mundiales. Inglaterra participaba del 10% de las exportaciones en 1950 y en 1970 solamente del 6%; los menos desarrollados bajaron del 33% en 1950 al 19% en 1970³⁶.

2. Una baja de la participación del producto nacional bruto de Estados Unidos en el PNB mundial, del 39,3% en 1950 al 30,2% en 1970. En el mismo período, la Comunidad Europea aumentó su participación del 11,1% al 14,8%, el Japón del 1,5% al 6,2%, la URSS del 13,5% al 16,5%. Los menos desarrollados, y el resto de los países desarrollados y socialistas mantuvieron más o menos estable su participación. Solamente Inglaterra acompañó la caída norteamericana, bajando su participación en el PNB mundial del 5% al 3,6%³⁷.

Asimismo, el PNB de Estados Unidos se compone cada vez más de servicios en vez de bienes. En 1950 los servicios representaban el 30,6% del PNB, en 1970 representaban el 42,1%.

Estas tendencias deben continuar, pues la parte del producto nacional bruto que los Estados Unidos destina a la inversión es mucho más baja que los demás países capitalistas, provocando una tasa de crecimiento necesariamente inferior. Mientras Estados Unidos invertía 18% de su PNB y el Reino Unido 19%, Francia invertía 27%, Alemania Federal 27% y Japón 39%, entre 1968 y 1970, por media anual³⁸. Por otro lado, gran parte de esa inversión norteamericana se destina al sector militar, lo que no pasa con Alemania y Japón.

Estas tendencias no impiden que las corporaciones aumenten seguramente sus ganancias. En 1966 estas ganancias representaron el 5,8% del producto nacional bruto de Estados Unidos. Después de una tendencia a la baja (hasta el 3,3% del PNB en 1970), volvieron a subir en 1971-73.

36. Datos del Informe de Peter G. Peterson, cit., v. II, gráfica 12.

37. *Ibid.*, gráfica 1.

38. *Ibid.*, gráfica 4.

3. Una baja de las reservas monetarias internacionales de Estados Unidos del 49,8% en 1950 al 10,6% en agosto de 1971. En este mismo período la Comunidad Europea aumentó su participación en las reservas internacionales del 6,1% al 32,9% y Japón del 1,2% al 10,9%. Por esta razón la convertibilidad del dólar al oro se hizo insoportable y tuvo que ser eliminada en 1971, rompiendo todo el edificio de relaciones financieras internacionales levantado en la posguerra, en el cual el dólar ocupaba el papel central.

4. Aumentó la dependencia norteamericana de productos importados. En 1970, la participación de los productos importados en el consumo de los siguientes productos era³⁹:

- Textiles, 12%
- Acero, 15%
- Máquinas de costura, 49%
- Televisiones, 52%
- Máquinas armadoras de cine, 66%
- Radios, 70%
- Máquinas de calcular, 75%
- Cintas de grabar magnéticas, 96%
- Cámaras de 35 mm, 100%.

La dependencia de materias primas tiende a ser cada vez más asfixiante, justificándose así el grito de la prensa norteamericana sobre la carencia de fuentes energéticas y materias primas. Los datos indican que en 1970 Estados Unidos importaba 15% de sus necesidades de minerales. Por el año 2000 estos deberán representar, sin embargo, entre 30% o 50% de sus importaciones. De ahí que Estados Unidos continúe inmovilizando enormes recursos en su política de *stocks* estratégicos⁴⁰.

39. *Ibid.*, gráfica 26.

40. “El valor total de los *stocks* estratégicos –6.400 millones de dólares el 31 de diciembre de 1972– representa una inmovilización importante de capitales, pero conlleva al menos dos aspectos diferentes: de una parte, muestra el precio que los norteamericanos atribuyen a su libertad de movimientos en lo que concierne a los aprovisionamientos estratégicos y, de otra parte, da a Washington un poderoso medio de acción sobre el mercado mundial”. Del artículo “Les stocks stratégiques des États-Unis” del coronel M. de Noray publicado en *Défense Nationale*, diciembre de 1973, y republicado en *Problèmes Économiques*, París, 6 de marzo de 1974, pp. 30-32.

En resumen, las tendencias de las relaciones económicas internacionales después de la posguerra conducen a un aumento del monopolio, del capitalismo de Estado, a una pérdida relativa de la hegemonía norteamericana en favor de los países de Europa, Japón y la URSS.

Por fin, en este período los países dependientes, que habían alcanzado algunas mejorías de precios de sus productos exportados durante la Segunda Guerra Mundial y durante la guerra de Corea, pierden posición en la economía internacional, agravándose sus problemas ya seculares. Entre 1950 y 1970, las economías “menos desarrolladas” aumentaron su producto nacional bruto (PNB) a una tasa similar a los países desarrollados (5,4% anual), pero como su población creció a una tasa superior, su ingreso per cápita creció mucho menos (3% anual, en contra de 4% en los países desarrollados) aumentando la brecha de la renta per cápita entre los países más y menos desarrollados. En la medida en que el capitalismo dependiente no puede pretender alcanzar una tasa más alta de desarrollo, tiene que insistir en la necesidad de disminuir el crecimiento de la población. Sobre todo si se toman en consideración los aspectos estratégicos y geopolíticos de la cuestión. En 1970 los países socialistas representaban el 40% de la población mundial, los países capitalistas ricos, el 20%, y los inestables países capitalistas dependientes el otro 40%.

El análisis de las relaciones económicas internacionales en la época de la integración capitalista mundial bajo la hegemonía norteamericana confirma así los planteamientos teóricos que hicimos en el capítulo I. La integración lleva a la desintegración, a una acentuación de las contradicciones imperialistas y de los países imperialistas o dominantes con los países periféricos o dependientes. Las luchas comerciales asumen un papel determinante en el período por la imposibilidad de resolver por las armas los conflictos, en virtud del creciente poderío del bloque socialista y del movimiento obrero y de liberación nacional.

En las partes posteriores de este libro, discutiremos más en detalle estos aspectos políticos de la coyuntura internacional. El próximo paso, será el de profundizar en los efectos de estos cambios estructurales al interior de la potencia hegemónica mundial: Estados Unidos.

IV

CONCENTRACIÓN Y MONOPOLIO EN ESTADOS UNIDOS

A fines del siglo XIX, un amplio movimiento popular logró imponer las primeras leyes *antitrust* en Estados Unidos. Una ley de 1890, conocida como el Sherman Act, declaraba que:

todo contrato, combinación en forma de trust u otras, o conspiración para restringir el comercio entre los varios estados o con naciones extranjeras, es por la presente declarado ilegal⁴¹.

A pesar de esta definición legal y de las innumerables reglamentaciones posteriores, las acciones monopólicas y las fusiones empresariales continuaron operándose en proporciones gigantescas. En vísperas de la Primera Gran Guerra, el movimiento *antitrust* se refuerza en Estados Unidos, y esto lleva a que, después de crear la Federal Trade Commission en septiembre de 1914, el Congreso apruebe, el 15 de octubre de 1914, el Clayton Antitrust Act, que venía a complementar al Sherman Act. El Clayton Act no solo se preocupaba por impedir la discriminación entre los compradores tendientes a garantizar situaciones monopólicas, o fijaciones de precios con fines monopólicos, sino que impedía la formación de *holdings* que permitiesen a una misma empresa controlar acciones de otras que operasen en un mismo campo de competencia. Asimismo, el Clayton Act prohibía las interconexiones entre directores de bancos y corporaciones afines. A pesar de que el Clayton Act

41. *Antitrust Laws with Amendments, 1890-1966*, Government Printing Office, 1966. Un balance de las leyes *antitrust* se encuentra en Ramón Tamames, *La lucha contra los monopolios*, Madrid, Tecnos, 1966.

fue en parte neutralizado por la ley Webb-Pomerane, que excluía de la legislación *antitrust* al comercio exterior, por las sentencias favorables a los *trusts* emitidas por el Tribunal Supremo, y por el apoyo a ellos otorgado por parte de la administración republicana de los años 20, se podría esperar que esta legislación (regulada finalmente en 1918) impidiese el fortalecimiento del monopolio en el país. Asimismo, el desmembramiento de la Standard Oil en 1911 y la incorporación de la concepción *antitrust* en el programa del Partido Demócrata podrían hacer esperar tales resultados.

Los hechos fueron, sin embargo, muy diversos. En la economía norteamericana continuó un fuerte proceso de concentración y centralización que llegó a extremos anteriormente inconcebibles, a fines de los años 20. La constatación de esta situación, y el fortalecimiento de las organizaciones sindicales y liberales durante la crisis de los años 30, llevó durante el gobierno de Roosevelt a una actitud distinta frente al fenómeno de la concentración. Este gobierno no buscaba realizar una liberación total del comercio y de los negocios, lo que en vez de reforzar la competencia, reforzaría el monopolio; por el contrario, la concepción del *New Deal* y del National Recovery Act (NRA) de 1934 era la de regular los negocios a través del Estado, según determinados principios de cierto contenido social (el logro de beneficios razonables y salarios suficientes, la eliminación efectiva de la competencia desleal y el impulso de la recuperación industrial)⁴². Sin embargo, esta regulación se hizo claramente en favor del monopolio, llevando a una gran insatisfacción frente al crecimiento de la concentración. Ello condujo a una reacción que se expresó no solo en el fin del NRA, sino en un movimiento por el control y el estudio de la concentración económica⁴³. El Temporary National Economic Committee (TNEC) hizo durante tres años (1938-1941) un estudio detallado del altísimo grado de concentración económica y financiera que había alcanzado la economía norteamericana, pero no fue capaz de recomendar una política para enfrentar el problema. El pequeño aumento de las actividades de la División Antitrust del Departamento de Justicia no aseguró ninguna acción real en contra de los monopolios. Con la entrada de Estados Unidos

42. Véase Ramón Tamames, *op. cit.*, pp. 106-112. Un excelente balance de la política económica del *New Deal* se encuentra en Ellis W. Hawley, *The New Deal and the Problem of Monopoly: A Study in Economic Ambivalence*, Princeton University Press, 1966.

43. *Ibid.*, pp. 112-116.

en la Segunda Guerra Mundial se reforzaron enormemente los vínculos entre el Estado y los monopolios, y después de la Segunda Guerra estos vínculos se estrecharon aún más en torno a la Guerra Fría y al espantoso aumento de la industria militar. La ola macartista y el dominio conservador de la sociedad norteamericana, apoyados en parte en el crecimiento económico de la posguerra en todo el mundo capitalista, permitieron el libre tránsito al gran capital. Después de los años críticos de 1958-1961, el capitalismo norteamericano se aventura en la más abierta ola especuladora desde los años locos de 1918-1929, bajo la égida del *charm* de John Kennedy y posteriormente de la guerra de Vietnam.

Los costos sociales de esta nueva ola especulativa se hicieron sentir fuertemente en los jóvenes y posteriormente en los trabajadores y todo el pueblo norteamericano, cuando se explicitaron el fracaso militar, el fortalecimiento de los grandes negocios, la depresión económica y la violenta ola inflacionaria como los resultados de esta aventura. Bajo el efecto de estos fenómenos se desarrolla en la década del 60 un fuerte movimiento crítico al gran capital, así como a la política militar y expansionista a él asociada. Este movimiento retoma en buena medida las tesis del viejo populismo norteamericano en contra de la concentración económica y en defensa de la libre competencia. Su principal ciudadela se encuentra en la subcomisión *antitrust* del Senado norteamericano. Asimismo encuentra apoyo en la Comisión Senatorial de la Pequeña Empresa, en sectores de la Comisión Federal de Comercio y en la dirección del diputado Pattman en la Comisión de Bancos y Monedas de la Cámara. Grupos privados, reunidos en torno a Ralph Nader, han empezado una guerra de guerrillas en contra de las corporaciones gigantes y, en fin, el senador Church logró constituir una subcomisión de estudio de las corporaciones multinacionales que aboga, en este momento, por la división de las grandes compañías de petróleo. Sumándose solo en parte a este movimiento, algunos sectores de la AFL-CIO han hecho especial hincapié en el papel de las corporaciones multinacionales como exportadoras de empleo, pero sin atacar al monopolio en el plano nacional.

Este conjunto de investigaciones, los actos de rebeldía, las propuestas de legislación, las presiones sobre los organismos reguladores, la movilización de la opinión pública en contra de las grandes corporaciones, forman un verdadero movimiento social y político que deberá ganar dimensiones

más amplias en la medida en que se agudiza la actual crisis del capitalismo norteamericano. La inflación que perjudica al grueso de los consumidores, el crecimiento del desempleo que trae intranquilidad entre vastas capas de trabajadores, las dificultades del comercio exterior norteamericano que dañan intereses importantes de pequeños y medianos propietarios, se suman y se entrelazan muy directamente con el gigantesco proceso de concentración económica de los últimos veinte años. Si se agrega a estos hechos socioeconómicos las revelaciones sobre la corrupción política existente en el país, a través del caso Watergate, y de las luchas entre fracciones del gran capital que expresan, se pueden percibir las potencialidades que tiene en este momento un movimiento antimonopólico.

La lucha contra los monopolios en Estados Unidos ha tenido, sin embargo, un contenido nítidamente liberal. Se trata de los reclamos de los pequeños y medianos capitalistas en contra del poder del gran capital. Su aspiración es volver a las condiciones de plena competencia aunque sea a través de la acción reguladora del Estado. Sus críticas al monopolio y a la concentración no cuestionan de ninguna manera el régimen competitivo que permite y genera el monopolio. Muchas veces esta crítica asume la forma de una apología de la pequeña y mediana propiedad intentando probar su mayor dinamismo, capacidad productiva y desarrollo tecnológico. También busca demostrar la relación existente entre la concentración de poder económico y la de poder político. Pero extrae de esta demostración la necesidad de recomponer pretendidas condiciones de libertad política. Su odio a la burocracia y al Estado la hace oponerse a los impuestos y a las políticas de bienestar social. Asimismo, su odio a la burocracia sindical la hace apartarse del movimiento obrero organizado. Y todos estos sentimientos dispersos, aspiraciones y frustraciones dan origen a una confusa amalgama de anarquismo, liberalismo, conservadurismo, nacionalismo, etc., que puede servir a los más diversos objetivos.

Un libro reciente de Morton Mintz y Jerry S. Cohen resume de manera didáctica esta ideología populista antimonopolista. Asimismo, recoge con gran conocimiento casi todos los estudios y documentos producidos por el movimiento en los últimos años. No está de más señalar que los propios autores—mediante su militancia periodística en el *Washington Post* en el caso de Mintz, y de sus actividades como abogado y asesor jefe y director de la subcomisión senatorial para la lucha contra los *trusts* y monopolios en el caso

de Jerry S. Cohen— han sido importantes protagonistas del desarrollo de este movimiento en los últimos años. Podemos así tomar su libro *América, Inc. ¿Quiénes dominan los Estados Unidos?* como un modelo de este pensamiento y el discurso que realizan como base de comprensión de sus investigaciones, objetivos y programa posible de acción.

1. TECNOLOGÍA Y DIMENSIÓN DE LA EMPRESA

La esencia del pensamiento populista norteamericano actual podría resumirse en la frase siguiente:

Podemos aprender, de la forma más dolorosa y demasiado tarde, que una sociedad libre y una concentración masiva de poder económico no pueden coexistir largo tiempo. Este poder puede ser disgregado. Su desarrollo puede ser impedido. Estas son metas alcanzables⁴⁴.

Los hechos son, sin embargo, tercos. A pesar de la legislación *antitrust*, la concentración avanza a pasos gigantescos en Estados Unidos, y en todo el mundo capitalista. Los propios estudios realizados por los antimonopolistas lo demuestran cabalmente⁴⁵.

¿No sería la concentración un resultado necesario del desarrollo del capitalismo, como lo plantean los marxistas desde el siglo pasado? ¿No serían ella y el monopolio formas superiores (si bien decadentes) de la propia competencia, su resultado lógico y necesario? Gran parte de la argumentación de nuestros autores se destina a negar esta tesis, hoy en día asimilada (bajo una forma apologética) por la teoría económica burguesa, que refleja cada vez más los intereses del gran capital.

La primera cuestión vital es demostrar que el desarrollo de la tecnología no conduce necesariamente a grandes unidades productivas. Para ellos, no hay una relación mecánica y necesaria entre mayor tamaño y mayor eficacia. Por el contrario, los estudios realizados por especialistas en fusiones de em-

44. *América, Inc. ¿Quiénes dominan los Estados Unidos?*, Barcelona (España), Grijalbo, Col. Nuevo Norte, 1973, p. 65.

45. Se publica al final del libro una bibliografía de estos estudios en los últimos 10 años. El libro de John M. Blair, *Economic Concentration Structure, Behavior and Public Policy*, es una síntesis excelente de todos estos estudios hasta la fecha de su publicación.

presas han demostrado que estas no tienen ninguna relación con la creación de unidades empresariales más grandes. Las empresas que se unen conservan en general sus plantas originales sin ningún cambio. Eso demuestra que las razones para la concentración no tienen una relación con la creación de economías de escalas adecuadas⁴⁶.

Dicen los autores apoyándose en los estudios del profesor Joe S. Bain:

Más allá de una cierta dimensión de planta industrial no son posibles las economías. Además, en la mayoría de las industrias concentradas la divergencia entre la dimensión de la planta y la dimensión de la compañía es grande. En otras palabras, una compañía gigante obtiene eficiencia en la producción no por la construcción de una única, enorme planta, sino por la actividad de un grupo de plantas, cada una de las cuales puede ser pequeña con relación al mercado. Esto significa que un gran número de compañías podrían ser desintegradas sin que hubiera ninguna reducción de eficiencia a nivel de las plantas.

Los autores van aún más lejos y, apoyándose en el testimonio de testigos de la IBM y la Honeywell a la subcomisión senatorial sobre antimonopolio, plantean que el desarrollo de las computadoras hace no solo posibles sino más aconsejables las unidades productivas menores⁴⁷. Es interesante señalar que estas tesis han sido recogidas en Europa por André Gorz en defensa de la autogestión y en China en defensa del poder comunal y descentralizado. Los datos que se aportan en apoyo de estas tesis son, sin embargo, pobres. La disminución de la dimensión de las empresas se debe muchas veces a su superespecialización. La producción capitalista ha dividido la producción de un mismo producto en etapas separadas que adquieren la forma de plantas industriales distintas. Esta es, por ejemplo, la situación de la industria automovilística, dividida en centenares de plantas productoras de partes. Fue en función de esta situación que los técnicos soviéticos prefirieron realizar el contrato con la Mack norteamericana para la producción de camiones de gran dimensión. Era la única firma que presentaba un alto grado de integración industrial en la producción de camiones. Las fábricas soviéticas, al integrar

46. Los autores no hacen una distinción clara entre concentración económica y centralización de capitales, como en la tradición marxista. En este caso, se trata claramente de una pura centralización financiera.

47. *América, Inc...*, *op. cit.*, p. 193. El libro citado de Blair desarrolla ampliamente este argumento.

fuertemente la industria automotriz, deberán conducir a un enorme ahorro de transporte e instalaciones y así también aumentarán la productividad y la automatización en su industria automovilística.

Donde los técnicos y economistas del movimiento *antitrust* revelan mayor estudio y profundidad es en lo que respecta a la capacidad de innovación tecnológica de la empresa gigante. Los estudios publicados en el volumen tercero de las audiencias sobre concentración económica⁴⁸, abundantemente utilizados por los autores, particularmente el testimonio del doctor John M. Blair sobre algunas ramas industriales norteamericanas altamente monopolizadas (acerera, alimenticia, cervecera, sector de consumo en general), demuestran que en ellas no solo hay un avance tecnológico mínimo, sino también una fuerte resistencia a incorporar avances realizados en el exterior por empresas más competitivas. Un amplio estudio sobre los inventos más importantes de los últimos cincuenta años también revela que en su gran mayoría se produjeron fuera de las grandes empresas, a pesar de que fueron asimilados por ellas posteriormente. ¿Y cómo se explica así que gran parte de los gastos en investigación se realicen en las grandes empresas? Es que estos gastos se destinan más bien a lo que se llama desarrollo que a la investigación fundamental. Se trata básicamente de adaptar los productos a las exigencias del mercado. En este sentido, al contrario de lo que puede parecer a la opinión pública, ampliamente influida por la glamorosa propaganda de las grandes empresas, los datos son contundentes y abundantes.

En consecuencia, se puede aceptar como una formulación en general correcta la que hacen Mintz y Cohen, resumiendo el pensamiento de Marshall al respecto:

El cambio tecnológico sirve de elemento catalítico para propulsar estos ciclos (vitales de rápido crecimiento, retraso, estancamiento y eventual declive de las empresas) y es una fuerza para mayor competencia y desconcentración más que una palanca con la que los monopolistas extienden su dominio.

El error de la afirmación está en no considerar que las innovaciones científicas y tecnológicas en una rama se hacen viejas en breve tiempo y

48. *Economic Concentration*, v. III: *Concentration, Invention and Innovation* y v. IV: *New Technologies and Concentration*.

permiten así la estabilidad monopólica del sector. De esta manera, se podría considerar más lógico que el conjunto de la economía se va monopolizando y estancando y evita las innovaciones, mientras algunos sectores, cada vez menos significativos con relación al volumen total de la producción, se ven perturbados por olas competitivas, en función de la introducción en ellos de innovaciones importantes. Es así como en los años de la posguerra surgieron importantes firmas nuevas en los sectores electrónico, químico y particularmente petroquímico, propulsando el surgimiento de nuevas empresas de dimensiones menores. Pero, muy rápidamente, la situación favorable de que disponían ha dado origen al crecimiento de estas firmas, su expansión hacia nuevos sectores, y muchas de ellas se convirtieron en el núcleo de los actuales conglomerados, esos monstruos especulativos que tanto asustan e irritan a los ideólogos de los *antitrust*. Y esto se deduce de los estudios por ellos realizados, como el volumen 8A de las audiencias sobre concentración económica⁴⁹.

Es natural, pues, que toda esta discusión termine en un paroxismo. ¿Por qué, si los inventos nacen de las pequeñas firmas o de individuos imaginativos, si las empresas monopólicas se resisten a incorporar innovaciones tecnológicas, estas siguen dominando la escena económica y creciendo ininterrumpidamente? La respuesta es una lamentación que dista mucho en calidad de los interesantes estudios que citamos:

Hay naturalmente razones por las que las fusiones continúan efectuándose, aun cuando en el pasado tantas de ellas no hayan aprovechado ni siquiera a las compañías fusionadas y hayan contribuido negativamente, si es que han contribuido en algo, a la eficiencia y han retrasado, más que hecho avanzar, la técnica.

Bajo el raciocinio económico de nuestro sistema de libre empresa la motivación principal de una empresa sería el ganar tanto dinero como sea posible. Pero las grandes empresas no tienen siempre únicamente motivaciones de tipo económico.

Algunos ejecutivos, por ejemplo, ambicionan el poder que da el dirigir una gran empresa más que una pequeña. El crecimiento por el crecimiento, por el prestigio, por el desquite, todo un completo catálogo de motivaciones humanas

49. "The Conglomerate Merger Problem. Appendix: Staff Report of the Federal Trade Commission", *Economic Report on Corporate Mergers*, 1969.

debe sobreponerse a las económicas. A veces puede tratarse de pura codicia. [Pero si la codicia y la ganancia están juntas y son “legítimas” razones de tipo económico].

Los empresarios oligarcas han descubierto una nueva dimensión del logro de beneficios. El provecho no se saca necesariamente solo de los productos fabricados; puede sacarse del proceso mismo de fusión. Aquí intervienen por igual las manipulaciones financieras y la psicología del Wall Street. [Pero qué otra psicología es esta sino la de la ganancia, la de la libre empresa, la de las motivaciones económicas].

Y aquí Mintz y Cohen, de manera muy ingenua, muestran todo lo contradictorio de la posición *antitrust*: “El secreto del crecimiento del movimiento conglomerativista se centra en las ‘ganancias’”. Y más adelante: “Su fuerza no viene de la estructura interna sino de cómo está considerada por los grandes inversionistas”. Y continúan abundando en las técnicas contables que permiten al capital financiero aumentar sus ganancias simplemente cortando cupones. Pero desde el punto de vista capitalista, ¿qué diferencia existe entre la ganancia obtenida en la empresa, en su interior, y la ganancia obtenida en la especulación? Solo una: su cantidad. En la especulación se gana más. Y si “nuestro” sistema de libre empresa funciona con base en la ganancia, no hay por qué condenar al monopolista y al especulador. No hacen más que ser buenos capitalistas, hombres de la “libre” empresa. No hay duda que sufren las consecuencias el pueblo y el progreso humano en general. Pero por esto mismo el sistema de la libre empresa es a largo plazo necesariamente antipopular y está destinado a ser superado por un régimen de producción superior, basado en la planificación de las necesidades sociales.

2. NUEVAS FORMAS DE CONCENTRACIÓN

Otro conjunto de cuestiones que se han definido en los últimos años, debido a las investigaciones mencionadas, se refiere a las formas nuevas que ha asumido el proceso de concentración y sus principales aspectos.

Estas investigaciones discuten bastante en detalle el proceso de conglomeración que caracteriza al desarrollo de las empresas norteamericanas en los últimos veinte años. El movimiento de fusiones, estudiado con bastante detalle por la Federal Trade Commission y por la subcomisión senatorial

antitrust, demuestra que este no solo se aceleró en progresión geométrica en la última década, sino que asumió la forma de la compra indiscriminada de empresas sin ninguna relación productiva o comercial entre sí. Los conglomerados fueron presentados por muchos como una forma superior de organización económica, lo que es ampliamente rechazado por los estudios realizados. Su crecimiento es esencialmente especulativo y se basa en un manejo de valores contables que permite obtener ganancias fáciles a corto plazo, pero que llevan a largo plazo a una gran ineficacia organizativa.

Otro aspecto importante de la actual evolución de las formas de centralización financiera fue analizado por el informe Pattman⁵⁰. Se trata del gran desarrollo de los llamados inversionistas institucionales. A pesar de que las leyes *antitrust* impiden la formación de *holdings*, dejan libres a los bancos, compañías de seguros, empresas financieras, etc., para tener bajo su fideicomiso las acciones de individuos, organizaciones financieras y, particularmente en los últimos años, los seguros de los obreros y empleados de las empresas. Estos enormes montos financieros, que corresponden a una parte sustancial del valor de las acciones en las bolsas norteamericanas, están concentrados en un pequeño número de instituciones financieras. El estudio de Pattman no solo mostró el crecimiento de estos fideicomisos y la importante red de influencia que establecen, sino también el alto grado de centralización financiera del sistema bancario norteamericano y, en fin, la extensa red de entrelazamientos entre los dirigentes de bancos y de las mayores empresas. Sin embargo, la tendencia es aún más marcada debido al fuerte movimiento de fusión de los bancos y a la formación de *holding companies* bancarias. La expansión de estas últimas fue frenada por una ley de 1970.

Si se suman a estos datos las relaciones muy comprobadas en varios estudios y audiencias parlamentarias, así como en escándalos múltiples, entre estas empresas y bancos y el sistema escolar, particularmente la universidad, las Fuerzas Armadas y el gobierno en general (todo lo cual es abundantemente ilustrado en el libro de Mintz y Cohen), podemos comprender el desánimo de los autores al plantear:

50. Committee on Banking and Currency, House Representatives, *Commercial Banks and their Trusts Activities: Emerging Influence on the American Economy*, Washington, Government Printing Office, 1968.

Hay ejemplos sin fin de cómo el gobierno da un trato preferente a los negocios gigantes. El gobierno público y el gobierno privado se han dado un fuerte abrazo. Este es el establishment. El concepto de equilibrio de poder es meramente otro espejismo. El poder no se equilibra, no tiene contrapeso. Atrae. Entre los poderosos, los pactos de asistencia mutua son menos dolorosos que una larga rivalidad. [...]

En la página 112 de *América, Inc.* podemos leer:

Enfrentado con tal poder, el ciudadano individual debe ser excusado si se siente horrorizado ante fuerzas que, como los rayos X, sabe que existen pero que no puede discernir.

¿Cuáles son los efectos de esta estructura sobre el funcionamiento de la economía?

Desde la crisis de 1958 se hizo evidente que los monopolios tienden a mantener o elevar sus precios aun en circunstancias de una baja en la demanda. La constatación práctica de este hecho, que teóricamente era bastante evidente, demuestra las dificultades de las políticas monetarias y fiscales en las condiciones actuales.

Los métodos tradicionales de tratar los precios altos no actuarán en una economía altamente concentrada. De hecho, pueden, por el contrario, conducir a un mayor desempleo, a impuestos más elevados, mayores índices de interés y precios más altos: todo ello bajo la bandera de la lucha contra la inflación (*ibid.*, p. 171).

Como los precios son administrados en gran medida por la propia dirección de las empresas, estas tienden a resistir cualquier tendencia a la baja, “a menos naturalmente que tenga efecto una seria recesión”. Sin embargo, estas empresas son muy sensibles a los aumentos de costos y elevan inmediatamente los precios en respuesta. De esta manera la tendencia inflacionaria se intensifica y se hace imposible controlarla.

En este tipo de economía la tasa de ganancia pasa a ser función del poder de las grandes empresas y no de su capacidad de competencia, permitiendo un aumento fenomenal de las ganancias sin rebaja de precios. Por el contrario, las ganancias crecen exactamente como consecuencia del aumento de

los precios por encima al de los costos. Asimismo, el aumento de costos se debe a los gastos de publicidad, a la extensa y costosa diversificación de productos, a las ventas condicionadas (a plazos, con sus altos costos en intereses y servicios). Todos estos factores encarecen enormemente los productos sin mejorar su calidad; por el contrario: los sacrifica. La ausencia de competencia y el poder de los *trusts* sobre el Gobierno permiten no aplicar las leyes de control de la calidad de los productos, en beneficio de las ganancias de las empresas. Una vez más, sale perjudicado el consumidor. Es evidente también el efecto de tal situación sobre la distribución del ingreso, pues los cálculos indican que las pérdidas para los consumidores son suficientemente altas para suponer una pérdida real de su ingreso. La riqueza del país se redistribuye así al nivel del consumo en favor de las grandes empresas y en perjuicio de los que reciben otras fuentes de ingreso, sean salarios, rentas o ganancias no monopólicas.

Para los seguidores de la corriente *antitrust*, sin embargo, el dominio del gran capital sobre la economía no es una consecuencia de su carácter de capital, sino de que es grande. Hay, para ellos, una relación directa entre tamaño e inmoralidad tomada en un sentido muy amplio.

Una organización de tamaño reducido no se caracteriza automáticamente por su bondad. Una organización de gran tamaño no se caracteriza automáticamente por su maldad. Pero hay algo en la magnitud que debería hacernos cautos. Algo que tiende a fragmentar, y aun a atomizar, la responsabilidad personal, sea en los negocios, en la burocracia o en lo militar.

Como siempre, la nostalgia de las pequeñas comunidades, el falso agrarismo de la clase media norteamericana. Los autores de *América, Inc.*, serían más objetivos y menos nostálgicos si sacasen todas las consecuencias de la evidencia de los hechos, al establecer claramente la relación entre el principio de la ganancia como ordenador de la actividad económica y la irresponsabilidad social, lo cual ellos mismos constatan al decir:

La buena situación de la empresa ha sido definida tradicionalmente en términos de estado de sus finanzas. Y como lo ha dicho Bernard D. Nossiter, “no existe nada en la lógica o en la práctica de las industrias concentradas que guíe o incite a la toma de decisiones con responsabilidad social”. Para decirlo de

forma brusca, la ley que se estila es que se emplea la conciencia de una empresa cuando tal conducta rinde, y la conciencia es puesta de lado cuando esto rinde (*ibid.*, p. 308).

Pretender que la competencia es una ley capaz de contrarrestar esta característica inherente al capitalismo, es no entender la relación entre el principio de la ganancia y la competencia, entre esta y el monopolio.

Los ejemplos que proporcionan los autores citados, basados sobre todo en las denuncias de Ralph Nader, son simplemente escalofrantes. Los casos tan conocidos de los accidentes automovilísticos y de los remedios que hacen daño severo, muestran la gravedad de lo que se llama “crímenes de cuello blanco”. Estos crímenes tienen consecuencias fatales para millones de personas, pero son en general impersonales, además de ser cometidos por personas ricas y de alto prestigio social, al contrario de los crímenes violentos, que en general son claramente descubiertos y cometidos por los pobres.

El poder de corrupción del capital, que no el tamaño de las empresas, debe explicar la enorme sucesión de datos sobre la corrupción a nivel de las empresas y de la burocracia estatal que los autores citan tan abundantemente. Esta corrupción es lo que demuestra que el Estado no solo permite la fabricación de productos claramente dañinos, sino que también dé exclusividad a esos productos y los trate monopolícamente en las compras estatales. Esta corrupción explica que aquellos que se levantan contra este tipo de crímenes son cesados o tienen que renunciar.

El desgaste moral que provoca una sociedad en decadencia puede ser sentido en la forma como tales problemas son percibidos por estos militantes de la causa de los consumidores y pequeños propietarios.

Es importante el ser meticulosos y precisos al establecer la distinción entre fracturas de brazos y quemaduras causadas por criminales organizados y fracturas y quemaduras de lavadoras y hornillos a gas instalados en el suelo (60.000 niños sufrieron anualmente quemaduras de un peligroso tipo de fogón a gas). El crimen organizado es razonado y sistemático. Las víctimas son escogidas deliberadamente. Un rival o uno que puede llegar a serlo debe ser eliminado. Hay que tomar venganza. Hay que dar una lección. Por muy primitivas que sean las técnicas, las víctimas son designadas por un proceso racional y las víctimas entienden el sistema tan bien como sus torturadores o asesinos, si se

llega a esto. Un sistema racional de este tipo no es el que siguen las empresas en su conducta amoral. Estas buscan sobrevivir y prosperar, no cometer delitos. Las víctimas caen al azar. No se quiere dar lecciones. Todo es, podemos decirlo, tan impersonal como una decisión en el Pentágono, o en la Casa Blanca, que traiga como resultado una descarga de bombas sobre los poblados de Vietnam (*ibid.*, p. 322).

Es innecesario insistir en que el movimiento *antitrust* se ha preocupado por las proyecciones internacionales del proceso de concentración. Ve en la expansión internacional de las empresas, que están a punto de constituirse en un nuevo tipo de empresas de carácter multinacional, una amenaza. Los varios estudios realizados por la comisión *antitrust* sobre el tema se suman a otros muchos que se han dedicado recientemente a develar el funcionamiento de estas compañías⁵¹. No solo se hace evidente su control sobre la política exterior norteamericana, sino sobre los gobiernos de otras naciones. Asimismo, tales compañías tienden a profundizar el proceso de concentración anteriormente descrito. Las operaciones tipo cártel son de nivel internacional, determinando cuotas de producción, manejando precios internos y de exportación, con un sistema de pesados castigos a los indisciplinados. Técnicas nacionales de concentración se proyectan internacionalmente en formas cada vez más avanzadas. Por esto los autores de *América, Inc.* exclaman:

El colmo de la concentración es la actuación en los mercados internacionales del mismo modo en que se actúa en los mercados nacionales concentrados. La industria internacional del aluminio ha alcanzado este pináculo [...]

Pero no es solo el aluminio, sino que también el cobre, el zinc, el estaño y el petróleo han llegado a este grado.

Estos inmensos intereses privados internacionales han sobrepasado los puros acuerdos de cárteles para realizar un gigantesco conjunto de fusiones a escala internacional, que ha producido una complejísima red de relaciones de capital a nivel internacional. En este plano, ocupa un papel especial el crecimiento del capital bancario internacional, que así describen los autores en el libro discutido:

51. Véanse: *International Aspects of Antitrust*, 2 t., y *Economic Concentration*, t. II.

Un testimonio ante la subcomisión senatorial de lucha contra los trusts y monopolios en 1966 reveló que un pequeño número de bancos dominan los préstamos internacionales realizados por las instituciones norteamericanas. Por ejemplo, el 80% de todos los créditos extranjeros está en manos de dieciséis bancos únicamente. En marzo de 1966 trece bancos de Estados Unidos operaban con sucursales en el extranjero con un número total de oficinas que alcanzaba 213. Un testigo experto [en estos asuntos] dijo: “los servicios bancarios extranjeros más extensos son realizados por los tres mayores bancos del país y tales sistemas rodean completamente el globo” [...]. La asociación entre bancos y otras empresas norteamericanas se extiende a todo el mundo donde operan las empresas internacionales (*ibid.*, p. 363).

Estos bancos captan los ahorros generados en los países extranjeros y los destinan en favor de las empresas norteamericanas que se instalan en ellos. Particularmente manejan los *euro* y *asian dollars*.

Mintz y Cohen buscan refutar los planteamientos hoy en día famosos de Servan Schreiber en su *Desafío norteamericano*, donde llama a la empresa europea a seguir los caminos de concentración y centralización norteamericanos. Ellos retoman las tesis que defienden la superioridad de las plantas medias sobre las gigantes. Los datos recogidos por la revista *Fortune* de junio de 1970 muestran que la eficacia de los gigantes es un gran mito:

las empresas estadounidenses incluidas en el segundo grupo de quinientas eran más rentables, y, por lo tanto, más eficientes que el de las quinientas más importantes. De hecho un segundo estudio de *Fortune*, realizado en agosto de 1970, demostró que a las cien principales empresas extranjeras les iba mejor en 1969 que a las quinientas compañías norteamericanas más importantes, en ambos conceptos de ventas y provechos, a pesar de la disparidad de tallas (*ibid.*, p. 374).

¿Cuál es pues la razón de la expansión de las empresas norteamericanas en el exterior?

No cabe duda de que las firmas gigantes norteamericanas han sido apoyadas para entrar en los mercados extranjeros por su acceso a los capitales nacionales y extranjeros. Pero este es un atributo de poder y no de eficiencia (*ibid.*, p. 375).

Esta afirmación resume en gran medida la esencia de la crítica de los autores y del movimiento antimonopólico al monopolio y al capital. Este no ejerce su papel hegemónico en la economía en virtud de su capacidad y eficiencia, sino del uso de la fuerza, con apoyo muchas veces del Estado y de todo el aparato financiero, publicitario, etc., de que dispone. Planteado desde un punto de vista estático y analítico, el razonamiento no es absurdo. Su base, es en parte verdadera: el gigantismo no es en sí una garantía de eficiencia. El monopolio, particularmente, tiende a disminuir la eficiencia y el desarrollo tecnológico posible. Sin embargo, la lógica de los autores es incompleta al sacar de ahí la consecuencia lógico-formal de que las medianas y pequeñas empresas pueden actuar con mayor eficiencia.

En primer lugar, los autores no toman en consideración el papel de programación global que ejerce el monopolio. Nadie puede asegurar que las medianas empresas, fuera de una planificación global y actuando según los estrechos objetivos de la ganancia, llevarían a un menor desperdicio global de la economía que los monopolios (aun cuando sean más eficientes individualmente).

En segundo lugar, la sociedad y la economía capitalistas concretas están basadas en la acumulación del capital, en el poder del dinero, de quien disponga de mayor capacidad financiera para comprar en el mercado. Lo que los autores y los demás miembros del movimiento *antitrust* no son capaces de comprender es el vínculo necesario e inherente que existe entre la competencia y el monopolio. Este es producto necesario de aquella.

3. MOVIMIENTO *ANTITRUST* Y MOVIMIENTO SOCIALISTA

Por esto son tan pobres las soluciones que presenta el movimiento *antitrust* para esta aplastante realidad que ha ayudado tanto a describir. Su análisis y descripción del monopolio y la concentración son esencialmente erróneos; se basan en hechos aislados y no conectados entre sí por una estructura de relaciones; pero no se le puede negar su importancia para la masa gigantesca de datos que nos entregan. Por la razón anterior, su interpretación teórica y su previsión de los acontecimientos es absolutamente equivocada. Como vimos, el monopolio no es un producto de la maldad de unos pocos, de su ambición, etc. Asimismo, el monopolio no conduce a una situación paradójica que los

autores no se atreven a imaginar, sino al desarrollo de violentas contradicciones en su seno. Una de esas contradicciones se refiere a la pequeña, y aun la mediana burguesía, que ven aplastado su desarrollo. Pero esta contradicción no conduce a un antagonismo, sino a un afán desesperado e inútil por moderar un proceso irreversible.

El carácter de clase de tales críticas lo pone en evidencia su odio al proletariado organizado y el rechazo total a este como una fuerza contrarrestante. La pequeña burguesía de otros países, donde el proletariado está políticamente organizado y le ofrece una fórmula que implica su destrucción lenta y planificada en el seno de una sociedad socialista, ha variado su posición frente a esta clase social y su ideología, buscando algunas fórmulas intermedias de alianzas tácticas.

Desgraciadamente, el proletariado norteamericano no ha logrado perfilar su autonomía de clase suficientemente para proponer una alternativa socialista a esta monstruosa sociedad del monopolio. Por el contrario, sumido en el sindicalismo más mezquino y corporativo, ha adoptado el anticomunismo como doctrina y ha buscado oponer al gran capital solamente la fuerza de su organización sindical en el plano puramente reivindicativo. En lo político ha seguido confusamente los planteamientos del gran capital. Mientras la economía demostraba un crecimiento más o menos constante, aunque incapaz de generar una situación de pleno empleo (pero dígase de paso que el grueso del desempleo lo soportan los extranjeros, los negros, los chicanos y los puertorriqueños), esta postura tuvo su efectividad. Desde que en 1958 y después de 1967 se mostraron los límites de estos caminos, ha surgido una gran inquietud en la clase obrera norteamericana, sobre todo en los sectores más jóvenes (particularmente afectados por el desempleo, así como entre los trabajadores “de color”).

Estos hechos recientes nos hacen creer que el proletariado norteamericano ya no es completamente ajeno al movimiento radical que se desarrolló en los últimos años en Estados Unidos. Pero en el seno de este movimiento proliferan tendencias anarquistas que coinciden en muchos puntos con la limitada crítica realizada por el movimiento *antitrust* al gran capital. Tales tendencias pueden producir una gran confusión ideológica. De un lado, el movimiento *antitrust*, por su larga tradición, al llevar a sus militantes a nuevas frustraciones, puede alimentar de cuadros y de apoyo popular al movimiento

radical, y esto es positivo. De otro lado, la difusión y mantenimiento de la confusión ideológica que representan sus concepciones, puede llevar a todo el movimiento al fracaso. Asimismo, la confusión ideológica de la clase obrera norteamericana, que no ha sido capaz de ofrecer una alternativa propia de carácter socialista al capitalismo monopólico, la incapacitaría para canalizar estas frustraciones hacia un movimiento revolucionario. Esta es pues la dramática situación.

Programáticamente, la sociedad norteamericana deberá dividirse cada vez más entre un programa de afirmación del monopolio con sus tendencias autoritarias, o en otros de división y limitación del monopolio en nombre de un liberalismo sin eficacia. La otra opción sería aquella que se plantease la idea de una democracia industrial basada en la transformación total de la sociedad, que se apoyaría básicamente en un movimiento sindical reformado y en un vasto movimiento ideológico antiimperialista, antimonopólico (identificando monopolio y capitalismo) y democrático, que tenga por objetivo llevar a Estados Unidos y al mundo hacia una sociedad socialista.

¿En qué sentido la crítica realizada por el movimiento antimonopólico y las soluciones que presenta pueden ser revertidas en favor de una unidad táctica con el movimiento democrático popular?

En primer lugar, hay que incorporar, dentro de un análisis dialéctico materialista, los vastos conocimientos que entrega el movimiento antimonopólico a un estudio del capitalismo contemporáneo, que haga resaltar con toda claridad el carácter y funcionamiento de la economía y sociedad actuales.

En segundo lugar, habría que analizar las soluciones que propone, las cuales están evidentemente condicionadas por los límites de clase e ideológicos, ya demostrados en su actividad crítica y analítica.

Para los autores de *América, Inc.*, sus argumentos demuestran la posibilidad de dividir a las grandes corporaciones a fin de restablecer las condiciones de competencia que según creen favorecen la eficacia, la democracia y el progreso. En la página 380 afirman:

La definición del poder económico es indispensable para una sociedad que aspire a responder a las rectas exigencias económicas y sociales de los ciudadanos libres. Esto no significa un retorno a las herrerías en los traspacios, así como

tampoco la difusión de poder político no apunta a un retorno al municipio como unidad ideal de gobierno. Pero esto sí significa que la empresa gigante debe ser disgregada. Ni la empresa gigante ni el gobierno gigante deben ser reguladores de la economía; es preciso que haya competencia, así siempre.

Vimos ya las desviaciones teóricas y de análisis y las bases de clase que llevan a este ingenuo planteamiento; este es absolutamente incompatible con un programa de carácter popular, que defienda firmemente la nacionalización de la gran empresa y que busque crear una verdadera democracia por medio del control obrero en la empresa y del cambio del carácter del Estado. Un ejemplo reciente de la oposición instintiva entre la pequeña burguesía y el proletariado ante al monopolio lo fue la reacción frente a las especulaciones realizadas por los *trusts* petroleros, en ocasión del embargo de la venta de petróleo hecho por los países árabes. Después de constatar las enormes ganancias y maniobras especulativas realizadas por esos *trusts*, la dirección de la AFL-CIO, a pesar de todo su entreguismo, amenazó con exigir la nacionalización de los *trusts* de petróleo, mientras que el senador Church exigía en el Senado su desmembramiento en empresas menores (como si no bastase el desmembramiento de la Standard Oil en 1912. ¿Para lograr qué objetivos?).

Los autores plantean algunas medidas de regulación y control como la necesidad de una ley federal de registro de las empresas, la formación de empresas estatales competitivas, el aumento de la responsabilidad individual de los directores y ejecutivos en las penalidades y castigos, la mejoría de los mecanismos de regulación bajo mayor vigilancia de los consumidores, una ley de seguridad de los productos, etc. No hay duda que en muchos de estos puntos hay reformas económicas que permiten desarrollar una lucha limitada en contra de los monopolios y en defensa del poder de compra de las masas. En muchas de esas cuestiones hay una base de acuerdo táctico entre un posible movimiento popular de corte socialista en Estados Unidos y el movimiento liberal *antitrust*.

Donde un acuerdo táctico tendría un mayor valor, sería en la lucha por limitar el control de los monopolios sobre los medios de difusión y sobre el aparato electoral y de poder en general. Las medidas en pro de la limitación de gastos en las campañas, por garantizar mayor libertad de información y menos dependencia de la publicidad, son absolutamente necesarias aunque

insuficientes para permitir una renovación ideológica en los Estados Unidos y abrir camino hacia una regeneración del movimiento obrero y popular.

De esta manera, un movimiento obrero consciente y una intelectualidad revolucionaria ligada a él, podrían abrir camino hacia un movimiento transformador de la sociedad norteamericana. La lucha fratricida que libran hoy en día entre sí sectores del gran capital, respecto de cuestiones vitales para su supervivencia, y el carácter antipopular de las medidas anticíclicas que se ven obligados a tomar los gobiernos para salvar a la economía capitalista de una crisis similar a la de los años 30, la anarquía económica y racial que se agiganta, los sufrimientos impuestos a grandes masas del proletariado y también a la pequeña burguesía, crean condiciones favorables para el surgimiento de un movimiento socialista en Estados Unidos que se apoye en amplias capas del proletariado pobre y desempleado (negros, chicanos, puertorriqueños y jóvenes) y también en sus sectores más acomodados (amenazados por la inflación y la crisis), en los sectores proletarizados de la pequeña burguesía, en el estudiantado radicalizado, en la intelectualidad liberal amargada por los fracasos de sus programas idealistas. En tales circunstancias, el gran caudal de información y crítica, realizado por el movimiento *antitrust*, debería ser aprovechado y canalizado para una correcta crítica de la economía y sociedad norteamericanas y para un programa socialista y revolucionario para este país gigante, que hoy en día es una base tan incontrastada del dominio del gran capital.

Si la joven izquierda norteamericana logra superar sus diferencias, basadas en confusas alternativas ideológicas que no hacen más que disfrazar su origen pequeñoburgués, y consigue superar su distancia de las masas, determinada en buena medida por su idealismo y doctrinarismo debidos a su origen de clase y su inexperiencia, y camina en la dirección de un amplio movimiento de masas de tendencia socialista, el proletariado de los países adelantados y los pueblos del Tercer Mundo sentirán un gran estímulo para su lucha. Y el dominio del gran capital sufrirá un fuerte y definitivo embate. Se abrirá una nueva era en la lucha por una nueva humanidad.

Inflación permanente, depresión prolongada, desempleo, crisis de hegemonía, luchas internas de la clase dominante, inconformidad de la pequeña burguesía, amplio debilitamiento de la acción de los monopolios en el plano económico y político (caso Watergate), secuelas de la guerra de

Vietnam, insurgencia de los pueblos colonizados internos, crisis mundial del capitalismo. En este cuadro histórico de crisis, tales esperanzas no pueden ser infundadas. Nuestros próximos pasos serán en el sentido de analizar esa crisis.

SEGUNDA PARTE
LA CRISIS
DEL IMPERIALISMO

1. PLANTEAMIENTO GENERAL DEL PROBLEMA

El fenómeno de las crisis económicas es ciertamente muy antiguo. Sin embargo, en las economías capitalistas las crisis económicas asumen un carácter radicalmente distinto. En los modos de producción anteriores, las crisis eran básicamente un resultado de una baja de producción causada por factores naturales o políticos que afectaban a esta, debido al insuficiente control de la naturaleza por el hombre. En el modo de producción capitalista, las crisis surgen del propio desarrollo de la capacidad productiva del hombre, es decir, las crisis aparecen como un fenómeno de superproducción: la sociedad no es capaz de absorber la producción que puede generar. Esta incapacidad es un fenómeno típicamente social, es decir, existen necesidades no atendidas y, por tanto, una demanda real para estos productos. De hecho, las necesidades de consumo son muy superiores a la producción “excedente” que no encuentra mercado; lo que falta es demanda solvente, es decir, capacidad de compra.

Esta constatación es muy importante y es un elemento central para una correcta teoría de las crisis. Ella nos muestra que las crisis modernas son un fenómeno relacionado con la existencia de una economía de mercado. Es decir, las crisis económicas de superproducción solamente son posibles en una economía de mercado. Ya sea en las sociedades precapitalistas, ya sea en las sociedades socialistas (como de hecho ha permitido comprobarlo empíricamente la experiencia de la Unión Soviética en cincuenta años de historia), no existen las crisis económicas con las características señaladas.

Hecha esta constatación de que las crisis de superproducción son un fenómeno distintivo de las economías capitalistas, la cuestión teórica que se

plantea es la siguiente: ¿en qué sentido las crisis tienen su origen condicionado por una economía capitalista? Lo que se desdobra en la pregunta siguiente: ¿las crisis son un fenómeno intrínseco a este sistema o se deben a algunas deficiencias de su funcionamiento, que podrán superarse mejorándolo? Es decir, ¿se deben a factores exógenos al sistema en cuestión que lo afectan solo circunstancialmente?

Se nos plantea en seguida un segundo problema: ¿por qué las otras formaciones económicas reaccionan de forma distinta a los estímulos externos? Tendrían que existir características intrínsecas del sistema que expliquen el hecho de que responda cíclicamente y de manera específica a la acción de las variantes “exógenas”.

La respuesta de que las crisis se deben a factores exógenos al sistema choca con amplias refutaciones de los hechos. Las crisis han tendido a ser periódicas, presentando la forma de ciclos. A no ser que se encuentren fenómenos exógenos que afecten periódicamente al sistema (y de hecho se ha buscado caracterizar algunos de estos fenómenos), tal tesis no podría sustentarse. Habría que precisar aquí lo que se puede considerar fenómenos “exógenos”. Ello depende de los términos que se usen para caracterizar al “sistema”. Con la facilidad con que establecen sus modelos, los economistas excluyen del funcionamiento interno del sistema variables como la innovación tecnológica, el comercio externo, las políticas económicas, etc. Tales exclusiones son extremadamente discutibles, pues es un elemento intrínseco al modo de producción capitalista la necesidad de revolucionar constantemente sus bases productivas, así como la formación de una economía mundial y la necesidad de intervenir en el funcionamiento de la economía (esta última característica es más representativa de formaciones monopólicas).

Es dentro de esta línea que el pensamiento económico ortodoxo busca enfrentarse al problema. La hipótesis (a veces hecha “teoría”) que se maneja es la de que las crisis se explicarían por ciertos “desajustes” del sistema que se originan en un mal conocimiento de su funcionamiento, que lleva a malas políticas económicas, las cuales en vez de sanar las crisis las profundizan. Esta versión es la que parece más evidente en nuestros días, pues como lo veremos, el comportamiento del sistema capitalista de posguerra ha creado un cierto consenso vigente hasta hace muy poco de que las crisis estaban superadas históricamente.

La otra manera de disminuir la importancia de las crisis como un factor esencial al funcionamiento del sistema consiste en atribuirles un carácter específicamente monetario. En tales casos, la teoría no niega, antes lo confirma, el carácter cíclico del sistema; pero lo “localiza” en sectores limitados que pueden ser objeto de un control de política monetaria, fiscal, o, a veces, políticas más amplias.

No es necesario profundizar mucho el análisis para comprender la alta carga ideológica que tal problema, aparentemente tan “teórico”, “abstracto”, “científico”, trae en su interior. Las crisis son fenómenos altamente explosivos. Asimismo, las crisis son fenómenos altamente “irracionales”. No hay ninguna racionalidad social en el hecho de que haya hambre, desempleo, ociosidad, etc., cuando, al mismo tiempo, hay abundancia de productos que no pueden ser consumidos y recursos productivos que no pueden ser utilizados. Si esta realidad es analizada fuera del cuadro del aparato ideológico que justifica a la empresa privada y la califica como “libre” empresa, suprema realización de la “racionalidad” productiva que el régimen de mercado promueve, etc., tales fenómenos son simplemente “irracionales” desde el punto de vista de los intereses de la comunidad.

La cuestión teórica que se plantea es, pues, si son “necesarios”. Pero ya vimos que es una constatación histórica ineludible el hecho de que ellos no suceden fuera del sistema capitalista. Sería una respuesta muy evidentemente ideológica aceptar tal hecho y responder que son costos “necesarios” para mantener la “libertad” que el capitalismo garantiza. Tal solución teórica sería excesivamente vulnerable ideológicamente. Hay que probar tanto que no son “necesarios” al sistema, cuanto que son plenamente controlables, pues son fenómenos muy localizados. Y a esta tarea se aplicó el pensamiento económico burgués. Acumuló datos y estudios monográficos muy útiles al conocimiento del fenómeno. Por otro lado, formuló un gran número de esquemas teóricos que intentaban permitir la interferencia de las políticas económicas en las situaciones cíclicas.

Ya sea porque hubo un cambio importante en el funcionamiento del sistema, ya sea porque evolucionó mucho el conocimiento de las características del ciclo, por ambas razones, se ha llegado a un relativo control del fenómeno, como lo veremos posteriormente. Tal hecho podría hacer aparecer obsoleta una discusión teórica más amplia. Pero esa actitud sería demasiado empirista

e ingenua. En primer lugar, porque los hechos no son concluyentes, como lo veremos; en segundo lugar, porque el período de observación es muy corto (solamente veintitrés años de una coyuntura en general relativamente favorable, a pesar de no estar desprovista de fenómenos cíclicos); en tercer lugar, porque el abandono de un enfrentamiento teórico del problema nos lleva a aceptar una actitud científica no rigurosa que refleja un pragmatismo que favorece a intereses oscurantistas. En cuarto lugar, la reaparición de las depresiones económicas en 1967, 1970-71 y 1974-75 demuestra que el fenómeno del ciclo económico ha regresado al centro del debate.

Planteada la cuestión de manera tan general, habría que analizar muy sumariamente las respuestas teóricas que se han presentado al estudio de las crisis económicas.

2. LAS TEORÍAS DE LAS CRISIS

Habría que empezar planteando un problema terminológico. El término crisis no es muy utilizado hoy en día. Se prefiere el término ciclos económicos, que restringe bastante las connotaciones sociales del fenómeno. Arthur F. Burns sugiere que el término crisis sea usado únicamente para las crisis financieras, donde se hacen evidentes sus connotaciones psicológico-sociales. El término ciclo económico permite estudiar el fenómeno desde el punto de vista de sus aspectos puramente técnicos, despojándose el estudio de los elementos que parecen no estar identificados con el funcionamiento de la economía. Aquí hay un importante factor de percepción social: se puede entender como una “crisis” una corrida a la bolsa, pero no les parece justo concebir como una crisis la existencia de 6 a 8 millones de desempleados como pasa en las “pequeñas” variaciones recesivas del sistema. Hay que señalar estas trampas lingüísticas para explicar por qué no aceptamos tales “precisiones” terminológicas. Por esta razón, no queremos en forma alguna separar los aspectos económicos de los sociales y políticos. En este trabajo se buscará exactamente ligarlos entre sí con el objetivo de resaltar sus interrelaciones e interdependencias recíprocas, sin negar, sin embargo, la autonomía relativa de los aspectos económicos.

Creemos que sería correcto distinguir tres grandes modelos de interpretación de las crisis económicas en el pensamiento no marxista: un modelo

interpretativo relaciona las crisis económicas con los mecanismos monetarios; un segundo modelo las relaciona con las innovaciones tecnológicas; un tercero las explica mediante una relación entre inversión y consumo. La diferencia entre estos tres modelos no se presenta en lo que respecta a la descripción de los ciclos económicos, pues hay una coincidencia bastante grande en este aspecto. Sus diferencias se deben a distintas apreciaciones respecto del valor explicativo de los diversos fenómenos que están ligados al ciclo. Se trata de divergencias sobre las causas del ciclo económico.

Haremos en seguida una descripción y crítica muy sumarias de estas tres explicaciones del ciclo, para luego pasar a un intento de conceptualización del mismo desde el punto de vista marxista.

1. La explicación monetaria relaciona el ciclo económico con la existencia de un comportamiento inflacionario de la economía, que es acumulativo y lleva a un crecimiento económico artificial que ocupa a todos los factores de manera irracional, crea importantes distorsiones en la distribución del ingreso, estimula la inversión puramente especulativa y llega al final a una quiebra cuando “la unidad monetaria empeora”¹, y consecuentemente a una crisis, que sería básicamente un período de reajuste de la economía, en el cual el sistema se recompone de las distorsiones provocadas en el período anterior

Los períodos de auge económico serían caracterizados por la existencia de una oferta de bienes inferior a la demanda existente; los períodos de crisis serían caracterizados por la existencia de una oferta superior a la demanda. Si el auge económico se ha debido a una política inflacionaria que estimula el aumento de la demanda por mecanismos financieros artificiales (sean recursos gubernamentales, crediticios o especulativos), se crea una deuda que deberá ser liquidada en algún momento (la deuda pública, la ausencia de liquidez de los bancos, los límites de la especulación) y que lleva por lo tanto a la necesidad de deflación que corrija los excesos creados anteriormente. Se crea además una situación en que la demanda se muestra inferior a la producción con todas sus secuelas de desempleo, superproducción, etc.

La teoría monetaria del ciclo está hoy en día en desuso en los medios

1. Cfr. Edward Crosby Harwood, *Cause and Control of the Business Cycle*, American Institute for Economic Research, 1957, p. 46. Mr. Harwood es un violento monetarista antikeynesiano, uno de los pocos que quedan en la posguerra. El maestro de la interpretación monetarista moderna del ciclo es Haberler, *Prosperity and Depression*.

académicos. Solo muy recientemente volvió a ser respetada con las alteraciones que le introdujo Milton Friedman y con las demostraciones prácticas que la reciente inflación norteamericana produjo. Hay que señalar que en los medios financieros siempre estuvo presente. Los bancos más sólidos y los medios más conservadores que todavía dominan las altas finanzas, son extremadamente sensibles a la inflación y nunca han dejado de desconfiar del optimismo keynesiano con relación a la deuda pública como mecanismo anticíclico².

Los monetaristas están evidentemente equivocados cuando dan a los mecanismos financieros un valor explicativo de la crisis. Pero están absolutamente en lo cierto cuando vinculan las crisis económicas a esos mecanismos financieros. Y están todavía más en lo cierto cuando plantean una política deflacionista como el único camino para controlar las crisis. En la práctica, los gobiernos han seguido siempre tales políticas como única forma de salir de la crisis. Y los ultraneokeynesianos que dominaron la política económica de Estados Unidos en los años 60 consiguieron, mediante una política fiscal extremadamente audaz (y aventurera), y con la ayuda de la guerra de Vietnam, mantener un auge económico durante cerca de seis años; algo jamás visto en ese país. Al final de este auge, sin embargo, se vieron frente a una terrible inflación al término de la década, y no hay ningún sector de la clase dominante establecida norteamericana, en este momento, que no llame a una política de estabilización y a la disminución de los gastos públicos³.

Lo que sí existe es un nuevo sector aventurero de la clase dominante que creció con la especulación financiera de posguerra, particularmente de los años 60, y que estimuló enormemente una política de auge económico

2. Algunos keynesianos se muestran más cuidadosos frente a los problemas financieros. En su manual sobre el ciclo económico, R.C.O. Mathews, después de señalar el cambio de énfasis de los problemas monetarios y financieros hacia el análisis de las fuerzas reales de la economía, dice: "Incluso si las fluctuaciones se originan en las fuerzas reales, las condiciones monetarias deben ser tales que permitan al ámbito de las fuerzas reales desarrollarse exitosamente", p. 18. Pero se continúa confiando en la deuda pública como recurso antidepresivo. "De las medidas, aquellas que significan variación de los ingresos por concepto de impuestos o gastos fiscales provocarán déficits presupuestarios (o al menos excedentes más bajos) en tiempos de amenaza de depresión y excedentes en el presupuesto (o por lo menos déficits menores en épocas de amenaza de inflación)", p. 159.

3. En otra parte de este trabajo discutiremos más en detalle estos hechos. Hay que señalar que un importante sector de la clase dominante llama a una paralización de los gastos militares, por considerarlos los principales responsables de la inflación, del déficit en la balanza de pagos y de la crisis general.

a cualquier costo. Su “ciencia” económica y sus teóricos son en general tan aventureros como ellos. Pero aun estos sectores están asustados en el momento actual. ¡Los conglomerados son los primeros en ir a la quiebra! ¿Se harán moderados y conservadores en consecuencia?

Esto no quiere decir que los monetaristas tengan la razón. La utopía de un crecimiento equilibrado, de un retorno a las leyes estabilizadoras del mercado, no tiene sentido hoy en día. La ley del desarrollo capitalista conduce a la concentración económica, al monopolio y a la necesidad de la intervención estatal, como lo veremos. Los mecanismos financieros son, por lo tanto, un aspecto restringido de las políticas anticíclicas, por más que se asemejen en su práctica a los modelos planteados por los monetaristas.

2. Las interpretaciones que relacionan los ciclos económicos con las innovaciones tecnológicas tienen su principal representante en la obra de Schumpeter⁴. Schumpeter parte de la noción neoclásica de equilibrio como una situación en que cada firma, industria o establecimiento no tiene incentivos para hacer nada diferente de lo que está haciendo. En tal situación puede haber crecimiento por efecto del crecimiento de la población e intensificación de capital sin innovación. El equilibrio se rompe cuando, por un aumento del conocimiento y/o deseo de aumentar las ganancias, el empresario es llevado a innovar pidiendo dinero prestado para construir sus plantas y equipos. Tal situación hace que otros lo sigan y se crea un mecanismo acumulativo que lleva a la fluctuación del sistema hasta un punto en que la expansión encuentra sus límites naturales, sea porque el impulso innovador se agota, o porque la quiebra del equilibrio produce desajustes que exigen un período de reajuste. Schumpeter distingue una ola de innovaciones originales y olas secundarias que son determinadas por los mecanismos acumulativos. Se puede distinguir así una operación simultánea de varias clases diferentes:

Tenemos allí una multiplicidad de ciclos, cada uno de los cuales es una entidad independiente. Aquí tenemos una secuencia de ciclos de un tipo solamente, y el ciclo de orden más alto no es sino un producto o compuesto de estos y no tiene existencia propia (pp. 167-168).

4. Cfr. Joseph A. Schumpeter, *Business Cycle*, McGraw-Hill, 1964. Nuestra exposición se apoya básicamente en el sumario de la teoría schumpeteriana del ciclo hecho por Rendigs Fels al final del libro.

Por conveniencia analítica Schumpeter usa un esquema de 3 ciclos: el ciclo Kitchin de 40 meses, el ciclo Juglar de 10 años y el ciclo Kondratieff de 60 años. “Cada Kondratieff debe contener un número integral de Juglares y cada Juglar un número integral de Kitchins”. Todos los ciclos son generados por innovaciones, y las depresiones y recuperaciones no forman necesariamente parte del esquema.

Es indispensable señalar que el ciclo de Schumpeter no implica necesariamente una baja de la producción total. La producción de bienes de consumo crece generalmente en los períodos de recesión y recuperación, principalmente en el caso del ciclo Kondratieff. La elaboración de bienes de producción deberá crecer durante la recuperación y la prosperidad, y decrecer, o crecer menos, en las recesiones y depresiones. Solamente en el caso de depresiones muy profundas se produce una caída del producto nacional (en general en un período corto, debido al pánico y a los círculos viciosos).

El modelo schumpeteriano se basa en un extenso y profundo estudio histórico de los ciclos norteamericanos. Hay que señalar también su preocupación metodológica al encarar la relación entre la innovación tecnológica y el ciclo económico. Él está de acuerdo con Marx al considerar “que el progreso tecnológico era la esencia misma de la empresa capitalista y que, por lo tanto, no puede separarse de ella”. Así también él toma en consideración el marco institucional del sistema, que está en constante cambio y que puede modificar el juego económico y sus relaciones sistemáticas, sea directamente, sea a través del comportamiento de los negocios. En resumen, toma los elementos externos a su modelo, solamente, en tanto se manifiestan bajo la forma del sistema económico.

Dados estos esclarecimientos podemos ver la contribución de Schumpeter y sus limitaciones básicas.

La principal contribución está ligada al estudio del rol económico de las innovaciones tecnológicas; es decir, la comprensión de que un cambio tecnológico importante genera una ola de inversiones complementarias que compone un ciclo económico más o menos delimitado. La hipótesis de que tales ciclos se conformarían en períodos delimitados con una integración de ciclos distintos es plenamente confirmada por la observación histórica. Todo esto nos lleva hacia una economía real y concreta, mucho más viable que ciertos modelos formales construidos sobre supuestos arbitrarios sin ningún rigor inductivo y con una excesiva restricción técnica.

El defecto de Schumpeter es el de partir de una noción de equilibrio neoclásico que supone una economía capitalista sin explotación, sin desarrollo desigual, etc. Así, el ciclo aparece como una fluctuación en torno del equilibrio y pierde su carácter intrínseco al sistema. Niega así la afirmación por él aceptada de que el progreso técnico es un elemento intrínseco al sistema. Si es un elemento intrínseco al sistema, no cabe considerarlo como un factor de desequilibrio, sino que hay que elaborar una noción más dinámica del equilibrio del sistema, la cual tendría que incluir las fluctuaciones.

Por otro lado, el modelo schumpeteriano no concede suficiente importancia a las contradicciones internas del proceso de acumulación, y así la relación entre los salarios y ganancias ocupa un rol secundario en él.

Finalmente, no estaba dispuesto a sacar las consecuencias del proceso de concentración y monopolización para el ciclo económico, particularmente en lo que se refiere a los efectos del cambio en la composición orgánica del capital en el comportamiento del ciclo, a pesar de que tenía conciencia relativa de estos problemas.

Por todas estas razones el modelo schumpeteriano se queda en el plano ideológico y admite una falsa conclusión de que el sistema podría mantenerse en una perspectiva de ascenso constante si fuera permanentemente alimentado por nuevas innovaciones tecnológicas, que permitirían ir haciendo sucederse ciclo tras ciclo. La innovación tecnológica acaba siendo una variable independiente que condiciona el movimiento de la economía, y no, un elemento de una estructura socioeconómica condicionada por ella y que actúa sobre sus otros componentes.

Pasaríamos así al tercer modelo de ciclo económico, que es de origen keynesiano.

3. Los modelos que parten de la relación entre inversión y consumo son de origen keynesiano y nekeynesiano. Puesto que el ingreso nacional es igual a consumo más ahorro, y suponiendo que el ahorro es igual a la inversión, la posibilidad de un crecimiento económico continuado dependerá básicamente de que las nuevas inversiones se hagan de tal manera que encuentren un ritmo de crecimiento suficientemente vivo como para poder consumir la nueva producción. Para que tal situación se dé es necesario un tipo de desarrollo natural en que el ritmo de crecimiento de la fuerza de trabajo sea compatible con un ritmo de progreso técnico neutro que mantenga invariable la relación capital-producto deseada, a un tipo de interés constante.

Hay que tomar en consideración que los capitales hacen sus inversiones según ciertas expectativas o previsiones que incluyen la de mantener una cierta relación capital-producto que consideran óptima. Si hay una igualdad entre el ahorro y la inversión previstos, en proporciones determinadas, se llegará a un tipo de desarrollo uniforme justificado por las condiciones de la demanda. Estos supuestos de Harrod⁵, que se traducen en algunas ecuaciones que expresan esas relaciones de equilibrio, han servido como base para la interpretación neokeynesiana del ciclo económico.

Se puede decir que hay fluctuaciones que giran en torno a un tipo de desarrollo natural, el cual se liga al cambio tecnológico y sus efectos sobre la inversión y la relación capital-producto. Por otro lado, se pueden establecer también ciclos económicos tomando como base las fluctuaciones en torno al tipo de desarrollo justificado y se pueden, finalmente, tomar como base del fenómeno cíclico los ajustes entre el tipo de desarrollo justificado y el natural.

Semejantes puntos de partida revelarán una economía cíclica con grandes dificultades para vencer los desequilibrios entre la inversión y el consumo. Economistas más modernos de esta línea llevaron adelante los puntos de partida keynesianos que plantean solamente condiciones “técnicas” para una situación de equilibrio dinámico. Tales economistas insisten sobre la posibilidad de resolver los problemas generados por una demanda insuficiente.

Estos modelos, según Kaldor, poseen los siguientes rasgos estilizados de la realidad:

a) Un crecimiento continuo y uniforme en el volumen total de producción y en la productividad del trabajo.

b) Un incremento continuo en el volumen de capital por hombre empleado.

c) Un tipo de beneficio sobre el capital estable en el tiempo y sustancialmente superior al tipo de interés “puro” sobre los bonos públicos.

d) Una relación global capital por producto estable a largo plazo, lo cual implica una coincidencia a largo plazo del tipo de acumulación con el tipo de desarrollo del producto nacional.

5. Cfr. Roy F. Harrod, “Un ensayo de teoría dinámica”, *Lecturas sobre la teoría económica del desarrollo*, Madrid, Gredos, 1966. Un resumen interesante de las teorías neokeynesianas se encuentra en la introducción, de Luis A. Rojo Duque, al libro.

e) Una alta correlación entre las relaciones globales, beneficios por renta e inversión por producto nacional, y una estabilidad de la participación de los beneficios (y, por tanto, de su complemento, los salarios) en la renta a lo largo de períodos en que la relación inversión por producto nacional se mantiene estable, lo cual implica un crecimiento de los salarios reales en el tiempo en proporción al tipo de incremento de la productividad media del trabajo⁶.

En estos modelos de inspiración directamente keynesiana o poskeynesiana se dan importantes pasos en dirección de una correcta teoría del ciclo y del crecimiento económico. Primero, se da importancia al proceso de acumulación de capital (a pesar de que se lo presenta como una figura puramente macroeconómica donde no existe producción de valor y plusvalía y donde, por lo tanto, no hay relación entre capital y trabajo en términos de dependencia mutua, o, mejor, en términos de explotación, sino en términos de ahorro y consumo). En segundo lugar, se toma en consideración la dependencia entre acumulación y demanda, a pesar de que la demanda no aparece directamente como un producto del proceso productivo, sino como una acción natural de consumir. En tercer lugar, permite establecer ciertas nociones de equilibrio dinámico, en las cuales el crecimiento económico y las fluctuaciones son dependientes de algunas funciones productivas en que el capital y el trabajo se relacionan en una cierta dependencia recíproca (a pesar de que se mistifican sus orígenes, los cuales están en el proceso de producción de valor).

Tales modelos conducen a una política económica muy sofisticada, cuyo talón de Aquiles se encuentra en la necesidad de ampliar constantemente el déficit público y favorecer la inflación, aplazando para un futuro no determinado la necesidad de un ajuste entre inversión y demanda al nivel de la relación entre capital y salario. Como se oculta el proceso de acumulación capitalista (que tiene su origen en la producción y, por tanto, en las relaciones entre capital variable y plusvalía) detrás de la relación macroeconómica entre la inversión y el consumo (y en el consumo está tanto el de los trabajadores como el del Estado, de los capitalistas, de las empresas, etc.), se ocultan también las contradicciones entre trabajo y capital, entre ganancia y remuneración de los trabajadores, entre crecimiento del consumo de las empresas y

6. Rojo Duque, *op. cit.*, p. 23.

de los capitalistas y crecimiento del consumo final de los trabajadores. Todo esto permite suponer un sistema capitalista, cuyos límites al desarrollo son esencialmente técnicos (una cuestión de ajuste entre inversión y consumo bajo las más variadas formas).

Sea por la marginación del problema monetario y su incapacidad de enfrentarlo, sea por el escamoteo del proceso de producción y sus relaciones, lo que se hace mediante las figuras macroeconómicas, los modelos keynesianos y nekeynesianos no enfrentan problemas económicos vitales. Y a pesar de permitir una acción estatal muy eficaz, a corto plazo, tienden a llevar al sistema a una crisis muy aguda al final de un crecimiento aparentemente sin fin, pero que de hecho encuentra límites muy profundos.

Finalmente, habría que destacar el carácter puramente formal de estos modelos que suponen condiciones que no pueden darse en la práctica y cuya materialización es casi imposible, permitiendo a la política económica actuar con supuestos extremadamente vagos, ligados a instrumentales de acción muy refinados (pues las categorías de análisis keynesianas son perfectamente asimilables a realidades económicas actuales). La contradicción entre supuestos vagos y poco rigurosos e instrumentos de análisis e investigación extremadamente sofisticados, empíricos y rigurosos produce una extraña esquizofrenia que se revela en la gran capacidad de los keynesianos para dirigir las fases de auge económico y en su desalojo del poder por los típicos conservadores en los momentos de crisis. En otras circunstancias, el compromiso inevitable con los clásicos modelos de estabilización monetaria se hace necesario toda vez que éstos se encuentran en el poder en momentos críticos.

3. LA TEORÍA MARXISTA DE LA CRISIS

Resulta excesivamente economicista la discusión de los modelos no marxistas de las crisis. En ellos los aspectos sociales tendrían que ser introducidos como variables exógenas. La razón de esto es que la economía no marxista toma las relaciones económicas como relaciones entre hombres y cosas; entre productores y sus productos o bienes, entre inversión y progreso técnico como una función de producción, entre consumidores y bienes por ellos consumidos, entre salarios y unidades de consumo, entre renta del dinero (cosa), renta de la tierra (otra cosa), renta del capital (otra cosa), etc.

La economía política marxista es la única ciencia económica que estudia las relaciones entre hombres como fundamento de la vida económica. Para Marx, términos como salario, capital, ganancia, dinero, etc., no hacen más que ocultar relaciones entre los hombres, que se manifiestan a través de las cosas. El salario oculta una relación entre un productor de bienes que vende su fuerza de trabajo y un propietario de bienes de producción que la compra. El capital oculta una relación de propiedad sobre los medios de trabajo que despoja a otros individuos de la propiedad. La ganancia oculta una relación entre productores de valores y apropiadores del trabajo de estos. El dinero oculta una relación entre productora de valor, es decir, de productos intercambiables según un tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlos, que se expresan por medio de un equivalente general que puede asumir muchas otras funciones complementarias, siempre derivadas de esa función básica, etc.

Por esto, una economía política marxista es esencialmente sociológica. Esto explica cómo el análisis marxista en vez de separar lo económico de lo social los hace una unidad contradictoria, donde lo económico se revela como una fetichización de las relaciones entre los hombres, relaciones sociales. Y donde, al mismo tiempo, las relaciones sociales se presentan ideológicamente “purificadas” de su base económica, es decir, de su imbricación necesaria en el proceso productivo que las fundamenta, produciendo una cosificación de relaciones que solo pueden explicarse en su contexto total. Las relaciones de poder y de dominación, las relaciones de parentesco, las relaciones de clase, las relaciones de sociabilidad, los roles sociales, las formas culturales, etc., que aparecen como puras relaciones entre individuos, son esencialmente relaciones entre hombres productores, es decir, relaciones en el interior del proceso de conquista y dominio de la naturaleza por medio del proceso de trabajo.

No se trata de negar cierta autonomía relativa de las distintas esferas de la actividad humana, sino de inscribirlas en una totalidad histórica determinada, que tiene como fundamento el proceso de apropiación de la naturaleza por el hombre mediante el trabajo en sus más diversas formas.

Solo una concepción de este tipo nos permitirá analizar la crisis económica como un fenómeno social, es decir, como un modo de funcionamiento de un modo de producción determinado y, por tanto, de sus relaciones de

clase, de su superestructura política e ideológica. Así es posible pasar de un plano al otro sin necesidad de introducir ninguna variable exógena.

Las crisis, para Marx, surgen como posibilidad desde que los productores individuales intercambian los productos de su trabajo entre sí a través de un mercado desarrollado donde existe la mediación de una moneda o equivalente general. El productor A vende su mercancía a un productor B y recibe un monto de dinero que le permite comprar otra mercancía. Las relaciones entre los productores se dividen en dos tiempos. Un primer intercambio entre la mercancía y el dinero, un segundo intercambio entre el dinero y la nueva mercancía. Si el productor A no realiza el segundo intercambio, un productor B no podrá vender su producto. Las razones para no hacer el segundo intercambio pueden ser muchas (atesoramiento, espera de mejores precios o de productos distintos). Este hecho solo puede tener una consecuencia grave para la economía si hay una parte importante de la producción destinada al mercado. Sin embargo, tal condición supone la existencia de una economía mercantil muy desarrollada, condición que solo cumple la economía moderna capitalista, en la cual toda producción es destinada al mercado y los productores individuales están despojados de sus instrumentos de trabajo y son obligados a vender su fuerza laboral en un mercado de trabajadores libres.

En tales condiciones hay que suponer otros elementos que se ligan a las crisis. Hay que suponer que solo hay un consumo solvente. Es decir, que solo integran el mercado los individuos que de alguna manera son pagados por el sistema. Dentro de un sistema capitalista puro los dos sectores sociales que integran el proceso productivo son los capitalistas y los asalariados. Pero estos dos sectores ocupan posiciones opuestas en el proceso productivo: uno es propietario de los medios de producción, el otro es propietario de la fuerza de trabajo, que vende al primero a cambio de un salario. El capitalista tiene la propiedad del producto que produce el trabajador mientras trabaja para él. Este producto tendrá que expresar un valor superior al valor de la fuerza de trabajo, es decir, el capitalista tiene que disponer de un excedente de producción que necesita colocar en el mercado. Si suponemos que los consumidores son solamente el capitalista y el obrero, veremos que la posibilidad de colocar tales productos en el mercado depende básicamente de la existencia de una relación de proporción entre estos consumidores. Tales relaciones de

proporción se pueden dar tanto en una reproducción simple de la economía como en el caso de una reproducción ampliada, es decir, con acumulación de capital. Hay que considerar que los capitalistas son varios y manejan empresas distintas que se desconocen mutuamente. Como las empresas también consumen unas de las otras los bienes de producción, habrá posibilidad de una desproporción entre el consumo interempresas, entre el consumo de los capitalistas y el consumo de los trabajadores, siempre que el mercado no permita a los empresarios anticipar correctamente los diversos consumos.

Tenemos así las condiciones teóricas de un segundo tipo de crisis, una crisis de desproporción.

Pero la producción se hace según ciertos requisitos tecnológicos que suponen una cierta relación determinada entre el capital constante, el variable y la plusvalía (una composición orgánica del capital). Esto nos indicaría que hay limitaciones técnicas a la proporción en que se combinan la producción de bienes de producción y los bienes de consumo de capitalistas y trabajadores⁷. Debemos suponer que en la práctica concreta del sistema estas condiciones teóricas nunca se cumplieron, dando origen a una crisis crónica de realización de la plusvalía, la cual tiende a crecer más de lo que el consumo final permite. De ahí la necesidad del sistema de buscar mercados externos a él en economías más atrasadas, en el exterior de las unidades nacionales (cada vez menos exteriores entre sí) o a través del consumo de sectores no directamente productivos (Estado, trabajadores no productivos, etc.).

Este planteamiento teórico es plenamente comprobado por el estudio histórico del sistema, que siempre se desarrolló en una constante lucha por ampliación de mercados. Tenemos ahí, pues, el tercer tipo de crisis, las originadas por la superproducción o el subconsumo en el interior del sistema (crisis crónicas de realización).

Habría que penetrar, sin embargo, en el interior del proceso de acumulación y tomar en consideración las relaciones entre la acumulación y el mer-

7. Esta es de hecho la gran contribución de Rosa Luxemburgo a los esquemas de reproducción ampliada de Marx. Ella demostró, a pesar de verse un poco confundida respecto de los objetivos teóricos de Marx, que las condiciones que él suponía para una reproducción ampliada del capitalismo no podían darse en la práctica, porque el desarrollo del sistema implicaba un cambio de la composición orgánica del capital que impedía alcanzar las proporciones necesarias para una reproducción ampliada perfecta. Véase *La acumulación de capital*.

cado de trabajo. Para realizar una acumulación de capital hay que considerar una demanda creciente de mano de obra, lo que supone la existencia de trabajadores desempleados, algo que Marx llamó un ejército industrial de reserva que puede ser captado en la medida en que se hacen nuevas inversiones⁸. Pero si hay una absorción de mano de obra amplia y, en consecuencia, una disminución del ejército industrial de reserva, la fuerza de trabajo mejora sus condiciones de negociación y puede obtener una remuneración más alta. El efecto es un aumento de los costos y una baja de la tasa de ganancia, y por lo tanto un desestímulo a la inversión por parte del capitalista. Se crean entonces las condiciones para un cuarto tipo de crisis que llamaríamos crisis del proceso de acumulación. Tales crisis también tienden a asumir un carácter cíclico, ligado a los períodos de maduración de las inversiones nuevas.

¿Qué hay de común en estos cuatro tipos de crisis? Pueden redividirse en tres tipos: las de realización, las de desproporción (que se manifiestan también por una crisis de realización) y las ligadas a la tasa de ganancia⁹. Todas expresan contradicciones internas al modo de producción capitalista.

Las crisis de realización expresan la contradicción que conlleva el sistema entre la producción de valor de cambio y valor de uso. Para el capitalismo, el valor de uso de las mercancías solo interesa en tanto es la condición para que lleguen al mercado. Su estructura productiva reflejará pues la necesaria diferencia entre el siempre insuficiente consumo de los trabajadores y el creciente consumo de los capitalistas y de las empresas; tenderá necesariamente a la irracionalidad del desperdicio para poder mantener en su seno esta contradicción. Son evidentes las secuelas sociales de este funcionamiento irracional del sistema.

Las crisis de desproporción reflejan la tendencia anárquica del sistema en que las unidades productoras tienen que mantener un relativo secreto sobre sus planes y objetivos para poder triunfar en la competencia, además de necesitar desplazarse mutuamente en cada mercado en particular (relaciones

8. Claro está que suponemos un sistema capitalista cerrado; si hay trabajadores ocupados en sectores precapitalistas se les puede despojar de sus medios de trabajo e incorporarlos a la producción capitalista. Pero esto no altera la esencia del razonamiento.

9. Dejamos de plantear aquí las crisis dependientes de la tendencia a la tasa decreciente de ganancia por su carácter secular y por lo controvertido de esa tendencia bajo las condiciones del capitalismo monopólico. Véase Paul Sweezy y Paul Baran, *El capital monopolista*, México, Siglo XXI, 1969.

de competencia que tienden a desaparecer con el desarrollo de los monopolios, pues estos controlan los mercados donde actúan estableciendo las reglas del juego de la competencia) o en el mercado en general (competencia que persiste en la etapa monopolística del capitalismo, pues los monopolios compiten entre sí por el conjunto de la demanda que no puede ser completamente controlada).

Las crisis ligadas a la tasa de ganancia tienden, como vimos, a asumir un carácter cíclico. Se relacionan muy directamente con la contradicción entre capital y trabajo, y el sistema tiende a soslayarlas a través de una intensificación de las inversiones de gran intensidad de capital que disminuyan la porción del salario en el costo de los productos. Tal tendencia es, en parte, contrarrestada por el abaratamiento de las máquinas y materias primas, como consecuencia del desarrollo del progreso técnico, las innovaciones tecnológicas y el aumento de productividad, que se concentran en los últimos años en la industria de base.

En el modelo marxista de las crisis, estas reflejan, ante todo, contradicciones de clase dentro del modo de producción capitalista, y tanto la ocurrencia de ellas como su mera posibilidad, así como las medidas que el sistema tiene que adoptar para superarlas, tienen consecuencias inmediatas a nivel de las estructuras sociales, políticas e ideológicas. El sistema tiene que cambiarse sucesivamente para impedir las crisis. Sus “soluciones” llevan, sin embargo, a soslayar las contradicciones básicas en vez de resolverlas, pues la solución de ellas llevaría a la superación del sistema. Siendo así, las “soluciones” generan nuevas contradicciones o nuevas formas de las contradicciones originarias. En esta parte de nuestro estudio cabría preguntarnos hasta qué punto podría el sistema terminar con las crisis económicas. El sistema puede en parte disminuir el impacto de algunas de ellas.

1. Las crisis de realización se pueden mitigar mediante la creación de demanda estatal, particularmente la militar, y de trabajadores improductivos que permitan una redistribución del ingreso en favor del consumo. De hacerlo, sin embargo, se deprimen las ganancias. La solución aparentemente mejor a corto plazo es, pues, la de generar una demanda adicional a través de la deuda pública. Esta solución es, sin embargo, inflacionaria, y solo hace aplazar para el futuro la crisis de realización en el punto en que, como lo plantean los monetaristas, la magia inflacionaria llega a su límite.

2. Las crisis de realización se pueden aminorar, también, por medio de una expansión de la demanda del exterior, pero esto no tendría sentido si exige como contrapartida la importación de bienes en el mismo valor. La solución aparente es, pues, la de provocar un déficit en la balanza de pagos financiando la exportación de los productos. Eso conduce, a largo plazo, a una situación de desgaste de la moneda nacional y, por tanto, a una crisis financiera.

3. La crisis de desproporción se puede mejorar a través de un proceso de concentración empresarial y monopolización, que permite planear las inversiones de acuerdo a un conocimiento detallado del mercado y mediante su control. Pero tal “solución” lleva a un debilitamiento de la competencia en el sistema y hace disminuir su dinamismo, a la vez que profundiza enormemente la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación. Finalmente, lleva a una progresiva desaparición del valor como medida de las relaciones de intercambio y provoca a largo plazo un descontrol del cálculo económico y, por tanto, una desorganización de la actividad económica capitalista.

4. Las crisis ligadas al funcionamiento de la tasa de ganancia son compensadas, en parte, por una disminución del valor relativo de la fuerza de trabajo en los costos de producción a través de las inversiones de gran densidad de capital. Esto lleva a una acentuación de las crisis de realización al aumentar enormemente el excedente económico y la composición orgánica del capital, incrementando al mismo tiempo el excedente de capacidad de producción de bienes de capital y materias primas elaboradas sin un crecimiento proporcional del mercado de bienes de consumo. Otro artificio para disminuir las crisis de la tasa de ganancia es el de dominar a la fuerza obrera por medio de sindicatos apatronados que mantengan sus reivindicaciones dentro de límites estrechos. Tal política lleva a una pérdida de la capacidad de liderazgo de los sindicatos a largo plazo y abre camino a una propaganda radical entre los trabajadores. Además, en los momentos críticos, la presión de las bases obliga al liderazgo sindical a iniciar acciones de enfrentamiento para no perder el control de la organización¹⁰.

Todos esos caminos han sido puestos en práctica por el capitalismo

10. Discutiremos en otra oportunidad el papel de las élites obreras y de la explotación del Tercer Mundo en el movimiento obrero. El razonamiento se mantiene aquí a un nivel muy general, es decir, el de la capacidad de negociación de los sindicatos amarillos.

contemporáneo. De manera consciente e inconsciente, los capitalistas, el Estado, las fuerzas políticas dominantes y la teoría económica han conducido a las soluciones expuestas y a las contradicciones planteadas.

Estas consideraciones abren camino a un nuevo ítem sobre los cambios en el ciclo económico en la economía capitalista actual.

4. LOS EFECTOS DE LOS CAMBIOS DE LA POSGUERRA EN EL CICLO

¿Han desaparecido las crisis económicas bajo su forma aguda y cíclica?

Habría una respuesta afirmativa, casi unánime, entre los economistas académicos hasta 1970, cuando la crisis norteamericana empezó a quebrar un optimismo bien consolidado por la experiencia del capitalismo en la posguerra. Esta experiencia demostró una extrema vitalidad del sistema, expresada en una expansión continua del comercio mundial y del producto nacional de algunos países. Las oscilaciones cíclicas que ocurrieron en el período se consideraron secundarias porque hubo recuperaciones muy rápidas, que son presentadas como una demostración indudable del avance de las políticas anticíclicas, así como de su capacidad para impedir una crisis aguda.

¿Cuáles son estos mecanismos anticíclicos de resultados tan favorables? Básicamente, la política anticíclica está orientada hacia el pleno empleo y la intervención estatal.

La política de pleno empleo se caracteriza por un estímulo constante a la inversión mediante la actuación directa del Estado y a través de la compra por este de gran parte de la producción privada. El Estado es un comprador masivo en condiciones muy favorables que garantizan al capital privado un mercado razonablemente estable. Además, el Estado cuida de no realizar actividades lucrativas que son normalmente reservadas al sector privado y de tomar a su cargo solamente aquellas que son útiles al propio desarrollo del capital. No faltan justificaciones teóricas para demostrar que el Estado debe actuar así. La inversión militar, la espacial, las construcciones de infraestructura que ofrezcan servicios baratos, la construcción de casas populares (o mejor aún el simple financiamiento a sectores privados), de hospitales, escuelas, todas estas inversiones son en general deficitarias o poco lucrativas, pero sirven al capital privado, sea disminuyendo sus costos, sea aumentando sus ganancias.

Por otro lado, el Estado es un empleador importante que redistribuye así parte del ingreso nacional y genera mayor demanda. Es verdad que el sistema cuida de que los ingresos del Estado no provoquen una baja en la tasa de ganancia. Deben provenir del recargo de impuestos a los salarios y a los consumidores, y muy marginalmente de la renta de los capitalistas. Lo que se redistribuye es esencialmente el ingreso no reinvertible, lo cual permite aumentar la tasa de ganancia.

Estas medidas son, sin embargo, extremadamente inflacionarias, pues no hay una recaudación suficiente para cubrir los enormes gastos que asume el Estado. Pero la sociedad los acepta como un recurso para obtener alta producción y evitar las crisis. El mecanismo del control social asume aquí una forma extremadamente irracional. Hay que convencer a la gente de que los sacrificios exigidos son necesarios para mantener la producción alta y evitar las crisis. Hay que convencerles, al mismo tiempo, de que el sistema que les pide tales sacrificios es bueno porque puede crecer sin crisis graves. Además, siendo bueno y sin crisis debe ser defendido ferozmente y, por lo tanto, se justifican los gastos militares que ayudan a impedir las crisis.

La intervención estatal en el mercado de trabajo a través del seguro de desempleo, la educación de la mano de obra, el auxilio médico, la casa propia, y otras medidas del llamado Estado de bienestar social, permiten disminuir los costos de la mano de obra al asumir el Estado parte de los costos de manutención del obrero. Permite también, por otro lado, garantizar una demanda privada sostenida, aun en los momentos de recesión. Tal hecho se comprende si se toma en consideración que estos gastos son muy flexibles y que el trabajador continúa recibéndolos con cierta autonomía de las variaciones cíclicas del ingreso. Estas son las otras medidas antirrecesivas que le permiten al sistema evitar oscilaciones fuertes, así como las consecuencias sociales conflictivas que la pérdida del empleo y la baja de salarios provocan.

En lo que respecta a la disminución de las oscilaciones cíclicas, es necesario tomar en consideración también el rol estabilizador que juegan las grandes empresas¹¹. Estas no actúan en general de manera temerosa y tienen un gran poder financiero que les permite resistir crisis sin grandes cortes de

11. John Kenneth Galbraith hace particular hincapié en estos cambios estructurales del sistema para defender la idea de que las crisis económicas están superadas. Véase: *El nuevo Estado industrial*, Barcelona (España), Ariel, 1967.

presupuesto. Se cree que las quiebras y los pánicos se restringen en general a las empresas medias y menores, que representan hoy en día menos del 40% del valor agregado de la producción industrial. El control del mercado por las grandes empresas les permite mantener las ventas por sobre las tendencias a bajar el consumo.

Se han desarrollado también otras medidas de carácter fiscal que permiten actuar de manera muy flexible sobre la demanda o sobre la tasa de ganancia. Una medida de gran actualidad fue aplicada por los gobiernos Kennedy-Johnson con enorme éxito inmediato. Se trata de una rebaja de los impuestos sobre las ganancias reinvertidas, lo cual permite estimular las inversiones. El razonamiento básico es que un aumento de las inversiones aumenta el ingreso nacional, y el aumento del ingreso nacional permite aumentar los impuestos recaudados, compensándose así las pérdidas debidas a las exenciones de impuestos concedidos a las ganancias reinvertidas. El razonamiento es obviamente viciado, pues las nuevas recaudaciones serán siempre relativamente inferiores al crecimiento del producto nacional, al disminuir una de las fuentes de ingreso del Estado. No se puede ocultar así que tales medidas refuerzan la distribución desfavorable del ingreso entre salario y ganancia, así como aumentan las tendencias deficitarias del presupuesto público.

No hay cómo negar el carácter inflacionario de todas esas políticas antirrecesivas. Todas conducen a aumentar el gasto público por encima del ingreso público y a generar una mayor demanda agregada a través del financiamiento privado. Tales políticas estimulan las inversiones solo en la medida en que eluden la crisis de realización debido a la tendencia al subconsumo. Por otro lado, al favorecer tan claramente la tasa de ganancia, favorecen un crecimiento desproporcionado del excedente económico, llevando a la larga a una crisis de realización todavía más grave.

Las medidas antirrecesivas, pues, llevan a la economía a un estado de inflación crónica. En el caso de Estados Unidos, esta situación se pudo prolongar debido a la existencia de una considerable reserva de oro en la posguerra, la cual permitía al Estado manipular una enorme balanza de pagos deficitaria en el exterior, manteniendo simultáneamente la fuerza del dólar como moneda universal y la consiguiente alta expansión de los negocios en el exterior. Los efectos internos de esta política eran: 1) mantener una expansión de la demanda externa que disminuyera la crisis de realización; 2) abrir mercados

para las inversiones en el exterior, lo que permitía aumentar la exportación de maquinarias y materias primas elaboradas a precios muy altos (debido a los sobrepuestos en las relaciones internas de las empresas multinacionales); 3) mantener el dólar como moneda estable en el exterior a pesar de las presiones inflacionarias.

Terminadas las reservas de oro, continuando el déficit de la balanza de pagos y aumentando las presiones inflacionarias en el interior, disminuyendo el poder de competencia de los productos norteamericanos en el mercado mundial, aumentando la presión sobre el dólar a escala internacional, los efectos hipnóticos de la magia del gigante mundial empiezan a desaparecer. Así como el mago que es descubierto en sus trucos no solamente es desmoralizado, sino violentamente escarnecido por sus antiguos creyentes, así también a Estados Unidos como nación le espera una violenta tempestad mundial, aun más violenta, debido a su derrota política y militar en el principal frente de batalla que ofreció en el período de mayor auge económico de la posguerra: Vietnam.

Las reservas del sistema son muy grandes, pero ¿hasta qué punto podrán ser libremente manipuladas sin cambios estructurales muy profundos? En realidad, contrariamente a los mitos que se vienen creando en función del auge económico de 1962 a 1966 (prolongado muy artificialmente hasta 1968), Estados Unidos revela en la posguerra amplias señales de estancamiento económico.

La producción industrial de Estados Unidos creció menos del doble en el período comprendido entre 1947 y 1962. De este crecimiento es responsable en gran parte la guerra de Corea. Tomando los índices de producción industrial elaborados por el Departamento de Comercio de Estados Unidos, los cuales toman los valores de la producción industrial de los años 1957-59 como iguales a un punto 100, veremos lo siguiente: el valor de la producción industrial era igual a 69 puntos en 1948. A fines de la guerra de Corea (mediados de 1953), este índice acusaba un valor de la producción igual a 93 puntos, lo que revela un crecimiento de cerca de 50% en 5 años. Desde entonces hasta 1962, la producción industrial creció solamente 20 puntos en 9 años.

El crecimiento anual medio del producto nacional bruto de Estados Unidos en la posguerra fue el siguiente: de 1947 a 1950, 4,5%; de 1950 a 1953 (guerra de Corea), 5,1%; de 1953 a 1960 (período de paz), 2,4%; de 1960 a

1966 (guerra de Vietnam), 5,11%. Los datos demuestran que solo se alcanzó un crecimiento razonable (muy por debajo de Japón y Alemania¹² y bastante por debajo de los países socialistas) en los períodos de guerra.

Esto sin considerar el hecho de que este crecimiento del producto nacional fue esencialmente orientado hacia sectores improductivos como la producción militar, los servicios, etc.

De 1947 a 1967 el Estado incrementó su participación en el ingreso nacional de Estados Unidos de 9,4% a 14,7%. De la participación del Estado, el consumo militar representaba 27,9% del total del gasto público (gobierno federal, estatal y local) y 44,2% del consumo del gobierno federal. Hay que señalar el enorme crecimiento de los gastos gubernamentales en salud y bienestar, que pasaron del 14,4% del consumo federal en el período de la guerra de Corea (1952) a 26,6%, igualando casi al consumo militar. La participación de la educación en el gasto público cambia de 8,9% a 16,5% en el mismo período. Y la seguridad social pasa de 8,3% a 18,7%. Esto revela que Estados Unidos hizo un gran esfuerzo para desarrollar un Estado de bienestar al lado de una economía de guerra, hecho no suficientemente destacado por los analistas del último período (el aumento de los consumos de bienestar y educación se produjo básicamente desde 1960 hasta ahora, después del movimiento negro y del “Sputnik”). Sin embargo, tales esfuerzos están muy rezagados con relación a las demandas reales, lo que demuestra la gravedad de la situación norteamericana.

El estancamiento norteamericano hizo todavía más grave el problema del empleo. Como si no bastaran las distorsiones en las estructuras del empleo que acrecientan la población empleada en sectores improductivos, y en la producción y servicio militar, se presenta también el problema del desempleo estructural.

12. Las tasas de crecimiento anual del producto nacional bruto entre 1950 y 1964 de los siguientes países son bien significativas: Estados Unidos: 2,6%; Canadá: 4,3%; Japón: 9,9%; Alemania Occidental: 7%; Inglaterra: 3%; Francia: 4,8%; Italia: 5,3%. Los datos sobre el aumento de producción por trabajador (productividad) no son más favorables a Estados Unidos. En el mismo período indicaban el siguiente crecimiento anual: Estados Unidos: 2,4%; Canadá: 2,2%; Japón: 7,8%; Alemania Occidental: 5,4%; Inglaterra: 2,2%; Francia: 4,6%; Italia: 5,2%.

En cuanto al producto nacional bruto per cápita, tenemos en el mismo período los siguientes crecimientos anuales: Estados Unidos: 1,9%, Canadá: 1,8%; Japón: 8,7%; Alemania: 5,9%; Inglaterra: 2,4%; Francia: 3,8%; Italia: 5,2%. Fuente: Department of Commerce, USA.

En 1968, Estados Unidos tiene al 4,5% de sus trabajadores ocupados en la agricultura; 0,8% en la minería; 25,8% en la manufactura; 5,8% en la construcción; 3,4% en los transportes; 1,2% en comunicación; 0,9% en luz, gas y servicios sanitarios. En un criterio muy amplio, por tanto, sumaríamos 42,9% de los trabajadores ocupados en actividades productivas o de servicios necesarios a la producción. De los restantes 57,1%, están ocupados en el comercio 18,3%; en los servicios financieros y de seguros, 4,3%; en los otros servicios, 16,9%; y en el gobierno (incluidos los militares) 18,2 %.

Es evidente pues la distorsión de esta estructura de empleo. Gran parte de ella se compone de trabajadores no productivos y de empleos gubernamentales que o buscan ocupar una mano de obra sobrante (como los empleos militares), o buscan resolver problemas creados por la propia estructura económica (como la amplia burocracia dedicada a servicios sociales y de bienestar que, como lo plantean algunos líderes negros, sirven más para dar empleo a los burócratas que para resolver los problemas de la pobreza).

A pesar de esta inflada estructura del empleo, no se soluciona el problema permanente del desempleo. En los momentos de mayor auge económico en la posguerra, Estados Unidos llegó a una tasa de desempleados, en el apogeo de la guerra de Corea (1953), y a un 3,4% en el auge de la guerra de Vietnam (1968). Se puede hablar de una tasa de desempleo estructural de cerca del 3% que significa hoy en día cerca de 3 millones de desempleados con sus familias. Tales tasas de desempleo no incluyen a los trabajadores que ya no buscan empleo, tampoco a ciertos sectores de la población que no se consideran aptos para la producción por efecto del desempleo, como las dueñas de casa, las viudas, los hombres maduros jubilados, etc., los cuales estarían trabajando en una economía de pleno empleo. No se considera tampoco a la población de reclutas militares, que corresponde a cerca del 4% de la fuerza de trabajo.

La gravedad de la situación será mejor apreciada si llamamos la atención sobre el hecho de que entre 1954 y 1965 la tasa de desempleo varió entre 4,0% (1956) y 6,7% (1961), lo que supone una población desempleada aproximadamente de 5 millones de padres de familia. Los datos demuestran que el sistema tiene un límite muy bajo de absorción de la mano de obra y que se forma una inmensa población desempleada, semidesempleada, subocupada, que se agrega a la población cuya ocupación es producto de la distorsión

del sistema de empleo y nos hace posible explicar la violenta tensión social norteamericana y las escandalosas estadísticas de pobreza en el país más rico del mundo.

Detengámonos un poco en este aspecto de las estadísticas de la pobreza para apreciar la profundidad de los cambios estructurales que se plantean a la sociedad norteamericana, dilacerada entre una gran capacidad productiva no utilizada y enormes necesidades sociales, y entre una abundancia manifiesta y una escasez más o menos oculta.

En 1967 había en Estados Unidos 5,27 millones de familias (una población de cerca de 21,2 millones de personas calculando una familia mediana de cuatro personas) viviendo con un presupuesto inferior a 3.335 dólares al año, de acuerdo con estimaciones de la Administración de Seguro Social¹³. De estas familias 3,2 millones vivían con un presupuesto inferior a 2.000 dólares. Había aún, en 1966, 4,9 millones de personas sin familia viviendo en estado de pobreza (menos de 1.635 dólares). Se suma así un total de 26 millones de personas en estado de pobreza en una población de 197,9 millones de habitantes (cerca de 13,2% de la población). Una población cercana a la de Argentina.

Pero hay que incluir a las familias y personas consideradas en estado de privación que reciben un ingreso familiar entre 3.335 y 5.999 dólares, y un ingreso individual entre 1.635 y 2.999 dólares. En este tramo de consumo encontramos 11 millones de familias, es decir, 44 millones de personas y 2,4 millones de individuos sin relaciones familiares. Un total de 46,4 millones de individuos en privación en plena sociedad opulenta. Sumándolos a los 26 millones de pobres tendremos una población de 72,4 millones de personas entre privación y pobreza (cerca del 37% de la población norteamericana).

Tales hechos no hacen más que reflejar una distribución del ingreso extremadamente negativa. Si dividimos las familias norteamericanas en 5 partes iguales según su participación en la renta, tenemos que la quinta parte más baja recibe 5% de la renta; la segunda quinta parte más baja recibe 12%; la tercera quinta parte más baja recibe 18%; la cuarta quinta parte recibe 24%; la última quinta parte, es decir, el 20% de familias más ricas de Estados

13. Los datos sobre pobreza fueron sacados del informe de Leon H. Keyserling, presidente de la Conferencia por el Progreso Económico y antiguo jefe del Consejo de los Asesores Económicos del Gobierno al Joint Economic Committee, Congress of the United States. *The 1969 Economic Report of President*, Washington, 1969.

Unidos, recibe el 41% de las rentas. En lo que respecta a la renta de los individuos, la situación es aún más desigual: el primer 20% de ingresos más altos recibe 52%; el segundo recibe 24%; el tercero, 13%; el cuarto, 8% y el quinto grupo, es decir, 20% de la población de individuos sin familia, participa en solo el 2% de las rentas de este sector de la población.

Los datos son suficientemente significativos para demostrar que una crisis económica grave en Estados Unidos se mantiene bajo la apariencia de crecimiento económico sostenido y de abundancia, y que este país no puede soportar, sin graves tensiones, un período más o menos prolongado de recesión económica.

¿Qué decir de la apariencia de una economía estable y sin crisis? ¿Sería posible que esta economía que no alcanzó ni el pleno empleo haya podido mantener un crecimiento sostenido en la posguerra? Los datos son engañosos a este respecto. Si observamos sus cifras anuales parece no haber habido crisis graves. Pero si tomamos los datos en su flujo mensual encontraremos una economía cíclica que presentó al menos cuatro recesiones graves después de 1947 (no contamos aquí la recesión del período inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial). Un estudio del National Industrial Conference Board, Inc. toma 25 indicadores de ciclo económico en la posguerra¹⁴ y distingue cuatro ciclos:

El primer ciclo va de noviembre de 1948 a julio de 1953 (recesión: noviembre de 1948 a octubre de 1949; recuperación: octubre de 1949 a julio de 1953), es decir, el período de la guerra de Corea.

El segundo ciclo va de julio de 1953 a julio de 1957 (recesión: julio de 1953 a agosto de 1954; recuperación: agosto de 1954 a julio de 1957, crecimiento de la exportación neta y retomada de los gastos militares).

El tercer ciclo va de julio de 1957 a mayo de 1960 (recesión: julio de 1957 a abril de 1958; recuperación: abril de 1958 a mayo de 1960).

El cuarto ciclo empieza en febrero de 1961 y se puede decir que llega hasta el segundo semestre de 1969 a pesar de una pequeña recesión en julio de 1966, que es luego neutralizada por las nuevas inversiones militares debidas a los bombardeos a Vietnam del Norte. Lo más característico de la recesión de 1970-71 es que se produjo en un período de guerra.

14. William B. Franklin, *The Postwar Cycles: a Conference Board Chart Study*, New York.

A pesar de encontrarnos en estos años frente a recesiones muy lentas y recuperaciones bastante rápidas, hay que decir con Alvin H. Hansen que

Ahora, sin embargo, la experiencia ha demostrado más allá de toda duda que el ciclo de producción, ingreso y empleo no es todavía favorable¹⁵.

Hay que plantear más todavía: el período optimista generado por la extensión de la recuperación que empieza en febrero de 1961 deberá ser seguido por un período también bastante largo de crisis económica en las condiciones estructurales descritas y con profundos cambios políticos internacionales y en el interior de Estados Unidos.

5. EL AUGE DE POSGUERRA Y SUS LIMITACIONES

En el apartado anterior hemos visto que, durante el período que va de 1947 hasta 1966, la economía capitalista internacional presentó un ciclo de crecimiento económico sostenido con pequeñas crisis periódicas, que no llegaron a presentar fenómenos de baja de producción, sino de la tasa de crecimiento económico. Excepto en Estados Unidos y en Inglaterra, donde se produjeron recesiones importantes de cuatro en cuatro años, en los demás países del bloque capitalista se logró mantener siempre, aunque con altibajos, el crecimiento.

Las razones de este ciclo de crecimiento continuo debe explicarlas un conjunto de factores; analizados más en detalle, estos nos permitirán entender no solamente el período anterior sino, al mismo tiempo, el carácter del período actual.

Entre las razones que determinaron este ciclo de signo positivo debemos señalar, en primer lugar, la superación del ciclo de baja económica que se dio entre 1921 y 1948¹⁶. Entre esos años, a pesar de que se presentaron ciertos

15. Alvin H. Hansen, *The Postwar American Economy*.

16. Si tomamos como un hecho los ciclos de Kondratieff de largo plazo (50 años) debemos concluir con Geoffrey Barraclough que el ciclo iniciado en 1921 terminó en 1971. Es interesante señalar una observación suya con la cual estamos de acuerdo: "El paralelo, si se puede establecer uno, es entre 1971 y 1921, cuando el *boom* que empezó en 1896 terminó; y nuestra posición comparativa en el ciclo, en la actualidad es 1924 y no 1934. Evidentemente, aún hay tiempo, mientras los gobiernos tocan sus arpas y la inflación aumenta, para otro Hitler –o algo peor". Geoffrey Barraclough, "O Fim de uma Era", *Opinião*, 15 de julio de 1974, traducción del artículo publicado originalmente en *The New York Review of Books*.

momentos de crecimiento muy acentuados, como el que ocurrió en Estados Unidos desde la mitad de los años 20 hasta 1929, el cuadro general fue de un estancamiento económico con períodos de baja producción muy agudos y acentuación masiva del desempleo, particularmente entre 1929 y 1933, que fueron los años de crisis más aguda durante todo el ciclo¹⁷.

El fin de la coyuntura depresiva, que duró cerca de 30 años, se debió a factores muy importantes: descubrimientos tecnológicos que permitían importantes inversiones en la producción de nuevos productos; los resultados de la crisis anterior, agudizados por el período final de la Segunda Guerra Mundial, en el sentido de una baja general de los salarios y un aumento, por lo tanto, de la tasa de ganancia y del estímulo a invertir; el desarrollo de la industria de guerra; el papel especial que representó la intervención masiva del Estado, que se hizo corriente como consecuencia de la crisis; el hecho de que la deflación producida por la crisis hubiera llevado a la pérdida de los valores contables inflacionados por la especulación, permitiendo así abarcar las instalaciones industriales; y, en fin, el fenómeno de la quiebra de pequeños, medianos y hasta grandes productores de mayor ineficacia financiera y económica dio como consecuencia un aumento de la productividad en el sistema de producción.

Por otro lado, como resultado de la guerra, se afirmó la hegemonía de Estados Unidos sobre el conjunto de los países capitalistas. Esa hegemonía había sido disputada por Alemania mediante el método militar, lo que condujo a la Segunda Guerra Mundial. Alemania intentó imponer su hegemonía sobre Europa por medio de la fuerza y de la intervención militar, pero fracasó al no poder mantener la ocupación de la Unión Soviética, ni ocupar Inglaterra, ni conseguir la neutralidad de Estados Unidos, ni contar con victorias definitivas en África y en Asia, donde esperaba establecer su dominio mediante una alianza con Italia y Japón.

Luego de la derrota de Alemania y sus aliados en la Segunda Guerra Mundial, el mundo capitalista emerge bajo la hegemonía incuestionable de Estados Unidos, que se impone a Inglaterra y que no solo logró mantener sus tropas en toda Europa, sino también en Asia, en el Mediterráneo y en parte de

17. Una discusión sumaria de las recesiones económicas del siglo puede encontrarse en Maurice Flamant y Jeanne Singer-Kerel: *Crisis y recesiones económicas*, Barcelona (España), Ed. Oikos-Tau, 1971.

África y de América Latina. Estados Unidos pudo instalar así las bases militares suficientes para establecer una hegemonía a escala internacional, absolutamente incontestada. Dirigida, aparentemente, solo en contra de lo que se llamaba entonces la “amenaza comunista”, tenía también evidentemente un papel determinante en asegurar la expansión norteamericana y su predominio económico en el conjunto del bloque capitalista.

Resueltos estos problemas político-militares y asegurada, a través de los acuerdos de Bretton Woods, la hegemonía del dólar como moneda internacional, se inició un período de recuperación y de crecimiento sostenido que se prolongó hasta la década del 60. Como lo vimos, las características principales de este ciclo de ascenso económico son:

I. El mantenimiento de un crecimiento sostenido con crisis poco agudas.

II. La intervención estatal creciente para asegurar las condiciones de funcionamiento.

III. Una expansión constante del comercio internacional.

IV. Una expansión de las economías destruidas a consecuencia de la guerra (Alemania y Japón, sobre todo) apoyándose en buena medida, en el movimiento de capital norteamericano hacia ellas. El capital norteamericano encuentra también importantes fuentes de inversión en los países coloniales y semicoloniales que habían sentado una importante base para el desarrollo económico durante la guerra.

V. El crecimiento de la industria de guerra como principal fuente de inversión de la economía norteamericana y la difusión de los efectos favorables de su expansión en el conjunto de la economía capitalista internacional.

Las dos economías que más directamente se aprovecharon de esta expansión fueron la japonesa y la alemana, que, en gran medida afectadas por la derrota militar, vinculan la suerte de su recuperación económica a la expansión del comercio internacional y del mercado norteamericano en particular. Pero sus éxitos, calificados propagandísticamente de “milagros económicos”, no solo no se podían igualar en otros países, mostraron también muy pronto sus límites. Ya a fines de la década de los 50 se empezaban a advertir los problemas de este crecimiento milagroso.

1. En primer lugar, la expansión de Estados Unidos a escala mundial empezó a generar una transferencia de tecnología y de recursos económicos y financieros de Estados Unidos a los países europeos y a Japón y Canadá.

Después de 10 años, la expansión económica europea se muestra mucho más fuerte que la norteamericana. Los aumentos de productividad en esos países han sido más acentuados y el ciclo de crecimiento más sostenido, lo que lleva a un cambio del poder relativo de las economías europeas y japonesa frente a la norteamericana, como lo veremos más en detalle en el próximo capítulo.

Ello se aprecia si lo observamos tanto desde la perspectiva de su potencial productivo como del financiero. El fuerte movimiento de capitales hacia Europa y Japón, si bien conduce, por un lado, al predominio del capital norteamericano, por el otro provoca una pérdida de posición relativa de los Estados Unidos en la economía mundial. La balanza comercial norteamericana, que había sido siempre favorable, se va volviendo progresivamente desfavorable: las mercancías norteamericanas van perdiendo su capacidad de competencia, lo que provoca la disminución del superávit comercial hasta convertirse en déficit en 1970.

Por otro lado, como también lo veremos en el próximo capítulo, el balance de servicios ha sido siempre negativo para Estados Unidos, lo que provocó un déficit constante del conjunto de la balanza de pagos, desde 1950. Las razones de tal balance negativo son bastante evidentes:

a) La balanza de capitales como hemos visto, está determinada por la permanente salida de capital de Estados Unidos hacia Europa y Japón. Solamente las altas tasas de explotación de los países coloniales permiten compensar el déficit del intercambio de capital de Estados Unidos con Europa y producir incluso un intercambio favorable de esta cuenta.

b) Los gastos de mantenimiento del imperio colonial recaen evidentemente sobre el pueblo de Estados Unidos, que tiene que pagar el costoso aparato militar internacional, los préstamos internacionales, dirigidos a las grandes empresas para financiar sus inversiones en el Tercer Mundo y una costosa burocracia internacional (servicios de inteligencia, bancos de “fomento”, misiones y servicios comerciales, aparatos de “ayuda”, etc., etc.) que servía y sirve directamente a los intereses de expansión del gran capital norteamericano.

c) También se plantean problemas graves debido a los gastos de turismo y otros servicios en el exterior, a consecuencia del alto poder adquisitivo del dólar.

Todos esos factores que analizamos con cifras en el capítulo III, provocan,

como vimos, un fuerte déficit de la balanza de pagos norteamericana, déficit que Estados Unidos cubre con sus reservas de oro o con un endeudamiento creciente a escala internacional. Vemos así que el resultado de la hegemonía norteamericana y de su uso como instrumento de expansión de los grandes monopolios internacionales va a producir dialécticamente su propio debilitamiento.

Las contradicciones en el seno de este primer imperio universal, solo desafiado por el bloque socialista naciente y los movimientos de liberación nacional, se profundizan. Europa por su lado tiene que buscar su integración económica, como única salida para concentrar y centralizar su aparato económico y enfrentarse al gigantismo de las empresas norteamericanas y su creciente dominio sobre sus economías. En la década del 60 surgen las manifestaciones de nacionalismo europeo que son canalizadas por De Gaulle. El “gaullismo” logra entonces unificar fuertes intereses antinorteamericanos de la pequeña burguesía y también de sectores de los monopolios franceses. A pesar de que no encuentran una expresión coherente de su doctrina en otras partes de Europa, las posiciones principales del gaullismo se expresan en parte a través de sectores de la democracia cristiana en Italia y también encuentran eventualmente eco en los partidos socialdemócratas en general con expresiones más a la izquierda, al conciliar intereses del movimiento obrero y de la pequeña burguesía.

En una etapa posterior de su crecimiento, los países europeos y Japón van a retomar sus movimientos de capital hacia el exterior, así como su lucha por los mercados internacionales. En consecuencia, el capital norteamericano va a sentir fuertemente la competencia de otros capitales en el llamado Tercer Mundo. Se producen importantes movimientos de fusión de capitales de distintos países que no llegan a anular, sin embargo, sus bases nacionales, por lo menos hasta el momento.

De esta manera podemos ver que al final del ciclo de crecimiento (y como su propio resultado), la hegemonía norteamericana (que fue una de las condiciones de la estabilidad económica internacional) empieza a resquebrajarse y a tener que enfrentarse con las propias fuerzas generadas por el crecimiento anterior. El resurgimiento de las luchas interimperialistas dentro del sistema capitalista mundial, comienza a quebrar las posibilidades del equilibrio anterior, como lo veremos en los próximos capítulos.

2. Directamente ligado a estos fenómenos, se da el debilitamiento del dólar, como moneda de intercambio internacional, a resultas del debilitamiento relativo de la economía norteamericana y del agravamiento de los problemas generados por los déficits de su balanza de pagos. Al final de la década del 60, como hemos visto, esos déficits ya habían reducido las reservas de oro del centro hegemónico, al extremo de no cubrir su enorme deuda externa. Se hacía, por lo tanto, imposible financiar con liquidez suficiente, dentro de Estados Unidos, el déficit de su balanza de pagos¹⁸.

El presupuesto norteamericano –enormemente sobrecargado con los gastos militares, la “ayuda” económica, las nuevas exigencias de educación y “bienestar”–, tenía que sufrir necesariamente algunos cortes o por lo menos restringir su aumento vertiginoso.

Se empiezan así a cuestionar las propias condiciones del auge económico del período: la crisis del dólar está directamente ligada a la crisis de la economía internacional; ya no puede mantener su expansión permanente: implica también una fuerte reducción de los gastos militares, que había sido uno de los principales factores del crecimiento económico anterior; afecta asimismo la intervención estatal, que, mediante una política inflacionaria de gastos muy superiores a la posibilidad de su reproducción, lograba mantener en funcionamiento la economía.

3. Por otro lado, la crisis general, en curso a partir de finales del 60, es consecuencia también del agotamiento de las posibilidades de los principales productos, que se habían incorporado a la economía en el período anterior de continuar generando efectos secundarios. Los bienes durables descubiertos en los años 30 y 40 como la televisión, la refrigeración doméstica y otros, los productos químicos nuevos (petroquímica, farmacéutica, etc.) y otros inventos más directamente ligados al desarrollo de la revolución científico-técnica como, por ejemplo, la industria atómica, las computadoras, la industria espacial, etc., empiezan a perder su poder multiplicador y ya se han generalizado por todo el mundo. Estos productos habían tenido un gran desarrollo a escala internacional, ayudados por los fuertes movimientos de capitales hacia el exterior que se expandieron utilizando el poder que les daba el monopolio

18. Ernest Mandel estudia muy en detalle varios aspectos de las devaluaciones del dólar en *El dólar y la crisis del imperialismo*, México, Era, 1974.

de la nueva tecnología descubierta, sobre todo en el período de la guerra. De esta manera, se va produciendo en el plano tecnológico, una situación de restricción al crecimiento capitalista, a fines de la década del 50. Esta restricción no tiene su fundamento en los límites de la tecnología, sino en los del sistema, por su incapacidad para incorporar los nuevos saltos tecnológicos como la automatización sin cambios en su estructura.

4. Otro factor que es necesario considerar por su sustancial incidencia en los aspectos políticos de la situación internacional son los efectos de la política de pleno empleo sobre las masas obreras. Debido al crecimiento económico sostenido, se mantuvieron tasas de desempleo relativamente bajas sobre todo en Europa y Japón, pero también en Estados Unidos si las comparamos con las de los años 30.

En Europa hubo incluso una fuerte atracción de mano de obra de los países de menor desarrollo (España, Portugal, Yugoslavia, Turquía, etc.) hacia los países de mayor desarrollo económico. Esto permitía aliviar en parte los efectos del “pleno empleo” sobre la mano de obra, que nunca llegó a asumir la forma de una abierta carencia.

En consecuencia, al llegar el auge económico, a fines de los años 50, se hace posible prolongarlo hasta los años 60. Las clases trabajadoras aumentan, durante todo el período, su poder de reivindicación económica y logran importantes mejorías dentro del sistema existente. Esas mejorías significan también que, desde el punto de vista político, se produce un *acuerdo* entre los movimientos de trabajadores y los intereses burgueses, el cual se ha expresado incluso en el desarrollo de una fuerte corriente de trabajadores que apoyaban una política anticomunista, sobre todo entre 1947 y 1958, en el período de la Guerra Fría.

Como consecuencia de su inexperiencia política, el movimiento obrero de posguerra dejó que los intereses inmediatistas se impusiesen a los intereses generales de la clase. La combinación de una política de mejorías relativas para un proletariado que venía de treinta años de depresión, con la propaganda “antitotalitaria” que buscaba identificar comunismo y fascismo, con la atemorizadora represión, que se realizó a escala internacional en contra del movimiento comunista a partir de 1947, permitió a la burguesía dividir a la clase obrera y quebrar sus vínculos internacionales, que se habían fortalecido en los años 30 y que durante la guerra habían creado una fuerte corriente de

solidaridad democrática. La burguesía logró romper de esta manera la continuidad del desarrollo de su conciencia de clase.

La siempre utilizada combinación de una política represiva con concesiones económicas significativas, apoyada en un largo ciclo económico favorable, logró dividir al movimiento obrero y popular, disminuir su fuerza y así neutralizar su conciencia política socialista.

Pero, en la medida en que la situación de auge económico se ha ido terminando, ha disminuido la capacidad del capitalismo para entregar a los trabajadores mejorías sustanciales dentro del sistema, a fin de neutralizar su conciencia de clase. De un lado, la crisis produce la necesidad de mantener los sueldos bajos para garantizar la tasa de ganancia amenazada. Así también, de otro lado, el aumento de la competencia interimperialista acentúa la necesidad de cada burguesía nacional de mantener bajos costos de producción para poder competir dentro del comercio mundial.

Todos estos factores llevan inevitablemente a una confrontación creciente de la burguesía con el movimiento popular. Se produce progresivamente el rompimiento de las condiciones que permitieron la identificación de amplias capas de trabajadores con las tesis reformistas burguesas y pequeño-burguesas. En consecuencia, empieza a renacer un movimiento obrero radical y revolucionario, que crece en organización y conciencia en la medida en que se profundiza la crisis del sistema capitalista internacional.

5. Es necesario señalar, finalmente, que todo período de auge económico produce una tendencia a la especulación que busca prolongarlo al máximo posible. Esta lucha desesperada por alcanzar el máximo de ganancias dentro del período, lleva a la creación de valores financieros sin ninguna base real y de una falsa riqueza que explota muy violentamente cuando ya no es posible mantener el clima de crecimiento generalizado. Se producen entonces violentas caídas de valores, quiebras, corridas, etc., que pasan a ser uno de los fenómenos socioeconómicos más importantes del período depresivo.

Los años 1960-70 representaron el auge de estas formas de especulación financiera que llegan a su límite extremo al final de la década. La especulación tiene un carácter internacional, usándose los dólares norteamericanos en el exterior como base de creación de dinero bancario (los eurodólares y los asiandólares sufren enormes alzas por la especulación bancaria). Si sumamos

a esto los enormes débitos internacionales de los países dependientes, inmersos en una espiral de endeudamiento creciente, sin posibilidad alguna de pagarlos, si sumamos también la creación de dinero ficticio dentro de los países capitalistas más importantes y el estímulo a un sistema de crédito inflado para favorecer un consumo artificial, es entonces posible comprender la debilidad de todo el sistema financiero capitalista internacional.

El fin del auge económico debe acompañarse así de una grave crisis financiera mundial, en la cual la inflación, la baja generalizada de valores, la quiebra de muchas agencias financieras serán un elemento necesario del reajuste del sistema. El capitalismo de la posguerra empieza pues, a fines de 1960, a ahogarse en su propia salsa.

6. LA NUEVA CRISIS CAPITALISTA Y LOS ELEMENTOS DE LA COYUNTURA INTERNACIONAL

En el próximo capítulo pretendemos caracterizar en términos muy generales la actual crisis general capitalista. Nuestro objetivo es demostrar que las recesiones de 1967 y de 1969-71, así como la depresión de 1974-75, no son fenómenos accidentales. Son el comienzo de una crisis capitalista general que se inició a partir de 1967. Esa crisis deberá caracterizarse por un largo período histórico de carácter depresivo, con algunos períodos cortos de recuperación económica. Ella viene después de un largo ciclo de auge económico que se dio entre 1949 y 1966, cuando el capitalismo presentó una situación de crecimiento económico generalizado, solo cortado por algunos años de recesión o disminución del ritmo de crecimiento. Las consecuencias ideológicas y políticas de este ciclo de crecimiento fueron muy graves para el movimiento obrero y popular, que se caracterizó en el período por una tendencia a la división y a someterse al control ideológico del pensamiento burgués reformista. El fin de este ciclo económico abre un nuevo período histórico marcado por la unidad del movimiento obrero y popular, un desarrollo del pensamiento socialista y la tendencia a su hegemonía. Por otro lado, la burguesía tiende a dividirse y a aumentar las luchas entre sí.

Sin embargo, las condiciones objetivas no son suficientes para realizar una transformación revolucionaria de la sociedad. Son la capacidad política de las masas y de sus dirigentes y el desarrollo del análisis científico y su

aplicación a la situación histórica concreta, los que pueden asegurar una buena utilización de estas circunstancias históricas. Desgraciadamente, como en otros períodos similares, pues, como vimos, los ciclos económicos de larga duración no son un fenómeno nuevo en el capitalismo, la etapa de auge económico provocó muchos fenómenos graves de capitulación ideológica y política, que perjudican profundamente el movimiento popular en su conjunto y su capacidad para aprovecharse revolucionariamente de esta situación. Entre 1926 y 1945, el movimiento obrero internacional, de inspiración marxista-leninista, osciló desde la línea izquierdista del tercer período que caracterizaba a la socialdemocracia como un “socialfascismo” (cuyos resultados desastrosos son conocidos, particularmente la derrota frente a Hitler en Alemania), hasta los frentes populares y nacionales, liderados por la burguesía o la pequeña burguesía (cuyos resultados desastrosos son también conocidos, sobre todo en el caso de la España Republicana y la Italia y Francia de la posguerra).

Para intentar comprender las perspectivas que ofrece la nueva etapa de luchas políticas que se abrió a partir de 1967, nos abocamos a la tarea de analizar el conjunto de la coyuntura internacional. Para dar continuidad a esta tarea debemos distinguir los elementos o fuerzas que componen la actual coyuntura internacional y pasar a analizarlos enseguida, ya sea en su individualidad, ya sea en sus relaciones con la situación global.

Cabe destacar, en primer lugar, la crisis económica que forma el cuadro general en el cual se desarrollan los distintos aspectos de la coyuntura. Esta crisis no se presenta en algunos países por separado, sino que tienen un carácter internacional y afecta a todo el sistema capitalista mundial. Esto obliga a insertar en este contexto los distintos fenómenos nacionales.

Dentro del contexto general de la crisis del capitalismo hemos distinguido tres períodos hasta el presente: 1967-71 (que corresponde a las primeras manifestaciones de la crisis); 1972-73 (que corresponde a un primer intento de recuperación económica); y 1974-75 (primera gran depresión de la posguerra).

La crisis en sí misma no crea situaciones o elementos nuevos, pero profundiza tendencias, hace resaltar elementos que estaban en segundo plano, y produce, en su conjunto, una situación económica, social y política distinta. Después de analizar los aspectos económicos fundamentales se hace, pues,

necesario describir las condiciones de la lucha de clases y las expresiones políticas que asume. La política del imperialismo y la de los partidos obreros de distinta orientación, son los aspectos principales a considerar.

En el mundo contemporáneo tenemos que analizar la posición de los países socialistas como elemento esencial de la coyuntura internacional. En estos países no se presenta la crisis económica como en Occidente. Los países que han adoptado una economía basada en la propiedad colectiva de los medios de producción, en la planificación y en la dirección política de los partidos comunistas, han logrado superar los ciclos económicos y sus problemas. Eso no quiere decir que el bloque socialista no sufra las consecuencias de la crisis económica y política que se presenta en el mundo capitalista, la cual los obliga a reaccionar como gobiernos y como un movimiento político internacional. Es necesario por lo tanto analizar, conjuntamente con la actitud y las tendencias del bloque socialista, la posición de los partidos comunistas, los cuales han vinculado su destino político a la defensa de los países socialistas y particularmente a la URSS, como primera patria del socialismo.

En seguida hay que caracterizar otro elemento que tiene un papel muy importante dentro de la coyuntura internacional. Se trata de la socialdemocracia en los países industriales y del neopopulismo en los países dependientes. Junto con otras agrupaciones (como los antiguos partidos radicales), sectores de la nueva democracia cristiana y el liberalismo norteamericano forman un conjunto de fuerzas que componen lo que se ha llamado el centro-izquierda. Esas fuerzas tienden a ganar un papel mucho más dinámico e importante en las etapas de crisis económica y política. Se produce en estas oportunidades un fuerte remezón de estos movimientos y su actuación dentro de la coyuntura internacional pasa a ser un factor de gran importancia.

La otra corriente política internacional, que también tiene que ser tomada en consideración, es el movimiento conservador, el cual en circunstancias de una crisis muy aguda, se ve presionado entre el centro-izquierda y la ultraderecha, la cual pasa a representar también un papel muy importante dentro de la coyuntura internacional.

Es así que las tendencias parafascistas y fascistas se van configurando como uno de los elementos decisivos de la coyuntura internacional. El fascismo estuvo durante un largo período en hibernación y no representaba una fuerza real dentro de la coyuntura internacional. Pero la existencia de

una crisis económica, social y política, que hace temblar toda la estructura del sistema, lo hace reaparecer y desarrollarse.

Finalmente, se presentan en el cuadro político internacional las fuerzas de la llamada nueva izquierda, ultraizquierda o izquierda extraparlamentaria. Esta representa un gran número de corrientes y grupos muchas veces en abierto choque entre sí. En su conjunto configuran, sin embargo, una fuerza ideológica y de radicalización que condiciona en muchos sentidos ciertas direcciones de la coyuntura internacional.

El repunte del radicalismo de izquierda, su reaparición desde los años 60 desemboca, en los años 70, en una depresión política, paradójicamente cuando la crisis económica llega a su auge.

Si logramos realizar un estudio de este conjunto de circunstancias económicas, políticas e ideológicas creemos poder determinar, aunque de manera muy general, las principales tendencias y perspectivas de la actual crisis general del capitalismo.

1967-75: LA CRISIS GENERAL DEL CAPITALISMO Y SUS CARACTERÍSTICAS

En 1967 se presentan los primeros signos de la crisis económica que se desarrollará posteriormente en los años de 1969-70-71 y en 1974-75. Esos signos fueron:

- a) Una baja de la producción en -0,2 en Alemania;
- b) una significativa rebaja de la tasa de crecimiento en Estados Unidos (al 2,6%) y otros países como Inglaterra (al 2,6% en 1966 y al 3,6% en 1967).

Ante esta situación amenazante, Estados Unidos respondió inmediatamente con una política de aumento de los gastos militares, lo que llevó a un nuevo auge económico en 1968 y parte de 1969.

De esta manera, las dificultades fueron resueltas a través de una prolongación extremadamente artificial y peligrosa del auge económico; esto provocó una situación de tensión económica y política muy aguda en el año de 1968. En ese año el capitalismo empezaba a demostrar que el mantenimiento del período de crecimiento de posguerra solo se podía hacer por medio del agravamiento de las dificultades económicas. Es igualmente el momento en que Inglaterra realiza la primera devaluación de la libra. Empezaba a definirse el cuadro de la crisis económica general. En estos años, en fin, el proceso inflacionario comenzaba a demostrar su tendencia a escapar al control económico.

En 1969 se empiezan a demostrar los límites de este intento artificial por mantener un crecimiento económico imposible. Tenemos, en el mundo capitalista, el comienzo de una depresión económica que va a durar hasta 1971 en Estados Unidos y comienzos de 1972 en Europa y Japón. La recesión se

manifestó más fuertemente en Estados Unidos, donde la economía presentó una baja de producción bastante significativa, a pesar de que todavía no se produjo una depresión abierta.

En 1970 la economía norteamericana no tuvo ningún crecimiento (-0,5). Este fue el punto más bajo que produjo la crisis; sin embargo, entre los años de 1969 (2,7%) y 1971 (3,1%) se configuró un período depresivo de 3 años.

Durante el período de posguerra, solo entre 1958-1961, se había producido una situación tan negativa con más de un año de recesión sostenida. Sin embargo, la recuperación vino enseguida. En el período Kennedy-Johnson se restableció un crecimiento económico bastante importante en la economía norteamericana.

Pero la minidepresión que se produjo en 1967-71 no parecía poder remontarse con la misma facilidad. Para comprender las diferencias con relación a las recesiones del período anterior hay que analizarla en el contexto del comportamiento global de la economía norteamericana en esos años.

En primer lugar, esa baja de crecimiento comienza en pleno apogeo de la economía de guerra, durante la guerra de Vietnam.

El otro indicador importante del carácter grave de la depresión que entonces ya se anuncia se puede ver por el comportamiento del desempleo. Este saltó del 3,5% en el año de 1969, al 6% en 1971, causando graves preocupaciones.

Un tercer aspecto de la crisis es que, a pesar de la baja del crecimiento, la inflación se presentó bastante alta en el período. Esto demostraba que la baja de las tasas de crecimiento no reflejaba un reajuste económico suficiente y que se estaba aún interviniendo artificialmente en la economía para impedir que los aspectos deflacionarios funcionasen en su plenitud para llevar a un reajuste general de la economía. Esto significa que el aumento de la inflación impediría un crecimiento económico significativo.

Los datos son muy claros si son interpretados desde un punto de vista correcto, pues ponían en evidencia, ya en 1970-71, que cualquier intento de recuperación económica que se hiciera tendría vida corta y no haría más que acentuar los problemas ya destacados.

El cuarto aspecto importante es que la recesión se produjo internacionalmente, por lo menos en 1971, lo que no se había dado en todo el período

anterior. Tal hecho podría ser el anuncio de una crisis generalizada del sistema, como en parte se pudo ya observar entre 1974-75.

La crisis de 67-71 no fue exclusiva de Estados Unidos. Se presentó también en Europa, Canadá, Japón, Australia, etc. En todos esos países, por primera vez en muchos años, se evidenciaron importantes problemas de disminución de la tasa de crecimiento, aumento de desempleo, baja de la tasa de inversión, etc. También el comercio mundial se debilitó en el período y fueron años de importantes crisis financieras, como se puede ver por los siguientes antecedentes:

Se establecieron las devaluaciones del dólar y de la libra y se terminó el respaldo en oro del dólar, lo que determinó la caducidad del acuerdo de Bretton Woods, artífice financiero de la expansión de posguerra. Se intensificó fuertemente la lucha interimperialista, en busca de soluciones para la situación.

La Nueva Política Económica de Nixon se ajustó a las nuevas condiciones en contra del propio pensamiento económico de los conservadores norteamericanos que Nixon representaba. Esta Nueva Política Económica estableció el control de precios y salarios y la restricción de las importaciones mediante una sobretasa del 10%, que buscaba restablecer el poder de competencia de las mercancías norteamericanas desplazadas del comercio mundial.

Estados Unidos entró así en una fuerte lucha con sus competidores internacionales y exportó su crisis al exterior, sobre todo a Alemania y Japón, los cuales, según hemos visto, tienen su crecimiento económico muy directamente ligado al mercado interno norteamericano. Las consecuencias no se hacen esperar: Japón, cuyo crecimiento medio del producto bruto en la posguerra siempre excedió de 10% a 12%, baja progresivamente su tasa de crecimiento del PNB: 14,2% en 1968, 12,1% en 1969, 10,3% en 1970, 6,2% en 1971. Así también Alemania, que siempre circundó el 8% en la posguerra (único percance, los años 66 y 67 con crecimiento de 2,9% y -0,2%), empieza a ver decaer su tasa de crecimiento del PNB (producto nacional bruto): 8,3% en 1969; 5,8% en 1970; 2,7% en 1971; 3% en 1972.

Como resultado de esa política proteccionista (y otras medidas que buscaban estimular la inversión y la producción en el interior del país, el establecimiento de un relativo control sobre precios y salarios que disminuyese

la inflación y mejorase la situación internacional de la moneda norteamericana), los años de 1972 y 1973 fueron marcados por una importante pero corta recuperación de la economía norteamericana, que terminó afectando positivamente a la economía internacional en los años de 1972-73.

El déficit de la balanza de pagos fue disminuyendo, la inflación fue relativamente comprimida, el dólar se valorizó frente a las demás monedas, el producto nacional bruto creció cerca del 6% en 1972 y 5,9% en 1973, el desempleo disminuyó al 4,6%.

El objetivo general fue alcanzado, pero dentro de marcos muy inferiores a los que se proponía. Así, por ejemplo, se logró bajar la tasa de inflación, pero no de manera tan sustancial que permitiese pensar que el fenómeno inflacionario estaba resuelto.

En este sentido, es interesante examinar la diferencia entre las previsiones de tasa de inflación en Estados Unidos, hechas por el Consejo de Consultores Económicos de la Presidencia a comienzos de cada año, y la tasa de inflación real presente al fin del mismo. En el año de 1968, el Consejo previó una tasa de inflación del 3,1% y se produjo una del 3,9%; en 1969, se calculó a principio de año una inflación de 3% y se produjo una del 4,8%; en 1970, año del más bajo crecimiento (igual a cero), se calculó una inflación del 4,8% y se produjo una del 5,5%; en 1971 se previó una tasa del 3% como resultado de las medidas antiinflacionarias y se produjo una inflación del 4,5%; en 1972, cuando ya se había alcanzado una cierta recuperación económica, se logró una previsión bastante próxima al resultado final, de cerca de 3,2%, para una inflación real del 3,4%. Sin embargo, en 1973, al pensar que se disponía ya del control de la situación inflacionaria, el Consejo previó una inflación del 3% y se produjo una inflación real del 5,5%. En 1974 ya se entendía la imposibilidad de controlar este proceso inflacionario. Por ello, y como resultado de la experiencia de los últimos años, se calculó una inflación cercana al 7% y la inflación real superó el 12%.

Estos datos revelan la debilidad de una política de recuperación económica con contenido inflacionario, que no puede enfrentar los problemas reales que dan origen a la crisis actual. Lo más grave de esta situación es la configuración de la llamada “estagflación” o “depreflación”, es decir, una mezcla de estagnación o depresión e inflación, ya no como fenómeno eventual como se produjo en 1958 (cuando fue controlado rápidamente), sino como un

fenómeno que tiende a hacerse permanente y a presentar un perfil coherente, y casi a convertirse en un patrón de comportamiento de la economía.

Se puede notar, por tanto, que si bien la llamada Nueva Política Económica del presidente Nixon (apoyada por el gran capital norteamericano) realmente realizó entre 1972 y 1973 un crecimiento importante de la economía (lo que produjo la impresión de que sería posible recuperar el control de la misma y volver a una tasa de relativo crecimiento), desde un comienzo se hacían evidentes las señales que demostraban las limitaciones para tal optimismo.

Como lo veremos más en detalle, una de esas señales fue la inflación desatada en 1973; otra fue la imposibilidad de bajar la tasa de desempleo de manera significativa. Dentro de los patrones normales de la economía, debido a la fuerte tasa de crecimiento que se alcanzó en el 72-73, debería empezar a disminuir significativamente el desempleo. Sin embargo, este, que había alcanzado en 1972 el 6%, en 1973, como fruto de la política de crecimiento, bajó solamente al 5,5% y en 1973 al 5,3%, llegando a su punto más bajo a mediados de año: 4,6%.

Estos datos demostraban que las barreras para una política de crecimiento eran muy fuertes y que la economía necesitaba de un reajuste muy sustancial para poder permitir un repunte del crecimiento económico en términos significativos. Significan también que la depresión económica debía ser o muy profunda, a mediano plazo, o relativamente controlada, a largo plazo. El período de depresión económica que se inaugura en 1974 ya no representa por tanto simplemente un pequeño ciclo, un breve momento dentro del ciclo general de crecimiento económico, como las crisis de 1949-1953-1958-60-61. Por el contrario, el conjunto de nuestro análisis parece indicar claramente que, a partir de 1967, el patrón general de la economía capitalista internacional se traslada de un crecimiento generalizado con pequeñas crisis hacia un patrón de depresión generalizada, con pequeños auges económicos.

En las páginas que siguen pretendemos realizar un análisis más detallado de los primeros nueve años del ciclo depresivo; éste, según se puede desprender de otras circunstancias similares, deberá durar cerca de 20 a 25 años. Este plazo corresponde al ciclo de Kondratieff, dentro del cual hay períodos de crecimiento aun cuando se presente una curva general depresiva. Ni Kondratieff ni ningún economista han logrado explicar de manera convincente

las razones de esta periodicidad de los ciclos de largo plazo. Es, por lo tanto, poco científico el cálculo de 20 a 25 años que señalamos a título de respetar las evidencias históricas.

Debido a los mecanismos de intervención en la economía que hemos destacado, debido incluso a la presencia de los países socialistas en el cuadro económico internacional y a la fuerza organizativa (aunque su poder ideológico no sea correspondiente) del movimiento obrero en las naciones capitalistas más desarrolladas, este ciclo no deberá presentar circunstancias demasiado drásticas. Es previsible que, por influencia de la presión popular, la propia burguesía buscará evitar que las depresiones alcancen puntos demasiado bajos. Tampoco las etapas de recuperación deberán alcanzar auges muy elevados, a no ser que el espíritu aventurero y especulativo de los sectores más jóvenes e inexpertos del capital se imponga sobre las oligarquías tradicionales, que saben muy bien que a los auges muy altos suceden las depresiones muy agudas.

Pasemos pues a estudiar los tres momentos importantes del nuevo ciclo depresivo del capitalismo, que son la recesión de 1967-71, la recuperación de 1972-73 y la depresión de 1974-75.

1. EL RECONOCIMIENTO DE LA CRISIS

Los sectores de vanguardia de los hombres de negocios norteamericanos se vieron obligados a reconocer el carácter de la crisis. En el mes de mayo de 1970 la revista *Business Week*, que está dirigida a un seleccionado público de hombres de negocios, planteaba:

Los que hacen la política en Washington todavía no han utilizado la palabra, pero en lo que se refiere a un creciente número de economistas, inversionistas y hombres de negocios, la baja económica se ha convertido en una recesión. Por otra parte, nada en las estadísticas económicas sugiere un pronto fin a ella o a la inflación.

Pero la posición de *Business Week* puede ser sospechosa por su ataque frontal al gobierno republicano. Tomemos al grupo del Chase Manhattan, que apoyaba en aquella oportunidad la política del Gobierno. El *International Finance* del 3 de agosto del mismo año planteaba:

La economía norteamericana puede estar cerca, o al borde, de una micro-mini recesión [*sic*], pero la tasa de crecimiento de la balanza anual será probablemente extremadamente modesta. Las pasadas políticas de restricción monetaria y fiscal continúan bajando el porcentaje de inflación. Aunque un posible aflojamiento de estas políticas podría apuntar a una reanudación de un crecimiento más normal en 1971, no se prevé ningún retorno a las condiciones del auge [*sic*].

Partimos así de un reconocimiento de la recesión (sea mini o micro o ambos diminutivos) y de que la recuperación no sería inmediata (ya entonces

se calculaba que una pequeña recuperación empezaría en 1971). Lo que más llama la atención de los analistas es la sorpresiva combinación de la recesión con una altísima inflación y con una economía altamente estimulada por los gastos de guerra.

2. LA ECONOMÍA DE GUERRA Y SUS LÍMITES

El último aspecto es realmente importante. La crisis de 1938 en Estados Unidos fue superada por la economía de guerra. La crisis de 1949, también. La recuperación de la crisis de 1954 y 1958 se debe en parte a una política de acentuación de los gastos militares en un período de paz. Una pequeña amenaza de crisis en julio de 1966 fue superada mediante el estímulo a las inversiones, provocado por los bombardeos a Vietnam del Norte y la consecuente ampliación de la guerra. Por otro lado, las diversas crisis y recesiones de la posguerra están asociadas a los períodos de término de las diversas guerras locales. La crisis de 1970-71 se dio en medio de una acentuada economía de guerra y no podía contar con una expansión importante del consumo militar, que fue la principal salida de las crisis anteriores.

Pero ¿cuáles son los motivos que permitieron llegar a la recesión en plena guerra? En este sentido funcionan varios factores. Llamaremos la atención sobre cuatro de ellos.

En primer lugar, el mantenimiento y la expansión de una economía de guerra significan un crecimiento sustancial de los gastos de gobierno. Estos gastos tienen que ser financiados con impuestos, que en ese momento habían alcanzado una alta incidencia sobre las actividades económicas. Para lograr un estímulo a la inversión, la administración Kennedy y la de Johnson habían utilizado la exención de impuestos sobre las rentas reinvertidas, lo que muestra el valor estratégico de la política tributaria en el proceso de crecimiento económico. La alta incidencia de los impuestos llevó a la pequeña burguesía y a los asalariados a ponerse en contra de todo nuevo aumento de la carga tributaria, y esto sirvió incluso de bandera al único candidato independiente que logró un sustancial número de votos en Estados Unidos, George Wallace.

Descartada la alternativa de aumentar los impuestos sobre las grandes empresas, pues a ellas se les da exención fiscal para estimularlas a reinvertir, queda la alternativa de presionar sobre los asalariados y los pequeños y

medianos propietarios, lo que no es conveniente políticamente, ni económicamente, pues provoca una rebaja muy grande del consumo. Los impuestos indirectos, por su lado, inciden sobre los precios, aumentando la tendencia inflacionaria. Finalmente, cabe el recurso de operar con un presupuesto desfinanciado y recurrir a la emisión de bonos del Gobierno, lo que es también inflacionario. Difícilmente el Gobierno podría aventurarse a llevar más lejos la política inflacionista que caracterizó al período de Kennedy-Johnson y que muestra sus frutos en la magnitud de la inflación. Posteriormente veremos los aspectos políticos y económicos que plantea esta situación inflacionaria.

En segundo lugar, la guerra es un mecanismo limitado hoy en día para impedir la recesión, porque gran parte de los gastos militares repercuten fuertemente sobre la balanza de pagos norteamericana. La conservación de un enorme número de bases militares y soldados en el exterior, la ayuda militar a varios países, los gastos en el exterior realizados para la guerra no son compensados directamente en la balanza de pagos. Los dólares salen y no regresan. Varios sectores de la clase dominante norteamericana han llamado la atención sobre este hecho. Los gastos militares en el exterior son los principales responsables de los déficits de la balanza de pagos norteamericana. En tanto Estados Unidos disponía de reservas de oro y de una moneda fuerte en el exterior, tales déficits eran un buen negocio para los capitalistas y no llegaban a significar un problema. La situación cambia desde 1970, cuando las reservas de oro son muy inferiores a las deudas externas y el dólar no resiste a la presión inflacionaria internacional. En un momento de cierta sensibilidad financiera internacional es absolutamente imposible continuar con los déficits de la balanza de pagos norteamericana.

Los gastos militares se ven así presionados por los dos lados: del lado interno, por la necesidad de lograr un presupuesto equilibrado; del lado externo, por la necesidad de disminuir los déficits de la balanza de pagos.

Pero hay que tomar en cuenta dos factores más que actúan en contra de un aumento significativo de los gastos militares: los problemas políticos de Estados Unidos y los efectos multiplicadores de la inversión militar.

Estados Unidos vive desde la década del 60 un período de gran conflicto interior. Estos conflictos se vienen acumulando sin encontrar una respuesta efectiva, y la guerra y el llamado complejo industrial-militar se han convertido en el centro de ellos. El problema de la pobreza, con sus efectos sobre los

barrios negros, puertorriqueños y mexicanos y sobre la cuestión racial, afecta directamente la orientación militarista de la economía norteamericana, sea desde el punto de vista económico o desde el punto de vista político.

En lo que respecta al aspecto económico, se crea cada vez más conciencia sobre lo absurdo e irracional de no disponer de fondos para enfrentar el problema de la pobreza y, al mismo tiempo, disponer de un presupuesto militar tan grande. La situación se agrava con la recesión, que lleva al Gobierno a hacer cortes en los gastos educacionales y de bienestar, sin que, al mismo tiempo, tome ninguna medida radical de disminución de los gastos militares (hay fuertes presiones en este sentido, aun entre los liberales).

En lo político, la guerra de Vietnam no solo ha despertado la oposición interna liberal de aquellos que no le encuentran sentido al hecho de que sus jóvenes vayan a morir en tierras distantes por una guerra aparentemente sin sentido, sino que también ha despertado una oposición revolucionaria. Esta identificó a la guerra con los monopolios y con la política imperialista de Estados Unidos sobre los pueblos de color. La guerra hizo despertar más violentamente el odio racial interno y permitió ligarlo a la lucha antiimperialista de los pueblos oprimidos. Este sentimiento no se desarrolló solo en los guetos, sino también en la universidad, en ciertos sectores sindicales y en los cuarteles, y adquirió dimensiones cada vez más amplias en la sociedad norteamericana. Sería extremadamente fatigoso enumerar aquí las distintas tendencias de la izquierda norteamericana; la mayor parte de ellas surgidas de una radicalización del movimiento liberal. Habría que señalar, sin embargo, el crecimiento del movimiento de rebelión dentro del ejército, donde los General Infantry (GI) [soldados] no solo mantuvieron una amplia prensa de oposición, sino que además realizaron manifestaciones e incluso acciones de sabotaje, que han sido más o menos encubiertas por la prensa oficial, pero que alcanzaron divulgación en la prensa de izquierda norteamericana. La guerra se convirtió, pues, en el gran tema político y en un peligroso foco de agitación social.

Pero hay un cuarto factor, que disminuye el poder de los gastos militares como solución para la crisis del subconsumo, como fuente de empleo y en general como estímulo a los negocios. La tecnología militar es cada vez más sofisticada, lo que lleva a disminuir su efecto multiplicador en la economía. La economía de guerra se ve afectada por los cambios de estrategia militar hacia una estrategia intercontinental, basada en cohetes balísticos intercon-

tinental, quedando las armas más livianas restringidas a las guerras locales. Estos cambios conducen a la disminución del efecto multiplicador de los gastos militares.

El uso de esta tecnología disminuye la necesidad del reclutamiento militar, el cual ha permitido ocupar una enorme mano de obra ociosa. El consumo militar tiende a orientarse hacia productos altamente especializados, producidos por una tecnología que ahorra mano de obra. La atención a esta demanda, tan altamente concentrada, tiende a restringirse a un pequeño número de grandes empresas que se vuelven cada vez más dependientes del consumo militar y, por tanto, altamente sensibles a sus posibles oscilaciones. Es necesario destacar que la capacidad de manipular la demanda militar ha sido el elemento estratégico para el crecimiento de varios nuevos conglomerados norteamericanos, que saltaron rápidamente a los primeros lugares de la lista de las más grandes empresas, amenazando a las corporaciones tradicionales y a la oligarquía establecida de las antiguas familias dominantes.

Los gastos militares tienden así a perder su capacidad de regar el conjunto de la economía con empleos y con una demanda estable. Como este fue el factor clave que permitió el crecimiento norteamericano en la posguerra y dio al sistema el principal instrumento para una política anticíclica, la recesión de 1970-71 puso al orden del día la necesidad de reorientar la política de inversiones hacia otros sectores. Hay que considerar que la industria espacial, que parecía a muchos como solución en un cierto momento, entró desde 1970 en franco proceso de crisis, creando por primera vez un grave problema de desempleo en el área de los científicos y de los trabajadores técnicos altamente calificados.

La otra posible alternativa de reorientación de inversiones sería hacia los sectores de bienestar social y de educación, que también se encuentran en crisis pero sus demandas son altísimas, particularmente la educación, a consecuencia de la revolución científico-técnica. No son pocos los grupos de la clase dominante que claman por una reorientación de la política en este sector bajo la presión de la acentuación de los conflictos sociales y de las ahora evidentes limitaciones del consumo militar. Pero hay que considerar que una reorientación masiva del consumo público hacia la política de bienestar y de educación exigiría al mismo tiempo una reorientación política que hiciera emerger en Estados Unidos alguna forma de partido socialdemócrata, con

una militancia más intensa de los sindicatos y movimientos de minorías y locales. Hasta qué punto los cuadros políticos de la clase dominante podrían enfrentar tal situación y reorientarse ideológicamente para asumir tales tareas es una cuestión de difícil respuesta. No hay duda, sin embargo, de que el liberalismo norteamericano está en franca crisis y que fenómenos como las candidaturas de McCarthy y McGovern, el fin de la guerra de Vietnam, Watergate, las elecciones parlamentarias de 1975, etc., lo demuestran.

3. LA COMBINACIÓN DE INFLACIÓN Y RECESIÓN

Vemos así que la crisis económica, sea cual fuere su extensión, pone en evidencia la crisis institucional y política que vive el capitalismo norteamericano. Pero queda por explicarse por qué y cómo la crisis norteamericana combina desde 1970-71 un período de recesión con un comportamiento altamente inflacionario.

La explicación de este fenómeno está en gran medida ligada a lo anterior: la economía de guerra fue en gran parte responsable de la inflación en 1970-71. Pero hay otros factores que actúan sobre la economía con consecuencias inflacionarias. Debemos analizarlos primero para llegar, al final, a una conclusión sobre el posible desarrollo de la crisis.

La inflación norteamericana tiene su origen en varios factores:

- a) La necesidad de crear una demanda estatal, que no siempre corresponde a la recaudación disponible, generando un déficit presupuestario.
- b) La necesidad de una política crediticia que permita a los compradores aumentar su poder de consumo a través del endeudamiento.
- c) La inflexibilidad de la estructura de precios, debida al control monopólico de los mercados.
- d) El déficit de la balanza de pagos.

Estos cuatro factores, sumados a los gastos militares que ya analizamos, llevan a una situación inflacionaria permanente que, a pesar de haber sido contenida por dos décadas, crea al final un clima inflacionario y una corrida entre precios y salarios. Veamos cada uno de estos factores.

Hemos visto cómo los gastos militares son inflacionarios y llevan a un déficit presupuestario. Este déficit se podría atenuar si el Estado pudiese limitar sus gastos a otro tipo. Sin embargo, esto no es posible por varias razones.

Hay que considerar el carácter cada vez más concentrado de la producción, debido al desarrollo tecnológico, así como el carácter cada vez más social del proceso productivo, de la circulación de mercancías, de la investigación científica y tecnológica y de las necesidades de socialización de la administración de las empresas que operan en una escala cada vez más amplia, así como del Estado que tiene que intervenir en sectores siempre más extensos. Son todos estos factores los que operan en el sentido de exigir una participación creciente del Estado en la vida económica y social.

Como consecuencia y actuando sobre ello, el Estado es cada vez más importante como regulador de la demanda, convirtiéndose en un comprador necesario para el funcionamiento normal de gran parte de las empresas y de la economía en su conjunto.

Por estas y otras razones, la actividad del Estado tiende a crecer, el organismo estatal aumenta su rol en la economía como comprador, regularizador, programador, e incluso a veces como productor, y exige una recaudación creciente de fondos. Bajo la presión social, el Estado tiende a gastar cada vez más. Pero estos gastos no serían inflacionarios si fuesen reproductivos. Sin embargo, en el sistema capitalista, gran parte de los gastos estatales tienen por objeto elevar la tasa de ganancia de las empresas capitalistas. Sea al mantener un consumo estable a precios convenientes, sea al ofrecer servicios públicos a precios bajos (los cuales son utilizados por las empresas y disminuyen en consecuencia los costos de producción), sea al alimentar el sistema crediticio con intereses más bajos que el interés privado, sea al encargarse de entrenar mano de obra y de financiar el desarrollo de las investigaciones que se convertirán en patentes privadas, etc. En casi todas estas actividades, el Estado, en un régimen capitalista monopólico, funciona como un elemento esencial de la elevación de la tasa de ganancia de las grandes empresas. Sus gastos no son, en general, reproductivos; por el contrario, son deficitarios. Los gastos militares, como lo hemos visto, lo son en una mayor escala.

Hay que considerar que una disminución del gasto estatal tiene efectos depresivos sobre la economía en general y sobre la tasa de ganancia en particular. Siendo así, la clase dominante tiende a impulsar un gasto deficitario del Estado, y los sectores sociales dominados también lo impulsan en búsqueda de una redistribución del excedente económico en su favor. Pero la recaudación del Estado tiene que hacerse sobre parte del ingreso de los agentes

sociales. Si los capitalistas y las empresas costeasen estos gastos estatales en una proporción igual a su participación en el ingreso nacional, estos gastos les serían en su mayoría desventajosos. El sistema tiende, por tanto, a hacer recaer gran parte de la recaudación estatal sobre los asalariados y los consumidores en general; la redistribución del ingreso que hace el Estado tiende pues a ser regresiva. Se hace necesario entonces recurrir a la creación de recursos adicionales superiores a la recaudación posible, sea a través de los déficits presupuestarios, sea por medio de las emisiones.

Pero como todo proceso de endeudamiento tiene sus limitaciones, el déficit estatal también tiene que ser paralizado en algún momento, llevando a una política de estabilización, cada vez que una política de expansión de gastos o de estímulos fiscales a la inversión privada llegue a su límite. Este se presentó en 1970. Los gobiernos Kennedy y Johnson se lanzaron a una política inflacionaria sin precedentes en la posguerra. Estimularon una tasa elevada de crecimiento del ingreso nacional durante cuatro años, pero progresivamente fueron obligados a paralizar o disminuir los estímulos a la inversión, llegando al final del gobierno Johnson a una política más cauta; y finalmente el gobierno Nixon hubo de definir una política de estabilización¹⁹.

En lo que respecta a la política crediticia, se inscribe en gran parte en el cuadro general de la actividad estatal ya descrito. Con solo acrecentar la presión que ejercen las empresas para disponer de cantidades bastante elevadas de capital de giro, se puede utilizar su capital social en nuevas inversiones. Por otro lado, es muy grande la presión para financiar el consumo privado y permitir así la creación de una demanda superior a la capacidad de compra inmediata de la población. Esta es una manera de resolver rápidamente el problema de la realización, aplazándolo para el futuro. Sin embargo, el futuro puede llegar con una crisis aguda que hará imposible pagar gran parte de estas deudas, precipitando la quiebra de varios sectores. La recesión de

19. "A partir de mediados de 1965, el gobierno impuso a la economía un gran aumento de los gastos no defensivos al mismo tiempo que continuaban las exigencias del esfuerzo de la guerra de Vietnam. No enfrentó lo suficientemente pronto, sin embargo, la necesidad de reducir otras exigencias elevando los impuestos o siguiendo una adecuada política monetaria restrictiva. Por supuesto, al no dar estos pasos no nos liberó de la necesidad de realizar esas reducciones. Esto solo quiere decir que ellas fueron impuestas injustamente por la inflación, más que de una manera deliberada y equitativa". *Informe Económico del Presidente*, entregado al Congreso, febrero de 1970, Imprenta del gobierno norteamericano, Washington, 1970, p. 5.

1970-71 sucedió a un período de altísima especulación financiera: el mayor movimiento de compras de empresas, especulación con acciones, etc., de la historia norteamericana²⁰. La quiebra de compañías importantísimas como la Penn Central y de compañías de administración de acciones (de especulación, mejor dicho), así como la crisis de liquidez y del mercado de acciones demostraron que la extensión e intensidad de la crisis reflejaban el grado de especulación anterior.

Pero hay un elemento de orden estructural muy importante para entender la combinación entre depresión e inflación. Se trata de los efectos de la monopolización de los mercados realizados por las grandes corporaciones. Los estudios sobre los precios administrados muestran que los sectores económicos monopolizados tienden a una inflexibilidad relativamente grande frente a las oscilaciones cíclicas del sistema, siguiendo, sin embargo, una tendencia general al aumento de los precios. Esta inflexibilidad se presenta en los momentos de expansión del sistema, cuando los sectores aún competitivos de la economía tienden a un gran aumento de precios, en tanto que los sectores monopólicos mantienen una tasa de aumento de precios más o menos estable. Pero la inflexibilidad se muestra nuevamente en los momentos de depresión económica, cuando los precios de los sectores aún competitivos tienden a bajar y los precios de los sectores monopólicos continúan subiendo.

Esta constatación empírica encuentra su explicación en la estructura monopólica y en las estrategias de precios que las empresas monopólicas tienden a seguir. Los monopolios no pueden aumentar los precios de acuerdo a intereses inmediatos, pues su razonamiento es, cada vez, más a largo plazo. Aumentan los precios siempre que puedan conciliar este aumento con su tasa de ganancia y la conquista y dominio del mercado. Y esto tanto puede darse en una situación cíclica de expansión de la demanda como en una situación de compresión de la demanda, pues al comprimirse la demanda global

20. La asesoría de la Comisión Federal de Comercio de Estados Unidos presentó un detallado informe de 753 páginas sobre las asociaciones de las corporaciones, en el cual analiza los tres grandes movimientos de asociaciones de empresas en Estados Unidos y afirma: "El actual movimiento es el más prolongado de los tres. La reciente actividad representa la fase ascendente de la ola de fusiones corporativas, excediendo en mucho el lapso de los ciclos completos de los dos movimientos anteriores". *Concentración Económica*, libro 8A. Informes ante el Subcomité Antitrust y Monopolio del Comité Judicial. Senado de Estados Unidos, Imprenta del gobierno norteamericano, Washington, 1969.

se hace necesario aumentar los precios para defender la tasa de ganancia. Las empresas competitivas no lo pueden hacer porque tienden a perder el mercado, pero las empresas monopólicas pueden tomar tales decisiones sin miedo.

Así pues, la existencia de un amplio sector monopolizado en la economía tiende a crear una inflación crónica que, si bien disminuye las oscilaciones cíclicas, al mismo tiempo hace bastante difícil la aplicación de políticas antiinflacionarias y permite así la combinación de la depresión con la inflación de precios.

El cuarto factor que opera en el sentido de una situación inflacionaria son los déficits de la balanza de pagos. Hemos visto que estos déficits cumplen una función importante en el sistema capitalista hegemónico. Sirven como instrumento para aumentar el comercio exterior, financian los movimientos de capital y las necesidades militares del imperio. Hay que señalar que, en este caso, como en los anteriormente estudiados, el Estado asume la responsabilidad de crear el mercado para el sector privado, así como la de defender la estabilidad de sus operaciones. Son pues los contribuyentes en general los que financian los negocios de las empresas privadas.

Pero el déficit de la balanza de pagos norteamericana es una política altamente agresiva hacia los otros países capitalistas. Estos se ven obligados a hacer sus reservas en dólares y no pueden cambiarlas en oro, pues Estados Unidos no puede pagar sus dólares con las escasas reservas de oro de que dispone. Sin embargo, los déficits continúan aumentando y la situación se hace intolerable, pues es evidente que el dólar ha perdido valor internacional y nacionalmente, y su valor oro es, por lo tanto, completamente artificial. En 1970 las reservas en dólares que poseían los otros países capitalistas eran, pues, papeles con muy poca garantía porque el dólar tenía que ser devaluado en cualquier momento y estos dólares compraban, a consecuencia de la inflación, menos mercancías que en los años anteriores. Las devaluaciones posteriores del dólar y la eliminación de su respaldo oro vinieron a crear una situación más definida. Pero no resolvieron, como se pensaba, los déficits en la balanza de pagos, aun cuando se establecían fuertes impuestos a la importación. Después de una cierta recuperación entre 1972 y 1973, la balanza de pagos norteamericana volvió a debilitarse en 1974 y 1975, poniendo otra vez en el orden del día la pérdida de valor del dólar.

Los déficits de la balanza de pagos son un factor inflacionario al obligar al Estado a cubrirlos y al devaluar al dólar como moneda internacional. Al mismo tiempo, tienden a aumentar como consecuencia de la inflación interna, que limita el poder financiero de Estados Unidos en el exterior y hace aumentar la presión internacional sobre el dólar. Los problemas internos se ligan a los externos, obligando al gobierno norteamericano a enfrentar de inmediato la inflación en el plano interno y el déficit de la balanza de pagos, así como la presión sobre el dólar en el plano externo. No se puede esperar, pues, una política ofensiva en los períodos de déficit de balanza de pagos e inflación, acompañados de recesión. En estos períodos (como en 1970-71 y en 1974-75) se trata esencialmente de moverse en el plano defensivo, evitando, al máximo posible, las situaciones explosivas.

4. CONSECUENCIAS DE LA CRISIS PARA LA POLÍTICA EXTERNA NORTEAMERICANA

La política externa de los gobiernos demócratas, de la primera mitad de la década del 60, estuvo marcada por una posición ofensiva que reflejaba la confianza de la administración demócrata en las posibilidades de realizar una política reformista interna y asegurar un período de crecimiento económico ininterrumpido. Desde el punto de vista económico, el crecimiento de Estados Unidos a una tasa anual media de 5% parecía asegurar un valor absoluto del producto nacional, suficiente para considerar a Estados Unidos como “la única potencia mundial” y a la Unión Soviética como una potencia mediana al lado de Japón, Alemania e Inglaterra.

El hecho de que la economía creciera de manera ininterrumpida, en el mayor *boom* económico de la historia norteamericana, permitía anunciar el fin del capitalismo cíclico y la era de la sociedad opulenta, en la cual los conocimientos prácticos de política económica (particularmente fiscal) dejaban asegurar el crecimiento ininterrumpido de la economía.

El optimismo económico permitía alimentar un gran optimismo político interno e internacional. La crisis de los cohetes espaciales cubanos fue el inicio de una ofensiva militar y diplomática, que permitió a Estados Unidos recuperarse de inmediato del fracaso provocado por la malograda invasión de Bahía de Cochinos y aplicar enseguida una sucesión de golpes militares

antipopulares, cuyas expresiones más evidentes fueron Brasil e Indonesia. La ofensiva militar en Vietnam y la invasión de la República Dominicana revelaban la confianza en la capacidad de Estados Unidos para generalizar los pequeños conflictos, transformándolos en amenazas de guerra más amplias y obteniendo así la hegemonía militar en la situación.

En América Latina, la aplicación de una política antiguerrillera y de seguridad nacional con tropas entrenadas y la formación de cuerpos especializados en las técnicas de antiguerrilla y antimotines, la asistencia a las policías locales, la ayuda militar a esta nueva orientación estratégica permitieron destruir o aislar a los focos guerrilleros. Esta política represiva se combinaba con la imagen de una política de reformas: la lucha por los derechos civiles y contra la pobreza en el interior de Estados Unidos, ligada a una política de “ayuda” externa consustanciada en programas aparentemente reformistas como la Alianza para el Progreso, el apoyo a las reformas sociales moderadas, a la “revolución en libertad” de la Democracia Cristiana en Chile, la ampliación de las relaciones económicas con el bloque socialista.

Se trataba de una política ofensiva a todos los niveles que parecía abrir a Estados Unidos una era de dominio político mundial incontrastable. Examinemos, sin embargo, los resultados de esta ofensiva.

En el plano económico interno, la política de crecimiento acelerado mostró las limitaciones de la economía norteamericana. En pleno auge económico, el desempleo no bajó de menos de 3,4% de la fuerza de trabajo (hay varios autores que duplican las cifras oficiales de desempleo; en tal caso, el porcentaje real se elevaría al 6,8%), y es necesario considerar que gran parte de la fuerza de trabajo ocupada se encuentra no solo en las actividades industriales, comerciales y de servicio que sirven a la economía militar sino también reclutada por las Fuerzas Armadas debido a la guerra.

Por otro lado, a la amenaza de crisis de 1966, se respondió con un gran aumento del consumo militar estimulado por los bombardeos a Vietnam del Norte y una ampliación de las inversiones militares muy superior a las posibilidades de la demanda. Era claro que el único estímulo a las inversiones, capaz de paralizar el proceso recesivo, eran las compras militares. La militarización de la economía había alcanzado un gran auge y los gastos militares en el interior y en el exterior llevaban a un creciente déficit del presupuesto y de la balanza de pagos, respectivamente. Sin embargo, aun así estas medidas no

permitieron liquidar la amenaza de recesión. En el segundo semestre de 1969, la recesión empieza a hacerse realidad. En 1970 se llega a una baja absoluta de la producción, de las inversiones, de la demanda y a una tasa de desempleo del 5,6%.

La aparición de una inflación de muy difícil control venía a completar este cuadro que señalaba el fin del *boom* económico a los seis años de la política poscíclica.

Todo esto estaba tremendamente agravado por los mismos fenómenos que habían permitido el *boom*. La guerra y la redistribución del ingreso en favor de las ganancias y de la reinversión masiva no solo no permitían poner en práctica una real política de reformas en el interior, sino que llevaban al crecimiento de un vasto movimiento de oposición: la lucha de los negros por los derechos civiles (el SCLC [Southern Christian Leadership Conference] de Luther King) se convierte en lucha por el poder negro (SNCC [Student Nonviolent Coordination Committee] de Carmichel) y posteriormente en lucha de liberación del pueblo negro y de las clases oprimidas de la sociedad blanca (Panteras negras); la lucha contra la extensión de la guerra de Vietnam y contra el reclutamiento militar se convierte en lucha contra el imperialismo norteamericano en Asia; la lucha contra la pobreza abre un gran frente negro, puertorriqueño, mexicano y de blancos pobres; aparece el movimiento de liberación de las mujeres contra la “opresión del sistema”, comparada a la ejercida sobre los negros; el frente sindical empieza a quebrarse con la aparición de los sindicatos negros revolucionarios en Detroit y el aumento de las luchas salariales y huelgas provocadas en parte por la inflación (según la Oficina del Trabajo, el año 1969 fue el de mayor número de conflictos laborales en Estados Unidos desde la posguerra); aparecen los movimientos contra la contaminación provocada por las empresas “irresponsables”, hoy en día ligados a la defensa del ambiente y en contra de la destrucción capitalista; finalmente, la violencia social llega a un gran auge, la muerte de los negros en la calle es seguida por la muerte directa de sus dirigentes; la violenta represión a la Convención Demócrata en Chicago es seguida por la masacre en el People’s Park y por la muerte de los estudiantes de Kent; aparece el movimiento terrorista contra las empresas ligadas a la guerra, los locales militares y la policía; el movimiento de los GI alcanza un gran auge.

Se ve así que el frente interno de Estados Unidos en 1970, más que pare-

cerse a la Nueva Era de Kennedy o a la Gran Sociedad de Johnson, se parece a la gran desarmonía y a la gran crisis que llenan las páginas de los periódicos norteamericanos.

En el frente internacional, la situación no era menos grave. Las aspiraciones de hegemonía mundial norteamericana fueron, en gran parte, afectadas a nivel económico por la pérdida constante de posición de Estados Unidos en el comercio mundial y la crisis del dólar.

La expansión de los capitales norteamericanos en el exterior se ve amenazada por el gigantismo de su propia dinámica y genera una enorme reacción en su contra por parte de sus propios aliados. La inversión extranjera muestra también la estagnación económica interna y la preferencia del capital por los otros mercados, lo que se agrega a la baja relativa de las exportaciones con relación a las europeas y japonesas.

El resultado en el plano económico es, pues, muy diferente de lo que las previsiones optimistas apuntaban. Estados Unidos no aparece, al fin de la década, como la única potencia mundial, cuyo producto nacional bruto crece anualmente en una cantidad igual al ingreso nacional de Francia. Alemania y Japón se presentan como amenazantes competidores de Estados Unidos; a pesar de una baja general del crecimiento de los países capitalistas, su coyuntura no era entonces tan crítica como la norteamericana. (La situación cambia a partir de 1972, cuando Estados Unidos empezó una recuperación al mismo tiempo que en Europa continuaba una recesión bastante grave, iniciada en 1971).

La Unión Soviética había mantenido su crecimiento económico, que, pese a haber perdido parte de su vitalidad en la década del 60, fue mucho mayor que la tasa de crecimiento norteamericana. En el plano militar, alcanza al final de la década el equilibrio estratégico con Estados Unidos y tiende a sobrepasarlo. Los avances en el plano de la conquista espacial, que buscaban consolidar la superioridad norteamericana, no parecen ser tan significativos frente a la diferencia de orientación de la Unión Soviética, menos espectacular pero bastante efectiva. Por otro lado, la industria espacial norteamericana entró en una aguda crisis y los gastos gubernamentales en la industria espacial bajaron significativamente.

La presencia militar soviética empieza a crecer en todas partes, en Asia, en África, en el Mediterráneo, en América Latina.

Más grave aún, la derrota de las tropas norteamericanas en Vietnam se hace manifiesta. Vietnam había sido convertido en un trágico laboratorio de la guerra antiguerrilla para demostrar la posibilidad de derrotarla. El resultado fue desastroso; quebró el frente interno, no logró la victoria en Vietnam y la guerra se extendió a toda Indochina.

En 1965-66 Estados Unidos amenazaba con una invasión a China, tal era su optimismo. La Revolución Cultural China y la preparación de todo su pueblo para esta invasión, la posición internacional revolucionaria del Partido Comunista Chino en el período y su entrada en la era atómica no solo han disuadido cualquier intento de invasión, sino que han cambiado la correlación de fuerzas en Asia y han permitido a China, después de los fracasos de su política internacional de 1965 a 1968, retomar la ofensiva política en Asia y aun en África, al reanudar sus relaciones con varios países y recibir delegaciones de varias partes. Esta política es coronada con el restablecimiento de relaciones con Estados Unidos y su incorporación a las Naciones Unidas con plenos derechos. Se rompió así un aislamiento de años. Posteriormente discutiremos el vuelco a la derecha de la política exterior china y sus consecuencias.

En el Mediterráneo, el estímulo y el apoyo a la victoriosa *blitz* israelí de 1967 lanzaron al gobierno norteamericano a una difícilísima situación con sus aliados árabes, permitieron el desarrollo de la revolución palestina y la radicalización política antiimperialista de los pueblos árabes. Posibilitaron asimismo el avance de la presencia soviética en el área y aun en el Mediterráneo. La consecuencia necesaria lo fueron la contraofensiva árabe de 1973 y el bloqueo petrolero.

El frente europeo no fue menos vulnerable. Después de enfrentarse a la ofensiva gaullista, intentado ridiculizarla y presentado sus tesis como opuestas a sus intereses, Estados Unidos ve en 1970 parte de las banderas de De Gaulle en manos de la socialdemocracia alemana con la apertura al oriente de Willy Brandt. Y ve también a los monopolios europeos en una rápida política de expansión hacia los mercados de los países socialistas, no pudiendo impedir que Japón y Canadá sigan el mismo camino. Para asegurar la unidad del mundo capitalista y su hegemonía, a Estados Unidos no le queda más que aplicar la política de división en zonas de influencia en el interior del sistema. Asimismo, esta política se hace desde esta época más urgente, debido a

la necesidad de disminuir los gastos militares en el interior, los cuales llevan al déficit de la balanza de pagos en el momento de más aguda presión sobre el dólar.

La presión sobre el dólar se hizo aún más violenta cuando su principal aliado europeo, Inglaterra, continuaba sufriendo una intensa crisis interna y externa, con la dudosa posición de la libra y las puertas del Mercado Común Europeo cerradas, en esa época, a su entrada.

En América Latina, la política de estimular los regímenes militares “modernizadores y reformistas” había generado una aguda crisis. Por un lado, los militares no logran acabar completamente con la inquietud social: al persistir en el carácter represivo de sus gobiernos y en una política de reformas de carácter muy limitado, como quedó demostrado en Brasil y Argentina en los años 1967 a 1969. Por otro lado, los militares insisten en consolidarse como poder nacional militar y no quedar limitados a la condición de fuerzas policiales represivas internas; así buscan modernizar sus Fuerzas Armadas regulares, en contra de los deseos de Estados Unidos.

Otros grupos militares, por su lado, intentan precipitar la política reformista y obligar a Estados Unidos a hacer concesiones, así como al capital extranjero a aceptar la tutela del Estado para reorientar sus inversiones. Este es el caso de Perú, en parte el de Bolivia durante el gobierno de J.J. Torres, y también el de grupos militares en Brasil, Argentina y otros países donde no están, sin embargo, en el poder.

Finalmente, los intentos de reformismo civil, como la “revolución en libertad” en Chile y la “transformación nacional” en Colombia, llevan a la derrota electoral en Chile, o a una dudosa victoria, frente a la violenta sorpresa que representó la extraordinaria votación que recibió Rojas Pinilla en Colombia.

Muchos otros hechos podrían ser agregados para demostrar que la ofensiva económica, política y militar de las administraciones Kennedy-Johnson no solo había llegado a un rotundo fracaso, sino que había desgastado todo un universo ideológico bien armado para justificar el optimismo y condujo a una necesaria posición defensiva en los planos interno y externo.

Hay que caracterizar bien esta posición defensiva. Se caracteriza sobre todo por la indefinición política y estratégica, por la toma de decisiones extremadamente pragmáticas, por la necesidad de aceptar la pérdida de varias

posiciones, por la tendencia a actuar irracional, violenta y reaccionariamente en otras oportunidades. Por otro lado, no se puede decir que no existía una clara conciencia de los cambios operados en esos años. El diagnóstico existía y asimismo se lanzaron desde entonces las bases para una revisión estratégica global. Esta estrategia es, sin embargo, muy limitada y depende hasta nuestros días de muchos ajustes y clarificaciones.

5. LA NUEVA ESTRATEGIA Y SUS DIFICULTADES

El informe del presidente Richard Nixon al Congreso (18 de febrero de 1970), denominado *U.S. Foreign Policy for the 1970's: A New Strategy for Peace*, es, sin duda, la más clara demostración de lo que hemos afirmado.

Veamos el diagnóstico que hace de la situación internacional de Estados Unidos en aquel momento:

En el campo de las relaciones internacionales el período de posguerra ha terminado. En ese entonces, nosotros éramos la única potencia mayor cuya sociedad y economía habían escapado a la destrucción masiva de la Segunda Guerra Mundial. Hoy, las ruinas acarreadas por esa guerra han desaparecido. Europa occidental y Japón han recuperado su solidez económica, su vitalidad política y su confianza nacional. Receptores una vez de la ayuda norteamericana, han empezado ahora a compartir sus crecientes recursos con el mundo en desarrollo. En un momento casi totalmente dependientes del poder militar norteamericano, nuestros aliados juegan ahora un papel mayor en nuestras políticas comunes, en proporción a su creciente poderío.

Entonces habían nacido nuevas naciones, a menudo en medio de disturbios y de incertidumbre. Hoy, esas naciones tienen un nuevo espíritu y una creciente pujanza de independencia. En el pasado, muchos temían verlas convertirse simplemente en un campo de batalla de la rivalidad de la Guerra Fría y en fértil terreno para la penetración comunista. Pero este temor juzgó mal su orgullo en su identidad nacional y su determinación de conservar su recién conquistada soberanía.

Entonces, nos enfrentábamos a un monolítico mundo comunista. Hoy la naturaleza de ese mundo ha cambiado; el poder individual de las naciones comunistas ha crecido, pero la unidad internacional comunista ha sido destrozada. En un momento un bloque unificado, su solidaridad ha sido rota ahora por las poderosas fuerzas del nacionalismo. [Se refiere a las relaciones sino-soviéticas y a las invasiones de Hungría y Checoslovaquia].

En ese entonces, Estados Unidos tenía un monopolio de abrumadora superioridad en armas nucleares. Hoy, una revolución en la tecnología ha cambiado la naturaleza del equilibrio militar de fuerzas. Nuevos tipos de armas representan nuevos peligros. China comunista ha adquirido armas termonucleares. La Unión Soviética y Estados Unidos poseen la capacidad de infligirse mutuamente un daño inaceptable, sin importar quién golpee primero²¹.

Más adelante Nixon reconocía que:

[...] una ineludible realidad de 1970 es que la Unión Soviética posee fuerzas estratégicas poderosas y sofisticadas que se acercan y en algunas categorías exceden a las nuestras en número y potencialidad [sic]²².

La claridad del diagnóstico no llevaba a una política ofensiva de inmediato. Por el contrario, el correcto entendimiento de la situación solo podía llevar a una política defensiva que permitiese reajustar y recompensar el cuadro internacional a favor de Estados Unidos. Pero esta es una tarea a largo plazo que suponía un período inmediato de relativo inmovilismo, de pérdida de iniciativas, de conversaciones largas que permitiesen hacer la necesaria rearticulación mundial. Los principios que orientaron esta política eran, pues, esencialmente defensivos. Nixon los definió como una política para alcanzar una paz activa. “La paz debe proporcionar una estructura de relaciones internacionales durable que inhiba o suprima las causas de la guerra”²³. Son tres los principios que deberían guiar esta paz activa: participación, fuerza y voluntad de negociar. Participación de los aliados en las decisiones de Estados Unidos que les atañen. Fuerza para desestimular las agresiones de los adversarios. Disposición a negociar con los adversarios (los comunistas). No hay que dejarse engañar por la retórica liberal. No se trata de principios idealistas, se trata de una política realista. Más adelante, en su informe, Nixon deberá reconocerlo:

21. “Política exterior norteamericana para 1970. Una nueva estrategia para la paz”, Informe al Congreso de Richard Nixon. 18 de febrero de 1970. *Boletín del Departamento de Estado*, v. LXIII, Nº 1.602, 9 de marzo de 1970, pp. 274-275.

22. *Ibid.*, p. 318.

23. *Ibid.*, p. 275.

Por otra parte, es engañoso plantear la cuestión fundamental tan ampliamente en términos de compromisos. Nuestro objetivo, desde el principio, es defender nuestros intereses a largo plazo con una sólida política exterior. Mientras más realista sea la evaluación de nuestros intereses y los de los demás más efectivo puede ser nuestro rol en el mundo.

Y en seguida hace este notable modelo de análisis materialista que refuta toda la retórica liberal de los pronunciamientos de política norteamericana, que ocultan, bajo el manto ideológico del idealismo filosófico liberal, la cruda realidad histórica concreta:

No estamos comprometidos en el mundo porque tenemos compromisos; tenemos compromisos porque estamos comprometidos. Nuestros intereses deben dar forma a nuestros compromisos, en lugar de lo contrario²⁴.

¿Qué representaba en la práctica esta política? Negociar con los aliados europeos, aumentar sus responsabilidades de defensa y reconocer su creciente autonomía relativa de decisión política. Crear los mecanismos de consulta mutua multilaterales y bilaterales. ¡No olvidarse de forzar la entrada de Inglaterra en esta multilateralidad!

En el hemisferio occidental, trazar una política de “acción para el progreso” que reconozca las crecientes reivindicaciones de mejor trato y busque contener las crisis revolucionarias.

En Asia, estrechar “los lazos con Japón”, reforzar los mecanismos de desarrollo regional. Y, como se vio posteriormente, estimular a China a mantener una política que contrapesa a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en la región.

En Vietnam, reforzar el gobierno de Vietnam del Sur y buscar una paz que permitiese un gobierno de conciliación no comunista que aceptase la ayuda norteamericana.

En Medio Oriente, llegar a un acuerdo entre Israel y los árabes aunque esto cueste “sacrificios y restricciones” para los intereses norteamericanos.

24. Las tesis de Marx sobre Feuerbach ya decían lo mismo. Pero, en este caso, le sigue un discurso coherente y no una vaga retórica. En *El capital*, Marx afirma que la dialéctica entraría un día incluso en la pobre cabeza del rey de Prusia. Hay milagros mayores en el mundo contemporáneo.

En África, se hablaba de poner fin al racismo (apoyando, sin embargo, a África del Sur y Rhodesia) porque “los problemas raciales en la región meridional del continente no se solucionarán rápidamente”, “ayudar a construir las naciones nuevas, liberarlas de interferencia externa y ayudar a África a utilizar su gran potencial y estimular la cooperación regional”.

En el caso africano se hacen claros apuntes intervencionistas. Después de afirmar que “no intervendremos en los asuntos internos de las naciones africanas”, se dice enseguida: “Sin embargo, distinguiremos entre no intervención en lo político y la humanitaria obligación de socorrer [...] los sufrimientos humanos”; así también se les protegerá “de las fuerzas externas que los amenazan”.

Una política económica internacional de libre movimiento de bienes y capitales y de estabilidad monetaria, un gran esfuerzo de desarrollo económico, basado en el capital privado y la “cooperación” con todas las naciones, y un desarrollo de las comunicaciones y del intercambio del conocimiento científico para resolver los graves problemas creados “por el crecimiento de la población”, completa la retórica.

En el resumen hecho se advierten los puntos fuertes y débiles de esta política. Sus aspectos más fuertes son la capacidad de percibir los cambios en la correlación de fuerzas internacionales y de ofrecer un plan de reestructuración de las relaciones políticas, militares y económicas que permitirían al gobierno norteamericano colocarse en el centro de esta reestructuración. Es particularmente importante la percepción del proceso de continentalización y regionalización de las relaciones internacionales en el interior del capitalismo y la presentación de un plan de ajuste a este proceso, reforzando la creación de liderazgos regionales que permitan a Estados Unidos dirigirlo desde algunos centros básicos. Al hacerlo no se hace más que reconocer el carácter desigual y combinado del desarrollo capitalista, y la necesaria formación de centros de explotación de los países menos desarrollados en el interior de cada agrupación regional.

El aspecto más débil de esta política es que depende de un proceso más o menos largo de reestructuración de alianzas, el cual permite, en tanto no se definan las nuevas líneas, una autonomía relativa de las unidades nacionales para actuar en el sentido de precipitar esa reestructuración en una dirección más favorable a los intereses nacionales. Las necesarias crisis que se originan

en el período transitorio pueden así ganar una dinámica muy superior a la capacidad de control de Estados Unidos y llevar a soluciones muy avanzadas e incluso radicales.

El otro aspecto débil se liga a la dificultad del sistema para ofrecer soluciones radicales, sea a corto o a largo plazo. Las redefiniciones de las relaciones internacionales que proponía Nixon, tenían siempre como objetivo fortalecer al gobierno y a los intereses norteamericanos, a partir de una nueva correlación de fuerzas. Así se explica la gran diferencia entre los propósitos enunciados y las políticas concretas; de igual modo, es parte integrante de esta política buscar contener las radicalizaciones que el proceso de redefinición puede generar.

El objeto de la política internacional de Nixon (o mejor de Kissinger, o mejor aún, de los Rockefeller) enunciada en 1970, se aliaba con las medidas que cristalizarán posteriormente en la Nueva Política Económica iniciada a mediados de 1971. Mediante esa política, Estados Unidos buscaba recuperar su posición económica y política internacional y, en el plano interno, retomar el crecimiento económico. A fines de 1971 se empezaban a notar sus resultados y una evidente recuperación económica se unía a los claros signos de una ofensiva política y militar en el plano internacional.

VIII

1972-73: LA RECUPERACIÓN ECONÓMICA Y SUS LÍMITES

1. LA RECUPERACIÓN ECONÓMICA EN ESTADOS UNIDOS

A partir del segundo semestre de 1971, se puede decir que hay una recuperación económica en Estados Unidos. Sin embargo, hay que calificarla y entender sus alcances.

Estados Unidos se recuperó entre 1972 y 1973 de la crisis de coyuntura que se definió entre 1969 y 1971. Pero en esta recuperación no se tocó ninguno de los problemas estructurales que padece Estados Unidos, y que son la verdadera causa de sus crisis. La principal causa es la supervivencia de la forma capitalista de producción, basada en la gran empresa multinacional contemporánea. Evidentemente, no se puede esperar que las fuerzas políticas del *establishment* norteamericano se propongan cambiar radicalmente el sistema que las sustenta. Pero los problemas básicos del sistema capitalista se manifiestan como problemas inmediatos, que exigen alguna forma de actuación. Entre ellos, está el problema del desempleo estructural que vive la economía norteamericana, que no va a ser resuelto de forma definitiva y que a pesar de alcanzar de manera absoluta a una mayoría blanca, desde el punto de vista relativo, afecta más fuertemente a las minorías nacionales (los negros, chicanos y puertorriqueños); está la militarización de la industria, a un nivel que no solo sacrifica enormemente a los contribuyentes, sino que empieza a crear una burocracia militar y un parasitismo peligrosos para la propia clase dominante; está la ausencia de un mercado interno capaz de absorber los grandes excedentes de capital que existen en las grandes empresas; está, en fin, el problema de las tendencias estructurales del comercio mundial, que desfavorecen a aquellas industrias norteamericanas que utilizan mayor proporción de mano de obra.

La imposibilidad de resolver estos problemas es lo que impide que haya una solución definitiva para la crisis norteamericana.

El estudio detenido de los datos respecto de la recuperación que se produjo entre el segundo semestre de 1971 y octubre de 1973, nos permite comprender la dimensión de estos problemas, cuya no solución llevó a la depresión de 1974-75, que estudiaremos a partir del próximo capítulo.

El primer dato que cabe destacar es el repunte del crecimiento económico. Después de una baja acentuada en 1967, 1969 y 1971, tenemos dos años de relativo auge. En 1972 y 1973 el producto nacional bruto de Estados Unidos creció anualmente en 5,9%. Lo importante es señalar que esta recuperación de la tasa de crecimiento tuvo un carácter generalizado entre los países capitalistas desarrollados.

En Japón, por ejemplo, después de una rebaja de su ritmo de crecimiento entre 1970-71, se retoma en 1972 una alta tasa de crecimiento del PNB (8,9%) y en 1973 (11%).

Francia, que fue menos afectada por la recesión de 1970-71, creció 5,4% en 1972 y 6,7% en 1971.

Italia, que llegó a bajar su tasa de crecimiento al 1,2% en el depresivo año de 1971, se recupera en parte, en 1972 (3,4%) y sensiblemente en 1973 (5%).

El Reino Unido, cuyas tasas de crecimiento son las que más reflejan la gravedad de la crisis capitalista, después de haber rebajado el ritmo de aumento del PNB a 2,3% en 1971, se recuperó en parte en 1972 (3,8%) y sensiblemente en 1973 (5,8%).

Alemania Federal, que bajó su fuerte ritmo de crecimiento al 3,1% en 1971, presentó un ritmo aún bajo en 1972 (3,7%) pero ya presentaba claras señales de recuperación en 1973 con el 5,3%.

Estos datos permitieron el repunte del optimismo en los países industriales, así como las afirmaciones más petulantes respecto de las excelencias del capitalismo. Ello se reflejaba aún a principios de 1974, en el Informe Económico Internacional del Presidente de Estados Unidos²⁵. “El año pasado, dice el informe, las mayores naciones industriales experimentaron, por primera vez desde 1951, condiciones simultáneas de auge económico”.

25. *International Economic Report of the President (Together with the Annual Report of the Council on International Economic Policy)*, presentado en el Congreso en febrero de 1974, Washington.

El auge se manifestaba sobre todo en el comercio mundial, que alcanzó un nivel muy alto de operaciones. Este crecimiento de las compras internacionales afectó muy favorablemente la balanza comercial de Estados Unidos. De un déficit de 917 millones de dólares en 1971, presentó un superávit de 714 millones en el tercer trimestre de 1973. A partir del cuarto trimestre, el aumento del precio del petróleo y la baja del comercio mundial llevarán a un desgaste progresivo de este resultado.

Los datos parecían, pues, confirmar las apreciaciones optimistas del presidente Richard Nixon en su informe al Congreso sobre el estado de la economía en febrero de 1974:

Estados Unidos inicia 1974 en una posición de liderazgo en la economía internacional. El dólar está fuerte, tenemos relaciones económicas constructivas a través del mundo, y contamos con una mayor libertad de acción a resultas de nuestra gran capacidad de producir. Tenemos que asumir las responsabilidades y las oportunidades [*sic*] que esta posición de liderazgo nos ofrece²⁶.

El orgullo del presidente Nixon parecía justificarse aún más porque estos resultados halagüeños habían sido consecuencia de la Nueva Política Económica que él había iniciado a mediados de 1971 y cuyos objetivos centrales eran aumentar la producción y el empleo internamente, corregir el déficit persistente de la balanza de pagos y contener la inflación. Los tres primeros parecían resueltos y solo el cuarto objetivo causaba problemas, pues la inflación se mantenía superior al 5% y por lo tanto a los índices de 1971.

Pero ¿pueden estos fenómenos ser vistos aisladamente? El propio presidente de Estados Unidos tenía que reconocer que:

Evidentemente, el progreso en los tres primeros objetivos está conectado con la decepción en relación al cuarto. El rápido avance hacia el pleno empleo [¡con 4,6% de desempleados!], la expansión de las exportaciones netas y la reducción del valor del dólar para hacer más competitivo a Estados Unidos, todo eso contribuyó al resurgimiento de la inflación.

26. "Text of the President Annual Report to Congress on the State of the Economy", *The New York Times*, 2 de febrero de 1974, p. 10 y ss.

¿Qué se puede pues hacer?

Tener “paciencia”, pues para detener la inflación hay que provocar una recesión con baja de la producción y del empleo y para retomar el crecimiento de esos factores hay que aceptar la inflación. “Necesitamos una política muy fina”, comenta el Presidente.

Había que acrecentar otra contradicción, que aparece más disfrazada en el planteamiento de Nixon. Para aumentar las exportaciones hay que debilitar el dólar, al debilitar el dólar se debilita el poder de compra de los gastos militares de Estados Unidos en el exterior y la capacidad de expansión de sus empresas en el extranjero, y viceversa.

El optimismo no se justifica por lo tanto. El auge económico de 1972-73 mostró, más que cualquier otra cosa, los límites del capitalismo contemporáneo y la grave crisis que afronta. Analicemos con un poco de cuidado los datos.

El crecimiento del mercado mundial y el fortalecimiento relativo de Estados Unidos estuvieron ligados muy significativamente a dos fenómenos: el aumento de precio de las materias primas y, sobre todo, de los productos agrícolas como consecuencia de las malas cosechas de 1973 y de las enormes compras que realizaron la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y otros países socialistas en los mercados occidentales. Tales hechos no pueden ser permanentes y si lo son, representan un factor de preocupación para el gobierno norteamericano. Asimismo, el enorme aumento de precios que supone esta escasez relativa provocaría necesariamente un alza ulterior en la producción, como sucedió en 1974-75.

De la misma forma, esta lucha por precios relativos en la economía mundial solo podía romper el “entendimiento” que de hecho Estados Unidos había impuesto a sus compradores al devaluar el dólar dos veces, aumentar el precio oficial del oro y posteriormente, en 1971, culminar estas agresiones decretando el fin del respaldo en oro al dólar. Sus competidores tenían muy pocas alternativas frente a esta ofensiva, pues tanto Japón como Alemania tenían inmensos recursos en dólares. Su única alternativa era apoyar a sus agresivos socios norteamericanos.

El otro factor, que revelaba la debilidad estructural de la recuperación, eran los angustiantes datos sobre el desempleo. A pesar de haber alcanzado una tasa de aumento de la producción del 5,9% durante dos años, una de las

más altas de la posguerra, la tasa de desempleo bajó muy lentamente hasta el 4,6%, en los meses más favorables.

Esto revela que las condiciones de pleno empleo de la economía de este país implican una tasa de desempleo del 4% al 5%. ¡Es decir, 1,2% más alta que la de los años 60! En su testimonio ante la Comisión Conjunta Económica del Congreso sobre el Informe Económico del Presidente en 1972, el profesor de Berkeley, R.A. Gordon señalaba:

El objetivo del 4% [de desempleo con relación a la fuerza de trabajo tal, que estableció la administración de Kennedy como el ideal a alcanzar] era considerado solamente provisional hasta la adopción de una marca más baja. Ahora escuchamos planteamientos de la actual Administración sobre una tasa “provisional” del 4,5% al 5,0%, hasta que los más amplios programas de mano de obra y otras políticas otra vez hagan posible una marca más baja.

Podemos decir lo mismo de las demás economías capitalistas. La recuperación de 1972-73 no produjo una baja significativa de las tasas de desempleo de los países más ricos. Y este dato es aún más grave si consideramos que la tasa media de desempleo ha aumentado desde los últimos años como efecto de la crisis general del capitalismo que estamos estudiando²⁷.

En lo que respecta por tanto a los datos de desempleo, la recuperación capitalista de 1972-73 solo demostró la tendencia a aumentar lo que se ha llamado “desempleo estructural”, el cual es consecuencia de la incapacidad de la economía para absorber la mano de obra liberada por el progreso técnico.

Queda por señalar el papel creciente de la inflación. La recuperación de 1972-73 no se hubiera producido sin un fuerte estímulo de la inversión y

27. Hasta hace poco las altas tasas de desempleo de Estados Unidos eran consideradas anormales o patológicas, y se pretendía que las bajas tasas europeas y de Japón eran las normales hacia las cuales tendía el capitalismo de pleno empleo y poscíclico. Estas perspectivas optimistas no tomaban en consideración los diferentes métodos de cálculo norteamericano y europeo, cuyo ajuste estadístico hace aumentar bastante las marcas de estos países. Por otro lado, en los estudios anuales de *Monthly Labor Review* sobre el desempleo en ocho países, hechos por Somentino y Moy, se puede comprobar que desde 1968 hasta 1973, la tasa de desempleo de Australia creció del 1,5% al 2,2%; la de Canadá, del 4,8% al 6,3%; la de Francia, del 2,7% al 2,9%; la de Gran Bretaña, del 3,7% al 6,2%. Italia, Japón, Suecia y Alemania parecían ser la excepción al conservar más o menos estables sus tasas de desempleo. Esta estabilidad fue sin embargo violentamente rota con la depresión de 1974-75.

ayuda estatal, sea por medio del favorecimiento de la exportación, sea a través de exenciones fiscales, sea mediante rebajas de la tasa de descuento que provocan una baja de la tasa de interés.

Los datos sobre el endeudamiento de las instituciones e individuos en Estados Unidos son impresionantes. El débito total público y privado de Estados Unidos creció de 486.200 millones de dólares en 1950 a 2 billones 525.800 millones el 31 de diciembre de 1973. Entre 1960 y 1973, las deudas de las corporaciones crecieron el 267%, las de individuos, el 212%, las del Gobierno (federal, local y estatal), el 93%²⁸.

Este alto nivel de endeudamiento muestra los límites de un crecimiento económico que exige más crédito aún, y la sensibilidad de la economía respecto de una depresión prolongada, en la cual los deudores son llevados masivamente a la quiebra. Cuando pensamos que un norteamericano medio debe un dólar por cada cuatro que recibe (después de pagados los impuestos), podemos entender también las dificultades crecientes para provocar un aumento de la demanda por medio de mayores créditos.

Es necesario tomar en consideración, también, los efectos sociales de la inflación. Si el desempleo es causa de constante trastorno y conflicto en Estados Unidos, siendo responsable del incontenible aumento de la criminalidad en este país, la inflación tiene efectos muy duros en el consumo de las masas.

Según cálculos de *US News and World Report*²⁹, un obrero típico que ganaba 7.350 dólares anuales, con mujer y dos niños, quedaba con 6.457 dólares anuales en junio de 1973, después de descontar sus impuestos. Este mismo obrero típico, en junio de 1974 ganaba 7.680 dólares anuales pero, por efecto del aumento de 10,2% en el costo de vida, quedaría con un *salario real* de 6.095 dólares anuales, luego de impuestos, bajando así su consumo real en 362 dólares anuales.

Un ejecutivo de corporación típico con esposa y dos hijos que ganase 25.000 dólares anuales en junio de 1973 y 27.500 en junio de 1974, habría reducido su poder de compra en 434 dólares al final del año (en una proporción

28. "Growing Mountain of Debt in U.S. -Why it's Causing Alarm", *US News and World Report*, 1^o de julio de 1974, pp. 58-59.

29. "Even the Well-to-do Begin to Feel Inflation's Bite", 3 de junio de 1974, p. 33.

bastante menor que el obrero debido a las facilidades que le proporciona la tan exaltada taxación “progresiva” norteamericana).

Un típico pensionado de la seguridad social, viviendo solo, que recibía 2.000 dólares anuales en junio de 1973 y 2.140 en junio de 1974, habría perdido 58 dólares en poder de compra a fines de año.

Podemos apreciar cómo los sectores de más bajos ingresos son despiadadamente afectados por la inflación, así como los asalariados en general.

Los datos comprueban que el optimismo del presidente Nixon no era justificado. Los años de recuperación de 1972 y 1973 no hicieron otra cosa que mostrar que la crisis capitalista era demasiado grave para resolverse sin transformaciones estructurales profundas y que no podemos esperar un ciclo de acumulación significativo antes de que el sistema pueda enfrentar sus problemas.

Esto no impidió sin embargo que la burguesía norteamericana, con el empirismo que la caracteriza, se aprovechara al máximo posible de las circunstancias favorables de 1972-73, por más efímeras que fuesen, para intentar una ofensiva interna e internacional, distribuyendo golpes por todas partes, hiriendo a quien fuese, saltando todas las barreras morales y aun sobreponiéndose a la mínima sabiduría política, guiada por su aventurero Presidente y el ilustrado profesor de “ciencia” política que dirigía su ministerio de relaciones exteriores.

2. LA SITUACIÓN EN EUROPA Y JAPÓN

Europa y Japón buscaron aprovecharse de la crisis norteamericana, pero es indudable que no lo podían hacer irresponsablemente. Es evidente que las crisis norteamericanas tienen consecuencias inmediatas para aquellos países que exportan hacia Estados Unidos y que ven su mercado restringido por la recesión.

Pero cuando, en el contexto de la crisis general que vive el capitalismo, Estados Unidos recupera su economía y se ve en una posición relativa mejor, no duda en pegarle duro a sus aliados.

Alemania, otros países europeos y Japón tienen muchas reservas financieras en dólares y por lo tanto, son afectados por la crisis de esta moneda. Por otro lado, cuando Estados Unidos resuelve enfrentar el problema de su

balanza de pagos, no lo hace restringiendo su consumo o paralizando la inflación que afecta la exportación de sus productos y desvaloriza al dólar. Para paralizar la inflación dentro del capitalismo, el Gobierno tendría que entrar en un enfrentamiento muy fuerte con la clase obrera, bajando sus salarios, pues esta es la única forma capitalista inmediata de paralizar el aumento de precios sin bajar la tasa de ganancia, lo que provocaría una depresión. La salida menos crítica es pues la de *exportar* su crisis. Europa y Japón sufren el efecto de la agresiva política norteamericana, que persigue recuperar su balanza de pagos por medio de un aumento de las exportaciones y una baja de las importaciones. Asimismo, al devaluar el dólar, mediante una política de valorización de las monedas extranjeras (marco, yen, franco), devalúa al mismo tiempo las reservas en dólares de esos países y dificulta sus ventas hacia Estados Unidos, al aumentar el precio de sus productos con relación al dólar norteamericano.

En tanto que Estados Unidos desarrolla esas medidas agresivas, profundiza la crisis de estos países, que ya era grave, y que fue suavizada por un largo tiempo por las posibilidades de exportación hacia Estados Unidos. Europa y Japón sufren muy drásticamente los efectos de la crisis. Los años de 1971 y 1972 nos dan la imagen de una Europa y un Japón en crisis económica. Ningún país europeo presentó, en estos años, un crecimiento económico importante.

Solamente Inglaterra, que tiene su economía muy vinculada a la norteamericana, estuvo en una situación relativamente mejor, porque su crisis más importante se dio en 1969-70, pero aun así no superó hasta 1972 una situación de desempleo muy grave que alcanzaba un millón de desempleados. La economía inglesa tiende a presentar rasgos muy similares a la norteamericana, sobre todo el desempleo, mucho más grave que en el resto de Europa.

Siendo esta la situación de Europa y Japón entre 1971-72, Estados Unidos busca aprovecharse de ella para imponer a estos países aquellas medidas que permitan recuperar la fuerza relativa de la potencia hegemónica. De ellas, el pueblo norteamericano se beneficia muy poco, manteniéndose una situación interna poco favorable.

Las devaluaciones del dólar, su desvinculación del respaldo en oro, el impuesto del 10% sobre varios productos importados, las presiones para el retorno de los capitales norteamericanos invertidos en Europa, las exigencias de

que los países europeos compartan los gastos de las tropas norteamericanas en sus países forman un conjunto de medidas de sumisión para Europa y Japón.

3. EL BLOQUE SOCIALISTA DURANTE LA CRISIS

No hay duda de que la crisis del capitalismo entre 1967 y 1969-71 favoreció enormemente el desarrollo de los países socialistas y del movimiento popular a escala mundial.

En general, estos avances no tuvieron consecuencias revolucionarias, pero es indudable que en este período, además del surgimiento del gobierno chileno de la Unidad Popular, que fue un gran auxilio para el desarrollo del movimiento socialista mundial, en América Latina se creó el gobierno militar progresista de Perú en 1968 y el de J.J. Torres en Bolivia, que estableció las condiciones para el surgimiento de una Asamblea Popular. En Asia se formó un gobierno progresista en Ceilán, a pesar de que tiene grandes dificultades internas y todo indica que no avanzó sustancialmente; se formó un gobierno progresista en India que estableció una alianza muy estrecha con la Unión Soviética; asimismo se creó la República de Bangladesh, que también se alió en este momento a la Unión Soviética. En Europa, como lo veremos posteriormente, la socialdemocracia se instaló en el poder en varios países y ha sufrido importantes evoluciones en los años posteriores.

En África el proceso de descolonización avanzó enormemente. La URSS fue indudablemente la que mejor supo aprovechar la crisis norteamericana, buscando profundizar sus efectos desde el punto de vista de relaciones de poder a escala internacional. Por más críticas que se puedan hacer a la política vacilante de muchos de estos gobiernos, es claro el hecho de que han representado importantes problemas para el imperialismo.

En este mismo período, la Unión Soviética penetró en Medio Oriente con mucha fuerza y se convirtió en un bastión necesario del mundo árabe; al mismo tiempo, sus navíos entraron en el Mediterráneo, en el Océano Índico y en el Caribe, planteando así una situación militar absolutamente nueva a escala mundial, lo que se complementa con el hecho de que la Unión Soviética se convirtió (con el reconocimiento oficial del Presidente de Estados Unidos) en la mayor potencia militar del mundo al final de la década del 60 y a comienzos

de la década del 70. Incluso económicamente, en algunos rubros, la Unión Soviética se convirtió en el principal productor; es el caso, por ejemplo, del acero, sector en el cual superó la producción norteamericana.

Desde el punto de vista de las relaciones comerciales, la Unión Soviética las inició o profundizó con casi todo el mundo.

Es interesante ver también que en el período de 1969-70 China –que había perdido muchas posiciones políticas en los años 60 (el golpe de Indonesia, el rompimiento con varios partidos comunistas, sobre todo el japonés, etc.), llegando a un aislamiento diplomático muy serio al fin de la revolución cultural– recupera buena parte de las posiciones perdidas, entra en las Naciones Unidas y acrecienta al mismo tiempo sus relaciones con los países de África, Asia y América Latina.

En fin, tenemos una situación bastante favorable para los países socialistas, por lo menos como Estados nacionales y como política de poder. En lo que respecta al sudeste asiático (donde Estados Unidos tuvo que reconocer su derrota), la guerra se extendió a toda Indochina y hubo que firmar la paz, lo que debilitó a los gobiernos pronorteamericanos en la región.

Se puede decir, por lo tanto, que al final de la recesión de 1969-71, el balance era muy favorable para el bloque socialista, a pesar de que no hubo ninguna revolución en el período.

Los movimientos de masas, muy significativos y muy importantes, que se produjeron en todos los países del mundo, particularmente en 1968-69, no resultaron, a pesar de su radicalismo, en ninguna revolución. Sin embargo, representaron avances muy significativos en el desarrollo de una conciencia revolucionaria en las grandes masas.

4. ¿CÓMO SE AFECTA A AMÉRICA LATINA?

Se puede suponer que el efecto de la recuperación económica es exactamente lo opuesto a la crisis y la depresión. Los capitales norteamericanos tienden a volver hacia Estados Unidos, se retira por consiguiente el poco capital que acaso haya venido hacia América Latina en este período, particularmente hacia Brasil. Es decir, el movimiento de capitales se hace más desfavorable, las presiones económicas aumentan mucho más, Estados Unidos se ve económicamente con más fuerza para hacer imposiciones.

El Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y otros organismos pasan a una política más dura y políticamente el gobierno norteamericano pasa también a una posición más ofensiva, sobre todo en la medida en que logre afirmar razonablemente el nuevo esquema de zonas de influencia mundial. Los gobiernos de carácter más o menos reformista que se formaron en el período anterior y que durante la depresión negociaban con Estados Unidos en una situación de cierta facilidad, dándose el lujo de atacarlo y pactar con él al mismo tiempo, sufren presiones y disminuyen bastante su capacidad de maniobra, viéndose en la necesidad de enfrentar a Estados Unidos o someterse a él. Esto será más evidente en próximas oportunidades, sobre todo si Estados Unidos logra realizar sus planes de una nueva división internacional del trabajo, que llevaría a las burguesías dependientes a aceptar con cierta naturalidad la dominación norteamericana, exceptuando a algunos países que en cierta forma podríamos considerar que ya están fuera de su órbita, concretamente el único país socialista de América Latina: Cuba.

En Chile, Estados Unidos realiza su gran aventura. Considerando peligroso su ejemplo en el plano internacional, el gobierno de Nixon resuelve apoyar el golpe de Estado más sangriento e impopular de América Latina. La bestialidad de esta ofensiva, realizada en los estertores del auge económico de 1973, ha costado y costará aún un enorme precio político al imperialismo norteamericano.

Es necesario señalar que la experiencia chilena fue precedida por el golpe militar en Bolivia en 1971 y el golpe disfrazado en Uruguay en 1973. En todos estos casos, Brasil fue el principal instigador y sirvió de importante intermediario, centro de influencia ideológica (mediante la propaganda del “modelo brasileño”) y apoyo económico.

Los esquemas golpistas estaban armados en varias partes y las aventuras continuaron hasta cuando ya no disponía el imperialismo de medios para respaldarlas. El intento de golpe en Chipre, acompañado de la intervención griega y enseguida de la invasión turca, tenía el mismo requisito de crueldad pero fracasó rotundamente. La actitud norteamericana frente a la ofensiva de Egipto y Siria para recuperar sus tierras tenía mucho de esta arrogancia aparentemente victoriosa en Chile. Le costó fuertes conflictos en Europa al amenazar con una guerra a la Unión Soviética sin ningún aviso a sus aliados

Europeos. Las promesas posteriores de Kissinger al gobierno egipcio revelan también este espíritu aventurero que terminará por desgastar a Kissinger y a Sadat.

Por lo tanto, en todas partes, en algunos lugares más que en otros, la presión aumentó. Y hay que tener claro que la clase dominante de Estados Unidos se preparó muy intensamente para recuperar al máximo posible las posiciones perdidas.

Si bien se afirma que no se quiere crear un nuevo Vietnam, se prepara un ejército profesional de un nuevo tipo, que no tiene que recurrir al reclutamiento forzado, al ciudadano pensante y políticamente activo, militarmente un simple “*amateur*”. Se trata de crear un eficaz ejército colonial (como una Legión Extranjera francesa en escala ampliada) que sepa desarrollar el ejemplo de los marines y logre una eficacia similar a la Guardia Nacional que, como otras policías especiales, asimiló las tácticas de lucha antimotín que se perfeccionaron sobre todo en la década del 60. Ella logró contener la rebelión negra, puertorriqueña, chicana y estudiantil en la metrópoli. Se supone que el nuevo ejército profesional hará lo mismo en las colonias.

La ofensiva norteamericana entre 1972-73 reveló al mismo tiempo el poder y las debilidades del imperialismo en el actual período.

De un lado, el imperialismo demostró su poder de articulación, organización y corrupción, su audacia política y su agresividad sin límites.

Pero, por otro lado, demostró también que tiene que pagar un precio muy alto por esas victorias. Después de haber derrocado gobiernos tan prestigiosos como el de Goulart en Brasil y el de Sukarno en Indonesia y haber realizado muchos otros golpes menores, la burguesía norteamericana se ve en la obligación de destruir las democracias “ejemplares” de Uruguay y Chile. En el caso chileno, se ve en la necesidad, derrotado claramente en las urnas, de gritar a los cuatro vientos a la socialdemocracia europea, sus antiguos aliados en la Guerra Fría, al gobierno de Indira Gandhi en India y a muchos potenciales aliados, que no puede aceptar un proceso de transformaciones socialistas, aun en el cuadro del respeto a las reglas de la democracia liberal burguesa. ¿Qué efectos ideológicos pueden tener tales actos y proclamas para las bases de estos partidos, hasta hace muy poco poderosos aliados anticomunistas?

Este precio es sobre todo muy caro cuando inmediatamente después el capitalismo mundial empieza a entrar en su peor depresión desde 1929.

Pero es sobre todo muy caro el precio político de estas acciones cuando el propio pueblo norteamericano ve más que nunca desplomarse la imagen de la democracia norteamericana en su propio país, al tiempo que sufre una gran depresión acompañada de inflación y acaba de salir derrotado de una ignominiosa guerra en la lejana Indochina.

Pasemos, pues, a estudiar la nueva crisis que se anuncia a fines de 1973 y que se profundiza en 1974 y 1975, la cual solo dará paso a una nueva recuperación a fines de 1975 y comienzos de 1976. Al analizar sus consecuencias actuales y en el futuro debemos tener presente el rápido balance que hicimos de la recuperación de 1972-73, los límites que reveló y la ofensiva política aventurera a la cual dio origen.

1. LAS CAUSAS DE LA DEPRESIÓN Y SU SIGNIFICADO

Si los datos, que señalaban el fin del auge económico de la posguerra en 1967 y en 1969-71 eran solamente indicativos, los hechos económicos de 1974-75 son claramente concluyentes. En estos años todos los “teóricos”, analistas e ideólogos del gran capital juntaron sus voces al grito general de “depresión”. No son pocos los que recuerdan los terribles años de 1929-33 y anuncian días iguales. ¿Cómo fue posible que los teóricos del capitalismo poscíclico se vieran, de repente, en la necesidad de reconocer el ciclo económico como centro del funcionamiento del capitalismo? Solo la fuerza de los hechos puede explicarlo, aunque no faltarán aquellos que, en los años de recuperación, intentarán presentar estos días de crisis como una pesadilla, una “anormalidad” superada del capitalismo poscíclico, debida a errores de conducción y política.

Pero estos días de optimismo no están muy próximos ni serán muy largos. Si es verdad que hay una recuperación en 1976, como lo veremos, pero es artificial y corta y no alcanzará a provocar un optimismo suficiente para producir grandes aventuras ideológicas de apología al sistema. El gran período depresivo en curso está mucho más próximo al patrón de comportamiento del capitalismo en los próximos años, que a una u otra recuperación económica artificial. Y el capitalismo solo podrá superar esta situación si pasa por reformas estructurales muy profundas.

Las causas de la crisis actual son, por lo tanto, las mismas que generan la crisis general capitalista, cuyos aspectos más relevantes ya fueron analizados en los capítulos anteriores.

Fueron los mismos mecanismos que permitieron un ciclo económico de crecimiento los que llevan ahora a la inflación permanente, cuyo control

solo es posible después de un largo período depresivo. Los enormes gastos estatales en favor de los monopolios y de una expansión acelerada del consumo general provocan un déficit presupuestario permanente; las relaciones económicas internacionales, altamente deficitarias a fin de financiar los movimientos de capitales, las exportaciones y el mantenimiento de un vasto aparato represivo y militar alcanzan su límite y desorganizan necesariamente las bases de un intercambio internacional financiado por enormes deudas internacionales; los efectos inflacionarios son estimulados por la acción de los monopolios, que crea una inflexibilidad de los precios a la baja (por otro lado, la organización sindical creciente de los trabajadores crea también una relativa inflexibilidad a la baja de los salarios).

Además de los mecanismos inflacionarios que tienen un cierto límite, vimos cómo el fin del ciclo económico de crecimiento se explica también por el agotamiento de los efectos secundarios que provocó la implantación e internacionalización de un conjunto de inventos tecnológicos, que se habían acumulado en los años 30 y 40 y que fueron sacados a la luz durante la Segunda Guerra Mundial.

Vimos también cómo la industria de guerra, que había sido otra fuente aparentemente inagotable de nuevas inversiones, sufrió cambios tecnológicos que disminuyen acentuadamente su capacidad para crear efectos secundarios en la economía.

Finalmente, señalamos cómo los efectos acumulativos de estas políticas inflacionarias se reflejaban en un aumento artificial del empleo y de la producción que estimulaba nuevas inversiones con bases especulativas. Estimuladas por el optimismo de los consumidores reflejado en una expansión incontrolada del mercado y por las justificaciones ideológicas irresponsables que anunciaban una nueva etapa de superabundancia y de fin de crisis dentro del capitalismo, las clases dominantes y sus políticos de turno refuerzan las medidas inflacionarias y especulativas, provocando un constante aplazamiento de los problemas y agravando el período crítico que ya se anunciaba. Está dentro de la lógica de la especulación que esta provoque al final una bancarrota violenta que sustituya los mecanismos acumulativos por otros contrarios de carácter descendente y depresivo.

Si, desde un punto de vista más amplio, la crisis de 1974-75 la explican las razones que provocaron la crisis general del capitalismo iniciada en 1967,

existen también causas específicas que condicionan buena parte de su forma y apariencia. Las causas más inmediatas de la depresión de 1974-75 deben ser buscadas en el pequeño auge económico obtenido entre 1972 y 1973.

Este auge, como lo hemos visto, fue producto en buena medida de decisiones de estímulo artificial a la producción y al pleno empleo en Estados Unidos, acompañadas de fuertes agresiones de este país a sus aliados para recuperar su capacidad competitiva internacional. Por esta razón, las medidas tomadas provocan fuertes presiones inflacionarias al crear una demanda artificial de productos agrícolas y materias primas. Esta demanda fue aumentada aún más por las compras masivas de la URSS y otros países socialistas a las economías capitalistas, particularmente a Estados Unidos, y se hizo aún más inflacionaria al producirse una baja generalizada de las cosechas de 1973.

Finalmente, se ha introducido un nuevo factor de complicación de la situación. Presionados por las fuertes tendencias inflacionarias internacionales, por el creciente poder de negociación de los productores de materias primas en una situación de *boom* económico, así como por la necesidad de contener las constantes provocaciones militares israelíes, y estimulados además por la posibilidad histórica de posesionarse de sus campos de petróleo, los países árabes iniciaron en octubre de 1973 un boicot bastante blando a la exportación de petróleo a los países que apoyaban a Israel y un aumento bastante fuerte de precios que rebasaba ampliamente los aumentos de las demás materias primas.

Según los cálculos de *The Economist*³⁰, desde la fundación de la Organización de los Países Exportadores de Petróleo (OPEP) en 1960 hasta el tercer trimestre de 1973, cuando se produjeron el embargo y el aumento de precios, los precios internacionales de las manufacturas se habían elevado de 100 a 170; el índice general de precios de mercancías en dólares se había elevado a 270; el oro a 300. Hasta antes de octubre de 1973, el petróleo se había mantenido con precios relativamente estables, mientras se elevaban los otros índices de precios significativamente. Es necesario señalar que, después del embargo, los precios del petróleo se elevaron al índice 830, mientras que los productos manufacturados sobrepasaron el índice 200; el índice general de precios de mercancías llegó a los 300 y el índice de precios del oro llegó a 550.

30. 4 de enero, 1975.

Es así como los productores de petróleo buscan a duras penas conservar las ventajas que su unidad les permitió alcanzar.

El aumento de precios del petróleo no afectó solamente a los países industrializados, particularmente a Europa y Japón que no poseen petróleo (Estados Unidos importa una parte pequeña de su consumo): incidió fuertemente sobre muchos países subdesarrollados que no poseen petróleo. En la parte final de este libro veremos un poco más en detalle los efectos de tales aumentos en los países latinoamericanos. En principio, se generaron o se profundizaron enormes déficits en la balanza comercial de países que ya viven hace mucho en una situación de endeudamiento creciente por la imposibilidad de equilibrar sus balanzas de pago. Por esta razón, buena parte de las ganancias generadas por el aumento de precios del petróleo tendrán que ser, y lo están siendo, canalizadas o “recicladas” para prestar a estos países lo necesario para pagar sus compras.

Es evidente el fuerte desequilibrio en las relaciones económicas internacionales que provoca esta reorientación de los excedentes financieros hacia países que hace poco eran considerados de mínimo peso. La lucha del imperialismo por disminuir esos excedentes, o por reorientarlos en favor de sus empresas y bancos, se ha convertido así en un elemento decisivo del cuadro económico, político y militar.

La presencia de estos hechos dramáticos es en parte consecuencia de la propia crisis general del capitalismo, sin la cual estas rebeldías son imposibles. Pero, al mismo tiempo, provocan una innovación en los mecanismos de la crisis, agudizan ciertos aspectos, refuerzan unas tendencias y anulan otras.

Entre otras cosas, esos hechos dramáticos permiten a muchos interesados ocultar la verdadera profundidad de la crisis y achacarla al aumento del precio del petróleo o a cualquier otro fenómeno accidental. Es sabido que ya en 1973 varios modelos econométricos norteamericanos preveían una depresión en 1974³¹ sin contar para nada con el aumento del precio del petróleo.

31. El Wharton Econometric Forecasting, que ha logrado mantener un nivel de previsión bastante satisfactorio, preveía, a mediados de 1973, que a mediados de 1974 el producto nacional bruto de Estados Unidos tendría una baja anual del 1%. Los datos posteriores han revelado que la baja se produjo antes, a comienzos de 1974, y fue mucho mayor. El Wharton quedó corto también en su previsión de que la inflación bajaría al 4% o 5% en 1974. La capacidad utilizada en la industria debería alcanzar el 94% en 1973 y bajaría al 87% en 1974. El desempleo subiría al 6%. Como lo veremos en

Asimismo, el petróleo solo contribuye en cerca del 1% a la inflación internacional, según los cálculos de la OPEP.

2. CARACTERÍSTICAS DE LA DEPRESIÓN DE 1974-75

A fines de 1973 empezaba a presentarse una baja en el crecimiento económico de Estados Unidos, Europa y Japón. Al principio, muchos atribuyeron ese hecho a las dificultades creadas por el petróleo. Pero se sabía muy bien que casi todos los países capitalistas habían iniciado desde mediados de año importantes medidas de contención de la inflación, la cual llegaba a límites incontrolables, y que esas medidas afectarían necesariamente la tasa de crecimiento.

A) PROFUNDIDAD DE LA CRISIS

Es así que en Estados Unidos la tasa de crecimiento del producto nacional bruto, a precios reales, inició el año con una tasa anual ajustada del 9% y al final del primer trimestre esa tasa había caído al 2%, a fines del segundo trimestre se conservaba a la altura del 1,8%, a fines del tercer trimestre sufrió un ligero repunte a poco más del 2%, para caer brutalmente hasta el *menos* 7% al final del primer trimestre de 1974. Una recuperación relativa elevó esa tasa al -1,5% al fin del segundo trimestre de 1974, conservándose en el -2% en el tercer trimestre, para tener otra baja brutal del producto nacional bruto al final del cuarto trimestre con una tasa anual ajustada del -9%³².

Estos datos revelan la primera característica de la depresión 1974-75: se trata de la *más profunda* en toda la posguerra. De esta manera, a fines de 1974 la producción industrial norteamericana era 6,5% inferior a la de 1973. Dentro de esta producción se debe destacar especialmente la industria automovilística, sobre la cual se asienta gran parte de la prosperidad industrial

seguida, estos datos reflejaban la previsión de una recesión bastante más blanda que la real. Pero, como en los demás modelos econométricos, era clara la previsión de una recesión. *Cfr.* la publicación: *The 1973 Midyear Review of Economy*, Hearings before the Joint Economic Committee, Congress of the US, 91st Congress, 1st Session. Julio-octubre de 1973. Government Printing Office, Washington, 1974.

32. *Newsweek*, 27 de enero de 1975, p. 26.

norteamericana. En 1974 las ventas de carros norteamericanos cayeron en 23% con relación a 1973, la producción bajó en 25% y cerca de 40% de los trabajadores de esta industria habían sido despedidos³³.

La industria de la construcción es la segunda base de apoyo de la prosperidad norteamericana. Pues bien, a principios de 1970 se inició la construcción de 1.236.000 casas en Estados Unidos. Este dato alcanzó la cifra de 2.500.000 a principios de 1972. A fines de 1974, el número de casas cuya construcción se había iniciado a la fecha, cayó brutalmente a 989.000: más del 20% menos que cuatro años antes, cerca de una tercera parte de hacía solamente dos años³⁴.

No es pues de admirarse que la tasa de desempleo a principio de 1975 haya alcanzado la increíble cifra del 7,1%; según el *US News and World Report* era

la mayor en más de 13 años. 6,5 millones de norteamericanos no encuentran trabajo. Más de 85 millones están aún trabajando; estos son inferiores en 1,4 millones a los que trabajaban en septiembre, mes en el cual el número de personas trabajando alcanzó su punto álgido³⁵.

En febrero de 1975 el desempleo había alcanzado un punto más alto con 8,6% de desempleados con relación a la fuerza de trabajo.

Los efectos relativos al nivel de consumo, cuyas consecuencias sobre la producción son muy directas, a no ser que el Estado tome medidas para generar algún consumo extraordinario, indican que el salario medio real a fines de 1974 era un 5% inferior al de 1973 y los trabajadores estaban laborando menos horas en cada jornada. A la baja de los salarios la acompaña una baja similar de la productividad de la economía. A fines de 1973, la producción por hora-hombre en Estados Unidos, que había crecido un 5% en el primer trimestre, cayó a una tasa de -0,8% en el segundo, se recuperó un poco a una tasa de 1% en el tercer trimestre, volvió a caer en el cuarto trimestre al -2% y continuó cayendo en el primer trimestre de 1974 al -3%³⁶. De esta forma se

33. *US News and World Report*, 3 de febrero de 1975.

34. *Ibid.* Según esta revista (p. 20), la tasa de inicio de [construcción de] casas a fines de 1974 fue la más baja en cualquier trimestre de los últimos ocho años y la segunda más baja en los últimos treinta años.

35. *Ibid.*, p. 14.

36. *Times*, 3 de enero de 1974, p. 40.

reafirma una tendencia creciente a la baja de la productividad media norteamericana con relación a la de otros países industrializados. Como vimos, esta es una de las causas de la pérdida de posición relativa de las exportaciones norteamericanas. De esta forma, crece el costo de la mano de obra por unidad, así como la compensación salarial por hora-hombre³⁷. Por primera vez en la posguerra los sueldos de los trabajadores empiezan a afectar la tasa de ganancia al unirse a otros factores contrarios. De esta manera es de esperar que la crisis afecte seriamente la tasa media de ganancia en Estados Unidos. Es necesario señalar, sin embargo, las defensas de su tasa de ganancia que ha elaborado el monopolio, ya sea vía precios altos o por medio de otros mecanismos como la exención de impuestos y las facilidades y estímulos estatales. Es así como, a pesar de la crisis, las sociedades anónimas norteamericanas reportaron a mediados de 1974 un aumento del 23% con respecto al mismo período de 1973. Pero, de hecho, si descontamos la tasa de inflación, vemos que hubo una declinación en las ganancias del período. Según los datos del *US News and World Report*, las ganancias reales de las 1.065 corporaciones norteamericanas investigadas por su Unidad de Economía, se rebajaban del valor nominal de 85.600 millones de dólares al valor real de 25.200 millones, lo que representaba una baja del 43% en relación con las ganancias alcanzadas en 1965 por esas mismas compañías, cuyo valor real era de 44.400 millones de dólares (los datos son calculados en dólares, de 1965)³⁸. Si tomamos los datos disponibles hasta el tercer trimestre de 1974, se confirma un agravamiento de esas tendencias³⁹.

Los datos sobre la tasa y la masa de ganancias disponibles afectan muy directamente las previsiones sobre la tasa de inversiones. Indicadores muy directos de esta son las compras de nuevas plantas manufactureras y la expansión de las existentes. Según los datos disponibles, esas compras bajaron en un 31% en 1974 y deberán continuar bajando en 1975.

37. Según datos de *Newsweek*, 30 de septiembre de 1974, entre 1964 y 1974 (segundo semestre), la producción por hora-hombre aumentó en un 30%, mientras que la remuneración de los sueldos por hora-hombre aumentó un 100%. Como resultado el costo unitario del trabajo subió un 60% en el período. Tomando en consideración que entre 1973 y el segundo semestre de 1974 la producción por hora-hombre bajó, se puede percibir la agudización de los conflictos industriales que supone la crisis actual.

38. *US News and World Report*, 4 de noviembre de 1974, p. 55.

39. *Idem*, 3 de febrero de 1975.

De esta forma, los datos se nos presentan de manera muy concluyente⁴⁰. La depresión 1974-75, por lo que ya representaba a principios de 1975, fue la más severa de la posguerra y la más importante y profunda depresión norteamericana desde la de 1929-32.

B) CARÁCTER INTERNACIONAL DE LA DEPRESIÓN

Podemos así tomar en consideración la segunda característica de la depresión de 1974-75. Es seguramente la *más internacional y extensa* de la posguerra. Como lo hemos señalado, durante el auge económico iniciado en 1947 solamente Estados Unidos presentó graves crisis. En 1967 y en 1971 tuvimos por primera vez períodos relativamente cortos de convergencia entre las crisis norteamericana, europea y japonesa. Entre 1974 y 1975 este carácter internacional se hace más notorio y admite un menor número de dudas. Se puede decir claramente que la depresión es universal en los países capitalistas dominantes.

En 1974, además de Estados Unidos, que presentó una baja del PNB del 2%, Japón registró una baja del 3% en el PNB y la producción inglesa en noviembre de 1974 era 2,7% menor que en noviembre del año anterior.

Los datos sobre desempleo son más claramente indicativos de la extensión internacional de la depresión, principalmente si se toma en consideración la situación de pleno empleo que prevaleció prácticamente desde 1950 hasta 1973 (excepto en Estados Unidos e Inglaterra). Según estimaciones del Departamento del Trabajo de Estados Unidos, que ajustan los criterios de los países estudiados a los norteamericanos, en enero de 1975 la tasa de desempleo de Estados Unidos, como vimos, era del 7,1% de la fuerza de trabajo; la de Canadá, 6,1%; la de Australia, 5,5%; la de Francia, 5,0%; la de Gran

40. Los datos sobre la recesión que apunta el *US News and World Report*, al inicio de 1975 (3 de febrero), son impresionantes en la confirmación del carácter profundo de la recesión: "Las órdenes de bienes durables hechas por fábricas cayó en un 11,1%, en diciembre, con relación al mes anterior. El más bajo en 20 años". "La venta de máquinas-herramienta bajó en un 25,4% de noviembre a diciembre". "Las compras de casas en unidades cayeron en un 22% de diciembre de 1973 a diciembre de 1974. La cantidad de aparatos de televisión vendidos bajó un 28,6%". "Más y más firmas anuncian quiebras. En la semana que terminó el 11 de enero, un número récord de 970.200 personas buscaron seguros de desempleo por la primera vez [sic]". "El uso de la capacidad productiva de la manufactura disminuyó en el último trimestre a su tasa más baja, 75,9%, desde el primer trimestre de 1972".

Bretaña, 4,2%; la de Italia, 3,5%; la de Alemania, 2,8%; la de Suecia, 1,7% y la de Japón, 1,4%. Estas cifras representaban cerca de 4 millones de desempleados en el Mercado Común Europeo. En general, se produjo un aumento de las tasas de desempleo en el transcurso de 1975. Es importante señalar también que en Europa hay aún brutales diferencias regionales, particularmente en lo que se refiere a los índices de empleo. Regiones como el sur de Italia e Irlanda presentaban tasas de desempleo del 9% hacia arriba, a comienzos de 1974⁴¹.

Asimismo, los datos son muy impresionantes cuando nos desplazamos hacia el Mediterráneo. Turquía, por ejemplo, calcula su tasa de desempleo en un 15%, sobre todo con el retorno de la fuerza de trabajo local desde sus regiones de emigración como consecuencia de la crisis. Grecia calcula una tasa de desempleo del 1%. Pero este país tiene un desempleo crónico, mitigado solo en parte por la exportación de mano de obra y el subempleo.

El otro aspecto que revela el carácter internacional de la crisis es la inflación. Esta se ha generalizado por todo el mundo capitalista en proporciones desconocidas hasta ahora. Según *The Economist* (18-24 de enero de 1975) la inflación en 1974 fue del 7% en Alemania, del 15% en Francia, del 17,5% en Inglaterra, del 22,5% en Italia, del 10,5% en Holanda, del 16% en Bélgica, del 16,5% en Dinamarca, del 16,5% en Irlanda, del 16,5% en Estados Unidos y del 25% en Japón. Se puede hablar de esta manera de la estagflación o depre-flación como un fenómeno general del capitalismo actual.

Muchos otros datos podrían confirmar la tesis sobre el carácter mundial de la crisis capitalista en curso. Lo veremos aún más en detalle cuando estudiemos el aspecto financiero de la crisis. Creemos, sin embargo, suficientes las informaciones presentadas.

C) LA ESTAGFLACIÓN

Es así como podemos señalar un tercer aspecto de la crisis de 1974-75: la concomitancia entre inflación y depresión. Como vimos, esta correlación se

41. *The Economist*, 25 de enero de 1975. Según el criterio de esta revista, en agosto de 1974, Bélgica presentaba una tasa de desempleo del 4,1%; Gran Bretaña, en agosto-noviembre, del 2,8%; Dinamarca, en septiembre-octubre, del 7,9%; Francia, en julio-agosto, del 2,3%; Alemania, en agosto-septiembre, del 2,4%; Holanda, en septiembre, del 4,2%; Irlanda, en septiembre-octubre, del 9,9%; Italia, en mayo-junio, del 5,1%.

produjo por primera vez en la crisis norteamericana de 1958. Desde 1967 se ha tornado, sin embargo, un factor constante de la coyuntura internacional. Vimos las razones que, según creemos, provocan este fenómeno.

Se puede prever que la inflación vino para quedarse, pero es también evidente que una depresión tan aguda como la de 1974-75 afectase de alguna forma la tasa de inflación. Ya a mediados de 1974 empezaron a caer vertiginosamente los precios de las materias primas y los productos agrícolas, demostrando una vez más que la cuerda se rompe por el lado de los más débiles, en este caso los países subdesarrollados exportadores de materias primas y productos agrícolas y los agricultores de los países desarrollados, lo que deberá llevar a deprimir aún más la economía de las regiones más subdesarrolladas de Europa y Estados Unidos.

La evolución de la crisis general confirma así la ley de desarrollo desigual y combinado del capitalismo.

D) UNA PROFUNDA CRISIS FINANCIERA

Pero nuestra visión de la crisis en su conjunto se hace más clara si tomamos en consideración un cuarto aspecto o característica de la depresión actual. A esta la acompaña una profunda crisis financiera que afecta la supervivencia de varias empresas, el crédito, las transacciones bursátiles, las divisas internacionales, y que crea excedentes internacionales muy particulares, expresados en los eurodólares y petrodólares.

Las altas tasas inflacionarias ejercen una fuerte presión sobre el crédito, y las tasas de interés son el mecanismo más directo y eficaz para controlar los volúmenes de crédito y, lógicamente, la oferta de dinero. Por esta razón, la contención del proceso inflacionario siempre pasa por una restricción del crédito o, lo que es lo mismo, pero por medios más flexibles, por un aumento de la tasa de interés. La reducción de los créditos afecta muy directamente a la industria de construcción, directamente dependiente de las hipotecas.

La acción de Arthur Burns, presidente de la Comisión Federal de Reserva de Estados Unidos, ha sido orientada muy claramente en el sentido de paralizar un *boom* económico altamente inflacionario a fines de 1973 e inicio de 1974. En sus propias palabras:

Este país está enfrentando –como lo he dicho más de una vez y continúo diciéndolo y acentuándolo de acuerdo con esa afirmación– un problema muy peligroso de inflación, y una expansión excesivamente rápida del crédito bancario es un asunto profundamente intranquilizador para mí y para el Sistema [Federal de Reserva], y lo mismo ocurre con las tasas excesivamente rápidas de crecimiento de todos los agregados monetarios. No lograremos mantener esta inflación bajo nuestro control si esto continúa. Y si no lo logramos, este país se verá en grandes dificultades⁴².

Las tasas de interés aumentaron del 6% en enero de 1973 al 12% en septiembre de 1974, en parte como efecto natural de la inflación, en parte como consecuencia del aumento de las tasas de redescuento, determinadas por el Federal Reserve Board.

La contención del crédito afecta muy directamente a los medianos y pequeños propietarios, que no cuentan con el apoyo de grandes financistas. Pero también las grandes empresas sienten el peso de la restricción de crédito, que se aúna a una baja de su mercado. En las minirrecesiones de 1967 y 1969-71 vimos que algunas importantes empresas como la Penn Central, la Rockwell y otras fueron afectadas. En la recesión de 1974-75 son muchas las empresas afectadas.

Las compañías automovilísticas como la General Motors, la Ford, la Chrysler y la American Motors se ven en profundas dificultades, debido a la violenta baja de sus ventas y de sus ganancias. La Sears, el mayor vendedor al detalle, sufrió una baja de sus ventas de 28,5%. La Pan American y la Trans World Airlines (TWA), las mayores empresas de transporte aéreo, se ven en dificultades y quizás se asocien. Se plantea ya como medida favorable reorganizar la Corporación para Reconstrucción Financiera que funcionó en los años 20 y 30 a fin de proteger a las empresas en quiebra.

En Inglaterra las dificultades de la Burmah Oil, la vigésimaquinta empresa inglesa, fueron resueltas por el Banco de Inglaterra a través de una política inflacionaria que no puede repetirse muchas veces. La empresa automovilística British Leyland también se ve en dificultades. Desde Japón, Alemania y de todo el mundo capitalista llegan informes sobre las dificultades que viven grandes y medianas empresas.

42. En entrevista de prensa transcrita en *US News and World Report*, 6 de mayo de 1974, p. 70.

Particularmente importantes son las crisis bancarias originadas en parte en la especulación con la fluctuación de divisas, pero también originadas por las dificultades financieras generales. Fue así que el Banco I.D. Herstatt, el Westdeutsche Landesbank y otros menores presentaron enormes pérdidas en Alemania. El Union Bank of Switzerland en Suiza los acompañó en sus desventuras. Causaron mucha expectación las pérdidas menores, pero muy publicitadas del Lloyds de Inglaterra y del Franklin National Bank de Estados Unidos. Han aumentado los llamados a la intervención estatal en el sector bancario y el liberal socialdemócrata Helmut Schmidt ha hecho campaña pública por un control del mercado europeo de dólares por los bancos centrales, en vista de las especulaciones de divisas.

Pero no es solamente el mercado de divisas, sino todo un sistema aventurero de especulación con los recursos de sus clientes, lo que caracteriza a un sistema bancario profundamente comprometido frente a la depresión.

Los bancos han hecho préstamos a largo plazo de millares de millones de dólares con dinero que puede ser reclamado de vuelta por los inversionistas en materia de días o meses⁴³.

La relación entre los depósitos y los préstamos subió del 48,7% en 1958 al 75,9% en julio de 1974, demostrando la gran debilidad del sistema bancario en su conjunto.

Los débitos de los individuos, del Gobierno y de las corporaciones han alcanzado límites insoportables para un funcionamiento sano del aparato financiero. Es necesario señalar sin embargo que, a despecho de las tesis sobre la autonomía financiera de las corporaciones modernas, fueron estas las que más aumentaron sus préstamos entre 1960 y 1973. En aquel año las corporaciones norteamericanas habían tomado prestado del sistema financiero 302.800 millones de dólares y al fin del período habían elevado sus débitos a 1 billón 111.100 millones de dólares, acusando un crecimiento del 267%. Este crecimiento fuera de lo común hizo que el débito de las corporaciones, que era un poco inferior en su monto al débito público en 1960, pasase a superarlo, en 1973, en más del doble. El débito del Gobierno (federal, estatal y local) era, en 1960, de 308.100 millones de dólares; en 1973 se había elevado

43. *US News and World Report*, 9 de septiembre de 1974, p. 31.

a 593.000 millones, acusando un crecimiento del 93%. ¿Cómo pudo la deuda del Gobierno crecer menos que la del sector privado cuando sabemos que sus gastos se han elevado enormemente sin posibilidad de respaldo financiero, y los presupuestos nacionales han sido fantásticamente deficitarios? Gracias a que las imposiciones fiscales se han elevado fuertemente en el período, afectando sobre todo a los sectores de ingresos medio y bajo. Las corporaciones han recibido, al mismo tiempo, fuertes estímulos tributarios y de otros tipos en favor de las ganancias y de las inversiones. ¿Cómo es posible, pues, que aun así necesiten tantos recursos financieros sin cobertura? Las razones son de orden estructural y coyuntural.

Estructuralmente, la concentración tecnológica y económica ha alcanzado, en los últimos veinte años, un auge impresionante debido al pleno desarrollo de la revolución científico-técnica. Los límites impuestos por las actuales organizaciones administrativas en forma de empresas privadas, por más impresionantes y gigantes que sean, no permiten estar a la altura de estos cambios. Como lo destacamos al analizar las corporaciones multinacionales, estas representan, junto con la conglomeración y la centralización financiera, un intento desesperado de estar a la altura del desarrollo contemporáneo de las fuerzas productivas. En una época en que la automatización plantea la posibilidad de integrar técnicamente ramas enteras de la producción, los enormes y masivos recursos que acumulan las corporaciones son insuficientes para romper los límites impuestos por la anarquía de la competencia, por los gastos muertos representados por las inversiones ya realizadas, y por las necesidades de enormes sumas para financiar y organizar toda la investigación necesaria a fin de realizar este salto cualitativo. Esto sin contar la limitación fundamental que implica para la producción capitalista la baja masiva de los valores de los bienes producidos por ramas enteras automatizadas, y sin considerar tampoco los efectos socioeconómicos (como el desempleo, etc.) que suponen tales cambios.

Es necesario señalar también que la necesidad de estimular un consumo artificial elevó el endeudamiento de los individuos de 263.300 millones de dólares en 1960 a 821.300 millones en 1973, un crecimiento de 212%. No es pues de extrañar que una reducción del crédito, como la impuesta por el Federal Reserve Board en 1973, afecte de manera muy aguda las compras de bienes durables, como se vio en 1974.

Coyunturalmente, podemos entender entonces por qué se producen quiebras e inestabilidades en los principales sectores económicos y por qué el sistema bancario se resiente tan directamente. No es nada difícil comprender enseguida cómo afecta la crisis al sistema bursátil.

Pocas veces en la historia del capitalismo se ha visto un desplome del sistema bursátil internacional tan profundo, largo y generalizado como el que se inició en 1970 y llegó a su auge en 1974.

Al 31 de diciembre de 1974, la bolsa de Londres había disminuido sus valores en 52,4% con relación a la misma fecha de 1973 y presentaba un valor total inferior en 70,3% con respecto al punto más alto que había alcanzado antes.

En la misma fecha, la bolsa de Nueva York presentaba una baja del 28,0% con relación a un año antes y del 41,4% con respecto al punto más alto por ella alcanzado.

Hay que considerar el hecho de que estos valores son nominales y que sería necesario descontar la tasa inflacionaria del período para conocer la extensión de la pérdida real de los valores que se esfumaron en solamente un año.

Pero es preciso, además, señalar que aparte de la bolsa de Frankfurt, que presentó un aumento de sus valores de 2,6% con relación al año anterior, elevación en todo caso inferior a la tasa de inflación, todas las demás bolsas importantes presentaron caídas impresionantes. Es bueno apuntar que la bolsa de Frankfurt presentaba en esta misma fecha una baja del 45,4% con respecto a su mayor auge alcista.

Es natural que un mercado financiero acorralado por la inflación, por las violentas oscilaciones de las divisas internacionales y por una violenta caída de los valores bursátiles presente un cuadro de quiebras y desesperaciones.

Es así como en Alemania en 1974 las quiebras de empresas financieras habrían aumentado cerca de 80% con relación a 1973, según cálculos realizados a mediados del año. En lo que respecta a Estados Unidos, nos remitimos a un párrafo de *Business Week* del 10 de agosto de 1974:

Los negociantes de acciones están hoy en día en uno de los peores momentos desde 1930. Muchos de los que trabajan en Wall Street están temerosos de que bancos comerciales que tienen importantes papeles en el mercado de acciones puedan desplazarlos. La situación es tan mala que en Wall Street ya son muchos

los pequeños inversionistas que están completamente fuera del mercado. Algunos bancos y empresas dedicadas a la venta de acciones están recurriendo a la Comisión Cambiaria y de Valores (Security and Exchange Commission), a la que siempre habían tratado como el perro guardián de la justicia en contra de los inversionistas, para proponerle la formación de una superagencia con el objetivo de salvar esta rama de los negocios. No solo están buscando reformas de reglamentos como, por ejemplo, un mercado central que podría contribuir para un endeudamiento posterior del negocio de acciones, sino que más bien buscan una especie de enorme empujón para salvar a Wall Street.

Felix C. Rohatyn, alto dirigente de las Casas de Inversión Lazard Freres Co., confirmaba estas aprehensiones en un artículo para el mismo *magazine*, en el que planteaba:

La situación del mercado financiero es suficientemente grave como para justificar la afirmación de que está siendo destruido pieza por pieza; de ahí la necesidad de importantes cambios de estructura inmediatamente⁴⁴.

Haciéndose eco de un gran sector de pequeños y medianos inversionistas alarmados por una coyuntura internacional adversa, el autor no solo llama la atención sobre la necesidad de una intervención gubernamental, sino que destaca sobre todo que con la baja de los precios de las acciones “nuestras industrias pueden ser compradas por naciones productoras de petróleo como mejor manera de invertir sus nuevas riquezas”.

Asimismo, debemos considerar que el mercado de acciones está profundamente influido por el desarrollo de las grandes instituciones que están reemplazando a los individuos: en 1961, las instituciones controlaban un 39% del mercado y los individuos un 61%; en 1971 la relación era casi inversa: 68% y 32% respectivamente.

La presencia en el mercado de estos nuevos inversionistas se suma así a la posibilidad de intervención de los países productores de petróleo para provocar una situación muy difícil en un momento en que, como lo señala el artículo citado, se produce sea interna o exteriormente un requerimiento masivo de financiamiento, y al mismo tiempo hay una escasez de préstamos del sistema bancario acompañada de un mal funcionamiento del mercado

44. Felix G. Rohatyn, “The Real Financial Problem”, *Business Week*, 10 de agosto de 1974, p. 31.

de capitales. En tales circunstancias, de inseguridad general, es lógico que se produzca un fuerte desplazamiento del movimiento de valores, capitales y ahorros en dirección a los grandes bancos, lo que agravaría aún más la situación ya crítica de los pequeños y medianos bancos⁴⁵.

Desde el punto de vista del funcionamiento general del sistema era absolutamente necesario reducir la inflación, antes de que se produjera el caos en el sistema financiero. En este sentido, buena parte de la presión que se inició en 1974 se debe a las medidas tomadas para paralizar la inflación.

E) SE PROFUNDIZA LA CRISIS DEL COMERCIO Y LAS FINANZAS INTERNACIONALES

Para lograr una comprensión más clara de las características de la depresión 1974-75 y de sus secuelas en los períodos posteriores es necesario ahondar en los cambios de las relaciones económicas internacionales. Hay que considerar, en primer lugar, que ninguna de las medidas del período de 1972-73 afectó de manera importante las causas estructurales de la crisis general del capitalismo. Por esta razón, los problemas tienden a agravarse. Pero se hacen aún más agudos cuando se introduce en la complicada escena internacional la acción del cártel del petróleo.

En primer lugar, el aumento de los precios del petróleo vino a agravar de manera dramática los déficits de las balanzas de pagos de Europa, Japón y muchos países subdesarrollados, y afectó también a Estados Unidos en menor proporción. Pero para un país líder del capitalismo mundial, que viene luchando por equilibrar su balanza de pagos, es muy duro encontrarse de nuevo con un déficit de su balanza comercial de 5.000 millones de dólares en 1974, en buena parte por efecto del precio del petróleo, pero también debido a la revaluación del dólar que se produjo entre 1972 y fines de 1974.

45. Estos hechos explican las diferencias de criterio y de estado de espíritu de los representantes del gran capital, como David Rockefeller, presidente del Chase Manhattan Bank y articulador financiero de la familia. En entrevista a *US News and World Report* David Rockefeller desvirtuó tales preocupaciones: "En primer lugar, ellos [los países productores de petróleo] no tienen actualmente la capacidad gerencial para dirigir grandes industrias, y, como lo sabemos, esta capacidad no se desarrolla de la noche a la mañana. Además, no creo que quieran ponerse en esta posición. Estarán satisfechos con posiciones minoritarias desde las cuales ven que pueden obtener una compensación alta en industrias en crecimiento, pero donde algún otro tenga la responsabilidad gerencial".

Por esta razón, a comienzos de 1975 el dólar empezó a perder su valor en el mercado internacional de divisas. Esta situación amenazó fuertemente a importantes reservas financieras de Alemania, Japón y otros países, lo que determinó una fuerte acción de los bancos centrales en defensa del dólar. Y no podemos esperar otra forma de actuar hasta que exista una nueva moneda fuerte internacional, se restituya el patrón-oro o se acepten fórmulas más imaginativas como una canasta mundial de productos.

Pero ¿podemos esperar una mejoría en la posición del dólar? De inmediato, la balanza comercial norteamericana continuó deficitaria en 1975 y 1976. Asimismo, hemos visto ya que una recuperación del dólar provoca heridas en otras partes y lleva a un debilitamiento de las exportaciones norteamericanas al encarecer sus productos.

Desde el punto de vista financiero, el mercado de eurodólares continúa preocupando, pero son sobre todo los petrodólares los que amenazan la estabilidad del sistema financiero internacional.

Es por esta razón que los países capitalistas se ven en la necesidad de establecer un acuerdo, como sea posible, para imponer a los países árabes que canalicen sus dólares hacia el sistema financiero internacional que aquellos países controlan. A eso se le ha llamado “reciclaje”. Se trata de prestar estos dólares a los países que tienen que cubrir altos déficits debido al aumento del precio del petróleo. Al lograr un acuerdo razonable en este sentido, se disminuiría en parte la amenaza que representan estos miles de millones de dólares flotantes.

Para darles una idea de la magnitud del problema, en 1973 los países de la OPEP generaron reservas financieras de cerca de 3.000 millones de dólares. Este año [1974], estas reservas son estimadas en más de 65.000 millones de dólares⁴⁶.

No deja de causar aprensión el poder de compra que significan estos dólares frente a precios de acciones en plena decadencia. Vimos ya cómo David Rockefeller ha desvirtuado una amenaza de control. Pero es indudable que los petroleros van penetrando poco a poco el mundo económico de Occidente. En Alemania, además de la adquisición de 25% de las acciones de la Krupp

46. David Rockefeller en la misma entrevista.

por el Estado iraní, Kuwait adquirió 14% de las acciones de Daimler-Benz, que pertenecían al *holding* Quandt. Asimismo, el Deutsche Bank tuvo que adquirir la mayor parte del 39% de las acciones de esta compañía que poseía el *holding* Flick y que estaban por ser adquiridas por el Sha de Irán⁴⁷. El Commerzbank tuvo que ayudar a la Gutehoffnungshütte, y hay rumores de que los árabes están por comprar acciones importantes de la Mannesman, Siemens, Bremer, Vulkan, Bayer y otros conocidos nombres de grandes compañías alemanas. En Estados Unidos, intereses árabes compraron un banco en Michigan y la Pan American busca un acuerdo con Irán. Ya fueron anunciados estudios en varios países para prevenir esta situación.

Déficit en las balanzas de pagos, especulación con divisas, perplejidad frente a los petrodólares son factores de una crisis de las relaciones económicas internacionales en curso. La profundidad de la crisis se puede determinar por las vacilaciones frente al precio del oro, que normalmente tendería a alcanzar altísimos valores en una depresión tan grave y que se ha paralizado por varios meses después de la ola alcista de 1969 hasta fines de 1973.

Hay pues enormes desconfianzas en los medios financieros internacionales, hay vacilaciones sobre la extensión de la crisis, los gobiernos se enfrentan buscando salvar sus intereses amenazados. Por otro lado, todo aparece como negativo: Estados Unidos se desespera por el enorme déficit de su balanza de pagos, Alemania se preocupa enormemente por los superávits que se han formado durante la crisis, básicamente en función del aumento del valor del marco. Nada es claro y definitivo en una situación de crisis generalizada, nadie está seguro de su poder, principalmente en el sensible mundo financiero.

F) UNA CRISIS PROLONGADA

Podemos ahora especular sobre la extensión temporal de la crisis. En primer lugar, vimos que no se puede entender la depresión de 1974-75 fuera del contexto de una crisis general de larga duración del capitalismo que se inició en 1967. Vimos también que esa crisis se caracteriza por un largo período

47. Es interesante comprobar cómo los árabes han penetrado en estos países comprando acciones de grupos financieros tradicionales de la oligarquía alemana como los Flick, los Quandt, los Haniel. Esto es parte de un proceso de decadencia de los grupos financieros familiares en Alemania. Véase "Selling off Germany's Industrial Empires", *The Economist*, 25 de enero de 1975, p. 62.

depresivo, en el cual se sucederán algunos períodos de recuperación como el de 1972-73. Vimos, asimismo, que estos períodos de recuperación se presentarán débiles e incapaces de resolver los problemas básicos que llevan a la crisis y que deberán ser sucedidos por períodos depresivos tanto más agudos cuanto mayor haya sido el auge económico obtenido artificialmente. Vimos, en fin, que la gran burguesía buscará utilizar los mecanismos de política económica que posee para atenuar las oscilaciones entre depresión y auge, alargando el ciclo general depresivo.

Es dentro de este contexto que debemos situar la gran depresión de 1974-75. Vimos que, de hecho, podemos situar el inicio de la depresión en el cuarto trimestre de 1973. Se ha profundizado hasta el primer trimestre de 1975. Pero ya en el último trimestre de 1974 se podían notar algunos signos de la próxima recuperación. Estos son un aumento de los valores en las bolsas, una tendencia a la baja de la tasa de inflación y una disposición creciente de los gobiernos a pasar de una etapa de lucha antiinflacionaria a una etapa de enfrentamiento con la recesión.

De esta manera, a pesar de que aumentaron los efectos de la depresión durante el primer semestre de 1975, ya en el segundo semestre se inició una lenta recuperación. Se terminó así en Estados Unidos una grave recesión con duración de dos años o más: la cuarta gran depresión internacional del capitalismo. La depresión norteamericana posterior a la Guerra de Secesión duró seis años y medio, de noviembre de 1873 a marzo de 1879; la otra importante fue de 1882 (abril) a 1885 (mayo); y la de 1929-33 duró tres años y siete meses⁴⁸.

Es importante señalar, sin embargo, que todo indica que la recuperación que se inició, de hecho, en 1976 deberá ser marcada por graves problemas⁴⁹. Otra vez, como en 1972-73, la tasa de inflación, de la cual se partirá, será muy

48. Maurice Flamant y Jeanne Singer-Kerel, *Crisis y recesiones económicas, op. cit.*, p. 31. Habría que agregar la de 1910 a 1914, pero fue interrumpida por un año.

49. Por ejemplo, según los cálculos de la asesoría económica de la Presidencia, después de una baja del producto nacional bruto del 3,1% en 1975 este crecerá 4,8% en 1976. Al mismo tiempo, los precios al consumidor deberán ser 11,3% más altos que en 1974. ¡El desempleo deberá subir a 8,1% en 1975, disminuir solamente a 7,9% en 1976 y continuar alrededor de 6% hasta 1979 o 1980! A pesar de estos modestos objetivos el déficit del presupuesto público representará 2,4% del producto nacional bruto en 1975 y 3,9% en 1976. ¡Un fuerte estímulo económico se hace pues necesario para obtener estos pobres resultados! ¿Qué perspectivas hay, entonces, para el futuro, sobre todo si sabemos que estos planes son “optimistas” en sus previsiones y que, además, no serán aceptados por el Congreso?

alta, la tasa de desempleo deberá bajar muy poco y las nuevas inversiones no tendrán de ninguna manera un carácter reproductor, sino que tenderán a ser especulativas y de corto plazo. Todo indica por tanto que la recuperación será el anuncio de una nueva depresión mucho más grave que la actual, pues debemos esperar que la confianza en el sistema será mucho menor y la comprensión de la necesidad de enfrentar los problemas de fondo deberá llevar mucho más lejos que en la actualidad los enfrentamientos sociales entre las clases, las potencias, los regímenes socioeconómicos y las agrupaciones políticas.

La crisis general del capitalismo que está en curso revela de manera muy aguda aquellos problemas estructurales que un modo de producción en decadencia no puede resolver. El asunto de las epidemias, pestes y enfermedades contagiosas en ciertas regiones se asocia a los fenómenos de degradación del ambiente, a las situaciones de hambruna y otros fenómenos paralelos.

Las crisis de energéticos y del ambiente se complementan en cierta forma. La humanidad se ve, después de varios años de consumo improductivo e irresponsable de las riquezas naturales, estimulada por el capitalismo en su auge económico, frente a su real condición de carencia. Se plantea la necesidad de una utilización más racional y planificada de los recursos naturales. Asimismo, los enormes consumos de energía en los autos, fábricas y ciudades, los enormes desperdicios amenazan con una degradación irreversible del ambiente.

Frente a esta situación de carencia en los países pobres, y en los ricos también, frente a la falta de perspectiva de un crecimiento económico capaz de superar esta situación, frente al aumento del desempleo y de los conflictos sociales en los países capitalistas dominantes, el capitalismo vuelve a descubrir el viejo fantasma de la sobrepoblación. Cuando la Revolución Industrial rompió el equilibrio poblacional en el siglo XVIII no faltaron los teóricos de la sobrepoblación como Malthus. Ahora, cuando la revolución científico-técnica en proceso disminuyó violentamente las tasas de mortalidad en los países subdesarrollados, surge otra vez este espectro y se plantea una política de control natal dirigida fundamentalmente en contra de los pueblos “inferiores”.

Las crisis energéticas, de alimentación, sanitaria y de población no son más que las expresiones más agudas de una situación permanente solo disfrazada por el crecimiento económico sostenido de la posguerra. Desaparecidos

el milagro del crecimiento y el estado de espíritu optimista que lo caracteriza, vienen a tomar forma de tragedia los problemas olvidados.

3. ¿HAY SOLUCIONES DENTRO DEL SISTEMA?

La agudización de los problemas socioeconómicos y políticos, provocada por la recesión, plantea dramáticamente la cuestión de las soluciones existentes. Es necesario, en primer lugar, separar los dos aspectos de la crisis en proceso: su aspecto de largo plazo, de crisis general y estructural del sistema, y aquel más inmediato de la depresión actual.

Empecemos por el último aspecto. Hasta la actualidad solo conocemos una manera de resolver la depresión económica en el capitalismo: con una política antirrecesiva que amplía la demanda y la tasa de ganancia con objeto de estimular las inversiones.

Esta afirmación es sin embargo muy general y su aplicación depende de fenómenos políticos e ideológicos concretos ligados a la correlación de fuerzas en cada país.

En general, por ejemplo, se hace necesario un aumento de la intervención del Estado en la economía para hacerse cargo de los sectores financieramente poco rentables y en situación de quiebra, pero de los cuales la economía no puede prescindir. La acción estatal es también requerida para regular las existencias, sobre todo de materias primas y productos agrícolas, y para regular el crédito de acuerdo a las necesidades de inversión y consumo, sin aumentar los factores inflacionarios. Su intervención se hace necesaria también para disminuir el impacto social del desempleo.

Pero en cada uno de esos aspectos de la intervención estatal puede haber maneras distintas de plantearla según los intereses de clase que se enfrentan. La ideología intervencionista puede plantear, por ejemplo, la tesis de que el Estado no debe intervenir solamente las empresas de bajas utilidades, sino todas aquellas que actúen en sectores claves de la economía. Este tipo de intervención estatal rebasa los fines de clase del capitalismo de Estado al servicio de los monopolios. Tiene, con todo, fuertes límites que las alas más avanzadas de los partidos socialdemócratas, que impulsan esta tesis, muchas veces no han comprendido. La introducción de una intervención estatal que no sirve a la tasa de ganancia se vuelve contradictoria respecto de la inversión

privada, la desalienta y la ahuyenta a otros países, llevando la economía a la estagnación. En consecuencia, un avance tan fuerte del capitalismo de Estado tiene que ser considerado como una transición hacia una economía socialista o de lo contrario será una fuente de desorganización económica y estagnación que a largo plazo lleva a la victoria de la contrarrevolución.

De esta manera podemos presumir que hay una tendencia generalizada al aumento de la intervención estatal, ya sea por parte de los conservadores con el objetivo de salvar los sectores económicos decadentes y restablecer la tasa de ganancia, ya sea de los socialdemócratas de izquierda que buscan ampliar el área de la economía bajo control estatal y darle una administración más democrática, ya sea de los sectores revolucionarios que ven en el aumento de la intervención estatal un factor esencial del profundizamiento de las contradicciones del sistema.

Además del avance del capitalismo de Estado en el plano nacional, se hace necesaria su intervención a nivel internacional para regular más directamente el movimiento comercial, el financiero, los *stocks* de materias primas y productos agrícolas, sus precios mismos. Aquí también se produce una ambigüedad en función del mayor o menor grado de regulación e intervención del Estado en favor del gran monopolio o de intereses sociales más amplios, particularmente los de los trabajadores.

De esta forma se debe encarar también la necesidad de una nueva división internacional del trabajo que, a pesar de que aparentemente favorezca el desarrollo tecnológico de los países dependientes y el crecimiento de sus industrias, en la práctica lleva a nuevas etapas de especialización productiva y tecnológica a nivel siempre inferior al internacional y en función de una tecnología puramente importada y de una explotación más intensa de su mano de obra y de sus recursos naturales. Así como la integración a mediados del siglo pasado a un comercio exportador moderno no hizo más que ahondar el carácter dependiente de nuestras economías, creando enormes barreras al total rompimiento con el mundo precapitalista; de la misma forma que la introducción de una base industrial a partir de fines del siglo pasado, reforzada en 1914-19 y consolidada entre 1930-40, no logró crear una estructura industrial nacional que permitiese romper la dependencia y las viejas supervivencias precapitalistas; así también el desarrollo de un sector exportador industrial, por más beneficios inmediatos que pueda traer, no hace más que

ahondar las características de atraso relativo y dependencia que enmarcan nuestra realidad.

Por otro lado, el capitalismo se ve en la necesidad de crear nuevas fuentes de inversión para el conjunto del sistema. Estas deben caracterizarse por introducir una técnica no totalmente automatizada (cuyo horizonte se abre en nuestros días) que no rompa con la producción con base en valor y que, sin dejar de utilizar al Estado como el gran consumidor y financiador, sea asimismo un estímulo al sector privado y al empleo.

En el momento actual se distinguen cuatro grandes áreas atractivas de inversiones que cumplen con los objetivos destacados.

En primer lugar, las inversiones para defensa del ambiente, impuestas por ley, suponen altísimos gastos de complementación de las empresas instaladas o por instalarse. Asimismo, provocan innovaciones en los productos y los encarecen. El gran desarrollo de las medidas de defensa del ambiente es así una de las industrias con mayores perspectivas en los próximos años.

En segundo lugar, están las inversiones en transportes de masa y en urbanizaciones de corte futurista. La industria de construcción y de máquinas como automóviles, aviones, ferrocarriles modernos y otros medios de comunicación es aún una fuente importante de empleo y tiene enormes efectos secundarios sobre las industrias de refacciones y repuestos. Además, una concepción audaz de un nuevo urbanismo que lleve a la remodelación de ciudades enteras, al planteamiento de nuevas ciudades y del desarrollo regional permitiría revigorizar un sentimiento optimista respecto de la acción progresista del capital, además de hacer creer que se abre una nueva situación en las grandes ciudades.

En tercer lugar, los servicios de bienestar social, particularmente la construcción de una enorme red de hospitales privados, campañas de medicina preventiva, etc., lograrían revigorizar a la industria de construcción, a la industria farmacéutica en decadencia y otra vez permitirían alardear de un progresismo que desde 1967 parece haberse hecho completamente incompatible con el capitalismo.

Vemos así que los campos “nuevos” de inversión no serían más que una superación de viejos mecanismos de provocar inversiones. Si sumamos a esto, en cuarto lugar, los gastos de infraestructura para la campaña de superación de la crisis energética, los nuevos avances de la aviación supersónica,

los nuevos pasos en la industria espacial y los nuevos tipos de comunicación internacional, podemos entender que el capitalismo es capaz de encontrar importantes fuentes de inversión sin que cuente solamente con la industria de guerra, a la cual se apegó y se apega tan fuertemente. Vimos ya los límites crecientes que conlleva la inversión militar a resultados del propio desarrollo de la tecnología militar.

Para alcanzar los objetivos descritos, el capital tiene que lograr un mayor acuerdo internacional y superar necesariamente por la fuerza y, por tanto, por la imposición de la hegemonía norteamericana, el grado actual de integración capitalista, pasando a una etapa nueva que se asiente en combinación de fuertes poderes regionales o subregionales bajo liderazgo norteamericano.

Asimismo, en esta nueva etapa de integración contradictoria, el sistema internacional capitalista tendría que aceptar una actitud de menor confrontación con los países socialistas, hoy en día fuente importante de comercio y un centro de poder parejo si no más fuerte que el capitalismo.

Pero es necesario tomar en cuenta las perspectivas concretas de estos ajustes estructurales del capitalismo, de los cuales depende para salir a flote en una nueva etapa de auge económico.

Como vimos, la crisis general del capitalismo que se inició en 1967 deberá durar aún un buen número de años. La recuperación que se produjo en 1976 será forzosamente artificial, corta y poco profunda. Estará acompañada de inflación, desempleo, inseguridad y conflictos. Vemos pues cómo será inevitable una nueva depresión posiblemente aún más dura que la de 1974-75.

En este período se deberán acelerar los conflictos sociales de manera muy significativa. Los cálculos sobre el número de huelgas revelan que estas han aumentado enormemente, desde 1968 a nuestros días⁵⁰. Con esos conflictos han aumentado también la militancia y el radicalismo de los obreros en todo el mundo capitalista. La adhesión de los obreros franceses a los movimientos de mayo de 1968, las huelgas de masa italianas y las luchas de los

50. Con base en datos de "la prensa extranjera", la revista *Socialismo: Teoría y Práctica* (Moscú, agosto de 1973) dice lo siguiente: "En Estados Unidos, Japón, Francia, Italia y Gran Bretaña, el número de huelgas se elevó de 64.000, en 1962-66, a 83.000 en 1967-71, con el respectivo aumento de participantes de 47 millones a 78 millones" (p. 121).

obreros italianos por el control de sus locales de trabajo, la huelga de los mineros ingleses que derrotó al gobierno conservador en 1974, son ejemplos de un nuevo patrón generalizado de conducta obrera.

Dado el intenso conflicto social y la tendencia al radicalismo de las masas, la burguesía no ve otra solución que tomar una posición defensiva y dejar el poder en manos de los sectores reformistas del movimiento, y contraatacar recortando los excesos del reformismo pequeñoburgués y proletario. Una política agresiva y de mano dura solo es posible con eficacia en los períodos de recuperación económica. En 1972-73 el imperialismo le ha dado golpes muy profundos al movimiento popular, particularmente el golpe fascista en Chile.

Como se ha demostrado históricamente, esta es una de las limitaciones básicas del reformismo: pasados los períodos críticos, desgastado por su incapacidad para resolver los problemas del sistema y favorecer abiertamente al capital, termina por abrir camino a la contrarrevolución, ya sea bajo la forma extrema del fascismo, ya sea por medio de las dictaduras menos totalitarias o aun de un gobierno legal represivo y conservador.

En este contexto es necesario siempre acordarse de la situación de los países dependientes, sobre los cuales caen de manera mucho más dura los rigores de la depresión. Pero el debilitamiento concomitante de los centros imperialistas y el aumento de sus confrontaciones internas favorecen una política de mayores exigencias y mejores condiciones de negociación política que se difuminan inmediatamente cuando vuelven las etapas de auge, sean cortas o sean a largo plazo, en las cuales el imperialismo, habiendo resuelto por el momento sus conflictos internos, vuelve seguro hacia sus colonias en búsqueda de las posiciones perdidas. Entonces solo la profundidad de los cambios realizados en el período políticamente favorable, aliados a un desarrollo muy fuerte de la conciencia y organización popular, permite responder positivamente a los golpes imperialistas a través de una profundización de los cambios revolucionarios.

Aunque favorecidos por una nueva división internacional del trabajo, que se podría implantar a mediano plazo, los países dependientes no pueden esperar la resolución de sus problemas básicos de la instalación de unas cuantas grandes empresas que utilizan relativamente muy poca mano de obra y que envían sus enormes ganancias a los dueños imperialistas. No se hará

más que dar nuevos disfraces al hambre, al desempleo y al subempleo, a la pobreza y a la miseria, si no se cortan definitivamente los vínculos con el capitalismo decadente, aprovechando las situaciones creadas durante el ciclo general depresivo. Estos problemas serán vistos más en detalle en la tercera parte de este libro.

Es necesario pasar ahora a una nueva etapa del análisis en la cual tomamos los aspectos políticos como principales. Recordemos que consideramos al reformismo socialdemócrata, a los gobiernos de los países socialistas y a los partidos comunistas, al fascismo y a la ultraizquierda como los elementos principales que conforman la dinámica de la coyuntura internacional. Es tiempo de analizarlos.

LA CRISIS POLÍTICA Y EL AVANCE DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Junto con la crisis económica que hemos estudiado en el capítulo anterior, se produce una importante crisis política a escala internacional. La relación entre la crisis económica y la crisis política no puede ser establecida de manera muy directa. Es posible, sin embargo, afirmar que hay una correlación entre los dos fenómenos. La crisis económica tiende a restringir las alternativas políticas e introduce un ritmo distinto en la vida política.

En la tradición del pensamiento marxista se establece tradicionalmente un vínculo estrecho entre las crisis económicas y la revolución y entre las etapas de acumulación y la contrarrevolución. Marx y Engels establecieron por primera vez esta correlación en 1851, cuando abandonaron las perspectivas de una revolución inmediata en Europa en función de la recuperación económica del período, misma que anunciaba una larga etapa contrarrevolucionaria. Posteriormente, en las discusiones político-tácticas, se establecieron otra vez referencias a la correlación necesaria entre esos fenómenos. Entre la crisis de 1864 y el ascenso de la Primera Internacional, entre las dificultades económicas europeas y la Comuna de París, etc.

Asimismo, en *El capital*, Marx estableció en principio la existencia de una correlación entre la acumulación de capital, la concesión de ventajas económicas a los obreros y el reformismo. Engels estableció también la correlación entre el pillaje colonial y las tendencias aristocráticas de buena parte del proletariado inglés.

Posteriormente, en la Segunda Internacional, se asoció muy directamente la teoría del “derrumbe económico” con la posibilidad o no del reformismo o la revolución. Bernstein apoyó su argumentación en favor de las reformas

evolutivas en la falsedad de la tesis sobre la crisis capitalista. Pero fue en la Tercera Internacional, por su cuidado en precisar y ordenar claramente una estrategia y táctica unitaria internacional, que se estableció una correlación cada vez más estrecha entre crisis y revolución, recuperación y contrarrevolución. Las líneas políticas de 1919-21 (línea de la revolución mundial), de 1921-27 (línea de frente único con una versión más moderna y amplia en 1924-27), de 1928-34 (línea del tercer período) fueron fundamentadas en el análisis de la crisis capitalista hasta 1921, la recuperación y consolidación relativa capitalista a partir de entonces y la previsión de una nueva crisis, el tercer período, que se daría a partir de 1929.

El establecimiento de un vínculo más estrecho no solo entre los grandes períodos económicos, sino entre los movimientos más cortos de la economía y las líneas políticas es un producto de la mayor internacionalización del capitalismo, del mayor conocimiento de la coyuntura económica y de la mayor capacidad del movimiento obrero para coordinarse internacionalmente. Las olas revolucionarias y contrarrevolucionarias que afectaban a Europa en el siglo XIX son en nuestros días realmente universales, ligando entre sí a las regiones más lejanas de la Tierra.

Cuando se trata de una crisis más profunda, como la que se inició en 1967, que tiende a prolongarse por un período largo, sus efectos son más permanentes, provocando no solo la caída de gobiernos y personalidades, sino el cambio revolucionario o no de regímenes políticos. Se produce así una modificación profunda en el aspecto político e ideológico.

En la fase del capitalismo que estamos estudiando debemos anotar algunos cambios importantes.

La socialdemocracia, que se había convertido en un apéndice ideológico del capitalismo durante el ciclo de crecimiento de la posguerra, se ve impregnada nuevamente por corrientes radicales y tiende hacia nuevas fórmulas políticas.

Los gobiernos y partidos comunistas dirigentes en los países socialistas, que habían pasado a una posición defensiva a escala internacional, se ven situados en una coyuntura extraordinariamente favorable para su acción económica, política y militar. Asimismo, los partidos comunistas fuera del poder, cuyas estrategias y tácticas buscan articularse con las necesidades de la construcción del socialismo en estos países, a partir de la crisis del capitalismo

y de los movimientos de liberación nacional, cambian progresivamente de línea. Esta había sufrido un “ablandamiento” en los años del auge económico y comienza a adoptar una expresión más ofensiva después de 1968.

En fin, la radicalización política hacia la derecha y la izquierda aumenta, por un lado, el peso relativo del fascismo en la coyuntura internacional hace esperar una acción cada vez más amplia de este movimiento, que tiende a atraerse a los conservadores e incluso al centro-derecha. Por otro lado, la llamada ultraizquierda (que presenta una vasta gama que comprende al anarquismo, el maoísmo, el guevarismo, el trotskismo y otras corrientes menos definidas internacionalmente) aumenta su participación en la vida internacional, y gana más o menos peso dependiendo de la evolución de la socialdemocracia y de los partidos comunistas en los distintos países.

Los intentos de forzar artificialmente una coyuntura de crecimiento económico durante la década de los 60, particularmente en Estados Unidos, han profundizado, en vez de resolver, la crisis general del sistema. Esta política ha incitado a mayores movilizaciones de masas que revelaron con mucha claridad los límites del sistema. El recurso de la guerra en Vietnam y la decisión de seguir una política militar extremadamente audaz y desafiante para mantener y ampliar el consumo militar, y, en consecuencia, el crecimiento económico, demostró ser un factor de desgaste económico a largo plazo y de fuerte movilización de masas a corto término. El auge de 1962 a 1966, que se desploma con la recesión de 1967 y que se retoma irresponsablemente en 1968, demuestra claramente a las masas la necesidad de su movilización para aprovecharse de los momentos difíciles del sistema y de las posibilidades concretas que se le presentaban.

Es muy interesante ver cómo la crisis se manifiesta desde el punto de vista político de una forma bastante anárquica en los años de 1967 a 1969. Estos son años de extrema movilización de masas cuyo contenido es siempre muy impreciso. Es el caso, por ejemplo, de los acontecimientos de París en mayo de 1968, que asumieron la forma de una huelga general espontánea de masas contenida en parte por las propias fuerzas políticas de izquierda (particularmente por el Partido Comunista), además de haber llevado al esquema político gaullista a coquetear con una represión armada masiva.

El verano caliente en Italia demostró una gran capacidad de las masas para plantear problemas políticos nuevos, a nivel de la empresa, de la dirección

obrero y sobre todo de la cultura. En todos esos momentos, no se produjo una situación clara de enfrentamiento con el orden en su conjunto. Pero indudablemente estos movimientos dieron origen al repunte de la experiencia de centro-izquierda italiana en un nivel más elevado de la crisis del Partido Demócrata Cristiano.

El movimiento en contra de la guerra en los Estados Unidos culminó en las marchas sobre Washington, los avances realizados por el movimiento estudiantil, en la toma de Columbia, los movimientos negro, chicano y puertorriqueño se convirtieron en realidad y se produjo un estado de movilización general en la sociedad norteamericana de 1967 a 1969.

En América Latina también se han producido importantes movimientos de masas: en México las movilizaciones estudiantiles en 1968 llevaron a los trágicos acontecimientos de Tlatelolco, que demuestran el grado de desafío social a que había llegado esta movilización de masas; en Brasil, en el mismo año, en Río de Janeiro un desfile de cien mil personas por la muerte de un estudiante hacía temblar a la dictadura brasileña y demostraba un fuerte apoyo de masas a la lucha democrática; en Argentina el “cordobazo” de 1969 y otras movilizaciones violentas, en que obreros y pequeños propietarios se unieron para enfrentar a la dictadura, también anunciaban nuevas formas de movilización de masas que quedaron como elemento definitivo en la historia política argentina y abrieron camino para el retorno de Perón. Estaría de más hablar de las “huelgas salvajes” que se desataron en Europa en 1969 y de varios otros movimientos de huelga en varios países, que, a pesar de no plantear nuevas posiciones políticas, prefiguraban, sin embargo, una reaparición de las masas en el escenario político en una escala desconocida en todo el período de posguerra. En África, Oriente Medio y Lejano Oriente también se produjeron los mismos estallidos que parecían una ola internacional que llegó incluso al campo socialista en Polonia, Checoslovaquia y sobre todo en China.

También en España la reaparición del movimiento obrero en 1968, con las Comisiones Obreras, demostraba que las fuerzas contestatarias se hacían presentes. No escaparon de esas turbulencias los dos países capitalistas más favorecidos por la correlación de fuerzas internacionales que son Alemania y Japón.

A pesar de la presencia obrera importante en casi todas estas oportunidades, el movimiento en su conjunto ha tenido un carácter pequeñoburgués,

sea por las tesis principales que se manejan, sea por su carácter contestatario, ante todo anarquista, incapaz de generar la disciplina necesaria para una organización revolucionaria.

En estos mismos años se produjo una importante crisis en el sistema socialista, donde se concentraron fenómenos como los movimientos estudiantiles polacos de 1968, seguidos en 1969-70 por movimientos obreros que causaron cambios muy significativos en ese país. También en Hungría durante todo este período hubo importantes movilizaciones. Pero fue indudablemente en Checoslovaquia donde el fenómeno de una crítica interna asumió una forma generalizada que llegó a afectar incluso al propio Partido Comunista y al gobierno checo, generando una situación de relativa pérdida del control político por parte del partido, lo que llevó a una fracción del mismo a buscar apoyo en la Unión Soviética y a intentar resolver los problemas internos por la fuerza con el apoyo de la invasión de los ejércitos del Pacto de Varsovia.

En China, el importante fenómeno de la Revolución Cultural alcanzó en esos años el auge que posteriormente fue calificado de izquierdista por las propias autoridades políticas y gubernamentales. Estos fueron por lo tanto precisamente años de impugnación y de crisis, en los cuales un viejo esquema económico-social se ponía en cuestión en el mundo capitalista y se planteaban inquietudes nuevas en el campo socialista.

Es importante señalar, sin embargo, que el auge de este movimiento significó también su crisis, sea bajo la forma de movilizaciones de masas de tendencia anarquista, sea bajo la forma de acciones terroristas y de guerrillas de tipo foquista, sea bajo la forma de movimientos menores del tipo contestatario como las “huelgas salvajes”, etc.

Después de 1969, las energías de las masas se canalizan hacia formas más moderadas, por una parte debido a que se habían demostrado los límites de la impugnación anarquista y terrorista, por otra parte porque los partidos comunistas y los partidos socialistas se vieron sensibilizados por la situación general, y empezaron a cambiar sus posiciones políticas para adaptarse al nuevo radicalismo que penetró en el movimiento obrero. Este nuevo radicalismo obrero se expresó primeramente en la adhesión de los obreros a los movimientos estudiantiles del Mayo Francés, después en las “huelgas salvajes” y las huelgas de masas en general. En los años 70, entre otros acontecimientos,

debe contarse la huelga minera en Inglaterra que derrocó al gobierno conservador de Heath y abrió un nuevo período de gobierno laborista.

Este nuevo radicalismo se explica por una parte como consecuencia de la bancarrota del período de auge capitalista de la posguerra, y por otra como efecto de las ideas políticas nuevas que emergieron en la década del 60, las cuales fueron una expresión incipiente de las dificultades internas del capitalismo en su etapa monopólica internacionalmente integrada.

Desde la crisis de 1958-61 y, como efecto retardado, durante la década del 60 se producen importantes escisiones dentro de los movimientos liberales socialdemócratas y nacionalistas, las cuales encuentran sobre todo en las revoluciones cubana y argelina una inspiración muy directa, puesto que sobre todo la Revolución Cubana había sido una evolución y radicalización de un movimiento de carácter democrático y antiimperialista. Dentro de este contexto ideológico surgen, a principios de la década del 60, importantes movimientos dentro de las juventudes de los partidos populistas, liberales y socialdemócratas que se transforman en importantes contingentes para un nuevo movimiento revolucionario, que cuestionaba el orden capitalista y planteaba la necesidad de soluciones superiores de carácter socialista.

Sus tesis estaban determinadas, muchas veces, por concepciones utópicas asistemáticas y semianarquistas, pero expresaban, de una u otra forma, una actitud de impugnación que rompía definitivamente el clima de control político y social que el capitalismo (como economía, sistema político y de ideas) había impuesto en la década del 50.

Sin embargo, estos movimientos contestatarios fueron esencialmente pequeñoburgueses. En ninguna parte alcanzaron a un sector significativo del movimiento obrero. Pero, cuando se anuncia la crisis general del sistema, en 1967, su alcance se amplifica y pasa a afectar a la clase obrera, la cual empieza a participar en el proceso contestatario, aunque sin disponer de instrumentos ideológicos y organizativos nuevos. Asimismo, le molestan en general las formas y las concepciones de la nueva izquierda que se formó durante la década del 60.

En consecuencia, la clase obrera canaliza su espíritu contestatario hacia los partidos socialistas, comunistas y nacionalista-populistas que tradicionalmente identifica con sus intereses de clase. Además, en ese momento más que nunca, la clase obrera adquiere conciencia de la necesidad de la unidad

de clase para enfrentarse a un sistema, cuya crisis siente muy próxima pero que es aún muy poderoso.

1. EL ASCENSO DE LA SOCIALDEMOCRACIA Y SU RADICALIZACIÓN

Desde 1967 hasta nuestros días, se ha producido en consecuencia un elevado número de victorias electorales del movimiento socialdemócrata europeo. Es interesante notar cómo la Europa actual, como producto de la crisis que empieza en 1967, se convirtió en una Europa socialdemócrata, formada, con pocas excepciones, por gobiernos de coalición socialdemócrata con fuerzas liberales o comunistas. Por otro lado, los pocos gobiernos liberales que se conservan se ven fuertemente presionados por la izquierda y adoptan tesis que en los años 50 serían propias de la socialdemocracia. Hagamos un pequeño resumen de la situación europea.

En Alemania Federal, después de muchos años de control demócrata-cristiano desde finales de la guerra, la socialdemocracia consigue formar una mayoría junto con el Partido Liberal. El Partido Socialista obtuvo en las elecciones de 1972 el 45,9% de los sufragios, y los liberales 8,4%, lo que les ha garantizado un tranquilo control político. Las elecciones de 1976 no cambiaron sustancialmente la situación, a pesar de revelar un evidente desgaste socialdemócrata.

En Austria, en las elecciones legislativas de octubre de 1971, el Partido Socialista alcanza 93 curules; el Partido Populista, 80; el Partido Liberal, 10; los comunistas obtuvieron solamente 1,36% de los votos, no logrando representarse en el Parlamento. Con la mayoría absoluta de 93 curules, 50,2% de los sufragios, la socialdemocracia pudo lograr un gobierno homogéneo, con quince ministros socialistas en un país que ocupa una posición bastante importante dentro del cuadro político de Europa central.

En Bélgica, en las elecciones legislativas de marzo de 1974, los socialcristianos obtuvieron 71 curules; los liberales, 31; la concentración valona, 13; los socialistas, 60; el partido regional, 32 y los comunistas, 4. A pesar de que los socialistas dirigían anteriormente una coalición de socialcristianos, socialistas y liberales, se produjo en las elecciones un vuelco a la derecha, y es un cristiano-flamenco quien pasa a dirigir la coalición de socialdemócratas

y liberales, produciendo un equilibrio bastante frágil y una situación que deberá ser cambiada pronto por la presión del Partido Socialista, llevado a una oposición militante.

En Dinamarca, por primera vez en varios años, la socialdemocracia pierde en las elecciones de 1974 su posición de mayoría y es el Partido Radical el que dirige actualmente el gobierno, apoyándose a veces en la izquierda, en los socialdemócratas, y a veces en la derecha, en el Partido del Progreso. Es importante señalar, sin embargo, que los comunistas disponen de 6 curules y el Partido Socialista del Pueblo de 11. Este es una escisión de la izquierda de la socialdemocracia. Pero no cabe duda que el fenómeno más significativo haya sido el crecimiento del Partido del Progreso (antiimpuestos). Todo indica, sin embargo, que tarde o temprano podrá el Partido Socialista, aún mayoritario, recomponer las fuerzas del poder en Dinamarca y liderar un nuevo gobierno.

En Finlandia, las elecciones legislativas de enero del 72 dieron al Partido del Centro 72 parlamentarios y al Partido Liberal, 64. Los conservadores ganaron 34 curules, los socialdemócratas, 55 y los comunistas (con el nombre de Unión de los Demócratas Populares) obtuvieron 37. De esta forma, la izquierda retrocedió —de 66 a 71 el Partido Comunista formó parte del gobierno—, pues en las últimas elecciones se formó una coalición centro-socialdemócrata dirigida por los socialistas. Sin embargo, el Partido Comunista finlandés es hoy en día indudablemente una de las fuerzas políticas más importantes y disputa con el Partido del Centro el segundo puesto.

En Gran Bretaña los laboristas retomaron la mayoría el 10 de octubre de 1974, obteniendo 319 curules de 635. Se produce así en Inglaterra una mayoría absoluta del Partido Laborista, que subió al poder minoritario en marzo de 1974 como consecuencia de la huelga minera y se consolidó como mayoría en octubre del mismo año, con un programa de reforma bastante más avanzado que su trayectoria en toda la posguerra. Sin embargo, la inevitable lucha interna entre el radicalizado laborismo de izquierda y el ala derecha del partido no parece abrir camino a una solución inmediata y fortalece la oposición conservadora.

En Holanda, las elecciones legislativas de diciembre de 1972 entregaron a los socialistas 43 curules; a los comunistas, 7; a los católicos, 27; a los calvinistas antirrevolucionarios, 14; a los cristianos históricos, 7; a los liberales, 22. Se

presentó una enorme cantidad de partidos a las elecciones, lo que permitió a Joop Den Uyl, jefe del Partido Socialista, ocupar el puesto de primer ministro y constituir un “gabinete fantasma”, liderado por la oposición de izquierda, que dirige así un gobierno minoritario de 43 curules sobre 150 con un 27,4% de los votos. A pesar de eso, el Primer Ministro reclamó y obtuvo poderes especiales, a consecuencia del corte de suministro del petróleo, que le permitieron luchar contra el fraude fiscal, pero al mismo tiempo suspender el derecho de huelga y congelar los salarios.

En Irlanda, las elecciones legislativas de febrero de 1973 dieron al antes mayoritario Partido Fianna Fail 69 curules, oponiéndose como una fuerte minoría a la coalición entre el Partido Fina Gael, con 54 curules y los laboristas con 18 curules.

En Luxemburgo se realizaron elecciones en 1974 que posibilitaron la formación de un gobierno de centro-izquierda.

En Noruega las elecciones legislativas de septiembre de 1973 dieron a los laboristas 62 curules; a los conservadores, 29; al centro, 21; a los cristianos populares, 20; al partido de Anders Lange (antiimpuestos), 4 curules; a la Alianza Electoral (Partido Comunista, Socialista y Popular Independiente), 16. Se formó así una precaria mayoría de centro-izquierda con un total de 78 curules, por 77 de la derecha.

En Suecia, en las elecciones legislativas de septiembre del 73, los conservadores obtuvieron 51 curules; los centristas, 89; los liberales, 34; los socialdemócratas, 156; los comunistas, 19. Los socialistas están en el poder en Suecia desde 1932, pero estas elecciones fueron muy difíciles y el socialdemócrata Olof Palme dirigió un gobierno de coalición, apoyándose en los comunistas con un total de 175 curules, la misma cantidad de parlamentarios que la derecha, lo que le daba un pequeño margen de maniobra, pues los partidos de derecha están ligados por un pacto de unidad. Como resultado de este período de gobierno basado en tan precaria situación, la social-democracia perdió las elecciones de 1976, manteniéndose sin embargo como fuerza política mayoritaria.

En Suiza las elecciones de octubre de 1971 dieron a los socialistas 46 votos; a los radicales, 49; a los demócratacristianos, 44; a los agrarios, 13; a los independientes, 3; al Partido del Trabajo (comunista), 5; a la extrema derecha, 11. El Consejo Federal, compuesto por 7 miembros, cuenta actualmente

con 2 ministros socialistas, 2 radicales, 2 demócratacristianos y 1 agrario. No hay jefe de gobierno, sino un presidente de la Confederación, electo por unanimidad.

Merece un análisis más detenido el área mediterránea de Europa. La situación de esta área, de especial valor estratégico como camino para el petróleo árabe y como centro marítimo de acceso a Europa, África y Asia, ha producido enorme preocupación en los centros de poder mundial. La marina norteamericana ha reclamado constantemente por el avance de los barcos soviéticos en el Mediterráneo. La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) ha perdido su dominio sobre Grecia y hay especial preocupación en cuanto a la participación de Portugal. En Italia, la situación es altamente compleja y Turquía no es el más firme de los aliados. Por todas esas razones, el Mediterráneo se ha convertido en la clave de la situación mundial.

Es en Italia donde se encuentra la crisis más grave. El dominio demócratacristiano ha sido imbatible en este país desde la guerra. Pero en las elecciones de mayo de 1972 este dominio fue cuestionado al obtener la DC el 38,8% de los votos y su principal adversario, el Partido Comunista Italiano, 27,2%. Esta diferencia del 10% se traduce en 267 sitios para los demócratacristianos y 129 para los comunistas. Asimismo, estos gobernaban entonces 21 municipios italianos. Los socialistas ganaron 61 curules; los socialdemócratas (ala derecha, de Saragat), 29; los republicanos 15; y los liberales, 20. El gobierno de coalición que reunía a la Democracia Cristiana (DC), el Partido de la Social Democracia (PSD) y el Partido Socialista (PS) fue víctima de dos importantes conflictos: a) las diferencias entre el Partido Socialista y el socialdemócrata con relación a la política económica, diferencia que no hizo más que expresar las contradicciones en el seno de la democracia cristiana, y b) el enfrentamiento sobre la ley de divorcio que produjo una importante derrota de la derecha y el centro de la DC, del Vaticano y de la derecha en general en un plebiscito altamente favorable al divorcio en mayo de 1974.

De esta manera, con el rompimiento del frente de centro-izquierda DC-PS-PSD, la democracia cristiana no solamente quedó sola, sino que además se intensificaron sus contradicciones internas. El Partido Comunista ha propuesto un compromiso histórico que reúna a las dos grandes fuerzas nacionales en torno a un gobierno progresista. Tal perspectiva es de difícil realización debido a las contradicciones internas de la democracia cristiana y

las desconfianzas que produciría un acuerdo de este tipo dentro de la propia izquierda.

Sin embargo, la acentuación de la crisis y el miedo a una confrontación, y sobre todo al ascenso de una derecha que estuvo planeando, en 1970, un golpe de Estado en el que estaba envuelto el propio jefe del servicio de inteligencia y altos mandos militares, abrirá camino a algún tipo de frente político antifascista. Los resultados de las elecciones de 1976 lo demuestran, al aumentar significativamente los votos comunistas y su participación en el Parlamento y en los gobiernos provinciales y municipales. La posible participación de los comunistas en el gobierno provocará indudablemente una correlación de fuerzas distinta en Europa y en el Mediterráneo. Desde el punto de vista militar, la participación o no del posible gobierno de coalición en la OTAN no depende solamente de los comunistas. En Portugal, el Partido Comunista no ha planteado nunca la salida de Portugal de la OTAN. Es la OTAN la que exigió la no participación de los comunistas en su seno, negándose a entregar secretos militares al gobierno portugués. Una situación similar en Italia y en Francia provocaría una crisis muy grave de esta alianza militar.

Esto nos lleva a la situación portuguesa. Portugal es la entrada al Mediterráneo. Su posición estratégica es altamente importante. La caída de la dictadura fascista y el ascenso de un gobierno de coalición entre militares progresistas, el Partido Socialista, el Comunista y fuerzas democráticas creó una correlación de fuerzas absolutamente nueva con profundos efectos sobre la dictadura española, sobre la participación de la OTAN y sobre la situación militar del Mediterráneo.

Por otro lado, el ejemplo de una alianza de un movimiento político de militares con partidos de izquierda rompió profundamente el cuadro ideológico en el cual se concebía el papel de los militares en la política. En este plano ellos han representado una corriente tecnocrática que busca, cuando no es abiertamente anticomunista y antiizquierdista, equidistarse de los partidos de izquierda y derecha. Los militares del Movimiento de las Fuerzas Armadas no solo no ocultaban sus simpatías por los partidos de izquierda, sino que en muchos casos plantearon una clara opción ideológica socialista. No es sin motivo, por lo tanto, que los principales dirigentes del imperialismo hayan visto en esta situación una amenaza que debió constituirse en su principal foco de acción contrarrevolucionaria en los años 1974-76. La acción

imperialista en Portugal logró dividir a socialistas y comunistas, utilizando a los primeros y a los militares que los apoyaban como punta de lanza de un movimiento moderador del proceso revolucionario portugués que abrió las puertas del sistema político portugués a una ofensiva contrarrevolucionaria. Sin embargo, la situación no se ha decidido aún en Portugal.

Asimismo, el rápido proceso de descolonización dirigido por el gobierno revolucionario portugués ha abierto un amplio campo de acción a las fuerzas socialistas más avanzadas en África. En todas las ex colonias asumieron el control político las fuerzas más progresistas y avanzadas.

La situación en Grecia, con la caída de la dictadura militar a pesar del fuerte apoyo norteamericano, y la retirada de este país de la OTAN, no puede ser considerada estable, a pesar de la victoria aplastante de la Unión Radical de Constantino Karamanlis. Es necesario señalar que Karamanlis alcanzó su alta votación en gran medida debido a su acto de rompimiento con la OTAN y por su papel en la lucha contra la dictadura. De esta manera, en una situación de excitación popular y crisis militar como la que vive Grecia, la izquierda, a pesar de su división en el momento actual que la debilitó frente al pueblo griego, no debe ser considerada una fuerza muerta o en decadencia. Un posible frente de toda la izquierda con la Unión de Centro, propuesto por Papandreu, representa a una parte muy significativa del electorado.

En Turquía, la situación no es más estable. Con la intervención en Chipre, Bulent Ecevit busca convertirse en un nuevo Atartürk por medio de una elección que le permita formar una mayoría y aplicar en parte su programa modernizador de corte nacionalista. La agitación social retoma las calles, y la resistencia, de los partidos tradicionales, a ceder el lugar a la burocracia moderna, obliga a esta a buscar aliados populares.

Chipre y Malta completan el cuadro de un desbordamiento del Mediterráneo norte hacia el centro-izquierda.

La situación francesa es particular. Francia es, geográficamente, mucho más un país continental que mediterráneo, pero el desplazamiento de la lucha política, económica y militar hacia esta región hace acentuar en los últimos años sus vínculos con el Mare Nostrum. La derrota de la Unión de Izquierda por el escaso margen de 1% ha acentuado la división interna en el frente gaullista-liberal-conservador y ha transformado al gobierno de Giscard d'Estaing en un prisionero de la oposición. Todo indica por lo tanto que este

gobierno no podrá subsistir por un largo período. El desesperado intento del imperialismo, liderado por Servan-Schreiber y su revista *Express*, de dividir a socialistas y comunistas, ha fallado hasta el momento y parece poco fructífero. Asimismo, los vínculos de Francia con la URSS y con los países árabes parecen inevitables, su posición en la OTAN es claramente inestable y sus conflictos con Estados Unidos muy reales. Su aproximación a la Alemania de Schmidt no parece asegurarle mucha estabilidad política. Parece pues posible un gobierno socialista-comunista en este país que no solo cuenta por sus importantes tradiciones culturales, sino que también por ser una de las más fuertes economías europeas.

El cuadro político europeo es pues bastante nítido: por un lado, se configura un claro predominio de la socialdemocracia; por otro lado, los partidos comunistas se presentan como fuerza decisiva en Francia, Italia y Portugal y han obtenido una cierta área de maniobra allí, donde en general no tenían un papel muy significativo, como en los países nórdicos.

Lo que caracteriza, sin embargo, a estos gobiernos es el hecho de que los conforman, en general, minorías de izquierda muy dependientes del centro. Son por lo tanto gobiernos bastante débiles, cuya fuerza política se explica en buena medida porque representan una canalización del descontento popular y de la militancia política creciente desarrollada en las masas desde 1967. Representó un papel especial en este cuadro la formación de la Unidad Popular en Chile, su ascenso al poder en 1970 y las transformaciones radicales que realizó entre 1970 y 1973, que llamaron la atención del mundo. Al mismo tiempo, en Asia, en Sri Lanka e India se formaron gobiernos de centro-izquierda, desarrollando esta última una política de aproximación económica y militar a la Unión Soviética. En Japón, los gobiernos municipales de Tokio y Osaka están dirigidos por una coalición de socialistas y comunistas, y las últimas elecciones de 1974 y 1976 demostraron una gran debilidad del Partido Conservador.

Es muy interesante ver cómo, durante el auge de estos movimientos de masas, en 1968 y en 1972, en Estados Unidos se formaron coaliciones de centro-izquierda en torno a candidatos con programas mucho más avanzados que los del movimiento liberal. Las candidaturas de McCarthy y McGovern han expresado de alguna forma una radicalización del liberalismo norteamericano, que todavía no es capaz de constituir una mayoría, pero sí de ejercer

un papel cada vez más influyente en la sociedad y en la política norteamericana.

La expresión más importante del ascenso del movimiento liberal norteamericano se produjo en las elecciones de noviembre de 1974. Realizadas después del desnudamiento del orden político norteamericano en el proceso que destituyó al ex presidente Nixon por sus intentos de ocultar el espionaje, por él ordenado a la sede del Partido Demócrata en Watergate; realizadas después del fracaso de la guerra de Vietnam y de todas las revelaciones sobre el poder del Pentágono en la vida pública norteamericana; realizadas en el contexto de las revelaciones sobre la responsabilidad de la Central Intelligence Agency (CIA) en el derrocamiento del gobierno constitucional de Salvador Allende; realizadas sobre todo en el contexto de una crisis económica gravísima, en la cual claramente se destaca el papel de las grandes empresas –cuyas operaciones inmorales han sido profusamente descritas en los últimos años por Ralph Nader, por las subcomisiones *antitrust* del Congreso– y de corporaciones multinacionales, por los escándalos de la International Telephone & Telegraph (ITT), etc.; realizadas pues en el contexto de la pérdida de confianza en el orden capitalista monopólico, expresaron un importante cambio en la correlación de fuerzas norteamericana.

Tres factores deben ser destacados en estas elecciones históricas:

a) La importante abstención electoral, que revela un rechazo mayor que el normal a la institución electoral norteamericana (solo votó el 38% de los electores contra una media del 43%).

b) La aplastante victoria electoral de los demócratas sobre los republicanos, que les da absoluto predominio en las dos cámaras y en los estados más populosos del país.

c) El predominio de candidatos liberales apoyados por los sindicatos. De los 318 candidatos a la cámara de diputados apoyados por la Federación Americana del Trabajo - Congreso de Organizaciones Industriales (AFL-CIO, por sus siglas en inglés), que invirtió muchos recursos en las elecciones, 270 ganaron. Si sumamos el apoyo de 9 diputados republicanos considerados amigos, la AFL-CIO cuenta con 279 votos en una cámara de 435. De 33 candidatos al Senado apoyados por la central sindical, 25 ganaron. Contando con 36 senadores considerados amigos, la AFL-CIO cuenta con 61 votos de 100.

Las elecciones presidenciales de 1976 completaron este cuadro de hege-

monía aplastante del Partido Demócrata, reflejo de un sentimiento popular anticonservador.

El espectro del *New Deal* empieza a rondar la mente norteamericana: “usted tendría que retroceder hasta la época del New Deal para encontrar un Congreso tan favorablemente dispuesto hacia el movimiento laborista”, dice un observador al conservador *US News and World Report* (noviembre 18, 1974). “No hay duda de que nosotros recibimos votos militantes, tenemos los votos de los obreros y obreras, de los trabajadores agrícolas, de los pequeños negocios, de las minorías. El mismo tipo de voto que tuvimos en la vieja coalición que construimos en los días del New Deal de Franklin Roosevelt”, declaró a la misma publicación Robert Strauss, presidente del Comité Nacional del Partido Demócrata. Pero, y el 62% de desilusionados que no votaron ¿qué representan? Tiene razón por lo tanto George Meany al considerar que las elecciones representan un rechazo a los republicanos pero no un apoyo a los demócratas.

En tal situación se puede esperar que surja necesariamente una mayor clarificación ideológica en Estados Unidos. También se puede esperar que la tan anunciada coalición conservadora se organice y que la lucha por constituir un partido de los trabajadores llegue por fin a una etapa decisiva. Si este esclarecimiento ideológico y de clase se produce, en Estados Unidos, puede cambiar fuertemente el cuadro político internacional.

Es necesario llamar la atención, sin embargo, hacia los importantes obstáculos que se anteponen a tales cambios. En primer lugar, el ala conservadora, reaccionaria y antisoviética del movimiento obrero, dirigida por George Meany, controla aún la dirección de la AFL-CIO. En segundo lugar, una tendencia liberal de centro es aún capaz de controlar el Partido Demócrata. En tercer lugar, las fuerzas más avanzadas del liberalismo norteamericano no se han agrupado suficientemente y la izquierda sectaria, dispersa y confusa no ha sabido atraerlas a un proyecto político común. Pero el acicate de la crisis económica, política y social puede hacer avanzar las posiciones de esta coalición democrática y reformista de la cual habla Robert Strauss, y abrir camino hacia una alternativa de centro-izquierda en Estados Unidos.

En los años 1968-74 también han surgido interesantes fenómenos nuevos en lo que respecta a la radicalización del movimiento nacionalista en América Latina.

En Bolivia se constituyó con el general Torres un gobierno que se llamaba nacionalista-revolucionario y que creó las condiciones democráticas para la formación de una coalición de izquierda muy fuerte en torno de una Asamblea Popular, posteriormente aplastada en el golpe de Estado de 1971.

En Perú se formó en 1968 un gobierno de carácter nacionalista-revolucionario que tomó una serie de medidas de rescate de riquezas nacionales y que buscó durante todo este tiempo una identidad con el movimiento popular que no ha logrado establecer de manera activa. Sin embargo, en los varios años del gobierno revolucionario militar peruano se han tomado muchas medidas progresistas de modernización del país (reforma agraria, educacional, de la propiedad, nacionalización de los bancos, de sectores mineros, del comercio exterior, etc.), se ha efectuado una aproximación a Cuba y a los restantes países socialistas y se ha mantenido, en general, un espíritu progresista. Solamente en 1976 se produjo una definición derechista del gobierno militar peruano como producto de la radicalización interna de las fuerzas político-militares y de la derrota de su ala más progresista. Desde entonces, en Panamá y Honduras gobiernos con pretensiones nacionalistas han ayudado a crear un clima distinto en el contexto latinoamericano.

La vuelta de Perón a Argentina representó también un importante paso para la reaparición de fuerzas neopopulistas en América Latina. Sin embargo, el movimiento peronista estaba profundamente escindido entre un ala derecha que se apoderó del gobierno de Isabel Perón y el ala peronista de izquierda que abiertamente preconiza un camino socialista para Argentina. El desenlace de esta situación fue el golpe militar de 1976, el cual permitió a medio plazo un alivio de la burguesía argentina.

Este clima general de ascenso del centro-izquierda en escala internacional desde 1967, solo interrumpido por la ofensiva golpista de fines de 1971 a octubre de 1973, ha dado origen al resurgimiento de antiguos líderes populistas aun en la oposición, pero bastante activos en las circunstancias presentes; Juan Bosch, por ejemplo, ha constituido en la República Dominicana un Partido de Liberación Dominicana y ha propuesto una “dictadura con apoyo popular”, con un programa bastante más radical que el del movimiento liberal al cual él pertenecía. El resurgimiento de Rojas Pinilla en Colombia con el planteamiento de un programa “socialista”, a pesar de su carácter extremadamente confuso, fue una expresión importante de movilización del

subproletariado y otros sectores populares que hizo radicalizar el espectro político colombiano y abrió camino para la elección de López Michelsen y continúa manifestándose en una permanente agitación social. López Michelsen representa una tendencia socialdemócrata que resurgió también en América Latina en 1973-74 con la victoria de Acción Democrática en Venezuela y de Odúber en Costa Rica.

Este cuadro se complementa con la figura de Echeverría en México, que ha adoptado una política de apoyo a los movimientos progresistas latinoamericanos, buscando incluso unificarlos en una corriente de carácter nacionalista y dando origen internamente a una mayor apertura política. En buena medida el intento de Echeverría representa una respuesta en el seno del aparato del Estado (donde se concentran las fuerzas que componen el poder en México) a los acontecimientos de 1968, que demostraron la existencia de poderosas fuerzas potenciales contestatarias en la sociedad mexicana. La aparición por lo tanto de su figura en el cuadro político mexicano y latinoamericano pone a México al lado de esta corriente neopopulista que ha modificado sustancialmente el juego político en el subcontinente.

El avance del gobierno popular en Chile habría posibilitado que este movimiento populista se hubiera radicalizado más. De ahí que el imperialismo haya concentrado su fuerza en contra de Allende tan desesperadamente. Su derrota indudablemente logró que el neopopulismo asuma un carácter más conservador y no llegue a representar una fuerza potencialmente revolucionaria, a pesar de que acentuó su movilización continental y sus ansias de preservarse, pues, al liquidarse la punta socialista del proceso general de radicalización, son los neopopulistas los enemigos más inmediatos de las fuerzas de derecha.

Buscaremos explicar en el último capítulo el carácter del neopopulismo latinoamericano, las limitaciones que tiene, las causas de ese resurgimiento y sus posibilidades históricas. Es indudable que el neopopulismo (militar o socialdemócrata) en América Latina se ubica en el cuadro político internacional que estamos bosquejando de resurgimiento de los movimientos socialdemócratas. Este renacimiento, como vimos, debe ser entendido como un intento de parte de las fuerzas populares por aprovecharse de la actual crisis económica internacional y del debilitamiento de los centros de poder tradicional (particularmente del imperialismo norteamericano), para iniciar

algunos cambios más o menos revolucionarios según las distintas condiciones locales.

Dentro de este cuadro general es muy importante señalar que la evolución de los movimientos socialdemócratas, su mayor disposición a constituir gobiernos independientes y a presentar programas de carácter reformista se debe en buena medida a la presión que vienen ejerciendo sobre estos partidos sus alas de izquierda, cuyo desarrollo data sobre todo desde 1968. Es importante hacer un breve balance de esas corrientes.

Dentro del Partido Socialdemócrata Alemán se han desarrollado los Jóvenes Socialistas (los Jusos) que forman una fuerza marxista en el interior de ese partido que había abandonado oficialmente esta definición ideológica desde el principio de la década del 50. En los últimos años la socialdemocracia alemana, bajo el impacto de la presión de masas y sus sectores de izquierda, ha desarrollado un programa de apertura hacia el campo socialista, participación obrera en la gestión de la empresa, tendencias a la nacionalización, etc. La admisión de una facción declaradamente marxista en su interior rompe la unidad ideológica reaccionaria de los años 50 y la política de la Guerra Fría. A pesar de la posición moderada que han tomado los Jusos después de ciertas confrontaciones internas con el partido, es posible prever que continuará el proceso de radicalización.

También dentro del Partido Socialista Francés se ha desarrollado su ala izquierda y como resultado de este proceso de radicalización, la escisión de izquierda que se había formado en los años 60 en torno del Partido Socialista de Unidad Proletaria vuelve a incorporarse al viejo partido. El Partido Socialista Francés, que fue uno de los bastiones del anticomunismo de la Guerra Fría en los años 50 y 60, no solo acepta una alianza con el Partido Comunista sino que reformó su programa adoptando una línea de transformación socialista aunque moderada y pacifista⁵¹.

En Inglaterra el ala izquierda del Partido Laborista reunida en torno al diario *Tribune* ha crecido muy significativamente dentro del movimiento

51. En el Congreso del Partido Socialista Francés del 31 de enero al 2 de febrero de 1975 las mociones de Guy Mollet y de las otras tendencias socialdemócratas anticomunistas no lograron reunir el 5% de los votos de la militancia. Por otro lado, la moción del CEDES alcanzó el 25% de los votos mientras la moción de Mitterrand alcanzó el 68%. Se calcula asimismo que el grupo de la izquierda por la autogestión (ex PSU y otros sectores) contaría con el apoyo del 10% o 15% del Partido. El CEDES y los autogestionarios formarían un bloque de cerca del 35% o 40% del Partido Socialista Francés.

sindical. Los comunistas han ganado posiciones importantes y luchan por su derecho de expresión como fuerzas marxistas en el seno del Partido Laborista. La izquierda logró imponer en el programa del Partido Laborista medidas de nacionalización y cambios importantes, también, en la participación obrera en la sociedad inglesa.

Sin embargo, la tendencia de izquierda no logra dirigir completamente la política de este partido, a pesar de alcanzar una mayoría eventual en algunas ocasiones.

En Holanda, como vimos, es una facción de izquierda de la socialdemocracia la que dirige como minoría el país sin proponerse sin embargo transformaciones radicales. También el Partido Socialista Sueco tiene una importante corriente de izquierda que ejerce una influencia muy directa sobre Olof Palme.

El Partido Socialista Italiano ha desarrollado una corriente de izquierda que ocupa una posición importante dentro de este partido. En fin, el Partido Socialista Obrero Español ha retomado en los últimos años una tradición marxista. Hay que señalar también la evolución hacia la izquierda de los partidos socialistas asiáticos, particularmente el japonés y el Partido del Congreso en la India.

Todos estos cambios hacia la izquierda tienen indudablemente un efecto importante sobre las posiciones generales de la Segunda Internacional, que ha asumido una posición bastante clara en favor del movimiento popular chileno y en contra del golpe de Estado y la dictadura que se impuso en ese país.

Aquí habría que hacer un poco de historia. Sabemos que la Segunda Internacional, fundada por los marxistas alemanes y bajo fuerte influencia de Marx y Engels, se disolvió durante la Primera Gran Guerra, al apoyar sus partidarios a las respectivas burguesías nacionales. Después de la guerra se constituyó en oposición de la Tercera Internacional de orientación comunista, en nombre de la democracia liberal. La Segunda Internacional se rehusó a colaborar con un intento de reunificación de las tres Internacionales, intento apoyado por la Tercera y conducido por la 2 y $\frac{1}{2}$ (formada por fuerzas socialistas independientes). Después de varios intentos de congresos comunes, la derecha de la Segunda Internacional se opuso a la reunificación con los comunistas y se delineó en su seno una línea reformista que fue abandonando

completamente sus tradiciones marxistas. Muy golpeada en los años 30, a consecuencia de la victoria nazi en Alemania, renació en la posguerra para cumplir otra vez una misión anticomunista. Ayudó a romper los frentes de socialistas y comunistas, formados durante las resistencias y prolongados en la posguerra como un amplio frente democrático, y se puso completamente al lado de la política norteamericana de Guerra Fría, otra vez en nombre de la “democracia” y en contra del “terror comunista”.

En los años 60, la consolidación del capitalismo en Europa y Japón reforzó ideológicamente el llamado “socialismo democrático”, pero hizo desaparecer a la Segunda Internacional como organización. No obstante la radicalización política de la última década afectó fuertemente a esas corrientes. La terminación del clima de Guerra Fría y la tendencia unitaria del movimiento obrero disolvió en la práctica a la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL) y a los sindicatos cristianos como una alternativa anticomunista. A pesar de la resistencia que oponen el viejo liderazgo norteamericano (con Meany a la cabeza) y los viejos reaccionarios aislados como Saragat y Guy Mollet, la unidad de los sindicatos comunistas, socialistas y cristianos es hoy en día una realidad en consolidación en Europa y en otras partes del mundo. El debilitamiento político de la nueva izquierda al fin de la década del 60, ha llevado a muchos radicales de izquierda a buscar un camino en el interior de los partidos socialdemócratas. Estos partidos, por su estructura anárquica, son altamente permeables a la acción de grupos de militantes organizados. Funcionan como movimientos de masas amplios controlados desde arriba por líderes y grupos que intentan de alguna forma expresar las inquietudes de las bases. Por eso son también muy permeables a estas inquietudes y pueden pasar por una radicalización a veces brusca aunque poco profunda. Esto es lo que viene ocurriendo en los últimos años.

La cuestión que se plantea es pues la siguiente: ¿pueden la socialdemocracia y los demás movimientos reformistas que se desarrollan al calor de la crisis capitalista iniciada en 1967 convertirse en una auténtica dirección revolucionaria, que extraiga las consecuencias finales de la crisis mundial del capitalismo? ¿Pueden los frentes de izquierda social-comunistas que se están constituyendo transformarse en esta alternativa? ¿Puede el proceso seguir un camino pacífico evolucionista a consecuencia de los cambios en la correlación de fuerzas internacionales?

En todas las situaciones de crisis, la clase dominante tiende a retirarse del primer plano y entregar el poder a fuerzas reformistas para que aseguren el control de las masas. A veces, estas fuerzas reformistas asumen posiciones más radicales por presión de las bases e introducen muchos cambios que son incompatibles con el funcionamiento pleno del capitalismo. Por eso, terminado el período agudo de la crisis e iniciada una cierta recuperación, la burguesía adquiere mayor disposición de lucha y necesita un gobierno conservador de derecha, en aquellas partes donde el control social no se desbordó de los límites reformistas, o un régimen de fuerza como el fascismo, donde la situación tendió a desbordar los límites reformistas. La justificación de tales gobiernos es la limpieza de los “excesos” cometidos en el período anterior, disminuir la militancia obrera, iniciar una ofensiva ideológica para retomar el control sobre las masas, etc.

En 1967, la burguesía fue sorprendida por la crisis. Esta parecía superable, pues se retomó el crecimiento en 1968, pero se cayó otra vez en la depresión entre 1969 y 1971. Durante este período se formaron gobiernos socialdemócratas en muchos países. Entre 1972 y 1973, alentada por el fuerte *boom* económico generado artificialmente, se inició una ofensiva política, militar y diplomática, cuya conquista más importante fue el golpe militar en Chile. Como vimos, desde fines de 1973, hasta posiblemente el segundo semestre de 1975, una fuerte depresión ha hecho retroceder el ímpetu conservador y derechista y dado origen a la vuelta del laborismo al poder en Inglaterra en la cola de una huelga minera cuyo radicalismo fue la principal expresión del período.

La recuperación económica que se inició en el segundo semestre de 1975 y comienzos de 1976 dio origen a una ofensiva aún más resuelta en contra de las conquistas realizadas que se manifestó en el ascenso conservador en Suecia y Alemania, la reagrupación de los conservadores en Inglaterra, el golpe militar en Argentina, etc.

De esta manera, resaltan muy claramente los límites del reformismo actual. Su función es esencialmente transitoria, de gobierno tapón hasta la vuelta de la derecha. Hay, sin embargo, algunas situaciones de empate político que pueden generar regímenes inestables pero más o menos permanentes.

Estos gobiernos tapón son así, en general poco estables. Les falta fuerza, cohesión, voluntad, lo que los hace simples expresiones mediatizadas e insti-

tucionalizadas de las inquietudes sociales crecientes, cuando no se trata de gobiernos de derechistas consecuentes, dispuestos a jugar el papel de izquierdistas impuesto por la situación.

En general esas tendencias de centro-izquierda no logran constituir una mayoría férrea que les permita aplicar un programa de transformación social significativo y, al mismo tiempo, las fuerzas de izquierda que se van desarrollando en su interior se ven limitadas en su acción, pues su política no logra ser mayoritaria en su partido, a pesar de haber crecido y ganado mayor importancia en él. Al mismo tiempo, no pueden estas fuerzas de izquierda romper con sus partidos para convertirse en simples minorías, apartándose de las masas que están en general de acuerdo con las tesis principales de la socialdemocracia y que se sienten representadas a través de ella.

Puesto que las coaliciones y gobiernos que se han formado son relativamente débiles, es indudable que la profundización de la crisis actual del capitalismo dará origen a situaciones bastante críticas para ellos y tendrán indudablemente que pasar por conflictos políticos muy radicales. Es probable también que en esta situación de crisis se desarrolle una militancia obrera más activa como la que se expresó por ejemplo en la huelga general minera inglesa, la cual derrumbó al gobierno conservador de Heath y en cierta forma obliga al actual gobierno laborista a aceptar una situación de compromiso con su base sindical.

En otros países, como Estados Unidos, se esperan importantes movimientos huelguísticos. La huelga del carbón fue la primera expresión nacional significativa de las nuevas corrientes de una izquierda sindical aún moderada, que han logrado ganar por fin un sector de los trabajadores norteamericanos.

Es dentro de esta misma línea que se pueden esperar también duros momentos de confrontación en Francia, donde la coalición socialista-comunista no se ha paralizado después de las elecciones, y promete una política dura frente a los intentos de estabilización monetaria de los conservadores en el poder. También en Italia no se puede esperar “paz social” hasta que se establezca un gobierno con participación comunista.

Esta situación de espera deberá llevar a una crisis social muy aguda, a una inmovilidad de los gobiernos y en consecuencia abrir camino hacia una radicalización de derecha que podrá indudablemente asumir un papel

muy determinante en el futuro político de esos países. Antes de analizar las corrientes de derecha y las tendencias al desarrollo fascista sería, sin embargo, interesante tomar en consideración los cambios que se están planteando en la política general del imperialismo, de los países socialistas y de los distintos partidos comunistas, que conforman los principales elementos de la coyuntura internacional.

2. LA POLÍTICA DEL IMPERIALISMO

La política imperialista ha buscado ajustarse a esta nueva coyuntura internacional, pero no ha logrado aún una unidad de posiciones. Por el contrario, hay una tendencia a una división bastante significativa entre las grandes corrientes políticas del capital internacional. De un lado, se encuentra una corriente compuesta por los sectores más tradicionales del gran capital de orientación liberal y conservadora. Esta busca resolver los problemas de la coyuntura sin apelar a soluciones extremas, intentando de alguna forma establecer acuerdos con las fuerzas emergentes para impedir una radicalización política. Algunos sectores desarrollan, incluso, serios planteamientos en el sentido de que se deben profundizar ciertas tesis de reforma social y política para que el gran capital asuma, por medio de sus representantes directos, la dirección de la lucha en contra del viejo orden económico-social liberal. Se producirían en consecuencia cambios significativos en la estructura económica internacional en el sentido de:

- a) establecer una nueva división internacional del trabajo;
- b) patrocinar una mayor actuación del Estado en escala nacional e internacional;
- c) promover un mayor desarrollo de la economía del bienestar pero dentro de una orientación privada, encauzar la lucha por la protección del ambiente como una importante fuente de inversiones, desarrollar la política de planificación urbana como actividad semiprivada y los transportes de masa como combinación con el auto individual;
- d) disminuir o contener en parte los gastos militares y los conflictos con los países socialistas;
- e) realizar una penetración económica masiva en los mercados de los países socialistas.

Por las tesis que sostiene, esa corriente puede encontrar puntos de acuerdo con una política socialdemócrata de centro-izquierda, pero tendría que asegurarse de que exista una oposición conservadora importante que limite y controle el nivel de radicalización que puede estimular un gobierno democrático bajo presión de masas. Se trata de desarrollar un cierto nivel de concesiones desde arriba hacia abajo, que modernice el aparato del Estado sin demasiados compromisos con el idealismo reformista pequeñoburgués, o con las aspiraciones socialistas del proletariado. Analizaremos más en detalle el programa de esta tendencia.

Por otro lado, hay otra corriente del gran capital que, de manera cada vez más desesperada, quiere contener el ascenso del movimiento popular en los últimos años y no confía en la capacidad de la socialdemocracia y de los gobiernos de centro-izquierda para moderarlo. Este sector ve solamente en el uso de la fuerza una respuesta efectiva a la situación. En consecuencia se viene desarrollando una corriente profascista en el gran capital que tiende a constituirse en fuerza activa de apoyo a los golpes militares y a los movimientos fascistas. En general, son los capitales de origen más reciente y de carácter más especulativo y más directamente dependientes del consumo militar estatal los que más directamente apoyan estas soluciones de fuerza. El capital tradicional, más experimentado y menos afectado por la crisis, busca en general soluciones menos arriesgadas.

En lo que respecta al programa, esta corriente dictatorial no se separa muy significativamente de la anterior. Solo un punto puede causar mayores confrontaciones. Se trata de los gastos militares. Como la corriente fascizante atrae fundamentalmente en la actualidad a los sectores más débiles del gran capital, es fuertemente dependiente del consumo estatal y favorece así un capitalismo de Estado más particularmente ligado al consumo militar que aquel apoyado por la oligarquía tradicional. Esta dispone de una fuerte cobertura financiera y de un área de maniobra internacional muy amplia y puede arbitrar soluciones económicas más a largo plazo, pues no depende tan agudamente del consumo estatal y del militar en particular.

Ninguna de estas dos corrientes ha adoptado hasta el momento una posición extrema que pueda llevarlas a un choque abierto. Están en una posición de tanteo, apoyando distintos esquemas políticos, buscando situaciones que las puedan fortalecer aquí y allí. En general, las fuerzas ligadas al capital internacional se proponen una política que reconozca las nuevas relaciones

de poder en escala internacional, determinadas por una tendencia al policentrismo, a la *détente*, al nacionalismo, al crecimiento del comercio entre los distintos bloques económicos. A partir de esas consideraciones estratégicas, tienen que aceptar el surgimiento de nuevos centros de poder, pues saben que no puede darse un acuerdo político sólido y permanente que incluya solamente a la Unión Soviética y Estados Unidos. Con el surgimiento de China y la tendencia a la integración en Europa occidental, con el crecimiento económico de Japón y el fortalecimiento de poderes regionales como India, Irán y Brasil, con la mayor cohesión del bloque del Tercer Mundo en la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y el fortalecimiento de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), se hace esencial una política flexible que sepa incorporar a todos esos poderes emergentes. Esas consideraciones fueron hechas en el informe sobre “Política de seguridad nacional y cambio del poder mundial” presentado al Subcomité de Política de Seguridad Nacional y de Desarrollo Científico del Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Diputados de Estados Unidos en octubre de 1972⁵². En general las opiniones de las personas consultadas respecto a este informe han favorecido la línea general bosquejada anteriormente, la cual se reafirma en otras discusiones que se produjeron en el Senado norteamericano y también en otras partes del poder administrativo de Estados Unidos.

Esa tendencia a la flexibilidad y al pragmatismo, a la búsqueda de un nuevo balance de poder, coincide indudablemente con la política llevada por el período Nixon-Kissinger, la cual continuará orientando la política norteamericana por un largo rato. Sin embargo, como los hechos ya lo demostraron, esta política no excluye acciones violentas muy audaces y muy duras como la que se produjo en Chile, donde se ha llevado una política golpista durante más de tres años con un evidente conocimiento de sus consecuencias en un país en el cual más de la mitad de la población apoyaba una transformación socialista⁵³.

52. *National Security Policy and the Changing World Power Alignment*, Report by the Subcommission on National Security Policy and Scientific Developments. Committee on Foreign Affairs House of Representatives, 25 de octubre de 1971. U.S. Govt. Print. Office, Washington, 1972.

53. La Unidad Popular alcanzó el 51% en las elecciones municipales de 1971 y el 44% en las parlamentarias del 54. La Democracia Cristiana afirmó siempre tener por objetivo programático un socialismo “pluralista y democrático”; por lo menos un fuerte porcentaje de sus bases políticas se adhiere a estos ideales.

Esta flexibilidad no implica por lo tanto que Estados Unidos no tome una posición de fuerza cuando se producen situaciones en las cuales se juega el destino del capitalismo o de su dominación internacional como potencia. Este es, por ejemplo, el caso del enfrentamiento árabe-israelí a fines de 1973, cuando Estados Unidos desarrolló una acción militar independiente a espaldas de sus aliados europeos, la cual podría haber llevado claramente a una guerra mundial.

Esto demuestra bastante claramente que la política de flexibilidad y pragmatismo no supone el apoyo irrestricto a tendencias socialdemócratas o a las de centro-izquierda. Tampoco se trata de una declaración de principios liberal y democrática, sino de un ajuste táctico cuando la situación evoluciona hacia una significativa pérdida de control político en ciertas regiones del mundo. El recurso al golpe de Estado e incluso a la invasión o la amenaza de guerra es una forma decisiva de la actuación del imperialismo.

Otros hechos nos demuestran que este pragmatismo no supone una política de paz mundial, de no intervención y de democracia, sino más bien de ajuste a ciertas coordinadas tácticas. Por ejemplo, en lo que respecta a la política militar, se produce en este momento una fuerte discusión interna dentro de la burguesía y la burocracia político-administrativa norteamericana, particularmente la militar. Es así que se plantearon las diferencias entre el secretario del Exterior, Kissinger y el secretario de Defensa, Schlesinger, respecto de la política a adoptar en los acuerdos con la Unión Soviética sobre el desarme⁵⁴. Schlesinger insiste en la necesidad de una estrategia de represalia masiva y diferenciada. Según el secretario de Defensa, la evolución reciente de la dirigibilidad de los armamentos nucleares permite atacar a objetivos localizados, como zonas militares e industriales. Se puede evitar así que un ataque nuclear lleve inevitablemente a una guerra total. Al hacer ataques masivos,

54. "Kissinger-Schlesinger Feud, What it's All About", *US News and World Report*, 22 de julio de 1974. Este artículo hace un resumen de esas controversias grandemente atenuadas posteriormente con la mediación de Nelson Rockefeller, en la actualidad jefe administrativo más inmediato de Kissinger y antiguo patrón de los dos. Según este artículo la posición de Kissinger puede ser resumida como una acusación al secretario de Defensa de que impedía las negociaciones de paz con la URSS al basarse en un concepto anacrónico de "superioridad estratégica". Schlesinger cree que Kissinger sobrestima la superioridad norteamericana y su capacidad de hacer concesiones. Además cree que Estados Unidos debería usar su mayor poder económico y tecnológico para obtener mayores concesiones de los soviéticos.

pero diferenciados, se puede esperar una reacción similar del enemigo y producir una guerra nuclear localizada mientras se hacen negociaciones de paz. El paso hacia esta nueva etapa de confrontación entre las grandes potencias nucleares exige enormes gastos en investigación, producción e instalaciones militares.

Por esta razón, el Pentágono exige un enorme presupuesto de “defensa” que alcanza cerca de 86.000 millones de dólares, en un tiempo de “distensión” entre Estados Unidos y la URSS. Las posiciones de Schlesinger son bastante claras en el sentido de la no reducción de los gastos militares, el no retiro de tropas de Europa, la no disminución del poderío militar norteamericano. Su concepción de la “distensión” es la de un equilibrio provisorio de fuerzas, que obliga al constante aumento del potencial militar para que el enemigo no lo sobrepase⁵⁵.

Schlesinger y el Pentágono también consideran de gran importancia contrarrestar el aumento de la influencia naval soviética y realizar fuertes inversiones en el sector.

Esa no es, sin embargo, la opinión del informe al Congreso norteamericano sobre política de seguridad nacional que hemos citado, ni mucho menos de la mayoría liberal que se incorporó al Congreso en enero de 1975. Ambos creen en la posibilidad de una mutua salida de tropas de Europa, para mantener una más natural y estable situación de poder en el continente, lo que sería consistente con los intereses de la seguridad norteamericana⁵⁶. También se encuentra en su programa patrocinar la disminución de los gastos

55. “Can Rusia be Trusted”, entrevista con James R. Schlesinger, secretario de Defensa, *US News and World Report*, 13 de mayo de 1974. Los puntos de vista de Schlesinger fueron resumidos por la revista de la siguiente manera: a) Rusia: la noción de que la distensión nos permite desarmarnos es una ilusión. La distensión se apoya en un equilibrio de fuerzas. b) Nuevas carreras armamentistas: “Cabe a la URSS ahora demostrar su deseo de restricción reduciendo el tamaño y el número de los misiles estratégicos”. c) Fuerzas en Europa: “Las tropas norteamericanas deberán quedarse no solo temporal sino indefinidamente, porque el mantenimiento de una Europa libre es esencial para Estados Unidos, y los europeos del Este no pueden por sí mismos establecer fuerzas defensivas adecuadas”. El Oriente Medio: “El envío de armas a Egipto tanto como a Israel deberá ayudar a aliviar la tensión. Apoyando a los dos lados Estados Unidos dispondrá de la influencia para promover un acuerdo”. d) Gastos de defensa: “Los costos crecientes requieren un aumento del 6% cada año a no ser que el público norteamericano desee tolerar una erosión gradual de nuestra capacidad de defensa”. e) Fuerzas Militares Voluntarias: “Están funcionando mucho mejor de lo que yo esperaba y hemos obtenido más mano de obra de la que hemos pedido”, p. 39.

56. *National Security Policy and the Changing World Power Alignment*, op. cit.

militares. Ya el Congreso anterior ha actuado en el sentido de cortar partes del actual presupuesto militar, particularmente la ayuda a gobiernos como los de Vietnam del Sur, Corea del Sur, Taiwán, Chile, etc., los cuales son gobiernos títeres incapaces de sobrevivir sin una fuerte ayuda económica y militar norteamericana.

El ascenso de las corrientes liberales en Estados Unidos deberá llevar a cambios en España, Malasia e Indonesia, así como ya afectó a los regímenes títeres de Camboya, Vietnam del Sur y Corea del Sur, facilitando la victoria del movimiento revolucionario en estos países.

Este cuadro político nos llevaría, entonces, a un debilitamiento inmediato del fascismo. ¡Pero no necesariamente a largo plazo! La razón para que así sea es que todos estos esquemas están basados en una política demasiado débil en escala internacional y nacional. Esta política tiene muy pocas perspectivas de ofrecer una salida coherente para el sistema a largo plazo. Su único objetivo coherente es el de evitar que el proceso de radicalización rebase el cuadro del sistema capitalista. Su capacidad para producir una real estabilidad económica y política es mínima⁵⁷. Por lo tanto es casi inevitable que estos intentos de centro-izquierda terminen por no contener la crisis política en general del sistema y su tendencia a la radicalización hacia la derecha o hacia la izquierda. El gran capital, como vimos, no ha hecho ninguna adhesión ideológica a esa política. Sus razones para aceptarla son puramente tácticas. De esta misma manera podrá apoyar tácticamente al fascismo cuando las necesidades de una política de recuperación económica a largo plazo lo justifiquen.

A largo plazo, como vimos, los sectores más conscientes del gran capital planean constituir un nuevo orden económico internacional, basado en una

57. El triunfo liberal no representa necesariamente una garantía de mayor relajamiento, pues “por una parte desea reducir al máximo los gastos relativos al armamento, por otra, puso en un aprieto a los soviéticos en el convenio comercial con las condiciones para la emigración de los judíos y un límite crediticio irrisorio”. Esta observación del comentarista Dieter Schröder del *Süddeutsche Zeitung* se hace más interesante si consideramos su opinión sobre Kissinger: “En el fondo, Kissinger se halla muy cerca, en cierto sentido, del concepto soviético [de la coexistencia pacífica], precisamente por ser un conservador. En su concepto de la competencia de los sistemas, el influjo sobre las regulaciones internas en la Unión Soviética tiene muy poco sitio”. Mismo artículo, publicado en *Tribuna Alemana*, Hamburgo, 6 de febrero de 1975. Como vemos, el idealismo liberal puede muy bien ser una fuente de conflicto en la escena internacional al servicio de fuerzas muy reaccionarias y agresivas. Debemos recordar siempre que fueron los demócratas quienes llevaron a Estados Unidos a la Guerra Fría, a la de Corea, a la de Vietnam y muchos otros conflictos importantes. Por otro lado, fueron los republicanos los que iniciaron el acuerdo de Ginebra de 1974 y la distensión de Nixon.

nueva división internacional del trabajo, abrir nuevos campos de inversión en los sectores de bienestar, ambiente, planificación urbana y transportes de masa, disminuir en parte los gastos militares y aumentar sus relaciones económicas con el bloque socialista en pleno crecimiento económico.

Estos cambios van aparejados, en lo político, con un proceso de reforzamiento de la decisión estatal centralizada y la búsqueda de formas de participación ciudadana cada vez más mediatizadas por el aparato burocrático. La pérdida de poder del voto liberal y de sus organismos representativos, como las asambleas y el fortalecimiento de los grupos de presión organizados, llevará pues a formas más autoritarias del Estado.

Esos cambios son en todo sentido contrarios a la ideología socialdemócrata que tiende a prevalecer en el momento actual y que llama a aumentar la representación de las bases a través de asambleas y consejos.

La contradicción entre las aspiraciones pacifistas y democráticas del movimiento liberal y los resultados conflictivos y totalitarios a que llevan sus gestiones, demuestran sus estrechos límites. Eso no es nada nuevo: la liberal Constitución de Weimar, los consejos de empresas tripartitas, la intensa libertad ideológica de los años 20 condujeron exactamente a lo contrario: al régimen nazi alemán, cuando la crisis, después de llegar a su punto más agudo en 1929-32, creó las condiciones para una recuperación apoyada esencialmente en los gastos militares, en el trabajo semiesclavo (cuya expresión final fueron los campos de concentración), en la centralización y concentración económica y en el fortalecimiento de la intervención estatal. No siempre la recuperación económica tiene que asumir esta forma fascista. Las condiciones políticas internacionales, particularmente la fuerza de los países socialistas, la capacidad del movimiento obrero para organizarse en las adversas condiciones de la depresión económica, para ganarse aliados y atacar en el momento preciso en que se plantea el carácter de la recuperación económica, puede ablandar el carácter del nuevo acuerdo político o incluso conducir a una salida cualitativamente superior.

En tales circunstancias, se hace pues esencial analizar la acción posible de los países socialistas y de los partidos comunistas para conformar un cuadro más completo de la evolución probable de la coyuntura.

LOS PAÍSES SOCIALISTAS, SUS DIVERGENCIAS INTERNAS Y LOS PARTIDOS COMUNISTAS

1. LAS DIFERENCIAS SINO-SOVIÉTICAS

Es indudable que uno de los principales problemas que afectan el poder político del mundo socialista en escala internacional son las diferencias entre los partidos comunistas ruso y chino. Han provocado una crítica mutua que rebasa los límites de una confrontación fraternal. Los soviéticos han acusado al Partido Comunista Chino y a Mao Tse-tung, en particular, de haber conformado un nuevo tipo de autocracia, sacrificando el desarrollo socialista en China⁵⁸. Por su parte, el Partido Comunista Chino ha llegado a acusar al Partido Comunista soviético de haberse degenerado en función de los intereses de una nueva clase: la burguesía burocrática. Según esta tesis, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) era un país socialista hasta que ese sector llegó a controlar el partido y el Estado, e inició un proceso de restablecimiento del capitalismo⁵⁹.

Pero, más allá de las diferencias ideológicas, el enfrentamiento se ha llegado a expresar como una confrontación entre Estados, lo que ha llevado incluso a plantear la amenaza de una posible guerra entre ambos países. Por su lado, los soviéticos temen a las grandes masas chinas que presionan sobre la despoblada parte asiática de su territorio, en tanto que los chinos se sienten amenazados por el poder militar y tecnológico de la Unión Soviética.

58. Las últimas posiciones del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) sobre sus relaciones con China se encuentran en el suplemento N°1, enero de 1975, de la revista *Socialismo: Teoría y Práctica*.

59. Las posiciones del Partido Comunista Chino se han expresado en varios artículos y panfletos de amplia divulgación.

Hasta hoy ha sido muy difícil determinar exactamente las causas de tales conflictos. Se fundamentan, según todo parece indicar, en los intereses nacionales de estos dos grandes Estados asiáticos, a pesar de sus transformaciones socialistas. Los problemas ideológicos parecen contar menos en la polémica, pues entre 1960 y 1974 hubo importantes cambios políticos e ideológicos en ambos países.

Lo que sí es evidente es que esas diferencias pesan negativamente en el desarrollo del movimiento obrero internacional, sobre todo por el carácter oportunista y poco fundamentado de las críticas realizadas mutuamente.

El Partido Comunista Chino comenzó su polémica con una crítica de izquierda al Partido Comunista de Yugoslavia, englobó en ella posteriormente al Partido Comunista Italiano y, por fin, al Partido Comunista de la Unión Soviética. Sin embargo, en 1974 Mao y Tito señalan sus muchos puntos de acuerdo⁶⁰. Durante toda la década del 60, el Partido Comunista Chino acusa a la URSS de llevar a cabo una política de acuerdos bilaterales con Estados Unidos y en 1971, el gobierno chino establece relaciones con Estados Unidos. Como consecuencia de su antisovietismo invita a visitarle a todos los reaccionarios que están en contra de la URSS (como Heath, Jackson, Strauss, etc.) para alentar su enfrentamiento con los “imperialistas rusos”⁶¹. La irracional confrontación con el gobierno de India en función de cuestiones de frontera llevan al Partido Comunista Chino a apoyar a Pakistán en contra de

60. El 23 de octubre de 1974 fue recibida una delegación de militares yugoslavos en China. El subjefe del estado mayor que los recibió, Li Ta, brindó por la amistad sino-yugoslava pues “nuestros dos pueblos siempre han simpatizado el uno con el otro”. “En los últimos años –afirmó– Yugoslavia se ha adherido a la política de no-alineamiento [Yugoslavia fue la fundadora de esta línea y no se adhirió a ella. Nota mía], se ha opuesto al imperialismo y el hegemonismo, ha combatido la intervención, la subversión y las amenazas de agresión de las superpotencias y ha frustrado los complots encaminados a arriesgar la seguridad y la independencia de Yugoslavia”. *Pekín Informa*, N° 44, 6 de noviembre de 1974.

61. “El presidente Mao Tse-tung se entrevistó el 16 de enero con el presidente de la Unión Demócrata Cristiana de la República Federal de Alemania, y con Franz Joseph Strauss y Wolfgang Horlacher y Friedrich Voss, miembros de su comitiva”.

“El primer ministro Chou En-lai, se entrevistó en un hospital en Pekín con el presidente Strauss y otros huéspedes ilustres”.

“El vicepresidente Teng Siao-Ping y el ministro de Relaciones Exteriores Chiao Kuan-jua se reunieron en ocasiones separadas con el presidente Strauss, su señora y comitiva, sosteniendo conversaciones amistosas y francas con el presidente Strauss”. *Pekín Informa*, N° 4, 29 de enero de 1975.

Bangladesh y, como expresión máxima de oportunismo, mantiene abierta la Embajada china en el Chile fascista de Pinochet y asiste a todas sus recepciones, boicoteadas por el movimiento democrático internacional, además de prestarle ayuda económica.

Las luchas internas en el Partido Comunista Chino se han desarrollado según los mismos principios estalinistas del secreto burocrático y de las acusaciones no comprobadas. Es así como Lin Piao cambió de “camarada de armas” y “sucesor” de Mao Tse-tung a conspirador en contra de su vida, al lado de los soviéticos. Es así también como la crítica a la burguesía burocrática empieza a olvidar que Yugoslavia era hasta 1960 considerada por el Partido Comunista Chino un “modelo” de vuelta al capitalismo, y empiezan a encontrarse puntos políticos de interés común, etc.⁶².

Por parte de la URSS no se ha conocido tampoco una crítica coherente a aquel que fue considerado en los años 50 por el Partido Comunista de la Unión Soviética como uno de los teóricos principales del marxismo. Tampoco se ha hecho una autocrítica por la retirada intempestiva de los técnicos soviéticos de China; ni se ha abandonado la actitud de tratar de imponer sus propias concepciones al Partido Comunista Chino como condición de una reaproximación. Sin estos cambios es muy difícil que se pueda esperar una transformación en China, cuyo desarrollo económico fue visiblemente perjudicado por las amenazas de Jrushov y el aumento en los gastos de defensa determinados por los conflictos experimentados entre 1960-64 y aun posteriormente.

Lo que a principios de los años 60 se presentaba como una lucha ideológica termina en los años 70 como una clara confrontación nacional. China pasa de la izquierda a la derecha del espectro político de las fuerzas populares internacionales, y al mismo tiempo el Partido Comunista de la Unión Soviética se ha movido hacia el centro y eventualmente hacia la izquierda, como lo veremos.

62. En el *Pekín Informa*, N° 44 de 6 de noviembre de 1974 se publicita la visita de la delegación del Ejército Popular de Yugoslavia a China. El subjefe del estado mayor general del Ejército Popular de Liberación de China saludó a sus visitantes expresando: “nuestra admiración por esto [su voluntad y determinación de atreverse a luchar para salvaguardar la soberanía estatal y la independencia nacional] y apoyamos resueltamente su justa lucha”.

Esto no impide que las tendencias a los conflictos entre los países socialistas continúen. Yugoslavia y Rumania insisten en mantener una línea propia que implica una constante ampliación de sus relaciones con los países capitalistas, el mantenimiento de la pequeña propiedad y de formas mixtas y semiprivadas de propiedad. Rumania se ha negado también a romper relaciones con la junta militar chilena, pero, al contrario de los chinos, ha recibido asilados e intervenido a favor de los militantes de la Unidad Popular prisioneros de la junta.

Es importante tomar en consideración los cambios que se están operando en países como Hungría, República Democrática Alemana, Polonia y la misma Checoslovaquia. Durante la presente década no solamente han alcanzado un desarrollo económico muy alto, sino que también han ampliado sus relaciones con los países de Europa occidental, aumentando su margen de decisión autónoma dentro del bloque socialista a pesar de su gran integración con el Consejo de Ayuda Mutua Económica (COMECON). Esto puede llevar al desarrollo de tendencias nacionalistas o de afirmación nacional en el seno del bloque, situación frente a la cual Yugoslavia se ha pronunciado favorablemente desde 1945.

2. EVOLUCIÓN DE LA LÍNEA POLÍTICA DE LOS PARTIDOS COMUNISTAS

Entre otros partidos comunistas se han producido igualmente diferencias de apreciación muy significativas en los últimos años. La desaprobación del Partido Comunista Italiano y de otros países a la invasión de Checoslovaquia sin atraer ninguna sanción disciplinaria ha constituido un hecho sin precedentes en la historia de los partidos comunistas desde el Komintern hasta nuestros días. Asimismo, el Partido Comunista Italiano no ha perdido su representatividad en el bloque socialista internacional, sino que por el contrario la ha reafirmado.

La fuerte integración del Partido Comunista Cubano a las conferencias comunistas internacionales creó un nuevo foco de irradiación ideológica entre los partidos comunistas, más allá de su influencia latinoamericana.

Es importante constatar también que el desarrollo de la experiencia de la Unidad Popular en Chile permitió al Partido Comunista Chileno formar,

hasta el golpe de Estado de 1973, un polo político en América Latina que dio origen a varios intentos de frentes populares en Uruguay, El Salvador, Venezuela, Colombia, Argentina, etc.

En Asia, el Partido Comunista japonés desarrolla una línea propia, con fuertes críticas a los partidos soviético y chino, en tanto que los partidos de Vietnam del Norte y del Sur, así como el de Corea Democrática, tienen también un peso autónomo dentro del movimiento comunista mundial. Asistimos de este modo a un proceso de diversificación estratégica en el seno del movimiento comunista internacional, que, si bien afecta la disciplina y unidad de acción de este movimiento, aumenta también la capacidad de influencia local de los distintos partidos.

Por otro lado, además de estos cambios de orientación y organización en el interior de los partidos comunistas, está el cambio de orientación más global que se plantea a partir de la Conferencia de 1969, la cual se realiza profundamente influida por los acontecimientos de 1968 en Francia. Es así que en esta conferencia se establece una posición clara de lucha por objetivos socialistas inmediatos y se aprueba la formación de frentes políticos que unifican a las fuerzas de izquierda en torno de objetivos socialistas y democráticos, tal como se dio en Chile en 1969, llevando a la formación del gobierno de la Unidad Popular en 1970⁶³.

Más tarde, en Francia se rompe claramente con la estrategia defensiva de apoyo crítico a sectores de la burguesía para producir una unidad de los partidos obreros en torno de un programa democrático con objetivos socialistas definidos. De esta manera empieza a desmoronarse la tesis de la vía “no capitalista”, que servía de base a una política confusa y capitulacionista en los países dependientes, y defensiva y anodina en los países dominantes. Al

63. “En correspondencia con la línea de la Conferencia Internacional de 1969, los partidos comunistas promovieron varias importantes propuestas dirigidas a elaborar la forma de la colaboración de las acciones mancomunadas con los que de verdad están dispuestos a luchar contra el imperialismo, por la paz, por los intereses de los trabajadores. Además, los comunistas parten de que en el seno del movimiento obrero existen dos tendencias políticas independientes, cuya unificación permitirá a la clase obrera cumplir con su misión histórico-mundial (...) Los comunistas han señalado reiteradas veces que las acciones mancomunadas suponen la cooperación en la lucha, tanto por el poder como por la construcción del socialismo, existiendo con autonomía, claro está, ambos partidos de la clase obrera”. “Comunistas y socialdemócratas: perspectivas de colaboración”, *Socialismo: Teoría y Práctica*, Moscú, diciembre, 1973, Nº 5.

contrario, se empiezan más o menos tímidamente a desarrollar concepciones que plantean una política ofensiva en Europa.

Estos cambios estratégicos se han reflejado no solamente en la alianza popular en Francia, sino que han contado con otras múltiples expresiones. Así por ejemplo, en la Conferencia de partidos comunistas y obreros de países capitalistas de Europa, realizada en Bruselas en enero de 1974, se ha buscado unificar una política de utilización de la recesión capitalista que ya entonces despuntaba.

El documento de conclusiones de este evento⁶⁴ señala la existencia de una “profunda crisis que afecta hoy todos los dominios de la vida de los países capitalistas de Europa. La crisis general del imperialismo hace aún más evidente para los trabajadores la necesidad de transformaciones sociales y políticas”. Se habla así de una “nueva situación”, la cual además de permitir el avance de los países socialistas y del movimiento comunista, obrero y de liberación nacional, “evidencia la incapacidad del capitalismo para dar a los acontecimientos y a los grandes problemas que se plantean a la sociedad una respuesta que corresponda a sus intereses”.

Contrariando tendencias anteriores a insistir solamente en objetivos inmediatos de carácter puramente democrático, la Declaración dice textualmente:

El socialismo es cada día más una exigencia objetiva del progreso en todas las esferas de la vida, en interés del desarrollo de las naciones y en aras del porvenir del mundo. [...] La experiencia de la historia atestigua que sólo el socialismo puede dar respuesta radical a los problemas fundamentales que afrontan las masas populares en los países capitalistas.

De esta manera, los partidos comunistas de los países capitalistas europeos no solo constatan una importante crisis del sistema, sino que llaman a una ofensiva que tiene por objetivo avanzar hacia el socialismo en unión con los socialistas, socialdemócratas, los cristianos y “todas las fuerzas antifascistas y progresistas”.

64. “Conferencia de partidos comunistas y obreros de países capitalistas de Europa”, *Revista Internacional*, marzo de 1974.

Asimismo, el 22 y 23 de enero de 1974 se produjo una reunión de secretarios de comités centrales de los partidos comunistas y obreros de países socialistas que se abocó fundamentalmente a las cuestiones ligadas al refuerzo de la organización partidaria y a la educación de los cuadros.

Estas reuniones fueron seguidas por otras. La principal fue la de Varsovia el mes de octubre de 1974, que tuvo por objeto preparar la reunión internacional de partidos comunistas europeos que se realizó en 1976—con excepción de Albania— y más adelante una reunión internacional, con exclusión de China.

Las declaraciones sobre la crisis del capitalismo y la necesidad de una ofensiva popular provocaron reacciones desfavorables en sectores de la socialdemocracia. Willy Brandt, por ejemplo, protestó por tales conclusiones que, según él, perjudicaban una política de entendimiento entre Este y Oeste.

La unidad de las fuerzas de izquierda, la elaboración de un programa común y el acuerdo para acciones concertadas, la unidad sindical de los trabajadores son factores que asustan evidentemente a la clase dominante. Por eso, se ha iniciado una sutil y a veces abierta campaña para separar a esas dos grandes fuerzas obreras. Sin embargo, hasta el momento se ha hecho muy difícil romper esa alianza que nace de los más profundos anhelos de las masas populares.

Es así que, a pesar de los intentos para quebrarla, la alianza del Partido Comunista Francés con el Partido Socialista continúa firme. En Italia, el Partido Socialista se ha aproximado al Partido Comunista y la Democracia Cristiana continúa bajo la fuerte presión de la alternativa del “compromiso histórico”. En varios municipios italianos se han producido alianzas Partido Comunista (PC)-Partido Socialista (PS)-Democracia Cristiana (DC).

Es particularmente en el movimiento obrero donde se asiste a un proceso de unificación que augura importantes avances políticos. En Italia actúan en alianza las centrales obreras (PC, PS, DC). Esta misma unidad se observa en Francia. En Inglaterra, los comunistas han adquirido peso en la lucha sindical, en los países nórdicos hay importantes intentos de colaboración, en Asia también se bosquejan alianzas de trabajadores en Japón y Sri Lanka, entre otros países.

3. ANTECEDENTES DE LA UNIDAD COMUNISTA-SOCIALISTA

Este movimiento unificador tiene sus raíces en la crisis económica que lanza a la clase obrera a la defensiva. Su experiencia política demuestra la necesidad de defenderse en momentos en que el desempleo y la miseria amenazan con desintegrar a la clase.

Los movimientos de división y reunificación entre la Segunda y Tercera Internacionales fueron permanentes desde 1919 cuando se creó la Tercera Internacional. La fuerte división ideológica y estratégica se atenuó en parte en 1921 cuando el Partido Comunista soviético adoptó la Nueva Política Económica (NEP) como política económica y el frente único como estrategia internacional. Por iniciativa de los socialistas independientes, que componían la II y ½ Internacional y con el fuerte apoyo del Komintern se intentó una reunificación que encontró su principal resistencia en la Segunda Internacional.

Entre 1927 y 1933, durante la política de socialización forzada del campo en la URSS y la estrategia del tercer período en el Komintern, se profundizaron otra vez las divergencias hasta la victoria del nazismo en Alemania. A partir de entonces, entre 1934 y 1939, se produjo un nuevo período de convergencias en torno de los frentes populares, mientras en la URSS se establecía la Constitución liberal de 1935. El fracaso de los frentes populares, particularmente en España y Francia, llevó a Stalin a realizar el acuerdo con Hitler que produjo una nueva división con los socialistas y socialdemócratas, además de fuertes resistencias en los propios partidos comunistas.

En 1941, con la invasión nazi de la URSS, se restablecieron las bases de unificación entre comunistas, socialistas, socialdemócratas, cristianos y hasta liberales conservadores en torno de la Resistencia y de la gestión administrativa de los aliados terminada la guerra. Esta alianza llegó a conformar varios gobiernos.

Pero, a partir de 1946, empieza a quebrarse públicamente la política de los “aliados”, siendo reemplazada por el período de “Guerra Fría”. Sobre todo a partir de 1947, la persecución anticomunista en Occidente cuenta con el apoyo o la omisión de la socialdemocracia y se produce una fuerte división que persiste hasta el fin de la guerra de Corea, el establecimiento de los acuerdos de Ginebra en 1954 y, por fin, el comienzo de la coexistencia pacífica y posteriormente de la política de “distensión”.

En este nuevo período, las reaproximaciones entre los partidos comunistas, socialistas y socialdemócratas se fueron desarrollando poco a poco, rompiendo viejas enemistades y diferencias ideológicas. Asimismo, en los medios cristianos se fue abriendo un diálogo con los marxistas que vino a romper muchos obstáculos a la convergencia política.

En fin, la aparición de las distintas facciones de la llamada izquierda revolucionaria en los años 60 (maoísmo, guevarismo, renacimiento del trotskismo, otras facciones marxistas, anarquistas, etc.) produjo una diferenciación muy grande del marxismo que se venía a sumar a la oposición yugoslava de los años 1947-56.

No corresponde analizar aquí en detalle estos ciclos de unificación y diferenciación de las distintas fuerzas y corrientes ideológicas del movimiento obrero y popular. Es necesario anotar, sin embargo, que los momentos de dispersión tienden a conducir a nuevas unificaciones posteriores y viceversa. El analista político debe, pues, saber sobreponerse a las diferencias circunstanciales para poder prever el curso de los acontecimientos. Como vimos, instintivamente, los trabajadores de distintos sectores y actividades (manuales, servicios, técnicos, etc.), de distintos niveles de ingreso e ideologías, se ven en la necesidad de unificar su acción cuando están amenazadas las conquistas que lograron realizar más fácilmente en los momentos de ascenso económico del capitalismo.

En esas coyunturas hay también la tendencia hacia una mayor combatividad y radicalización de las demandas de los asalariados en general, lo que provoca un aislamiento relativo de los sectores pequeñoburgueses.

Unificación y radicalización del movimiento obrero son dos tendencias típicas de las crisis económicas, por lo menos en su etapa inicial, pues los momentos más bajos de la depresión, con el desempleo y la miseria reinante, tienden a causar una gran confusión en las bases, a acentuar el individualismo, la rebeldía y consecuentemente el anarquismo bajo sus más distintas formas. Si las fuerzas populares saben aprovechar estas tendencias para crear un fuerte movimiento revolucionario, la situación puede ser resuelta en favor de una transformación radical de la sociedad; solo entonces podrán los partidos comunistas, socialistas, socialdemócratas y socialcristianos de izquierda producir una transformación sustancial del capitalismo que abra camino hacia su total destrucción.

Históricamente, otras situaciones de este tipo no han llevado a transformaciones revolucionarias. Lo normal es que, conquistada una situación democrática como base de la acción de estas fuerzas, se produzca una fuerte confrontación entre ellas sobre la forma de resolver los problemas económicos que dieron origen a su unificación, sin ofrecer solución, pues las únicas soluciones para las crisis capitalistas son: o incrementar la intervención estatal sobre los precios, las ganancias y la propiedad privada de los medios de producción, al punto de anular las leyes del mercado e iniciar así una nueva economía socialista; o rebajar los salarios, restablecer las ganancias, restringir la intervención estatal hasta recuperar plenamente las condiciones para una alta tasa de ganancias y, por lo tanto, de inversiones. El proceso termina, pues, en una fuerte tendencia a la confrontación entre el movimiento obrero y el patronal en general. Los desempleados, los pequeños burgueses arruinados, los campesinos en bancarrota forman una enorme masa oscilante y radicalizada hacia soluciones extremas de derecha o de izquierda. Las articulaciones centristas tienden a ser rotas en estas circunstancias.

Todo indica, por lo tanto, que una política de acción unitaria que se quede en los aspectos defensivos frente al gran capital y la amenaza fascista, tendería a ser sumergida por los acontecimientos.

En nuestra época existe, sin embargo, un factor nuevo que puede pesar mucho en el rumbo de los acontecimientos. Se trata de la existencia de un gran número de países socialistas y particularmente de una potencia mundial socialista que es la URSS. Este factor pesó enormemente en la lucha en contra del nazismo alemán. ¿Podrá representar una barrera decisiva al avance del fascismo y dar un aliento ofensivo a estos frentes populares que, como vimos, tienden a ser esencialmente defensivos?

4. LA URSS COMO POTENCIA Y LAS PERSPECTIVAS MILITARES

La Unión Soviética viene ejerciendo un creciente rol militar, económico y político en escala internacional, cuya relevancia se hace necesario analizar. En los últimos diez años, la URSS sufrió un proceso de transformación que la llevó, de ser una potencia esencialmente asiática, que poseía importantes vínculos con Europa central, a convertirse en un país que tiene decisivas relaciones económicas con toda Europa, Estados Unidos, Asia, África y América

Latina, y que logra además realizar una conferencia de seguridad conjunta de toda Europa. A pesar de que haya perdido su amistad con China, ganó importante influencia sobre India y estableció decisivos vínculos con los movimientos de liberación del sudeste asiático; además de convertirse en el más próximo aliado de Cuba socialista, abrió un comercio activo con todos los países de América Latina y África.

Pero fue en Medio Oriente donde logró su más espectacular penetración en la última década, al punto de convertirse de un país sin mayor presencia en la región, en la fuerza decisiva de apoyo de los árabes en contra del imperialismo norteamericano. Si resaltamos la importancia estratégica de esta región, sea por el petróleo, sea por sus vínculos con el Mediterráneo, podemos comprender lo que esto significa en la correlación de fuerzas mundial. Más recientemente, a raíz de la crisis de Chipre y la caída de las dictaduras griega y portuguesa, la Unión Soviética se ha transformado en una importante potencia mediterránea. Con la intervención de las Naciones Unidas en la cuestión chipriota y el reforzamiento de sus vínculos con Grecia, sin alterar sus relaciones con Turquía, la Unión Soviética ha logrado un paso importante en el sentido de disminuir el peso de la OTAN en el Mediterráneo.

Es necesario considerar también la importancia económica creciente de la URSS, sea como productora o como compradora, particularmente en el momento actual, en el cual la recesión económica en los países capitalistas dominantes disminuye su capacidad productiva y aumenta su dependencia de los mercados internacionales. Por esto es muy importante analizar los posibles efectos de una acentuación del comercio entre los países capitalistas y socialistas.

Conocemos las limitaciones que representa la economía liberal para establecer un comercio intensivo con los países socialistas. Solamente con una fuerte centralización del comercio exterior y un avance enorme de la intervención estatal en la economía pueden los países capitalistas, inclusive Estados Unidos, establecer negociaciones en la escala que exigen tanto las dimensiones de la crisis como la creciente demanda de las economías socialistas.

Los sectores más conscientes de la burguesía norteamericana, europea y japonesa han entendido la importancia de estas relaciones económicas para la supervivencia de la economía capitalista. La Unión Soviética no solo

representa un importante mercado para la industria de maquinarias y los productos agrícolas, sino que, al mismo tiempo, significa una importante fuente de materias primas (como el gas de Siberia, el petróleo, etc.).

En una época de escasez relativa de materias primas como serán los últimos años del siglo, sería imprescindible para el sistema capitalista poder contar con ellas pacíficamente, pues parece imposible una alternativa de fuerza. Pero esto implica necesariamente una política de concesiones de la burguesía que le permita controlar a la oposición obrera en sus países, sin llegar a un enfrentamiento que podría culminar en su propia destrucción. La burguesía inglesa y la alemana han tenido la experiencia de gobiernos reformistas que terminaron devolviéndoles el poder. En los países nórdicos fue posible encontrar un acuerdo con la socialdemocracia en el poder por largos años, sin destruir el capitalismo. La burguesía puede soportar, por lo tanto, un cierto grado de reformismo obrero y pequeñoburgués sin destruirse como clase.

Sin embargo, no pretende aceptarlo como una situación definitiva y, además, ¿quién le puede asegurar que los límites de tales transformaciones quedarán en los marcos que garanticen su supervivencia? Desde este punto de vista general, parece que la presencia creciente de la URSS como fuerza económica en escala internacional puede convertirse en un factor de cierto refuerzo para una política de centro-izquierda, pero dentro de un equilibrio de fuerzas demasiado delicado.

Se hace necesario, sin embargo, penetrar un poco más en el análisis de la sociedad soviética para comprender en qué sentido se tiende a utilizar este poder económico creciente que destacamos en los párrafos anteriores.

Cuando analizamos a la URSS, y a los países socialistas bajo su influencia, hay que adoptar una posición dialéctica para comprender el proceso de evolución interno que sufren. Desgraciadamente hay una tendencia a apreciar tales sociedades desde un punto de vista extremadamente estático, influido por ciertas posiciones doctrinarias e ideológicas, lo que se puede comprender por el profundo impacto que representa el surgimiento del socialismo en el mundo. Con todas las contradicciones internas que encierra el surgimiento de un nuevo modo de producción, se crea necesariamente un conflicto entre el proceso real de su desarrollo y las posiciones idealistas y utópicas sobre la edificación del socialismo elaboradas en la mente de la pequeña burguesía intelectual. Es necesario, por lo tanto, adoptar una actitud científica frente al

problema y entender la sociedad y la política del bloque socialista como parte de un proceso histórico económico-social.

Para comprender la posición política de la Unión Soviética en el mundo contemporáneo es absolutamente indispensable tomar en consideración los cambios económico-sociales que se han producido en este país, sobre todo desde la posguerra. Hasta entonces la Unión Soviética se planteaba la necesidad de realizar la reconstrucción como la tarea principal de la sociedad soviética. Por esa razón, entre los años de 1946 y 1954, se fue consolidando una orientación (que posteriormente quedó identificada como “estalinista”) según la cual se deberían retomar, en gran parte, los planteamientos de los años 1927-34 que llevaron a Stalin al poder. Estos planteamientos fueron resumidos por el propio Stalin en la socialización forzada de la agricultura, la creación de una industria de base, la defensa del Estado socialista y la planificación. Sobre las bases de estos principios se postuló un intento de establecer un modelo común de desarrollo en los países que componían las repúblicas populares. Este modelo se apoyaba en la idea de una inevitable acumulación primitiva socialista, según las normas en que se realizó en la Unión Soviética. En este período se debería restringir el consumo del campesinado y también en buena medida de las masas obreras, para desarrollar una industria pesada que estableciese no solo las bases de un crecimiento económico posterior, sino también de una industria militar que asegurase la defensa del nuevo sistema socioeconómico naciente de la fuerte agresión internacional. Este peligro exterior era una realidad evidente, y obligaba a esos países a buscar su autosuficiencia económica, la cual resultaba en un alto costo social, indispensable para poder enfrentar las amenazas externas sin pasar por concesiones de orden estructural que afectasen el carácter socialista de la sociedad.

Es verdad que en esa situación también se produjo un abismo bastante profundo entre los partidos comunistas y los partidos socialdemócratas, lo que provocó un sismo en el movimiento obrero internacional e indudablemente ayudó a fortalecer en los partidos socialdemócratas tendencias anti-comunistas y propcapitalistas que debilitaron enormemente la base ideológica del movimiento obrero y facilitaron el control del imperialismo en escala internacional sobre los trabajadores. Ese control se apoyaba también indudablemente en una base material que era el crecimiento económico del producto bruto por un largo período. De esta manera, los países socialistas tenían

muy poco que mostrar a un proletariado europeo, japonés y norteamericano que aumentaba un patrón de consumo, mientras ellos aumentaban sus tasas de inversión en industria básica, manteniendo el consumo de masas en un nivel bajo, identificado con lo que se llamaba “pobreza decente”, acentuando los gastos en educación, salud y servicios sociales para compensar la escasez de otros productos básicos.

Es natural, por lo tanto, que un período de este tipo acentuase el provincianismo, el subjetivismo, el doctrinarismo formal y la ausencia de información y de democracia política.

Pero, como consecuencia de estos factores, la economía soviética y de las repúblicas populares fue cambiando progresivamente de calidad. A largo plazo, estos aparentes sacrificios mostrarían sus resultados. La sociedad soviética, como consecuencia de un proceso de industrialización, volcado hacia el consumo horizontal (es decir, un consumo generalizado, sin grandes diferenciaciones de nivel) y de la gran atención dada a la educación y a ciertos servicios sociales básicos, se transformó fundamentalmente en una sociedad industrial urbana muy moderna e igualitaria. El sector agrícola fue perdiendo su peso económico y la población agrícola disminuyó también sustancialmente⁶⁵.

Se pudo evidenciar un fuerte crecimiento de la economía urbana, al punto de convertirse en el principal sector de la población.

En los últimos años se completó también el proceso de integración de las nacionalidades, tan diferenciadas entre sí en la sociedad soviética, aboliendo buena parte de las fuertes diferencias regionales.

Por otro lado, el amplio crecimiento de los técnicos e intelectuales ha cambiado significativamente el carácter de la sociedad, produciendo una mayor complejidad del aparato social.

Desde el punto de vista interno, se puede decir que en los últimos diez años se completó el proceso de conversión de la Unión Soviética en un país

65. Es necesario señalar sin embargo que, cuando pensamos en términos de población agrícola en la Unión Soviética, debemos tomar en consideración que el mundo rural de este país es mucho más complejo que el mundo rural capitalista moderno. No se produjo la especialización tan grande de la actividad agrícola que se combina con actividades de servicio o aun industriales de tipo moderno. No se trata de revivir la vieja agricultura precapitalista, sino de crear una integración mayor entre la producción propiamente agrícola, la industrial y los servicios. Por esta razón, permanece en el campo una parte muy importante de la población, no solamente dedicada a la actividad agrícola.

moderno, superando definitivamente todos los resabios de la vieja sociedad zarista.

Desde el punto de vista internacional, la Unión Soviética ha dejado de ser una potencia media como era a principios de siglo; ha dejado también de ser solamente una importante potencia asiático-europea, como durante el período de la Segunda Guerra Mundial, e incluso ha dejado de ser principalmente una potencia en crecimiento y de rápida recuperación como en la posguerra, para convertirse en la segunda potencia del mundo.

Es verdad que el ingreso nacional de la Unión Soviética corresponde todavía a cerca de la mitad del ingreso nacional de Estados Unidos. Pero hay que señalar que el ingreso nacional de la Unión Soviética no contabiliza los servicios, los cuales representan cerca del 50% del ingreso norteamericano. Es muy difícil realizar los cálculos sobre el sector de servicios en la Unión Soviética, pero se puede considerar que simboliza un aspecto muy significativo de las actividades económicas. Y a pesar de que buena parte de ellos no son pagados, se podría calcular que una eventual contabilidad de los mismos significaría un importante aumento del volumen del ingreso nacional. Esto lo revela el intento de análisis del potencial social en la Unión Soviética tratado en un artículo de la revista *Economie et Humanisme*, publicado en febrero de 1974 y cuyo autor es Henri Chambre. Aunque, desde el punto de vista del ingreso nacional, la Unión Soviética no compite tan directamente con la economía norteamericana (país cuyo ingreso nacional representa cerca de 4 veces el ingreso de Japón y el de Alemania, y cerca de 5 veces el ingreso del Reino Unido), se aproxima mucho a ella en lo que respecta a los volúmenes de producción física. Es el caso, por ejemplo, de la producción de acero, que representa indudablemente un papel muy significativo en la economía contemporánea, y de la industria militar, que tiene un papel estratégico determinante.

Habría que hacer algunas consideraciones sobre el equilibrio militar, sopesado desde el punto de vista productivo. En las conversaciones que llevaron a la firma del acuerdo Strategic Arms Limitation Talks I (SALT I) en 1972, se reconocía una superioridad de explosivos de la Unión Soviética de 3 por 1 sobre Estados Unidos. La superioridad norteamericana se manifestaba en el número de cohetes individuales. Posteriormente, en 1973, la Unión Soviética construyó 4 nuevos tipos de misiles, 3 de los cuales se igualaban

a los modelos más avanzados norteamericanos, lo que le permitía combinar su superioridad de poder destructivo con una mejor coherencia y mayor precisión.

Estos cambios provocaron la necesidad de un nuevo ciclo de discusiones, pues, en el mismo período, Estados Unidos elaboró un nuevo nivel de cohetes que, según se cree, serían capaces de destruir gran parte de los misiles soviéticos aun en tierra. El paso de los Multiple Independent Reentry Vehicle (MIRV) a los Manueverable Reentry Vehicle (MARV) significa, sin embargo, un volumen de gastos extremadamente alto para Estados Unidos, en un momento de crisis económica tan grave. De parte de la Unión Soviética, estos gastos son también muy altos y perjudican un programa de ampliación del consumo. Podemos concluir, pues, que desde un punto de vista militar general, sea de la capacidad productiva o de avance técnico, hay una situación de relativo equilibrio. Es necesario señalar también que en el campo naval, la Unión Soviética logró importantes avances en los últimos años. Estos avances se expresaron tanto en lo que respecta al poder relativo de sus fuerzas navales como con relación a la extensión de su área de operación. En lo que respecta al poder operativo hay una corriente del Pentágono que intenta probar que en este momento la Unión Soviética dispone de una superioridad relativa⁶⁶. Sus datos deben ser examinados con cierto cuidado, pues parten de una serie de presunciones no comprobadas y buscan indudablemente favorecer una política de mayores gastos navales.

Pero, de cualquier manera, podemos aceptar que hay un significativo equilibrio de fuerza. El indudable avance del poder naval soviético se combina con la ampliación de su radio de acción. La entrada de los navíos soviéticos en el Mediterráneo y en el océano Índico ha cambiado profundamente las condiciones de la estrategia militar internacional.

La esencia de la estrategia de la Unión Soviética es la de restringir el área de acción de la Marina norteamericana, que es indudablemente uno de los

66. Schlesinger sostiene en parte este punto de vista al afirmar: “El punto que preocupa a nuestra estrategia naval es el siguiente: el mundo libre es dependiente de las comunicaciones marítimas. Si los soviéticos son capaces de impedirnos el uso de los mares, sería un desastre. En consecuencia, no se puede pensar solamente en términos de quién es el más fuerte, sino en términos de la siguiente cuestión: ¿tendrá Occidente suficiente poder naval para seguir usando los mares en vez de verse impedido a usarlos?”.

puntos de apoyo más importantes para los regímenes pronorteamericanos en el Mediterráneo y en Asia, así como un punto desde donde sus submarinos pueden atacar a la URSS. El almirante Smith Roart hizo la siguiente declaración al Congreso: “La capacidad de la Unión Soviética de impedir el acceso a las vías marítimas, lo cual es su principal objetivo, es mayor que nuestra capacidad de mantener abiertas estas vías marítimas, lo cual es nuestro objetivo”⁶⁷. La apertura del Canal de Suez aumentará las posibilidades de la Unión Soviética de presionar por la retirada de la potencia naval norteamericana del golfo Pérsico y de esta manera la consigna de la transformación del Mediterráneo en un área de paz se hace cada vez más concreta.

Esto se hizo aún más evidente como resultado de la crisis en Chipre. En esa oportunidad la Unión Soviética logró aprovecharse de su presencia militar en el Mediterráneo, de las debilidades estratégicas norteamericanas y de las aventuras derechistas de sus aliados, para aislar políticamente la acción imperialista en la región, favoreciendo así el restablecimiento de la democracia en Grecia y logrando imponer la tesis de la intervención de las Naciones Unidas en la región. Una región que estaba bajo el absoluto control de la OTAN pasa a tener su destino, dependiente de la discusión de las Naciones Unidas, particularmente del Consejo de Seguridad, donde la Unión Soviética y China tienen un peso decisivo. Esto podría ser, por lo tanto, un primer paso en el sentido de transformar el Mediterráneo en una zona de paz. Alcanzar este objetivo abriría camino indudablemente a cambios muy significativos en toda esa región y favorecería enormemente el avance de las fuerzas populares.

El fortalecimiento del poder militar soviético también se refleja en su aproximación con India e, indudablemente, en la zona del Medio Oriente, donde también ha demostrado una gran habilidad al convertirse en el único apoyo efectivo con que cuentan los árabes para enfrentarse a las constantes agresiones israelíes.

El caso de India es más complejo. Desde fines de la década de los 50, la URSS ha propiciado un fuerte armamento de ese país en vista de las constantes dificultades fronterizas con China. Al finalizar la década de los 60, la

67. En una declaración a los periodistas citada en un artículo de Michael T. Klare sobre la estrategia naval de Estados Unidos después de Vietnam, publicado en *Le Monde Diplomatique*, en agosto de 1974.

Unión Soviética cosechó el fruto de su ayuda y los barcos soviéticos entraron en el océano Índico. El precio que pagó fue, entre otras razones, el distanciamiento de China y una constante hostilidad de su Partido Comunista hacia los gobiernos indio y soviético.

Además de esta fuerza creciente en el mundo asiático, la Unión Soviética logró también una importante influencia en partes del mundo occidental, antes absolutamente controladas por Estados Unidos. Es el caso de América Latina donde, después de un intento de instalación de cohetes en Cuba, que quebraba muy fuertemente el equilibrio militar internacional, pudo retroceder, a cambio del compromiso de Estados Unidos de permitir la supervivencia de Cuba socialista. Indudablemente, la Unión Soviética ha profundizado sus relaciones con el ejército cubano y dispone de una mayor posibilidad de vínculo militar en América Latina en los últimos años.

Posteriormente, la Unión Soviética amplió sus relaciones con el gobierno de la Unidad Popular en Chile, a pesar de que no se estableció ningún convenio militar. En 1974, la URSS abrió un camino nuevo de relaciones con Perú al venderle armas. Esto demuestra que la Unión Soviética se siente autorizada a una ofensiva mayor en la región, frente a la política de enfrentamiento que Estados Unidos adoptó al apoyar y organizar el golpe militar chileno. Todo esto nos demuestra que la capacidad militar soviética ha aumentado sustancialmente, adquiriendo una gran flexibilidad, extensión, poder y calidad. Hay que señalar también la creciente influencia de la URSS en los países africanos recién liberados.

No hay duda, por lo tanto, de que la URSS logró superar el cerco militar que le tendieron Estados Unidos y sus aliados después de la Segunda Guerra Mundial. El primer país socialista logró romper en 1950 el monopolio atómico de Estados Unidos, imponer un cierto equilibrio defensivo en la década del 50, para lograr al fin de los años 60 un equilibrio real y hasta una superioridad relativa en varios aspectos. Se va ampliando su área de acción y se va produciendo en consecuencia una nueva colaboración de sus fuerzas militares con los movimientos de liberación nacional.

Pero la culminación de la quiebra del cerco imperialista se encuentra en el Atlántico Norte. Es necesario señalar los problemas internos que vive la OTAN en el actual período, los cuales se relacionan con el intento soviético en 1970 de producir su debilitamiento a través de la realización de la Con-

ferencia Europea de Seguridad y Cooperación. Esta Conferencia se presentaba en el primer momento como una reunión exclusivamente europea y parecía romper definitivamente el predominio militar pronorteamericano en Europa.

Para impedir esa reunión sin su presencia activa, Estados Unidos realizó importantes maniobras. La más significativa fue el restablecimiento de relaciones con China, abriendo así un frente oriental muy desfavorable para la URSS. El Partido Comunista y el gobierno soviético se dispusieron de inmediato a aceptar que la conferencia fuera precedida de negociaciones con Estados Unidos, aceptando así conservar la hegemonía norteamericana sobre los países capitalistas europeos y restringiendo automáticamente los objetivos de la conferencia. Estas reuniones, que continúan realizándose, representan a largo plazo el inicio de la desarticulación de la unidad militar capitalista; tienen que ver también con el ascenso del movimiento popular europeo y con la influencia ascendente de la socialdemocracia en la política europea, particularmente con el desarrollo de sus sectores de izquierda.

La victoria militar del Movimiento para la Liberación de Angola (MPLA), apoyado por las tropas cubanas en Angola, cambió sustancialmente el equilibrio político y militar del Atlántico Sur y permite al socialismo representar un papel preponderante en África del Sur.

Todo eso nos lleva, por lo tanto, a establecer un cuadro económico, político y militar nuevo en la vida internacional. Los países socialistas, en alianza con el movimiento obrero y de liberación nacional, se convierten en las fuerzas determinantes de la historia universal. El imperialismo, que había pasado a la defensiva estratégica desde 1917, pasa también a la defensiva en el plano táctico desde 1967. Las victorias parciales que logró entre mediados de 1971 y 1973 y en 1976, fueron tan limitadas que llevan a un desgaste aun mayor de sus fuerzas.

Es preciso señalar también el alcance que tiene la ampliación de las relaciones comerciales y culturales de la URSS con los países europeos, a través de importantes convenios bilaterales, encuentros con gobernantes, reuniones y congresos científicos. La quiebra del bloqueo antisoviético establecido por la Guerra Fría ha sido un proceso lento pero cada vez más irreversible. Asimismo ese proceso se hace universal alcanzando a América, África, Asia y Australia.

Esta nueva situación tiene también un importante reflejo en el campo cultural. Al abrirse hacia partes cada vez más amplias del mundo, se van creando las condiciones para romper el provincianismo, el subjetivismo y el dogmatismo en el pensamiento soviético.

Al mismo tiempo, el desarrollo de la ciencia y la técnica en la sociedad soviética actual, que tiende a proyectarla hacia el liderazgo mundial en ese campo, se ve ampliado por sus posibilidades crecientes de comprar técnicas a los países capitalistas, ahorrándose así el engorroso contratiempo que, durante el período de aislamiento y Guerra Fría, representaba el tener que rehacer la tecnología ya descubierta y operante.

La adopción de los productos más modernos de consumo, aumenta también el ritmo de la vida soviética y la capacidad de su pueblo de asumir un papel de liderazgo mundial. Su prensa se hace más ágil y más informativa, sus conocimientos directos del mundo son mayores con el desarrollo del turismo.

Se quiebra, por lo tanto, esta “cortina de hierro” que estableció el mundo capitalista en torno a la Unión Soviética (para plantear posteriormente que fue ese país socialista quien la creó), lo que favorece indudablemente una mayor democracia política interna.

Hay, sin embargo, una discusión bastante aguda sobre los resultados de esta apertura económica. Para muchos, ella representa un peligro ideológico para los países socialistas. Esta tesis es un subproducto del aislamiento político económico y cultural en que vivieron la URSS y los demás países socialistas por un largo período. No hace más que reforzar la concepción del socialismo en un solo bloque, en detrimento de su carácter universal y revolucionario. Asimismo, no aprecia suficientemente el grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas, la tecnología y la ciencia en la URSS, que le aseguran un nivel de relaciones de igualdad y hasta de superioridad en ciertos aspectos y no de inferioridad como en el pasado, debido al atraso relativo del cual partió la construcción socialista en la URSS.

Al prevalecer la tesis aislacionista, se hace evidente el refuerzo al militarismo, al sectarismo y al burocratismo en los países socialistas y a las fuerzas anticomunistas y fascistas en las naciones capitalistas. El enfrentamiento entre esas concepciones distintas dentro de la URSS no ha tenido aún desenlace. Hasta el momento se ha producido una resultante intermedia entre esas

concepciones e intereses concretos. Es indudable que el bloque de fuerzas favorable a una mayor apertura (obreros calificados, técnicos, científicos e intelectuales) se ve siempre disminuido en su influencia por el constante apoyo del capitalismo a la violencia fascista y a la amenaza militar, al que se suma el constante fracaso político de los movimientos socialprogresistas de Occidente.

Esas fuerzas liberales agitan banderas muy populares en los países socialistas como la baja de los gastos militares; la elevación del consumo y la calidad de los productos; mayor libertad política, cultural y de información. En un momento en que el salto cualitativo de los gastos de guerra tiende a elevar hasta 5 veces los gastos anteriores al adoptarse los nuevos cohetes MIRV y MARV, se puede comprender lo que representaría para la humanidad la posibilidad de un real acuerdo de desarme y distensión internacional.

¿Podría la URSS conciliar una preparación bélica para contrarrestar las amenazas imperialistas con una ampliación interna del consumo y un mayor liberalismo político?

Para responder a esta pregunta es necesario acordarse que el ingreso nacional de la Unión Soviética continúa siendo muy inferior al norteamericano. Su tasa de inversión es muy elevada, pero para alcanzarla tuvo que producirse una importante restricción al consumo de masas en los años 50. Pero, en los años 60, la presión del consumo de masas se ha agigantado y se hace casi imposible contenerla. En tales circunstancias la ampliación del consumo de masas se plantea como una necesidad social. Pero, en las condiciones del ingreso nacional soviético, habría que sacrificar parte de los gastos militares para producir esta elevación masiva del consumo.

Como vimos, la discusión en torno a ese problema se hace cada vez más aguda, puesto que un sector de la dirección del Partido Comunista de la Unión Soviética se ve de cierta forma alentado por las facilidades internas que crearía la posibilidad de un arreglo en escala internacional que permitiese una restricción significativa de los gastos militares. El otro sector se mantiene en la posición que afirma que el imperialismo no ha perdido de ninguna manera su carácter militarista y agresivo ni ha abandonado su objetivo de destrucción del bloque socialista. Por esa razón, hay que crear y garantizar una superioridad militar evidente sobre el capitalismo. Esta afirmación se fundamenta indudablemente en principios correctos, ratificados constantemente por los

acontecimientos. Cuando se ve en el cuadro de una política de distensión un golpe de Estado como el que sucedió en Chile, se revela la no aceptación por el imperialismo de una transformación socialista dentro de la legalidad; cuando se plantea una situación de enfrentamiento militar y posible generalización de la guerra en el Medio Oriente en 1973; cuando posteriormente en la crisis chipriota, Estados Unidos, a pesar de estar económicamente debilitado por la depresión iniciada a fines de 1973, no dejó de iniciar una aventura griega que le costó la supervivencia de la dictadura militar y la participación de Grecia en la OTAN; cuando al mismo tiempo no vaciló en apoyar una acción militar turca de ocupación que rebasó su objetivo inicial defensivo contra la dictadura griega y se transformó en una agresión militar contra la Grecia demócrata, cuando todo esto ocurre se hace muy evidente la presencia de la amenaza de guerra.

¿Se puede creer en la superación del carácter agresivo del imperialismo cuando frente a los efectos de la crisis general, al aumento del precio del petróleo, a la ofensiva liberadora en Vietnam, Laos y Camboya, al incremento de las posiciones nacionalistas en América Latina y a la actuación del bloque del Tercer Mundo en las Naciones Unidas, el gobierno norteamericano responde con la amenaza de invadir el Medio Oriente, de hacer pagar caro a los norvietnamitas, de terminar con la “dictadura de la mayoría” en la Organización de las Naciones Unidas (ONU), de restringir las compras de productos de países que se organicen en cárteles, etc.? Y, por el momento, no se advierte la posibilidad de una política menos agresiva, pues los liberales norteamericanos no solo no han logrado unificarse en torno de un programa común, sino que traen en su seno un ala anticomunista feroz que expresan Meany y Jackson.

Todo hace indicar, por lo tanto, que la carrera militar entre la Unión Soviética y Estados Unidos no se detendrá en un plazo inmediato. Por el contrario, tenderán a fortalecerse las tendencias a un gran enfrentamiento en escala internacional. Es importante señalar, sin embargo, que estas tendencias están contenidas al máximo posible, en la situación actual, por la acción de distintas fuerzas. En primer lugar, es evidente la catástrofe que produciría un enfrentamiento militar, aun cuando los estrategas norteamericanos insisten en la posibilidad de represalias atómicas limitadas y crecientes. En segundo lugar, es bastante evidente que la política de confrontación abierta

fortalecería a tendencias fascistas que dispusieron, según todo parece indicar, de cierta capacidad autónoma de movilización en casos como el de Chile y Chipre, las mismas que también en África del Sur y Rodesia actúan con gran holgura, e intentaron indudablemente movilizarse con mucha audacia en Angola y en Portugal. Una acción ultraderechista independiente e incontralada puede radicalizar situaciones en momentos poco propicios, lo que se revierte en detrimento del imperialismo. En tercer lugar, en la situación de aguda recesión que enfrenta el imperialismo, una confrontación militar le sería necesariamente desfavorable. Ya hemos visto que la capacidad de estímulo económico de la guerra actual es cada vez menor y sus costos cada vez mayores. El imperialismo tendrá que disminuir sus amenazas y convencerse de su debilidad. Pero para eso tiene que advertir claramente la disposición de lucha del otro lado y el precio que pretende cobrar por un enfrentamiento.

Se hace necesario resumir el camino del razonamiento que hemos desarrollado hasta el momento. Constatamos la existencia de una crisis económica capitalista que se inició en 1967, y que anuncia un largo período depresivo entrecortado por cortos períodos de recuperación económica. Vimos que esa crisis disminuye la capacidad del capitalismo de controlar ideológicamente a las masas. Después del evidente fracaso de los movimientos estudiantiles de la década del 60, resurge un radicalismo y una militancia obrera a partir de 1968. Sin capacidad para alcanzar una expresión autónoma, se expresa dentro de los partidos obreros tradicionales —comunistas, socialistas y socialdemócratas— provocando un brusco cambio en el espectro político internacional. A partir de 1968, el mundo occidental es gobernado fundamentalmente por la socialdemocracia. Experiencias más avanzadas de unidad entre comunistas y socialistas ganan gran fuerza política, y en Chile asumen su forma más pura, que termina con una derrota provisional frente a la derecha. En Portugal, a esta unidad se agrega un movimiento de militares democráticos que permite entregar todas las ex colonias portuguesas a los movimientos y partidos revolucionarios, provocando un súbito cambio en la correlación de fuerzas del África negra.

Adaptándose a la crisis en perspectiva, los partidos comunistas sustituyen el programa democrático y nacionalista, basado en un frente amplio que se impuso entre 1958 y 1967, por una nueva línea de lucha por el socialismo y la democracia sobre la base de un frente esencialmente de trabajadores.

La Unión Soviética y los países socialistas continúan con sus altas tasas de crecimiento económico, mientras la recesión domina al mundo capitalista. Asimismo, los barcos soviéticos ingresan en aguas antes exclusivamente norteamericanas como en el océano Índico y en el mar Mediterráneo. La coherencia soviética se iguala a la norteamericana y se habla hoy de una cercana superioridad en calidad y cantidad. La correlación de fuerzas mundial cambia sustancialmente al lado del socialismo y favorece la conservación de regímenes de centro-izquierda.

Sin embargo, ¿es ésta situación estable y reveladora de un proceso gradual y permanente de progreso? Según las tesis que hemos planteado, no es así. En primer lugar, la crisis capitalista tiene una salida a largo plazo que permitirá un nuevo período de acumulación de capital, cuyos fundamentos se encuentran en una nueva división internacional del trabajo, en un fortalecimiento del capitalismo de Estado en el plano nacional e internacional y en nuevos campos de inversión en la industria de protección al ambiente, en los servicios de bienestar, en el desarrollo del transporte de masas y del planeamiento urbano y regional.

Asimismo, durante los cortos períodos de recuperación dentro del ciclo depresivo, como ocurrió entre la segunda mitad de 1971 y el tercer trimestre de 1973 y en 1976, el imperialismo intentará nuevas acciones ofensivas buscando recuperar las posiciones perdidas. El caso de Chile fue el más evidente, pero hubo muchos otros golpes y “desestabilizaciones” en el período citado. El resultado de esos golpes son nuevos regímenes de fuerza con fuertes tendencias hacia el fascismo.

Debemos analizar, por lo tanto, el desarrollo del fascismo como movimiento y fuerza política en el seno de esta situación. Solo así podemos ir formando un cuadro coherente de la coyuntura internacional que deberá completarse, al final, con un balance de las vicisitudes de las nuevas fuerzas socialistas y revolucionarias, que se desarrollaron sobre todo en los años 60 y que se han dado en llamar nueva o ultraizquierda, izquierda revolucionaria o extraparlamentaria, para diferenciarse de los partidos socialdemócratas, socialistas y comunistas, considerados por ellas reformistas y tradicionales.

LA TENDENCIA A LA RADICALIZACIÓN: EL FASCISMO Y EL ULTRAIZQUIERDISMO

1. RENACIMIENTO DEL FASCISMO

El surgimiento histórico del fascismo en la década de 1920, está profundamente relacionado con la crisis general del capitalismo que se inició con la Primera Guerra Mundial y continuó hasta 1923. Entre 1924 y 1929 se produjo una recuperación económica bastante acentuada, pero fundada esencialmente en la especulación. Este fue el origen de la abrupta depresión de 1929 a 1933, la cual fue ligeramente superada entre 1933 y 1939. Al constatar, sin embargo, la ausencia de una nueva base de acumulación de capital, que permitiese remontar la producción alcanzada en 1929, el capitalismo debió recurrir a la guerra.

Fue en este contexto que se desarrolló el fascismo, ligado a tres aspectos:

a) La decadencia de la pequeña burguesía y su reacción desesperada por sobrevivir a la quiebra, a la proletarización y la cesantía.

b) El fortalecimiento del gran capital por medio de la concentración y centralización de la economía y, simultáneamente, su necesidad de apoyarse en la pequeña burguesía para salvar al capitalismo amenazado por el aumento de la militancia obrera y su radicalización política.

c) La necesidad de resolver la cuestión colonial, al asegurar y ampliar sus mercados en el exterior con objeto de garantizar una base para las nuevas etapas de concentración económica y de acumulación de capital, que permitirían superar la crisis general.

Estos tres aspectos se desarrollan en el contexto de la crisis general del capitalismo, pero también en el ascenso del movimiento socialista mundial. La base socioeconómica del fascismo siempre está en formación cuando

se acentúa la crisis del capitalismo sin que haya un movimiento de masas revolucionario, capaz de resolverla por medio de un régimen de producción superior. Los análisis que hemos hecho sobre la coyuntura actual nos revelan que estas condiciones tienden a producirse en nuestros días. No solamente hay que considerar que la crisis capitalista se presenta en la amplia magnitud que señalamos (sobre todo si consideramos que no hubo ninguna confrontación militar general en el período). Es necesario también señalar el hecho de que se produzca una crisis tan grave y prolongada, a pesar de todos los instrumentos de control que posee el Estado capitalista moderno; el hecho de que esta crisis asuma una forma tan drástica, sin que se pueda recurrir a la guerra para resolver los intereses en pugna; y el hecho de que se produzca en el contexto de una confrontación con el socialismo, basado en poderes nacionales muy fuertes. Estos datos muestran el carácter novedoso de la situación.

Asimismo, se han producido cambios importantes en la base social del fascismo: la pequeña burguesía. En la década de los 30 era ya una clase en decadencia, pero conservaba aún cierta autonomía relativa para generar iniciativas propias significativas. En la década del 70 ya se ha producido no solo una liquidación económica de gran parte de esa clase, sino que los sectores que aún se conservan son cada vez menos autónomos con relación al gran capital o al Estado. Los pequeños comerciantes se convirtieron en su mayoría en agentes vendedores de los productos de los monopolios y de las empresas y entidades estatales. Ya no disponen de un crédito propio ni de la capacidad de fijar precios, etc. Los pequeños industriales, por su parte, se transforman en simples “maquiladores” de las empresas monopólicas privadas o estatales. Finalmente, los campesinos no solo disminuyeron drásticamente de número (o, como en Estados Unidos, han casi desaparecido por completo), sino que los que aún restan dependen sobremanera de la fijación de precios realizada en el Mercado Común Europeo o en otros organismos internacionales.

La base social pequeñoburguesa del fascismo está, pues, bastante minimizada. Sin embargo, al mismo tiempo ha crecido potencialmente el sub o lumpenproletariado, que ha provisto de poderosas masas y fuerzas de choque al fascismo. El capitalismo norteamericano funciona normalmente con tasas del 4% de desempleo en condiciones de auge económico, y, como vimos, llegó a alcanzar el 9% en la depresión de 1974-75; Europa y Japón presentan tasas

menores por conservar todavía sectores tradicionales subempleados, pero en ciertas regiones hay concentraciones masivas de desempleados. Las masas de desempleados y subempleados en los países dependientes y subdesarrollados se han ampliado proporcionalmente y en números absolutos.

¿Podrán estas masas empobrecidas servir de soporte a un fascismo dirigido por los tecnócratas civiles o militares, que se han convertido en los factores directos de la empresa privada o estatal y del aparato burocrático en general? Este fascismo no podrá apoyarse en movilizaciones de masas sistemáticas, como su antecesor, ni en una fuerte organización de base. Tendrá que apoyarse fundamentalmente en el control de los medios de comunicación, en un terror esencialmente burocrático, en una ampliación de la maquinaria estatal hacia límites aún desconocidos. Deberá ser un monstruo con una cabeza enorme y un cuerpo raquítrico por su falta de base social.

Las experiencias de las dictaduras militares impuestas en las décadas de 1960 y 1970 serán su principal modelo. Países como Brasil, Grecia, Indonesia y en cierta forma Irán, sirven de modelo para las mentes exaltadas por la receptividad creciente que sus ideas encuentran en las élites y en ciertas capas sociales. El ejemplo último de Chile, país que tenía una estructura política similar a la europea, está siendo analizado con sumo cuidado. La victoria o derrota de esta nueva forma de totalitarismo ciego y violento tendrá una gran repercusión en el ánimo de los grupos fascistas en plena articulación internacional.

¿Quiénes forman estos grupos fascistas? En los últimos años ha aumentado bastante la información sobre ellos. Esa información viene básicamente de dos partes: los datos obtenidos por la justicia italiana que investiga el golpe de Estado preparado en este país en diciembre de 1970, y los archivos de la Policía Política Salazarismo (PIDE) incautados por el gobierno revolucionario portugués, y que están siendo cuidadosamente estudiados por una comisión de militares y civiles. Asimismo, las denuncias sobre las actividades de la Central Intelligence Agency (CIA), a pesar de ser una pálida muestra de las mismas, han arrojado algunos datos nuevos sobre sus métodos y ambiciones.

Algunos hechos generales son evidentes:

1) En primer lugar, es sabido que los servicios de inteligencia de varios países (liberales o dictaduras) poseen un importante grado de articulación

entre ellos y con la CIA, y más recientemente con la Dirección de Inteligencia de las Fuerzas Armadas norteamericanas (DIA). Es evidente también que esos servicios de inteligencia están dominados por fuertes corrientes parafascistas que están articuladas entre sí y actúan con cierta autonomía del aparato político liberal y aun de las propias dictaduras.

Algunos hechos podrían comprobar esta afirmación. Se pudieron demostrar, por ejemplo, los fuertes vínculos entre la PIDE y la policía francesa, que le enviaba informaciones sobre las actividades de los portugueses en la democrática República de Francia. Los vínculos de la PIDE con la CIA y la policía brasileña eran bastante directos. Por otro lado, la conspiración golpista fascista en Italia era encabezada directamente por el jefe del Servicio de Inteligencia Italiano (SID), general del ejército Vito Micelli. En la descripción de los movimientos golpistas, que dieron origen a dos intentos más de golpe de Estado en febrero y octubre de 1974, aparecen involucradas la policía argentina, la española, el servicio secreto de la dictadura griega, grupos de neonazis alemanes, remanentes de la Organisation de l' Armée Secrète (OAS) y, como siempre, la CIA, cuyos agentes asistieron el 27 de septiembre de 1970 a una reunión preparatoria del intento golpista de diciembre de 1970.

Las revelaciones sobre la CIA muestran también el uso constante, entre sus agentes, de anticomunistas de orientación fascista. Este hecho es común a las policías y servicios de inteligencia de varios países capitalistas.

2) Estos grupos fascistas no solo funcionan incrustados en los aparatos policíacos y de inteligencia, sino que también tienen su vida propia, cada vez más dinámica. Asimismo han creado importantes grupos terroristas que conforme a sus intereses, actúan en concomitancia o no con la policía. Los casos del “escuadrón de la muerte” brasileño, de la “mano blanca” guatemalteca o de la Alianza Anticomunista Argentina (AAA) son solamente expresiones extremas de vínculo estrecho que hay entre el terrorismo de derecha y los aparatos policíacos y de inteligencia. En Italia estos vínculos se mostraron muy claros y, a pesar de que hay fascistas que pertenecen al aparato institucional represivo, prefieren actuar muchas veces con grupos politicomilitares independientes. La acción internacional de estos grupos fue bien detectada por las investigaciones sobre la PIDE. Se han descubierto, por ejemplo, dos agencias que les servían de pantalla: la Aginter Press y la Paladino. La primera

publicaba un boletín que servía de enlace entre los grupos y la segunda se dedicaba a reclutar mercenarios y terroristas para distintos fines⁶⁸.

Asimismo, la infiltración en la izquierda y la creación de grupos terroristas aparentemente de izquierda fue ampliamente comprobada en Italia y en varios países latinoamericanos. La CIA confesó en las audiencias sobre sus espionajes de ciudadanos norteamericanos haber infiltrado decenas de agentes en el movimiento pacifista. Como sabemos, estos agentes no tienen por función *informar* solamente, sino esencialmente *organizar y activar* grupos de provocadores que justifiquen la represión.

Al analizar el grupo de presión que defiende los intereses de la dictadura chilena en Estados Unidos, North American Congress Latin American (NACLA) pudo demostrar claramente la actuación articulada de varios grupos fascistas, anticomunistas, conservadores y grupos económicos importantes, cuyos intereses están representados en Chile.

Este grupo de presión quizás sea una buena expresión del conjunto de intereses y grupos que pueden conformar un fuerte movimiento fascista o neofascista a escala internacional⁶⁹.

3) Se han presentado casos no solo de articulaciones internacionales aisladas como a través de la Aginter Press y la Paladino, sino que, en estos días, se habla claramente de la existencia de una central fascista internacional. En enero de 1975, la policía italiana denunció la participación de elementos fascistas por ella buscados en una reunión internacional en Lyon, Francia. Otros datos confirman la formación de esta internacional. ¿Cuáles son sus vínculos con los servicios de inteligencia y las policías? Esto no está aún definido, pues afecta muchos intereses importantes.

4) Los partidos neofascistas reaparecieron en la vida política occidental. Esto es una señal de endurecimiento del movimiento y su confianza de

68. Los datos sobre el funcionamiento de la PIDE y sus contactos internacionales los extraigo del artículo de René Backmann, publicado originalmente en *Le Nouvel Observateur* y reeditado en *El Día* (20 de octubre de 1974) bajo el título de “Espionaje: La Internacional Fascista”. *Le Nouvel Observateur* ha publicado muchos otros materiales interesantes sobre el intento de golpe fascista en Italia. Otras publicaciones francesas como *Le Monde* y *L'Express* (véase sobre todo: “L'Italie, le grand complot”, *L'Express*, 9-15 de septiembre de 1974) han recogido y destacado las denuncias sobre el complot italiano y el avance de la derecha en Europa.

69. NACLA: El “Lobby” de la Junta, *NACLA's Latin American and Empire Report*, v. VIII N° 8, octubre de 1974. En el mismo número de esta publicación se encuentra un artículo sobre “Investing in the Junta” con la lista de las empresas que han sido beneficiadas por la junta militar.

disponer de un apoyo público significativo. En toda Europa han resurgido esos grupos, pero es indudablemente en Italia el país donde han alcanzado su más alto apoyo (3 millones de votos en 1971, votación luego rebajada en las elecciones siguientes en apoyo de la Democracia Cristiana). Ex militares, profesionales, industriales y hombres de negocios empiezan a declarar públicamente su simpatía por el neofascismo. Esto revela que hay una cierta base social que el fascismo empieza a organizar. Son los vestigios de la pequeña y mediana burguesía en desaparición. A pesar de su disminución numérica y su importancia económica cada vez menor, esta pequeña burguesía aún tiene una cierta presencia política y en una situación de crisis divide sus simpatías entre la izquierda y la derecha. Esto no anularía el hecho anteriormente destacado de su menguada posibilidad de sostener un movimiento de masas e ideológico tan amplio como el nazifascismo de los años 20 y 30.

La concentración de capital que se hizo mediante el Mercado Común Europeo ha llevado a la desesperación a un importante sector de la pequeña y mediana burguesía que aún sobrevive en ciertas regiones de Europa. Esa reacción tiende a manifestarse en el plano regional por los efectos masivos de la depresión en ciertas regiones generando desempleo, criminalidad, etc. Por eso se manifiestan, desde fines de la década del 60, fuertes movimientos regionales de carácter pequeñoburgués. La reaparición de las luchas de las minorías nacionales, particularmente en Europa, y del movimiento campesino europeo son una demostración de que todos estos acontecimientos expresan las dificultades que vive la pequeña burguesía en el proceso de concentración violento que se realiza como resultado de la crisis económica.

A pesar de que algunos de estos movimientos adquieren eventualmente un matiz de izquierda y de liberación popular son también la base para el renacimiento en los últimos años de los partidos y movimientos neofascistas, particularmente en Italia pero también en Alemania y otros países europeos.

En Estados Unidos no solo se han expresado esas tendencias en la campaña presidencial de Barry Goldwater, sino que han reaparecido en las de George Wallace y de Richard Nixon, así como en campañas locales como la de Ronald Reagan en California y posteriormente en su intento de candidatura presidencial.

En América Latina, el fortalecimiento del “modelo brasileño” entre 1969 y 1973 (hoy en día en plena decadencia) ha permitido no solo un resurgimiento

público de los viejos fascistas, sino un renacimiento de movimientos similares en todo el continente. La ayuda brasileña fue decisiva para realizar los golpes de Estado parafascistas de Bolivia (1971), Uruguay (1973) y Chile (1973).

En Europa, Grecia, Portugal y España están los tres principales puntos de apoyo gubernamental a los fascistas, y los últimos estudios de las conspiraciones de los fascistas italianos han demostrado también cómo en Alemania y Francia representantes de la OAS y de los viejos movimientos fascistas se desempeñan activamente.

Es interesante señalar también cómo estos movimientos fascistas han demostrado tener una base de apoyo fuerte dentro del gobierno norteamericano, directa o indirectamente asociados al poder militar (DIA) o a la CIA. En una reunión de uno de los grupos que preparaban el golpe en Italia, en diciembre de 1970, realizada el 7 de ese mes en el gimnasio de la Asociación de Paracaidistas, se escucharon las siguientes palabras proferidas por un hombre de edad, según denuncia de la revista *L'Express*:

Jóvenes camaradas. Yo soy coronel de la policía. Los comunistas están cerca de tomar el poder en Italia, no lo dudo. Los vamos a sobrepasar pues el gobierno no tiene fuerza para defenderse. *Los americanos están de acuerdo, así como Nixon*. Vamos a ocupar esta noche los ministerios y la televisión, ustedes no tienen nada que temer, no habrá resistencia excepto quizás en la televisión y además nosotros no estamos solos y pueden intervenir las fuerzas armadas que están con nosotros. Pero cabe a nosotros empezar⁷⁰.

Los jóvenes recibieron 300 metralletas, fusiles y pistolas automáticas, pero más tarde fueron dispersados por el propio coronel y se cerró el episodio. A pesar del tono aparentemente ridículo de este intento, es interesante notar, como se ha demostrado posteriormente, la existencia, detrás de estos movimientos, de importantes sectores de las fuerzas armadas italianas y de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), su dirección por el propio jefe del servicio de inteligencia italiano y el apoyo de importantes financieros: uno de ellos, preso el 23 de agosto de 1974, era considerado como la mayor fortuna de Génova⁷¹.

70. "L'Italie: le grand complot", *op. cit.*

71. "El señor Andrea Mario Piaggio, de 73 años, figura en el grupo de los diez industriales más ricos de Europa", en "Un rentier bien fasciste", *L'Express*, 2-8 de septiembre de 1974, p. 39.

El caso italiano es uno de los más significativos por el grado de infiltración que logró el neofascismo en el propio gobierno de la Democracia Cristiana, a través de sus principales frentes de actuación, el Ministerio del Interior, el Servicio de Inteligencia y las Fuerzas Armadas. Este no es seguramente un fenómeno exclusivo de Italia. Ahí el movimiento se sintió suficientemente fuerte para levantar su cabeza. ¿Y en los otros países europeos?

2. LA RADICALIZACIÓN HACIA LA IZQUIERDA: EL MAXIMALISMO

Después de la Revolución Rusa, los desconocidos bolcheviques saltaron al primer plano de la política internacional. Grupos anarquistas o izquierdistas vieron en la Revolución Rusa una expresión de revolución libertaria. El desconocimiento de la historia de los bolcheviques (cuyo nombre viene de su condición de *mayoría* en el congreso de la socialdemocracia de 1902) los hizo traducir la palabra rusa *bolche* por más; bolcheviques serían entonces los que luchaban por el máximo: los *maximalistas*. Desde entonces se ha usado este nombre para caracterizar las tendencias ultras de la izquierda. En contra de estas tendencias en el interior de la Internacional, que conformaron el comunismo de izquierda en el principio de los años 20, Lenin escribió su panfleto *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*.

La localización de las facciones a la izquierda o a la derecha del espectro político del socialismo es en general bastante arbitraria. De cualquier manera, los líderes revolucionarios jamás se preocuparon de presentarse como el más o menos izquierdista. La corrección de una posición política no tiene nada que ver con su mayor o menor ultimatismo, y resulta bastante común que las gentes y partidos se desplacen de izquierda a derecha o viceversa en diferentes situaciones históricas.

En los años 60, el espectro político internacional estaba marcado por cinco fenómenos importantes:

a) El triunfo de la línea jruchovista en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) e internacionalmente en los partidos comunistas. Esta línea abogaba por la coexistencia pacífica en lo internacional; el avance del socialismo en la URSS y los países ya socialistas como principal objetivo revolucionario inmediato; la más amplia alianza con las fuerzas democráticas aunque conservadoras de los países industrializados y un programa

nacionalista y democrático de frente amplio con las burguesías nacionales en el mundo colonial y periférico. Estas posiciones se planteaban en el marco de una posible evolución pacífica hacia el socialismo a largo plazo, como resultado sobre todo del efecto de demostración de las conquistas socioeconómicas de los países socialistas.

b) La crítica del Partido Comunista Chino a esas posiciones (crítica que empezó dirigiéndose al Partido Comunista de Yugoslavia, después al Partido Comunista Italiano, después a la “camarilla de Jruschov” y en fin al socialimperialismo y la burguesía burocrática) era el otro elemento que enmarcaba el espectro ideológico de la izquierda. En su comienzo eran críticas de izquierda y se orientaban en contra de la confusión entre la coexistencia pacífica entre naciones y la pacificación de la lucha de clases y de la revolución colonial; criticaban, asimismo, el abandono de la definición del papel de la lucha armada y de la necesidad de destrucción del Estado burgués por sembrar ilusiones reformistas. En la cuestión colonial, el Partido Comunista Chino continuaba abogando por una línea de liberación nacional y revolución agraria, en contra de los sectores que preconizaban la posibilidad de una revolución socialista en ciertas regiones del mundo colonial, como América Latina. Se oponía también al foquismo y otras tendencias a la acción armada realizada por grupos de vanguardia y llamaban a la preparación de una guerra popular, particularmente en el campo.

c) La victoria de la Revolución Cubana y su definición socialista en 1961, causó también un gran impacto en la política internacional. En primer lugar ayudó a radicalizar a movimientos liberales y antiimperialistas, que pasaron a plantear transformaciones socialistas y a concebir la lucha guerrillera como forma necesaria de la revolución social. El ejemplo de Argelia y de las revoluciones africanas y asiáticas de los años 50 y la importancia que tuvo y tenía la guerra de guerrillas en la liberación indochina hacían creer que esta forma de lucha era imbatible, independientemente de las condiciones sociales que la generaron. Surgió así el “foquismo”, es decir, la concepción de que un grupo de guerrilleros implantado autónomamente lograría hacer irradiar sus acciones e influencias a todo el país hasta convertirse en un ejército revolucionario.

d) A estas concepciones desvirtuadas del papel de la lucha armada y guerrillera, en particular, se sumó en los últimos años de la década la influencia

anarquista que, retomando las tradiciones de los populistas rusos, postulaban la violencia y el terrorismo como factores revolucionarios en sí mismos.

Por otro lado, otra corriente del anarquismo, influida por el movimiento libertario, vino a cruzarse con una interpretación desvirtuada de la revolución cultural china de 1966-69. Esta corriente veía en el espontaneísmo creciente de las masas (afectadas sorpresivamente por una crisis económica que se habían acostumbrado a creer ya superada) la fuente necesaria de la revolución, concebida como una expresión de liberación del hombre. El “maoísmo”, con el cual nada tiene que ver el pensamiento de Mao Tse-tung, ha sido la expresión de este espontaneísmo.

e) En fin, estimuladas por la efervescencia política general, reaparecieron viejas corrientes del marxismo que se habían convertido en patrimonio de minorías intelectuales muy aisladas de las masas. El trotskismo en sus varias corrientes, el luxemburguismo y el blanderismo, en menor escala, vieron reaparecer las condiciones para su manifestación. Tratándose de interpretaciones particulares del marxismo, en función de concepciones rígidas de ciertos aspectos tácticos como el concepto de revolución permanente (transformado en esquema general de concepción del proceso revolucionario del siglo XX) o del concepto de poder obrero o, aun más específicamente, la gestión obrera como clave de la comprensión del socialismo como régimen, estas corrientes se incrustaron en el proceso de efervescencia social de la segunda mitad de la década de 1960.

Lenin decía que la dialéctica es la capacidad de mirar la realidad desde todos los puntos de vista sin dejarse ahogar por lo particular. Su agilidad de pensamiento siempre fue irreconciliable con cualquier especie de dogmatismo o particularismo táctico.

Las distintas corrientes de la llamada ultraizquierda estaban dominadas por estas visiones particulares y estrechas del proceso revolucionario y se mostraron incapaces de conducir cualquier movimiento revolucionario global. Su auge lo alcanzaron durante las manifestaciones de mayo de 1968 en Francia. Su fracaso ahí, y en varias otras oportunidades, provocó una desbandada en sus filas, una gran confusión ideológica y su depresión como movimiento entre 1970 y 1973.

Pero ¿se puede decir que ha muerto la ultraizquierda? En primer lugar, hay que examinar su base social. Toda idea que se apoya en las aspiraciones de

una base social persiste como fuerza social a pesar de sus altos y bajos. La base social de estos movimientos tan disparatados en sus orígenes y concepciones es esencialmente la pequeña burguesía intelectual. Este sector ha crecido enormemente en la sociedad capitalista contemporánea y se ha convertido en un nuevo tipo de asalariado (el “nuevo proletariado” según algunos de sus ideólogos).

Debido a las necesidades creadas por la revolución científico-técnica en proceso desde la posguerra, la formación de científicos, profesionales técnicos, artistas y educadores es cada vez más necesaria. Las universidades y las escuelas secundarias se han convertido en enormes centros de producción de estos profesionales y técnicos. Este grupo social no solo se ha convertido en una masa importante, sino que también ha encontrado en las escuelas un centro de organización como fuerza reivindicativa y política.

Asimismo, esa fuerza social tiende a atraer a sus concepciones a otras capas sociales, como sectores de los obreros más calificados y de las capas más desprotegidas del proletariado, tales como los emigrantes, los no calificados, los desempleados. Atrae sobre todo a la juventud pequeñoburguesa y canaliza la rebelión de jóvenes burgueses.

Estos sectores sociales odian la disciplina y la jerarquía que tanto admiran los obreros organizados, tienden a ver en la miseria el origen de la revolución, buscan en la crítica de la dominación cultural burguesa sus principales factores de motivación y movilización, ven en el heroísmo la expresión más fiel del revolucionario y en la violencia una expresión redentora de los desesperados. Tienen un gran desprecio por las consideraciones tácticas y pragmáticas; odian a los proletarios que alcanzan más altos niveles de consumo, que pueden estudiar y que buscan actuar disciplinadamente; y también odian a sus dirigentes, a quienes califican de corrompidos por las negociaciones con la burguesía.

Estas características ideológicas y psicológicas de los movimientos revolucionarios ultraizquierdistas alcanzan mayor o menor receptividad social en el proletariado de acuerdo con las condiciones históricas. En circunstancias de crisis del sistema, tal como las vivimos desde 1967, tiende a crecer. Es una expresión no articulada de la rebelión de los propios trabajadores en contra del burocratismo, del reformismo, de la capitulación, del cretinismo parlamentario, de la corrupción que se desarrollan en las etapas de estabilidad económica.

De esta manera, se puede notar que las ideas agitadas por la llamada ultraizquierda han encontrado eco en sectores cada vez más significativos del movimiento obrero y se han incorporado, con modificaciones a veces cualitativas, en los programas de facciones de la socialdemocracia, de los socialistas y de los partidos comunistas.

Los procesos históricos nunca son el resultado de la acción de un solo sector social o una sola fuerza política. El triunfo de los bolcheviques en Rusia, por ejemplo, solo fue posible con la adopción, por su parte, del programa agrario de los socialistas revolucionarios. La victoria de parte del programa de la oposición trotskista en los años 20, solo fue posible cuando fue asimilado por los viejos bolcheviques y la burocracia naciente, dirigidos por Stalin, en 1927-33.

Las ideas que estimularon la imaginación del importante sector social que impulsó estos movimientos ultras solo se impondrán si cuentan con el apoyo del proletariado organizado. Pero este no deberá ser arrastrado por esas ideas, sino que deberá incorporarlas a su propio programa, a su concepción estratégica y a su ritmo de lucha. En la medida en que el movimiento obrero asume una posición ofensiva y abre la perspectiva de un camino de transformación revolucionaria, aunque limitadamente, logra disminuir sus diferencias con estos sectores sociales e incorporarlos a su programa y a su liderazgo político. La unidad de izquierda lograda en Francia es una prueba de esto. El proletariado moderado que se vio arrastrado a una huelga general, nacida de la agitación anarquista, conduce hoy a estos sectores hacia el apoyo de su política electoral, que asume el carácter de un frente de trabajadores y supera el inmovilismo de los años 60.

Dadas las características sociales del capitalismo monopolista de Estado, en el cual representan un importante papel las capas proletarizadas de la intelectualidad, debido al creciente número de desempleados causados por la crisis del sistema y agravado por sus tendencias estructurales a una menor incorporación de mano de obra, se puede suponer que estas fuerzas sociales continuarán vivas, produciendo movimientos e ideas políticas que deberán representar un papel importante en los procesos revolucionarios en curso.

Un régimen de producción socialista es el único capaz de disciplinar estas fuerzas, organizar su capacidad creadora y encauzarlas en favor de la liberación del hombre, por medio de la revolución científico-técnica. Por

otro lado, solo el socialismo puede liquidar el desempleo y asimilar estas vastas masas desempleadas. Es natural, por lo tanto, que estos sectores sean más radicales y presurosos que el proletariado organizado, el cual, por su fuerza organizativa económica y social, dispone de un margen mayor de negociación dentro del sistema capitalista. Pero el proletariado organizado no puede volcarse hacia sí mismo e ignorar la suerte de otros sectores sociales que solo mediante su dirección pueden resolver los apremiantes problemas que los agobian.

El camino del frente de trabajadores que unifica al conjunto de los sectores populares del capitalismo contemporáneo (los asalariados urbanos y rurales, del sector de servicios, técnicos y profesionales y los pequeños propietarios urbanos y rurales destruidos por el gran capital) bajo la dirección del proletariado por medio de un gobierno popular, que destruya el poder del monopolio, profundice el capitalismo de Estado, inaugure un poder popular activo y abra camino hacia una nueva sociedad socialista, es el único capaz de disminuir las tensiones entre esos sectores, aislar al gran capital y provocar el impulso revolucionario de las masas aplastadas por la crisis económica, transformando su rebeldía latente en factor de transformación social revolucionaria.

TERCERA PARTE

**DEPENDENCIA
Y REVOLUCIÓN**

América Latina vive una crisis profunda. Crisis económica marcada sobre todo por una baja de las tasas de crecimiento y un endeudamiento internacional progresivo que hace distinguir las décadas del 60 y del 70 de los años optimistas de la década del 50. Crisis política e institucional marcada por los sucesivos golpes de Estado al lado de los movimientos populares de creciente radicalización. Crisis social caracterizada por la profunda conciencia de la necesidad de reformas estructurales. Crisis ideológica caracterizada por el fracaso del populismo y el choque de nuevas posiciones radicalmente divergentes, al lado de una perplejidad evidente en vastos sectores sociales.

No es el momento de profundizar el análisis de esta crisis general¹. Lo importante para este capítulo son las consecuencias de esta situación en las ciencias sociales.

En la década del 50, las ciencias sociales latinoamericanas se han caracterizado por un gran optimismo, que crecía junto a la confianza en sí misma de una intelectualidad que buscaba afirmarse como tal.

En esencia, se desarrolló una actitud crítica frente a la producción científica de Europa y Estados Unidos. Esta actitud crítica ha llegado al extremo romántico de tratar de crear una ciencia social latinoamericana². En lo

1. Un intento de análisis de la crisis en Brasil y América Latina se encuentra en mi trabajo: *Socialismo o fascismo: El nuevo carácter de la dependencia y el dilema de América Latina*.

2. Se ha producido y se produce todavía un largo debate sobre el papel del científico social en América Latina. Las posiciones básicas se encuentran en los siguientes trabajos: Guerreiro Ramos ha lanzado esta discusión en la sociología con su "Cartilha Brasileira do Aprendiz de Sociólogo" seguida de su *Reducción Sociológica*. En la misma línea se puede incluir el trabajo de Camilo Torres Restrepo, "El problema de la estructuración de una auténtica sociología latinoamericana", *Hermes*

fundamental tal actitud crítica ha generado una temática latinoamericana propia. Este es su aspecto principal y positivo.

Sin embargo, a la actitud crítica frente a la “perspectiva de los centros coloniales”, no siguió una postura similar respecto a las tendencias de desarrollo interno y a las contradicciones de este desarrollo.

1. LOS SUPUESTOS DE LA TEORÍA DEL DESARROLLO

La teoría del desarrollo se caracterizó, como disciplina independiente (en América Latina o en otras partes), durante todo este período de nacimiento, por el análisis tanto de los obstáculos que las estructuras arcaicas imponían al desarrollo como de los medios para realizar las metas de este. Por esta razón, el grueso del análisis teórico y empírico se centró esencialmente en el estudio de las llamadas “estructuras tradicionales”, consideradas como las causantes del subdesarrollo.

(Revista del Centro de Alumnos de Economía de la Universidad de Chile), Nº 2, 1966, pp. 33-40. En la posición más opuesta a este están los trabajos de Gino Germani, *La sociología en América Latina*, y John Galtung, “Los factores socioculturales y el desarrollo de la sociología en América Latina”, *Revista Latinoamericana de Sociología*, v. 1 Nº 1, marzo, 1965. Otros trabajos importantes: James Petras, “La armonía de intereses: ideología de las naciones dominantes”, *Desarrollo Económico*, v. VI Nº 22-23, julio-diciembre de 1966, pp. 433-466. En el mismo número de esta revista: Torcuato di Tella, “La formación de una conciencia nacional en América Latina”; Juan F. Marsal, “Los intelectuales latinoamericanos y el cambio social”. Un artículo muy ponderado es el de Jorge Graciarena, “La sociología en América Latina: algunas consideraciones sobre la cooperación internacional y el desarrollo reciente de la investigación sociológica en América Latina”, *Revista Latinoamericana de Sociología* (Buenos Aires), v. 1 Nº 2, julio de 1965, pp. 231-242. Véase también el trabajo de Aníbal Quijano, “Imagen y tareas del sociólogo en la sociedad peruana”, separata de la revista *Letras*, Nº 74-75. Sobre el problema en la economía: Osvaldo Sunkel y Aníbal Pinto, “Economistas latinoamericanos en Estados Unidos”, *Revista Economía* (Santiago de Chile), Nº 82, 1º trimestre, 1964, y Celso Furtado, “La formación del economista en los países subdesarrollados”, *Hermes*, Nº 4, 1966, pp. 5-11. Otros artículos de interés: Octavio Ianni, “Sociología da Sociología na América Latina”, *Revista Brasileira do Ciências Sociais* (Belo Horizonte), v. IV Nº 1, junio de 1966, pp. 154-182. En la misma revista aparece el trabajo polémico de Antonio Octavio Cintra, “Sociología e Ciência: para una revisão da sociología no Brasil”. Véase también Theotonio dos Santos, “Subdesarrollo y ciencia social”, *Hermes*, Nº 3, 1966, pp. 13-18. Uno de los más profundos apuntes sobre el tema está en Wanderley Guilherme, “Preliminares de una controversia metodológica”, *Revista Civilização Brasileira* (Rio de Janeiro), Nº 5-6, marzo, 1966, pp. 77-94. Véanse también el libro de Costa Pinto, *La sociología del cambio y el cambio de la sociología*, y el de Florestan Fernandes, *A Etnología e a Sociología no Brasil*, que marcan una posición propia dentro de esta amplia discusión que incluye muchos trabajos más. En el Congreso Latinoamericano de Sociología, dedicado al estudio de “La Sociología en América Latina”, realizado en Costa Rica en 1974, se produjeron varios trabajos sobre el desarrollismo y la teoría de la dependencia que serán comentados posteriormente.

Claro está que este enfoque que describimos de manera muy general³ se basa en algunos supuestos no explicitados y, en algunos casos, inconscientes.

Las distintas teorías del desarrollo tienen evidentemente grandes diferencias de enfoque y han evolucionado hacia formas nuevas en las décadas del 50 y 60. Esta evolución fue un reflejo de los cambios, sea de los intereses de las distintas fuerzas participantes en el desarrollo o en su retraso, sea de las mismas dificultades teóricas planteadas por los varios intentos de explicar el subdesarrollo y el desarrollo. Nuestro propósito de reducirlas todas a un esquema único, tomando de ellas solo los que consideramos elementos esenciales, puede provocar muchas críticas. Sin embargo, este procedimiento es legítimo como discusión de los principios epistemológicos que orientan posiciones completamente divergentes desde otros puntos de vista.

Podríamos resumir estos supuestos en los siguientes:

1. Se supone que desarrollarse significa dirigirse hacia determinadas metas generales, que corresponden a un cierto estadio de progreso del hombre y de la sociedad, cuyo modelo se abstrae a partir de las sociedades más desarrolladas del mundo actual. A este modelo se le llama sociedad moderna, sociedad industrial, sociedad de masas, etc.

2. Se supone que los países subdesarrollados avanzarán hacia estas sociedades una vez que eliminen ciertos obstáculos sociales, políticos, culturales e institucionales. Estos obstáculos están representados por las “sociedades tradicionales”, o los “sistemas feudales”, o los “restos feudales”, conforme a las distintas escuelas de pensamiento.

3. Se supone que es posible distinguir ciertos procedimientos económicos, políticos y psicológicos⁴, que permitan movilizar los recursos nacionales en forma más racional, y que estos medios pueden ser catalogados y usados por la planeación.

4. A esto se agrega la necesidad de coordinar ciertas fuerzas sociales políticas que sustentarian la política de desarrollo. Asimismo, se resalta la

3. Un balance más detallado se encuentra en los siguientes trabajos: André Gunder Frank, “Sociology of Development and Under Development of Sociology”, *Catalyst* (University of Buffalo), Nº 3, verano de 1967, pp. 20-75; Fernando Henrique Cardoso, “Análisis sociológicos del desarrollo económico”, *Revista Latinoamericana de Sociología* (Buenos Aires), v. 1 Nº 2, julio de 1965, pp. 178-198; Ives Lacoste, *Géographie du sousdéveloppement*, Paris, Ed. Presses Universitaires de France, 1965.

4. En muchos casos se ha considerado como decisivo alguno de estos factores, lo que origina los enfoques “sociologizantes”, “psicologizantes”, etc., del desarrollo.

necesidad de una base ideológica que organice la voluntad nacional de los distintos países para realizar las “tareas” del desarrollo.

2. MODELO Y FORMALISMO

Se puede criticar estos supuestos, y ello encierra también una crítica esencial a la teoría del desarrollo que pretenda convertirse en una disciplina específica.

En primer lugar, el modelo de sociedad desarrollada es el resultado de una abstracción ideológica (porque es formal y por tanto ahistórica).

¿Qué es una sociedad desarrollada?

Los modelos conocidos son Estados Unidos, Europa, Japón y la Unión Soviética. Según se cree, trátase de “llegar” a estos estadios de desarrollo. Se pretende, pues, que se repetirá la experiencia histórica de estos países⁵ o por lo menos, que se llegará a un modelo de sociedad semejante a los existentes.

En general, se ha pretendido que es posible reducir el desarrollo a un modelo formal cuyo contenido sería factible de variación histórica. Por ejemplo, se supone que el desarrollo exige un agente impulsor, que tanto puede ser el empresario (como en el caso de los países capitalistas) como el Estado (en el caso de los países socialistas). Las diferencias entre los dos regímenes sociales quedan reducidas, en este y en otros aspectos, a simples cuestiones de variables de contenido distinto pero con la misma función.

Pero este supuesto no tiene ninguna validez científica, porque se funda en principios ahistóricos. No hay ninguna posibilidad histórica de que se constituyan sociedades que alcancen el mismo estadio de desarrollo de aquellas que hoy son desarrolladas. El tiempo histórico no es lineal. No hay posibilidad de que una sociedad se desplace hacia etapas anteriores de las sociedades existentes. Con la formación de una economía mundial única a partir del siglo XVI, todas las sociedades se mueven paralelas y juntas hacia una nueva sociedad. Las sociedades capitalistas desarrolladas corresponden a una experiencia histórica completamente superada, sea por sus fuentes básicas de capitalización privada, basada en la explotación del comercio mundial,

5. En cuanto a este aspecto de las dificultades de repetir la experiencia histórica de los países desarrollados, hay una conciencia bastante difundida en los países subdesarrollados.

sea por la incorporación de amplias masas trabajadoras a la producción industrial, sea por la importancia del desarrollo tecnológico interno de estos países. Todas esas condiciones históricamente específicas no se pueden repetir hoy en día.

Las sociedades socialistas desarrolladas corresponden a la experiencia histórica del “socialismo en un solo país”, o del “socialismo en un solo bloque”, que significaron una experiencia de “acumulación primitiva socialista” en detrimento del sector agrícola-campesino, basada en la instalación completamente nacional de la industria pesada y, por último, en la ausencia de un comercio externo, lo que generó la llamada “cortina de hierro”.

Así pues, los “modelos” de desarrollo existentes no se pueden repetir y tampoco los “modelos” de sociedad desarrollada son cristalizaciones de metas por alcanzar.

La experiencia del desarrollo de los actuales países subdesarrollados tiene que ser analizada, pues, como una experiencia específica que se da en ciertas condiciones históricas específicas. De ahí la necesidad de definir estas condiciones históricas que dan el marco posible de un proceso de desarrollo. La ciencia del desarrollo (sociología o economía) solo es ciencia cuando abandona el supuesto de una meta formal por alcanzar y del camino para alcanzarla y se lanza a la comprensión del desarrollo como proceso histórico.

3. LOS OBSTÁCULOS DEL DESARROLLO

Otro error fundamental de enfoque es centrar el estudio en las resistencias al cambio de las sociedades tradicionales. Ciertamente es que las estructuras formadas en el período colonial-exportador tienen una gran capacidad de resistencia y sobrevivencia. Pero esto no se debe fundamentalmente a ellas, sino al carácter mismo del proceso de desarrollo en nuestros países dependientes.

Si se continúa limitando el enfoque a las resistencias económicas, sociales, políticas, culturales e institucionales de la sociedad tradicional, es imposible alcanzar una explicación de los problemas fundamentales de la crisis latinoamericana.

Por esto hay que centrar el análisis, no en una relación abstracto-formal entre dos estadios o sistemas (tradicional vs. moderno, capitalista vs. feudalismo), sino en el modo de ser de estas sociedades concretas, históricamente

dadas, que son las sociedades subdesarrolladas o, mejor dicho, como lo plantearemos después, las sociedades dependientes.

El objeto de la teoría del desarrollo no puede, pues, ser el describir un tránsito desde una sociedad que no se conoce efectivamente hacia una sociedad que no va a existir. Es decir, el objeto de la teoría del desarrollo tiene que estar constituido por el estudio de las leyes del desarrollo de las sociedades que queremos conocer. Cabe definir en qué medida estas leyes son específicas de estas sociedades y en qué medida se las puede identificar con las leyes del desarrollo de los países desarrollados, sean capitalistas o socialistas⁶.

El desarrollo no es, pues, una cuestión técnica ni tampoco una transición dirigida por tecnócratas y burócratas hacia una sociedad definida por modelos más o menos fundamentados en la abstracción formal de experiencias pasadas.

El desarrollo es una aventura de los pueblos, de la humanidad. Cabe pues, definirlo y estudiarlo con una amplitud de vista y de enfoque que rebase los límites de los técnicos, burócratas y académicos.

4. UTILIZACIÓN ÓPTIMA DE LOS RECURSOS

El tercer supuesto está íntimamente ligado a los dos primeros. Es decir, la suposición de que se puede codificar la utilización óptima de los recursos en una teoría del desarrollo. Esta suposición se fundamenta en los dos supuestos anteriores: 1) hay metas de desarrollo definibles como tales, y 2) la utilización

6. Es evidente el desconcierto de algunos teóricos frente a la especificidad de la experiencia de los desarrollos chino y cubano, desconcierto que crece en la medida en que Corea del Norte y Vietnam del Norte, más Rumania y Albania afirman, como antes lo había hecho Yugoslavia, la especificidad histórica de su camino hacia el socialismo. Aunque menos comentados, son grandes los problemas planteados por las experiencias históricas específicas de Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Alemania Democrática. Estas situaciones particulares conducen a formas definidas de socialismo (a pesar de no ser esto contradictorio con una unidad básica del sistema y de los países socialistas) y a políticas específicas que corresponden a los distintos estadios nacionales del desarrollo socialista. Las contradicciones internas dentro del bloque socialista solo serán resueltas cuando se llegue a un rompimiento de la camisa de fuerza de los viejos modelos de relaciones entre los gobiernos socialistas y del internacionalismo proletario y se alcance por tanto un nuevo tipo de relaciones intersocialistas que atiendan a los intereses específicos de los diversos países y redefinan sus intereses generales en función de estos cambios básicos. Es necesario señalar, sin embargo, que los cambios tienen que darse profundamente también en el interior de estas sociedades.

óptima de los recursos depende de ciertos procedimientos que son característicos de las sociedades modernas, racionales, industriales, o de masas, etc.

La utilización racional de los recursos tiene que referirse a una situación histórica dada. Lo racional lo definen los hombres y los hombres son históricos y pertenecen a ciertas sociedades y agrupamientos concretos, históricamente dados. Esto quiere decir que la racionalidad de una medida económica o política solo puede ser definida por medio de un conocimiento de la naturaleza del sistema social en que se da esta medida.

Algunos ejemplos pueden aclarar este planteamiento: lo que es “racional” en un país desarrollado capitalista como, por ejemplo, el derroche y la industria militar⁷, no lo sería para los países socialistas adelantados.

Lo que fue racional para la Unión Soviética (destinar sus recursos fundamentales a la industria pesada), no lo era para los países de Europa socialista, como lo demostró la explosión antiestalinista en estos países, y así sucesivamente.

Una crítica especial merece la idea de que la planificación es característica general de la sociedad moderna, sea socialista o capitalista. La planificación socialista somete las leyes ciegas del mercado, de la competencia, etc., al control político de la sociedad. La programación capitalista trata de guiar estas fuerzas ciegas en interés de las mismas fuerzas que crean el carácter anárquico fundamental de la sociedad capitalista: la propiedad privada y la ganancia. Entremezclar las dos formas de acción humana sobre su realidad social solo es posible a través de un razonamiento formal que confunde las similitudes aparentes con las conexiones reales que existen entre los hombres.

Todo esto demuestra el peligro de codificar formalmente, en una teoría “general”, los procedimientos que deben ser adoptados o creados en situaciones concretas. Y sobre todo revela el peligro de una abstracción formalista.

5. IDEOLOGÍA DEL DESARROLLO

Así también rechazaríamos la posibilidad de una ideología general del desarrollo. Las ideologías distintas corresponden a distintos intereses sociales,

7. Véase *El Estado militar* de Fred Cook, y básicamente la interpretación de Sweezy y Baran, *El capital monopolista*, de la necesidad de la industria militar, del desperdicio, etc. para el capitalismo monopólico.

básicamente a distintas clases sociales. El desarrollo de nuestros países no puede resolver por sí solo las contradicciones de clase, como este tipo de enfoque haría suponer. Las clases interesadas en el desarrollo son distintas y buscan diferentes vías de desarrollo. Por tanto, hay necesariamente modos no solo distintos, sino opuestos para definir lo que el desarrollo es y cuáles son los medios para lograrlo. Corresponde a la ciencia social definir correctamente estos caminos, partiendo del análisis de los intereses globales de las clases sociales. La ciencia debe estudiar la viabilidad práctica de estos distintos caminos. Siempre será errado, sin embargo, el negarse a analizar estos intereses opuestos que determinan el proceso real, en nombre de la objetividad. La descripción empírica de los hechos aparentes oculta los aspectos esenciales de la realidad. Hay que acompañarla de un análisis teórico de la sociedad global. Negarse a enfrentar este problema es una actitud ideológica.

6. ALGUNAS CONCLUSIONES SOBRE LA TEORÍA DEL DESARROLLO

Podríamos resumir esta discusión en los siguientes puntos:

1) La teoría del desarrollo debe situarse en la perspectiva del análisis del proceso de desarrollo tomado en sus distintas situaciones histórico-concretas.

2) Cabe a tal teoría abstraer, en estas condiciones históricamente delimitadas, las leyes generales del desarrollo de las sociedades concretas definidas por la investigación.

3) Al definir esas leyes, la teoría del desarrollo tendrá siempre presente las contradicciones internas de este proceso y deberá abandonar todo intento formal de reducirlo a la transición unilineal de un tipo de sociedad a otra. Más bien la teoría habrá de mostrar en qué medida estas contradicciones tienen dentro de sí alguna fuerza que pueda conducir al conjunto de la sociedad a formas superiores de organización. Estas fuerzas y las formas sociales que involucran se presentan de manera general en la realidad presente como tendencias y no como modelos futuros a los cuales deberemos llegar.

Esta crítica teórica y metodológica es muy importante para comprender de antemano las dificultades del modelo de desarrollo que se produjo en América Latina en el período optimista de los años 50.

Nos corresponde ahora definir los elementos generales de este modelo

implícito del desarrollo latinoamericano que ha predominado en las ciencias sociales durante muchos años. Nuestro objetivo es (como lo hicimos con los supuestos de la teoría del desarrollo) reducir esquemas y conceptos, que pertenecen a posiciones a veces en pugna, a un modelo único de desarrollo para Latinoamérica que a nuestro parecer orientó y aún orienta en gran parte tanto la investigación científica y las políticas de gobierno cuanto los programas de los partidos y organizaciones políticas.

EL MODELO DE DESARROLLO DE AMÉRICA LATINA ENTRA EN CRISIS

1. LAS CONDICIONES HISTÓRICAS DEL SUBDESARROLLO

La ciencia social que predominó en nuestros países hasta recientemente ha entendido a América Latina como una región subdesarrollada en la cual este subdesarrollo se habría producido por la supervivencia de una economía y sociedad feudales, al lado de una economía exportadora y monocultora, cuyo desarrollo empezó en el siglo XIX y se caracterizó como un tipo de desarrollo “hacia afuera”, es decir, un desarrollo basado en la exportación de productos primarios y la importación de productos manufacturados.

La supervivencia de una economía agraria feudal y latifundista provocaba una situación de desequilibrio social y económico, de miseria y de malas condiciones alimenticias y de salud, etc., situación que se reflejaba particularmente en el desequilibrio de la distribución del ingreso.

Por otro lado, el desarrollo hacia afuera habría mantenido a nuestros países en una condición de retraso industrial, tecnológico e institucional que sometía sus economías a la dependencia del comercio externo, situación que se habría hecho muy seria después de la guerra de Corea, debido a la baja de los precios de los productos primarios en el mercado internacional.

En la medida en que los precios de los productos primarios tendían a bajar, el de los productos manufacturados tendía a aumentar, lo que generaba términos de intercambio cada vez más desfavorables para los países subdesarrollados.

La única solución para estas economías sería la industrialización que permitiría crear un mecanismo de “desarrollo hacia adentro”. Es decir, un desarrollo orientado hacia el mercado interno de estos países. Este proceso de industrialización se realizó desde la Primera Guerra Mundial, particular-

mente a partir de la crisis del 29, en la época de la Segunda Guerra y de la posguerra, por el mecanismo de la “sustitución de importaciones”.

La sustitución de importaciones se acentuó en los momentos en que hubo dificultades para importar productos manufacturados del exterior (como durante las dos guerras y durante la crisis económica del 29). Con el fin de atender al mercado existente para estos productos, antes atendido desde el exterior, se crearon las primeras industrias nacionales.

Tratábase, pues, de acelerar este proceso de “sustitución de importaciones” haciéndolo evolucionar de las industrias ligeras del primer período hacia las industrias de base, lo que tornaría necesarias las obras de infraestructura, que deberían ser dirigidas en general por el Estado. Reuniendo todos estos factores, más el auxilio del capital extranjero, se instalaría una industria nacional fundada en la expansión del mercado interno.

No es necesario entrar en los detalles de estas políticas de desarrollo asentadas en la defensa de las divisas obtenidas con la exportación, en el estímulo y protección a la industria nacional y en el planeamiento de la utilización de los escasos recursos financieros (sobre todo las divisas). Junto a esto, se insistía en la necesidad de una política internacional de defensa de los precios de los productos exportados y de canalización de ayuda externa que permitiría disminuir la brecha entre los países desarrollados y subdesarrollados.

Por último, este esquema general se completó con observaciones de carácter sociológico acerca de los efectos de este desarrollo sobre la estructura social y acerca de la necesidad de adaptar la superestructura de la sociedad a sus exigencias.

2. EL CAMINO DEL DESARROLLO

Podríamos resumir en cinco tesis básicas el modelo de desarrollo que se elaboró en América Latina, como una aplicación de la concepción teórica que criticamos en el primer capítulo. Esas tesis son las siguientes:

- 1) El cambio desde un desarrollo “hacia afuera” con miras un desarrollo “hacia adentro” sacaría a los países subdesarrollados de la dependencia del comercio exterior y generaría una economía controlada desde dentro de sus fronteras.

Estos cambios se definían como el proceso de “transferencia de los centros de decisión hacia adentro” de las economías subdesarrolladas. Se hablaba también del cambio de un desarrollo “inducido” por las situaciones incontrolables del comercio mundial hacia un desarrollo nacional planeado por su propio poder nacional.

2) Otro efecto que se esperaba como resultado de la industrialización sería el debilitamiento del poder de las oligarquías tradicionales dedicadas a la producción para el comercio exterior (latifundistas, dueños de minas y comerciantes exportadores) y una consecuente redistribución del poder nacional con miras a una mayor participación de las clases medias y de los sectores populares; es decir, se esperaba una democratización política.

3) Esta democratización se relaciona con una tendencia hacia una mayor redistribución del ingreso, o mejor, hacia una sociedad de consumo de masas como se creía (y se cree todavía) que es Estados Unidos⁸. Es decir, la industrialización integraría a las masas urbanas y rurales al sistema productivo moderno capitalista, como productoras y consumidoras.

4) La creación de un centro de decisión económica nacional por medio de la conversión de la economía “hacia adentro”, la consecuente democratización política por medio del debilitamiento de las oligarquías y el fortalecimiento de las clases medias y la integración económica de los sectores populares en una sociedad de consumo de masas conformarían una sociedad

8. En los años 50, la prosperidad del capitalismo mundial generó un optimismo tal que llegaron a negarse incluso las teorías sobre el carácter cíclico del sistema, ampliamente confirmado por la experiencia de la crisis del 29. Tal empirismo afectó incluso al pensamiento marxista, desmoralizado por previsiones de crisis que no sucedieron. Los asesores de John Kennedy también confiaron en estas teorías que apuntaban hacia un cambio de calidad del capitalismo que lo hacía inmune a las crisis, al subconsumo, etc. La vitalidad del capitalismo ha hecho aumentar este clima optimista explícito en las obras de Galbraith, Rostow, Hoselitz, etc.

Sin embargo, tal política hizo más fuertemente patente el otro lado de la prosperidad capitalista. La explosión del problema negro, la cuestión antes olvidada de la pobreza, la acentuación del Estado militarista, la política externa reformista alternada con los golpes militares, las revelaciones sobre la CIA, la rebelión de la juventud universitaria norteamericana, culminan en la crisis mundial del dólar y en el fracaso de la guerra de Vietnam. Todos estos problemas han sido documentados en varios libros, reportajes y artículos, y hacen tambalearse a todas las teorías de la sociedad de masas, sociedad afluente, sociedad industrial, etc. En fin, la crisis general del capitalismo, a partir de 1967, acentuada en 1969-71 y profundizada entre 1974-75, ha hecho trizas tal optimismo, como lo hemos demostrado en la segunda parte de este libro.

nacional independiente, cuya expresión final sería un Estado nacional independiente.

Este Estado no sería un Estado liberal sino intervencionista, pero siempre respetuoso de la iniciativa privada. Tal sería el “Estado desarrollista”.

5) En fin, en el plano de la conciencia, se esperaba que el desarrollo industrial, al crear las bases de una sociedad independiente, permitiría superar nuestro retraso científico, tecnológico y cultural. Básicamente, se confiaba en que desaparecerían las bases de la llamada “alienación” cultural de América Latina.

Por alienación cultural se entendía el proceso por el cual la cultura latinoamericana era una simple repetición de la cultura dominante en los centros coloniales. Los intelectuales de América Latina miraban sus países desde la perspectiva de los centros metropolitanos, en función de los intereses, los patrones y los valores de la metrópolis.

Esta alienación era la clave de la supervivencia de la situación del subdesarrollo. De ahí provenía la necesidad de desarrollar una conciencia crítica que liberaría a Latinoamérica de esa condición. Esta conciencia crítica se manifestaría en una “ideología del desarrollo” que uniría las voluntades y los intereses nacionales en torno a las metas de la sociedad nacional independiente.

Claro está que este modelo, aunque predominante, no fue el único que existió en Latinoamérica. Se pueden distinguir distintas posiciones dentro de los marcos generales que queremos abstraer. Estas distintas posiciones van hacia la derecha o hacia la izquierda. Las posiciones más a la derecha, si podemos decir así, pretendían disminuir la importancia de la condición colonial y ponían énfasis en los cambios menos estructurales como, por ejemplo, la mayor racionalidad de la conducta, la modernización económica, el desarrollo tecnológico, la ayuda del capital extranjero, la necesidad de una sociología y una economía del desarrollo que no destruyeran, sin embargo, la universalidad de la ciencia, etc.

La posición más a la izquierda (como arbitrariamente la estamos clasificando) trataba de acentuar el carácter colonial de la economía, la necesidad de cambios estructurales; rechazaba (excepto bajo estricto control) el capital extranjero y planteaba la necesidad de una sociología y una economía latinoamericanas que “asumieran” la perspectiva de los países subdesarrollados.

Como destacamos en otro trabajo⁹, la ideología desarrollista y nacionalista ha asumido un carácter dominante en América Latina, particularmente en los países que se industrializaron más rápidamente.

Creemos que este carácter dominante es el resultado de los intereses de clase que esa ideología refleja en sus formas más puras. Es decir, la clase burguesa industrial formada en los años 30, en un período de debilitamiento del capital extranjero en América Latina y en los demás países subdesarrollados debido a la crisis del 29 y la Segunda Guerra Mundial, se ha convertido en la clase dominante en nuestros países (en los más industrializados, ya en los años 40; en los otros países alcanzó predominio en los años 50 y 60, aunque bajo control del capital extranjero).

Así, tanto las clases medias (particularmente los técnicos e intelectuales), como el movimiento obrero (peronista, varguista, sectores del aprismo, etc.) e incluso los movimientos campesinos (Revolución Mexicana; Cárdenas en particular, con la nacionalización del petróleo y la reforma agraria; revoluciones boliviana, guatemalteca, etc.), todas las clases sociales se mueven culturalmente en el cuadro del pensamiento de la clase hegemónica: el desarrollismo y el nacionalismo.

Este ha sido el horizonte ideológico que ha delimitado el pensamiento latinoamericano actual¹⁰. Y es en el marco de este horizonte donde debemos situar el modelo de desarrollo, cuyos elementos comunes perseguimos abstraer de entre las varias posiciones particulares en las ciencias sociales latinoamericanas.

3. LA CRISIS DEL MODELO DE DESARROLLO

Los hechos históricos han generado una crisis muy seria en las ciencias sociales de Latinoamérica. La década optimista fue seguida de una década de pesimismo caracterizada por la estagnación económica y por el fracaso de las políticas de desarrollo. Tomemos, a modo de obertura, los testimonios de sus principales responsables.

9. *El nuevo carácter de la dependencia*, "Capital extranjero y estructura del poder".

10. George Lukács, en *Historia y consciencia de clase*, creó el concepto de conciencia posible que aplicamos aquí y esclarecemos en nuestro ensayo sobre clases sociales: *El concepto de clases sociales*.

A mediados de la década del 60, más precisamente hasta 1967, cundía el pesimismo en las esferas oficiales.

Después de referirse a los objetivos de la “década del desarrollo” propuesta por las Naciones Unidas, Felipe Herrera, entonces presidente del BID¹¹ constataba:

Sin embargo, transcurrida ya más de la mitad del decenio de los 60, la “brecha” entre uno y otro mundo se agranda, lejos de irse cerrando paulatinamente, como se esperaba.

En efecto, en 1970, de seguir las tendencias actuales, las naciones desarrolladas de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (es decir, Europa occidental, Estados Unidos, Canadá y Japón) habrán incrementado su riqueza, en relación con 1960, en 600.000 millones de dólares, creciendo a un promedio anual de casi 5% e incrementando su ingreso o promedio anual per cápita a más de 2.200 dólares.

El mundo en desarrollo, entretanto, solo ha crecido al 4% bruto. A esto hay que añadir sus tasas más altas de expansión demográfica. De todo lo cual resulta que mientras las naciones desarrolladas habrán, en la década 1960-70, acrecentado sus riquezas en un 50%, el mundo en desarrollo que abarca las dos terceras partes de la población mundial seguirá debatiéndose en la miseria y la frustración.

Ni por la vía del comercio ni por la de la ayuda financiera se ha avanzado hacia esta redistribución internacional de los ingresos a que nos referíamos y así quedó reflejado en los debates de la reunión de Washington [del BM y del FMI].

A este testimonio se agregan los trabajos de Raúl Prebisch¹², otro responsable directo del modelo de desarrollo vigente en la década del 50 y puede completarlo el informe anual de 1967 de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), donde se planteaba la situación global de estagnación:

En la evolución de la economía latinoamericana en 1966, se advierten nuevamente los dos rasgos que la vienen caracterizando desde hace varios años: la

11. Felipe Herrera, “Viabilidad de una comunidad latinoamericana”, *Estudios Internacionales* (Santiago de Chile), año 1, N° 1, abril de 1967.

12. En particular, su primera discusión global de las teorías que él mismo ha desarrollado: *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, México-Buenos Aires, Fondo de la Cultura Económica, 1963.

lentitud y la irregularidad del crecimiento económico. El producto bruto por habitante se mantuvo prácticamente estacionario para la región en su conjunto después de dos años consecutivos en que había crecido a tasas relativamente satisfactorias que sucedían a otros años depresivos¹³.

Los datos del crecimiento del producto bruto latinoamericano han cambiado desde el final de la década del 60 hasta 1974. Se ha acelerado significativamente el crecimiento del PB a una media del 6,9% al año entre 1970 y 1973. Estos datos están fuertemente influidos por el “milagro brasileño”, puesto que este país cuenta con alrededor del 30% del producto de la región. Si excluimos este país, la tasa de crecimiento del conjunto baja a 5,3%¹⁴.

Por otro lado, el excepcional aumento de precios de materias primas y productos agrícolas del período, que permitió una mejora del 13% con relación a los precios de intercambio para la región, tuvo una gran influencia en el producto total. Al mismo tiempo crecieron enormemente las importaciones. En el período que transcurre de 1965 a 1972, el crecimiento del producto interno bruto ha sido siempre inferior al de las importaciones. La tasa de inversión también ha crecido significativamente.

En 1974 y particularmente en 1975 se deberá asistir a una baja de estos indicadores. En primer lugar porque el “milagro brasileño” ha llegado a su límite y se prevé una significativa disminución del ritmo de crecimiento. En segundo lugar, porque los precios de los productos agrícolas y de las materias primas empiezan a bajar fuertemente en el segundo semestre de 1974. La tasa de inversión deberá caer también, como consecuencia de la crisis económica internacional.

De esta manera los índices económicos favorables que configuraban un relativo auge económico de la región (más específicamente, de algunos países importantes de la misma) en vez de anunciar una real superación de sus dificultades y de su retraso relativo, deberán dar lugar a un nuevo período de bajas tasas de crecimiento económico global.

13. CEPAL, *Estudio económico de América Latina*, 1966, primera parte, mayo de 1967, mimeo., p. V. El extracto del informe de 1967 confirma esta tendencia. El informe de 1967 agrega un año más de disminución de la tasa de crecimiento.

14. Los datos citados en este párrafo y los siguientes los extraigo del *Estudio económico de América Latina*, 1973. CEPAL, Santiago de Chile, 1974.

Frente a este fracaso, precisamente en el período en que los gobiernos latinoamericanos adoptan medidas de planificación y en que existe clara aceptación de las principales tesis desarrollistas, ha sido inevitable la crisis de todo el modelo de desarrollo y también de la ciencia social en que se fundamenta¹⁵.

La crisis se hace aún más profunda cuando se examinan las principales expectativas del modelo de desarrollo.

1. El paso del desarrollo hacia afuera al desarrollo hacia adentro generaría mayor independencia del comercio exterior y llevaría el centro de decisión hacia dentro de la economía.

La realidad es, sin embargo, más compleja:

a) En lo que se refiere al comercio exterior, se esperaba que la sustitución de importaciones generase una situación tal que, al fabricarse los principales productos en el país y al no depender esencialmente de la importación de productos manufacturados, los países en desarrollo pudieran alcanzar un alto grado de libertad comercial e independencia con respecto al comercio exterior.

Sin embargo, la situación real fue totalmente otra. La combinación entre la sustitución de importaciones y el deterioro de las divisas, por las causas ya señaladas¹⁶, generó una mayor dependencia del comercio exterior. Se

15. El clima de optimismo en la renovación de los patrones de dependencia generado por los cinco años de crecimiento sostenido en Brasil y algunos países no fue suficiente para restablecer completamente la confianza en las tesis del desarrollismo. La discusión se ha concentrado más bien en una disputa sobre la tesis de la “estagnación o estancamiento” sostenida apresuradamente por los desarrollistas apabullados por los datos de 1961 a 1966-67 y la tesis del desarrollo o crecimiento dependiente enunciada en varios trabajos de los estudios de la dependencia. El informe de la CEPAL de 1973 sobre la situación social de la región refleja este escepticismo sobre los resultados de este crecimiento o desarrollo reciente: “La expansión a ritmo diferente de las actividades más ‘modernas’ y de productividad relativamente elevada, con sus características actuales, a un ritmo de crecimiento previsible y con insumos de capital y tecnología también previsibles, no augura grandes avances hacia la superación de la heterogeneidad estructural mediante la incorporación de la mayor parte de la población que hoy subsiste fuera de ellos. De hecho la heterogeneidad estructural parece reforzarse a sí misma, tanto en lo económico como en lo político”. *Estudio económico de América Latina, tercera parte*, p. 645.

16. Raúl Prebisch insiste en el papel de la baja del precio de los productos exportados (*Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*). Otros autores insisten además en el papel predominante que representan los servicios, fletes y seguros, ayuda técnica y *royalties*, en el déficit de la balanza de capitales. Véase André G. Frank, “Servicios extranjeros o desarrollo nacional”, *Comercio Exterior*, XVI, 2, febrero de 1966, y Theotonio dos Santos, *Crisis económica y crisis política en Brasil*. Incorporado en *Socialismo o fascismo: El nuevo carácter de la dependencia y el dilema de América Latina*. El libro de Orlando Caputo y Roberto Pizarro, *Imperialismo, dependencia y relaciones económicas internacionales*, se convirtió en un clásico sobre el tema.

produjo una situación de menor “elasticidad de la pauta de importaciones” de los países latinoamericanos.

Los productos importados en la fase colonial-exportadora eran, en general, productos de lujo para el consumo de las clases dominantes¹⁷, y sus efectos sobre la economía eran, por tanto, bastante secundarios. En la fase de la sustitución de importaciones se utilizaron las divisas para la compra de los insumos para la industria nacional, o sea, maquinarias y materias primas semimanufacturadas que son cada vez más esenciales para la supervivencia de la economía misma.

Como las divisas son escasas y existen constantes amenazas de que disminuyan, se puede comprender la importancia de esta situación básica. La interdependencia entre las economías nacionales asume la forma de una dependencia en el caso de los países subdesarrollados. Ocurre así porque se trata de una relación de subordinación a aquellos que controlan el mercado mundial, a las técnicas y los medios de producción más desarrollados.

La cuestión de importar estos productos (tan vitales como petróleo, productos químicos, aparatos de precisión, maquinaria, etc.) está profundamente ligada a los déficits de la balanza de pagos. Y estos déficits, a su vez, son fruto de la baja de los precios de productos primarios junto al alza de los precios de productos manufacturados; pero particularmente de los pagos de servicios, fletes, *royalties*, ayuda técnica, etc., de las remesas de capitales, de los crecientes servicios de una deuda externa que se agiganta con la fuerza acumulativa de esta situación deficitaria.

b) En cuanto a la transferencia de los centros de decisión hacia el interior de la economía, tampoco se ha producido lo que se esperaba. Un conjunto de trabajos y datos recientes demuestra que la industrialización de los últimos años se caracteriza por el control creciente del capital extranjero sobre la gran industria¹⁸. Este control, que se produce al mismo tiempo que se consolidan

17. Esta situación no ha sido siempre así. Era muy grande la parte de las rentas de la exportación usadas desde el principio colonial para la compra de esclavos y máquinas e implementos de la producción exportadora.

18. Para la década del 60 véase mi ensayo: *El nuevo carácter de la dependencia*; José Luis Ceceña, *El capital monopolista y la economía de México*, México, Ed. Cuadernos Americanos, 1963; Jaime Fuchs, *La penetración de los trusts yankees en Argentina*, Buenos Aires, Ed. Cartago, 1969; Celso Furtado, “La concentración del poder económico en los Estados Unidos y sus proyecciones en América Latina”, *Estudios Internacionales*, año I, Nº 2-4, octubre de 1967, marzo de 1968; Fernando H. Cardoso,

la concentración y la monopolización del sector industrial, destruye paulatinamente las posibilidades de un desarrollo nacional independiente y somete a la sociedad, la opinión pública, la economía y el Estado al progresivo control del capital extranjero.

Frente a esta realidad, el control de la economía se desnacionaliza todavía más. Es decir, a pesar de que se han creado poderosas fuerzas en los países subdesarrollados, ligadas al mercado interno de tales países, esas fuerzas son internacionales y no nacionales.

Es claro que el creciente control del capital extranjero limita al mismo tiempo las posibilidades de un Estado nacional independiente. El Estado, inmerso en la realidad del poder de los monopolios extranjeros formados por empresas internacionales que disponen del control de la tecnología, del capital y de las técnicas administrativas, no reúne las condiciones necesarias para oponerse a esta realidad y termina por ser controlado y dominado por los intereses de tales sectores. Asistimos todavía a algunas resistencias en este sentido, que creemos condenadas al fracaso por la misma evolución económica, las cuales estudiaremos más en detalle en los próximos capítulos. Estas resistencias se basan en la fuerza del capitalismo de Estado en América Latina. Las empresas estatales, creadas con el objetivo fundamental de favorecer la iniciativa privada y el desarrollo del capitalismo, son una fuerza económica en sí mismas, y en ellas se apoyan una burocracia y una tecnocracia civil y militar que procuran definir su propia orientación del desarrollo. Pero, como lo veremos, el poder económico del Estado en una economía capitalista no puede ejercerse permanentemente en contra de los intereses fundamentales del modo de producción hegemónico.

2. En cuanto al debilitamiento de la oligarquía y la consecuente democratización política, la realidad tampoco los ha confirmado.

Es verdad que las oligarquías tradicionales, agrarias, mineras y comercial-exportadoras se han debilitado en América Latina. Esto se puede medir por el porcentaje constantemente decreciente de la participación del

“Empresarios industriales y desarrollo nacional en Brasil”, Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO), mimeo.; Dale Johnson, “The National and Progressive Bourgeoisie in Latin America: A Case Study”, manuscrito del autor; Jorge Child, “Subdesarrollo y ganancias monopolistas”, *Pensamiento Crítico* (La Habana), Nº 2-3, marzo-abril de 1967. Para los estudios posteriores sobre el tema ver la bibliografía de los capítulos sobre la teoría de la dependencia.

comercio exterior en el ingreso nacional de los países que se industrializaron. Sin embargo, este debilitamiento económico no ha sido acompañado de un debilitamiento político de la misma importancia, ni tampoco de una destrucción de la vieja estructura agraria que fuera correlativa a la expansión de la vida urbano-industrial¹⁹.

¿Cómo ocurrió esto? ¿Qué aspectos de la estructura de la sociedad y la economía de América Latina han permitido semejante supervivencia?

En primer lugar, la economía del sector exportador fue la base del desarrollo industrial. La sustitución de importaciones supone justamente un compromiso entre la estructura agraria o minera exportadora y la estructura industrial. Primero, porque la demanda fundamental atendida por el sector industrial se originaba en el consumo de la oligarquía y de los trabajadores de sus empresas y, muy secundariamente, del sector medio urbano o rural. Segundo, porque las máquinas y materias primas que permitieron crear las industrias eran adquiridas en el exterior con las divisas obtenidas por el sector exportador. A esto llamamos una acumulación “externa” de capitales. Tercero, porque gran parte del capital invertido en la industria se originaba directa o indirectamente (mediante el sistema bancario, sobre todo) en las elevadísimas rentas generadas en el sector agrario y que no se reinvertían ahí.

Por esto podemos comprender el compromiso económico, político y social que se consolidó en los países latinoamericanos después de los años 30. Los movimientos revolucionarios de clase media y pequeñoburgueses que agitaron los años 20 y 30 llevaron, pues, a este régimen de compromiso.

Junto a esto, la democratización política no se produjo. La vieja estructura electoral clientelística que regla en el campo durante el siglo XIX y a comienzos del siglo XX se transfiere a las ciudades y contamina las nuevas formas de acción política. En cierto modo, el populismo reproduce a su manera estos viejos procedimientos clientelísticos y representa una situación de compromiso entre las técnicas de masa urbana y las técnicas personalistas tradicionales. Así, a pesar de que las masas asumen un papel importante en

19. “Lo cierto es que las sociedades tradicionales han resultado ser más o menos flexibles y capaces muchas veces de asimilar elementos en extremo racionales en alguno de sus puntos, sin perder por ello su fisonomía”. CEPAL, *El desarrollo social de América Latina en la posguerra*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1966.

la vida nacional, no se logra construir una democracia burguesa a la manera europea.

Pero lo más dramático en los últimos años ha sido la tendencia a la creación de regímenes de fuerza, que tiene como escenario algunos de los países más industrializados de América Latina. La creciente participación de las masas en la vida política tuvo como respuesta el golpe militar o el endurecimiento del poder institucional con creciente acentuación del Poder Ejecutivo.

Al contrario de lo que creían muchos, estos gobiernos militares no realizan una política típica de la oligarquía liberal tradicional que los apoyó, la cual no controla el poder en el régimen militar. Estos gobiernos, paradójicamente, asumen la bandera de la modernización, aumentan la inversión estatal en muchos casos y no dejan de declararse aliados incondicionales de Estados Unidos, llegando incluso a defender la doctrina internacional de la “interdependencia” entre sus países y Estados Unidos (el caso de Brasil hasta 1973 ha sido el más evidente, y el fracasado gobierno de Onganía en Argentina no impidió otras experiencias importantes como Bolivia [1971], Uruguay y Chile [1973], todas inspiradas en el “modelo brasileño”).

¿Cómo explicar esto?

Una hipótesis pone en tela de juicio las principales orientaciones de la ciencia social hasta los recientes años. Estos gobiernos no representan los intereses del llamado sector tradicional de la economía. Por el contrario, los gobiernos fuertes de este tipo han sido el resultado de las necesidades del mismo capitalismo monopólico, que es una expresión del capital internacional, aliado a los intereses de la burocracia estatal, administradora de la gran empresa estatal; asimilan secundariamente a los sectores de las viejas oligarquías en un nuevo tipo de compromiso que excluye el movimiento popular.

3. La sociedad de consumo de masas que se esperaba fue también una ilusión. Es verdad que los grandes centros urbanos crecieron en mayor escala que el campo y en estos centros es muy vasto el sector directamente ligado al consumo de masas; pero también es verdad, por otro lado, que han crecido en mayor proporción, junto a estos centros, las poblaciones marginales que no se integran completamente en el mercado capitalista.

La formación de estas crecientes poblaciones marginales no puede ser imputada al viejo sistema tradicional. Al contrario, son formadas en parte por el aumento vegetativo de las poblaciones urbanas donde todavía existen altas

tasas de natalidad, pero también se componen en importante proporción del sector emigrado de las zonas rurales en crisis que expulsan aún gran parte de la mano de obra campesina hacia la ciudad. Sabemos que el desarrollo de América Latina en los últimos años se caracteriza por un pequeño crecimiento de la importancia relativa de la mano de obra industrial en el conjunto de la población activa²⁰. La explicación de este hecho se encuentra en el carácter de este desarrollo, apoyado en el gran capital monopólico basado en la baja utilización relativa de mano de obra mediante una tecnología altamente desarrollada para los patrones locales recién incorporada de los grandes centros industriales.

No se puede estar en contra del desarrollo tecnológico, pero la adopción de esta tecnología, dentro de una estructura capitalista que no había asimilado, todavía, a las antiguas poblaciones rurales liberadas en los años 20 y 30, produjo un efecto desastroso para la población de nuestros países. La estructura empresarial no pudo absorber la mano de obra liberada del campo y el aumento general de la población.

De ahí que el resultado de este tipo de desarrollo haya sido un agravamiento del problema de la marginalidad social y económica, elevada esta a la categoría de uno de los temas centrales de las ciencias sociales de nuestros días²¹.

4. ¿Qué puede quedar, después de todo esto, del proyecto de una sociedad nacional independiente, basada en una economía fuerte y orientada hacia el mercado interno?, ¿del proyecto de una clase empresarial a la que correspondería el papel de élite nacional progresista?, ¿del de un Estado nacional independiente que expresara los intereses nacionales?, ¿de aquel de una democracia política fundada en la creciente participación popular en el poder y en el fruto del desarrollo económico? Y, por último, ¿qué queda del proyecto de una ideología desarrollista que coordinara e impulsara este proceso, rompiendo con una mentalidad alienada y poniendo en primer plano los intereses del desarrollo nacional?

20. Véase el trabajo de Cardoso y Reyna: "Industrialización, estructura ocupacional y estratificación social en América Latina", Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES), mimeo., 1966, y las discusiones posteriores sobre el tema del marginalismo.

21. Véase Aníbal Quijano, "Notas sobre el concepto de marginalidad social", CEPAL, 1966, mimeo.

Las llamadas burguesías nacionales, que tendrían por tarea dirigir este proceso, son asimiladas por el capital extranjero. Las investigaciones y estudios recientes sobre el empresario lo demuestran cada vez más claramente²². Los *managers* o ejecutivos de las empresas multinacionales van asumiendo el liderazgo de la vida económica del país y alcanzan rápidamente las otras esferas de la realidad social.

Privada de su base social, la ideología nacionalista y desarrollista se va debilitando y se manifiestan cada vez más evidentemente los intereses opuestos que la conforman. Sin embargo, no se han agotado todas las etapas históricas de este proceso. Estas ideologías todavía renacen bajo nuevas formas, aunque cada vez más contradictorias y debilitadas. Y la burguesía las abandona, dejándolas como tareas de técnicos, burócratas civiles o militares, o aun de políticos de izquierda y de dirigentes obreros que buscan seguridad en el pasado para defenderse de los rápidos cambios del presente. Así, solamente en los sectores de clase media o de pequeña burguesía puede encontrar cierto empuje para apoyar y defender el proyecto del desarrollo nacional e independiente, dentro del capitalismo.

4. CONCLUSIONES

Podemos, pues, deducir algunas conclusiones de estos planteamientos iniciales.

En primer lugar, la teoría del desarrollo que ha predominado en nuestros países ha puesto el énfasis en el tránsito de una sociedad atrasada, tradicional o feudal, etc., hacia una sociedad moderna, desarrollada o capitalista, etc. Este énfasis suponía que los problemas por resolver provienen del polo atrasado de estas economías e hizo que se concentrara el análisis científico en los obstáculos al desarrollo que se encontraban en estos polos atrasados.

En función de esta actitud metodológica básica, se ha elaborado un modelo de desarrollo de América Latina que confiaba fundamentalmente en los efectos económicos, sociales, políticos e ideológicos progresivos de la industrialización.

22. Véase nota 11.

Sin embargo, el transcurso de la industrialización en nuestros países no solo no ha eliminado gran parte de los obstáculos atribuidos a la sociedad tradicional, sino que ha creado nuevos problemas y tensiones muy agudas que se reflejan en una crisis general de América Latina.

Esta crisis del modelo de desarrollo dominante en las ciencias sociales de nuestros países (y del proyecto de desarrollo implícito) puso en crisis a esta misma ciencia. Puso en crisis la propia noción de desarrollo y de subdesarrollo y el papel explicativo de dichos conceptos. De aquí nace el concepto de dependencia como posible factor explicativo de esta situación paradójica. Se trata de explicar por qué nosotros no nos hemos desarrollado de la misma manera que los países hoy desarrollados. Nuestro desarrollo está condicionado por ciertas relaciones internacionales que son definibles como relaciones de dependencia. Esta situación somete nuestro desarrollo a ciertas leyes específicas que lo califican como un desarrollo dependiente, modificado por la etapa histórica de la economía internacional y nuestra posición en ella.

Trátase, pues, de estudiar cuáles son esas relaciones de dependencia y cuáles son las características fundamentales de este tipo específico de desarrollo dependiente y cómo se adapta a las determinaciones de las variadas y distintas estructuras nacionales o locales sobre las cuales opera.

1. DEPENDENCIA Y ESTRUCTURAS INTERNAS

Según vimos, el concepto de dependencia surge en América Latina como resultado del proceso de discusión sobre el tema del subdesarrollo y el desarrollo. En la medida en que no se cumplen las expectativas puestas en los efectos de la industrialización, se pone en duda la teoría del desarrollo que sirve de base al modelo de desarrollo nacional e independiente elaborado en los años 50. El concepto que sirve de camino para la superación de los errores anteriores es el de dependencia. Sin embargo, este concepto no ha sido esclarecido completamente a pesar de que un conjunto de trabajos le ha dado definitivamente un estatus científico al colocarlo en el centro de la discusión académica sobre el desarrollo²³.

En la discusión que se ha realizado hasta el momento, se han caracterizado algunos errores en los enfoques tradicionales de la dependencia. Nuestro

23. Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*; Osvaldo Sunkel, "Política nacional de desarrollo y dependencia externa", *Revista de Estudios Internacionales* (Santiago de Chile), v. 1 N° 1, mayo de 1967; Pedro Paz, *Dependencia financiera y desnacionalización de la industria interna*, CEPAL, noviembre de 1967, mimeo.; Aníbal Quijano, *Dependencia, cambio social y urbanización en Latinoamérica*, CEPAL, noviembre de 1967, mimeo.; Tomás Vasconi, "Cultura, ideología, dependencia, alienación", *Boletín del CESO* (Santiago de Chile), N° 3; Ruy Mauro Marini, "La interdependencia brasileña y la integración imperialista", *Monthly Review*, Selecciones en Castellano, N° 31, abril de 1966; Theotonio dos Santos, *El nuevo carácter de la dependencia*; Cuaderno del Centro de Estudios Socioeconómicos, 1ª parte: "Gran empresa y capital extranjero", N° 6, 1967; 2ª parte: "Gran capital y estructura del poder", N° 10, 1968; André G. Frank, *Capitalism and Under Development*; Francisco Weffort, *Classes Populares e Desenvolvimento Social*, ILPES, febrero de 1968; Espartaco, "La crisis latinoamericana y su marco externo", *Desarrollo Económico* (Buenos Aires), julio-diciembre de 1966; Vania Bambirra, *El capitalismo dependiente en América Latina*, México, Ed. Siglo XXI, 1974. La editorial de las Universidades Centroamericanas (EDUCA) publicó una interesante selección de artículos sobre el tema.

objetivo, en este momento, es criticar estos puntos de vista para lograr la claridad suficiente sobre el tema.

La dependencia no es un “factor externo”, como se ha creído muchas veces. En un trabajo anterior afirmamos:

al analizar la crisis brasileña procuraremos determinar su movimiento propio y específico. La situación internacional en que este movimiento se produce es tomada como condición general, no como demiurgo del proceso nacional, porque la forma en que esa situación actúa sobre la realidad nacional es determinada por los componentes internos de esta realidad. Ante todo, es una forma cómoda la de sustituir la dinámica interna por una dinámica externa. Si esto fuera posible, estaríamos eximidos de estudiar la dialéctica de cada uno de los movimientos del proceso global y sustituiríamos el estudio de las diversas situaciones concretas por una fórmula general abstracta²⁴.

Más explícitamente lo plantea Aníbal Quijano:

En tales condiciones, la problemática total del desarrollo histórico de nuestras sociedades está afectada radicalmente por el hecho de la dependencia. Este no es un dato externo de referencia, sino un elemento fundamental en la explicación de nuestra historia²⁵.

Este enfoque está también explicitado en los trabajos citados de Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto y Francisco Weffort y se puede afirmar que es la clave de la elaboración de este concepto como categoría científica explicativa.

Enfocar la dependencia como una condición que configura cierto tipo de estructuras internas, significa tomar el desarrollo como un fenómeno histórico mundial; como resultado de la formación, expansión y consolidación del sistema capitalista. Tal perspectiva implica la necesidad de integrar, en una sola historia, la perspectiva de la expansión capitalista en los países hoy desarrollados y sus resultados en los países por él afectados. Pero no se trata

24. “Crisis económica y crisis política en Brasil”, *op. cit.*, pp. 6-7. Incorporado en *Socialismo o fascismo...*, ya citado.

25. Aníbal Quijano, *Dependencia, cambio social y urbanización en Latinoamérica*, ILPES, 1967, mimeo., p. 5.

de tomar estos resultados como simples “efectos” del desarrollo capitalista, sino como su parte integrante y determinante.

Al darse este paso teórico, se delimita claramente la especificidad histórica del desarrollo de los países hoy capitalistas y, en consecuencia, la especificidad del desarrollo de los países hoy subdesarrollados. El estudio del desarrollo del capitalismo en los centros hegemónicos dio origen a la teoría del colonialismo y del imperialismo. El estudio del desarrollo de nuestros países debe dar origen a la teoría de la dependencia.

Por esto, debemos considerar limitados los enfoques de los autores de la teoría del imperialismo. Ni Lenin, Bujarin, Rosa Luxemburgo, los principales elaboradores marxistas de la teoría del imperialismo²⁶, ni los pocos autores no marxistas que se ocuparon del tema, como Hobson²⁷, han enfocado el tema del imperialismo desde el punto de vista de los países dependientes. A pesar de que la dependencia debe ser situada en el cuadro global de la teoría del imperialismo, tiene su realidad propia que constituye una legalidad específica dentro del proceso global y que actúa sobre él de esta manera específica. Comprender la dependencia, conceptuándola y estudiando sus mecanismos y su legalidad histórica, significa no solo ampliar la teoría del imperialismo, sino también contribuir a su mejoría y reformulación.

Este sería, por ejemplo, el caso de la reformulación de algunos equívocos en que incurrió Lenin, al interpretar en forma demasiado genérica ciertas tendencias de su época. Lenin esperaba que la evolución de las relaciones imperialistas conduciría a un parasitismo en las economías centrales y su consecuente estagnación, y, por otro lado, creía que los capitales invertidos en el exterior por los centros imperialistas llevarían al crecimiento económico de los países más atrasados²⁸. En su enfoque del desarrollo desigual y combinado, Lenin no separó claramente los efectos de las inversiones externas

26. Vladimir Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*; Rosa Luxemburgo, *La acumulación del capital*; N. Bujarin, *La economía mundial y el imperialismo*. Véase el resumen de los principales textos sobre el tema en *Imperialismo y dependencia externa*. Equipo de investigaciones sobre Relaciones en América Latina, CESO, 1968.

27. J.A. Hobson, *Imperialism; A Study*; J.A. Schumpeter, *Imperialismo y clases sociales*; John Strachey, *El fin del imperio*.

28. “La exportación de capitales repercute en el desarrollo del capitalismo dentro de los países en que aquellos son invertidos, acelerándolo extraordinariamente”. Lenin, *op. cit.*, p. 776; véase también p. 812.

en los países ya independientes económicamente, como Estados Unidos y Australia, de aquellas inversiones en países esencialmente exportadores y de mano de obra barata.

Si desde el punto de vista lógico, a partir de las tendencias encontradas en su época, esto debería ocurrir, es preciso descubrir por qué no ocurrió en el caso de los países dependientes que mantuvieron una posición de profundo retraso frente a los países imperiales y no lograron romper la barrera del subdesarrollo y de la dependencia. En primer lugar, Lenin no estudió los efectos de la exportación de capital sobre las economías de los países atrasados. Si se hubiera ocupado más específicamente del tema, hubiera visto que este capital se invertía en la modernización de la vieja estructura colonial exportadora y, por tanto, se aliaba a los factores que mantenían el atraso de estos países. Es decir, no se trataba de una inversión capitalista en general, sino de la inversión imperialista en un país dependiente. Este capital venía a reforzar los intereses de la oligarquía comercial exportadora, a pesar de que abría realmente una nueva etapa de la dependencia en dichos países²⁹.

El ejemplo citado nos muestra la necesidad de enfocar con mayor amplitud el tema de la dependencia. Hay que superar una perspectiva unilateral que se limita a analizar el problema desde el punto de vista del centro hegemónico, y es necesario integrar las áreas periféricas en el conjunto del análisis como parte de un sistema de relaciones económico-sociales a nivel mundial. El concepto de dependencia y de su dinámica adquiere en este caso todo su valor teórico y científico.

La dependencia no permite, por consiguiente, que se analice el subdesarrollo como fenómeno de ciertas estructuras atrasadas, todavía no capitalistas. Desde el principio, el concepto de dependencia nos permite superar este punto de vista que se origina en una visión ahistórica del problema, pues,

29. Fritz Sternberg hace hincapié en el tema, con relación al texto de Marx sobre la penetración del capitalismo en India; pero fue Marx, por el contrario, uno de los precursores del estudio de la dependencia en dicho texto. La interpretación de Sternberg es muy unilateral. Véase *Capitalismo o socialismo*. Nuestras observaciones sobre el carácter limitado de los estudios de Lenin para comprender la relación entre el imperialismo, que él logró sistematizar de manera tan completa, y el fenómeno de la dependencia al cual él definitivamente no se dedicó mayormente, provocó reacciones airadas de compañeros de los partidos comunistas. En un capítulo posterior pretendemos rescatar la contribución leninista para el estudio de la dependencia, pero consideramos infantil esta defensa a ultranza de una afirmación que el propio Lenin ya empezaba a revisar posteriormente.

como hemos dicho, el subdesarrollo es un producto de una situación mundial que se explica por la expansión del capitalismo en el mundo.

La teoría de la dependencia nos plantea, pues, el siguiente problema: nuestros países se forman como tales dentro de la situación de dependencia y, por tanto, dentro del proceso de expansión mundial del capitalismo. ¿En qué medida las economías que se forman así pueden ser consideradas como capitalistas? Este tema pretendemos desarrollarlo posteriormente en forma más profunda. Por el momento, es importante plantear con todo rigor la cuestión general: ¿cuál es el carácter de la economía y de la sociedad que se forman como producto de la expansión capitalista colonial?

André Gunder Frank ha insistido, en un conjunto de trabajos de gran valor crítico³⁰, sobre el carácter capitalista de la economía y sociedad latino-americanas, no solo desde su nacimiento sino “desde su cuna”, como él lo afirma categóricamente. Esta misma tesis había sido defendida anteriormente por Sergio Bagú y Luis Vitale³¹.

Los argumentos de Frank son: a) Latinoamérica fue colonizada por Europa en la fase de su expansión capitalista mercantil y la economía que se forma en ella es complementaria de esa economía mundial; b) el grueso de la producción es para la exportación y por lo tanto es mercantil y no se puede hablar de feudalismo; c) las zonas de carácter más subdesarrollado en América Latina son las zonas que tuvieron un gran auge exportador y por tanto mercantil; es, pues, absurdo ligar el subdesarrollo al feudalismo; d) el sistema capitalista se forma como un conjunto de satélites que circulan en la órbita de un astro central. Este astro central explota a todo el sistema de satélites y subsatélites que, a su vez, explotan a los que están más abajo del sistema. En los países subdesarrollados hay, por tanto, un sistema de explotación interno que se liga al sistema internacional.

La crítica de Frank es correcta. No se puede hablar de feudalismo clásico en economías y sociedades que se organizan para la exportación. Sin embargo, estas economías –precisamente porque vivían para exportar y no creaban

30. André G. Frank, obras citadas, más las siguientes: “El nuevo confucionismo del precapitalismo dual en América Latina”, *Economía* (México), N° 4, mayo-junio de 1965; “El desarrollo del subdesarrollo”, *Desarrollo* (Bogotá), v. I N° 1, enero de 1966.

31. Sergio Bagú, *Economía de la sociedad colonial*, Buenos Aires, El Ateneo, 1949; Luis Vitale, “América Latina: feudal o capitalista”, *Revista Estrategia* (Santiago de Chile), N° 3, 1966.

por ello un mercado interno (ya que el grueso de su ingreso provenía de la exportación y, por tanto, servía de mercado de la producción manufacturera externa y no de la nacional como lo veremos en otro capítulo)—, no lograron constituirse en una economía capitalista mercantil manufacturera como en parte de la Europa de la época, sino en una economía servil que se desarrolla en el marco colonial exportador. El régimen exportador favorecía la existencia de una economía natural o de autoconsumo, al lado de la exportadora, y no creaba importantes efectos secundarios, particularmente en el sector manufacturero; no permitía ni estimulaba el pleno desarrollo de las relaciones capitalistas de producción, apoyándose por el contrario en formas serviles o esclavistas de trabajo.

¿Cómo caracterizar este régimen de producción? ¿Como un caso de régimen capitalista, como un modo de producción distinto o como un régimen de transición de un feudalismo o esclavismo incompletos hacia el capitalismo que asumió la forma colonial exportadora, así como en Europa en esta etapa se vivía una fase de transición del feudalismo al capitalismo, caracterizada como un período mercantil-manufacturero?

A nosotros nos parece que esta última caracterización es la que más se aproxima a la realidad dependiente. La Revolución Industrial en Inglaterra a fines del siglo XVIII creó las condiciones para la expansión del modo de producción capitalista en Europa, transformándolo en el régimen de producción dominante en estos países, precisamente porque el período mercantil-manufacturero había preparado la división entre la propiedad de los medios de producción y la fuerza de trabajo libre; había también preparado las condiciones para una intensa acumulación primitiva de capitales basándose en el monopolio del comercio internacional, en la concentración y agilización de la actividad financiera, en la destrucción de la economía campesina privada; había, en fin, hecho avanzar la división del trabajo en las manufacturas que se enfrentaban a un mercado interno y externo en crecimiento sostenido. Otra era la situación de América Latina, productora de metales y productos tropicales: un importante mercado para Europa y no para América Latina, a la cual le sobraban los restos de este mercado y que tenía que pagar grandes sumas a la Corona y a los comerciantes. Todo esto ha conducido a América Latina, después de rotas las limitaciones del período colonial, a un capitalismo dependiente basado en el sector exportador. Las huellas de un régimen

colonial exportador dan los parámetros de la América Latina “liberada”. No solamente porque se nos arrebató gran parte de nuestros excedentes, sino fundamentalmente porque nuestras estructuras económico-sociales eran dependientes y las revoluciones liberadoras no lograron cambiar las bases de estas estructuras, dominadas como lo estaban por la oligarquía criolla.

Creemos haber aclarado esta cuestión básica: el subdesarrollo no es un estadio atrasado y anterior al capitalismo, sino una consecuencia de él y una forma particular de su desarrollo: el capitalismo dependiente. No se trata de una cuestión de satelización, como lo pretende André G. Frank, sino de la conformación de un cierto tipo de estructuras internas que están condicionadas por la situación internacional de dependencia.

2. ¿QUÉ ES LA DEPENDENCIA?

Llegamos así a la posibilidad de definir más claramente lo que se debe entender por dependencia:

A. En primer lugar, debemos caracterizar la dependencia como una situación condicionante.

La dependencia es una situación en la cual un cierto grupo de países tienen su economía condicionada por el desarrollo y expansión de otra economía a la cual la propia está sometida. La relación de interdependencia entre dos o más economías, y entre estas y el comercio mundial, asume la forma de dependencia cuando algunos países (los dominantes) pueden expandirse y autoimpulsarse, en tanto que otros países (los dependientes) solo lo pueden hacer como reflejo de esa expansión, que puede actuar positiva y/o negativamente sobre su desarrollo inmediato. De cualquier forma, la situación de dependencia conduce a una situación global de los países dependientes que los sitúa en retraso y bajo la explotación de los países dominantes.

Los países dominantes disponen así de un predominio tecnológico, comercial, de capital y sociopolítico sobre los países dependientes (con predominio de algunos de esos aspectos en los diversos momentos históricos) que les permite imponerles condiciones de explotación y extraerles parte de los excedentes producidos interiormente.

La dependencia está, pues, fundada en una división internacional del trabajo que permite el desarrollo industrial de algunos países y limita este

mismo desarrollo en otros, sometiéndolos a las condiciones de crecimiento inducido por los centros de dominación mundial.

La división internacional del trabajo entre los productores de materias primas y productos agrícolas y los productores de manufacturas es un resultado típico del desarrollo capitalista que asume la forma necesaria de la desigualdad combinada entre los varios países. Esta forma desigual es una consecuencia del carácter de la acumulación del capital en que el crecimiento de la economía se basa en la explotación de muchos por pocos y en la concentración de los recursos del desarrollo económico social en manos de esta minoría. Grupos minoritarios nacionales con alta concentración de capital, dominio del mercado mundial, monopolio de las posibilidades de ahorro e inversión son elementos complementarios en el establecimiento de un sistema internacional desigual y combinado.

Este sistema se hace progresivamente más interdependiente a nivel internacional, en tanto se desarrolla la tecnología aplicada a la producción y a la comunicación como consecuencia de las revoluciones comercial e industrial. Estas revoluciones permiten que economías antes aisladas se hagan complementarias. Pero esta complementariedad o esta interdependencia no se da en el cuadro de relaciones de colaboración entre los hombres, sino de las relaciones de competencia entre propietarios privados. En esta lucha en que “el hombre es el lobo del hombre” (Hobbes), el monopolio es el fundamento de la victoria.

Será en Italia, Portugal, España, Holanda, Francia y, en fin, en Inglaterra donde estarán concentrados los grandes centros del capital y, a su lado, se organizarán los centros productivos en expansión que constituyen la base del nuevo régimen de producción capitalista. América Latina no estaba en estos centros de capital y posteriormente no pudo estar en el centro de la producción. Tuvo que esperar a que estos cambios en los centros dominantes se irradiansen por el mundo con sus violentos y dramáticos movimientos de expansión para incorporarlos en parte. Hasta que pueda transformarse en una economía autosostenible o independiente continuará en la posición de simple complemento necesario de un sistema internacional que ella no puede determinar.

¿Qué debemos entender, pues, por situación condicionante?

Una situación condicionante determina los límites y posibilidades de acción y comportamiento de los hombres. Frente a ella, solo caben dos posi-

bilidades: a) escoger entre las distintas alternativas dentro de esta situación (elección que no es completamente libre, pues la situación concreta incluye otros elementos más, otros factores que actúan para conformar ciertas formas particulares de esta situación general y que limitan todavía más las posibilidades de acción y de elección); o b) cambiar esta situación condicionante a fin de permitir otras posibilidades de acción; es decir, actuar, en el sentido de un cambio cualitativo que también tiene que ser considerado en función de sus posibilidades concretas.

Si la dependencia es una situación condicionante, entonces establece los límites posibles del desarrollo de estos países y de sus formas.

Sin embargo, esto no es definitivo por dos motivos:

a) Porque las situaciones concretas de desarrollo están formadas tanto por estas condicionantes generales de la dependencia, como por las características específicas de la situación condicionada, que redefinen y particularizan la situación condicionante general.

b) La situación misma de dependencia se puede cambiar, y de hecho se altera, según cambien las estructuras hegemónicas y las mismas estructuras dependientes. Estos cambios pueden darse sin romper las relaciones de dependencia, sino simplemente reorientándolas (el paso, por ejemplo, de la dependencia mercantil a la industrial-financiera); o rompiendo esas relaciones y buscando consolidar una economía independiente (caso de los países socialistas del Tercer Mundo, como China, Corea, Vietnam y Cuba, a pesar de los problemas que todavía puedan tener, debido a la herencia dejada por la vieja situación y las viejas estructuras)³².

De todo ello se puede concluir que el estudio de la dependencia será incompleto y equivocado si no contempla esta realidad en toda su complejidad.

32. Hay que diferenciar la situación de China, que dispone de una economía muy integrada nacionalmente, de aquella de Cuba que todavía basa gran parte de su ingreso en la exportación de la caña de azúcar. Pero, en los países socialistas, la sociedad y el poder no se basan en la expansión del consumo como en las economías capitalistas donde la producción es un valor en sí mismo. Por este motivo, en los países socialistas pueden enfrentarse las situaciones de presión económica externa con mayor facilidad. Éste es el secreto de la independencia política de países dependientes del comercio exterior como Cuba. Por esto, no se puede incluir este tipo de dependencia en nuestro concepto científico de dependencia. Se trata de una situación específica cuyo desarrollo sigue leyes distintas. Para estudiarla habría que desarrollar conceptos específicos. El problema de los países socialistas de Europa oriental tiene también que ser estudiado en su carácter específico debido al más alto nivel de desarrollo industrial, a la proximidad de la Unión Soviética y Europa y a la experiencia estalinista.

Es decir, hay que comprender esta situación condicionante como límite, o mejor, como configuración de ciertas realidades más complejas con las cuales forman la realidad total que son las estructuras nacionales.

B. Con ello podemos plantear nuestra segunda conclusión general introductora: la dependencia condiciona una cierta estructura interna que la redefine en función de las posibilidades estructurales de las distintas economías nacionales.

En este sentido, podemos decir que estas economías nacionales, si no condicionan las relaciones de dependencia en general, delimitan cuáles son sus posibilidades de expansión, o mejor, las redefinen al nivel de su funcionamiento concreto.

Este aspecto del problema tiene profundas implicaciones metodológicas. No se trata de establecer ciertas variables estratégicas que actúan sobre otras variables, formando un movimiento que sea la resultante de la acción de estas variables. Este sería un modelo excesivamente mecánico para un fenómeno más complejo que es posible aprehender científicamente en su complejidad fundamental, siempre que se use otro modelo de ciencia.

No es este el momento de exponer a fondo esta cuestión. Tratémosla solamente en función del estudio de la dependencia. Nuestro objeto de estudio es la dependencia que definimos como una situación histórica que configura una cierta estructura de la economía mundial que favorece el desarrollo económico de algunos países en detrimento de otros y que determina las posibilidades de desarrollo de las economías internas, constituyéndolas como realidades económico-sociales. Después de delimitar este objeto de estudio vemos que es necesario analizarlo en dos momentos:

a) en un primer momento, trátase de determinar las formas básicas de dependencia según el desarrollo histórico del sistema capitalista en el centro hegemónico y en sus relaciones con el sistema mundial; en este sentido, la historia de la dependencia y su definición como sistema se confunde con la historia del sistema capitalista mundial y sus distintas configuraciones históricas, y con el análisis de este sistema, en tanto condicionante de una determinada situación internacional para los países dependientes;

b) en un segundo momento, debemos estudiar cómo se estructuran estas economías nacionales dependientes dentro y en función de este sistema mundial, y el papel que desempeñan en su desarrollo.

3. IMPORTANCIA DEL ENFOQUE PARA LA TEORÍA DEL DESARROLLO

Al llegar a este punto, encontramos la importancia fundamental de este enfoque para la teoría del desarrollo. Al definir las estructuras internas latinoamericanas como dependientes, debemos definir los distintos tipos de relaciones de dependencia que resultan de esta combinación y las leyes que rigen el desarrollo de estas sociedades.

Delimitando estas leyes de desarrollo de las sociedades dependientes que, por principio, no están contempladas en ninguna teoría social que no las haya tomado como objeto específico de análisis, definimos las condiciones posibles del desarrollo. No condiciones generales y abstractas, sino condiciones histórico-específicas, abstraídas por el análisis teórico.

Este modo de enfocar el problema resuelve una pugna que todavía existe en las ciencias sociales latinoamericanas sobre la constitución de la teoría del desarrollo. Se discute si es necesaria la creación de una ciencia social nacional que se fundamentara en las condiciones del subdesarrollo, a partir de la cual se redefiniría el llamado “aporte extranjero”, o si se trata de una simple aplicación de los “conceptos universales” y “objetivos” de la ciencia a la realidad de nuestros países. Vemos así que la alternativa es falsa.

No hay posibilidad de fundamentar la ciencia social en las condiciones del subdesarrollo y, a partir de ella, redefinir el aporte extranjero, porque estas condiciones del subdesarrollo solo se pueden comprender desde el punto de vista del desarrollo global del sistema.

No hay posibilidad de “aplicar” los conceptos universales de la ciencia social a los países subdesarrollados, porque los conceptos de las ciencias sociales no se pueden referir a genéricos formales, sino a realidades históricas. Estas realidades históricas tienen una estructura y por tanto pueden ser estudiadas en forma abstracta, pero abstracta-dialéctica, es decir, a través de la abstracción de las leyes del movimiento de una realidad histórico-concreta. En resumen: las leyes que rigen el desarrollo de los países subdesarrollados son específicas y como tales deben ser estudiadas como leyes del desarrollo de los países capitalistas dependientes y sus distintas formas tipológicas. En este caso, por tanto, no se trata de “aplicar” conceptos genéricos a particulares, sino de redefinir conceptos universales según algunas situaciones específicas. El resultado es un nuevo concepto.

C. Un tercer aspecto que es esencial para la comprensión de la dependencia, es el que se refiere a la articulación necesaria entre los intereses dominantes en los centros hegemónicos y los intereses dominantes en las sociedades dependientes. La dominación “externa” es impracticable por principio. Solo es posible la dominación cuando encuentra respaldo en los sectores nacionales que se benefician de ella. De ahí la necesidad de romper con el concepto de “alienación” que ha pretendido encontrar en nuestras élites una especie de enajenación de sí mismas, al mirar su propia realidad con los ojos de una realidad ajena. Según esta tesis, nuestras élites miraron nuestros países desde la perspectiva del colonizador y esta situación básica enajenada es la forma que asumió la cultura subdesarrollada y dependiente.

Al mostrar la correspondencia necesaria entre los intereses de la dominación y los intereses de los “dominadores dominados” (de ahí el carácter específico de las clases dominantes de los países dependientes) mostramos que, a pesar de que existen conflictos internos entre esos intereses dominantes, son intereses fundamentalmente comunes. El concepto de alienación conduce a una falsificación de la realidad y se torna necesario sustituirlo por el concepto de “compromiso” entre los distintos componentes internacionales y nacionales de la situación de dependencia³³.

El concepto de compromiso o de combinación de los distintos intereses que componen la situación de dependencia es un elemento esencial para la elaboración de una teoría de la dependencia.

D. De todo esto resulta un elemento teórico que tiene relación inmediata con los problemas prácticos del desarrollo y de la vida cotidiana, política, social, económica y cultural de nuestros pueblos.

Si la situación de dependencia es la que configura una situación interna, a la cual está estructuralmente ligada, no es posible romperla aislando al país de las influencias exteriores, pues esto simplemente provocaría el caos de una estructura interna que es dependiente por esencia. La única solución para romperla sería, pues, cambiar estas estructuras internas, lo que conduce

33. Apuntamos tres interesantes trabajos en esta fecunda dirección de análisis del problema de la dependencia cultural: Wanderley Guilherme, “Preliminares de una controversia metodológica”, *Revista Civilização Brasileira* (Rio de Janeiro), Nº 5-6, marzo de 1966; José Carlos Chiaramonte, *Problemas del europeísmo en Argentina*, Paraná, Universidad Nacional del Litoral, 1964; y el artículo de Tomás Amadeo Vasconi ya citado.

necesariamente, al mismo tiempo, al enfrentamiento con esta estructura internacional.

Desgraciadamente, dentro de este modo complejo pretendemos estudiar el fenómeno de la dependencia. Con la ayuda de la dialéctica podemos enfrentarlo. Es sensible (o quizás esto sea lo bueno de la condición humana) que la realidad sea tan exuberante frente a la pobre realidad representada o imaginada por la conciencia³⁴.

34. *Ad notam* de los simples empiristas y demás realistas ingenuos de nuestro tiempo.

A partir de lo que hemos discutido hasta el momento, podemos decir que las formas históricas de dependencia están condicionadas por:

1. Las formas básicas de la economía mundial, que tiene sus propias leyes de desarrollo;
2. el tipo de relaciones económicas dominantes en los centros capitalistas y los modos como se expanden hacia el exterior;
3. los tipos de relaciones económicas existentes en el interior de los países que se articularon en la condición dependiente, en el seno de las relaciones económicas internacionales generadas por la expansión capitalista.

No nos cabe aquí estudiar estas formas en detalle, sino apuntar, a grandes rasgos, su desarrollo, adelantándose a un posterior estudio. Dichas formas son:

1º La dependencia colonial, comercial-exportadora, en la cual el capital comercial y financiero, aliado del Estado colonialista, dominaba las relaciones económicas en las economías europeas y coloniales, mediante el monopolio del comercio. Este se completaba a través del monopolio colonial de las tierras, minas y mano de obra (servil o esclava) en los países colonizados.

2º La dependencia financiero-industrial, que se consolida a fines del siglo XIX, caracterizada por el dominio del gran capital en los centros hegemónicos y su expansión hacia el exterior para invertir en la producción de materias primas y productos agrícolas consumidos en los centros hegemónicos. En los países dependientes origina una estructura productiva dedicada a la exportación de estos productos, que Levin denominó “economías

de exportación”³⁵, produciendo lo que la CEPAL llamó “desarrollo hacia afuera”³⁶.

3º La dependencia tecnológico-industrial, en el período de la posguerra, se consolidó en un nuevo tipo de dependencia, caracterizada básicamente por el dominio tecnológico-industrial³⁷ de las empresas transnacionales, que pasan a invertir en las industrias destinadas al mercado interno de los países subdesarrollados.

Al analizar el proceso de constitución de una economía mundial que integra a las llamadas economías nacionales en un mercado mundial de mercancías, de capitales e incluso de fuerza de trabajo, vemos que las relaciones que se producen en este mercado son desiguales y combinadas. Desiguales, porque el desarrollo de partes del sistema se hace a costa de otras partes. Las relaciones comerciales se basan en un control monopólico del mercado, que lleva a la transferencia de excedentes generados en los países dependientes hacia los países dominantes. Las relaciones financieras son, por parte de las potencias dominantes, formas de préstamo y exportación de capital que permiten recibir intereses y ganancias aumentando su excedente interno y profundizando el control de las economías de estos países. En cambio, por parte de los países dependientes, estas relaciones se presentan como exportación de ganancias e intereses que llevan una porción del excedente generado en su interior y conducen a una pérdida de control de sus recursos productivos.

Para permitir estas relaciones desventajosas, los países dependientes tienen que generar altos excedentes, no por disponer de una tecnología más elevada, sino por contar con una mano de obra sobreexplotada, la cual se convierte en una limitación para el desarrollo de su mercado interno, así como para el desarrollo de las capacidades técnicas y culturales y la salud moral y física de sus pueblos.

Hablamos de desarrollo combinado, porque es la combinación de estas desigualdades y la transferencia de recursos de los sectores más atrasados y dependientes a los más adelantados y dominantes, la que explica esa desigualdad, la profundiza y la transforma en un elemento necesario y estructural de esta economía mundial.

35. Véase I.V. Levin, *Las economías de exportación*, México, UTEHA, 1964.

36. CEPAL, *La CEPAL y el análisis del desarrollo latinoamericano*, Santiago de Chile, 1968.

37. Theotonio dos Santos, *Socialismo o fascismo...*, *op. cit.*

Cada una de estas formas de dependencia corresponde a una situación, que condicionó no solamente las relaciones internacionales de los países latinoamericanos, sino también sus estructuras internas: la orientación de la producción, las formas de acumulación de capital, la reproducción de la economía y, al mismo tiempo, su estructura social y política.

1. LAS ECONOMÍAS EXPORTADORAS

En las formas primera y segunda de dependencia, la producción se orientó hacia los productos destinados a la exportación (oro, plata y productos tropicales, en la época de la Colonia; materias primas y productos agrícolas, en la época de la dependencia industrial-financiera). En otras palabras, la orientación de la producción estaba condicionada por la demanda de los centros hegemónicos. La estructura productiva interna se caracterizaba así por una rígida especialización y una orientación de regiones enteras hacia la monocultura (caso del Caribe, del noreste brasileño, etc.).

Al lado de estos sectores exportadores, se formaban algunas economías complementarias (por ejemplo, zona de ganado y algunas manufacturas) que eran, en general, completamente dependientes del sector exportador al cual le vendían.

Una tercera forma de economía era la de subsistencia, que proporcionaba mano de obra al sector exportador en las coyunturas favorables del comercio mundial y hacia la cual fluían las poblaciones sobrantes en las coyunturas desfavorables.

En estas condiciones, cuatro factores restringían el mercado interno:

1. La parte más sustancial del ingreso nacional era aquella obtenida con la exportación utilizada para comprar los insumos de la producción exportadora (esclavos, por ejemplo) o para el consumo de lujo de los dueños de las haciendas y minas o de los empleados más ricos.

2. La mano de obra existente estaba sometida a formas de sobreexplotación que limitaban su consumo.

3. Parte del consumo de estos trabajadores estaba formado por la economía de subsistencia que servía de complemento a sus ingresos y de refugio en los períodos depresivos.

4. Un cuarto factor se daba en los países en que las tierras y minas perte-

nećían a extranjeros (los casos de economía de enclave). En ellos, gran parte del excedente acumulado se destinaba al exterior bajo la forma de ganancia, lo que limitaba no solo el consumo interno, sino también las posibilidades de reinversión³⁸.

En los casos de economías de enclave, las relaciones de las empresas extranjeras con el centro hegemónico eran todavía más explotadoras por el hecho de que las compras de los trabajadores y técnicos del enclave se hacían directamente del exterior, aumentando las ganancias de la empresa. Asimismo, este hecho disminuye el impacto de la economía exportadora sobre el mercado interno. Solo mucho más tarde se atenúa este fenómeno a través de la acción del Estado que, presionado por los obreros y las clases medias especialmente, establece impuestos sobre las actividades del enclave y distribuye los ingresos así obtenidos en favor de la población local, en forma de construcciones públicas, previsión social, creación de empleos públicos, etc.

2. LA NUEVA DEPENDENCIA

En la nueva forma de dependencia, la tercera conforme a lo enunciado en el ítem anterior, la producción industrial que se desarrolla está condicionada de varias formas por las exigencias del mercado internacional de bienes y capitales.

La posibilidad de generar nuevas inversiones depende de la existencia de recursos financieros en moneda extranjera para comprar las maquinarias y materias primas industrializadas que no se producen en el interior. Esta compra está condicionada por dos factores: la limitación de los recursos generados por el sector exportador (reflejados en la balanza de pagos, que incluye no solo las relaciones comerciales, sino también las de servicios) y la limitación del monopolio de las patentes, que lleva a las empresas monopólicas a preferir transferir sus máquinas bajo la forma de capitales y no de mercancías.

Habría que analizar estas relaciones de dependencia para comprender los límites estructurales fundamentales que imponen al desarrollo de estas economías.

38. El problema del excedente económico y de su utilización lo ha estudiado en particular Paul Baran, *Economía política del crecimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959.

1. El desarrollo industrial depende de la existencia de un sector exportador que produce las divisas que permiten comprar los insumos utilizados por el sector industrial.

La primera consecuencia de esta dependencia es la necesidad de conservar el sector exportador tradicional, que económicamente limita el desarrollo del mercado interno, debido a la conservación de relaciones de producción atrasadas y que, políticamente, significa el mantenimiento en el poder de las oligarquías tradicionales y decadentes. En los países donde estos sectores son controlados por el capital extranjero, significa la remesa de fuertes ganancias al exterior y la dependencia política de estos intereses.

Es necesario señalar que raramente el capital extranjero deja de controlar por lo menos el sector de comercialización de estos productos. Contra estos límites, varios de los países dependientes desarrollaron, en los años 30 y 40, una política de restricción cambiaria y de impuestos sobre el sector exportador nacional o extranjero y, hoy en día, tienden a la nacionalización progresiva de la producción y a poner algunos límites tímidos al control externo de la comercialización de los productos exportados. Además, con la misma falta de audacia, buscan obtener mejores condiciones de oferta de sus productos. En las últimas décadas, generaron mecanismos de acuerdos internacionales de precios y actualmente la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (CNUCYD) y la CEPAL presionan para obtener un tratamiento tarifario más favorable a estos productos por parte de los centros hegemónicos.

Lo importante es señalar que el desarrollo industrial de estos países depende de esta situación del sector exportador que se ven obligados a aceptar.

2. El desarrollo industrial está, pues, fuertemente condicionado por las fluctuaciones de la balanza de pagos. Esta tiende a ser deficitaria, debido a las mismas relaciones de dependencia. Las causas del déficit son tres:

a) Las relaciones comerciales se dan en un mercado internacional altamente monopolizado, que tiende a bajar el precio de las materias primas y a aumentar los precios de los productos industrializados, particularmente los insumos. Asimismo, hay una tendencia de la tecnología moderna a sustituir varios productos primarios por materias primas sintéticas. En consecuencia, la balanza de mercancías de estos países tiende a ser desfavorable (a pesar de que todavía presenta, en algunos casos, un superávit).

La balanza de mercancías de América Latina en su conjunto, en el período de 1946 a 1968, presentó un superávit en cada uno de los años. Eso sucede en casi todos los países. Sin embargo, las pérdidas por concepto de términos de intercambio, sobre la base de informaciones de la CEPAL y del FMI, para toda América Latina, excluyendo Cuba, serían de 26.383 millones de dólares para el período de 1951 a 1966, tomando como base los precios del año 1950. Si se excluyen Cuba y Venezuela la suma sería de 15.925 millones de dólares.

La balanza comercial latinoamericana sufrió cambios muy importantes desde fines de la década del 60. De contar con una balanza favorable hasta 1969, América Latina (excluidos del análisis Cuba y el Caribe) comenzó a presentar un déficit en la balanza de bienes y servicios de la región. Por otro lado, el brusco aumento de los precios del petróleo a fines de 1973 dividió la región entre países exportadores e importadores de petróleo con amplios efectos negativos sobre la balanza comercial de un país tan importante como Brasil. Se desplazó también la correlación de fuerzas en favor de Venezuela y Ecuador y de su influencia sobre la región.

b) Las cuentas de capital tienen un efecto “descapitalizador” para la economía. Por razones que desarrollaremos posteriormente, el capital extranjero detenta el control de los sectores más dinámicos de la economía y lleva altos volúmenes de ganancia para su país de origen. En consecuencia, las cuentas de capital son profundamente desfavorables para los países dependientes. Los datos registran en general una salida de capitales muy superior a la entrada, produciendo un avasallador déficit en la cuenta de capitales. Hay que sumar a esto el déficit en ciertos servicios, bajo casi total control extranjero, como los fletes, el pago de los *royalties*, ayuda técnica, etc. Se produce, en consecuencia, un importante déficit en el conjunto de la balanza de pagos que limita las posibilidades de importación de los insumos para industrialización³⁹.

La situación no ha cambiado en la década del 60: “El retiro de las utilidades devengadas por las inversiones privadas generó en los años sesenta un saldo negativo cada vez mayor en los movimientos de capital privado: menos 4.100 millones de dólares en 1960-64 y menos 5.264 millones en 1965-69” (*Estudio Económico de AL*, p. 648).

39. Este tema fue estudiado en profundidad en el libro de Orlando Caputo y Roberto Pizarro, *Imperialismo, dependencia y relaciones económicas internacionales*, ya citado.

c) El déficit tiende a crecer, pues se necesita de “financiamiento externo” para cubrir el déficit existente y para “financiar” el desarrollo mediante préstamos destinados a estimular las inversiones y a “suplir” un excedente económico interno, que se descapitalizó en gran medida por la remesa de parte de la plusvalía generada anteriormente bajo la forma de ganancias enviadas al exterior.

El capital extranjero y la “ayuda” externa pretenden así cubrir los vacíos generados por ellos mismos, es decir, por el capital extranjero, por el monopolio del comercio mundial, por el monopolio de los fletes, etc.

La realidad de esta ayuda es, sin embargo, muy dudosa. Si se descuentan del flujo total de estas donaciones los sobrepagos de las condiciones financieras, impuestas por la ayuda respecto del mercado internacional, se obtiene un flujo neto promedio que corresponde a cerca del 54,5% del flujo bruto, según cálculos del CIES⁴⁰.

Si se consideran otros aspectos –v. gr.: el hecho de que gran parte de esos créditos son pagaderos en moneda local, los aportes de los países latinoamericanos a las instituciones financieras internacionales y los efectos de la “atadura” de estos créditos– se llega a un “componente real del financiamiento externo” de 42,2%, en una hipótesis muy favorable, y de 38,3% en una hipótesis más real⁴¹.

La dura realidad es que, a pesar de recibir realmente solo una parte de ella, los países tienen que pagar el 100% de la “ayuda”. La gravedad de la situación se hace más clara todavía si se toma en consideración que esos créditos se destinan, en gran parte, a financiar a inversionistas norteamericanos, a exportar productos que compiten con los nacionales, a introducir una tecnología no adaptada a los intereses de los países subdesarrollados y a invertir en sectores no siempre prioritarios.

Todo esto ha generado un enorme movimiento de protesta, por parte de los mismos gobiernos de los países latinoamericanos, en búsqueda de que disminuyan, por lo menos en parte, relaciones tan negativas⁴².

40. Consejo Interamericano Económico Social (CIES), *El financiamiento externo para el desarrollo latinoamericano*, Unión Panamericana, Washington, 1969. Quizá por lo chocante de sus conclusiones, este informe no tuvo la divulgación correspondiente a su importancia.

41. *Ibid.*, p. 33.

42. El grado de descontento de las burguesías latinoamericanas con esas condiciones negativas se reveló, en buena medida, mediante el boicot a la reunión de los cancilleres latinoamericanos con el norteamericano en Buenos Aires, como protesta por la ley de comercio exterior votada por el Congreso norteamericano a fines de 1974.

3. Continuando nuestro análisis de las limitaciones estructurales al desarrollo debidas a las relaciones de dependencia, vemos, en tercer lugar, que el desarrollo industrial está decisivamente condicionado por el monopolio tecnológico que ejercen los centros imperialistas.

Hemos recordado que los países subdesarrollados dependen de la importación de maquinaria y materias primas para desarrollar sus industrias. Sin embargo, estos factores no están libremente disponibles en el mercado internacional. Se hallan patentados y pertenecen, en general, a las grandes empresas. Estas no venden las máquinas y materias primas industrializadas como simples mercancías, sino que exigen el pago de *royalties*, etc., por su utilización o, en la mayoría de los casos, convierten estas mercancías en capitales y las introducen bajo la forma de inversiones propias.

Es así como las maquinarias que se sustituyen en los centros hegemónicos por tecnología más avanzada son enviadas a los países dependientes como capital para instalación de filiales. Detengámonos un poco en esas relaciones para comprender su carácter de dominación y expropiatorio.

Los países dependientes no disponen, por los motivos expuestos, de divisas suficientes. Así también, los empresarios locales tienen dificultades de financiamiento. Por último, tienen que pagar por la utilización de ciertas técnicas que se encuentran patentadas. La conjunción de estos factores obliga a los gobiernos nacionales burgueses a facilitar la entrada del capital extranjero para suplir un restringido mercado nacional que, a su vez, es fuertemente protegido por altas tarifas de cambio para forzar la industrialización. Tal proteccionismo permite obtener altas ganancias, debido a los altos precios a que se venden los productos.

El capital extranjero entra, pues, con todas las ventajas. En muchos casos dispone de exención de cambio para importar las maquinarias, de financiamiento local para la instalación de las industrias, de mecanismos financieros gubernamentales para facilitar la industrialización, de empréstitos de los bancos extranjeros y nacionales que, en muchos casos, los prefieren como clientes, de la ayuda externa destinada a fortalecer la industrialización, etc. Dispone, además, después de instalado, de altas ganancias obtenidas en situación tan favorable que pueden ser reinvertidas libremente.

No es, pues, extraño que los datos del Department of Commerce de Estados Unidos revelen que el porcentaje de capital transferido de ese país a

estas empresas sea tan inferior al monto total del capital invertido. Esta información muestra que, en el período de 1946 a 1967, las nuevas entradas de capitales por concepto de inversiones directas hacia América Latina sumaron 5.415 millones de dólares, y las reinversiones de utilidades 4.424 millones de dólares. Por otro lado, las transferencias por concepto de utilidades de América Latina a Estados Unidos sumaron 14.775 millones de dólares. Si se consideran las ganancias totales calculadas directamente (aproximadamente iguales a transferencias más reinversiones), se obtendrá la cifra de 18.983 millones de dólares⁴³.

A pesar de las enormes transferencias de ganancias a Estados Unidos, el valor en libros de la inversión directa norteamericana en América Latina pasa, de 3.045 millones de dólares en 1946, a 15.763 millones de dólares en 1971. Por los datos presentados se puede constatar que:

1. De las nuevas inversiones realizadas por las empresas norteamericanas en América Latina, para el período 1946-67, un 55% corresponde a nuevas entradas de capital y un 45% a reinversiones de utilidades. En los últimos años esta situación se agrava, ya que las reinversiones, a partir de 1960 hasta ahora, excepto para 1967, representaban más del 60% de las nuevas inversiones.

2. La tasa de remesa (remesa de capitales respecto del valor en libros) oscila, para cada año del período, en torno al 10%.

3. La relación entre el capital remesado y los nuevos flujos es de alrededor de 2,73 dólares para el período 1946-67; es decir, por cada dólar ingresado en América Latina, han salido 2,73 dólares. A partir del 60, esta relación aumenta aproximadamente al doble y en algunos años es bastante superior.

4. La ganancia respecto del valor en libros en cada año es casi siempre superior al 10%. A partir de 1961 este porcentaje, para cada año, oscila alrededor del 12%.

Si tomamos los datos del *Survey of Current Business* sobre fuentes y usos de fondos para la inversión directa norteamericana en América Latina, en el período de 1957 a 1964, verificamos que de las fuentes totales de la inversión directa en América Latina, solo 11,8% proviene de Estados Unidos. El resto

43. Estos datos y los que siguen fueron obtenidos por el Equipo de Investigación sobre Relaciones de Dependencia en América Latina del CESO. Se encuentran en el libro de Orlando Caputo y Roberto Pizarro ya citado.

(88,2%) corresponde, en gran parte, a fuentes que son producto de las actividades de las empresas norteamericanas en América Latina (46,4% ingreso neto de las empresas, 27,7% por concepto de depreciación y desgaste) y de “fuentes obtenidas en el exterior” (14,1%). Es significativo el hecho de que los fondos obtenidos en el exterior, que no son externos a las mismas empresas, sean mayores que los fondos provenientes de Estados Unidos.

La participación relativa de los fondos provenientes de Estados Unidos cayó en este período de 35% en 1957 a 0,9% en 1964. A pesar de que el período es corto para presentar una tendencia precisa, parece sin embargo evidente que los fondos provenientes de Estados Unidos tienden a decrecer.

3. EFECTOS SOBRE LA ESTRUCTURA PRODUCTIVA

Es fácil comprender los efectos que esta estructura dependiente provoca sobre el sistema productivo de los países dependientes, condicionando un tipo específico de desarrollo que se caracteriza precisamente por su carácter dependiente.

a) El sistema productivo que se monta en estos países está esencialmente condicionado por las relaciones internacionales mencionadas.

En primer lugar, lo condicionan la necesidad de conservar la estructura agraria o minera exportadora. La conservación de estas estructuras genera una combinación entre sectores económicos más adelantados, que sacan plusvalía de los sectores más atrasados, de centros “metropolitanos” y “coloniales” externos e internos dependientes⁴⁴. Se reproduce internamente, de manera muy acentuada, el carácter desigual y combinado del desarrollo capitalista a nivel internacional.

En segundo lugar, es factor condicionante la necesidad de montar una estructura industrial y tecnológica, inducida más por los intereses de las empresas multinacionales que por las necesidades internas de desarrollo (aun si la pensamos desde el punto de vista de los intereses de un desarrollo capitalista nacional).

44. La relación entre centros metropolitanos y coloniales es tratada en André Gunder Frank, *Development and Underdevelopment in Latin America*. Hemos criticado la noción de “satelización” de este autor en el capítulo anterior.

Un tercer condicionamiento radica en que la alta concentración tecnológica y económico-financiera de las economías hegemónicas se transfiere, sin mayores mediaciones, a economías y sociedades muy distintas, provocando una estructura productiva altamente desigual, alta concentración de ingresos, subutilización de la capacidad instalada, explotación intensiva de los mercados existentes concentrados en las grandes ciudades, etc.

b) La acumulación del capital, en tales circunstancias, asume características muy propias.

En primer lugar, se caracteriza por una profunda diferencia entre los niveles salariales internos, dados en condiciones de un mercado local de mano de obra a precios bajos, combinados con la utilización de una tecnología de uso intensivo de capital. El resultado, desde el punto de vista de la plusvalía relativa, es una alta tasa de explotación de la fuerza de trabajo⁴⁵. Esta explotación se agrava aún más por los altos precios de los productos industriales garantizados por el proteccionismo cambiario, las exenciones y ayudas dadas por el Estado nacional y la ayuda de los centros hegemónicos.

En segundo lugar, como la acumulación dependiente se caracteriza por la necesidad de comprar las maquinarias y materias primas industrializadas en el exterior, pasando necesariamente por la economía internacional, queda profundamente condicionada, debido al carácter desigual y combinado de las relaciones económicas internacionales capitalistas, por el dominio tecnológico y financiero de los centros imperialistas, por las realidades de la balanza de pagos, por la política económica del Estado, etc. El rol del Estado, sea para el crecimiento del capitalismo nacional, sea para el del capital extranjero, merecerá un análisis más amplio.

c) A partir del análisis hecho, es posible comprender también los límites que este sistema productivo impone al crecimiento del mercado interno de estos países.

Lo limita, en parte, al permitir la supervivencia de relaciones tradicionales en el campo, debido al compromiso con el sector agrario, lo que es muy grave si se toma en consideración que la nueva industrialización no ofrece perspectivas halagadoras para la mano de obra.

45. Sobre las medidas de las formas de explotación, véase el intento de Pablo González Casanova, *Sociología de la explotación*, México, Siglo XXI, 1969.

La estructura productiva montada por la industrialización dependiente limita el crecimiento del mercado interno por varias otras razones:

Primero, porque somete la fuerza de trabajo a relaciones altamente explotadoras, como lo vimos, imponiendo un límite a su poder adquisitivo.

Segundo, porque, al adoptar una tecnología de utilización intensiva del capital, crea relativamente muy pocos empleos en comparación con el crecimiento de la población, lo que restringe la creación de nuevas fuentes de ingreso.

Las dos limitaciones señaladas afectan el crecimiento del mercado de bienes de consumo.

En tercer lugar, la remesa de ganancias al exterior retira una porción del excedente económico generado en el interior. Esto se debe, en parte, al hecho de que este excedente no pudo ser utilizado internamente, debido a las limitaciones del mercado interno ya señaladas. En parte, tal hecho también se explica por la dificultad que encuentra el capital para invertir en nuevas ramas, con tasas de explotación suficientemente altas para impedirle desplazarse a otras regiones. Otra explicación para la no utilización del excedente se encuentra en el desinterés por abrir nuevos sectores que vengan a competir con productos importados de los centros imperialistas. En realidad, se limita así la posible creación de una industria de base nacional que atendería el mercado de bienes de capital y que constituiría esta plusvalía si no fuera remitida al exterior.

Por el somero análisis hecho, se puede comprender cómo los obstáculos más graves que enfrentan estas economías no vienen de un supuesto retraso causado por la no integración al capitalismo, sino que, por el contrario, las más poderosas limitaciones a su pleno desarrollo provienen del modo cómo se articulan con este sistema internacional y se deben a sus propias leyes de desarrollo.

4. ALGUNAS CONCLUSIONES: LA REPRODUCCIÓN DEPENDIENTE

Para comprender el sistema de producción dependiente y las formaciones socioeconómicas que conforma, es necesario, pues, verlo como parte de un sistema de relaciones económicas mundiales basado en el control monopólico

del gran capital, en la dominación de unos centros económicos y financieros sobre otros, en el monopolio de una tecnología altamente compleja, todo lo cual condiciona un desarrollo desigual y combinado a nivel internacional y nacional.

Los intentos de analizar la realidad de estos países como producto de un subdesarrollo, de un retraso en asimilar modelos de producción más avanzados o de modernización, no pasan de ser oscurecimientos ideológicos disfrazados de ciencia. Se puede decir lo mismo de los intentos de analizar esta economía mundial en tanto sistema de relaciones entre factores en libre competencia, como lo hace la teoría de los costos comparados, que busca justificar esta distribución desigual del sistema económico mundial y ocultar las relaciones de explotación en que se basa⁴⁶.

En realidad, solo podemos entender lo que pasa en los referidos países cuando vemos que se desarrollan en el marco de un proceso de producción y reproducción dependientes. Este sistema se reproduce como dependiente, al reproducir un sistema productivo, cuyo desarrollo está limitado por esas relaciones internacionales, sistema que desarrolla necesariamente solo algunos sectores económicos y que está obligado a intercambiar en condiciones desiguales⁴⁷.

El capitalista del país dependiente es obligado a competir en condiciones de desigualdad con el capital internacional en el interior de sus fronteras. Le imponen relaciones de sobreexplotación de la fuerza de trabajo para dividir el excedente económico generado por los dominadores tanto internos como externos.

Al reproducir tal sistema productivo y tales relaciones internacionales, el desarrollo del capitalismo dependiente reproduce los factores que le impiden alcanzar una situación favorable nacional e internacionalmente, y reproduce el atraso, la miseria y la marginalización social en su interior. El desarrollo que produce beneficia a sectores muy limitados y encuentra barreras inamovibles en su propio interior para continuar el crecimiento económico,

46. La teoría de los costos comparados fue sometida a una crítica sistemática en el libro de Cristian Palloix, *Problèmes de la croissance en économie ouverte*, Paris, Maspéro, 1969.

47. El tema del intercambio desigual lo ha analizado A. Emmanuel, *L'échange inégal*, lo que ha dado origen a una amplia polémica resumida y ampliada en el libro de Víctor Perlo, *La explotación entre naciones*, Buenos Aires, La rosa blindada, 1974.

desde el punto de vista del mercado interno y externo y desde el punto de vista de la acumulación progresiva de su déficit de balanza de pagos, que va generando más dependencia y más sobreexplotación.

Las medidas políticas propuestas por los desarrollistas de CEPAL, CNU-CYD, Banco Interamericano de Desarrollo (BID), etc., no parecen permitir la destrucción de estas terribles cadenas que determinan el desarrollo dependiente. Examinaremos más adelante las alternativas de desarrollo que en tales condiciones se presentan para América Latina y los países dependientes. Todo indica que lo que les espera es un largo proceso de profundos enfrentamientos políticos y militares, de radicalización social profunda que lleve a estas sociedades a un dilema entre gobiernos de fuerza que tiendan a abrir paso al fascismo o gobiernos revolucionarios populares que tiendan a abrir paso al socialismo. Las soluciones intermedias se han mostrado vacías y utópicas en una realidad contradictoria.

Es necesario, sin embargo, hacer primeramente algunas consideraciones sobre las formas que asume la transferencia internacional de recursos y sobre los antecedentes teóricos del concepto de dependencia.

DEPENDENCIA ECONÓMICA Y TRANSFERENCIA INTERNACIONAL DE RECURSOS

Los móviles de las conquistas en la Antigüedad hasta el surgimiento del capitalismo liberal eran muy evidentes, a pesar de los disfraces ideológicos de carácter religioso, jurídico o moral que asumían. Los conquistadores volvían llenos de esclavos, de oro y plata, de objetos saqueados y los pueblos colonizados les pagaban regularmente pesados tributos. Esta forma de dominio colonial se mantuvo hasta el fin del siglo pasado y comienzo del actual sin causar mucho escándalo. Siempre se ha encontrado la manera de aliar la vocación universalista y humanista del cristianismo y después del Iluminismo con la tarea de subyugar y saquear a pueblos enteros. Además, los intelectuales, los religiosos, los moralistas, siempre podían considerar que su tarea civilizadora se separaba de las actividades mezquinas y explotadoras de los negociantes y traficantes que la manchaban con su codicia.

En el capitalismo moderno, la acción expropiatoria se ha hecho más refinada, indirecta y oculta. Los intelectuales, artistas, religiosos y moralistas pueden hasta trabajar directamente para los agentes de la expropiación sin sentirse partícipes de ninguna actividad degradante.

El saqueo directo de los pueblos se oculta bajo un sutil mecanismo de precios y de explotación de riquezas naturales en condiciones excepcionales; el cobro de tributos se esconde bajo una sofisticada prestación de servicios inexistentes; el comercio de esclavos se sumerge bajo un complejo sistema de explotación de la mano de obra en su propio local de trabajo; la dominación política directa se ha ocultado bajo un manto diáfano de deudas, de dependencia de la tecnología, de abastecimiento de productos básicos y productos culturales.

El objeto de este capítulo es analizar este complejo y bien ocultado sistema de explotación, drenaje de recursos y subyugación de unos pueblos por otros.

1. LOS PRECIOS INTERNACIONALES: MECANISMO DE EXPROPIACIÓN

El sistema de precios se sitúa en el área de la circulación de la riqueza. Mediante la venta de los productos se *realiza* una plusvalía que se creó en el proceso productivo. En el intercambio internacional no se produce por lo tanto un proceso de *explotación* de la fuerza de trabajo. Pero sí se produce una *expropiación* por parte de un propietario privado de parte del resultado del trabajo apoderado por otro propietario. Para que esta apropiación se dé es necesario que este intercambio no se haga según el valor real de los productos. Es decir, supone condiciones especiales de mercado monopólico. Muchas teorías han intentado explicar la desfavorable relación de precios que existe entre los productos básicos vendidos por los países desarrollados y los productos industriales por ellos comprados como resultado de las circunstancias del mercado (inelasticidad del consumo de productos básicos, según la ley de Engels) o por los bajos salarios de los trabajadores de los países coloniales. Ambas teorías son falsas, pues el valor de los productos no se forma en el mercado ni tampoco los salarios son condicionantes del valor⁴⁸.

La verdadera causa del intercambio desigual y de la pérdida de los términos de intercambio para los países dependientes debe ser encontrada en el carácter monopólico del mercado mundial. Los mecanismos según los cuales este opera son:

a) Los grupos monopólicos localizados en los centros del capitalismo controlan el transporte de los productos y su comercialización, al controlar los mercados compradores.

b) Los grupos monopólicos centrales, contando con el auxilio de sus Estados imperiales y con su vasta capacidad de operación internacional,

48. Habría muchas otras razones para contestar tales "teorías". La ley de Engels es, por ejemplo, un disparate en un mundo de hambruna como el que vivimos y las diferencias salariales son más bien un producto del intercambio desigual que una causa del mismo.

diversifican los centros productores para debilitar su control de la oferta. En algunos casos recurrieron y aún recurren a la “balcanización” de las regiones productoras, separándolas en pequeños Estados nacionales, llevándolas al conflicto militar, estimulando sus diferencias económicas y culturales, favoreciendo su incomunicación y su provincialismo. En fin, recurren al desarrollo de productos alternativos, principalmente los sintéticos.

c) Cuando fallan estas formas indirectas de debilitar los centros productores asumen el control directo de la producción, recurren a la intervención militar, al chantaje jurídico, a la conspiración, etc., contando para ello con el apoyo de sus fuertes Estados imperiales.

La reacción posible de los países productores para mantener sus precios es solo una: su unión política, militar y económica. Esta se viene fortaleciendo en los últimos años mediante cinco mecanismos:

a) La formación de un bloque del llamado Tercer Mundo en las Naciones Unidas y otros bloques de carácter regional, como la Organización de la Unidad Africana, la Liga Árabe y las débiles articulaciones de América Latina a partir del acuerdo de Viña del Mar y posteriormente del proyecto del Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA). El apoyo de los países socialistas a estos acuerdos regionales les da fuerza y capacidad de negociación. Asimismo, la crisis del capitalismo, particularmente en su centro hegemónico, debilita su capacidad de respuesta a estas presiones.

b) La formación de cárteles de países productores, que a partir de la pionera Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) se ha generalizado a otros productos con menores resultados.

c) El control nacional de fuentes productoras, de transporte y comercialización de los productos traducidos en su nacionalización drástica y masiva.

d) Los mecanismos jurídicos, ideológicos y morales de defensa y justificación del derecho de los pueblos a disponer de sus riquezas y a defender su comercialización expresados en gran medida en la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, aprobada con ciertas atenuaciones en la Asamblea de las Naciones Unidas.

e) La industrialización de los productos básicos y agrícolas, que permite mayor poder de negociación (pues los productos acabados son menos presionables por los grupos compradores), además de aumentar la parte del

valor del producto final, producida en el país dependiente y, por lo tanto, la ocupación de la mano de obra local.

La reacción del imperialismo en contra de tales mecanismos se ha expresado en declaraciones desfavorables a la “dictadura de la mayoría” en las Naciones Unidas, de las tentativas de formar una coordinación de los consumidores de petróleo, en la amenaza de invasión norteamericana en Medio Oriente, en las presiones en contra de las nacionalizaciones de empresas, expresadas en la enmienda Hinkeloop, y, en fin, en las acciones reconocidas y *legitimadas* de la Central Intelligence Agency (CIA). El rechazo a lo que el *Times* consideró la “así llamada” Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados muestra que el imperialismo no está dispuesto a aceptar un comercio mundial en el cual los países productores de materias primas formen un aparato propio de defensa de sus productos. Asimismo, los proyectos ya insinuados de formar aparatos internacionales reguladores de *stocks* de materias primas y productos agrícolas muestran que hay planes de una intervención más masiva de los Estados imperialistas en el comercio mundial. Esta intervención está siendo propuesta a manera de garantizar los intereses de los grupos económicos dominantes.

En cuanto a la exportación de productos industrializados, sabemos las limitaciones cambiarias drásticas que se les aplica en los principales países compradores, principalmente en Estados Unidos. En algunos casos, Estados Unidos impone cuotas límites de compra de productos como los textiles⁴⁹. Solo unos cuantos “teóricos” continúan afirmando la existencia de un libre intercambio internacional, que una fuerte intervención estatal en el comercio internacional eliminó desde fines del siglo XIX.

Todo esto nos muestra que la cuestión de los términos de intercambio y del comercio desigual es esencialmente un problema de poder económico. Los mecanismos de oferta y demanda, los mecanismos de costo de producción en que entran los salarios, las limitaciones al aumento del consumo de productos primarios y agrícolas, a pesar de contar significativamente en el comercio de estos productos, son fenómenos secundarios.

49. Las restricciones cambiarias a la importación de materias primas industrializadas y bienes manufacturados en Estados Unidos son por demás conocidas. Es reveladora de la profundidad de la crisis actual del imperialismo y de la importancia de una nueva división internacional del trabajo, la reacción que provocó la Ley de Comercio Exterior votada por el Congreso a principios de 1974.

2. LOS SERVICIOS: OTRO MECANISMO DE EXPROPIACIÓN

El otro mecanismo por el cual se transfieren enormes cantidades de recursos producidos en los países dependientes a los dominantes son los pagos de servicios. Estos son básicamente los fletes, los seguros, los servicios técnicos y el pago de patentes. La cancelación de tales servicios parece ser algo “justo” y parte necesaria del moderno intercambio entre los pueblos. Pero de hecho no es así. Están supervalorados y en muchos casos o no existen o son simples resultados de un monopolio de marcas y patentes que se asemeja a una forma moderna de la renta de la tierra, o sea, de un derecho puramente jurídico a expropiar con una renta a los verdaderos agentes de la producción, es decir, una transferencia de excedentes generales en la producción a los ociosos que especulan con la propiedad monopólica del conocimiento humano.

A) LOS FLETES Y SEGUROS

La balanza comercial de nuestros países se presenta en general favorable cuando se trata de intercambio de productos por productos Free on Board (FOB), pero se muestra enseguida deficitaria cuando se incluyen los fletes y seguros que se pagan por transportar estas mercancías Cost, Insurance and Freight (CIF). Estos fletes y seguros son fuertemente monopolizados por algunos grandes grupos de empresas transportadoras y aseguradoras. La única forma de romper este monopolio que extrae millones de dólares anuales de los países dependientes es la formación de flotas mercantes nacionales. Sin embargo, las represalias, castigos, sabotajes, restricciones gangsteriles y presiones gubernamentales al uso de ciertos puertos forman un importante desestímulo a la formación de estas flotas mercantes nacionales que suponen grandes inversiones. Los gobiernos de los países dependientes prefieren invertir en portaaviones ya militarmente superados, para lo cual cuentan con ayuda financiera y estímulos. Asistimos hace poco tiempo a una importante confrontación en Venezuela, cuyo proyecto de nacionalización del petróleo incluía, según las recomendaciones de la comisión creada *ad hoc*, una pretensión de control de su transporte y comercialización. El proyecto original apoyado por la izquierda fue modificado por el gobierno y aprobado con una nueva redacción que permitía la formación de empresas mixtas en los

sectores de transporte y comercialización del petróleo. El paso que dio Chile en el campo de la comercialización del cobre bajo la Unidad Popular fue fuente de fuertes y definitivos conflictos, mucho más que la nacionalización de las minas. Los militares usurpadores en el poder han pagado millones de dólares del hambriento pueblo chileno a las empresas mineras, pero mantuvieron la propiedad de los yacimientos. Lo que sí han entregado a esas compañías son los dólares de la comercialización de los productos.

B) LA LLAMADA “ASISTENCIA TÉCNICA” Y EL *KNOW-HOW*

La utilización de ciertas máquinas, procesos y patentes trae consigo un sobrecargo que se expresa en un contrato de “asistencia técnica”. Estos extorsivos contratos son formas directas de expropiación de recursos de los países dependientes. Corresponden en general al que se puede llamar secreto tecnológico o industrial. Puede tratarse del diseño de una máquina o un mecanismo que se mantiene oculto y cuyo derecho de uso se reserva a ciertas firmas especiales; puede tratarse de una técnica determinada, conocimiento cualquiera cuya ocultación asegura a sus propietarios una renta determinada. Como en muchos casos se trata de firmas fantasmas pertenecientes a los ejecutivos o financieros de la empresa que utiliza una determinada técnica, son servicios pagados a precios sobrevalorados. Además, su ocultación es un importante seguro en contra de la utilización de máquinas y procesos por empresas nacionales y estatales que no aceptan las condiciones del gran capital (caso de la minería del cobre y otras empresas nacionalizadas por la Unidad Popular en Chile). No son pocos los casos en que las empresas poseedoras de un determinado *know-how* atribuían un valor de capital a este conocimiento, contabilizándolo como patrimonio de la asociación corporativa que realizan con otros accionistas privados o públicos.

En situaciones democráticas avanzadas como la que se vivió en Chile en 1970-73, los propios trabajadores han logrado sustituir buena parte de esta falsa “asistencia técnica” con su gran conocimiento de las máquinas y con su actividad creadora. Los ingenieros nacionales también han logrado y pueden lograr sustituir en buena medida estas asistencias, si se cambian las especificaciones técnicas de las máquinas y se las ajustan a los conocimientos locales. Es indiscutible, sin embargo, que gran parte del conocimiento técnico

de nuestros ingenieros viene ya sistematizado por manuales de las empresas transnacionales, formando un conocimiento, una aspiración y un tipo de comportamiento completamente condicionados por estos patrones técnicos considerados “universales”.

El desarrollo de la ciencia y la ingeniería autóctonas, el estímulo a la capacidad creadora de los trabajadores y su expresión democrática son los únicos caminos capaces de superar estas enormes transferencias de los recursos nacionales a los centros dominantes. También la ayuda de los científicos, intelectuales y organizaciones de trabajadores de los países desarrollados y socialistas puede ser un factor coadyuvante del rompimiento de este proceso expropiativo.

C) LAS MARCAS Y PATENTES

Pero no es solamente el *know-how* el que se vende a precios expropiatorios. También cuesta (y mucho) el simple derecho a usar una cierta marca o un cierto producto, cuya publicidad le asegura de partida el control del mercado. En este caso, se cobra un *royalty* o regalía como porcentaje de cada producto realizado. Un sistema jurídico internacional, sancionado por el GATT, garantiza este monopolio, este derecho espurio a cobrar lo que se requiere por un mero nombre que se registra o por una imagen publicitaria.

La lucha en contra de este “derecho”, la simple copia de los productos existentes sin pago de regalías, la apropiación colectiva gratuita y libre por los pueblos subdesarrollados del conocimiento universal, es un camino que han seguido varios países con resultados evidentemente favorables. La apertura del mercado interno a la competencia de las corporaciones transnacionales, con su poder publicitario, de financiamiento y de corrupción, impide, sin embargo, que sea posible eximirse de pagar estas cuantiosas “rentas” de la propiedad del conocimiento y de la imaginación, sin producir un rompimiento más amplio con el imperialismo.

Otra vez se hace evidente el carácter político de estos procesos internacionales de expropiación. Solo la acción conjunta de los países subdesarrollados con el decidido apoyo de los países socialistas podrá permitir la abolición o moderación de este “derecho” de propiedad intelectual que no recompensa a los verdaderos creadores, sino a las empresas que registran esos conocimientos y los utilizan monopolícamente.

3. LA EXPORTACIÓN DE CAPITALS. LA EXPLOTACIÓN DIRECTA DE LA FUERZA DE TRABAJO INTERNACIONAL

Todas las formas anteriores de transferencia internacional de recursos están ligadas al fenómeno de la circulación. Tanto los mecanismos de precios monopolísticos, como los del cobro exagerado de servicios, muchas veces inexistentes, son formas de expropiar la riqueza ajena. Todo este proceso depende, por tanto, de otro que es el fundamental, la fuente de toda riqueza: la producción. La verdadera explotación solo se puede dar, por lo tanto, en el proceso productivo. Solo se puede explotar la fuerza de trabajo: los músculos, cerebros, nervios del trabajador.

El derecho a explotar universalmente la mano de obra depende de la libre circulación de los capitales. El monopolio, la concentración violenta de la riqueza, que promueve y crea, solo puede alcanzar su plenitud si tiene la posibilidad de explotar directamente toda la mano de obra disponible en escala internacional. Es, por lo tanto, la exportación de capitales desde los centros imperialistas hacia el exterior lo que constituye la esencia del imperialismo moderno. Desde fines del siglo pasado se logró constituir un mercado internacional de capitales que entregó a la mayor parte de los trabajadores del mundo a la explotación del capital internacional.

El movimiento internacional de capitales se hace según las tasas de ganancia que se forman localmente. Para determinarlas influyen muchos factores, como la proximidad de las fuentes de materias primas, los costos de transportes, la existencia y el precio de una infraestructura energética, las fuentes de financiamiento y su costo y, sobre todo, el precio de la mano de obra.

Pero hay una importante contradicción en este proceso: los países donde la mano de obra es más barata tienen en consecuencia un escaso mercado interno. Por esta razón, el capital busca en general estos países como fuente de producción de productos exportables, como lo fueron las materias primas y los productos agrícolas.

Con el tiempo y el desarrollo del mercado mundial, el capital ha logrado abrir nuevos campos de inversión, destinados al mercado nacional de los países que lograron un cierto grado de industrialización o al mercado internacional, ampliando el número y el tipo de los productos exportables hacia los centros de consumo más importantes.

El proceso de inversión extranjera se apoya por lo tanto en un amplio desarrollo de la acción del capitalismo de Estado, sea en los países dominantes, sea en los países dependientes. Es el Estado el que se encarga de crear la infraestructura energética, de transportes, comunicación e incluso de financiamiento para que estos capitales se renueven ampliamente con los menores costos posibles.

La inversión extranjera no solo permite controlar directamente los recursos naturales de los países en que invierte, sino que permite apropiarse directamente de la plusvalía producida por sus trabajadores. Asimismo, la formación de un aparato bancario y de inversiones permite centralizar y apropiarse del ahorro local. La vinculación y control de los Estados locales permite utilizar su poder de captación de recursos por medio de los impuestos y ponerlo al servicio de sus intereses.

El capital internacional, operando mediante sus unidades empresariales –las corporaciones transnacionales– gana así un poder cada vez más amplio de explotación y expropiación de las fuerzas productivas de la humanidad. Si hasta fines del siglo XIX no había rincón que el capital no penetrase comercialmente, en nuestro tiempo casi no hay trabajador que no se pueda explotar directamente, ni tampoco propietario cuyos recursos no se puedan centralizar.

Las ganancias enormes producidas en las condiciones favorables de los países independientes (mano de obra barata, financiamiento barato, ayuda estatal del país imperialista y del dependiente, absorción de capitales locales, agregándose a todo esto las ventajas comerciales y de servicios ya señaladas) no se reinvierten allí, pues es evidente que estructuras socioeconómicas sometidas a tal grado de expropiación no tienen mucha oportunidad de reinversión. Se forman gigantescos excedentes financieros que son empleados en la formación de un vasto sistema de servicios parasitarios en los países imperialistas y que alcanzan a absorber a las minorías privilegiadas de los países dependientes.

Los mecanismos por los cuales se remiten estas ganancias a los centros parasitarios son múltiples: ya sea la remesa directa de las ganancias percibidas (dejando una pequeñísima parte para la reinversión local), ya sea a través de falsas “re inversiones”, que son enormemente infladas por recursos contables; ya sea a través del sobreprecio de las mercancías compradas a las

matrices (maquinarias para instalar las empresas en los países subdesarrollados, materias primas y partes utilizadas como insumo casi siempre de ensamblaje final de productos). Esto sin hablar de mecanismos como los servicios técnicos, los *royalties* y regalías, que son también formas disfrazadas de envío de ganancias. La captación directa de recursos financieros locales a bajo precio, bien por la ayuda estatal directa, bien por el dominio del mercado financiero local, puede servir también para envíos de intereses, agios de la especulación, etc.

Todos estos mecanismos funcionan básicamente en una dirección: la explotación directa de los recursos naturales y humanos de los países dependientes, la expropiación de los excedentes apropiados por las burguesías locales, la captación de los recursos ahorrados por todos los sectores de recursos medios hacia arriba. Este monstruoso proceso de succión internacional de recursos se expresa directamente en la negativa balanza de pagos de los países dependientes, sin contar que los mantiene subyugados a una estructura socioeconómica interna altamente explotadora que se refleja en las violentas distorsiones de distribución del ingreso, que condiciona su desarrollo económico, tecnológico y cultural a formas siempre secundarias, limitadas y pobres.

No es imposible entender la relación directa que hay entre este sistema de relaciones internacionales e internas de cada país, la constante rebelión de los pueblos dependientes y el constante recurso de la dictadura, la violencia y la tortura como formas fundamentales de conservación del sistema.

4. LOS MECANISMOS ACUMULATIVOS DE LA DEPENDENCIA: LA DEUDA EXTERNA Y LA “AYUDA” INTERNACIONAL

Todos los mecanismos que hemos descrito se reflejan en una balanza de pagos desequilibrada marcada por un enorme déficit:

1. Bajos precios de exportación, altos precios de los productos importados, comercio desigual, tendencia a un déficit o por lo menos a un superávit pequeño en el intercambio de bienes o comercial, tendencia a que se anulen las ventajas de los precios de materias primas logrados en coyunturas específicas, tendencia por lo tanto a una permanente situación negativa.

2. Pagos de fletes y seguros por los productos importados: más déficit.

Resultado: insuficiencia de recursos para importar máquinas y materias primas para el desarrollo industrial. *Recurso:* apelar al capital extranjero.

3. Cuenta de capitales: entradas de capital en gran parte falsas (puramente contables), enormes pagos como remesa de ganancias, recompensa de servicios técnicos y *royalties* = nuevo déficit aún mayor. *Resultado:* alguien tiene que financiar estos déficits. Se podrían disminuir las importaciones drásticamente (estos déficits varían entre cerca de un tercio y la mitad del valor de las exportaciones). Esto tendría efectos dramáticos en el comercio exterior y en el de las empresas exportadoras e importadoras, en el consumo de sectores de altos y medios ingresos y eventualmente populares, en el funcionamiento de las empresas existentes que dependen de insumos importados y de las nuevas inversiones. Se podría también suprimir el origen del déficit cortando las remesas excesivas de ganancia, aumentando los precios de los productos exportados, pagando menos por los importados, pero esto tendría consecuencias políticas revolucionarias. Para evitar tales medidas, la CIA ha gastado millones en Guatemala, Brasil, Indonesia, Chile, Bolivia, etc.

4. De ahí viene la “solución”: el Estado de los países imperialistas (los contribuyentes de estos Estados, por lo tanto) financia bajo la forma de “ayuda externa”, “préstamos internacionales”, etc., este comercio desigual, con lo que permite saldar estos tremendos déficits. Solo así puede existir este comercio mundial tan profundamente explotador y desigual. La llamada “ayuda” internacional se reduce a lo siguiente:

a) Préstamos a empresas norteamericanas o de otro país donador para que puedan exportar sus productos;

b) financiamiento a estas mismas empresas para que conviertan estos productos exportados en parte del capital que invierten en otros países;

c) suplementación a los Estados deudores para que paguen sus deudas con estas empresas o bancos particulares.

Es una violenta manifestación en escala internacional del capitalismo monopolista de Estado, la succión masiva de los recursos estatales por los grupos monopólicos.

Resultado: como no desaparecen las razones del déficit, los países receptores de la ayuda no la pueden pagar. Por esta “ayuda” se cobran elevados intereses y el servicio de la deuda internacional es creciente. Se agrega por lo tanto al déficit corriente de la balanza comercial, de servicios y de capitales

el pago del servicio de la deuda externa. Aumenta así drásticamente y progresivamente el déficit de la balanza de pagos de estos países; aumenta la necesidad de nuevos préstamos; en consecuencia aumenta el servicio de la deuda (que llega a representar más de $\frac{1}{4}$ a $\frac{1}{2}$ del valor de las exportaciones), y así sucesivamente. Todo esto en tasas astronómicas muy superiores a cualquier tasa de crecimiento interno que pudiera lejanamente compensar tal situación.

Conclusión: el comercio mundial, basado en la expropiación por medio de precios y servicios monopólicos de los países productores de bienes primarios, favorece la entrada del capital internacional, que pasa a explotar directamente la mano de obra local sin cambiar sustancialmente las condiciones del mercado interno; también posibilita nuevas inversiones, lo que promueve una remesa gigantesca de los resultados de la explotación directa realizada. Tal remesa violenta de excedentes retirados a los trabajadores de los países dependientes hacia los centros económicos mundiales produce un déficit cambiario que solo puede ser cubierto con un endeudamiento creciente no pagable a no ser con una violenta paralización del comercio mundial. Esta situación se hace progresivamente insostenible, acentúa las confrontaciones en escala mundial y al interior de estos países, cuya estructura interna (de clases, política y cultural) está profundamente condicionada por esta situación. Estos mecanismos de expropiación y explotación directa no solo provocan una crisis de la economía internacional, sino que se reflejan en el seno de nuestros países a través de la superexplotación de los trabajadores, la busca de mercados vecinos para explotar la creciente monopolización, la dictadura, la tortura, el hambre y la miseria. Todos estos fenómenos son parte de un mismo drama y son el origen de la rebelión constante de nuestros pueblos. Son el origen también de buena parte de la crisis de los países colonizadores.

Un mundo que tiene en la explotación del hombre por el hombre su fundamento material no puede dejar de ser un mundo de barbarie institucional y moral. Debemos tener presente esta constatación cuando analicemos posteriormente las alternativas de la situación actual.

5. BRASIL: UN MODELO DE BALANCE EXTERIOR NEGATIVO

El caso brasileño puede servir como un excelente paradigma de las leyes de expropiación internacional que hemos descrito. Desde 1964, la burguesía

brasileña adoptó —mediante un gobierno de fuerza dirigido por militares y tecnócratas entreguistas en lo nacional, antipopulares y fascistas en lo ideológico—, con todas sus consecuencias, el cambio del desarrollo dependiente basado en el capital extranjero. Para esto ha tenido el financiamiento más abierto de bancos comerciales, gobiernos y organismos internacionales para productos industrializados como ningún otro país dependiente.

El resultado es simplemente dramático: un país en bancarrota, como los datos nos lo demuestran.

A) BALANZA COMERCIAL

Empecemos por la balanza comercial. Esta ha sido siempre favorable en Brasil. Las dificultades del precio del café, principal producto exportado, han dado origen a una importante diversificación de productos exportados. Como un gran triunfo se presenta el importante aumento de la exportación de manufacturas desde 1966. Sin embargo, las necesidades de importación aumentaron en proporción superior. Es así que a partir de 1971 la balanza comercial de Brasil empieza a presentar un déficit (363 millones de dólares) que tiende a aumentar (237 millones en 1972, 182 millones en 1973 y 3.166 millones en 1974, proyección según datos del primer semestre). El salto de las importaciones está fundamentalmente condicionado por el precio del petróleo. Estos déficits se producen sobre un aumento vertiginoso de las exportaciones (1.881 millones de dólares en 1968, 2.311 en 1969, 2.739 en 1970, 2.882 en 1971, 3.987 en 1972, 2.645 en 1973 y 3.076 en 1974, proyección con apoyo en los datos del primer semestre). En resumen, los aumentos de la exportación fueron largamente anulados por la importación.

Pero los servicios llamados no-a-factores (transportes, seguros, viajes internacionales, gastos de gobierno y diversos) aumentaron en proporción similar o superior a los aumentos de la exportación: de un saldo negativo de 284 millones de dólares, en 1968, Brasil pasa a perder 674 millones de dólares en 1972. Por otro lado, los recursos ligados a las necesidades básicas de exportación-importación revelan una situación negativa en progresión. De un déficit de 258 millones de dólares en 1968 se pasa a 911 millones en 1972 y a más de 3.000 millones en 1974. Un país en déficit a pesar de su “milagro” y de las facilidades para sus exportaciones. La situación no tiende a mejorar sino a

un empeoramiento creciente. Brasil pierde recursos en su balanza comercial de manera también creciente.

B) INVERSIONES

¿Cómo es posible mantener esta situación deficitaria? Una primera respuesta se encuentra en el gran atractivo para la inversión internacional que ofrecía Brasil en el período 1969-73. Por esta razón hay una entrada de capital superior a la remesa de ganancias que produce un superávit en la cuenta de capitales. (En 1968 entraron 63 millones de dólares en inversiones y salieron 84 en ganancias; en 1972 entraban 336 y salían 161 millones de dólares). Las cuentas de “otros capitales” y “errores y omisiones” presentan también saldos favorables. Trátase de capitales a corto plazo. En 1972 llegaron a representar una entrada de 373 millones de dólares.

¿Cuánto tiempo puede durar este “aporte” de capitales? Tanto tiempo cuanto dure el “milagro económico” que los atrae.

A pesar de todo, el resultado de las balanzas comercial y financiera es negativo y crece en valor: 183 millones de dólares en 1968, 24 en 1969, 12 en 1970, 727 en 1971, 418 en 1972, cerca de 10.000 millones en 1974.

C) PRÉSTAMOS Y FINANCIAMIENTOS

Para cubrir este déficit creciente y las deudas anteriores, un generoso aporte internacional se hace notar. Entraron 1.175 millones de dólares en 1968; 1.823 en 1969; 2.033 en 1970; 2.942 en 1971 y 3.162 en 1972.

Sin embargo, el servicio de la deuda externa aumentó en proporciones similares: Brasil pagó 628 millones de dólares en 1967; 960 millones de dólares en 1968; 1.250 en 1969; 1.476 en 1970; 1.685 en 1971; 2.305 en 1972; y 2.917 en 1973. En 1967 el servicio de la deuda externa representaba el 38% del valor de las exportaciones del país. En 1972 representó el 58% del valor de las exportaciones. En 1973 cayó al 48%, pero en 1974 y en los próximos años tiende a representar un porcentaje aún mayor.

Si vemos el monto creciente de esta deuda externa podemos comprender que el servicio de la misma se deberá elevar a cifras muy altas, superiores a la exportación global realizada por el país.

Sobre la base de estos préstamos tan superiores a los que reciben los otros países “democráticos”, se crearon reservas internacionales completamente artificiales. A pesar de esto es notorio que la deuda externa evoluciona mucho más rápidamente que estas artificiales reservas. La deuda externa brasileña subió de 3.281 millones de dólares en 1967 a 12.882 en 1973, y según los cálculos más razonables se aproximó a los 18.000 millones en 1974 y a los 23.000 en 1975.

Las reservas internacionales también crecieron de 209 millones en 1967 a 6.417 millones en 1973. Sin embargo, han disminuido en 1974 y todo parece indicar que el sistema financiero internacional no puede seguir sosteniendo una situación tan artificial.

¿Qué perspectivas de solvencia tiene este país? ¡Ninguna! ¿Y cómo continúan ingresando inversiones y préstamos masivos? ¿Quién los paga? ¿Quién está dispuesto a sostener un sistema en tal evidencia de quiebra? ¿Los contribuyentes al fisco norteamericano y de los países europeos? Las inversiones en Brasil tienen tasas de ganancia muy altas, pues no solo hay bajos salarios, sino exenciones fiscales y estímulos de todo tipo al capital extranjero. Este es pues uno de los secretos de la actual economía internacional: los Estados nacionales, imperialistas o dependientes se ocupan de financiar, bien por mecanismos de extorsión fiscal, bien por mecanismos inflacionarios (déficit presupuestario), los movimientos comerciales y financieros del gran capital internacional.

XVIII

ANTECEDENTES TEÓRICOS DEL CONCEPTO DE DEPENDENCIA

Después de haber planteado algunas bases generales para el análisis de la dependencia, y antes de analizar más en detalle los ciclos económicos y las alternativas de cambio en los países dependientes, debemos establecer con un poco más de especificidad los antecedentes teóricos del concepto de dependencia.

Desde tiempos muy antiguos conocemos el fenómeno de la dominación colonial. Pero, como vimos, la explotación colonial se hacía de manera externa al sistema productivo existente, sea por medio del pillaje, sea mediante el cobro de un tributo. La expansión marítima que inaugura los tiempos modernos empezó a crear un tipo de colonización más interesada en la implantación de un régimen productivo determinado en las colonias. Surgía entonces el comercio mundial que, en el siglo XIX, se convertiría en un comercio regular fundado en la ley del valor.

Desde los mercantilistas, pasando por los teóricos de la economía política clásica, los economistas se ocuparon de manera significativa del fenómeno colonial. Lo mejor de este debate fue recogido por Karl Marx, quien inicia un rico campo de especulación y análisis sobre el tema. Se va conformando así una base conceptual y analítica que también se va enriqueciendo en la medida en que el desarrollo de los países coloniales y la crisis general del imperialismo van creando la posibilidad y la necesidad de que los propios pensadores de los países dependientes profundicen estos conceptos, agregándole su propia experiencia. Al mismo tiempo se convierte en un fenómeno universal la lucha de estos pueblos por apropiarse de su propio destino y, por lo tanto, aumenta su capacidad para reflexionar sobre sí mismos y sobre el mundo.

En el presente capítulo pretendemos revisar muy rápidamente los antecedentes teóricos del análisis de las sociedades dependientes.

1. COLONIALISMO, IMPERIALISMO Y MONOPOLIO EN *EL CAPITAL*⁵⁰

En *El capital*, Marx no hace ningún análisis sistemático del problema colonial. Sin embargo, lo trata en forma indirecta para esclarecer ciertos aspectos del capitalismo o para ampliar su análisis del capitalismo mercantil.

LA ACUMULACIÓN ORIGINARIA

Al tratar el problema de la acumulación originaria, Marx atribuye especial relieve al sistema colonial en la acumulación originaria de capital, que ha dado base al sistema capitalista en Europa así como a las guerras comerciales de las naciones europeas que empiezan el reparto del mundo entre ellas y anuncian la etapa imperialista que Marx no alcanzó a conocer.

El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros, son todos hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos representan otros tantos factores fundamentales en el movimiento de la acumulación originaria. Tras ellos, pisando sus huellas viene la guerra comercial de las naciones europeas, cuyo escenario fue el planeta entero (p. 596).

Marx destaca también la sucesión histórica de España, Portugal, Holanda y Francia, de los centros de este proceso que encontraría su síntesis en el sistema colonial inglés (nosotros empezaríamos por Portugal y después España). Destaca en seguida la importancia de los créditos públicos, de los sistemas tributarios, sobre todo sus efectos inflacionarios, y del sistema proteccionista como fuentes de acumulación originaria.

50. Karl Marx, *El capital*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959.

Para Marx, este fue un período de dominio del capital comercial y usurario. Muestra incluso la importancia del crédito de Venecia para la acumulación del capital en Holanda, y del crédito holandés (1701 a 1776) destinado a Inglaterra para la acumulación en este país. Le reserva un papel especial al comercio esclavista que enriqueció a Portugal, España e Inglaterra, en el siglo XVIII (el Tratado de Utrecht permitió a Inglaterra la explotación del comercio de esclavos entre África y América española).

Para él, el régimen esclavista en el mundo no europeo era un complemento esencial de la acumulación originaria de capital en Europa, donde la venta de los niños complementaba este proceso de trabajo forzado. Marx determinaba así la importancia de la explotación del trabajo semiservil en nuestros países en la acumulación de capital a escala mundial, comprendiendo el carácter complementario de nuestras economías. Ello lo pone en contradicción con los defensores de la tesis de la existencia de un régimen feudal en nuestros países, y muestra los intereses capitalistas que orientaban la producción en América Latina, aprovechándose de los regímenes de trabajo que las condiciones permitían.

Queda destacada también la importancia del sistema colonial para la expansión de las manufacturas que tienen allí un mercado fundamental. Pero el sistema manufacturero se encuentra bajo el dominio del capital comercial, al contrario del sistema industrial, en que el capital industrial domina a las otras formas de capital. De ahí que, en el período manufacturero, el capital comercial haya desarrollado la producción manufacturera, la pesquería y el transporte marítimo, bases de la expansión colonial holandesa.

Importante papel tuvo el monopolio comercial en la consolidación de este sistema. El poder estatal ha representado un papel predominante no solo en el establecimiento de este monopolio, sino también en los otros aspectos de la acumulación originaria (los sistemas de la deuda pública, tributaria y proteccionista).

Lo que no destaca Marx, porque no se liga a la acumulación originaria, es el papel de la producción de los países coloniales en el suministro de las especierías y otros productos esenciales para el desarrollo europeo.

Así podemos resumir el sistema colonial como:

1. Una fuente de acumulación de capital basándose en el comercio esclavo y en la explotación de la producción colonial.

2. Un mercado esencial para el desarrollo de la producción manufacturera (y posteriormente industrial) que, a su vez, tuvo un papel fundamental en la acumulación de capital.

3. Una fuente de productos esenciales para el desarrollo europeo y para su especialización posterior en la producción manufacturera e industrial.

El sistema colonial es, pues, un elemento esencial en el surgimiento del capitalismo. Además, constituye un sistema político internacional y fortalece al Estado como instrumento burgués.

Después de mostrar la necesidad histórica de la explotación colonial y la violencia del proceso de acumulación originaria, Marx pone al desnudo su verdadero carácter: “El capital viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde los pies a la cabeza” (p. 646).

LA TEORÍA DE LA COLONIZACIÓN

Al tratar, en el último capítulo del primer volumen, la moderna teoría de la colonización, Marx hace referencia a la esencia de la situación colonial en Estados Unidos. Se trata de la lucha entre la propiedad individual, que se basa en el trabajo personal del productor, y la propiedad capitalista, fundada en la explotación del trabajo ajeno. El capitalismo, para desarrollarse, tiene que destruir la propiedad apoyada en el trabajo personal.

El problema de las colonias norteamericanas residía en la existencia de tierras colonizables por particulares. Esto restringía la posibilidad de obligarlos a trabajar como asalariados. Además, se había desarrollado una industria artesanal entre los pequeños propietarios americanos libres. Un cronista de la época llega a afirmar que “en América, la agricultura es, con frecuencia, la ocupación accesoria del herrero, del molinero o del tendero”.

Esta libertad para obtener una propiedad individual y para trabajar para sí mismo ponía en peligro, incluso, los intentos de los capitalistas para traer inmigrantes, pues estos abandonaban el trabajo asalariado y se apresuraban a formar su propiedad personal.

Este análisis nos señala un elemento esencial de la colonización: la necesidad de crear la propiedad privada de toda la tierra. Ello nos revela que uno de los elementos básicos de la estructura capitalista colonial ha sido el monopolio de la tierra. Asegurar este monopolio fue el objetivo principal

de las potencias colonizadoras. El análisis nos revela, al mismo tiempo, la importancia que tienen las colonias para asegurar el despojo de la mano de obra de sus propiedades y su sometimiento por la fuerza, ya que el monopolio de tierras vírgenes solo puede ser garantizado por una coerción fuerte sobre los trabajadores de las colonias, sean colonos, sean indígenas, sean esclavos importados de África.

EL DOMINIO DEL CAPITAL COMERCIAL

En sus consideraciones históricas sobre el capital comercial (v. III, pp. 313 a 325), Marx ilumina ampliamente el problema de la relación entre el desarrollo del capital comercial, la creación del modo de producción capitalista y el papel de las colonias. Lo fundamental de estas consideraciones es la luz que arrojan sobre el proceso mediante el cual el capitalismo comercial subordina los modos de producción precapitalistas a los intereses del capital y a la producción de mercancías y plusvalía. El capital comercial es analizado, al mismo tiempo, como creador de las condiciones de superación del modo feudal de producción y generador de las condiciones que permiten la producción capitalista (genera la producción para el mercado mundial y nacional) y, por otro lado, como límite al desarrollo de la producción capitalista (al supeditar la producción al comercio e incentivar la producción bajo cualquier forma).

En resumen, el capital comercial no es suficiente para crear una forma de producción capitalista. Esto explica por qué el gran desarrollo del capital comercial en Roma y en la Antigüedad no fue capaz de crear un régimen de producción capitalista; sin embargo, el desarrollo del comercio, y particularmente del comercio mundial, es condición indispensable para el surgimiento de un modo de producción capitalista.

Trasladado el análisis al mundo colonial, vemos cuán erróneo es concluir una relación directa entre el dominio del capital comercial en Latinoamérica colonial y la instalación de un modo de producción capitalista. Inclusive se podría explicar en gran parte nuestro subdesarrollo por el gran predominio y desarrollo del capital comercial en la Colonia, factor limitativo de la creación de un modo de producción capitalista. Esto no significa que hayan existido modos “feudales” de producción en América Latina, pues no se trataba de crear una sociedad feudal, cerrada sobre sí misma.

La producción ha nacido entre nosotros fundamentalmente como producción de mercancías. Pero como producción atrasada y sometida al capital comercial, lo cual genera regímenes de producción precapitalistas. En este sentido, los textos de Marx son concluyentes:

El desarrollo independiente y predominante del capital como capital comercial, equivale a la no sumisión de la producción al capital. Y, por lo tanto, al desarrollo del capital a base de una forma social de producción ajena a él e independiente de él. El desarrollo independiente del capital comercial se halla, pues, en razón inversa al desarrollo económico general de la sociedad (p. 317).

“Los simples centros comerciales [...] presentan una analogía mucho mayor con los estados sociales del pasado que las ciudades fabriles” (pp. 316-317). Y en una nota a esta afirmación, se muestra aún más incisivo al condenar la identificación entre el capital comercial y el capital en general como lo hacen Kiesselbach y Mommsen, quienes, en su *Historia de Roma*, hablan de capital y de dominación capitalista. “En la historia inglesa moderna, los comerciantes en sentido estricto y las ciudades comerciales se presentan también como factores políticamente reaccionarios y aliados a la aristocracia terrateniente y financiera en contra del capital industrial”.

Por esto, a pesar de que reconocemos que la historia de América Latina está ligada al desarrollo del capitalismo comercial y no puede ser considerada como una sociedad feudal, podemos, sin embargo, hablar de condiciones de producción “precapitalistas” en este continente, hasta el surgimiento del capital industrial en los siglos XIX y XX y, con él, del régimen asalariado de producción. El error está, no en considerarlas precapitalistas, sino feudales. Para establecer qué tipo de relaciones precapitalistas son estas, es necesario analizar las relaciones de producción en nuestras sociedades.

El capital comercial, allí donde predomina, implanta pues por doquier un sistema de saqueo, y su desarrollo, lo mismo en los pueblos comerciales de la antigüedad que en los tiempos modernos, se halla directamente relacionado con el despojo por la violencia, la piratería marítima, el robo de esclavos y el sojuzgamiento (en las colonias); así sucedió en Cartago y en Roma, y más tarde entre los venecianos, los portugueses, los holandeses, etc. (p. 320).

EL CAPITAL FINANCIERO

Marx y Engels (en una nota al texto) han determinado también, precediendo a Hilferding y Lenin, aunque de modo esquemático, la importancia del capital financiero y del monopolio industrial, así como sus consecuencias en el exterior. En el volumen III de *El capital*, refiriéndose al capital financiero, determinan:

1. el carácter cada vez más centralizado y monopólico de la producción como consecuencia del desarrollo capitalista; 2. la formación de las sociedades anónimas y de los *trusts*, la importancia creciente del Estado y la concentración del capital en el comercio, en los bancos y en la agricultura; 3. la formación de una oligarquía financiera que administra el capital ajeno en su provecho; 4. la importancia de estos factores para la inversión extranjera y para la acentuación de la colonización externa. Estudian estos elementos del capitalismo monopólico como una fase necesaria del máximo desarrollo capitalista y como fase de transición al socialismo. Muestran así el carácter contradictorio de este proceso de concentración que, junto con la destrucción de las bases de la producción individual, aumenta el control de una minoría sobre la economía.

La doble característica inmanente al sistema de crédito: de una parte, el desarrollar los resortes de la producción capitalista, el enriquecimiento mediante la explotación del trabajo ajeno, hasta convertirlos en el más puro y gigantesco sistema de juego y especulación reduciendo cada vez más el número de los contactados individuos que explotan la riqueza social, y, por otra parte, el establecer la forma de transición hacia un régimen de producción nuevo. Esta dualidad es la que da a los principales portavoces del crédito, desde Law hasta Isaac Pereire, esa agradable fisonomía mixta de estafadores y profetas.

En carta a Marx, Engels hace notar las consecuencias del dominio colonial, y de las superganancias que este generaba, sobre la actitud política de las capas obreras mejor pagadas de Inglaterra. Al denunciar su complicidad con la explotación colonial y las consecuencias de ella en su posición reformista y chovinista en Inglaterra, Engels sentaba las bases de la teoría de la “aristocracia obrera”, esencial a la concepción de Lenin de la etapa imperialista.

EL IMPERIALISMO EN INDIA

Algunos planteamientos clásicos de Marx sobre el problema del capital extranjero aparecen en el artículo “Futuros resultados de la dominación británica en la India”, del 22 de julio de 1853. Este artículo se refiere a la doble misión de Inglaterra en India: “una destructora y una regeneradora; la aniquilación de la vieja sociedad asiática y la colocación de los fundamentos materiales de la sociedad occidental en Asia”. La tarea regeneradora que permitiría a India despertar de su letargo, originado por la supervivencia de una economía aldeana y manufacturera, se expresa en: la reconstitución de la unidad política de India, la creación de un ejército nativo, la introducción de la prensa libre, de la propiedad privada de la tierra y de las ciencias europeas, la comunicación regular con Europa por el vapor y la implantación del ferrocarril.

En cuanto a este último, Marx le asigna especial relieve por su capacidad para crear las bases de una integración de las aldeas dispersas y autosuficientes y asentar las bases materiales para un desarrollo industrial.

Ya sé que la industriocracia inglesa trata de cubrir la India de vías férreas con el exclusivo objeto de extraer, a un costo más reducido, el algodón y otras materias primas necesarias para sus fábricas. Pero una vez que se ha introducido la maquinaria en el sistema de locomoción de un país que posee hierro y carbón, ya no es posible impedir que ese país fabrique dichas máquinas. No se puede mantener una red de vías férreas en un país enorme sin organizar en él todos los procesos industriales necesarios para satisfacer las exigencias inmediatas y corrientes del ferrocarril, de las cuales debe surgir la aplicación de la maquinaria a otras ramas de la industria no directamente relacionadas con el transporte ferroviario.

Este desarrollo, por cierto, no alcanzaría a las grandes masas de India llevadas a la miseria. No basta el desarrollo de las fuerzas productivas; es necesario que los pueblos se apoderen de ellas. Pero la penetración capitalista en India, por terrible que sea, establece las bases materiales para esto.

Los indios no podrán recoger los frutos de los nuevos elementos de la sociedad, que ha sembrado entre ellos la burguesía británica, mientras en la propia Gran Bretaña las actuales clases gobernantes no sean desalojadas por el proletariado

industrial, o mientras los propios indios no sean lo bastante fuertes como para acabar de una vez y para siempre con el yugo británico.

Marx resume así su apreciación general de los efectos de la penetración imperialista en India, misma que se puede tomar como visión de conjunto de los efectos del imperialismo:

Los devastadores efectos de la industria inglesa en la India –país de dimensiones no inferiores a las de Europa y con un territorio de 150 millones de acres– son evidentes y aterradores. Pero no podemos olvidar que no son más que el resultado orgánico de todo el actual sistema de producción. Y esa producción descansa en el dominio supremo del capital. La centralización de este es indispensable para la existencia del capital como poder independiente. Los efectos destructores de dicha centralización sobre los mercados del mundo no hacen más que revelar, en proporciones gigantescas, las leyes orgánicas inmanentes de la economía política vigente en la actualidad, para cualquier ciudad civilizada. El período burgués de la historia está llamado a crear las bases materiales de un nuevo mundo: a desarrollar, por una parte, el intercambio universal basado en la dependencia mutua del género humano y los medios para ese intercambio; y por otra parte, a desarrollar las fuerzas productivas del hombre y transformar la producción material en un dominio científico sobre las fuerzas de la naturaleza. La industria y el comercio burgués van creando esas condiciones materiales de un nuevo mundo, del mismo modo que las revoluciones geológicas crearon la superficie de la tierra. Y solo cuando una gran revolución social se apropie de las conquistas de la época burguesa, el mercado mundial y las modernas fuerzas productivas, sometiénolos al control común de los pueblos más avanzados, solo entonces habrá dejado el progreso humano de parecerse a ese horrible ídolo pagano que solo quería beber el néctar en el cráneo del sacrificado.

2. DE LA II INTERNACIONAL A LA TRADICIÓN LENINISTA

Después de la muerte de Marx y Engels fue mínima la contribución de la II Internacional al estudio del fenómeno colonial. Incluso, gran parte de sus miembros que formaban su ala derecha tendían a apoyar el proceso “civilizador” que la civilización moderna producía en el mundo “bárbaro”. A pesar de haber aprobado mayoritariamente una condena a la dominación colonial, el VII Congreso de la II Internacional, realizado en Stuttgart en 1907, aceptó

apoyar una política de reformas en el marco colonial. Asimismo, la minoría votó en contra de una moción conciliatoria.

Los sectores “centristas” representados por Kautsky y los marxistas austro-húngaros, a pesar de condenar claramente la política colonial, tenían pocas esperanzas en un cambio significativo en las colonias antes de una transformación socialista en los centros dominantes.

La izquierda de la Internacional tampoco se dedicó especialmente al problema. Ni Rosa Luxemburgo ni Lenin ni Trotsky, se dedicaron especialmente al estudio del problema colonial.

Vemos así que la contribución marxista al estudio del problema colonial ha sido bastante pobre hasta el desarrollo del Movimiento de Liberación Nacional en las colonias, en gran parte bajo el impulso de la Revolución Rusa, sobre todo en Asia. A partir de este momento empezaron a surgir análisis más detenidos del carácter de la dominación colonial, de la estructura de clases y del carácter de la revolución en las colonias. A partir de este momento se fueron esclareciendo los vínculos entre el análisis del capitalismo, la acumulación primitiva del capital, el problema nacional, el capital financiero y el imperialismo. Esos conceptos formaban un marco adecuado para aproximarse al problema concreto que los revolucionarios y la burguesía de los países dependientes empezaban a enfrentar.

A) LA CUESTIÓN DEL CARÁCTER UNIVERSAL DEL ESQUEMA DE *EL CAPITAL*, LA REVOLUCIÓN RUSA Y LA METODOLOGÍA DE ANÁLISIS DEL PROBLEMA DE LAS REGIONES ATRASADAS

Los revolucionarios rusos fueron los primeros en enfrentar el problema metodológico de la aplicación de los conocimientos generales producidos por Marx y Engels, a partir de la experiencia del capitalismo europeo en condiciones históricas distintas. Los populistas rusos fueron no solo los primeros traductores de *El capital*, sino sus lectores más apasionados, además de haber elegido al doctor Karl Marx para representarlos en la I Internacional. Las simpatías de Marx y Engels por estos revolucionarios rusos se evidenciaron en varias oportunidades, y sobre todo en la dedicación de Marx en sus últimos años de vida al estudio del ruso y de las condiciones socioeconómicas e históricas de ese inmenso país.

Asimismo, en la polémica desatada entre los jóvenes revolucionarios liberales rusos sobre la aplicación del esquema de *El capital* en Rusia, Marx se pronunció claramente en favor de los populistas, aun en contra de “marxistas ortodoxos” del período. En una carta dirigida a la redacción de *Hojas Patrióticas* en 1877, dice claramente: “Si Rusia sigue marchando por el camino que viene recorriendo desde 1861, desperdiciará la más hermosa ocasión que la historia ha ofrecido jamás a un pueblo para esquivar todas las fatales vicisitudes del régimen capitalista”. Y más adelante reafirma el carácter histórico particular de su estudio de la acumulación primitiva en Europa y el carácter general de las leyes de funcionamiento del régimen capitalista desde que se instaura como tal, protestando así en contra del intento de transformar

mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en Europa occidental en una teoría filosófico-histórica sobre la trayectoria general a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurren, para plasmar por fin en aquella formación económica que, a la par que el mayor impulso de las fuerzas productivas del trabajo social, asegura el desarrollo del hombre en todos y cada uno de sus aspectos. (Esto es hacerme demasiado honor y, al mismo tiempo, demasiado escarnio).

Para encerrar estas observaciones magistrales sobre su método, Marx compara el destino de la desapropiación de la plebe romana y el de la expropiación del campesino europeo para concluir:

Estudiando cada uno de estos procesos históricos por separado y comparándolos luego entre sí, encontraremos fácilmente la clave para explicar estos fenómenos, resultado que jamás lograríamos, en cambio, con la clave universal de una teoría general de filosofía de la historia, cuya mayor ventaja reside precisamente en el hecho de ser una teoría suprahistórica.

Hay aquí dos formulaciones muy importantes para el estudio de la situación específica de los países que no ingresaron en el capitalismo junto con Europa. Primero, que no seguirían el mismo camino que esta y no tendrían que pasar exactamente por las mismas fases, pudiendo incluso “esquivar” las vicisitudes del sistema capitalista plasmando formas históricas específicas. Segundo, hay una advertencia metodológica que obliga a estudiar cada

proceso histórico en su especificidad para de ahí vincularlo a otros procesos y a las condiciones históricas particulares en que se desarrolla. De esta manera, Marx reafirma una vez más el carácter científico, histórico concreto, de su método en contra de las interpretaciones formalistas y dogmáticas del mismo.

No es nuestro objetivo resumir aquí las discusiones que se establecieron en Rusia sobre el paso “inevitable” por el capitalismo, ni tampoco los complejos problemas nacidos de la introducción del capitalismo en Rusia que no logra romper completamente con el feudalismo y el régimen monárquico, ni mucho menos las graves cuestiones nacidas de la destrucción de las sobrevivencias precapitalistas por los obreros y campesinos a través del Estado soviético.

Es innegable, sin embargo, que el profundo debate desarrollado en Rusia sobre estos problemas creó instrumentos teóricos para enfrentarse a la problemática de otros países también atrasados, enfrentados a otros fenómenos específicos como la dominación colonial directa o indirecta. Sea en la caracterización de su especificidad histórica y su estructura de clases, sea en la definición del carácter de su revolución y las posibles formas de su desarrollo histórico, la riqueza de la experiencia histórica y del debate científico y doctrinario ruso tuvo un gran papel.

En lo fundamental, la visión leninista respecto de la debilidad de la burguesía y del papel hegemónico del proletariado y del campesinado en la realización de la revolución burguesa fueron marcos muy importantes para el estudio del carácter de la revolución en los países coloniales. Y se resumieron en su obra sobre las *Dos tácticas de la socialdemocracia rusa*.

Asimismo, el estudio de Lenin en *El desarrollo del capitalismo en Rusia* sobre la destrucción de las comunidades rurales en esa nación y el surgimiento de nuevas formas de producción capitalistas no solo revelaba claramente los procesos por los cuales se rompen las relaciones precapitalistas en un país atrasado y se introducen nuevas formas de producción capitalistas, sino que entregaba también una excelente guía metodológica para el estudio de la especificidad de los procesos sociales concretos en países atrasados.

B) EL IMPERIALISMO COMO NUEVA FASE DEL CAPITALISMO

Pero la contribución de Lenin al estudio del fenómeno colonial y periférico se hizo mucho más patente con su libro *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. En este libro Lenin demostró que el desarrollo del monopolio y el capital financiero, con sus corolarios militaristas (Guerra Mundial y colonialismo), correspondían a una nueva etapa de la formación social capitalista. Lenin estableció también las leyes generales que regían a esta etapa: el carácter desigual y combinado del desarrollo capitalista internacional y nacionalmente, el parasitismo y la descomposición del sistema, el papel determinante de la exportación de capital, la importancia de la lucha por mercados y fuentes de materia prima, y la forma específica que asumía la competencia entre los *trusts* en la etapa monopólica.

Al establecer esta definición del imperialismo, Lenin no solo pudo plantear la posibilidad del paso al socialismo en Rusia, sino también el papel cada vez más relevante de la revolución colonial.

Después de la victoria de la Revolución Rusa de octubre de 1917, se establecieron condiciones absolutamente nuevas para la lucha de clases en los países coloniales que Lenin pudo destacar en varias oportunidades. En contacto con los líderes revolucionarios de India y China, Lenin y los demás dirigentes de la III Internacional empezaron a preocuparse directamente (si bien de manera muy incidental) del análisis de las características de otros países.

Posteriormente la III Internacional se ocupó mucho más directamente de estos problemas en la medida en que fracasaba la revolución en Europa y se desarrollaba en Oriente, particularmente en China.

No nos cabe resumir aquí los varios pasos que se han dado en este sentido⁵¹, pero podríamos quizás sintetizar de manera muy general los puntos comunes que se fueron cristalizando en función del desarrollo de la experiencia china y de otros países asiáticos (Turquía, Persia) y, en parte de América Latina.

En primer lugar, la III Internacional definió el carácter general de la revolución en curso en estos países como democrático-burguesa, pero buscó

51. Hay un excelente resumen en Rudolf Schlesinger, *La Internacional Comunista y el problema colonial*, Córdoba, Argentina (Cuadernos de Pasado y Presente, 52), 1974.

designar su carácter específico a partir de la necesidad de lucha nacional contra la dominación imperialista.

En este sentido, logró diferenciar entre los países donde se había logrado desarrollar una industria mínima y, por lo tanto, un proletariado industrial y una burguesía; aquellos de un pequeño desarrollo industrial pero donde había antes de la conquista una población agrícola y un comercio desarrollado, y donde existía una intelectualidad poco amplia, pero suficiente para constituir el liderazgo de un movimiento revolucionario; y, en fin, los países más atrasados aún, sin industria y sin concentraciones poblacionales.

Es muy poco lo que se puede sacar de esta tipología para establecer los problemas fundamentales del análisis del atraso y de la dependencia. En realidad fueron los autores nativos de estos países los que se dedicaron más profundamente a comprender su sociedad. Entre todos ellos Mao Tse-tung ocupó un lugar privilegiado al reflejar en su obra el profundo proceso de transformación social chino y los esfuerzos de reflexión que este provocó en el movimiento revolucionario mundial, desde los informes de M.N. Roy y las discusiones de la Internacional Comunista hasta los debates dentro del liderazgo chino.

Mao contribuyó decisivamente a la teoría del subdesarrollo y la dependencia⁵²:

1) Al establecer la existencia de una burguesía compradora aliada al imperialismo y a la clase terrateniente, “verdaderos apéndices de la burguesía internacional”; identificados junto con el imperialismo como enemigos principales de la Revolución China.

2) Al precisar la inevitable quiebra de la burguesía media y nacional entre un ala proimperialista y un ala que “se inclinará hacia la izquierda”, rechazando así la posibilidad de un desarrollo nacional bajo el liderazgo de la burguesía nacional.

Para estas clases no hay posibilidad alguna de permanecer “independientes”. Por eso, la idea concebida por la burguesía media china de una revolución “independiente” en la que esa clase desempeñaría el papel principal no es más que una ilusión.

52. Las citas sobre la estructura de clases china son sacadas del artículo de 1926, “Análisis de las clases de la sociedad china”, *Obras escogidas*, Pekín, Ed. en Lenguas Extranjeras, 1971, t. I.

3) Al señalar tres grandes corrientes en el interior de la pequeña burguesía, bajo fuerte influencia del proceso revolucionario.

4) Al destacar la existencia de un semiproletariado, dentro del cual incluye un sector de los campesinos semiproletarios, los campesinos pobres, los pequeños artesanos, los dependientes del comercio, los vendedores ambulantes, toda esa inmensa gama de subempleo que tan terriblemente caracteriza a nuestras sociedades.

5) Al resaltar las características revolucionarias de un proletariado industrial nuevo y relativamente pequeño pero muy concentrado y combativo. Asimismo, destacó la importancia del proletariado rural que se suma a los campesinos pobres como principal aliado del proletariado industrial.

6) Al no dejar de destacar el papel del lumpenproletariado y su ambigüedad: “Capaz de luchar con gran coraje, pero inclinado a las acciones destructoras, puede transformarse en una fuerza revolucionaria si se le conduce de manera apropiada”.

7) Al analizar, además, en términos muy concretos y dialécticos, la estructura de clases china, las fuerzas de la revolución y de la contrarrevolución y los sectores intermedios, logró también definir con mucha precisión el carácter de la revolución y del régimen político y socioeconómico que debían implantar en China las fuerzas revolucionarias:

La Revolución China en su primera etapa (subdividida en múltiples fases) es, por su carácter social, una revolución democrático-burguesa de nuevo tipo, y no es todavía una revolución socialista proletaria; sin embargo, hace ya mucho tiempo que forma parte de la revolución mundial socialista proletaria, y, más aún, constituye actualmente una parte muy importante de ella y es una gran aliada suya. La primera etapa o primer paso de esta revolución, de ningún modo es ni puede ser el establecimiento de una sociedad capitalista bajo la dictadura de la burguesía china, sino el establecimiento de una sociedad de nueva democracia bajo la dictadura conjunta de todas las clases revolucionarias del país dirigidas por el proletariado; con ello culminará la primera etapa. Entonces, será el momento de llevar la revolución a su segunda etapa: el establecimiento en China de una sociedad socialista⁵³.

53. “Sobre la nueva democracia”, *Obras escogidas*, t. II, enero de 1940, p. 361.

La tesis de Mao, que él buscaba apoyar en textos de Stalin, sobre el nuevo carácter de las revoluciones democrático-burguesas en la etapa de la revolución proletaria mundial, después de la Revolución Rusa de 1917, se mostró muy correcta en China e inspiró gran parte de la elaboración teórica marxista entre los años 1946 y 1954. Una historia intelectual y política del concepto de dependencia tendría que incorporar los estudios de otros marxistas desde 1917 a nuestros días.

Pero hay una contribución que marcó época en el desarrollo del análisis marxista sobre el atraso, el subdesarrollo y la dependencia. Fue la de Paul Baran⁵⁴. Fue fruto de una etapa histórica distinta. La consolidación de la independencia de India en el ámbito de un antiimperialismo cada vez más moderado y de un desarrollo de relaciones de producción capitalista en el contexto del capital internacional mostraba que la revolución de liberación colonial podía dar origen a nuevas formas de dependencia y vínculos con el capital internacional y el imperialismo. Baran conoció también el fracaso de la avanzadísima experiencia de la revolución democrática boliviana y del menos profundo, pero no menos dramático, caso guatemalteco. Asimismo, Baran estudió en detalle la nueva etapa del imperialismo internacional bajo la hegemonía norteamericana y el avance del monopolio internacional.

Al analizar estas situaciones de dependencia a la luz de “las trascendentales realizaciones y enseñanzas de la construcción socialista en la República Popular China”, se hacía patente para los revolucionarios la incapacidad del capitalismo de resolver los problemas del atraso y de la miseria. Estos eran, pues, los problemas que habría de enfrentar Paul Baran al sintetizar un gran conjunto de trabajos que buscaban resolver los mismos problemas:

1) Era evidente que el socialismo era el único camino de superación del subdesarrollo.

2) Por otro lado, el monopolio imperialista había logrado ligarse a las oligarquías locales de forma poderosa, combinándose con el atraso y la pobreza de una manera nueva que habría que analizar.

3) Esta ofensiva imperialista se aliaba en el plano intelectual con un fuerte esfuerzo por investigar el desarrollo económico y social para abrir

54. Paul Baran, *Economía política del crecimiento*, op. cit. La edición norteamericana original por *Monthly Review* es de 1957.

nuevos caminos para la inversión en el mundo colonial, sin romper revolucionariamente con el *statu quo*. Era necesario oponer a estos intentos una verdadera *explicación* del atraso y del subdesarrollo como producto de la dominación imperialista en alianza con los sectores reaccionarios locales.

4) Había que señalar los límites de la independencia política en estas nuevas condiciones del monopolio internacional, que “con frecuencia precipita un simple cambio de sus amos occidentales, apoderándose la potencia imperialista más joven, con más recursos y más emprendedora, de los controles que se escaparon de las manos de los viejos y ahora debilitados países imperialistas”.

5) Se trataba, en fin, de demostrar que el crecimiento económico capitalista implicaba un gran desperdicio y la subutilización de recursos, la formación de un enorme sector terciario, el subempleo y la no destrucción, en ritmo suficientemente rápido, de los sectores atrasados de la economía.

6) Políticamente se demostraba la incapacidad de las llamadas burguesías nacionales para romper el subdesarrollo y conducir un proceso de liberación nacional. El socialismo aparecía cada vez más claramente como la única salida revolucionaria para los subdesarrollados.

De esta manera, la obra de Baran reflejaba de cierta forma el resultado de un proceso ya anunciado en los artículos de Mao Tse-tung, en los debates de la III Internacional y en las experiencias revolucionarias de la posguerra y del proceso de descolonización.

La Revolución Cubana vendría a confirmar definitivamente estas postulaciones al romper sus límites democráticos y antiimperialistas, y al encontrar en el socialismo el único camino para sostener sus ideales revolucionarios. Se empieza a formular una nueva problemática teórica y práctica.

En este momento, bajo la influencia del jruschovismo, los partidos comunistas latinoamericanos defendían la alianza de clases con las burguesías nacionales en un frente nacionalista y democrático. Se producía así un reforzamiento del pensamiento nacionalista, desde los sectores obrero y pequeño-burgués representados en estos partidos, que venía a reforzar el movimiento populista y las tesis del nacionalismo revolucionario profundamente golpeado por la radicalización producida por la Revolución Cubana.

Se producía así un nuevo marco para el debate teórico que se intensificó en todo el continente. Correspondió a un discípulo de Baran, André Gunder

Frank, recoger este debate bajo un fuerte partidismo antijruschovista y prorrevolución cubana en su interpretación más sectaria. Vale la pena, pues, tomarlo como ejemplo de una posición muy difundida.

3. EL CAPITALISMO COLONIAL SEGÚN ANDRÉ GUNDER FRANK

André Gunder Frank ha ejercido una profunda tarea crítica en Latinoamérica. La publicación de su libro acerca del subdesarrollo en Brasil y Chile fue un importante aporte para la comprensión y, sobre todo, para la redefinición de nuestra realidad. Sin embargo, la tarea crítica de Gunder Frank no estuvo acompañada de una feliz proposición teórica. Al comprender la importancia de este libro para las ciencias sociales, en nuestros países, sentimos la necesidad de incluirlo entre los antecedentes teóricos que examinamos.

El libro reúne un conjunto de ensayos sobre capitalismo y subdesarrollo en América Latina; el primero, sobre desarrollo del subdesarrollo en Chile; el segundo, sobre el problema indígena en Latinoamérica; el tercero, sobre desarrollo del subdesarrollo en Brasil; y el cuarto, sobre el capitalismo y el mito del feudalismo en la agricultura brasileña⁵⁵.

A) LA TEORÍA DEL CAPITALISMO COLONIAL

El objetivo central del libro es probar “que es el capitalismo, tanto nacional como internacional, lo que ha producido el subdesarrollo en el presente en Latinoamérica” (p. 7).

Según Gunder Frank, el subdesarrollo es consecuencia de las contradicciones del propio capitalismo.

Estas contradicciones son la expropiación del excedente de muchos y su apropiación por pocos, la polarización del sistema capitalista en un centro metropolitano y satélites periféricos y la continuidad de la estructura fundamental del sistema capitalista a través de la historia de su expansión y transformación, debido a la persistencia o recreación de estas contradicciones en todas partes y en todos los tiempos.

55. André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, op. cit.

Estas relaciones generaron el subdesarrollo en los satélites periféricos, cuyo excedente económico es expropiado, generándose así el desarrollo en la metrópoli. De lo cual se extrae la conclusión de que para liberarse del subdesarrollo, es necesario liberarse del capitalismo.

Tales afirmaciones se dirigen en contra de una visión de América Latina feudal, autárquica, reclusa y dedicada a una economía de subsistencia. Según Gunder Frank, América Latina es capitalista desde su cuna, o antes, desde su concepción. La tesis defendida por los teóricos de la Comisión Económica para América y el Caribe (CEPAL) según la cual se ha producido un “desarrollo hacia afuera” después de la Independencia, en contraposición a la economía feudal de la fase colonial, no correspondería, pues, a los hechos.

A partir de estas tesis básicas de revisión de la teoría de la sociedad y la historia latinoamericanas, el autor plantea su propia teoría. Según él, el origen del subdesarrollo debe ser buscado en las contradicciones resultantes de la expropiación del excedente económico de muchos en favor de la apropiación de este excedente por pocos.

La expropiación de este excedente se efectúa por medio de una cadena de explotación, cuyo punto más alto es el centro del capitalismo mundial en cada período histórico. Debido a la estructura monopolista del capitalismo mundial, este impone a los países más frágiles condiciones de explotación de su excedente económico.

Esta cadena de explotación empieza, pues, por el centro capitalista mundial, que retira el excedente económico de las metrópolis nacionales. Estas, a su vez, retiran el excedente de los centros regionales, los cuales explotan a los centros locales donde están los grandes latifundistas y mercaderes, quienes a su vez explotan a los pequeños campesinos o propietarios, y estos, a su vez, a los trabajadores de la tierra. Dentro de cada eslabón, pocos se apropian del excedente de muchos.

Entonces, en cada punto, el sistema capitalista internacional, nacional y local, genera desarrollo económico para pocos y subdesarrollo para la mayoría.

Una segunda contradicción es la polarización metrópoli-satélite. La relación metrópoli-satélite se repite, pues, en el interior de economías colonizadas, tanto como dentro de las economías colonizadoras (casos de Portugal y

España dominados por Inglaterra). Una tesis resulta de esta contradicción: a toda situación de debilitamiento del centro, tanto internacional como nacional, corresponde una situación de mayor posibilidad de desarrollo local.

Una tercera contradicción está relacionada con la continuidad histórica de esas condiciones de explotación, a pesar de los cambios en el sistema. El sistema capitalista, como conjunto, mantiene su estructura esencial y genera las mismas contradicciones fundamentales. De ahí que el enfoque del libro sea sobre la continuidad de esa estructura esencial y no sobre los cambios históricos que, sin embargo, considera muy importantes.

La discontinuidad solo será acentuada para revelar los períodos en que podrían haberse superado las contradicciones.

B) EJEMPLOS HISTÓRICOS: CHILE

Presentado el esquema básico que se repite con algunas modificaciones en la parte destinada a Brasil, Gunder Frank pasa a analizar la experiencia de Chile. Sus tesis fundamentales, apoyadas en largas ejemplificaciones de autores latinoamericanos, son:

1. La economía colonial se destina básicamente a la exportación y está dominada por el capital comercial de la metrópoli internacional y de las metrópolis nacionales. En el caso de Chile, su economía exporta hacia Perú, cuyos comerciantes monopolizan el mercado comprador de Chile y sacan el excedente económico junto con los comerciantes de Valparaíso y Santiago, metrópolis nacionales. Así, las últimas metrópolis de Chile eran España y después Inglaterra, que dominaba a España.

2. En el siglo XVII hay una crisis en el centro colonizador español y en su satélite peruano. Esto permite el desarrollo de una economía industrial y de una agricultura interna. Fenómeno que también ha ocurrido en México y otras partes de América Latina.

3. Con la reafirmación de los lazos de dependencia en el siglo XVIII, se establecen la resatelización, la polarización y el subdesarrollo. Se destruye la industria manufacturera y se restablece la estructura de dominio del sector explotador sobre el conjunto de la economía.

4. En el siglo XIX se reafirma la estructura subdesarrollada con los fracasos de los intentos de Portales, Bulnes y Montt en los años 1820 y 1860.

Después de un gran desarrollo industrial, agrícola y minero, Chile es dominado por el capital extranjero en la minería, lo que produce una declinación del desarrollo anterior. Las bases de estos cambios están en el libre comercio, que interesaba a los exportadores y que destruye a la floreciente industria nacional. El gobierno de Balmaceda fue el último intento de retornar al camino industrial, intento frustrado por el golpe de Estado llevado a cabo por estas fuerzas antinacionales coordinadas y corrompidas por Inglaterra.

5. En el siglo XX se consolida esta situación de subdesarrollo y se agudiza a cada paso con la explotación del excedente económico de Chile y la polarización de la economía y de la sociedad reflejada en una profunda desigualdad de distribución del ingreso entre las clases sociales y las regiones del país. Y si es verdad que en el pasado hubo una burguesía industrial nacionalista, esta se hace cada vez más dependiente de la metrópoli capitalista en materia de financiamientos, comercialización, bienes de capital, tecnología, diseños, patentes, marcas comerciales, licencias, etc. En suma, no se puede hablar ya de esa burguesía nacional progresista.

El subdesarrollo en Chile, si se quiere no es producto de las supervivencias feudales en su economía, que nunca las hubo, sino de la dominación capitalista. En consecuencia, la única forma de superar el subdesarrollo es destruir esta estructura capitalista.

C) EL PROBLEMA INDÍGENA Y EL CASO BRASILEÑO

Una sección especial del libro se reservaba al problema indígena. Su objetivo central era demostrar que “el problema indígena en Latinoamérica es, en esencia, un problema de la estructura económica del sistema capitalista nacional e internacional como conjunto”. A través de abundante documentación extraída de estudios antropológicos, sociológicos e históricos de América Latina, demuestra en forma convincente que el aislamiento del indígena es falso. La sociedad indígena actual es un producto de la explotación a que fueron sometidas estas poblaciones (o sus restos) por el capitalismo.

Concentra su esfuerzo también en la tarea de mostrar que la Encomienda y otras instituciones, aparentemente feudales en Latinoamérica, no dieron origen a formas de propiedad de la tierra y desaparecieron en el siglo XVI. No pueden, pues, ser consideradas como el origen de instituciones posteriores

como el inquilinato. Muestra enseguida cómo la producción indígena es explotada por los mercaderes urbanos nacionales, que a su vez son explotados por los mercaderes metropolitanos.

La parte destinada a Brasil demuestra cómo las principales regiones subdesarrolladas del país, donde hay aparentes relaciones feudales y una economía de supervivencia, son producto de la decadencia de la producción exportadora.

Estas regiones, que tuvieron un gran auge exportador, se vuelven hacia la agricultura de sobrevivencia al decaer el comercio exportador. Y de esta decadencia surgen las estructuras subdesarrolladas dominadas por los “coroneles” del interior de Brasil (latifundistas y comerciantes regionales) y por relaciones aparentemente feudales.

Este es el caso del nordeste azucarero, próspero a fines del siglo XVI y hasta la mitad del siglo XVII; de Minas Gerais, donde la producción de oro generó un gran impulso industrial destruido por la metrópoli portuguesa y que se vio lanzada a la decadencia al finalizar la explotación del oro; lo mismo ocurrió en el norte, en Maranhão, donde un auge exportador, a fines del siglo XVII y principios del siglo XIX, fue seguido de una decadencia que generó el subdesarrollo. Otros casos de exportaciones decadentes han ocurrido en Bahía, a principios del siglo XX, y en Pará a fines del mismo siglo. Estas son las regiones llamadas “feudales” en el Brasil contemporáneo.

Gunder Frank da especial relevancia al período de librecambismo. Demuestra su papel en el impedimento de la creación de una industria nacional en el siglo XIX, por la competencia de las manufacturas inglesas, que disponían de privilegios cambiarios dados por la corona portuguesa y por el imperio brasileño. La larga crisis del siglo XIX solo fue rescatada por el aumento de la exportación de café a fines del siglo.

El autor hace una distinción entre la involución pasiva y la involución activa resultante de las coyunturas provocadas por la guerra de 1914-18, la crisis del 29 y la guerra de 1939-45. En estas oportunidades la disminución de la exportación (guerra del 14-18 y crisis del 29), o las dificultades de importación (guerra del 39-45), generaron un gran desarrollo industrial. Este desarrollo no se libró del dominio del capital extranjero ni de la polarización interna, característica del capitalismo subdesarrollado.

La situación de subdesarrollo y la involución de la economía, a partir

de 1962 (tasas de crecimiento decrecientes y baja del ingreso per cápita), se explican por la acentuación de la penetración del capital extranjero en la posguerra destinado básicamente al control del sector industrial.

Al analizar el reciente dominio del capital extranjero en Brasil, el autor desarrolla la tesis de la etapa del imperialismo tecnológico:

Durante la era mercantilista, el monopolio metropolitano se fundamentaba en el monopolio comercial; en la era del liberalismo, el monopolio metropolitano se ha transformado en industrial; en la primera mitad del siglo XX, la base del monopolio metropolitano parece transferirse cada vez más hacia la tecnología.

Se pudo tener industria liviana, pero no se pudo quebrar el monopolio de la industria pesada: es necesario romper la dominación tecnológica (automatización, cibernética, tecnología industrial, química, agrícola y militar). Esta situación se refleja incluso en el capitalismo europeo.

El golpe militar del 64 refleja estas condiciones de acentuación de la dependencia, con la adhesión de las burguesías nacionales decadentes al capital extranjero. La solución al problema del subdesarrollo brasileño se muestra cada vez más imposible sin la destrucción del sistema que lo ha generado: el sistema capitalista mundial y nacional.

El libro termina con un ensayo sobre el mito del feudalismo en la agricultura brasileña, en el cual se trata de demostrar que las causas de la crisis agrícola deben ser buscadas en el capitalismo y no en el feudalismo.

D) CRÍTICA A LA METODOLOGÍA⁵⁶

Nuestra principal crítica a la teoría de Gunder Frank se refiere al hecho de que no logra superar una posición estructural funcionalista, y el origen de esta no superación creemos encontrarlo en su concepto de contradicción.

56. Estas notas críticas fueron publicadas en 1968. Es extraño que seis años después Agustín Cuevas las repita en un artículo en el cual pretende criticar una escuela de pensamiento que él llama de "la teoría de la dependencia", que otros (con un gusto muy deteriorado) han llamado "los dependencistas" (mimeo.), Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, México, 1974, presentado como tesis al X Congreso Latinoamericano de Sociología, Costa Rica, 1974.

Al citar a Engels: “existe una contradicción en que una cosa continúe siendo la misma y sin embargo cambie constantemente”, busca justificación para su análisis de la continuidad histórica de las contradicciones del sistema colonial. Sin embargo, la noción de contradicción implica que la realidad se modifica por efecto del desarrollo de las contradicciones mismas. Es decir, la contradicción entre continuidad y cambio es meramente aparente; por tanto, el cambio es generado por lo que es aparentemente continuo. La única continuidad que la dialéctica puede admitir es la continuidad del cambio, pues el cambio se debe exactamente a aquello que hace que la cosa sea ella misma. El capitalismo, por ejemplo, genera el socialismo por efecto de las mismas contradicciones que lo hacen desarrollarse como sistema capitalista. De otro modo, no hay dialéctica.

De ahí se deriva un carácter estático en el sistema de Gunder Frank. Las contradicciones de América Latina son, para él, las mismas desde su descubrimiento hasta hoy. Los cambios que han existido, y el mismo Gunder Frank admite que son importantes, en su análisis aparecen como “irracionales”, o mejor, como resultado de factores aleatorios (crisis en los centros dominantes, por ejemplo), los cuales causan a veces una “involución pasiva” o, a veces una “activa”, por motivos teóricos ignorados. Pues solamente a través de la estructura interna de estos países se puede explicar por qué, aceptando la terminología del autor, a veces involucionan pasiva o a veces activamente. Y si la estructura de nuestros países es la misma y ha permanecido igual en todo este período, ¿cómo se explican los cambios que se han producido en América Latina?

En este mismo sentido debemos criticar el modelo teórico de Gunder Frank. La primera contradicción del modelo que se refiere a la producción del excedente por muchos y su apropiación por pocos, explica por qué nuestro excedente económico es reducido, pero no explica por qué el excedente que se queda en América Latina es invertido de tal o cual forma. Para explicarlo, el mismo Gunder Frank tiene que recurrir a ciertas categorías que se relacionan con la estructura interna de los países coloniales: al predominio del sector exportador y a la deficiencia del mercado interno, generada por la estructura exportadora. Si no fuera así, no sería posible explicar por qué, en los momentos de repliegue de los centros metropolitanos y de disminución de la explotación colonial, no se puede superar la condición de subdesarrollo.

Lo que pretendo demostrar con este argumento no es que la apropiación del excedente económico de nuestros países no es un elemento importante de nuestro atraso, sino que hay que explicar esta apropiación y sus resultados por la estructura de la economía dependiente. Es necesario analizar en un primer momento la estructura exportadora sin tomar en cuenta la expropiación del excedente por la metrópoli, pues nuestros países seguirían subdesarrollados aun si no hubiera esta expropiación. Y seguirían subdesarrollados por la dependencia de la importación de los productos manufacturados, por la no generación de un mercado interno de estos productos comprados en el exterior, por el predominio del capital comercial.

En cuanto a los cambios del sistema, no basta con mostrar la continuidad de la estructura colonial. Es necesario explicarse cómo, a pesar de esta continuidad de la dependencia, ella ha cambiado sus formas. Pues han sido estos cambios los que generaron la profunda crisis actual que exige una solución socialista y que la permite. Si no logramos mostrar cómo ha surgido una contradicción nueva que conduce al socialismo y qué contradicción es esta, tenemos dos soluciones: o creemos que el subdesarrollo se va a mantener, pues la estructura de las contradicciones es aún la misma de la Colonia, o creemos que el socialismo vendrá como resultado de una intensificación de una crítica al capitalismo, o como efecto del ejemplo soviético o cualquiera otra interpretación idealista. ¡No! Si el socialismo es hoy una posibilidad, y no lo ha sido en el pasado, es porque el capitalismo latinoamericano actual es estructuralmente distinto al del pasado.

Esta crítica apunta hacia otra discordancia con Gunder Frank. Él parte del principio de que el dominio del capitalismo comercial en América Latina colonial asegura su carácter capitalista. El capitalismo comercial, como lo ha mostrado Marx en el capítulo del volumen III de *El capital*, destinado a la historia del capital mercantil, no es suficiente para generar un modo de producción capitalista. En Roma, por ejemplo, el capitalismo comercial se había separado de la propiedad de la tierra y era fundamental a esta sociedad y, sin embargo, no creó un modo capitalista de producción. Este modo de producción solo existe bajo el dominio del capital industrial, que separa la producción del capital y del trabajo, la propiedad de los medios de producción y la propiedad de la fuerza de trabajo, a los capitalistas y los asalariados libres.

Por el contrario, nos muestra Marx, que el dominio del capital mercantil es un impedimento precapitalista al desarrollo del capitalismo, a pesar de que aquel ha creado, dialécticamente, las condiciones del surgimiento del capitalismo al crear el comercio mundial. Es por tanto falso concluir que debido al dominio de la economía latinoamericana por el capital comercial en la época de la Colonia existiera en América Latina un modo de producción capitalista. Sería muy difícil demostrar cómo es capitalista un modo de producción apoyado en relaciones de producción esclavistas como las que han predominado en varias partes de América Latina.

Esto no quiere decir que justifiquemos la tesis falsa de una economía “feudal” en nuestros países. A pesar de que se hayan establecido modos de producción cercanos al servilismo (modos semiserviles o mixtos de serviles y otras formas de producción), el conjunto de la economía no era feudal, pues se dedicaba a la producción de mercaderías y era dominada por el capital comercial y financiero. Esto no quiere decir, sin embargo, que no fuera una economía precapitalista, pues como decimos, el capital mercantil no genera un modo de producción capitalista por sí mismo.

Nuestra crítica se esclarece con esta cita de Marx:

La verdadera ciencia de la economía política comienza allí donde el estudio teórico se desplaza del proceso de circulación al proceso de producción (t. III, p. 325).

Para comprender la realidad latinoamericana es necesario, pues, partir de los modos de producción precapitalistas de la fase colonial, bajo el dominio del capital mercantil y financiero. Después mostrar los primeros intentos de una economía capitalista industrial y los límites, para que se lograra este paso, representados por el dominio del capital financiero internacional y nacional, y por la fuerza de los modos de producción precapitalistas (la esclavitud ha sido, por ejemplo, un gran obstáculo a la creación del mercado interno de nuestros países y del trabajador libre, condiciones indispensables para el desarrollo capitalista).

La estructura de la dependencia tiene que ser planteada como un condicionamiento de nuestra realidad. Condicionamiento muy importante, porque señala el carácter mismo de nuestra estructura económico-social, que

siempre fue dependiente; estructura que ha variado con el desarrollo de nuestras sociedades y de los centros metropolitanos. La categoría de dependencia es aún más fundamental para explicar las contradicciones específicas de nuestro capitalismo, contradicciones que son cada vez más profundas mientras más se desarrollan las relaciones de producción capitalistas en nuestras sociedades. Es esto lo que explica por qué la dependencia es nuestro gran tema de hoy en día: se volvió incompatible con el desarrollo capitalista de los años 30.

Por esto concordamos con Gunder Frank en su excelente tarea crítica, cuando prueba que el desarrollo del capitalismo comercial mundial explica nuestras economías, y no el feudalismo; cuando demuestra que la dependencia es la clave de la explicación del subdesarrollo; cuando establece la ligazón entre el sistema colonial y el nacional. Pero no podemos aceptar su teoría del subdesarrollo y el método que plantea, pues nos conduciría a una visión no dialéctica, y por lo tanto irracional, de nuestra realidad. El esquema colonial que él plantea no puede ser “combinado” con un análisis de clase como él lo desea. Tiene que ser “subyugado” a un análisis de clase que explique la estructura de clase, que explique la estructura interna generada por la condición dependiente y el desarrollo de sus contradicciones.

Gran parte de la crítica que se hizo al concepto de dependencia en los últimos tiempos tomó como principal objeto las afirmaciones de Gunder Frank, tan combatidas por muchos de los que desarrollaron este concepto. Posteriormente, una autocrítica del mismo Gunder Frank confundió a todos los que han trabajado con este concepto en un mismo campo teórico. Se hace necesario pues profundizar en el tema.

En la década de los 60, la actividad intelectual latinoamericana estuvo profundamente influida por la Revolución Cubana y la crítica a las concepciones nacionalistas que atribuían una tarea revolucionaria a la burguesía nacional. En la segunda mitad de la década, un buen número de estos científicos se concentró en Santiago de Chile y dieron origen a varias discusiones y seminarios que confluyeron con la fuerte agitación social que vino a desembocar en la victoria de la Unidad Popular y en su experiencia de gobierno hasta el golpe de Estado de septiembre de 1973.

En los capítulos anteriores hemos hecho referencia a la mayoría de estos trabajos y en el ítem inmediatamente anterior criticamos la obra principal de Gunder Frank, que recogió gran parte de este ambiente y debate. Sin embargo, al final de la década, el tema ganó un nuevo nivel en la medida en que se empezaron a producir trabajos empíricos⁵⁷, de un lado, y obras de mayor

57. Entre los estudios de aspectos específicos de la realidad latinoamericana o de universos más restringidos geográfica o temáticamente, realizados bajo el impacto de planteamientos teóricos más abstractos y metodológicos sobre la teoría de la dependencia podemos destacar: Vania Bambirra, *El capitalismo dependiente...*; *La Revolución Cubana: una reinterpretación*, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1974; comp. e introd.; *Diez años de experiencia insurreccional en América Latina*, Santiago de Chile, Ed. Pla, 1971. Roberto Pizarro y Orlando Caputo, *Imperialismo, dependencia y relaciones económicas internacionales*, Santiago de Chile, Ed. Cuadernos del CESO, 1972; *Desarrollo y capital extranjero: las nuevas formas del imperialismo en Chile*, Santiago de Chile, Ed. Universidad Técnica del Estado, 1970. Sergio Ramos, *Chile: ¿Una economía de transición?*, Santiago de Chile, Ed. Cuadernos del CESO, 1971. Álvaro Briones, "Empresas transnacionales y dependencia tecnológica", *Cuadernos del CESO*, 1973. "Los conglomerados transnacionales, la tecnología y el mercado de bienes intermedios", *Economía y Ciencias Sociales*, Caracas, diciembre de 1973, n. extraordinario en acuerdo con el CESO. Cristian Sepúlveda, "Desarrollo económico en Chile", *Cuadernos del CESO*,

1973. Edmilson Bizelli, "La política norteamericana para América Latina", *Economía y Ciencias Sociales*, Caracas, diciembre de 1973, n. extraordinario en acuerdo con el CESO. Estanislao González, "Venezuela: nueva política petrolera y dependencia", *Economía y Ciencias Sociales*, *ibid.* Maria das Graças Ackermann, "Les entrepreneurs et le développement (études d'un groupe d'industriels métallurgiques au Chili)", memoria presentada a la École Pratique des Hautes Études, Paris, septiembre de 1970, mimeo. Claire Savit Bacha, "A dependência nas relações internacionais: uma introdução à experiência brasileira", tesis de maestría presentada al IUPERJ, Rio de Janeiro, 1971. Vania Bambilra, "Integración monopólica mundial e industrialización: sus contradicciones", *Sociedad y Desarrollo* (Santiago de Chile), v. 1 N° 1, 1972. Ricardo Cinta G., "Burguesía nacional y desarrollo", *El perfil de México en 1980*, t. III, México, Siglo XXI Editores, 1972. Víctor Manuel Durand Ponte, "México: dependencia o independencia en 1980", *El perfil de México...* Vilmar E. Faria, "Dépendence et idéologie des dirigeants industriels brésiliens", *Sociologie du Travail* (Paris), N° 3, julio-septiembre de 1971; Faria escribió también una monografía todavía inédita sobre el mismo tema. G. Hasenbalg, C. Brigadão, F.J. Leite Costa, *O sector financeiro no Brasil: aspectos históricos*, Rio de Janeiro, IUPERJ / Ed. Dados, 1970. Julio Labastida, "Los grupos dominantes frente a las alternativas de cambio", *El perfil de México...* J.L. Leiva, "El sector externo, los grupos sociales y las políticas económicas en Chile (1830-1940)", *Cuadernos del CESO*, s/f. C. Lessa y T. Vasconi, *Hacia una crítica de las interpretaciones del desarrollo latinoamericano*, Caracas, Universidad Central de Venezuela - Centro de Estudios del Desarrollo, serie IV, Cursos y Conferencias, N° 2, 1969. Mónica Peralta Ramos, *Etapas de acumulación de capital y lucha de clases en la Argentina, 1930-1970*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI, 1972. Aníbal Quijano, "Nationalism and Capitalism in Perú: A Study in New Imperialism", *Monthly Review*, v. 23 N° 3 julio-agosto, 1971 (cito únicamente este trabajo, pues es innecesario indicar aquí otros del mismo autor que hayan contribuido al conocimiento teórico global de América Latina). José Luis Reyna, "Movilización y participación política: discusión de algunas hipótesis para el caso mexicano", *El perfil de México...* Además de ese trabajo ver su tesis de doctorado. Benicio Viero Schmidt, "Um teste de duas estratégias políticas: a dependência e a autonomia", Belo Horizonte, 1970, Tesis de Maestría, mimeo. Oswaldo Sunkel, "Política nacional de desarrollo y dependencia externa", *Revista de Estudios Internacionales* (Santiago de Chile), v. I N° 1, mayo, 1967. T. Vasconi, *Dependencia y superestructura y otros ensayos*, en colaboración con Inés Recca, *Modernización y crisis en la universidad latinoamericana*, Santiago de Chile, Ed. Cuadernos del CESO, 1971. Manuel Villa A. "Las bases del Estado mexicano y su problemática actual", *El perfil de México...* F.C. Weffort, *Clases populares y desarrollo social (contribución al estudio del populismo)*, Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES), febrero, 1968.

Es imposible citar el conjunto de trabajos sobre los distintos temas. En particular en el campo de estudios sobre marginalidad hay varios importantes, como los de Currieri, Contreras, Humberto Muñoz, Orlandina Oliveira y otros (sin mencionar los de Quijano) que por sí mismos constituyen todo un campo teórico relacionado con la perspectiva de dependencia pero considerado aparte. F.H. Cardoso, "Imperialismo e dependência", 1972, mimeo. A. Pinto, "El modelo de desarrollo reciente en América Latina", *El Trimestre Económico* (México), N° 150, 1970. P. Vuskovic, "Distribución del ingreso y opciones de desarrollo", Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) / Universidad Católica de Chile, 1970. F. Fajnzylber, *Sistema industrial en Brasil, 1970*, IPEA, 1974. A. Fishlow, *Distribución del ingreso*, s/d, 1973. J.E. Pereira, *Endeudamiento exterior*, IPEA, 1974. F.H. Cardoso, *Estado y sociedad*, São Paulo, CEBRAP, 1973. Martins Luciano, *Politique et développement économique: structures de pouvoir et système de décisions au Brésil*, Paris, Anthropos, 1973. Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*, México, Ed. Era, 1974. M.N. Campos, *Transferencia de tecnología, dependencia del exterior y desarrollo económico*, México, Ed. Universidad Nacional Autónoma de México, 1968. S. Bitar, *Inversión extranjera en la industria manufacturera de Chile*, Santiago de

aliento teórico, del otro, que asimilaban esta inquietud⁵⁸. Poco tiempo después, surgieron varios trabajos críticos de los planteamientos sobre la depen-

Chile, CORFO, 1972. F. Fajnzylber, *Sistema industrial y exportación de manufacturas*, Brasil, 1973. C. Vaitzos, *Comercialización de tecnología en el Pacto Andino*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1973. J. Katz, *Oligopolio, firmas nacionales y empresas multinacionales. La industria farmacéutica argentina*, Buenos Aires, 1974.

Los libros-antología citados como *América Latina: dependencia y subdesarrollo*, *Problemas del subdesarrollo latinoamericano*, el n. especial citado de *Trimestre Económico*, N° 150, la antología organizada por Robert I. Rhodes, *Imperialism and Underdevelopment*, otra organizada por K.T. Kann y D.C. Hodges (eds.), *Readings in U.S. Imperialism*, el simposio de Stanford editado por Frank Bonilla y Robert Girling sobre *Structures of Dependency*, 1973, la selección de Dieter Senghaas sobre *Imperialismus und Strukturelle Gewalt*, y muchos artículos dispersos en revistas especializadas, recogen gran parte de los innumerables estudios realizados sobre el tema que sería imposible compilar en una nota. Llamamos especialmente la atención de los lectores a las investigaciones realizadas en el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO), el Centro Brasileiro de Análise e Planejamento (CEBRAP), el Programa Centroamericano de Ciencias Sociales, el Instituto de Investigaciones Sociales, el Instituto de Investigaciones Económicas y el Colegio de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la Universidad Autónoma de México (UNAM).

58. Entre los innúmeros trabajos que al fin de la década del 60 y al comienzo de la del 70 continuaron el proceso de elaboración teórica que hemos citado en los capítulos anteriores, se encuentran:

a) Varios. *Problemas del subdesarrollo latinoamericano*, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1973. Se trata de trabajos enviados al encuentro de Dakar, en 1972, entre los cuales se cuentan sobre el tema: Sergio Bagú, “Las clases sociales del subdesarrollo”; Fernando Henrique Cardoso, “Notas sobre el estado actual de los estudios de la dependencia”; Héctor Silva Michelena, “Del subdesarrollo al socialismo: la única estrategia”.

b) *América Latina: dependencia y subdesarrollo*, introducción, selección y notas de Antonio Murga Frassinetti y Guillermo Boils, Costa Rica, EDUCA, 1973. Este libro reúne gran parte de la bibliografía sobre el tema, dentro de la cual se encuentran los siguientes artículos pertinentes al mismo: Introducción de los presentadores, Alonso Aguilar M., “Reflexiones sobre el subdesarrollo” (originalmente publicado en 1973); Fernando H. Cardoso y Francisco C. Weffort, “Ciencia y conciencia social” (originalmente publicado en 1970); Aníbal Quijano, “Dependencia y cambio social” (originalmente publicado en 1968); Octavio Ianni, “La dependencia estructural” (ensayo inédito traducido para el libro); Pablo González Casanova, “La nueva sociología y la crisis de América Latina” (publicado originalmente en 1968); Antonio García, “Hacia una teoría latinoamericana de las ciencias sociales del desarrollo” (publicado originalmente en 1972).

c) El número especial de *Trimestre Económico* de abril-junio de 1971 (N° 150) publicó algunos artículos que forman parte del debate teórico mencionado: Celso Furtado, “Dependencia externa y teoría económica”; Pablo González Casanova, “Las reformas de estructura en la América Latina”; Aníbal Pinto, “El modelo de desarrollo reciente en América Latina”; Osvaldo Sunkel, “Capitalismo transnacional y desintegración nacional en la América Latina”.

Otros textos del mismo período: Sergio Bagú, “Dependencia y subdesarrollo en América Latina, comentarios”, *Problemas del Desarrollo*, N° 4, México, UNAM, 1970. Aníbal Pinto, “Notas sobre desarrollo, subdesarrollo y dependencia”, *El Trimestre Económico*, v. 39 N° 154, México, 1972; “El sistema centro-periferia 20 años después”, *International Economics*. Ensayos en honor de Raúl Prebisch, Estados Unidos, Ed. L.E.D. Marco / Academic Press, 1972. Alonso Aguilar M., *Teoría y política del*

dencia, en los que se pretendía realizar una superación teórica de una teoría que aún no había madurado⁵⁹.

desarrollo latinoamericano, México, UNAM, 1967. Antonio García, *Atrazo y dependencia en América Latina*, Buenos Aires, EUDEBA, 1972; *Hacia una teoría latinoamericana de las ciencias sociales del desarrollo*, Buenos Aires, Ed. El Ateneo, 1972. D.F., Maza Zavala, *Los mecanismos de la dependencia*, Caracas, Ed. Rocinante, 1973. José Moreno, CEPAL. *Reformismo e imperialismo*, Caracas, Ed. Bárbara, 1973. Fernando Carmona de la Peña, *Dependencia y cambios estructurales*, México, UNAM, 1971. José Luis Ceceña Cervantes, *Superexplotación, dependencia y desarrollo*, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1970. Florestan Fernandes, “Patrones de dominación externa en América Latina”, *Revista Mexicana de Sociología*, v. XXXII N° 6, noviembre-diciembre de 1970. Franz Hinkelammert, *El subdesarrollo latinoamericano. Un caso de desarrollo capitalista*, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1970; “Teoría de la dialéctica del desarrollo desigual”, *Cuadernos de la Realidad Nacional* (Santiago de Chile), N° 6, diciembre de 1970; “La teoría clásica del imperialismo, el subdesarrollo y la acumulación socialista”, *Cuadernos de la Realidad Nacional* (Santiago de Chile), N° 4, junio de 1970. Octavio Ianni, *Imperialismo y cultura de la violencia en América Latina*, México, Ed. Siglo XXI, 1970; *Sociología del imperialismo*, México, SepSetentas, 1974; “La sociología de la dependencia en América Latina”, *Revista Paraguaya de Sociología* (Asunción), v. I N° 21, mayo-agosto de 1971. Fernando Henrique Cardoso, “¿Teoría de la dependencia o análisis de situaciones concretas de dependencia?”, *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, t. I, diciembre de 1971. Jorge Graciarena, “La dinámica del capitalismo del subdesarrollo en América Latina”, *Foro Internacional*, XIII, México, abril-junio de 1973. Héctor Malavé Mata, “Dialéctica del subdesarrollo y dependencia”, *Problemas del Desarrollo* (México), agosto-octubre de 1972. Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, México, Ed. Era, 1973. Rodolfo Stavenhagen, “The Future of Latin America: Between Underdevelopment and Revolution”, *Latin American Perspectives*, v. I N° 1, 1974; “¿Cómo descolonizar las ciencias sociales?”, *Sociología y subdesarrollo*, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1972, pp. 207-234. Celso Furtado, *O mito do desenvolvimento econômico*, Rio de Janeiro, Ed. Paz e Terra, 1974. Armando Córdoba y Héctor Silva Michelena, *Aspectos teóricos del subdesarrollo*, Caracas, Ed. del Instituto de Investigaciones Económicas, 1967. A. Córdoba, *El capitalismo subdesarrollado de A.G. Frank*, Caracas, Ed. Nueva Izquierda, 1972.

59. La revista *Latin American Perspectives*, v. I N° 1, primavera de 1974, recogió un debate sobre la “teoría de la dependencia”, con amplias notas bibliográficas. Desgraciadamente el debate giró en torno de un trabajo de nivel escolar de R.A. Fernández y José F. Ocampo, lo que no permitió avanzar en nada sobre el tema. Recoge artículos de Timothy Harding, Fernando H. Cardoso, Marvin Sternberg, André Gunder Frank, Guy J. Gilbert y una introducción de Ronald H. Chilcote. El XI Congreso Latinoamericano, realizado en Costa Rica, debatió ampliamente el tema. Fueron presentados ensayos críticos de Agustín Cueva, Fernando Arauco (publicados posteriormente en *Historia y Sociedad*, N° 3) y Gerard Pierre-Charles, un balance crítico de Pablo González Casanova y un ensayo muy confuso de José Luis de Imaz. La revista norteamericana *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* dedicó un número al tema con artículos de David Ray, Russell Martin Moore, William G. Tyler y Peter Wayart, febrero de 1973. El N° IV (primavera) de la *Review of Radical Economics* también fue dedicado al tema. El debate sobre el concepto de dependencia partió de dos artículos autocríticos (desgraciadamente muy confusos, pues los errores se generalizaban a los demás autores) de Francisco Weffort, “Notas sobre la teoría de la dependencia: teoría de clase o ideología nacional”, *Revista Latinoamericana de Ciencia Política* (Santiago de Chile), N° 1, 1971, y de A. Gunder Frank, “La dependencia ha muerto: viva la dependencia y la lucha de clases. Una respuesta a críticas”, *Sociedad*

Desgraciadamente estas críticas no han contribuido en mucho al estudio del problema, pues no solo revelaron un gran desconocimiento de la literatura reciente, sino también de las obras clásicas y aun de los datos sobre la situación de los países dependientes. El falso enfoque del problema ha provocado una gran confusión sobre el concepto de dependencia, la relación entre dependencia e imperialismo, la existencia de la situación de dependencia, el estatus teórico del concepto, etc. No tenemos ninguna motivación para responder a esas críticas, pues, como dijimos, no ayudan a enfocar correctamente el problema, pero nos vemos en la necesidad de intentar esclarecer nuestro punto de vista sobre un conjunto de problemas planteados en ellas, problemas oscurecidos antes que esclarecidos por estas críticas. Cabe señalar también que tales críticas se caracterizan por intentar agrupar en una misma “teoría” a toda una corriente de ideas, donde hay enormes divergencias internas, usando un increíble y deshonesto transvase de textos, conceptos y opiniones entre los distintos autores, produciendo además una repelente promiscuidad intelectual.

y *Desarrollo* (Santiago de Chile), Nº 3, 1972. Algunos estudios críticos y de síntesis general más importantes: Lawrence R. Alschuler, “A Sociological Theory of Latin American Underdevelopment”, *Comparative Political Studies*, VI Nº 1, abril 1973, pp. 41-61. Suzanne Bodenheimer, “Dependency and Imperialism: The Roots of Latin American Underdevelopment”, *NACLA Newsletter*, 1970. Ayrton Fausto, “La nueva situación de dependencia y el análisis sociopolítico de Theotonio dos Santos”, *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales* (Santiago de Chile), Nº 1-2, 1971. Mauricio Lebedinsky, *Del subdesarrollo al desarrollo; concepto, modelización, caminos*, Buenos Aires, Ed. Quipo, 1968; *América Latina en la encrucijada de la década del setenta*, Buenos Aires, Ed. Centro de Estudios, 1971. Cis Le Roy y otros, “Towards a Resolution of the Weakness of Dependency Theory”, Riverside, Collective Paper of Graduate Students, University of California, 1973. Michael Meeropol, “Towards a Political Economy Analysis of Underdevelopment”, *Review of Radical Economy*, IV, 1972. Antonio Murga Frassinetti, “Dependency: A Latin American View”, *NACLA Newsletter*, IV, febrero de 1971. Blas M. Alberti y Alejandro Horowicz, “La penetración imperialista en las ciencias sociales en América Latina. A propósito de André Gunder Frank y Theotonio dos Santos”. Documento lleno de confusiones e insidias presentado al X Congreso Latinoamericano de Sociología, Santiago de Chile, 1972. Alberto Filippi hizo un excelente resumen crítico de la teoría de la dependencia en su presentación a la edición italiana de *Lumpenburguesía* de A. Gunder Frank. Gunder Frank hizo una bibliografía muy amplia de las críticas a su obra y otros trabajos relacionados en su artículo citado sobre “La dependencia ha muerto...”. Entre las muchas tesis académicas escritas sobre el tema, quiero destacar la reciente de Jean-Paul Gravel, “Sousdevelopment et dépendence”, marzo de 1974. Universidad de Laval, Quebec, Canadá. Es importante destacar también el excelente resumen de Tilman Tönnics Evers y Peter von Wogan: “Dependencia: Lateinamerikanische-Beiträge zur Theorie der Unterentwicklung”, s/d.

1. ¿EXISTE UNA SITUACIÓN DE DEPENDENCIA?

Muchos autores y críticos han negado la existencia de una situación de dependencia que pudiese justificar una teoría especial de este fenómeno. Parece así necesario hacer algunas consideraciones sobre la existencia del fenómeno y su alcance.

De inicio constatamos empíricamente la existencia de algunos pueblos que alcanzaron niveles de producción y consumo mucho más altos que otros. Este fenómeno puede, sin embargo, ser tratado bajo el concepto de adelanto y atraso, desarrollo y subdesarrollo, civilización y barbarie, capitalismo y pre-capitalismo, modernización y tradicionalismo, etc. De hecho, históricamente hemos encontrado estas parejas conceptuales en muchos trabajos: todas ellas corresponden a algún grado de descripción del fenómeno, pero son en general parciales o referidas a determinados prejuicios.

Asimismo, encontramos muchas diferencias entre los países que se agrupan bajo cada uno de esos conceptos. Dependiendo del aspecto que se pretende destacar, se han diferenciado dentro de los países más o menos desarrollados, aquellos que por la época de su conquista por Europa tenían una población autóctona implantada con un régimen social desarrollado, aquellos que tenían una población autóctona menos desarrollada pero importante y, en fin, aquellas regiones de colonización típica donde existía una población autóctona muy escasa y que se convirtieron en tierras de colonizadores blancos y de esclavos transplantados.

Es indudable que esas características influyeron fuertemente en los regímenes socioeconómicos implantados en estos países, su grado de desarrollo capitalista y su modernidad cultural. Es necesario señalar el carácter no científico de las derivaciones raciales y culturales de naturaleza determinista que se han hecho de esas diferenciaciones, fundamentadas en general en observaciones superficiales sobre las características biológicas y los comportamientos de los pueblos. La antropología sajona y la etnología francesa están plagadas de esas sistematizaciones de los prejuicios e intereses económicos de la dominación y el conservadurismo.

Por otro lado, varias circunstancias regionales influyeron también para un mayor aprovechamiento de los recursos locales, como la existencia de un mercado potencial cerca, el desarrollo de ciertos productos locales, así como

fenómenos de orden natural, a los cuales se aferraron muchos estudiosos del siglo pasado y comienzo del XX. Es evidente, sin embargo, que la utilización de los recursos existentes depende del grado de desarrollo cultural y socioeconómico de la población. La liberación colonial y el desarrollo del socialismo en las regiones antes “atrasadas” han hecho trizas los determinismos geográficos, raciales, culturales, etc.

Asimismo, en épocas más recientes, los análisis científicos empezaron a diferenciar los países y regiones según su grado de desarrollo industrial y por lo tanto de desarrollo capitalista. Particularmente la literatura marxista y nacionalista revolucionaria ha insistido en la relación estrecha entre industrialización, existencia de la burguesía y del proletariado, y lucha democrática y revolucionaria.

A pesar de la contribución que tales tipologías puedan ofrecer al estudio del fenómeno no pueden agotar su comprensión. Muchos sectores han pretendido reducir el estudio de las condiciones generales del crecimiento económico a la relación entre economías precapitalistas y desarrollo del capitalismo o, en términos marxistas, a la acumulación primitiva del capital. Saltándose épocas históricas enteras, se ha pretendido reducir el problema de la superación del atraso, del subdesarrollo y de la barbarie a un fenómeno de proceso civilizatorio, desarrollo económico o acumulación primitiva.

Pese a la contribución histórica que destacamos de Lenin, Stalin, Vargas, Mao, M.N. Roy, Trotsky y tantos otros marxistas contemporáneos que situaron la cuestión del atraso de ciertos países en el contexto de la economía internacional capitalista, entendida como la etapa imperialista de su desarrollo; pese a los nuevos cambios en este enfoque en la posguerra, determinados por el nuevo carácter del imperialismo, pero también por el avance del socialismo en escala internacional y particularmente en los países atrasados, hay todavía en nuestros días “marxistas” y “científicos sociales” tan desubicados que pretenden “superar” un conjunto de estudios recientes, que buscaron desarrollar aquella línea de enfoque teórico, haciendo retroceder la teoría a planteamientos atrasados teóricamente en más de 50 años⁶⁰.

60. Me refiero en especial al artículo de Fernández y Ocampo que sirvió de base a la discusión de *Latin American Perspectives*. A pesar de su mejor nivel, el artículo citado de Cueva no solo no ayuda sino que hace retroceder la discusión.

Es evidente que el fenómeno del “atraso” no puede ser comprendido desde un punto de vista analítico como una cuestión de diferencias de grado de desarrollo entre países. Todos sabemos que los países que se llaman atrasados, subdesarrollados, bárbaros, precapitalistas, tradicionales, no tienen esas características diferentes que dan origen a esos conceptos solamente porque se estableció en la teoría una relación comparativa, puramente abstracta, de ellos con los adelantados, desarrollados, civilizados, capitalistas, modernos, etc. Si establecemos una comparación entre estos dos tipos de países es porque ambos forman parte de una misma economía mundial. Al establecer esta relación reflejamos el carácter universalista, racionalista y evolucionista de la cultura del modo de producción dominante en esta economía mundial. Según esta cultura el mundo evoluciona hacia el progreso, el racionalismo, hacia, en fin, el capitalismo liberal como modelo ideal de comportamiento. Lo que se llama “ciencias sociales”, políticas o económicas, no van más allá del estudio meticulosamente definido y medido del modo según el cual todas las sociedades se ajustan a ese modelo de cuya perennidad y universalismo ninguno de estos “científicos” duda. Sabemos que las ideas de las clases dominantes son también dominantes en una sociedad dada. No hay pues que sorprenderse de que personas progresistas, simpatizantes de los intereses de las clases dominadas, adopten los esquemas teóricos y de razonamiento de la clase dominante para defender ideales relativamente diferentes. No es pues de extrañar que muchos “marxistas” se encuadren en los esquemas de razonamiento formales y antidialécticos, dominantes en nuestras universidades. Algunos con mayor brillo, otros con menor capacidad y flagrante mediocridad.

Pero no basta con establecer el principio de que las sociedades “atrasadas” solo pueden ser estudiadas dentro de esta economía mundial, que acelera y deforma sus procesos de cambio y conforma sus estructuras, basándose en sus elementos internos. Hay que precisar el carácter de esta economía internacional, su evolución y más específicamente el carácter de los vínculos que se establecen entre los elementos internos diferentes y específicos de las unidades socioeconómicas estudiadas y esta economía mundial. Hay que precisar las formas posibles de estos vínculos y su grado de influencia sobre la sociedad, la economía, la política y la cultura. Hay que definir el desarrollo histórico de los mismos y analizarlos en sus distintos aspectos. Hay que

especificar los diferentes tipos de relaciones y de estructuras socioeconómicas resultantes.

El tomar en consideración el fenómeno internacional nos lleva no solo al concepto de economía mundial, sino a un conjunto de conceptos duales como países imperialistas y coloniales, dominantes y dependientes, centrales y periféricos. Al establecer tales conceptos entramos de lleno en una problemática mucho más dialéctica y claramente política: vamos hacia el concepto de capital financiero, concentración y centralización económicos y del poder, militarismo, capitalismo monopolista de Estado, exportación de capitales, burguesías nacionales o dependientes, enclaves, economías exportadoras, mercado interno, movimiento de liberación nacional, reforma agraria, relaciones entre clase obrera y campesinado, etc.

Salimos así de las oscuras y neutrales regiones teóricas del crecimiento económico en sí, de la modernización, burocratización y racionalización en sí, de los agentes del desarrollo en sí, de los “empresarios”, etc. No es que estos problemas no tengan relevancia, sino que hay que insertarlos en el contexto del proceso histórico concreto, que se manifiesta bajo la forma de una economía y una sociedad internacionales en proceso de desarrollo bajo el impacto de los intereses del capitalismo y, en la mitad de nuestro siglo, de las economías socialistas.

De esta manera, el problema del desarrollo económico se concreta en la cuestión nacional, en la cuestión del Estado, de la cultura y de la lucha de clases, bajo las condiciones específicas de inserción de los países dependientes en la economía y sociedad internacionales.

Solo así podemos superar las versiones burguesa, pequeñoburguesa y proletaria del fenómeno, cuyas características principales son las siguientes:

La gran burguesía, bajo su forma más desarrollada, continúa imponiendo las condiciones para un intercambio internacional más o menos “libre” de bienes, capitales e ideas. El carácter desigual de la economía que resulta del liberalismo solo la asusta en la medida en que lleva a fuertes conflictos internacionales. Asimismo, le incomoda el hecho de que, en contra de lo que plantea la teoría liberal (antigua o neoliberal), el desarrollo del capitalismo en los países dependientes no rompa los límites del atraso y pase a imponer nuevas barreras a sus inversiones. Apoya, pues, los estudios sobre la teoría del desarrollo, entendido como desarrollo universal del capitalismo. El fenómeno del subde-

sarrollo y de la dependencia aparece así para esa teoría como una incómoda resistencia de los sectores precapitalistas a la modernización. En la práctica, la imposibilidad de aplicación de este esquema racionalista lleva al pragmatismo y a la necesidad de compromisos con otras corrientes. En las sociedades dependientes esta teoría encuentra su expresión en el liberalismo conservador local, apoyado en la vieja oligarquía agraria-exportadora o en el neoliberalismo tecnocrático-autoritario de los tecnócratas y burócratas (civiles y militares), agentes del gran capital internacional y en parte nacional y del capitalismo de Estado. Ese neoliberalismo confía en un libre funcionamiento del mercado, bajo fuerte influencia y control de la acción de las grandes corporaciones y del capitalismo de Estado (expresado tanto en la empresa estatal como en la política económica y la programación estatal para garantizar la acumulación del capital). Este pensamiento se apoya firmemente en la teoría de los costos comparados y las ventajas de la división internacional del trabajo.

Al lado de esta concepción burguesa dominante, plenamente confiada en el libre juego de las fuerzas económicas y políticas por ellas controladas, se perfilan las tendencias pequeñoburguesas y de los sectores más débiles de la burguesía en el sentido de controlar estos factores espontáneos. Ellas saben que el libre juego del mercado puede destruirlas muchas veces de un solo golpe. Sus intereses son en el sentido de oponer, a través del Estado, un fuerte dique a la libertad de comercio internacional, proteger el capital nacional y asegurar canales de acceso del pequeño y mediano capitalista a este Estado. La ideología pequeñoburguesa ha saltado en distintas condiciones de un liberalismo semianárquico, que corresponde a su fase artesanal y de propietario independiente, hacia un autoritarismo burocrático, militarista y tecnocrático (que acepte directamente o no su intervención, bajo formas corporativas o semifascistas).

Su apoyo al capitalismo de Estado tiene tintes distintos del gran capital. Ven en él a un proteccionista, que se opone al monopolio y al gran capital para defender a “los ciudadanos”. Al contrario del ecumenismo y cosmopolitismo del racionalismo puro del gran capital, su noción de la circulación de bienes, capitales, servicios e ideas busca restringir esa circulación, someterla a control, reafirmar el sentido de lo nacional sobre lo internacional, de lo romántico sobre lo “racional”, de lo patriótico sobre lo ecuménico, del “compromiso” sobre la indiferencia política que fomenta el gran burgués, etc.

Las tesis que unen lo nacional con lo pequeñoburgués pueden atraer sectores importantes del gran y medio capital de los países dependientes en la medida en que los capitalistas locales tienen que preocuparse por la defensa de sus mercados locales de mercancías, financiamiento, etc., pero, en lo sustancial, esas tesis corresponden, en su pleno desarrollo romántico, al pensamiento pequeñoburgués. En nuestros días, la pequeña burguesía se hace, aun en los países dependientes, cada vez más dependiente del gran capital local y principalmente del internacional. Por esa razón, sus tesis se van debilitando en tanto todas las manifestaciones del capital local se van convirtiendo cada vez más nítidamente en servidoras o cuando mucho en “socias menores” del gran capital internacional, dominador incontrastable de las mejores oportunidades de inversión por medio de sus dinámicas corporaciones transnacionales y el apoyo internacional con que cuentan.

En este contexto el proletariado industrial y rural aún inmaduro se encuentra frente a complejos problemas ideológicos. Hijo de la Revolución Industrial y del Liberalismo, el proletariado como clase universal ha tendido a radicalizar las ideas de la burguesía liberal, desde el punto de vista de su concepción general de la historia. Pero, al mismo tiempo, no puede liberarse de su origen e intereses nacionales, con el riesgo de convertirse en algo históricamente flotante. De ahí cierta tendencia a desarrollar un pragmatismo frente a estos problemas, buscando guiarse por sus intereses inmediatos.

La situación es aún más compleja en los países atrasados y dependientes. Ya en la Alemania de Bismarck, Marx y Engels pudieron observar con horror las tendencias de los obreros a simpatizar con el socialismo nacional de Lasalle, apoyando el proteccionismo, las nacionalizaciones, etc. Posteriormente, vamos a asistir a la disolución de la II Internacional bajo la fuerte presión de los intereses nacionales desatados por la guerra imperialista.

Pero en los países coloniales la relación del proletariado con las burguesías es aún más compleja. Sea porque estas burguesías han mantenido una llama revolucionaria o reformista antiimperialista y antifeudal hasta los años 50; sea porque buscaban desesperadamente el apoyo de los trabajadores urbanos y rurales para sus intentos de independencia nacional; sea por el importante desarrollo ideológico ecléctico que tienen que realizar estas burguesías para orientar sus intereses, influyendo así en el conjunto del pensamiento progresista; sea por la debilidad ideológica y teórica de los cuadros dirigentes

e intelectuales socialistas, así como de la organización y conciencia del proletariado; por todas o algunas de estas razones el proletariado de los países dependientes ha tendido fuertemente a aceptar el “nacionalismo revolucionario” como su doctrina básica.

Es evidente que un pensamiento socialista revolucionario solo puede superar esta tendencia de la clase si logra superar también un “marxismo” formalista que desconoce la especificidad de la situación colonial o dependiente.

Mao Tse-tung, Ho Chi Minh, Che Guevara y Fidel Castro son brillantes ejemplos de reconocimiento de la especificidad del problema colonial y dependiente, de la estructura de clases propia de esos países, de la relación específica entre revolución democrática y socialista en su tiempo y en sus países, de las diversidades y novedades de las formas de lucha en las condiciones históricas y socioeconómicas locales.

El punto de vista obrero sobre el fenómeno de la dependencia recoge parte de la crítica burguesa y pequeñoburguesa sobre la dominación económica, pero busca profundizar esta crítica al mostrar el papel determinante de la exportación de capital sobre la economía internacional; al señalar que las pérdidas por concepto de intercambio no son la causa fundamental de la dependencia, sino la estructura económica y social de los países dominados; al demostrar la complicidad de sectores fundamentales de la burguesía y de la pequeña burguesía con el imperialismo; mostrando, en resumen, que la dependencia, el atraso y el subdesarrollo no pueden superarse dentro del régimen de producción capitalista.

La crítica marxista al concepto burgués de dependencia no puede darse desde el punto de vista del aislamiento frente a la realidad nacional sino dialécticamente, estableciendo correctamente la relación entre lo interno y lo externo, entre lo nacional y lo internacional, entre el antiimperialismo y el anticapitalismo, entre el análisis de las relaciones económicas internacionales y el de clases y entre las tendencias históricas generales y lo inmediato. Tenemos así los elementos suficientes para afirmar la necesidad de realizar un discurso teórico sobre el fenómeno de la dependencia, como forma necesaria de aproximación al estudio de la realidad de los países que son objeto de explotación capitalista en escala internacional.

2. HACIA UN ESTUDIO DIALÉCTICO DE LA DEPENDENCIA

Con las reflexiones presentadas en el ítem anterior podemos dar un paso adelante. Empezamos por analizar la crítica de la teoría burguesa del desarrollo y proponer un concepto integrador para examinar nuestra realidad como parte de la etapa imperialista del capitalismo: este concepto es el de dependencia. En seguida, apuntamos los elementos estructurales de la sociedad dependiente para pasar a un balance de los principales antecedentes teóricos del concepto. Realizamos, en fin, una discusión sobre la validez del concepto. Creemos que podemos ahora establecer muy sumariamente los elementos fundamentales que deben servir de objeto a una teoría de la dependencia.

TEORÍA DEL IMPERIALISMO Y TEORÍA DE LA DEPENDENCIA

Si entendemos por teoría un discurso abstracto sistemático y coherente sobre las leyes de funcionamiento y desarrollo de un fenómeno concreto, podemos decir que, a partir del libro de Lenin sobre *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, tenemos un cuerpo teórico fundamental para analizar el imperialismo, con la ventaja de haber logrado mantener, en un período de sesenta años aproximadamente de su aplicación, un alto grado de corrección y coherencia.

Desgraciadamente, no pasa lo mismo con el fenómeno de la dependencia. Gran parte de la teoría de las relaciones de dependencia, del carácter de las sociedades resultantes, de las leyes que rigen su desarrollo, fue elaborada por las burguesías o pequeñas burguesías de los países dependientes o coloniales. Como lo vimos, las internacionales y los teóricos obreros solo se ocuparon marginalmente de este fenómeno. Fue el propio desarrollo de la revolución colonial a partir de los años 20 y la intensa participación del movimiento obrero en ella lo que empezó a dar origen a documentos políticos y algunos análisis más detenidos sobre el fenómeno de la dependencia. En las universidades, sean de los países dominantes, sean de los dependientes, fue solamente en la posguerra cuando se empezó a considerar la cuestión del desarrollo y del subdesarrollo. Asimismo, por esta época, los organismos de las Naciones Unidas y otras agencias internacionales tuvieron que aumentar su conocimiento de esos países por razones económicas y políticas. Las universidades y agencias

del gobierno norteamericano se vieron impulsadas a aumentar el caudal de información empírica y estudios sobre los pueblos subdesarrollados.

Con el correr del tiempo y la ampliación del debate internacional sobre las razones del subdesarrollo, su carácter y sus manifestaciones se fueron constituyendo en una problemática que nos permite definir los elementos de la dependencia y las áreas temáticas de la investigación sobre el caso:

En primer lugar, se hace imprescindible, en el actual estado del debate, vincular el estudio de la dependencia al del imperialismo y al de la economía internacional que genera. En ese estudio hay particular interés en definir la etapa vigente de desarrollo del capitalismo, su estructura, sus elementos celulares (empresa transnacional), sus formas de actuación y las contradicciones que provoca. Se ha hecho cada vez más patente la necesidad de precisar la forma del movimiento actual del imperialismo y en particular el rol de los ciclos económicos y sus varias coyunturas en la dinámica de los países dependientes.

En seguida se ha empezado a prestar especial atención a los mecanismos del comercio y de la economía mundial, con especial interés en los movimientos comerciales, de servicios, de capitales y en el endeudamiento. Ese estudio puede poner el énfasis tanto en las relaciones económicas internacionales de los países dominantes como en las de los dependientes, sin reducir evidentemente las relaciones internacionales a aquellas entre países dominantes y dependientes, y no olvidando las contradicciones interimperialistas y del capitalismo con el socialismo, las cuales son partes esenciales de la realidad internacional en la cual se insertan las relaciones de dependencia.

En un plano teórico hay que derribar los errores que se encuentran en la obra de Emmanuel sobre el intercambio desigual y que fundamentan, en los bajos salarios, el origen del intercambio desigual y responsabilizan al proletariado de los países dominantes de la miseria de sus compañeros subdesarrollados. Así también hay que desvirtuar las teorías de Prebisch sobre la necesaria pérdida en los términos de intercambio entre países desarrollados y subdesarrollados a consecuencia de la estructura de consumo de los primeros. Hay que combatir cualquier tendencia a explicar el subdesarrollo y la dependencia por medio de los mecanismos de intercambio.

Por esta razón hay que asegurar la corrección del paso del plano de las relaciones económicas internacionales al *tercer* nivel del análisis, que esta-

blece los vínculos de esas relaciones internacionales dependientes con la estructura económico-social interna de los países dependientes.

Sobre este tema hay que desarrollar más extensamente algunas consideraciones:

La primera precisión necesaria nos esclarece que hay que ver la relación entre lo nacional y lo internacional no como dos contrarios que se excluyen, sino como dos polos de una unidad internacional capitalista que se basa al mismo tiempo en la internacionalización y en la nacionalización de la economía. La afirmación nacional de la burguesía en la etapa de la acumulación primitiva se hizo en contra del localismo feudal. En las colonias políticamente liberadas como América Latina, la burguesía imperialista busca en general dividir y dispersar a las fuerzas regionales, tribales, culturales, etc. La afirmación nacional se hace en estos países como manera de romper esta dominación y asumir una forma esencialmente antiimperialista, a pesar de que también lucha en contra de los localismos y regionalismos que encuentran su fuente en las estructuras agrarias, ligadas al autoconsumo o marginales en el proceso exportador. La oligarquía exportadora era en general cosmopolita y liberal. Los burgueses nacionales eran nacionalistas y proteccionistas. Trátase de una clara inversión de los términos históricos del surgimiento del capitalismo. En este contexto se plantea la cuestión del desarrollo del mercado interno, de la reforma agraria, etc.

En segundo lugar, el carácter específico de esas relaciones también debe ser considerado con respecto al papel del Estado. Para los industriales, la intervención estatal es condición de su posibilidad de existencia. Se hacen así estatistas y pueden incluso recurrir a una retórica socializante. Ellos nada pierden con que el Estado intervenga en sectores en que no podrían jamás invertir y que sirven de infraestructura sobre la cual se puede levantar una estructura industrial moderna.

Proteccionismo y estatismo, organización de las masas para alcanzar estos objetivos, ampliación de su participación política bajo control del nacionalismo revolucionario o reformista, afirmación cultural nacional, utilización de un pensamiento más flexible y dialéctico para cumplir esas tareas de liberación, simpatías por los países del Tercer Mundo que siguieron el camino socialista, admiración por la capacidad de construcción nacional y crecimiento de la URSS y otros países socialistas, política externa indepen-

diente, todo esto forma un conjunto de posiciones programáticas que definen el progresismo burgués en los países dependientes. Pero todas esas posiciones se van atenuando en la medida en que el gran capital se posesiona de alguna de esas banderas, reorienta sus inversiones hacia el mercado interno y posteriormente hacia las nuevas exportaciones manufactureras. Asimismo, esas posiciones se ven influidas por los ciclos económicos internacionales que determinan la mayor o menor capacidad del gran capital internacional para invertir en los países dependientes y realizar presiones económicas y políticas.

En tercer lugar, el problema nacional se hace aun más complicado si se considera el grado de independencia relativa que asumen las masas en que se apoya el nacionalismo revolucionario. Si empiezan a ganar autonomía, se radicalizan política e ideológicamente, y aumentan su presión sobre los gobiernos existentes y el aparato del Estado, empieza a romperse la hegemonía burguesa y la burguesía busca afanosamente controlar la situación mediante la represión, aunque sea a costa de sus objetivos nacionales e independientes.

Históricamente el proceso se orienta en el sentido de disminuir el margen de opción de la burguesía local, prensada entre el avance del capital internacional y la autonomización política e ideológica del movimiento popular. En esa medida, la lucha antiimperialista, las banderas de la afirmación nacional, del proteccionismo a la industria, de la intervención estatal, de la reforma agraria y de la formación del mercado interno, de la democracia social y política, se van pasando hacia el movimiento obrero, el campesinado y la pequeña burguesía.

El movimiento popular no rompe de inmediato con esas tareas programáticas democrático-revolucionarias que todavía continúan en el orden del día, sino que las radicaliza y las inserta en un programa de transformación social más profundo de carácter socialista.

En el transcurso de este libro veremos cómo se van confrontando esas alternativas históricas. En este capítulo nos interesa señalar las implicaciones teóricas del problema.

La perspectiva obrera y revolucionaria en los países dependientes no debe ser vista pues como una simple aplicación del marxismo, considerado como una teoría general y formal a las condiciones de los países dependientes.

Tal enfoque nos llevaría al formalismo intelectualista en lo ideológico y a un europeísmo en lo político. De cualquier forma nos separaría de una visión científica de la realidad y del sentir de las masas.

La elaboración de un pensamiento científico y revolucionario en esas condiciones solo puede darse a través del encuentro vivo y dialéctico entre la crítica de la visión y del programa nacionalista-burgués, pequeñoburgués y en parte influido por el proletariado (uso de la retórica dialéctica y del concepto de clases, concesiones al proletariado organizado, etc.) que forma nuestro eclecticismo ideológico (crítica que tiene que hacerse en el sentido dialéctico: superar una realidad es tomar sus polos negativos y afirmarlos en una nueva unidad de contrarios) y el aparato conceptual del marxismo como ciencia general de la historia. Solo así podrá afirmarse un pensamiento revolucionario con el uso dialéctico de las categorías del marxismo.

De esta manera, el programa nacionalista no es simplemente abandonado sino que cambia de signo. De programa final y objetivo central se convierte en etapa inicial, condición necesaria para la creación de una economía y sociedad socialistas. Se cambian algunos de sus objetivos y se cambia su sentido general.

Esta es una forma dialéctica de realizar la superación del pensamiento burgués y pequeñoburgués sobre la dependencia, el desarrollo y el subdesarrollo. No podrán realizar esta superación aquellos que quieren fundar una teoría de la dependencia en oposición formal a los contenidos temáticos del “desarrollismo” burgués. Como si la Revolución Rusa fuese posible fuera de la lucha contra el zarismo, la China fuera de la revolución democrática y de la lucha contra la agresión japonesa e imperialista, la Cubana fuera de la lucha contra la dictadura de Batista y del imperialismo. O, en un plano más teórico, como si el marxismo, en vez de superar el hegelianismo, el materialismo francés, el socialismo utópico y la economía política, hubiese pretendido fundar una ciencia completamente aparte de su punto de partida anterior. En buena medida estas fueron las ideas estructuralistas en que se fundamentó el intento althusseriano.

Poco a poco la clase obrera de nuestros países va a imponer su temática a la ciencia social y en la medida en que avance el proceso de industrialización dependiente se irá superando la temática desarrollista y proponiendo una nueva temática socialista, impuesta por la reacción de las masas ya no a los

obstáculos del desarrollo (preocupación fundamental de nuestros pueblos hasta ahora), sino a su carácter y su forma.

Vemos así que la teoría no puede separarse del movimiento social so pena de convertirse en ejercicio formal y en juego de ideas. Con esto no queremos decir que no se pueda y deba realizar tales ejercicios desde que haya recursos humanos sobrantes y se tenga plena conciencia de sus limitaciones.

En nuestros días, la temática que tenemos que enfrentar es la del carácter actual del imperialismo, las relaciones económicas internacionales en esta fase, las formas de relación con las estructuras nacionales, las contradicciones que genera, las alternativas que plantea a las clases sociales, las formas de lucha que se desarrollan en consecuencia, las perspectivas programáticas hacia una nueva sociedad (en este sentido, la temática de la transición al socialismo gana gran actualidad).

1. EL PROBLEMA TEÓRICO

Después de haber discutido las crisis económicas en una economía capitalista desarrollada y dominante, y los elementos generales del concepto de dependencia, nos toca discutir hasta qué punto se puede hablar de crisis económica en los países dependientes y qué formas asume.

La cuestión no es simple, por varias razones.

En primer lugar, los países dependientes no son simples economías pre-capitalistas que pudiesen soslayarse a las crisis económicas. Por el contrario, estos países (particularmente en el caso latinoamericano) forman parte de una economía mundial capitalista y, más que eso, tienen el grueso de su economía dedicada a la producción para el mercado mundial. Así es que las crisis del mercado mundial los afectan muy directamente.

En segundo lugar, hay que considerar que al integrarse en la economía mundial como exportadores de materias primas y productos agrícolas, desarrollan una economía de mercado, pero no pueden desarrollar todas las características del modo de producción capitalista por diversas razones: escasez de mano de obra calificada, mercado interno poco desarrollado y copado por los productos manufacturados extranjeros, bajo desarrollo tecnológico limitado a un sector especializado que no le permite tener una posición de vanguardia en la creación de tecnología, ausencia de una industria bien integrada que permita un dinamismo autónomo de crecimiento, etc.

Siendo así, esos países no disponen de mecanismos internos que generen y compensen las crisis, quedando casi completamente dependientes del mercado mundial. La baja de consumo de ciertos productos en el período colonial y aun en el siglo XIX significó la desaparición de economías enteras

en los países dependientes, así como la destrucción de poderosos centros económicos y su trasplante hacia otras regiones o su retroceso a una economía natural. También en Europa o Estados Unidos ocurren tales retrocesos, pero lo que aparece en Europa o Estados Unidos como fenómeno regional y localizado, en los países dependientes asume a veces la forma de una crisis global y una estagnación económica general.

Después de la segunda mitad del siglo XIX tales retrocesos ya no serán tan definitivos para las economías dependientes. Fue sobre todo la aparición de un sector industrial, en algunos países a partir de fines del siglo XIX, lo que les permitió invertir el sentido de las crisis y buscar otros focos de desarrollo. Solamente entonces se puede hablar de mecanismos internos relativamente autónomos, creadores de crisis autóctonas o capaces de compensar las crisis mundiales.

Nuestro análisis sobre las crisis en los países dependientes debe pues partir de dos modelos básicos: el de una economía esencialmente exportadora, y el de una economía exportadora combinada con un sector industrial importante. Después de un estudio teórico de estos dos modelos puros podremos hacer un examen de la crisis latinoamericana para llegar a una comprensión más global de sus perspectivas en el contexto de la nueva crisis mundial.

2. LA ECONOMÍA EXPORTADORA

Hasta 1930 podemos decir que el sector exportador era la clave del dinamismo económico y, por lo tanto, de los cambios sociopolíticos en América Latina. En tales circunstancias la economía se componía esencialmente de tres sectores:

a) Un sector exportador agrario o minero, compuesto en general de grandes latifundios o grandes empresas mineras (hay casos excepcionales de empresas medianas, como el café en Colombia), que crece particularmente a partir de la segunda mitad del siglo XIX debido al gran aumento de la demanda de materias primas y productos agrícolas en los países industrializados. Hay que señalar que este sector se había desarrollado en la época de la Colonia para la producción de minerales nobles (oro y plata) y productos tropicales (como la caña de azúcar), que representaron la principal producción de este

período. Pero el desarrollo de la segunda mitad del siglo XIX frustró cualquier intento (y hubo muchos) de reorientación de la actividad económica de estos países y reafirmó, en condiciones de una economía mundial capitalista en pleno auge, el desarrollo de economías exportadoras bastante exitosas.

Solo a fines del siglo XIX se empezaron a ver las limitaciones de este camino económico, al sentirse los efectos de las crisis económicas sobre los precios de los productos exportados. Pero la industria no representaba aún una alternativa importante al desarrollo del sector exportador. La guerra de 1914-18 va a ser el punto más crítico del sistema, y la crisis de 1929 va a dar el golpe más profundo a este tipo de desarrollo en los países que ya disponían de una base industrial que permitiera aprovecharse de la situación. En los países de base industrial muy pequeña, la crisis se prolongó hasta la Segunda Guerra Mundial y solo después de 1945 presentan un desarrollo industrial importante.

b) Un segundo sector que llamamos complementario atendía a la demanda generada por el sector exportador. El ganado, algunos sectores agrícolas, la artesanía y las manufacturas coloniales (los obrajes), y, en fin, las industrias modernas a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, las estructuras de transporte, que crecieron bastante a fines del siglo XIX, etc., todas estas áreas conforman una economía que es altamente dependiente del sector exportador y sigue sus impulsos de crecimiento y sus momentos de ascenso o decadencia. Solo cuando son muy desarrollados logran reorientarse en los momentos de crisis y buscan mercados diferentes cuando les falta el mercado exterior.

c) Existía un tercer sector de subsistencia, que aún sobrevive paralelamente a los sectores destinados al mercado externo y al nacional, y que sirve de refugio a la mano de obra en los ciclos de producción agrícola en períodos en que, por no haber tareas de cosecha, baja la demanda de mano de obra agrícola (períodos de oscilaciones de la producción exportadora, sea agrícola, pastoril o minera). Este sector fue muy importante en la Colonia y va disminuyendo su importancia con el gran auge de la exportación en la segunda mitad del siglo XIX y en el siglo XX.

La reunión de estos tres sectores en un mismo sistema económico da origen a una formación socioeconómica de carácter muy distinto a la capitalista dominante, sin dejar de estar condicionada por ella.

¿Cómo se justifica la existencia de una formación económica de este tipo?

La ideología liberal capitalista lo explica muy bien. Según la teoría de los costos comparados, esta economía era un producto regional de una economía mundial racional. Si hay una distribución determinada de factores a nivel internacional, será lo más “racional” que cada región se especialice en la producción de aquellos productos que le permitan alcanzar los costos más baratos y cambiarlos por los productos distintos de otras regiones, donde sus costos sean también más baratos. Siendo así, se aprovechan racionalmente las posibilidades de producción de las varias economías, y el comercio mundial, dejado a su libre funcionamiento, tenderá a equilibrarse y determinará esta distribución racional de recursos productivos.

La ideología económica liberal produce, pues, la justificación teórica más coherente de esta articulación económica mundial. Dentro de ella, los ciclos aparecen como un proceso de ajuste de este sistema productivo. El pensamiento de las clases burguesas industriales de los países dominantes se ajustaba al pensamiento de las burguesías agrarias o mineras exportadoras de nuestros países. Era muy fácil demostrar dentro del pensamiento liberal la “irracionalidad” de un desarrollo industrial en nuestros países y, además, el carácter inflacionario de este desarrollo. Y por inflacionario se entiende no solo un fenómeno monetario, sino el hecho de que los productos se vendían a precios no competitivos que exigían un proteccionismo y que, en realidad, hacían bajar el poder adquisitivo de los sectores de la población que se veían obligados a consumirlos. De hecho, y con mucha razón, los liberales ya mostraban a fines del siglo pasado las características necesariamente inflacionarias de un desarrollo industrial en nuestros países.

Sería importante escuchar su razonamiento para comprender la esencia de la lucha entre liberalismo y proteccionismo, que tan amplia repercusión tiene en nuestra historia y que ilumina la comprensión del ciclo económico en los países dependientes.

El brasileño Joaquín Murtinho (1848-1911) escribe en su Informe del Ministerio de los Negocios de la Hacienda, del año 1902:

Estudiando el mecanismo por el cual las emisiones desvalorizan nuestra circulación, no es difícil comprender cómo por un mecanismo similar se desvalorizara nuestra producción.

La pseudoabundancia de capitales por ellas producida promovió la creación de un sinnúmero de industrias y desarrolló de modo extraordinario la actividad agrícola.

De ahí viene el establecimiento de industrias artificiales y la organización agrícola para la producción exagerada del café, los dos factores de la desvalorización de nuestra producción.

El empleo de capitales y obreros en industrias artificiales representa un verdadero desperdicio de la fortuna nacional.

La venta de los productos de esas industrias solo se hace apartando artificialmente del mercado productos similares extranjeros.

El costo de producción en esas industrias, siendo muy alto con relación al de los que nos vienen del exterior, eleva por medio de tasas ultraproteccionistas en las tarifas de la Aduana el precio de los productos extranjeros, creando así un mercado falso en que los productos internos vencen en la competencia a los productos del exterior.

Todo consumidor resulta, pues, perjudicado, y la diferencia entre lo que él paga por los objetos en ese régimen y lo que pagaría en un régimen libre representa un impuesto que le es arrancado para el mantenimiento de aquellas industrias.

Y como el plantador de café y el productor de caucho, de mate, de algodón (ipe-cacuanha) y otros géneros, que constituyen nuestra riqueza de exportación, son también consumidores, no es difícil ver que en el costo de la producción de todos estos géneros entra como elemento de depreciación ese impuesto en favor de las industrias artificiales.

La extensión de la cita se justifica plenamente por su claridad lógica.

Los maestros liberales europeos no podían tener mejores discípulos. Y no hay prueba más cabal de la estrecha comunidad de intereses entre las clases dominantes-dominadas dependientes y las dominadoras. El argumento es sólido desde su punto de vista: hay que mantener el librecambio porque los productos que “nosotros” (las oligarquías, las clases medias en formación en las ciudades) consumimos serán más baratos y mejores.

Joaquín Murtinho representa la esencia de tales intereses. Para él, siguiendo las tendencias del comercio capitalista: “el ideal económico de un país no debe ser importar poco, sino importar y exportar mucho”.

¿Cómo veía él las crisis económicas que reflejaban los movimientos de la economía mundial? En una economía exportadora pura, como él la deseaba, para el buen aprovechamiento de los recursos nacionales desde el punto de vista de las clases dominantes, la experiencia no era completamente positiva.

Al crecer la demanda mundial de los productos exportados crecía desordenadamente la producción nacional, llevando a un exceso de oferta y, por tanto, a un abaratamiento del precio de los productos en el mercado mundial. La solución liberal es bastante simple: las propias leyes del mercado llevarán a un aumento del consumo y se restablecerá el equilibrio.

Así lo expresaba él:

Cuando la producción excede en poco al consumo, la absorción del producto no puede ser completa: fórmase una pequeña estagnación, un pequeño éxtasis en la circulación, produciéndose un “stock”, pero el exceso de oferta determina bajas en el precio del objeto, y esta baja provoca aumento de consumo, regularizándose de esta forma la circulación.

Pero había que explicar la tendencia a la baja progresiva de los precios:

Cuando, sin embargo, la producción es excesivamente grande con relación al consumo, se da entonces un gran “éxtasis” en la circulación, formándose un gran “stock”.

El aumento del consumo producido por la baja del precio ya no es suficiente para regularizar la circulación.

Los compradores se aprovechan de la situación e imponen un precio más bajo de carácter especulativo. Disminuye la capacidad de negociación de los exportadores. Tienen que vender su producto a precio más bajo para obtener papel moneda y pagar sus deudas. Los países dependientes responden a través de un movimiento de emisiones exageradas y la formación de los “stocks” que favorecen la especulación. Se producen los déficits presupuestarios que se profundizan por otras razones y se recurre a las deudas externas. Tales deudas llevan a concesiones para la construcción de ferrocarriles “artificiales” y onerosos para el Estado, según el punto de vista de la clase dominante, y otros gastos estatales aumentan aún más el déficit. Se llega a la necesidad de pagar las deudas anteriores con nuevas deudas. Es la “catástrofe financiera”.

La causa fundamental de la “catástrofe” está en la defensa estatal “artificial” de la industria y de productores de baja productividad. Su razonamiento lógico liberal nos diría que al defender el nivel de empleo en el interior de las economías, en vez de aceptar el ajuste que el mercado libre provoca, se creó una crisis crónica inflacionaria de carácter distinto, llevando a un aumento de la deuda externa.

Joaquín Murtinho acertó en el clavo. Los países dependientes, imposibilitados de seguir la dinámica liberal en su integridad, por lo que representaba desde el punto de vista de la población ya empleada, tuvieron que realizar un compromiso con los sectores de baja productividad y las industrias nacientes, así como con los intereses financieros e industriales internacionales y aceptar los riesgos de una inflación crónica. El liberal sueña con el equilibrio ideal, pero en la realidad tiene que seguir la dinámica de la dependencia y del compromiso interno y externo que la formación económica dependiente exige.

Las crisis de las economías dependientes exportadoras asumen pues esta forma:

Crecimiento de la demanda mundial –aumento de la exportación–, crecimiento de la producción excesiva en relación con la demanda –formación de un sector exportador de baja productividad–, estímulos a sectores complementarios –disminución del sector de subsistencia–, tendencia a la baja de los precios –crisis–. Frente a la crisis hay dos respuestas:

Primera: tendencia a la quiebra de los sectores marginales, defensa “artificial” de esos sectores por el proteccionismo y la emisión, déficit presupuestario, endeudamiento externo.

Segunda respuesta: quiebra real de estos sectores, con una posible recuperación del precio. Y aquí aparece un elemento importante de la situación de dependencia. Una quiebra de los sectores marginales puede no llevar a una recuperación. La causa de esto es que estamos en una economía mundial, en la cual se controla solamente una unidad productora frente a un comprador único y un poder monopólico. La baja de la producción en el país exportador puede no significar una baja de la oferta mundial del producto. El país comprador puede estimular la producción en otras regiones y lograr una oferta abundante del producto a precios relativamente bajos. La respuesta natural de los países dependientes será pues la primera alternativa, es decir, la crisis crónica, que es una especie de política anticíclica de los pobres.

La otra alternativa implícita es la diversificación de la producción en el interior, la cual tanto asusta a los liberales. De hecho, la crisis del comercio internacional después de la Primera Guerra Mundial hará cada vez más necesaria esta alternativa que es la consecuencia lógica de la primera. Pero para que esto se haga conscientemente será necesaria la formación de un sector

social capaz de impulsarla. Este sector surge a la sombra de la crisis crónica del sector exportador, pero aprovechándose también de sus momentos de auge, cuando se hace suficientemente fuerte para imponer una política proteccionista del desarrollo industrial. Esta política será impuesta conscientemente como una política dominante del Estado, solamente a partir de fines de la década del 30, en los países que habían alcanzado un importante desarrollo industrial anteriormente.

El razonamiento es bastante dialéctico: la crisis de la economía exportadora la obliga a negarse a sí misma. Para evitar que las oscilaciones cíclicas lleven a crisis internas inmediatas muy graves se hace necesario negar el pleno funcionamiento de la economía liberal. Esta negación conduce a una crisis crónica que crea una situación de compromiso y permite el desarrollo de un nuevo sector productor hacia el mercado interno. Este sector se crea a la sombra del proteccionismo, no siempre practicado de buena gana, y de la inflación que funciona como su estimulante. Poco a poco se va presentando como una alternativa a la crisis crónica, pero, como lo veremos, solo podrá hacerlo mediante una profundización de esa crisis.

Pero no siempre las cosas siguieron este modelo. Las oscilaciones cíclicas del sistema exportador tienen una forma más compleja que es necesario profundizar en una segunda aproximación del problema. Las economías dominantes tienen una forma de desarrollo cíclico, como vimos en la primera parte. ¿Cómo se integra ese comportamiento en las estructuras dependientes exportadoras y sus oscilaciones propias?

El ciclo económico en las economías dominantes tiene un carácter internacional cada vez más pronunciado. A fines del siglo pasado ya se presentaron como oscilaciones mundiales. Después de la Primera Guerra, Estados Unidos va a asumir un rol hegemónico muy importante sobre parte de las economías latinoamericanas y estas pasan a reflejar muy directamente las oscilaciones cíclicas del centro dominante. Luego de la Segunda Guerra Mundial la hegemonía norteamericana será el elemento integrador fundamental de la economía global, pero en esta oportunidad los ciclos económicos sufren importantes cambios, tanto en el centro hegemónico como en los países dependientes.

En las etapas de auge económico de los países centrales, la importación tiende a crecer y hay un gran estímulo a las exportaciones en los países depen-

dientes. Las economías dominantes tienden a exportar su capital hacia estos sectores exportadores aprovechándose de su auge. Hay así una tendencia al auge económico en los países dependientes en concomitancia con el de los países dominantes.

Asimismo, en los períodos de recesión o caída de la producción los efectos sobre el comercio mundial son contrarios. Los países dominantes tienden a disminuir las importaciones y buscan aumentar las exportaciones cuando la crisis aún no es muy grave y entonces, consecuentemente, se produce una desorganización del comercio mundial (como pasó de manera casi total en la crisis del 29). En estas fases, las economías exportadoras entran en una severa crisis económica, agravada por una tendencia al retiro de ganancias por parte de los países dominantes para cubrir los déficits de su balanza de pagos.

La capacidad de reaccionar frente a estas crisis depende en gran parte de la composición interna de los países dependientes. Si hay en ellos un sector complementario industrial muy importante, este puede aprovecharse de la crisis de la siguiente manera: durante la crisis se debilita el sector exportador, bajan las exportaciones y tiende a subir su costo, debido a la crisis financiera que desvaloriza las monedas nacionales. La inflación garantiza una remuneración razonablemente alta al sector exportador y el auxilio del Gobierno, a este sector, permite mantener los factores empleados y asegurar una demanda interna razonablemente alta. La consecuencia es pues un estímulo a la industria nacional, que dispone de un mercado relativamente grande, de un precio de venta alto, de una competencia internacional débil; si este sector tiene alguna capacidad ociosa podrá ciertamente ocuparla inmediatamente, y por medio de una política estatal favorable podrá usar las pocas divisas existentes para la importación de maquinarias baratas, pues el exceso de producción en los países dominantes hace bajar relativamente sus precios.

La Primera Guerra Mundial funcionó muy bien en este sentido. La crisis del 29 también creó estos estímulos. Cuando empezó la recuperación de las economías dominantes en 1933-34, provocando un ascenso en los precios de materias primas, ya se había iniciado un importante proceso de desarrollo industrial en algunos países (Brasil, Argentina, Chile, México, y Colombia un poco más tarde) que se prolonga hasta nuestros días.

La situación fue, sin embargo, diferente en los países que no habían diversificado suficientemente su producción. Ellos tuvieron que esperar la

recuperación de la economía mundial para obtener una mejoría del ingreso nacional y una nueva oportunidad de desarrollo industrial, que será solamente complementario al sector exportador⁶¹.

3. COMPARACIÓN CON ALGUNAS TEORÍAS

No hay duda de que Celso Furtado fue el primero en sistematizar la dinámica entre el sector exportador y el sector industrial. Economistas de los años 30, como Roberto Simonsen en Brasil, habían percibido la relación entre las crisis y una especie de proteccionismo indirecto a los productos industriales nacionales. Celso Furtado transformó esta observación empírica en una teoría sistemática. En su ensayo *Subdesarrollo y estancamiento en América Latina*⁶² busca teorizar más ampliamente sobre los mecanismos que había encontrado en el desarrollo brasileño. Divide la economía subdesarrollada en tres sectores: P1, la agricultura precapitalista; P2, actividades que directamente producen para la exportación; P3, actividades responsables de la expansión de la capacidad de P2, y trata de relacionar los procesos de desarrollo con las combinaciones e intercambios entre estos tres sectores, buscando mostrar los efectos del crecimiento de las exportaciones en las relaciones entre ellos. Pero la crisis del 29 aparece como elemento que quiebra esta integración:

La crisis mundial de 1929 y la prolongada depresión que la siguió interrumpieron en casi toda América Latina el proceso de integración en el sistema de división internacional del trabajo: se inició entonces un proceso de reversión, por el cual la mayoría de las economías nacionales de la región tuvo, de una u otra manera, que reducir su coeficiente de integración en el mercado mundial. Ese proceso de “cierre” de las economías nacionales asumió dos formas. La primera consistió en una simple reversión de los factores aplicados en actividades dependientes del sector exterior al ámbito de la economía precapitalista, como la agricultura o la artesanía. La segunda consistió en la industrialización (p. 81).

Tenemos así un modelo en que la expansión del comercio mundial provoca un aumento del sector exportador con varios efectos secundarios

61. Esta hipótesis fue desarrollada en el trabajo de V. Bambirra, *El capitalismo dependiente...*

62. Celso Furtado, *Subdesarrollo y estancamiento en América Latina*, Buenos Aires, EUDEBA, 1966.

en los otros sectores. Cuando hay una contracción hay una tendencia a volver al sector precapitalista o una respuesta mediante las inversiones industriales⁶³.

Las teorías sobre las crisis en los países subdesarrollados no asimilan en general estas constataciones. Enrique Padilla Aragón es uno de los pocos (quizás el único) latinoamericano que se ha especializado en el estudio del ciclo económico. En su libro sobre *Ciclos económicos y políticas de estabilización*⁶⁴ encuentra una relación positiva entre auge y recuperación de los países desarrollados y auge y recuperación de los países subdesarrollados y entre recesión en los dos tipos de países. Busca explicar por qué las oscilaciones cíclicas de los países subdesarrollados no son intensas, considerando la especificidad de los ciclos en los países dependientes:

Las principales causas generadoras de ciclos son de origen externo.

En la fase de prosperidad hay un desplazamiento de la población de niveles bajos a niveles altos de productividad y en la fase de depresión es al contrario.

La agricultura es el refugio de los desocupados.

Las exportaciones determinan el volumen de ocupación.

Durante la fase descendente del ciclo se acelera el desarrollo económico.

Existen mecanismos suavizadores de las fluctuaciones cíclicas; por ejemplo, la estructura del aparato productivo con mayor desarrollo de las industrias de bienes de consumo que de las industrias de bienes de capital.

Alta propensión al consumo que se traduce en un alto multiplicador y que es la base de un gran efecto amplificador de las obras públicas.

La recuperación se inicia rápidamente debido a estos mecanismos y al hecho de que la población se traslada hacia arriba al disfrutar de un nivel de vida más alto.

Las depresiones disminuyen el nivel de la productividad retrasando el desarrollo económico.

El autor ignora así los efectos de cambio de estructura que involucran las depresiones y explica la rapidez de la recuperación en los países depen-

63. Paul Singer afinó mucho más el análisis de esas relaciones con aportes nuevos en *Desenvolvimento e crise*, São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1969.

64. Enrique Padilla Aragón, *Ciclos económicos y políticas de estabilización*, México, Ed. Siglo XXI, 1967.

dientes, básicamente mediante las inversiones en obras públicas y de la movilidad ascendente de la mano de obra. Esta línea de interpretación sigue las huellas de los planteamientos básicos de Raúl Prebisch, que elaboró esa teoría de la transmisión de las fluctuaciones cíclicas a los países de la periferia, afectándolos de dos maneras:

- a) Los precios de las materias primas fluctúan con mayor amplitud, tanto en la prosperidad como en la depresión, que los de los productos acabados.
- b) Hay un retraso en el ajuste de exportaciones e importaciones en las fases del ciclo: en la prosperidad las exportaciones aumentan primero que las importaciones generando un fuerte aumento de ingresos y de precios; en la depresión, las importaciones bajan después que las exportaciones, generando una fuerte disminución de ingresos y deflación⁶⁵.

Las crisis cíclicas harían así profundizarse ciertas tendencias del comercio mundial y de la dependencia externa, según la teoría de la CEPAL: empeorarían todavía más los términos de intercambio y aumentarían las rigideces de las pautas de importación.

J.V. Levin⁶⁶ sigue la misma línea de argumentación; pone especial énfasis en lo que él llama dominio de los factores externos (capital extranjero en forma de enclaves) e internos (control de capital nacional privado o estatal) en las economías consideradas. En el caso de dominio externo del capital (los enclaves) los períodos de auge no repercuten en el resto de la economía debido a las exportaciones de ganancias. Asimismo, al analizar el caso de Birmania, muestra cómo el control estatal sobre los excedentes generados en los auges exportadores puede reorientar este excedente hacia el desarrollo, evitando sus efectos inflacionarios. Su esquema lleva a una gran acentuación de las políticas fiscales sobre el sector exportador, en tanto el modelo de Prebisch se dirige básicamente hacia una reorientación del comercio internacional en su conjunto mediante una política de presión sobre los países industrializados para obtener una mayor estabilidad de los precios de las materias primas y productos agrícolas. En ambos casos, sin embargo, no se muestra de dónde surgen las fuerzas modificadoras del sistema. Este es también un defecto

65. Citado por Padilla Aragón, *op. cit.*, pp. 178-189.

66. *Las economías de exportación, op. cit.*

básico del esquema de Celso Furtado, que atribuye a las crisis externas un rol de creador de las industrias nacionales.

Para comprender cómo es posible la reorientación de la división internacional del trabajo y el desarrollo de la industrialización en los países subdesarrollados, es necesario destacar que la dinámica de la industrialización no es compatible con el rol de subordinación al sector exportador que le reserva el desarrollo dentro del esquema exportador. Así, las industrias que se habían generado en los períodos de auge exportador tienden a rebasar su función de subordinadas. La crisis del mercado mundial simplemente favorece la resolución de esta contradicción a favor de la industrialización en los países que ya habían creado una cierta base industrial anteriormente. Las fuerzas que llevaron a un cambio tan sustancial en las políticas económicas de los países subdesarrollados, desde los años 30 y la Segunda Guerra Mundial hacia acá, son esencialmente internas. Fue la propia dependencia comercial exportadora que generó su antítesis industrial inmediata y creó los gérmenes del proceso de industrialización. Tales condiciones se cumplieron en mayor o menor proporción en función del carácter de las economías exportadoras. Donde predominaron los enclaves, el proceso de desarrollo industrial fue menor que donde el control nacional de los medios de producción ideó las condiciones para la absorción del excedente en el interior y una base de desarrollo industrial autóctono.

Cabría una referencia final al riguroso esquema trazado por Mario Arrubla en sus *Ensayos sobre el desarrollo de Colombia*⁶⁷, donde considera la crisis del 29 y las condiciones teóricas que permitían utilizar las divisas de la exportación para el desarrollo industrial. Paul Singer sigue un camino idéntico en el libro ya citado. Samir Amin⁶⁸ hace un interesante análisis sobre el carácter internacional de los ciclos, pero hace de los países periféricos un simple apéndice de la economía mundial, negando su dinámica interna propia.

Creemos haber establecido así los elementos fundamentales de las fluctuaciones en el modelo de desarrollo exportador. Recapitulemos:

67. Mario Arrubla, *Ensayos sobre el desarrollo de Colombia*, 5ª ed., Bogotá, Ediciones El Tigre de Papel, 1971.

68. Samir Amin, "La teoría de la coyuntura internacional y el papel de la periferia del sistema en el desarrollo del ciclo capitalista", *La acumulación a escala mundial. Crítica de la teoría del subdesarrollo*, México, Siglo XXI Editores, 1974.

1º Las fluctuaciones de las economías desarrolladas tienen efectos inmediatos sobre las economías exportadoras, debido a su alta dependencia del comercio mundial.

2º En los períodos de auge de las economías desarrolladas estas aumentan las importaciones ampliando así la demanda de productos primarios.

3º Las economías exportadoras reaccionan por medio de un aumento de sus exportaciones y de la producción, que debido a las condiciones monopsónicas de la demanda pueden generar una oferta excesiva, la cual podría por sí sola llevar a una baja de los precios aun cuando continuara el auge exportador.

4º La tendencia liberal a dejar que las leyes del mercado resuelvan esta situación no es aceptada en general, debido a las presiones políticas y sociales que impulsan una política de desarrollo.

5º Los gobiernos se ven obligados a intervenir para garantizar los factores empleados y tienden hacia una política inflacionaria para financiar las pérdidas que favorecen la producción de bienes dirigidos hacia el mercado interno, particularmente los industriales.

6º Esta política tiende a evitar las oscilaciones cíclicas, que son además atenuadas por la existencia de un sector de subsistencia hacia donde se retira la mano de obra en los momentos de baja del nivel de empleo en los sectores exportadores (sean agrícolas o mineros). Sin embargo, lleva a una institucionalización de la crisis, haciéndola crónica a través de una inflación constante.

7º Cuando se produce una recesión internacional, hay una tendencia a bajar el volumen y los precios de los productos exportados, acentuando la crisis de sobreproducción de estos productos. Donde hay un sector industrial dirigido hacia el mercado interno, aquel tiende a crecer debido al proteccionismo “natural”, creado por el aumento relativo de los precios de los productos importados y se va constituyendo como una alternativa a la crisis permanente del sector externo. Se crean estímulos a la industrialización con cambios en el tipo de productos importados, orientándolos hacia la importación de maquinarias que sirven para la formación de capital del sector industrial. Queda claro el ambiente inflacionario que permite el desarrollo industrial y su dependencia del sector externo.

8º Cuando no hay un importante sector industrial productor para el mercado interno, las depresiones conducen a una crisis aguda y al retiro de

mano de obra hacia el sector de subsistencia, atenuándose en parte del efecto de la crisis.

9º El Estado tiende a intervenir tanto en los períodos de auge (asegurando la reorientación de los excedentes, generados por la exportación, hacia la importación de maquinaria y materias primas elaboradas), como en los períodos de depresión (asegurando la demanda interna, sea por medio de políticas de sustentación del sector exportador, sea mediante un patrocinio, incluso inflacionario, a las inversiones productivas o a la construcción de obras públicas).

4. LOS CAMBIOS DE LA POSGUERRA Y LOS CICLOS DE COYUNTURA INTERNOS

El análisis de los ciclos de la economía exportadora nos ha demostrado que no se pueden reducir estas economías a una simple prolongación de la economía mundial, que responde de manera mecánica y automática a sus movimientos cíclicos. Vimos que la estructura interna que la dependencia exportadora condiciona, en combinación con los factores internos, presenta distintas respuestas a las fluctuaciones de la economía mundial, sea en un sentido regresivo, sea en un sentido progresivo. Vimos también que el proceso de industrialización se desarrolla a la sombra de esas crisis, y los sectores a él ligados se van imponiendo y van dando los marcos del desarrollo de esta economía. Hay que suponer, por tanto, que las nuevas estructuras internas, creadas por la industrialización y que alcanzaron un carácter determinante en el desarrollo de ciertos países latinoamericanos, se inscriben también dentro de un movimiento cíclico, sea por su dependencia del sector exportador, sea también por la propia dinámica de la acumulación de capital que realizan.

Debemos empezar por estudiar los efectos de las fluctuaciones del comercio mundial sobre las estructuras industriales nuevas que se crean. Para comprender bien estos movimientos cíclicos hay que hacer una pequeña síntesis del carácter de estas estructuras.

Como es sabido, la industrialización que se produjo en los países dependientes asumió la forma de una sustitución de importaciones. Es decir, las industrias que se crearon venían a sustituir manufacturas importadas debido a dificultades cambiarias creadas espontáneamente por la situación mundial

o deliberadamente por una política proteccionista. Esta industrialización dependió de maquinarias y materias primas elaboradas e importadas, pues empezó a hacerse a partir del mercado existente de bienes de consumo y no disponía de una oferta interna de bienes de producción. El desarrollo industrial de los países dependientes genera, en primer término, una demanda de productos básicos en los países dominantes. Esta demanda se acentúa en el período de posguerra con las inversiones basadas en tecnologías nuevas, que dependían de manera cada vez más estrecha de productos intermedios, principalmente de materias primas elaboradas, que solo se encuentran en el exterior, particularmente en las casas matrices de los grupos económicos que controlan la tecnología empleada. Se crea así una dependencia estrecha del comercio exterior, de la que no se ha liberado aún ningún país dependiente. Su origen está en el uso de una tecnología que supone un mundo industrial internacional muy amplio sobre el cual estos países no tienen ningún control. El capital extranjero (o el nacional de él dependiente por ausencia de opción tecnológica propia) pasa a determinar un tipo de desarrollo que acentúa la dependencia comercial en nuevos niveles.

Esta dependencia del comercio exterior significa que la economía se encuentra dependiente del sector exportador, ya el comercial, ya el agrario o minero. Este sector continúa jugando un rol estratégico en la economía, a pesar de su pérdida relativa de posición respecto del sector industrial. La supervivencia de la importancia estratégica del sector exportador se manifiesta asimismo en el rol de consumidor importante que continúa jugando. Concentrando en sus manos gran parte del ingreso nacional, constituye un importante mercado de bienes de consumo que las industrias nacionales atienden aun en los países menos industrializados. Con la pérdida relativa de posición del sector exportador y el crecimiento de una amplia parte del ingreso nacional, generado en el sector industrial y en sus economías externas, la importancia de aquel sector como fuente de demanda va disminuyendo para dar paso a la función estratégica de ser fuente de divisas necesarias para importar máquinas y productos intermedios para la industrialización.

Tal estructura industrial supone, por lo tanto, los siguientes elementos:

- 1) La demanda generada por el sector exportador.
- 2) La oferta internacional muy monopolizada de la tecnología, las máquinas y los productos intermedios.

3) La dependencia de las divisas generadas por el sector exportador, que financian gran parte de las inversiones en el interior del país: lo que se puede llamar una acumulación externa de capitales.

4) La dependencia tecnológica profunda que lleva a una mayor dependencia a cada nueva inversión.

5) La dependencia del “financiamiento externo” para poder suplir la ausencia relativa de divisas para importar estos productos.

6) La sensibilidad de la balanza de pagos a los movimientos de entrada y salidas de capitales, ganancias, intereses, *royalties*, pagos de servicios técnicos, etc.

¿Qué conclusiones podemos sacar de esta rápida visión de la estructura del desarrollo industrial dependiente?

En primer lugar, hay que destacar la dependencia en general que el proceso de industrialización tiene de las fluctuaciones de la economía mundial. Si nuestras relaciones con la economía mundial se diesen en el nivel puramente del comercio de mercancías, sería válido establecer como esquema general que a una oscilación positiva de las economías dominantes correspondería en los países dependientes un auge de divisas que, dependiendo del control suyo sobre ellas a través de la política gubernamental, permitiría un aumento de las inversiones en el sector industrial, por un aumento de la demanda, así como de la oferta. De hecho, en algunos países esto se produjo durante la Segunda Guerra Mundial y en parte durante el auge de la guerra de Corea.

Pero esta ley de desarrollo no es una realidad concreta. La causa de esto es la dependencia tecnológica y sus efectos sobre la estructura de la balanza de pagos. La dependencia tecnológica, como vimos, crea una necesidad de máquinas y productos intermedios importados del exterior. Los dueños de estas máquinas no las venden como factores de producción libremente disponibles en el mercado mundial. Las grandes empresas monopólicas se reservan el derecho de utilizar estas máquinas y el *know-how* en ellas incorporado como instrumento de la expansión de sus propias inversiones. Solo las transfieren como parte de sus propios capitales. Desde el punto de vista capitalista esto es plenamente comprensible. Por otro lado, los países dependientes no disponen de monedas duras para importar; esto les restringe su capacidad de importación solamente a los países a los cuales exportan. En estos países, la oferta de los productos que permiten realizar inversiones importantes está

monopolizada; así también lo están el *know-how* y las patentes. Esto impide la fabricación de casi todos los productos importantes sin pagar la licencia y la asistencia técnica. La venta de las máquinas y del *know-how* ofrece un ingreso relativamente reducido en relación con la posibilidad de utilizar este monopolio para abrir una filial que explote la fuerza de trabajo de los países dependientes, sacando directamente toda la plusvalía que puede generar para sus propios bolsillos. Hay que considerar aun la posibilidad de aumentar no solo la venta del producto al producir en el interior del mercado, sino también la posibilidad de aumentar las ventas de productos intermedios, lo cual se hace en general dentro del mismo grupo económico con todas las facilidades fiscales para generar un sobreprecio de estos productos, que permite aumentar las ventas y la tasa de ganancia de las matrices.

Las consecuencias son pues altamente significativas:

1) Aumento de los precios de los productos importados que lleva a una baja del valor de las divisas. Esta tendencia a largo plazo se encuentra con otra tendencia a la baja de los precios de las exportaciones de materias primas y productos agrícolas por varias razones que no nos cabe analizar aquí. Los dos factores operando juntos llevan a una “pérdida de los términos de intercambio”.

2) Aumento de la dependencia de las importaciones, cada vez más ligadas al proceso de acumulación interno. Lo que se ha llamado “inelasticidad de la pauta de importaciones”.

3) Aumento de los egresos con relación a los ingresos (exportación de ganancias, *royalties*, servicios técnicos) –tendencia al déficit de la balanza de pagos y necesidad de endeudamiento para cubrir tales déficits–, aumento progresivo acentuado de los egresos (pagos del servicio de la deuda externa) –más déficit– más dependencia del capital extranjero y del endeudamiento, etc.

Por lo descrito anteriormente, se puede notar cómo la crisis del sector financiero y de servicios de las relaciones económicas externas de América Latina ganó una autonomía relativa, que la hace suplantar al sector comercial como el más importante elemento de las oscilaciones cíclicas. De hecho, así como las oscilaciones del sector comercial llevaron a una crisis crónica mediante la solución inflacionaria y disminuyeron el poder de utilización de las divisas obtenidas con la exportación, la dependencia tecnológica lleva también a una crisis crónica de la balanza de pagos y a un endeudamiento

progresivo que compromete hoy en día un monto enorme de nuestras divisas. Según los cálculos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)⁶⁹, las remesas de utilidades, intereses, amortizaciones y otros pagos de capitales extranjeros, representa más del 35% del valor corriente de sus exportaciones de bienes y servicios. Lo paradójico de la situación es que se continúa proponiendo un aumento de la inversión extranjera para resolver los problemas cambiarios que ella misma genera y profundiza!

Las estructuras económicas dependientes en esta nueva fase pasan a ser extremadamente sensibles a los movimientos de capital y sus fluctuaciones. De manera incompleta, Enrique Padilla Aragón llama la atención sobre este fenómeno:

Puede afirmarse que en una época histórica de México, la inversión extranjera directa representó un impulso para la economía y la generación de ingresos internos aceleró el desarrollo; pero a partir de 1958 su carácter fluctuante y la descapitalización que representa la han convertido en un obstáculo. Podemos asociar los años de prosperidad de la economía mexicana con afluencia de inversiones directas y los años de depresión con salida de capital extranjero. Es decir, que este tipo de inversiones acentúa la inestabilidad de la economía mexicana, que se ha vuelto tan sensible a las inversiones extranjeras que las reservas del Banco de México fluctúan al mismo tiempo que aquellas.

El autor exagera el rol del capital extranjero en las fluctuaciones. Estos capitales en general traen muy pocos recursos a la economía. Solamente cerca del 14%⁷⁰ del total de las inversiones norteamericanas en el exterior son el resultado de transferencias de capitales norteamericanos al exterior; el resto de sus fondos son capitalización en el interior de las economías dependientes. ¿Por qué hay entonces una correlación estadística entre prosperidad y depresión en los países dependientes y mayor entrada de capital extranjero y salida de ganancias? Por el motivo opuesto: exactamente porque si hoy en día hay una oscilación cíclica en el interior del capitalismo industrial de los

69. *La economía de América Latina en 1969*, Naciones Unidas, 1970. El estudio de Orlando Caputo y Roberto Pizarro, *Imperialismo, dependencia y relaciones económicas internacionales* muestra con amplio rigor técnico y empírico el rol creciente de los servicios y, particularmente, del movimiento de capitales en el déficit de nuestra balanza de pagos.

70. Véase los datos de *Survey of Current Business* estudiados por Orlando Caputo y Roberto Pizarro en la obra citada.

países dependientes hay también una oscilación cíclica del flujo del capital extranjero hacia esas economías. Al desplazarse hacia las industrias y servicios que atienden el mercado interno de estos países⁷¹, el capital extranjero queda también dependiente de sus movimientos cíclicos internos, que él de hecho acentúa. En los momentos de auge, el capital imperialista penetra aprovechándose de las mejores posibilidades de inversión. En los momentos de recesión o depresión, retira sus ganancias en búsqueda de mejores posibilidades de inversión en otras partes, acentuando la depresión interna. Un ejemplo práctico de esta situación se produjo en el caso brasileño. Después del golpe de 1964, el gobierno de Castelo Branco abrió las mejores perspectivas al capital extranjero en el país; sin embargo este no entró en el país hasta 1966 y 1967, cuando las medidas anticíclicas del Gobierno permitieron retomar las inversiones. Lo mismo pasa hoy en día en Chile después del golpe de Estado de septiembre de 1973. Esto no impidió que, durante la depresión, este capital hiciera una gran centralización financiera, utilizando sus excedentes internos para comprar las empresas nacionales en quiebra. Nosotros llamamos la atención sobre estos nuevos fenómenos en 1963 y realizamos una elaboración teórica en un trabajo en 1966⁷². La elaboración teórica es aún insuficiente y en este trabajo no avanzaremos mucho más sobre el tema porque lamentablemente los estudios de fenómenos cíclicos son extremadamente escasos en nuestros países.

La tesis básica es la de que el desarrollo del capitalismo industrial en los países dependientes los hace incorporar un movimiento cíclico en su interior, que sigue de forma específica las leyes generales de la acumulación capitalista. Debido a la escasez de mano de obra calificada y al aumento de demanda de este tipo de mano de obra, que las inversiones capitalistas nuevas plantean, y debido a sus efectos sobre la estructura general de salarios, el capitalismo dependiente se hace bastante sensible a los movimientos salariales. Por otro lado, el carácter inflacionario tan acentuado del desarrollo capitalista

71. Sobre este fenómeno véase nuestro *Socialismo o fascismo: El nuevo carácter de la dependencia y el dilema de América Latina*.

72. Véase *Socialismo o fascismo...*, *ibidem*. La primera edición mimeografiada con el título de *Crisis económica y crisis política* se publicó en 1966 para los seminarios del Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO), sobre América Latina, Santiago. Paul Singer fue el único economista brasileño que trabajó en la misma línea de pensamiento, *op. cit.*

dependiente estimula la organización sindical para luchar por mantener sus niveles salariales.

La estructura política latinoamericana donde la burguesía industrial nacional (y la extranjera hasta cierto punto) tuvo que utilizar el movimiento sindical y popular como fuerza de presión política para atenuar las resistencias económicas y políticas de las oligarquías exportadoras al desarrollo industrial, favorecía también la capacidad reivindicativa de este movimiento sindical.

Por otro lado, se combina un tercer factor: las necesidades de acumulación de capital de los países dependientes son muy grandes porque sufren una gran descapitalización, debido a los egresos como servicios del capital extranjero. Estas necesidades de acumulación son también muy grandes porque el desarrollo de estos países supone grandes saltos tecnológicos e inversiones altamente concentradas, con una alta relación capital-trabajo, lo que exige grandes concentraciones financieras.

La conjugación de todos estos factores hace a la economía muy sensible a los movimientos salariales. Se puede suponer que un período de acumulación de capital intensivo encuentre un mercado de mano de obra especializada y semiespecializada reducido y una alta presión sindical. Se da así un rápido agotamiento del ejército industrial de reserva utilizable, conservándose una vasta población desempleada y subdesempleada que no tiene calificación suficiente para integrarse inmediatamente en la producción (los casos más típicos son los de México, Brasil y Colombia, que tienen vastas poblaciones agrícolas analfabetas, y los menos típicos son los de Argentina, Uruguay y Chile, que tienen la mayor parte de la fuerza de trabajo alfabetizada y en las ciudades).

Los efectos de esta situación estructural sobre los movimientos cíclicos tienen que ser en el sentido de una tendencia a la oscilación cíclica más o menos limitada. Estas limitaciones se deben básicamente a cuatro factores: la importancia del capital extranjero; la importancia de las inversiones estatales; la importancia de un sector de servicios y trabajadores improductivos altamente inflado, que asegura una demanda poco flexible para abajo; los efectos de una política inflacionaria crónica que mantiene una demanda artificial a costa de un endeudamiento crónico interno y externo, cuya explosión se aplaza hacia un futuro aparentemente ilimitado.

Todos estos factores actúan como elementos estabilizadores hacia abajo que llevan a una crónica incapacidad para romper el subdesarrollo y la dependencia y a una *relativa* estagnación económica que se muestra en una paradójica secuencia entre el desarrollo de la industrialización en América Latina y una disminución de las tasas de desarrollo como consecuencia. Esto no quiere decir que la región camine hacia una falta total de crecimiento. Ni significa tampoco que hayan desaparecido las oscilaciones cíclicas. Simplemente significa que, a largo plazo, la región tiende a una tasa de crecimiento más baja en la medida en que se vincula su crecimiento económico a la dominación del capital extranjero con los efectos descapitalizadores que genera.

Cuando la industrialización se hizo con el capital nacional, del 30 al 46, y sobre todo cuando se aprovechó la coyuntura de auge de la guerra, no habiendo aún establecido su dinámica dependiente del mercado interno, el crecimiento era mucho más alto que hoy en día. Esto significa que el proceso de industrialización se ha ahogado en una estructura de endeudamiento crónico y crisis cíclica que explican el comportamiento y la dinámica económica, social y política de América Latina industrializada, en los últimos años. Pero los países de menor industrialización no están libres de este fenómeno. En ellos se opera un proceso de industrialización muy rápido y aún más intensivo, cuyos efectos se empezarán a sentir muy pronto y ya se apuntan en varios casos.

Nuestro objetivo en este ensayo es sobre todo el de llamar la atención de los economistas, sociólogos y científicos políticos latinoamericanos y de los demás países dependientes hacia estos fenómenos y hacia la necesidad de estudiarlos empíricamente y de revisar los esquemas teóricos superados de las teorías del desarrollo.

5. HACIA UNA TEORÍA DE LAS CRISIS EN LOS PAÍSES DEPENDIENTES

De las discusiones anteriores emerge una extensa problemática que no podemos desarrollar suficientemente en este ensayo: ¿Cuáles son las relaciones entre las crisis del sector exportador y las crisis del sector industrial capitalista? ¿Qué relación existe entre el carácter estructural de la crisis latinoamericana, establecido en el cuadro de una estagnación relativa con soluciones de

crecimiento inflacionario y/o con endeudamiento internacional, y las crisis de coyuntura provenientes del ciclo capitalista interno? ¿Qué mecanismos sociales y políticos son accionados por estas crisis y cómo actúan estas esferas sobre los movimientos cíclicos?

Presentaremos enseguida algunos apuntes generales para un desarrollo posterior más profundo del tema, que creemos deberá ser una labor colectiva de varios investigadores.

1. El desarrollo de nuestros países acentúa en forma particular el carácter desigual y combinado del desarrollo capitalista. En ellos, las nuevas estructuras productivas desarrolladas en otros centros, los procesos de organización empresarial y sus efectos sobre los mercados, se van introduciendo y combinando con estructuras anteriores para formar una unidad socioeconómica nueva y específica que llamamos dependiente.

A pesar de que estas estructuras sean contradictorias entre sí, su combinación se hace posible en el interior de una misma unidad porque ellas no se desarrollan hasta las últimas consecuencias. Cuando el desarrollo de una formación estructural va muy lejos, se produce una incompatibilidad que exige una solución radical a través de la eliminación de las estructuras más retrógradas. Muchas veces, esta eliminación se tiene que hacer por medio de la introducción de formas estructurales superiores. A las nuevas estructuras se van agregando otras más avanzadas antes de que agoten su desarrollo interno y van surgiendo nuevas dinámicas, muy desconcertantes para los teóricos y científicos sociales, pero altamente importantes en la práctica económica, social y política⁷³.

De ahí que los ciclos económicos en las formaciones socioeconómicas dependientes asuman formas combinadas y que la economía busque soslayarlos a través de un estímulo inflacionario a las inversiones porque, en caso contrario, se ahogaría en una estagnación.

73. Hay que señalar de paso los efectos que tal discontinuidad opera sobre el pensamiento social, obligándolo a un constante empirismo y pragmatismo, debido a su imposibilidad de inscribir esos cambios en una teoría general sin incluir en ella ni un análisis muy profundo de la economía mundial y de las tendencias estructurales de los centros imperialistas ni, hoy en día, una evaluación del socialismo. Considerando los limitados recursos humanos de nuestros países, para el desarrollo científico y las influencias perniciosas del pensamiento burgués y reformista pequeñoburgués, es fácil entender nuestras dificultades teóricas.

2. Los ciclos económicos ligados al sector exportador son generados en parte por los movimientos de auge y depresión en la economía mundial, pero las economías dependientes tienen una dinámica propia en su interior. Esta dinámica está relacionada con la oferta de los productos exportados en el sector externo de la economía que, como vimos, tiende a generar una sobreproducción a nivel de las economías dependientes, lo cual se hace más evidente cuando hay una retracción de las importaciones de los países desarrollados debido a sus recesiones. Para mantener a los productores del sector exportador generando ingreso interno y para aminorar las bajas de los precios de los productos exportados y los efectos de los movimientos cíclicos, el Estado burgués se ve obligado a sustentar estos sectores a través de políticas inflacionarias y de endeudamiento externo.

Por otro lado, el desarrollo del sector industrial es dependiente del sector exportador por dos motivos: porque necesita de sus ingresos que forman una demanda de los productos industriales y porque las exportaciones crean los recursos en forma de divisas para la importación de maquinarias y bienes intermedios necesarios a la industria, necesidad que aumenta debido a la dependencia tecnológica. Esta dependencia hace el crecimiento del sector industrial extremadamente dependiente de la balanza de pagos y por lo tanto de los efectos de los auges y recesiones de las economías centrales.

La aparición del capital extranjero en el sector industrial y otros que producen hacia el mercado interno, que se acentúa en la posguerra, hace que el desarrollo económico sea extremadamente sensible a los movimientos de capital. Estos movimientos de capital son condicionados por la dinámica de los ciclos del sector industrial capitalista en el interior de los países dependientes.

Estos ciclos se independizan cada vez más del movimiento del comercio externo y son condicionados por las leyes de la acumulación de capital modificadas por las especificidades de los mercados de mano de obra y del contexto sociopolítico de los países dependientes. En todo caso, la acción del capital extranjero profundiza los movimientos cíclicos, sea en los momentos de auge, al introducir un elemento capitalizador nuevo, sea en los momentos de crisis, al retirar las ganancias hacia el exterior.

Tales movimientos cíclicos son otra vez compensados, en parte, por un proceso inflacionario y de endeudamiento externo acumulativo, que aplaza

hacia el futuro los efectos de la crisis, haciéndola crónica, manifestándose esta bajo la forma de la inflación y del endeudamiento internacional, única manera de neutralizar la tendencia a una estagnación *relativa* o baja secular de la tasa de crecimiento.

3. Hay que considerar, sin embargo, que esta estagnación *relativa*, a pesar de los optimismos que las coyunturas favorables provocan, es altamente explosiva, pues acentúa las contradicciones internas del sistema y las aplaza hasta un momento cualquiera en que, por efecto de una coyuntura desfavorable a nivel internacional o nacional, explotan.

No hay duda de que estos mecanismos de adaptación por la vía del aplazamiento (inflación y endeudamiento) se van mostrando insuficientes y abren paso a una crisis no solo institucional sino también de las alternativas reformistas del sistema, lo que hace prever una evolución muy rápida hacia una radicalización social y política profunda, y hacia un inmovilismo político relativo de la clase dominante en los momentos de crisis internacional y nacional.

4. Vemos así que la crisis estructural del sistema va siendo aplazada con mecanismos esencialmente pragmáticos, cuya expresión más directa está en el proceso inflacionario y en el endeudamiento internacional. En ellos y en las formas de solucionarlos se encuentran condensados y sintetizados todos los conflictos del sistema.

De parte de las clases dominantes no queda otra alternativa que la de apelar a una política de estabilización monetaria que haga caer los salarios y aumentar la acumulación de capital para posibilitar nuevas inversiones en un futuro próximo. Solo en países donde se alcanza una situación privilegiada de la balanza de pagos se puede reducir la inflación hasta un nivel relativamente bajo de “inflación estructural” abierta u oculta, y esto se hace en general con el sacrificio de las importaciones para los sectores de inversión de capital o de importaciones de productos de consumo popular.

5. Al tener que enfrentarse a una situación de este tipo, las clases dominantes se ven obligadas a aplicar una política extensivamente antipopular, y enfrentadas a un movimiento popular cada vez más hostil e independiente: la clase obrera y los asalariados en general, que reaccionan contra la pérdida de su poder de consumo y la concentración del capital; los hijos de los obreros, los jóvenes de clase media y el subproletariado urbano y rural que

no ven posibilidades de trabajo por la ausencia de un desarrollo efectivo; los campesinos, que no ven la posibilidad de una política de reforma agraria realmente sustancial; la pequeña burguesía, que ve sus ahorros consumidos por la inflación o la amenaza de proletarización como consecuencia de las quiebras en los momentos de estabilización.

Se crean así las condiciones para la formación de un amplio frente popular antiimperialista, cuya formación y dirección dependerán básicamente de la existencia de un liderazgo proletario consecuente o, en algunos casos, de sectores pequeñoburgueses que buscarán formar y orientar este frente en un sentido reformista vagamente nacionalista y democrático.

Teóricamente, se puede suponer que este frente, tácito algunas veces, abiertamente realizado en otros casos, tiende a aumentar su capacidad de lucha en los momentos de crisis en los centros dominantes, que se refleja también en una crisis aguda en la orientación política de las clases dominantes-dominadas en los países dependientes (que en muchos casos están representadas por los propios gerentes de las empresas extranjeras, que tienden a controlar hoy en día el grueso del sector más dinámico de nuestras economías).

Se puede concebir también teóricamente que en ausencia de una organización de masas amplia, sean sectores del aparato estatal, particularmente los militares, los que intenten representar estos intereses buscando chantajear al imperialismo y obligarlo a hacer las inversiones que se creen favorables al desarrollo económico interno, dejándolo siempre abierto al capital extranjero. Este último, tomado en una coyuntura desfavorable, se ve obligado a ceder buscando resguardar sus posiciones relativas de fuerza para una posterior ofensiva en una coyuntura económica y política más favorable.

6. Se pueden establecer así algunas relaciones e interdependencias entre los ciclos económicos y los movimientos sociales y políticos. La posibilidad de aprovecharse favorablemente de las coyunturas dependerá de la organización del movimiento popular, su conciencia política y su sensibilidad. Los esquematismos teóricos, el doctrinarismo vacío, las tendencias caudillescas pequeñoburguesas que paralizan las iniciativas de las masas, son factores muy fuertes en la vida política de los movimientos populares latinoamericanos y se han manifestado en grupos políticos tanto izquierdistas como reformistas. Tales factores han perjudicado enormemente su capacidad de aprovechamiento de las coyunturas favorables.

Después de estas consideraciones teóricas podemos pasar a un análisis de los efectos de la crisis general del capitalismo en América Latina. En un capítulo final buscaremos hacer más específico este análisis considerando la depresión de 1974-75.

LAS CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA CRISIS LATINOAMERICANA

Los momentos de mayor autonomía relativa de decisión en los países dependientes son aquellos en que, dada una crisis en el centro hegemónico, se debilitan los lazos de dependencia y se abre una posibilidad de iniciativa económica y política de las clases dominantes. Esa concepción, que se vino gestando en América Latina a partir de la crisis del 29, fue sistematizada por André Gunder Frank⁷⁴ en una ley del crecimiento económico subdesarrollado.

Históricamente fueron las guerras intereuropeas y las crisis capitalistas las que generaron una dificultad de importación de productos manufacturados, creando así la oportunidad para el desarrollo de una industria nacional. Desde el punto de vista político, una crisis en el centro hegemónico, un aumento de las contradicciones interimperialistas o una guerra entre países dominantes provoca dificultades que los obliga a buscar aliados políticos y a hacer concesiones necesarias para mantener su control sobre los países dependientes.

Si hay en el interior de los países dependientes fuerzas interesadas en aprovechar esta situación para provocar un cambio de estructura, y si son relativamente fuertes, se crean las condiciones internas para que, al debilitarse el centro hegemónico, se produzca una coyuntura favorable que facilite una ofensiva política de esas fuerzas. La mayor o menor profundidad de esa ofensiva y sus posibilidades de victoria dependerán, sin embargo, de la capacidad de las fuerzas más avanzadas de las sociedades nacionales, de su organización, de su conciencia y de su disposición de lucha.

74. André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, op. cit.

En el período de la Primera Guerra Mundial surgieron importantes brotes nacionalistas y reformistas que desarrollaron una gran lucha en la década de los años 20. En algunas partes, esas fuerzas llegaron al poder antes de los años 30, pero en la mayoría de los casos solo lo hicieron después, durante la crisis del 29 y sus consecuencias. El hecho más relevante de este período fue la nacionalización del petróleo por el gobierno de Cárdenas, en México. La guerra de 1939 a 1945 produjo también una coyuntura favorable para las burguesías industriales de los países dependientes. La situación se presentó de manera diferente en los países donde no había un proceso de industrialización anterior, que hubiera permitido el surgimiento de una burguesía industrial capaz de aprovecharse de esa coyuntura. En estos países no se produjeron cambios importantes.

Vemos así que fueron las fuerzas más avanzadas de la época las que se aprovecharon de las dificultades de los centros hegemónicos, y este provecho estuvo vinculado a la extensión de sus fuerzas y a la decadencia de los sectores oligárquicos tradicionales. Así fue porque las condiciones exteriores no hacen más que crear los marcos donde se pueden mover las fuerzas que están en el interior de las sociedades nacionales, que siguen siendo unidades económico-sociales del sistema capitalista mundial. Las condiciones del comercio internacional pueden provocar un impulso en una dirección u otra, pero la reacción frente a este impulso estará determinada por las características internas de las sociedades nacionales.

La crisis del capitalismo mundial de los años 30 cuestionó el sistema de organización internacional, basado en una estrecha división internacional del trabajo entre países productores de materias primas y productos agrícolas y países productores de manufacturas. Este cuestionamiento alcanzaba a las clases sociales que se beneficiaban de este sistema en los países dependientes, es decir, las antiguas oligarquías rural o minera y exportadora. La apertura de nuevas alternativas dependió de la fuerza de los nuevos sectores, compuestos de pequeños productores urbanos, particularmente ligados al sector industrial y a la producción y distribución hacia el mercado interno, los asalariados urbanos, parte del campesinado en los países donde había importantes concentraciones campesinas asalariadas y los sectores obreros en organización desde el principio del siglo XX a través de los sindicatos anarquistas.

Las diversas soluciones políticas en los diferentes países, que condujeron a por lo menos dos tipos de estructuras dependientes distintas, fueron consecuencia básicamente de la combinación de los factores ya descritos: la extensión de la crisis del sector tradicional vinculado a la economía exportadora y la fuerza adquirida anteriormente por los sectores emergentes ligados al mercado interno.

La crisis y la confrontación no eran de ninguna manera radicales. Es claro que la lucha por la creación de una economía, volcada básicamente hacia el mercado interno, se asemeja mucho al proceso de las revoluciones burguesas europeas. Pero estas similitudes se dan en cuadros distintos, causando aparentes paradojas.

La afirmación de la nación no se daba sino muy marginalmente, en el cuadro de la lucha contra los poderes locales (de origen medieval en el caso europeo, y de origen colonial exportador en nuestro caso), sino de la lucha contra una fuerza exterior que no se interesaba, en ese entonces, por la industrialización de estos países, así como contra grandes oligarquías nacionales (que habían constituido el Estado, la ley y el orden nacional en contra de sectores precapitalistas) que representaban estos intereses en el interior de la economía y de la sociedad.

Los movimientos sociales de los años 20 y 30 se explican en este marco histórico, y el hecho de que se hayan radicalizado algunas veces más allá de estos objetivos se explica porque, en ese momento, la crisis del capitalismo mundial era muy aguda y hacía apuntar las salidas más radicales como las únicas viables. No habían, sin embargo, las fuerzas sociales internas capaces de conducir a estas naciones hacia tales alternativas, sino como parte de un proceso de revolución mundial que en aquel momento estaba en reflujo.

Así podemos analizar, en términos muy generales, los efectos de la crisis de 1929 sobre el capitalismo dependiente.

Pero ¿qué pasa hoy en día en América Latina? ¿Cuáles son los sectores sociales que componen las sociedades nacionales? Se han modificado extremadamente desde 1930. Las burguesías agrarias o mineras exportadoras fueron completamente debilitadas, económica y políticamente, y viven en la expectativa de un golpe final contra ellas. Las burguesías industriales de los distintos países, que impulsaron la industrialización, la participación estatal en el desarrollo y la movilización nacionalista de las masas, no pudieron llegar

a un enfrentamiento radical con el capital extranjero, y fueron obligadas a someterse a él. Surge la figura social de una burocracia internacional del gran capital, que junto con sus socios o empleados nacionales administra los intereses del gran capital internacional al nivel local. Al lado de esa burocracia capitalista que representa los intereses del gran capital internacional, está la burocracia civil y militar ligada al capitalismo de Estado, que representa una fuerza económica de gran peso en las economías dependientes industrializadas.

No hay pues, en el seno de las clases dominantes, ningún sector interesado en un conflicto radical con el capital internacional. El único sector de las clases dominantes que choca con él, pero de manera restringida, es el capitalismo de Estado, que intenta obligar al gran capital a seguir ciertas reglas y a orientar sus inversiones en una dirección favorable al desarrollo capitalista.

Las únicas fuerzas sociales que entran en contradicción radical con el tipo de desarrollo que el capitalismo dependiente produce en los países subdesarrollados son aquellas que no solo sufren directamente la explotación del gran capital, sino que también ven su futuro y el de sus hijos amenazado por la incapacidad que tales formaciones económico-sociales tienen para producir un crecimiento económico capaz de absorber a la mayoría de la población en la producción y ampliar el consumo.

Estas fuerzas se componen básicamente de los trabajadores urbanos y rurales y del numeroso campesinado (compuesto de medieros, aparceros de varios tipos, pequeños propietarios, usufructuarios de tierras de propiedad no definida, etc.). Estos son los sectores productivos fundamentales que crean los excedentes económicos a través de su tiempo de trabajo no remunerado (la plusvalía) y que permiten la supervivencia del resto de la población. Sin embargo, sus condiciones de vida están entre las más bajas, la intranquilidad es constante en su trabajo y la inseguridad sobre la incorporación de sus hijos al trabajo completa el cuadro de una población que se ve en condiciones de vida completamente contradictorias con la importancia de su actividad productiva, así como con el grado de organización y educación que necesita para ejercer esta actividad (condiciones que varían mucho al considerarse las diferencias entre sectores de alta productividad y la producción agrícola de bajo nivel tecnológico).

Al lado de esta población, confundiéndose con ella algunas veces, en una línea de demarcación muy sutil, está un subproletariado urbano y rural que, además de representar un amplio sector de la población, es una capa social en proceso de transición: entre constituirse en una capa de marginales o un lumpenproletariado o ser absorbida por el sistema productivo. La segunda hipótesis solo es viable a través de una transformación radical en la estructura productiva de la sociedad que, por medio del planteamiento, permita absorber la mano de obra desocupada. Para esto habría que cambiar profundamente la orientación del desarrollo, pues su carácter competitivo lo obliga a adoptar una tecnología ahorradora de fuerza de trabajo y mantener su sistema productivo restringido a los sectores que pueden sobrevivir a la competencia internacional, en una etapa de paso a la revolución tecnológico-científica, y no le permite integrar en la actividad productiva a esta población. La lucha, hasta el momento, ha variado entre la presión por resolver sus problemas como grupo marginado (y no completamente marginal, pues realiza algunas actividades productivas), buscando urbanizar sus poblaciones, conseguir servicios sociales, etc., y, por otro lado, las explosiones radicales contra la situación actual, bajo formas violentas o, a veces, electorales. La inconstancia es, sin embargo, su característica principal, pudiendo variar hacia la ultraizquierda o la ultraderecha conforme a la situación histórica y el trabajo político de las otras capas sociales hacia ella.

Finalmente nos cabe tomar en consideración un amplio sector que en muchos aspectos entra en conflicto con el sistema socioeconómico vigente. Son las clases medias asalariadas y los pequeños propietarios amenazados por la concentración monopólica de la economía, y sobre todo sus hijos, los cuales se preparan en carreras técnicas y profesionales y ven también los límites del desarrollo dependiente para integrarlos en el sistema productivo.

No es pues sin razón que la cuestión del desarrollo económico pierde actualmente el contenido técnico, del cual buscan revestirla las clases dominantes y los tecnócratas, para hacerse cada vez más claro su contenido político. No se trata simplemente de obtener un crecimiento económico, ni tampoco de dirigirlo a través del capital nacional frente a los impedimentos creados por el capital extranjero, sino que la cuestión es que el desarrollo capitalista no supera el subdesarrollo y profundiza la dependencia, crea nuevas contradicciones y acentúa las antiguas sin poder resolverlas. Se pone así en

primer plano la cuestión del desarrollo socialista como única alternativa al desarrollo capitalista dependiente.

Este cambio de la situación interna de América Latina lleva a una dinámica social distinta de aquella de 1930. Las fuerzas de cambio son diferentes y sus proyectos de desarrollo también lo son:

El capital extranjero busca la integración de las economías nacionales en una nueva división internacional del trabajo, en la cual los actuales centros hegemónicos se ocuparán de la producción de los bienes, ligados a la tecnología más sofisticada y al desarrollo del conocimiento científico y técnico, que produzca el control de la tecnología por la propiedad monopólica y permita mantener su dominio mundial y el de los servicios y actividades parasitarias para absorber la mano de obra liberada de la actividad productiva directa, cada vez más especializada y con bajísima utilización de fuerza de trabajo. Para los países subdesarrollados tal alternativa de cambio les permite modernizarse e incorporar nuevas técnicas, sin resolver ninguno de sus problemas fundamentales y haciendo que su crisis social y económica se profundice a largo plazo.

Por otro lado, la perspectiva de los sectores pequeñoburgueses, tecnocráticos y burocráticos que se apoyan en el capitalismo de Estado, supone como alternativa el fortalecimiento de la economía nacional, buscando obligar al capital extranjero a agilizar su penetración en la economía industrial para poder así modernizar más rápidamente la economía, teniendo siempre al capital estatal como socio, contralor y orientador. Es decir, no se trata de romper con el gran capital sino de orientar su penetración en la economía. Tal esquema a largo plazo invierte esa relación, pues, en la medida en que el capital extranjero penetra en los nuevos sectores, se hace más fuerte para después someter completamente al capitalismo de Estado. Contradictoriamente a sus expectativas, este no hace más que apurar el proceso de expansión del gran capitalismo internacional en nombre del nacionalismo y del antiimperialismo.

Finalmente, la única alternativa viable a esas dos anteriores, las cuales se presentan separadas en el presente, pero que a largo plazo llevan a resultados similares, es el socialismo, como la experiencia ha indicado positivamente en Cuba, y negativamente en las experiencias nacionalistas fracasadas en Bolivia y en la Guatemala de los años 50, en el Brasil de Vargas y Goulart, en la Argentina de Perón, etc. El socialismo es una forma más racional de apropiación

del excedente económico y supone una orientación de las inversiones hacia los sectores más necesarios para la mayoría de la población y más cruciales para el crecimiento de un sector productivo amplio y racional. Permite también planear una utilización racional de la fuerza de trabajo aumentando su calificación, mejorando sus niveles de vida y ampliando al mismo tiempo la producción y el excedente reinvertible.

Esas fuerzas sociales y las alternativas que ellas presentan para el desarrollo de la sociedad son los factores determinantes sobre los efectos que pueda provocar cualquier modificación de la coyuntura internacional. Por lo tanto, no hay que esperar en las actuales circunstancias históricas efectos similares al de otras crisis mundiales. Hay que tomar en consideración que las circunstancias internacionales dan solamente los marcos que condicionan las posibilidades de desarrollo interno de las sociedades nacionales. Es pues la composición de fuerzas en su interior la que determina, en última instancia, los efectos posibles de estos condicionamientos dados por la economía y política mundiales.

1. AMÉRICA LATINA, DIAGNÓSTICO DE UNA SITUACIÓN

En este cuadro se inserta la crisis general latinoamericana. Una crisis aguda que ha sido desviada mediante una enorme batería de soluciones conciliatorias que aplazan su explosión.

No podemos decir que no haya conciencia del problema, ya sea entre los técnicos, o entre los políticos, o entre amplias capas del pueblo. La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), la Organización de Estados Americanos (OEA), la Agency for Industrial Development (AID), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y muchas otras instituciones del propio sistema, reconocen la gravedad de la crisis latinoamericana y el fracaso que representa el actual modelo de desarrollo industrial dependiente.

La revista *Comercio Exterior*, del Banco Nacional de Comercio Exterior de México, buscaba resumir este diagnóstico en un editorial de abril de 1970:

Al cabo de dos años de dinamismo económico, en los que los datos de ingreso muestran una mejora importante, es forzoso preguntarse qué ocurre en

América Latina, pues no deja de parecer extraño que el aumento de la producción y de las reservas monetarias y el progreso de la estabilización vayan acompañados de fenómenos sociales cada vez más perturbadores en los que las notas distintivas son el descontento y la violencia, además de graves contratiempos o crisis en los procesos de integración. En 1969 los hechos se encargaron de desmentir algunos optimismos que hasta entonces parecían fundados, puesto que el ejemplo más avanzado e ilustre de integración multilateral no bastó para impedir que resurgiera entre países miembros del mismo, vinculados por los más estrechos lazos de la historia y de la economía, un conflicto bélico que alteró y todavía sigue alterando todo el cuadro centroamericano. También los hechos pusieron de relieve que la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) era indispensable [que] entrara en una pausa de varios años, en espera de que maduren las condiciones necesarias para seguir adelante con firmeza. El Grupo Andino no representa todavía más que una esperanza y vale más por lo que promete que por lo cumplido hasta ahora.

Pero, ¿cuál es la explicación de la coincidencia entre la aceleración de las tasas de crecimiento económico y las tasas de desasosiego social y de la disconformidad? O, dicho de otra manera, ¿cómo explicarse la divergencia entre el avance económico y el avance social? Existe un factor que separa ambos fenómenos: la distribución del ingreso.

Es claro que la distribución del ingreso no pasa de ser una manifestación de relaciones de producción basadas en la superexplotación de la fuerza de trabajo. Los intentos de distribución del ingreso dentro del sistema capitalista han fallado invariablemente en todas partes. A pesar de los mitos de la “sociedad de consumo de masas”, los datos indican que en los países capitalistas desarrollados no hay una distribución progresiva del ingreso⁷⁵. Lo que hay es una base de productividad muy alta y un ingreso per cápita suficientemente elevado para garantizar un consumo mínimo más alto.

El capitalismo siempre ha resuelto sus problemas a través de la ampliación extensiva o intensiva de los mercados interno y externo y no por medio de una redistribución del ingreso en favor de los asalariados. En las condiciones latinoamericanas hay un amplio sector de la población que podría ser incorporado en un sector capitalista de producción, generando ingresos más altos. Esta población está compuesta en gran parte por la población agrícola que usa baja tecnología o que está abiertamente subocupada, los sectores del

75. El libro de Gabriel Koiko, *Riqueza y poder en Estados Unidos*, es decisivo en este sentido.

subproletariado urbano con ocupaciones de muy baja remuneración y baja tecnología o en servicios no necesarios y no permanentes; también se deben incluir los sectores del proletariado ocupados en pequeñas empresas superadas tecnológicamente. Toda esta población forma una enorme reserva de mano de obra que educada y preparada puede ser rápidamente transformada en un productor (desde el punto de vista capitalista: un asalariado, es decir, un productor de plusvalía) y consumidor, ampliando así la producción y la mano de obra.

El gran problema del capitalismo dependiente es que, teniendo un alto nivel tecnológico a su disposición, disponiendo de las más refinadas técnicas administrativas, disponiendo de los más refinados científicos sociales para diagnosticar el fenómeno, no puede superar esas contradicciones.

Y no lo puede hacer porque la apropiación privada de los medios de producción, en vez de resolver tales problemas, los profundiza: esto porque son problemas creados por el propio desarrollo capitalista. Es el capitalismo el que prefiere una tecnología ahorradora de mano de obra a nivel internacional, propagándola por todo el sistema mundial en función de impulsos irracionales del mercado y sin tomar en consideración la disminución de la jornada de trabajo, que permitiría ampliar el tiempo para el estudio, la diversión y el consumo al mismo tiempo. Es el capitalismo dependiente el que, al necesitar de una superganancia para permitir al mismo tiempo la reinversión y la remesa de ganancias al exterior, necesita de una superexplotación que mantiene la mano de obra con remuneración muy baja y no permite una expansión suficiente del mercado interno. Es el capitalismo dependiente el que no puede enfrentarse radicalmente con el sector latifundista, preservando una economía atrasada en el interior o impidiendo una expansión en escala suficiente del mercado interno. Es ese mismo capitalismo el que, cuando penetra masivamente en el campo, lo hace en forma de grandes unidades productivas, con tecnología ahorradora de mano de obra que expulsa a la fuerza de trabajo, en olas gigantescas, hacia las ciudades donde no encuentra trabajo.

Son, pues, los límites del propio capitalismo los que le impiden resolver sus contradicciones internas, sean las contradicciones más globales del sistema, sean las formas y las contradicciones específicas generadas por el capitalismo dependiente.

Es esta situación básica en la raíz de la crisis latinoamericana la que crea un *impasse* político muy serio. Al nivel político se crea una situación explosiva donde las tendencias a cuestionar el sistema actual buscan formas de expresión radicales, sea a través de formas organizadas de lucha de masas como las huelgas generales, sea mediante el apoyo electoral a las fuerzas políticas que se presentan como negación del sistema existente. Este cuestionamiento no tiene aún forma política clara, sino que es más bien la expresión de una radicalización general y de una incapacidad del sistema actual para ofrecer soluciones convincentes para la grave crisis en curso.

Otro factor presente en el momento actual, que actúa como un condicionamiento social, es la inestabilidad de la pequeña burguesía y de las clases medias asalariadas que son afectadas: la primera, por el proceso de monopolización y concentración económica y, la otra, por la estabilización o aun depreciación general de los salarios. Tal situación estimula un comportamiento radical en estos sectores, que han dado la mayoría de los cuadros para los movimientos armados latinoamericanos y que son al mismo tiempo la principal fuente de cuadros del terrorismo de la derecha en diversos países (junto a sectores del lumpen que se ligan al terrorismo de derecha, sea directamente, sea a través de la policía).

El último factor que acentúa la tendencia a la inestabilidad de la situación es el de los representantes del latifundio en decadencia que ven escaparse su poderío, apartarse sus aliados nacionales e internacionales y que tienden a reaccionar por la fuerza a ciertos aspectos de las reformas agrarias, impuestas desde arriba e incorporadas en la política de casi todos los gobiernos latinoamericanos. Su reacción radical da una base material más fuerte a la contrarrevolución y acentúa el radicalismo de la situación.

Los gobiernos fuertes, militares o no, buscan resolver este conjunto de contradicciones inmediatas sin tocar sus raíces. Pero introducen un nuevo elemento de complicación de la situación: de un lado aseguran un desarrollo capitalista moderno que, en vez de resolver las contradicciones, como hemos dicho, las profundiza; de otro lado, entran en conflicto con las fuerzas de la modernización, a las cuales sirven al intentar dar un rol determinante al capitalismo de Estado y a la nación en proceso de desarrollo.

De lo que hemos visto se puede concluir que la crisis general del capitalismo encuentra en América Latina la siguiente situación:

a) Una crisis radical que cuestiona las soluciones actuales ofrecidas por el capitalismo como sistema.

b) Una tendencia a la radicalización política e ideológica de la oposición popular con la aparición de formas de lucha de masas violentas, al lado de formas organizadas de lucha sindical y aun expresiones electorales del descontento.

c) Una tendencia a la radicalización de capas importantes de la pequeña burguesía, de la clase media asalariada y del latifundio decadente que tienden a incorporarse a la lucha política a través de formas radicales de acción armada, sea de izquierda, sea de derecha. Se desarrolla un movimiento armado de vanguardia, paralelo a la radicalización de masas, sin que se ligen entre sí, pero existiendo proposiciones en este sentido.

d) Los regímenes militares o civiles de fuerza no resuelven completamente sus conflictos con el gran capital internacional, e insisten en conciliar la penetración de este capital para modernizar la economía con el crecimiento del poder estatal de base nacional y con su participación intensa en la economía.

Es necesario señalar que estos factores operan en general en dos direcciones. Primero, hay una tendencia a la radicalización política e ideológica, sea hacia la izquierda, sea hacia la derecha. Segundo, hay una tendencia hacia una quiebra interna dentro de las clases dominantes (sector latifundista contra modernizadores; sectores estatistas contra liberalismo del gran capital).

¿Cómo opera la coyuntura internacional en tales circunstancias? ¿Cómo tienden a reaccionar los distintos sectores sociales? Pasaremos a estudiar estos problemas en forma de ensayo, pues se hace muy difícil enfrentarlos de manera muy rigurosa, debido a la ausencia de datos y análisis localizados que permitan una abstracción rigurosamente científica del proceso en curso.

2. LAS CLASES DOMINANTES FRENTE A LA CRISIS

Hemos visto qué fuerzas actúan dentro de las sociedades latinoamericanas. Debemos ahora ver cómo afecta la crisis mundial a esas fuerzas. El primer sector afectado son las clases dominantes. Ellas disponen de mecanismos inmediatos de poder que pueden utilizar para aprovecharse de la crisis actual.

La baja de la capacidad de negociación de Estados Unidos a nivel internacional estimula la ofensiva política de las clases dominantes latinoamericanas para arrancarle concesiones.

Es importante tener en consideración que Estados Unidos ha hecho muchas promesas a los países subdesarrollados que no ha podido cumplir. En primer lugar, prometió cooperar con los países dependientes para mejorar los términos de intercambio de su comercio exterior. Se trata de abrir el mercado norteamericano a los productos agrícolas y materias primas que tengan una mayor incorporación de trabajo e industrialización. Sin embargo, las leyes norteamericanas establecen un fuerte impuesto sobre las materias primas y productos agrícolas ya elaborados, para proteger a la industria norteamericana.

Bajo la presión de los países dependientes, directamente o por medio de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (CNUCYD), Estados Unidos puede percibir la gravedad del problema planteado, pero no puede darle una respuesta rápida por la presión de los sectores perjudicados dentro de Estados Unidos. En el caso de Brasil, el conflicto en torno al café soluble dejó marcas muy profundas en las relaciones entre los militares brasileños y el gobierno norteamericano. Aún más, acentuó el sentimiento de impotencia del gobierno militar, porque el Gobierno de Estados Unidos lo obligó a aumentar las tasas que cobraba sobre la exportación de café soluble. Para un gobierno que se considera el más importante aliado norteamericano en el Atlántico sur esta fue una humillación muy grande.

Pero el fenómeno no alcanza solamente a las materias primas industrializadas. Estados Unidos representa un enorme mercado para productos industriales que exigen una participación importante de la mano de obra, como la industria de zapatos, textiles, etc. Los países dependientes piden, nuevamente, que se suspendan las barreras aduaneras que se imponen a la importación de estos productos y, otra vez, la lucha se muestra ineficaz. La ley de comercio exterior votada por el Congreso en 1975 solo hizo confirmar estas dificultades, generando una amplia ola de protestas. La reacción de los propietarios e industriales medios norteamericanos impide la apertura total del mercado norteamericano y se establecen cuotas de importación muy inferiores a los intereses de los industriales de los países subdesarrollados.

Aquí se plantea un importante y curioso problema teórico. Estos industriales son en general los gerentes de las empresas extranjeras; en la mayor parte de los casos son norteamericanos. Este era, de modo evidente, el caso de los productores del café soluble en Brasil. Y, por otro lado, si no controlan de inmediato estos sectores, tienden a controlarlos cuando se muestran lucrativos. Esto transforma esta lucha aparentemente internacional en una lucha entre dos sectores del empresariado norteamericano: uno, internacional y liberal en lo que respecta al comercio mundial; el otro, nacional y proteccionista. De hecho, la política liberal permitiría a los sectores más dinámicos liquidar a sus competidores internos recurriendo a una mano de obra más barata y a las facilidades de operación que le dan los países subdesarrollados. El programa de la CNUCYD representa así claramente los intereses de estos sectores⁷⁶.

La interconexión de mercados entre las matrices y filiales, y de las filiales entre sí, dentro de las empresas multinacionales, es un problema altamente complejo para el cual no hay soluciones definitivas y se puede imaginar los conflictos que se dan en el interior de la burocracia capitalista por la insistencia con que aparecen estos problemas en la nueva literatura sobre el tema. Estos entrelazamientos se hacen aún más graves dentro de las empresas “conglomeradas”, que crecieron enormemente en los últimos años mediante una política de inversión altamente especulativa que se introduce en los sectores económicos más variados, promoviendo una centralización financiera completamente independiente de las necesidades de la concentración tecnológica. Los problemas gerenciales que se crean en su interior son los más violentos, y tienden a agudizarse.

En los países dependientes en crecimiento, la expansión de las exportaciones industriales y de materias primas industrializadas, sea para Estados Unidos y demás países desarrollados, sea para los otros países del área (Mercado Común), es un medio para soslayar el problema de la necesidad de expandir el mercado interno. De este modo logran ampliar la utilización de su capacidad instalada y, en algunos casos, crear nuevos sectores productivos.

76. Es importante notar el apoyo que dan a la CNUCYD las publicaciones que defienden el interés del gran capital internacional. Uno de los apoyos más directos viene de *Business International*, que defiende muy directamente los intereses de las empresas multinacionales. Esto no quiere decir que sectores más conservadores y de visión más amplia como el Chase Manhattan no llamen la atención sobre los problemas internos que esa política acarrea para Estados Unidos.

La incapacidad del Gobierno de Estados Unidos para ampliar sus exportaciones significativamente, de inmediato, hace aumentar la presión sobre los países subdesarrollados en su conjunto, sobre los aliados desarrollados también interesados en estos mercados, como Japón, con la complicidad del gran capital que tiene ahí una de sus áreas de inversión en perspectiva o que sufre directamente la presión de sus subsidiarias. No cabe duda de que después de despertarse tantas ilusiones sobre las posibilidades de esta reorientación de las exportaciones y sobre los mercados comunes, la incapacidad de ponerlos en práctica, de inmediato, despierta en las burocracias civiles y militares de los países dependientes el sentimiento de que tales objetivos solo podrían ser conquistados por una presión más fuerte y un chantaje revolucionario más peligroso.

Los roces no se agotan en este punto. El programa del Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos (CECLA) en Viña del Mar, llevado por Gabriel Valdés al presidente Nixon, llamaba la atención sobre muchos de estos aspectos de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina. La Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados y el proyecto del Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA) desarrollaron posteriormente estos planteamientos.

Una de las cuestiones más socorridas se refiere, una vez más, al comercio mundial. Se trata de los llamados créditos atados que obligan a los beneficiados de la ayuda norteamericana a comprar con estos créditos productos norteamericanos, cuyos precios son más altos que los del mercado mundial, y ni siquiera representan siempre los intereses de la industrialización de los países dependientes. A pesar del hecho de que el gobierno norteamericano reconoce la existencia del problema, no llegó más que a permitir que se hiciese parte de las compras dentro del mercado latinoamericano, lo que no cambió en nada la situación hasta nuestros días.

Las cuestiones básicas a ser redefinidas se acumulan. Se trata del problema de las remesas de ganancias y del control del capital extranjero sobre la industria nacional; del problema del creciente endeudamiento de América Latina y los países dependientes en general, cuyos servicios de deuda externa alcanzan de 30% a 50% de las divisas obtenidas con las exportaciones y tienden a crecer aún más; de la necesidad de admitir la participación del Estado en la dirección del proceso de desarrollo y del apoyo a las empresas

estatales y a la formación de empresas de capital mixto (estatal y extranjero). Todos estos ítems forman un programa de transformaciones económicas, cuyo contenido fundamental es una modernización de las estructuras internas en moldes de un neocapitalismo dependiente y un cambio de la división internacional del trabajo a favor de la intensificación de la industrialización en los países dependientes. Esta política, a pesar de no ser contradictoria con los intereses del gran capital internacional a mediano plazo, encuentra serias dificultades de aplicación inmediata, por las resistencias que ofrece el capital “nacional” de Estados Unidos y porque no se ha alcanzado suficiente movilidad de factores a nivel internacional para que las empresas transnacionales puedan estar suficientemente seguras de poder manejar el mundo sin fronteras, que es lo que tanto propugnan.

Hay que considerar también otro aspecto. En la medida en que los conflictos se agudizan, las burocracias civil y militar de los países subdesarrollados tienden a tomar iniciativas en los planos interno y externo, que buscan precipitar el proceso de modernización para alcanzar la neodependencia. Al hacerlo, sin embargo, se fortalecen tendencias nacionalistas y se estimulan movilizaciones populares que tienden a romper el marco restringido de las reformas modernizadoras. La debilidad política de Estados Unidos en los momentos de depresión económica favorece el desarrollo de estas tendencias.

En este contexto surge la búsqueda de alternativas de negociación internacional fuera de Estados Unidos. Aprovechándose del debilitamiento actual de este país surge la posibilidad de ampliar las negociaciones con Europa y Japón (en los años 60 se hablaba mucho del apoyo francés, entendiéndose a De Gaulle como un aliado en los enfrentamientos con Estados Unidos) y con los países del bloque socialista. Europa ha decepcionado mucho porque el Mercado Común Europeo (MCE) mantiene su política preferencial hacia sus ex colonias africanas.

En lo que respecta a la entrada de capitales, Alemania y Japón se muestran en general con buena disposición de desarrollar sectores económicos muy modernos, pero no dejan de exportar las ganancias y de fortalecer una política de desnacionalización. Además, sus enfrentamientos políticos con Estados Unidos se quedan dentro de un círculo restringido y no favorecen directamente los intereses de los países dependientes.

El comercio con los países socialistas y la ayuda soviética se han revelado limitados hasta el momento. En primer lugar, porque estos países no están interesados en productos industriales, sino en materias primas en general⁷⁷. En segundo lugar, porque el comercio con los países socialistas es bilateral y exige una planeación centralizada a nivel nacional que no existe en los países capitalistas y que tendría que hacerse expresamente para tales relaciones comerciales. Solo los países socialistas o con un fuerte capitalismo de Estado pueden desarrollar fácilmente este tipo de comercio. Queda un tercer factor: la Unión Soviética, con excepción del caso extremo de la Revolución Cubana, no tenía hasta hace poco, más precisamente hasta el golpe de Estado de 1973 en Chile, interés en abrir un conflicto amplio con Estados Unidos en un área que durante siglos estuvo bajo su control e influencia, sino apoyar a gobiernos nacionales suficientemente dinámicos para enfrentar por sí mismos a Estados Unidos. Es decir, la ayuda soviética tiene un interés político general de mostrar su disposición de dar una ayuda en muchas mejores condiciones que Estados Unidos y crear algunos lazos económicos, políticos y culturales que permitan en el futuro estimular a gobiernos nacionalistas o socialistas a enfrentarse a Estados Unidos contando con su posible ayuda. Sin embargo, como dijimos, los cambios operados en Chile y la violencia de la respuesta norteamericana, posiblemente estimularían a la Unión Soviética a una política más activa en América Latina. Asimismo, opera en esta dirección el sentimiento de frustración de las burguesías locales frente a la inflexibilidad norteamericana y sus búsquedas desesperadas de aliados internacionales. Por otro lado, la crisis general del capitalismo ha provocado, como lo vimos en la segunda parte de este libro, un cambio significativo en la estrategia y en la táctica de los partidos comunistas de la Unión Soviética y en la de varios países capitalistas y socialistas.

Sumados pues los mecanismos que llevan a la profundización de la crisis internacional, se pueden esperar hechos muy importantes en un plazo

77. No olvidemos que el gobierno de Castelo Branco envió una misión económica a la Unión Soviética dirigida por su propio ministro de Planificación Roberto Campos. Esta delegación pretendía abrir en la Unión Soviética un mercado para productos industriales. Los resultados fueron muy pobres. Muchos de los países latinoamericanos tienen hoy en día comercio y reciben ayuda del bloque socialista, pero en ningún caso la Unión Soviética abrió sus puertas a los productos industriales latinoamericanos. Sin embargo, Brasil continúa presionando en esa dirección y parece posible que se establezcan algunos acuerdos.

más o menos corto. Sobre todo es de esperarse que los funcionarios del gran capital internacional en las filiales, los grandes empresarios nacionales, la burocracia y la tecnocracia civil y militar del Estado tiendan a aprovecharse de la situación internacional para intentar disminuir las presiones revolucionarias en el interior de las sociedades a través de una política reformista, muy vigilada pero abocada a muchos puntos críticos de difícil control final. La situación es tal que los obliga a aceptar los riesgos (cuando menos porque algunos de estos sectores –y el más preparado en general es el militar– podrán estar dispuestos a jugar hasta donde ellos creen que las cuerdas no se rompen).

El reformismo asumirá y asume ya la forma que las correlaciones de fuerzas locales permitan, sean gobiernos militares, sean frentes políticos, sean gobiernos fuertes no militaristas. Pero es indudablemente una fuerza en ascenso en los momentos de recesión hasta que Estados Unidos controla la crisis y empieza nuevas ofensivas de absorción de este movimiento reformista en un proyecto internacional del mismo carácter. Las reservas ideológicas de Estados Unidos son muy grandes y no hay que asustarse si un nuevo Kennedy, aunque se llame Carter, presenta una alianza para el desarrollo de América Latina, que junte a los capitalismo de Estado nacionales y el capital norteamericano para “salvar” el continente.

La derecha tradicional exportadora (latifundista, minera, bancaria y comercial) tiende a permanecer a la defensiva y a utilizar el máximo posible de sus fuerzas para que esta ola reformista no la liquide. Su radicalización y su tendencia al terrorismo clandestino o legalizado por el aparato dictatorial es un hecho que, a pesar de su evidencia, es poco reconocido en América Latina. El ala dura, el comando de Caza a los Comunistas, los grupos militares y policiales de ultraderecha de Brasil, la Mano Blanca en Guatemala, las AAA en Argentina, los grupos derechistas que pasan a matar a la izquierda en varias partes, los movimientos por la propiedad y la familia, los golpes de Estado boliviano, uruguayo y particularmente el chileno, revelan el afán contrarrevolucionario del latifundio decadente, de las familias tradicionales pequeñoburguesas en decadencia, de grupos de lumpen pagados por esos sectores para utilizar la violencia como factor de presión política, pero revelan sobre todo la necesidad del gran capital de emplear esas fuerzas para mantener su dominio de clase en general. Hasta el momento la violencia ha

sido usada con este objetivo de presión, pero ya se anuncia en varias partes la tendencia a usarla como instrumento de destrucción física de la izquierda. Guatemala y, en parte, Brasil son ejemplos evidentes, pero la junta militar chilena ha llevado a extremos increíbles esta voluntad.

Por el momento, esta derecha está relativamente aislada socialmente, contando solo con la complicidad de los gobiernos reaccionarios y con la impunidad de los gobiernos de centro-derecha. Toda vez, sin embargo, que la radicalización popular alcanza victorias importantes o amenaza la conservación de la sociedad burguesa, la base social de estos grupos de derecha tiende a crecer, y lo que antes fue complicidad e impunidad tiende a transformarse en apoyo real. Por esta razón, la solidaridad internacional al pueblo chileno no alcanza en general una forma activa, excepto en México. Esto demuestra una vez más que los límites entre la democracia burguesa y el fascismo no son tan radicales como suele destacarse.

En resumen, el conjunto de la situación se define de la siguiente manera:

Dadas las condiciones internacionales e internas actuales, el reformismo tiende a tomar la iniciativa a corto plazo, pero la debilidad e inviabilidad de las soluciones que presenta no eliminan la radicalización social que él intenta bloquear. Sea a la izquierda, sea a la derecha, las graves contradicciones no resueltas tienden a llevar a un conflicto cada vez más grave entre revolución y contrarrevolución.

Los gobiernos más avanzados de América Latina en el comienzo de la década —Chile con la Unidad Popular, Perú con Alvarado y Bolivia con Torres— demostraron el carácter radical de las contradicciones de clase en el continente. Hay que hacer una profunda diferencia entre Chile, Perú y Bolivia. En Chile, el gobierno representaba un frente de izquierda en el poder, con un claro programa que planteaba la “transición al socialismo”. La posibilidad de un camino derechista pasaba claramente por el derrumbe legal o ilegal de este gobierno. En Perú, sin embargo, el Gobierno traía en su interior las fuerzas políticas más contradictorias, desde la derecha hasta el llamado nacionalismo de izquierda y el social progresismo. La victoria de la derecha pudo darse con un simple golpe político o un cambio de correlación de fuerzas dentro del Gobierno. El paso al socialismo solo podría hacerse efectivo con una organización de las masas y una incorporación de fuerzas revolucionarias al Gobierno, con la eliminación de sectores derechistas o con la constitución de un

nuevo gobierno. La situación de Bolivia era similar a la de Perú, pero había una importante diferencia: en Bolivia hay un movimiento obrero organizado con una clara conciencia socialista, lo que impide maniobras centristas por parte del Gobierno y lo obligó a definirse mucho más rápidamente que en Perú.

Con la derrota del gobierno de la Unidad Popular en Chile en 1973 y de la Asamblea Popular en Bolivia en 1971 se creó un nuevo marco político en el continente que es interesante analizar; lo haremos más en detalle en el último capítulo. Por el momento, es necesario señalar que el reformismo actual se hizo mucho más moderado en su programa, pero eventualmente se siente más libre en sus movimientos, debido a la depresión de masas que se operó después del golpe militar en Chile. Esto creó una ilusión de libertad política, por un lado, y un sentido de urgencia, por el otro, para aprovechar la coyuntura y obtener el máximo de conquistas inmediatas. A la punta del proceso va Venezuela donde un Acción Democrática (AD), completamente capitulador en el pasado, pasó a competir con la democracia cristiana en materia de nacionalización del petróleo bajo fuerte presión de la izquierda. No son pocas las sorpresas que puede ofrecer un proceso de este tipo. La vacilación e inconsecuencia del reformismo, cuando empieza a sentir la presión norteamericana (la cual se acentuó cuando se restableció en parte la economía a partir de fines de 1975), tendieron a estimular a la derecha. La victoria de esta se hará posible como se dio en Argentina si no se conduce la política de reformas hacia su única consecuencia viable en América Latina, el socialismo. A cada situación de crisis se ven más claramente los límites del reformismo y las tendencias a la radicalización del proceso político latinoamericano.

3. LAS CLASES POPULARES FRENTE A LA CRISIS

El movimiento de masas tiende a tener períodos de ascenso y descenso que son condicionados de una parte por los movimientos cíclicos de la economía y de otra por el desarrollo de las organizaciones políticas y del proceso de la lucha de clases. En América Latina hay una tendencia a que estos movimientos sean más o menos paralelos a nivel continental, a partir de la ausencia de coordinación entre ellos.

Los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial fueron años de un gran ascenso de los movimientos anarquistas. En la primera mitad

(1924-25) de los años 20, hay un nuevo ascenso del movimiento de masas, pero ahora surge un liderazgo de clase media (sea político, como el radicalismo y el aprismo, sea militar como el tenientismo) que parece liderar el nuevo ascenso que culmina en los años 30. Después será a partir de 1934 que vendrá otra oleada de masas hasta 1937-38. Al final de la guerra (1943-45), resurge el movimiento popular con objetivos democráticos. La ofensiva anticomunista, de 1947 a 1949, obtiene resultados parciales. Pero ya entre 1952 y 1954 resurge el movimiento popular con conquistas muy amplias como la revolución boliviana y la guatemalteca. En 1958 hay otro ascenso del movimiento de masas que dura hasta 1963-64. De él nace la Revolución Cubana y su paso al socialismo.

Los años de 1964 a 1967 son años de victorias de la contrarrevolución. Con la contrarrevolución de 1964 en Brasil, el golpe de Estado argentino de 1966, la derrota del Frente de Acción Popular (FRAP) en Chile en 1964, la invasión impune a la República Dominicana, las fuerzas revolucionarias sufrieron enormes derrotas. La más seria fue la del movimiento revolucionario venezolano, que representaba al sector más avanzado del movimiento revolucionario latinoamericano. Los intentos insurreccionales, ya fuesen rurales o urbanos, de vanguardia o de masas, también fueron derrotados en todas partes.

La situación empieza a cambiar a partir de 1968, cuando el movimiento de masas asume una extensión y un radicalismo absolutamente inesperados. En Brasil y en México, el movimiento estudiantil lleva a la movilización de amplios sectores sociales, creando un clima de cuestionamiento de los regímenes respectivos. La respuesta fue muy violenta y desesperada, sea en México (con la masacre de cerca de 500 personas en la Plaza de las Tres Culturas), sea en Brasil (con el Acta Institucional Número 5), sea en Chile (con la muerte de ocho obreros en la huelga general de 1968).

El movimiento sufrió un reflujo en algunas partes, pero se aceleró en otras, como en Argentina, donde en mayo de 1969 los obreros de Córdoba y de Rosario tomaron sus respectivas ciudades, con el apoyo de estudiantes e incluso de sectores de la pequeña burguesía (comerciantes, etc.) y fueron apoyados por una huelga general que amenazó gravemente a la dictadura militar argentina.

En Perú y en Bolivia la revuelta popular llevó a la implantación de gobiernos reformistas. En el primer caso esto llevó a una paralización parcial

de la movilización popular, que se movía en torno a las elecciones y que dio un voto de confianza al gobierno de la junta militar por las reformas que realizó. En el segundo caso, el movimiento obrero y estudiantil organizado cuestionó el programa reformista moderado y exigió un camino socialista para Bolivia. Frente a una reacción de la derecha militar, el movimiento popular logró imponer no solo la derrota del golpe derechista, sino también un gobierno más avanzado que el anterior. Pero, en 1971, no hubo más condiciones para sostener la dualidad de poderes entre la Asamblea Popular y el gobierno de Torres. El golpe de Estado logró vencer así a las fuerzas populares divididas. En Chile, la experiencia demócrata-cristiana no logró satisfacer las aspiraciones populares, abriendo camino a una victoria electoral de la Unidad Popular, con un programa “de transición al socialismo” que sustituyó el programa “nacionalista y democrático” del 64. La política revolucionaria de la Unidad Popular (UP) proyectó su ejemplo a todo el continente e internacionalmente, provocando una encarnizada y desproporcionada reacción del imperialismo y de la derecha, que se vieron obligados a realizar un golpe de Estado en condiciones muy desfavorables vistas a largo plazo. Impotente entre la necesidad de una represión de millones y un odio popular creciente, la junta militar chilena se convierte en el más claro signo de la impotencia histórica del fascismo. En Colombia, el surgimiento de un intento de desafío populista al esquema de fuerzas liberal-conservador, con proposiciones muy confusas, pero con estímulo a la violencia como arma política, logró un amplio respaldo popular. El liberalismo socialdemócrata de López Michelsen es el heredero tímido de este descontento popular, creando un gobierno inestable cuya sobrevivencia se apoya en la ausencia de una alternativa popular. En Santo Domingo, la oposición se convirtió en una constante movilización de masas, basada en un creciente entusiasmo popular, y el líder liberal Juan Bosch habla hoy en día de una dictadura del pueblo, buscando canalizar la radicalización popular. En Argentina, el golpe de los ministros militares que derribó a Onganía abre camino a un intento del frondismo por realizar un nacionalismo económico, pero la persistencia de la crisis política y la radicalización del peronismo hacen reaparecer el nombre de Perón en la vida política como único camino capaz de contener la radicalización. Una nueva huelga general apunta hacia una presión política en pro de transformaciones en el Gobierno. La vuelta de Perón no resuelve las contradicciones del peronismo

sino que las acentúa. La derecha del peronismo revela sus ideales fascistas y pasa a operar en consecuencia; la izquierda es llevada a la clandestinidad pero logra permanecer, por lo menos parcialmente, en el plano legal, con apoyo de sectores liberales y de la izquierda no peronista. Se establece así un puente entre el proletariado peronista y el marxista y la clase media y pequeña burguesía liberal de izquierda que, por primera vez, puede abrir un camino socialista en este país. El golpe militar de 1976 busca cortar este camino. En Uruguay, el crecimiento de las luchas de masas del 68-69, que tuvieron en la huelga de los bancarios su momento más crítico, sufrió una derrota; pero en octubre del 70 se llega a una huelga general bajo medidas de excepción. El avance del movimiento popular culmina en el frente amplio. En 1973, sufre una nueva derrota. Sin embargo, es necesario señalar que el golpe militar se impone sobre una huelga obrera de tres semanas. El golpe se muestra inestable y débil a mediano plazo.

Entre 1968 y 1973, en casi todas partes, el movimiento de masas readquiere su dinámica y vuelve no solo a desafiar el poder existente sino a lograr victorias sobre la derecha, como en los casos de Chile y Bolivia. A partir de la mitad del 72, el imperialismo empezó, como vimos, una nueva ofensiva que llegó hasta fines de 1973 con victorias importantes.

Por otro lado, las fuerzas políticas de vanguardia popular han pasado por una gran evolución, cuyos resultados todavía son difíciles de medir a corto plazo. A principios de la década del 60, las fuerzas políticas que crearon el movimiento insurreccional latinoamericano venían sea de fuerzas nacionalistas radicalizadas, sea de los partidos comunistas que, como el guatemalteco y el venezolano principalmente, creían que la guerrilla podría llevar a una toma inmediata del poder. Diez años de experiencia condujeron a varios fracasos de intentos guerrilleros que se inscribían en la estrategia del “foco”. Hoy en día, el movimiento armado se ha modificado muy ampliamente. El desarrollo de organizaciones armadas esencialmente urbanas, sobre todo en Brasil, Uruguay y Argentina, hizo reeditar el foquismo bajo una nueva forma. Se trataba de concebir los grupos armados urbanos como el “foco” de un ejército revolucionario o como los iniciadores de actividades preparatorias para la creación de los “focos” rurales. Sin embargo, la experiencia práctica de esos grupos les hizo sentir, en muchos casos tardíamente, sus limitaciones y la necesidad de una articulación orgánica con la lucha de masas, avanzando

hacia una estrategia de guerra popular prolongada que combinase distintas formas de lucha en la ciudad y en el campo. Tal estrategia se reflejó en la línea de varias organizaciones que criticaron su concepción foquista anterior. Esta autocrítica no fue, sin embargo, radical.

Desde el punto de vista ideológico, las organizaciones de los frentes armados y políticos de comienzos de la década del 60 llamaban a la constitución de gobiernos nacionalistas y democráticos. Hoy en día, casi todas las organizaciones plantean el carácter socialista de la revolución, discutiéndose solamente el carácter de los gobiernos de transición.

La cuestión del socialismo como solución política para la crisis latinoamericana empezó a ser aceptada por las personas y fuerzas más dispares expresando, evidentemente, las concepciones más contradictorias del socialismo. Los militares que están en el gobierno peruano, las diversas facciones y grupos políticos de distintos lugares, el propio Raúl Prebisch, se han referido al “socialismo” como solución a los problemas latinoamericanos.

Se trata de precisar, sin embargo, qué se entiende por este socialismo y así aparecen las más dispares afirmaciones. Pero estas diferencias tienen en común la necesidad de la participación del Estado. Se trata también de un acuerdo en torno a la necesidad de eliminar la dependencia (considerada como externa por los reformistas y como interna por los revolucionarios) y de destruir al sector agrario tradicional.

De ahí el milagro político de la unanimidad que el gobierno peruano logró a su alrededor, hasta 1972, pues había una gran concordancia en torno a ciertos pasos tendientes a destruir la vieja estructura exportadora. Pero no la hay en cuanto a los pasos siguientes, que tanto pueden ser en el sentido del socialismo (sin comillas) como de la modernización buscada por el capital extranjero. Hay pues un acuerdo casi unánime en torno de las tareas destructivas de la vieja sociedad colonial y en cuanto a la necesidad de extender la actividad estatal. El desacuerdo surge en lo que se refiere a la extensión y rapidez de esa destrucción y al tipo de sociedad y hombre que debe nacer en su lugar. El reformismo quiere destruir solo a la sociedad exportadora tradicional y limitar el poder del capital monopólico extranjero oponiéndole el poder estatal. Los revolucionarios demuestran la inviabilidad de este camino, llaman a la destrucción del capital monopólico extranjero y nacional, al fortalecimiento del Estado y al control popular sobre el Estado. En el momen-

to actual, un grupo significativo de individuos instalados dentro del poder puede ganar un gran apoyo social y político si toma la decisión de iniciar este proceso de reformas, y tiene muchas oportunidades de mantenerse en el poder por un período más o menos largo. Esto, sin embargo, no le asegura escaparse de estas opciones históricas.

Por otro lado, el movimiento popular, que ya propendía a radicalizarse por la profundidad de la crisis interna, tiende a ganar mayor dinamismo aprovechándose de las concesiones de las clases dominantes, divididas en su interior y buscando aliados para forzar una redefinición del esquema de fuerzas económicas y políticas, a nivel nacional e internacional.

La crisis general del capitalismo crea así las condiciones para un gran avance del movimiento popular latinoamericano. Es posible que, dado el nuevo esquema de fuerzas interno, la crisis general abra camino a la creación de nuevos gobiernos socialistas en América Latina. Pero es también cierto que, en un primer momento, este movimiento deberá asumir un carácter reformista, que se explica por la comunidad de intereses en torno a las tareas destructivas inmediatas.

Es claro que sería posible que un gobierno revolucionario asumiera directamente la responsabilidad de realizar tales tareas, contando con un fuerte apoyo popular. Sin embargo, la izquierda revolucionaria llegó a un gran aislamiento orgánico de las masas, debido al carácter foquista de su estrategia. Y sí es verdad que los intentos foquistas causaron una grande y favorable impresión en las masas, no llevaron a su organización ni mucho menos a vincular a las organizaciones armadas con ellas. El resultado es pues obvio: tendencia al radicalismo político de las masas y ausencia de vanguardias revolucionarias organizadas, preparadas para canalizarlo. En tales circunstancias es normal que esta radicalización busque expresarse a través de las formas de organización que existen: sean los sindicatos, los partidos políticos, los grupos militares, etc., las masas tienden a apoyarlos si se les asegura de alguna forma un programa de transformación revolucionaria.

Esta es la ley fundamental que mueve el desarrollo actual de las sociedades dependientes latinoamericanas. La unión de una coyuntura internacional de crisis con esta dinámica de lucha social lleva a una gran apertura de posibilidades de formas intermedias de gobierno. No hay ninguna seguridad sobre la orientación final de estos gobiernos, pues dependerá de la profundidad de

los cambios que se operen en este período intermedio, el cual, como lo hemos visto, se caracteriza fundamentalmente por las tareas destructivas del viejo orden colonial exportador.

Pero, como lo destacamos, la liquidación del viejo orden colonial exportador no es suficiente para identificar el carácter de la nueva sociedad que va a emerger. En segundo lugar, esta liquidación será más o menos profunda conforme a las fuerzas sociales que dirigen este proceso. Las oligarquías tradicionales tienen siete vidas y poseen aún un gran poder de resistencia. Si los gobiernos reformistas que se crean en estas circunstancias no están muy influidos por los movimientos de las masas populares, tenderán a la conciliación, y las transformaciones reales serán muy moderadas. De tal manera que, en una coyuntura desfavorable para el movimiento popular, como la de 1972-73, la represión que sobre él deberá caer será mucho más radical que la actual de los gobiernos de fuerza latinoamericanos, y la derecha tradicional estará aún viva y suficientemente desesperada para exigir una represión más violenta.

En lo que respecta a la nueva sociedad emergente, dependerá mucho de la extensión del proceso destructivo del viejo orden. Cuanto más profunda haya sido esta destrucción tanto más avanzado podrá ser el nuevo orden social que se cree. Cuanto menos profunda sea la destrucción, mayor será la oportunidad para que no surja en realidad una nueva ordenación social, sino una simple modernización de lo viejo. Esa modernización no podrá ser políticamente democrática y abierta, por las razones que hemos visto más arriba. Ella deberá adecuar una modernización de la economía, del comportamiento social y de la cultura tecnológica, con gobiernos de fuerza y de gran represión política y cultural. Es posible que la fase crítica actual sea sobrepasada por los propios gobiernos de fuerza actuales, que buscarán cambiar simplemente sus apariencias, liberalizarse y dinamizarse, como ocurre en Brasil a partir de 1973.

Esto no invalida, sin embargo, el esquema de análisis propuesto. Lo que este esquema señala es que la actual coyuntura internacional crea condiciones para una ruptura del sistema de fuerzas actuales, en un sentido progresivo. Esto no quiere decir que esta ruptura se hará radicalmente en todas partes. Puede darse en el interior de un régimen político ya dado o puede llevar a cambios del sistema político. Esto dependerá básicamente de la posibilidad

de unión de este movimiento con las vanguardias revolucionarias organizadas. La capacidad del movimiento popular de llevar adelante su organización, su concientización y de radicalizar las políticas reformistas definirá el futuro posterior. Si las políticas reformistas son superadas por las revolucionarias se crearán las condiciones para enfrentar la ofensiva imperialista. Cuando Estados Unidos domine por lo menos en parte su crisis económica actual (sin necesidad de alcanzar un crecimiento muy alto, lo cual parece poco viable en los años 70), se deberá iniciar una nueva ofensiva violenta, cuyas bases hemos estudiado sumariamente. La capacidad de enfrentarla, reafirmamos una vez más, dependerá básicamente de la profundidad de la política de reformas actual, su claro camino socialista y, sobre todo, el grado de organización y conciencia popular. Como lo hemos visto, esto dependerá de la composición de fuerzas de cada país y de la conciencia que tengan las vanguardias políticas sobre el conjunto de la situación. No sería posible hacer aquí un análisis en detalle de la composición de fuerzas políticas en cada país porque los datos son incompletos, y esto demandaría un estudio superior a nuestros actuales objetivos.

La ausencia de este estudio limita la capacidad de predicción de este trabajo. Este pretende solamente plantear cómo algunas leyes generales del desarrollo de las formaciones socioeconómicas capitalistas dependientes se manifiestan en una coyuntura de grave crisis en el centro hegemónico del sistema. Sus conclusiones tienen que ser, por lo tanto, bastante limitadas y generales.

Aun dentro de este marco general podemos analizar más en detalle las alternativas de cambio que se abren en el contexto de la crisis general del capitalismo. Dedicaremos los próximos capítulos a esta cuestión.

1. ALGUNAS ACLARACIONES

Los capítulos que siguen inciden en un campo poco desarrollado en la Sociología que es el de la prospectiva histórica a partir del estudio de las posibilidades dadas por la realidad existente. En este sentido pueden parecer muy audaces muchas de sus conclusiones y sobre todo deberán molestar a quienes defiendan como viables alternativas las excluidas por el autor, o a aquellos cuyas alternativas son contempladas, pero poniendo en evidencia las dificultades para su realización histórica.

Otra posible crítica al trabajo sería la de que transforma los deseos del autor en tendencias reales, convirtiéndose en un trabajo más ideológico que científico. Es tiempo, sin embargo, de destruir aquella concepción que reserva a lo científico el residuo de los problemas sociales: los más inodoros, insípidos e incoloros, los menos comprometidos con los problemas candentes de nuestro tiempo.

Será posiblemente objeto de discusión la inclusión del socialismo como una alternativa de cambio. Sin embargo, si se consideran los hechos, esta alternativa está constituida en la práctica social de nuestros días. Lo que puede hacer parecer que no es una alternativa constituida, es la tendencia a considerar lo oficial, lo legal, lo que representa el orden, como si fuera lo real, y lo que lo niega como algo irreal y utópico. La historia ha transformado muchas veces a los “utópicos” e “irrealistas” en hombres del poder y a los “prácticos” y “realistas” en vagos recuerdos. Se puede concluir, pues, que no habrá análisis científico de las alternativas de cambio si no se incluyen las negaciones de los sistemas sociales existentes.

En fin, hay que aclarar el sentido que pueda tener un análisis de conjunto para una región tan diversificada como América Latina. Nosotros distinguimos por lo menos tres tipos de estructuras dependientes en la región: aquellas donde se realizó un proceso de industrialización importante en los años 30 y 40, aquellas donde este proceso empezó en el período posterior a la Segunda Guerra y aquellas donde no se produjo o se está apenas iniciando ahora⁷⁸. A cada uno de estos tipos corresponde una legalidad propia del cambio. Sin embargo, creemos que los marcos generales que condicionan sus posibilidades de cambio social y desarrollo son los mismos, a pesar de que la diversidad de situaciones determina profundas diferencias en la marcha de esas tendencias históricas descritas para el conjunto. Podemos admitir incluso que el mayor o menor desarrollo de ciertas estructuras puede paralizar estas tendencias. Nada de esto niega la necesidad de determinar los marcos generales del cambio, que son comunes a la mayoría de los países del continente y quizás en los países dependientes en general.

Nuestro objetivo, en los próximos capítulos, es estudiar cuáles son las alternativas de cambio social que surgen de la situación de crisis que analizamos en el capítulo anterior.

La elaboración y refinamiento de esta postulación teórica permite, por lo tanto, asentar en nuevas bases el estudio de la realidad latinoamericana y, al mismo tiempo, divisar con mucha mayor claridad los caminos de desarrollo que aparecen factibles a partir de las condiciones sociales existentes.

Los modelos de cambio social se producen basados en los intereses concretos de las clases sociales. Un análisis científico de las alternativas de cambio debe pues empezar por un estudio de las clases que juegan un rol crucial en la sociedad actual. Son ellas las que dan el fundamento material a los postulados ideológicos que intentan presentar sus intereses particulares de clase como intereses de toda la sociedad. En el curso de la historia, hay clases que ocupan el rol privilegiado de vanguardia del proceso histórico. Este rol no les ha sido dado por ningún factor extrasocial de tipo religioso o metafísico. Por el contrario, este rol revolucionario es un producto de la posición que ocupan en el proceso productivo.

78. El estudio de esta tipología lo realizó la investigadora Vania Bambirra, *El capitalismo dependiente...*

Entre los siglos XV y XIX, la clase burguesa ocupó este rol revolucionario en la historia de Occidente, imponiendo su modo de producción a toda la humanidad. A partir de la segunda mitad del siglo XIX y particularmente a partir del siglo XX, la clase burguesa perdió su ímpetu revolucionario y vio nacer, en su interior, la oposición de una clase social que ella había creado y que, prontamente, aparecía como una alternativa a su poder y al sistema socioeconómico que ella generara. Esta nueva clase social era el proletariado industrial que, con la ayuda de la intelectualidad revolucionaria que se desprendió de la burguesía y de la pequeña burguesía y a veces de la nobleza decadente, pudo elaborar una alternativa teórica y política frente a la sociedad existente. Así, el siglo XX se transforma en el siglo de la revolución proletaria.

Los modelos de cambio social que hoy en día se enfrentan no corresponden a meras elucubraciones mentales, a la aplicación de ciertos valores o al desarrollo de ciertas ideas como el pensamiento idealista los presenta. Los modelos de cambio social son producto de una práctica social, del enfrentamiento concreto de intereses reales que, en su desarrollo histórico, pretenden expresarse en anticipaciones del futuro, en la proyección de tendencias e intereses que se manifiestan en el presente. Tales modelos cumplen así una función social concreta, aun cuando no logren siempre concretarse plenamente, por causa de las concesiones y compromisos a que se ven forzadas las fuerzas en conflicto por eventuales situaciones de empate relativo. Su función es la de orientar la lucha social y los procesos de cambio. Su mayor o menor rigor científico, su mayor o menor capacidad de previsión, no solo dependen del rigor metodológico de aquellos que buscan explicitarlos de forma teórica, sino que dependen fundamentalmente de la viabilidad histórica de los intereses de las clases sociales que se entrechocan.

Estas consideraciones generales son necesarias para comprender las páginas que siguen. En ellas se pretende, en primer lugar, identificar a las fuerzas sociales que disponen en nuestros días de una fuerza dinámica capaz de fundamentar a corto, medio o largo plazo un proceso de cambio social. El concepto de fuerza social se utiliza para poder identificar matices ideológicos que pueden darse, sea porque simbolizan distintos intereses dentro de una misma clase (como la diferencia entre el modelo de la nueva división internacional del trabajo, que representa los intereses del capital internacional, y el modelo

de dependencia negociada, que representa los intereses históricamente mucho más limitados de las burocracias y tecnocracias civiles y militares con apoyo en sectores burgueses y pequeñoburgueses), sea porque simbolizan los intereses de un bloque de clases (como el caso del modelo socialista, que representa los intereses de los sectores más avanzados del proletariado urbano y rural, del campesinado y de sectores de la pequeña burguesía urbana). Hay que señalar, sin embargo, que estos matices se dan dentro del enfrentamiento fundamental entre la burguesía y el proletariado industrial que, de hecho, constituye el marco más general de las luchas sociales de nuestro tiempo.

En realidad, en la medida en que tomamos situaciones históricas aún más concretas, podemos diferenciar otros matices en el interior de estos modelos, que representen facciones de clase más concretas. Y por supuesto las clases decadentes y sin perspectiva histórica, ni aun a mediano plazo, también buscan proyectarse en el futuro mediante utopías, en general extremadamente idealizadas, que no les permiten orientar de manera alguna su acción práctica presente. Pero, en el trabajo actual, no tuvimos por objeto estudiar todos los modelos de cambio que se enfrentan en la lucha social de nuestros países, sino aquellos que, como consecuencia del análisis de la dependencia que hicimos en los capítulos anteriores, tienen alguna viabilidad histórica a corto o mediano plazo. Son esos modelos de cambio los que orientan la práctica política de las fuerzas sociales y determinan la dinámica del proceso histórico que vivimos.

Por todas esas razones, pasamos a estudiar las fuerzas sociales que disponen de una alternativa de cambio social y, en seguida, los modelos de cambio que teóricamente se pueden desprender de esos intereses, así como del análisis de las manifestaciones concretas de expresión teórica y práctica de ellos.

2. LOS NUEVOS PERSONAJES SOCIALES DEL DESARROLLO

Antes de estudiar específicamente cuáles son las nuevas alternativas de cambio social que se bosquejan en el presente, debemos caracterizar a las fuerzas sociales en pugna. Cualquier modelo de cambio social que asuma correctamente una perspectiva crítica, con relación a la experimentación de los últimos cuarenta años de desarrollo industrial dependiente en América Latina, debe eliminar la figura de las burguesías nacionales independientes (o

burguesías progresistas, o empresarios nacionales, etc.), como una fuerza determinante de esta realidad. El fracaso del modelo de desarrollo nacional independiente representa esencialmente el fracaso de ese grupo social y de su fuerza e intereses económicos para ofrecer una opción de desarrollo para América Latina.

La primera fuerza que emerge en esta nueva realidad es la gran empresa multinacional y conglomerada y los burócratas y empresarios que la dirigen en los países subdesarrollados como mandatarios de sus intereses internacionales. La segunda fuerza que subsiste en esta realidad, en una posición secundaria con relación a la gran empresa, pero en una posición de fuerza esencial para el desarrollo de la situación existente, es el capitalismo de Estado. Este se encarna fundamentalmente en las burocracias militares y técnicas que son los representantes de la perspectiva del interés estatal, en el proceso de desarrollo en curso. Asimismo, los remanentes de la burguesía nacional buscan encuadrar sus concepciones políticas dentro del capitalismo de Estado. En fin, está el movimiento popular que emerge en esta realidad, por primera vez liberándose del control populista, como fruto de la decadencia de la alternativa del capitalismo nacional independiente.

De este modo, es necesario analizar brevemente las principales características de estas fuerzas sociales en la realidad latinoamericana actual, como introducción al estudio de las alternativas de cambio existentes.

3. EL NUEVO CAPITAL INTERNACIONAL

Muy poco se sabe todavía sobre el nuevo capital internacional. Las investigaciones sobre el capital extranjero en América Latina están aún en una fase preliminar. No obstante, más insuficientes son los estudios sobre los modos específicos de operación de este capital y el grupo social que lo representa. Sin embargo, podemos señalar sus características generales y su posición estructural dentro de nuestra realidad⁷⁹.

79. Los estudios sobre el capital extranjero en América Latina son, normalmente, muy preliminares; pero permiten formarse una idea general de su modo de operación. De gran utilidad son los estudios de la National Planning Association sobre "United States Business Performance Abroad" que incluyen análisis de caso sobre: The Creole Petroleum Corporation en Venezuela, Sears Roebuck de México, S.A., Casa Grace en Perú, The General Electric en Brasil, The United Fruit Company en Latinoamérica, The International Basic Economy Corporation. Véase también la investigación

El capital extranjero que entró masivamente en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial forma una nueva unidad empresarial que se constituyó en el transcurso de la primera mitad del siglo XX y que alcanzó su plenitud en aquel período. Esta es la llamada empresa transnacional que opera en el ámbito mundial, teniendo como base a Estados Unidos (algunos países europeos y Japón también presentan casos menos desarrollados de estas empresas). Como vimos en la primera parte, estas empresas ya no se asemejan a los *trusts* y cárteles de los primeros decenios de este siglo. El proceso de “trustificación” se completó en este período. No se trata pues actualmente de conquistar las fuentes de materias primas usadas por la empresa central, ni tampoco de garantizar mercados para sus productos.

Habiendo asegurado en parte esta base en el período anterior, tales empresas realizan una nueva fase de la expansión mundial basada en las inversiones industriales o en el sector de servicios, que ya no se destinan a producir para los mercados de los países inversionistas. En este sentido, a pesar de que el centro hegemónico continúa necesitando materias primas, las relaciones tienden a invertirse; ya no es la producción del país subdesarrollado la que se destina a complementar la del país inversionista, sino, por el contrario, el país subdesarrollado tiene que comprar máquinas y materias primas elaboradas del país inversionista para transformarlas en productos que son vendidos en su mercado interno.

sobre los grupos económicos en Brasil, cuyo informe preliminar fue publicado en la *Revista del Instituto de Ciencias Sociales*, Río de Janeiro, 2, 1965; Aristóteles Moura, *Capitales extranjeros en el Brasil*, São Paulo, Ed. Brasiliense, 1960. Varios: *A questão da remessa de lucros*, Río de Janeiro, Editora Universitaria, 1962; Barbosa Lima Sobrinho, *Máquinas para transformar cruzeiros en dólares*, São Paulo, Ed. Tulgoa, 1963. A los títulos citados, añádanse: José Luis Ceceña, *El capital monopolista...*; Jaime Fuchs, *La penetración de los trusts yankees en Argentina...*; Julián Delgado, “Industria: el desafío a la Argentina”, *Primera Plana*, Nº 297, 3 de septiembre de 1968. Véase también el n. especial de *Economía y Ciencias Sociales* sobre Economía Internacional, Caracas, 1973; los artículos sobre capital extranjero en Centroamérica en *Estudios Sociales*, enero-abril de 1974, Costa Rica; el último capítulo del libro de Víctor Testa, *La explotación entre naciones*, Buenos Aires, Ed. Roca Blindada, 1974; el conjunto de ensayos sobre corporaciones multinacionales en América Latina, reunidos por Editorial Periferia y el estudio de Fernando Fajnzylber y Trinidad Martínez Tarragó sobre *Las empresas transnacionales: expansión a nivel mundial y proyección en la industria mexicana*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1975. Hay varios estudios empíricos como los citados en el capítulo VIII y otros más específicos como el de Bernardo Solís sobre *Inversión extranjera en México*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1973. También, hay dos estudios de conjunto sobre el financiamiento externo en América Latina: CEPAL, *El financiamiento externo de América Latina*, Naciones Unidas, 1964; BID, *Financiamiento europeo en América Latina*, México, CEMLA, 1966.

El proceso de industrialización de los países subdesarrollados se basa en una sustitución de importaciones, pero también en una sustitución de las exportaciones de los países desarrollados.

Desde una perspectiva internacional, se trata de un proceso de cambio en la división internacional del trabajo. Hemos hecho en capítulos anteriores un análisis más detallado de este proceso. Lo que nos interesa ahora es poner de relieve las contradicciones fundamentales de estas nuevas relaciones y sus consecuencias para el cambio social en América Latina.

A. La contradicción entre la necesidad de nuevas inversiones para continuar el proceso de desarrollo y los límites de expansión del mercado interno, en razón del carácter monopólico de las inversiones extranjeras. La empresa multinacional opera con procedimientos doblemente monopólicos, debido: a) a tecnología que exige una alta concentración de capital; y b) a procedimientos financieros que le otorgan un poder acumulativo destinado a absorber a sus competidores y a controlar monopólicamente los mercados en donde opera.

Debido al carácter de la tecnología utilizada, creada en el contexto de un capitalismo ultraavanzado, bajo la presión de mano de obra menos abundante y más cara, los efectos secundarios de las inversiones externas son minimizados en lo que se refiere a la creación de empleos y, por lo tanto, de nuevos mercados. Como ya vimos, este es el origen principal de las poblaciones “marginales”.

Debido a sus procedimientos financieros, a la administración de los precios, a las técnicas de control del mercado existente, a la posibilidad de expansión a través de la quiebra de los competidores y de su captación, los monopolios no se interesan inmediatamente en la ruptura de las estructuras agrarias tradicionales para generar nuevos mercados. No obstante, a largo plazo, la supervivencia de estas estructuras agrarias, así como la de las poblaciones “marginales”, impone límites bastante claros a la expansión de las inversiones y conduce a la estagnación.

En este sentido, desde una perspectiva estructural, la gran empresa se transforma en una limitación para su propio crecimiento, afectando también esta limitación a las estructuras que ella integra.

B. La contradicción entre la necesidad de nuevas inversiones para continuar el proceso de desarrollo y la descapitalización producida por los intereses internacionales de la empresa multinacional. El mayor interés de la

empresa inversionista es obtener ganancias para cubrir el capital invertido y obtener más utilidades. Debido a las limitaciones del mercado interno, retira los beneficios, buscando nuevos mercados que hagan más rentables sus inversiones. Los datos demuestran que la remesa de utilidades es mayor que la entrada de inversiones (aun más, existen las formas indirectas de remesas, que son muy difíciles de contabilizar)⁸⁰.

De esta manera, se profundiza la contradicción entre los intereses del desarrollo nacional y los del capital extranjero.

C. Otra contradicción que enfrenta la empresa extranjera es entre los intereses comerciales de la casa matriz y los de la subsidiaria. La sustitución de productos antes importados de las casas matrices por la producción nacional puede, en general, producir beneficios más elevados para la empresa en su conjunto, ya que puede generar además un mercado para las maquinarias y materias primas industrializadas, elaboradas por la casa matriz. Esta producción en los países dependientes quita a las casas matrices, sin embargo, el mercado de los bienes finales. La decisión de trasplantar la industria a países periféricos depende, pues, de un conjunto muy complejo de factores y no solo de una decisión microeconómica.

Veremos, posteriormente, en qué medida estas contradicciones afectaron las alternativas de desarrollo en los países dependientes. Anotemos, mientras tanto, dos aspectos del problema.

En primer lugar, el carácter de indecisión y de subordinación de la burocracia que dirige los intereses extranjeros en los países dependientes. Esta burocracia no forma parte de las más altas esferas de decisión de las empresas⁸¹, ya que no dispone de la independencia suficiente para decidir la que es

80. Se efectuó una amplia discusión sobre remesas de utilidades en las entidades oficiales latinoamericanas. Un balance del problema está en Consorcio de Investigación Económica y Social (CIES), "El financiamiento externo para el desarrollo de la América Latina", Doc. CIES/1382, 1969. El Censo de las Inversiones Externas del Departamento de Comercio de Estados Unidos confirmó ampliamente esos datos.

81. Los directores nacionales de los países dependientes, en general, están subordinados a los departamentos internacionales de las grandes empresas que, por su lado, están subordinados a los directores generales. Algunas empresas están transformando sus direcciones nacionales en los países dependientes en departamentos. Véase *Fortune* del 15 de octubre de 1968. Richard F. González y Claude McMillan, Jr. destacan en su libro, *International Enterprise in a Developing Economy; A Study of U.S. Business in Brazil*, Michigan, Ed. Michigan State University, 1964, la posición de inferioridad del gerente de estas empresas en los países subdesarrollados, tanto en relación con las decisiones de la casa matriz como en relación con la oligarquía industrial de origen nacional.

de mayor interés para la firma local. El interés de la firma local tiene que ser considerado desde el punto de vista del conjunto de la empresa multinacional, que el gerente local desconoce.

En segundo lugar, es preciso destacar el carácter internacional y macroeconómico de las decisiones de esas empresas. El problema del desarrollo de los países dependientes es parte de la política interna de esas corporaciones multinacionales⁸². En este sentido, no solo las burocracias locales de estas empresas tienen un poder subalterno, también lo tienen los poderes políticos locales que entran en relación con estas empresas.

Estos dos aspectos de las nuevas relaciones empresariales en el plano internacional y sus repercusiones en los países dependientes demuestran la futilidad de los intentos del “desarrollo nacional autónomo” en los marcos del sistema capitalista internacional, y condicionan los límites en que se pueden entender las nuevas alternativas de desarrollo en nuestros países.

4. EL CAPITALISMO DE ESTADO

En la realización del desarrollo económico de los últimos cuarenta años, en los países latinoamericanos, ocupó al Estado un rol decisivo: desde el aspecto de la política económica y otras políticas, hasta la acción directa del Estado en el sector productivo para generar la infraestructura (energía, transporte, comunicaciones), así como para la inversión en sectores básicos de la economía que generaron insumos baratos para los otros (como la siderurgia y, más recientemente, la petroquímica).

Dada esta situación (que representa una tendencia universal del sistema capitalista, particularmente en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial), el Estado se convierte en uno de los más importantes productores

82. Hay toda una literatura sobre el “ambiente” adecuado para las inversiones extranjeras. Hay también documentos oficiales. Véase “The Involvement of U.S. Private Enterprise in Developing Economies”, *Report of the Subcommittee on Foreign Economic Policy of the Committee on Foreign Affairs*, Washington, House of Representatives, U.S. Government Printing Office, 1968. Son importantes asimismo las discusiones sobre “International Aspects of Anti-Trusts”, 2 t., *Hearings Before the Subcommittee on Anti-trusts and Monopoly*, Washington, U.S. Gov. Printing Office, 1967. De los sectores semioficiales, además de las publicaciones de la National Planning Association ya citadas, véase Thomas A. Gannon (ed.), *Doing Business in Latin America*, New York, American Management Association, 1968; y Frank Brandenburg, *The Development of Latin American Private Enterprise*, Washington, National Planning Association, 1964.

y compradores en estas economías. En estas circunstancias, la burocracia estatal, sea civil o militar, ocupa una posición clave en el proceso de desarrollo actual y en las alternativas futuras del desarrollo. Analicemos brevemente las características de esos sectores.

El sector civil está representado básicamente por los técnicos de los ministerios cruciales para el desarrollo: los de planificación, de industrias, aquellos relacionados con el crecimiento regional, de economía, etc. Ingenieros, economistas, científicos naturales con visión de conjunto, algunos sociólogos, etc. (en muchos casos intermediarios, en otros representantes directos de los grandes grupos económicos), forman una élite que mantiene la continuidad de las decisiones administrativas del sistema, en medio de sus constantes crisis. Son parte también de este sector los directores de las empresas estatales, responsables de la elaboración e implementación de las decisiones fundamentales para el desarrollo del país. Esta capa social va generando y desarrollando las condiciones de su supervivencia, su expansión y su fuerza relativa en las decisiones del Estado, cada vez más trasplantadas del área político-parlamentaria hacia el área técnico-ejecutiva. Esto permite a este sector representar un interés específico en el conjunto de las fuerzas nacionales. Su independencia relativa como centro de decisión, su poder que adviene de la administración de un vasto complejo productivo, financiero y comprador, constituido por las empresas estatales, los órganos de financiamiento y los gastos del Estado, dan a este grupo una posición decisiva en el actual proceso de desarrollo así como en las alternativas de crecimiento de los países dependientes.

Se debe dejar en claro que este análisis no se puede prestar a confusiones. La autonomía e independencia de este grupo es relativa y subalterna. Relativa, porque esta independencia está condicionada por el papel final del Estado dentro del sistema, que es el de estimular a la empresa privada. En todos los sectores en que el Estado entra, lo hace para garantizar inversiones básicas para el desarrollo del sector privado. Estos son inclusive los menos lucrativos y, por ende, los que no ofrecen atractivos para las empresas privadas. Por otra parte, el Estado ejerce un papel en la centralización y concentración de la economía (ya sea como productor, ya sea como comprador) y sirve de mercado para la gran empresa, por esta razón su independencia es relativa, pues termina donde comienzan los intereses del sistema de propiedad privada en su conjunto.

La autonomía de este grupo es también subalterna, porque está subordinada a los intereses de las empresas privadas y del capital en general, al cual sirve con sus cuadros más importantes, y a los intereses del modo de producción capitalista en su conjunto, cuya supervivencia es la fuente necesaria de su carrera. Es necesario destacar, sin embargo, que la ilusión de esa autonomía que se le sube a la cabeza a los burócratas y a muchos sectores de la sociedad como una representación acrítica de la apariencia social, juega un papel importante en el movimiento real de la sociedad. No son pocos los técnicos y burócratas que creen, como consecuencia de la generalización de algunas experiencias inmediatas en que consiguieron imponer sus opiniones sobre sectores de la clase dominante, que ellos poseen un poder realmente autónomo, capaz de constituirse en una alternativa real de desarrollo, por sobre el capitalista y el trabajador.

Este fenómeno es particularmente importante para la comprensión del comportamiento del sector militar de esta burocracia. Los militares jóvenes representan de manera específica la visión tecnócrata-burocrática. En este caso, la ilusión del poder autónomo gana una mayor fuerza, porque la burocracia militar:

a) Tiene la responsabilidad de la seguridad del régimen existente y, en este sentido, es necesaria, no solo para planear e implementar su funcionamiento, sino que cumple también una función específica que le da un papel decisivo en una situación de crisis.

b) Tiene el control de la cuota más alta y dinámica del presupuesto estatal, usufructuando de regímenes especiales en la utilización de ese dinero, lo que le permite una gran autonomía. Un efecto particular de sus compras es que le sirven en gran medida para adquirir un tipo de producto que aumenta su poder en la sociedad; esto es, compra con el dinero del Estado las armas que la hacen cada vez más fuerte.

c) Dispone, en varios países, de la dirección de empresas productoras de armamentos, municiones, etc., controlando con gran autonomía un sector muy importante del capitalismo de Estado. En algunos países (como Argentina y Brasil), los militares fueron llamados a defender las empresas estatales nacionales contra el “avance imperialista”. Disponiendo de cuadros administrativos y técnicos formados en las primeras escuelas de ingeniería de esos países (los estudios de ingeniería, administración, etc., forman en general,

parte de la enseñanza de las academias militares), les fue fácil asumir un rol decisivo en el control del capitalismo de Estado emergente.

Por último, es necesario hacer notar que, debido a la naturaleza semi-secreta de las decisiones militares, ellos pueden exigir una gran autonomía de decisión frente a la burocracia civil y los sectores directamente políticos en plena decadencia y de la propia gran burguesía.

Por todos estos motivos, el grupo militar constituye un sector aparte de la burocracia estatal, que tiene una visión específica de la realidad de sus países y representa un elemento fundamental para entender las alternativas de desarrollo en los países dependientes⁸³.

Veamos los cuadros en que se desenvuelve el pensamiento militar en los países dependientes. Para esto deberemos realizar una tarea de sistematización de este pensamiento, pues no se encuentra expresado en la forma general que nos interesa. Adoptemos este procedimiento con las otras fuerzas sociales estudiadas por nosotros. Es un procedimiento legítimo el realizar una descripción de la conciencia posible de fuerzas sociales que, inmersas en su práctica cotidiana, no son capaces de dedicarse a una sistematización de ella y llegar así a un enunciado teórico claro de sus intereses en el proceso de cambio. El investigador puede así adelantarse a los agentes sociales y racionalizar su práctica.

La doctrina de contrainsurrección es, en la actualidad, el centro del pensamiento militar. Originalmente estimulada por el Gobierno y los ideólogos norteamericanos a través de sus escuelas militares antiinsurreccionales, tenía el objetivo de lucha contra el castrismo. No obstante, fue siendo reinterpretada de acuerdo con las tradiciones del pensamiento de los militares. Según

83. Sobre los militares y su papel en la sociedad latinoamericana, véase José Nun, "América Latina: la crisis hegemónica y el golpe militar", *Revista Desarrollo Económico* (Buenos Aires), v. 6 N° 22-23, julio-diciembre 1966. Nun vincula el militarismo con el proceso de ascensión de las "clases medias". En esta misma línea de interpretación, pero con una visión ideológica liberal, está el estudio de John J. Johnson (*The Military and Society in Latin America*, Stanford University Press, 1964). Vinculando militarismo e inestabilidad social está el influyente estudio de Edwin Lieuwen: "Arms and Politics in Latin America", para el Council of Foreign Relations. El mismo Lieuwen presentó un informe publicado en los *Surveys of the Alliance for Progress: The American Military*, para el Committee on Foreign Relations of U.S. Senate, Washington, U.S. Government Printing Office, 1967. La revista *Current History* dedicó un número especial a "U.S. Military Commitments in Latin America", junio de 1969, en donde son rediscutidas las tesis básicas de los autores citados sobre los militares y el militarismo en América Latina, expresando las nuevas líneas de interpretación que deberían orientar la política externa del gobierno norteamericano para la región.

ellos, en la época actual, las revoluciones sociales serían estimuladas de afuera por los comunistas contando con el apoyo de “minorías” indígenas. En esas condiciones les cabría a ellos primordialmente defender la sobrevivencia del “sistema democrático” amenazado por la “guerra revolucionaria” interna. No obstante, el “comunismo” o “castrismo” se aprovecha de ciertas bases reales para expandir su doctrina. Esta base sería la situación de subdesarrollo que abre un vasto campo a la “subversión”. De ahí que sea elemento fundamental, en el concepto de seguridad nacional, la superación del subdesarrollo mediante reformas de estructuras. Dada la demagogia, la dependencia de las masas y la incapacidad de los gobiernos populistas de los años 60, cabría a los militares ejercer directamente el poder para realizar el desarrollo e impedir así el avance de la insurrección.

Sin embargo, desde la perspectiva de militares educados en el sentido patriótico, el desarrollo debe ser realizado esencialmente para fortalecer la nación. Así, la unión y alianza del “campo democrático” contra el comunismo debe ser entendida como instrumento del fortalecimiento nacional. Por fortalecimiento nacional se entiende el aumento del poder estatal, la defensa de las riquezas básicas del país, la elaboración de un plan estratégico de desarrollo y el fortalecimiento de las Fuerzas Armadas no solo para impedir una agresión externa sino también para garantizar el poder relativo del país frente a los otros países del continente.

En la lógica interna del pensamiento militar, que acabamos de exponer (la cual se puede encontrar en varios documentos en forma más o menos completa), se pueden notar varios elementos que es necesario señalar.

De un lado, los militares ven el mundo desde una perspectiva elitista o tecnocrática: o sea, pretenden despolitizar los problemas y darles soluciones técnicas y, en consecuencia, son contrarios a la movilización popular que consideran demagógica y presa posible de una penetración comunista. Del otro lado, en contradicción con lo anterior, aspiran a las llamadas reformas estructurales, para cuya realización es necesario contar con el apoyo del movimiento popular.

La segunda contradicción se manifiesta entre sus sentimientos e ítems programáticos nacionalistas y su lealtad al “hemisferio occidental, cristiano y democrático”, cuyo centro es Estados Unidos. Esta lealtad no es solo política y militar. Es también económica. El capital extranjero es siempre bienvenido y

su ingreso es estimulado por todos los “nacionalistas” militares. Se trata únicamente de restringir sus “excesos”. Sin embargo, la relevancia que los militares dan al capitalismo de Estado no es aceptada por los monopolios internacionales que operan en el interior de estas economías. Tampoco son aceptadas por estos monopolios las intenciones de organizar un ejército convencional de defensa nacional que entra en choque con los objetivos de la política externa norteamericana. Esta no pretende fortalecer ejércitos nacionales, sino únicamente ejércitos para la lucha antiguerrillera. Esto es porque un ejército nacional convencional podría representar un problema militar a largo plazo. Por otra parte, a la industria militar norteamericana no le interesaría vender los armamentos pesados que necesitaría tal ejército, sino más bien aquellos de producción tradicional para los cuales no encuentra mercado⁸⁴.

Estas contradicciones dieron origen a varios conflictos entre los gobiernos militares y Estados Unidos y a la creación de sectores “nacionalistas” radicales en su seno que presionaron para la adopción de medidas conflictivas. Presionados entre una oposición popular creciente (particularmente en el caso de los países donde estos gobiernos se instalaron contra un movimiento popular en ascenso), sus conflictos con Estados Unidos y sus divisiones internas, estos gobiernos evidencian su carácter de transición.

La estrategia de desarrollo que corresponde a los intereses hegemónicos de la burocracia militar es, sin embargo, extremadamente contradictoria. Para tener una posición hegemónica, los militares no cuestionan la situación global de dependencia. Al contrario, la estimulan buscando acrecentar la penetración del capital extranjero en los sectores más dinámicos de la economía y acentuando su identificación ideológica con el mundo libre. Sin embargo, la concepción de una hegemonía militar obliga, al mismo tiempo, a tratar de someter esta penetración del capital extranjero al control del Estado, estableciendo áreas prioritarias de inversiones, según el criterio del fortalecimiento del “poder nacional” que ellos pretenden representar de manera muy idealista. El fundamento material de esta pretensión es la consideración del

84. “El principal problema para asegurar la seguridad interna es que las Fuerzas Armadas latinoamericanas han estado aparentemente reacias a aceptar la redefinición de Washington sobre su función militar, revelando poca disposición a poner un énfasis fundamental en el cambio de defensa externa a seguridad interna. Los militares desean tanques modernos, la fuerza aérea desea mejores aviones a reacción y los marinos desean buques de guerra modernos”. Edwin Lieuwen, *op. cit.*, p. 28. Para mayor comodidad de los lectores se hizo la traducción del texto original en estas y otras citas.

rol decisivo que el poder militar desempeña en el mantenimiento del orden interno. Intentan, al mismo tiempo, fortalecerse como un grupo frente a la empresa monopólica y exigen la modernización de las Fuerzas Armadas y su transformación en un fuerte poder económico y político.

Desde el punto de vista del capital internacional, este modelo de desarrollo es muy conflictivo pues, a pesar de aceptar el cuadro general de la dependencia y ofrecerle excelentes posibilidades de inversión, le restringe excesivamente su poder de maniobrar y cobra un precio muy elevado por la tarea política de relativo “mantenimiento del orden interno”. El capital internacional, al enfrentarse con esas crecientes pretensiones hegemónicas de los militares (que se presentan con mayor o menor énfasis según la importancia del componente nacionalista en su interior), busca resolver esta contradicción. Por lo menos como aspiración general, el capital internacional prefiere la tranquilidad que le pudiera ofrecer un gobierno fuerte moderado, pero sin las pretensiones de hegemonía de un grupo social de tanto peso. Mucho menos ve como perspectiva saludable las pretensiones nacionalistas de ciertos sectores militares que pueden, y de hecho hoy en día ya lo hacen, llevar a tensiones políticas muy graves.

La estrategia del desarrollo dependiente con hegemonía de un grupo militar que ocuparía el rol de negociador con el capital internacional es pues, desde el punto de vista del poder nacional, muy conflictiva. Lo es tanto por su acentuación del rol de la nación en el actual sistema de poder mundial como por la importancia que da al Estado en el proceso de desarrollo, así como por el esquema excesivamente cerrado de poder que crea.

Hay, de todos modos, un problema político que da mayor fuerza a los grupos militares. Habiendo basado su estrategia de los años 60 en el fortalecimiento de una élite militar modernizadora, en sustitución de los decadentes políticos populistas o los políticos de cualquier tipo, el capital extranjero se ve ahora políticamente dependiente de este sector. Lanzarse a una política de división interna de esas fuerzas debilitaría la principal base de sustentación política del régimen capitalista, en esos países, en un momento crucial⁸⁵.

85. Es preciso destacar que algunos sectores que orientan la política norteamericana son francamente favorables a los gobiernos militares, con todos los riesgos que puedan tener. Thomas M. Millington cree que los golpes militares son muchas veces un recurso para restablecer la jerarquía dentro de las Fuerzas Armadas. “Es, sin embargo deseable cambiar la democracia política por un

Mientras no surja otra alternativa política para el gran capital, no le queda otra posibilidad que la de intentar “convencer” a militares de las desventajas de la excesiva participación estatal y del fortalecimiento nacional.

5. EL MOVIMIENTO POPULAR

Para comprender la dirección de los cambios que están ocurriendo en el seno de los movimientos populares latinoamericanos, es necesario insertarlos en el cuadro del fracaso del populismo, como esquema político, y de desarrollo “nacional autónomo”, como esquema económico-social.

La crisis de estos esquemas provocó a su vez una crisis en el movimiento popular, que fue más profunda en los países donde este era más dependiente de la dirección populista. El proceso de superación de esa crisis pasó primero por una difusión (que se da paralelamente a un proceso similar a nivel internacional) de las fuerzas que componen este movimiento. Sin embargo, sabemos que, históricamente, a los períodos de disgregación a consecuencia de la decadencia de una forma política anacrónica, siguen períodos de reagrupación con base en nuevas orientaciones ideológicas generadas en el momento de dispersión. Sí, así es, esta disgregación debilita realmente en un primer momento este movimiento, pero crea las bases de una nueva ofensiva del movimiento popular de carácter completamente distinto. Se puede prever que, al romper el control populista, se establecerán los fundamentos de un nuevo movimiento popular, más independiente, posiblemente orientado por una ideología revolucionaria.

La previsión sobre el carácter de la orientación ideológica del movimiento popular se apoya en la constatación de la imposibilidad de continuar el camino del “desarrollo autónomo”, y la consecuente necesidad de romper los compromisos entre las fuerzas sociales que dirigieron esta alternativa. Vimos cómo la dominación de la gran empresa internacional sobre el sector

gobierno militar, el cual representa mayor eficiencia y menor política en la administración pública, así como la habilidad para tomar medidas políticamente impopulares (por ejemplo, congelamiento de salarios y control de huelgas), las cuales pueden crear un ambiente estable para las inversiones de la clase media”. Este comentario es muy significativo: “La usual insistencia de Washington de que los gobiernos militares llamen a elecciones libres, basada en el supuesto no crítico de que los gobiernos militares *ipso facto* son indeseables, juega a favor de los militaristas a excusas de los profesionales”. “The Latin American Military Elite”, *Current History*, junio de 1969, pp. 354 y 364.

industrial destruyó la correlación de fuerzas que existía en los años 30, 40 y 50. Esta ruptura llevó a las clases dominantes a una política de centralización del poder y de restricción a la participación popular. Ello conducía al fortalecimiento de la burocracia técnica (gobiernos apoyados en comisiones técnicas, asesores, grupos ejecutivos, etc.) y de la burocracia militar (formación de gobiernos militares institucionales). La esperanza de mantener el control de la situación política advenía de la tesis de que era posible un gobierno de “élite” que incorporase a las élites políticas, económicas, militares, técnicas y sindicales en una política de “desarrollo” y “modernización”.

Es preciso comprender el carácter de esa política de desarrollo y modernización para entender la naturaleza de la oposición que el movimiento popular le hace. La frustración del “desarrollo nacional autónomo” dio lugar a la sustitución progresiva de este concepto por el de “modernización” y “desarrollo” despojado de todo tipo de calificativos, en el pensamiento social latinoamericano. Como veremos, la esencia de este concepto es ocultar los cambios cualitativos que un proceso de desarrollo real implica. Lo que se pretende es continuar el crecimiento económico –“estagnado” en los años 60 en gran parte de los países latinoamericanos– en los moldes dependientes en que se realiza. El desarrollo nacional autónomo era la alternativa presentada por los sectores de la burguesía industrial y de la pequeña burguesía, pero mostró su impotencia en estos años. Desde el punto de vista político más general, el movimiento popular se ve, en un primer momento, ante la alternativa de continuar un camino ya fracasado, intentando empujar a los antiguos liderazgos hacia posiciones consecuentes o, por otro lado, abrir un nuevo camino político a través de una alternativa socialista, solución ésta a la que va llegando progresivamente.

Es pues, de esta manera que el movimiento popular latinoamericano, que estuvo años bajo un liderazgo populista-desarrollista (burguesía industrial y pequeña burguesía), se ve en la orfandad política y tiene que reorganizarse con sus propias fuerzas, que reelaborarse organizativa, política, ideológica y estratégicamente. Este proceso de reelaboración sigue una dirección general en el sentido de una radicalización política, tanto en lo que respecta al objetivo (que se orienta desde la lucha por una sociedad nacional independiente hacia la instalación de una sociedad socialista) como en lo que respecta a los métodos de lucha (que evolucionan de una táctica electoral o

de presión sobre un gobierno populista hacia un movimiento de enfrentamiento directo con los gobiernos dictatoriales, en muchos casos clandestino y armado). En el proceso de esa evolución se constituyeron nuevas corrientes políticas que acumularon, en los últimos diez años, una nueva experiencia en América Latina en el campo de la insurrección popular⁸⁶. Para los efectos de este trabajo, nos cabe solamente caracterizar, en forma general, la evolución de este movimiento.

La principal base con que, en un primer momento, contó el movimiento insurreccional, fue la de los sectores radicalizados venidos al nacionalismo. Estos sectores, influidos particularmente por la Revolución Cubana y frente a la crisis de la alternativa del desarrollo nacionalista autónomo, se encaminaron en el sentido de un “nacionalismo revolucionario”. En él se mantuvieron los objetivos anteriores (obviamente radicalizándolos en el sentido de un desarrollo basado en reformas radicales y con una mayor participación estatal en la dirección hacia el socialismo y agregándoles nuevas y más radicales formas de lucha. Particularmente, se trataba de lanzar una lucha armada, teniendo como base un foco guerrillero que se transformaría rápidamente en un ejército revolucionario. El ejemplo más vivo de este primer momento de la estrategia del foco es la insurrección venezolana. Su objetivo era la constitución de un gobierno “nacionalista y democrático”; sus métodos de lucha estaban basados en la ofensiva guerrillera rural y urbana para la toma del poder. Posteriormente, el “foquismo” se va a ir depurando como pensamiento estratégico, hasta alcanzar su forma más sistemática en el libro de Régis Debray, y en la experiencia boliviana del Che Guevara⁸⁷. La experiencia venezolana

86. En el trabajo de Vania Bambirra, *Diez años de experiencia insurreccional en América Latina*, se hace un análisis bastante profundo de este período. La bibliografía sobre el período comprendido se encuentra dispersa en un conjunto muy grande de revistas y publicaciones. Las más importantes son: *Punto Final* (Santiago de Chile); *Monthly Review*, Selecciones en Castellano (Buenos Aires y después Santiago de Chile); *Tricontinental* (La Habana); *Arauco* (Santiago de Chile); *Marcha* (Montevideo).

87. Entre los textos del Che Guevara sobre la elaboración inicial de la teoría del foco, véanse: “La guerra de guerrillas. Pasajes de la guerra revolucionaria” y “Guerra de guerrillas, un método”, en *Obra revolucionaria*, México, Ed. Era, 1967. Los textos de Régis Debray son: “América Latina, algunos problemas de estrategia revolucionaria”, “El castrismo: la larga marcha de América Latina” y “¿Revolución en la Revolución?”. Posteriormente Debray hizo una autocrítica en *La crítica de las armas*, México, Ed. Siglo XXI, 1975. La discusión de las tesis de Debray, que tuvieron repercusión latinoamericana, comienza con el artículo de Henri Edme: “¿Revolución en América Latina?”, publicado en el N^o 3 de los cuadernos de *Marcha*. En la discusión de la experiencia peruana se cuestionó

fue nuevamente la que sirvió de punto de partida. Manteniendo la misma concepción de una insurrección⁸⁸ basada en un núcleo armado que se irradia a través del país (la mano cerrada que se abre en varias direcciones), Debray critica las anteriores formas eclécticas de lucha (la autodefensa, la propaganda armada, etc.), para reiterar la pureza estratégica del foco, centrada en la cuestión de que la dirección de la lucha debe estar localizada en el foco. Se trata también de extender su base inicial: su objetivo debía ser socialista, su dimensión continental, su estrategia a largo plazo. Pero el objetivo socialista inmediato entraba en contradicción con el carácter elitista de la concepción del foco, basado en un grupo de militantes actuando independientemente de las masas para despertarlas; la dimensión continental entraba en contradicción con la estrechez de su base de operación (particularmente con la insistencia de irse a las regiones despobladas); y su carácter a largo plazo entraba en contradicción con el sentido limitado de su organización, que la hacía incapaz de desarrollar una táctica de lucha a largo plazo.

De este modo, podemos ver en la experiencia boliviana y en la teorización que de ella hacía Debray, una etapa de transición entre el “foquismo” y una nueva estrategia insurreccional que comienza a madurar en el movimiento popular bajo el título general de “guerra popular continental”. Esa estrategia no encuentra aún su teoría, no obstante ya se vislumbraba en la práctica de distintos movimientos hoy en día casi desaparecidos, principalmente los Tupamaros en Uruguay y la Vanguardia Armada Revolucionaria (VAR-Palmares) y la Alianza Nacional Libertadora (de Carlos Marighella) en Brasil. Posteriormente el Ejército Revolucionario Popular de Argentina desarrolló

la teoría “foquista” en los artículos de Silvestre Condoruna, publicado en la revista *Estrategia*, N° 3, abril de 1966, y de Santiago y Américo Pumaruna, “Perú: revolución: insurrección: guerrillas”, *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, 6, París, abril-mayo de 1966. *Monthly Review* publicó un amplio debate sobre “¿Revolución en la Revolución?” en varios números de la revista, más tarde reunidos en un libro: *Debray y la revolución latinoamericana*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1969. *Punto Final* también publicó una amplia discusión sobre el tema. Un balance de la experiencia insurreccional en algunos países latinoamericanos fue hecho también por James Petras: “Revolution and Guerrilla Movements in Latin America: Venezuela, Colombia, Guatemala and Peru”, *Latin America: Reform or Revolution*, New York, Ed. Favocet, 1968. El *International Socialist Journal* dedicó su número 21 al tema, Roma, junio de 1967. Richard Gott publicó por su parte un balance periodístico de las guerrillas.

88. Los documentos de autocrítica, realizados posteriormente en la fase de la “paz armada”, insisten bastante en esta percepción estratégica, nunca explicitada de forma muy clara. Véanse los documentos de Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff sobre la revolución venezolana.

esta concepción estratégica, sin romper totalmente con el “foquismo”. La alianza del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) chileno, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) boliviano y los Tupamaros de Uruguay, sellada en 1974, muestra que esa concepción estratégica maduró aún más y se hizo más orgánica. Pero los movimientos en que se apoya están, en 1976, muy golpeados. Se trata de la acción armada, en un principio generalmente urbana, cuyo objetivo es encontrar una ligazón con el movimiento popular en una lucha a largo plazo por el poder. Sin embargo, sus teóricos continúan viéndose a sí mismos dentro de la teoría del foco de Debray, al considerar su acción como una preparación del foco insurreccional⁸⁹. Marcelo de Andrade considera que la Vanguardia Popular Revolucionaria estaría “superando” a Debray y no “negándolo”.

En realidad, no hay aún una teorización consecuente de esta forma de lucha armada, debido a su carácter aún embrionario. Se trata de saber hasta qué punto es una prolongación de la fase guerrillera anterior, o bien la apertura de una nueva fase. Hay una continuidad en el aspecto de abrir la lucha armada independientemente de una insurrección popular. Hasta la Revolución China, se concebía la lucha armada como forma de organización y sistematización de una insurrección popular. En las revoluciones china y vietnamita los grupos armados, dirigidos por un partido comunista, pasaron a tener el papel de organizar a largo plazo la lucha armada. Nuevamente, en las revoluciones argelina y africanas de liberación nacional, la resistencia clandestina dirigió un largo proceso de lucha armada. En la Revolución Cubana, el grupo guerrillero ejerce un papel aún más determinante en la fase final del proceso revolucionario. Esta nueva realidad militar fue intuita por el Che Guevara en su concepto de que el foco puede crear las condiciones para la revolución. No obstante, el Che Guevara y posteriormente Debray van a restringir esta intuición al esquema rígido del foco guerrillero.

¿Cómo apreciar correctamente el problema? En la fase de la Guerra

89. El primer balance teórico de esa experiencia en Brasil se encuentra en Marcelo de Andrade, “Considerations sur les thèses de Régis Debray”, *Les Temps Modernes*, mayo de 1969. Sobre los tupamaros: *Tupamaros: estrategia y acción*, de Antonio Mercader y Jorge de Vera y *Tupamaros ¿fraseo del Che?*, de Carlos A. Aznarez y Jaime E. Cañas. Dentro de una concepción más explícita de guerra popular revolucionaria de carácter continental estuvieron los programas políticos de la VAR-Palmares y del Partido Comunista de la República Dominicana. Hay formulaciones similares, con muchos matices, en varias organizaciones políticas latinoamericanas.

Fría en que los bloques socialista y capitalista pueden llegar a un equilibrio de fuerzas a nivel mundial, impidiendo la realización de una guerra regular, se crean las condiciones para el surgimiento de guerras locales que permiten organizar paulatinamente una insurrección popular. En esas condiciones, las organizaciones políticas de vanguardia no son capaces de seguir viviendo en la expectativa de una situación insurreccional; pero pueden transformarse en una organización político-militar permanente que organice, a largo plazo, un movimiento insurreccional. El conjunto de esas acciones armadas (que asumen, de acuerdo a características regionales, las más diversas formas) constituye lo que se viene llamando la “guerra popular”. El concepto de guerra popular elimina la tesis del “foco”, elimina la contradicción foco/partido, la contradicción campo/ciudad, todas ellas alternativas artificiales creadas por la apreciación unilateral de la experiencia de la Revolución Cubana.

Por lo tanto, la nueva experiencia de lucha armada que se abre en este momento, representa una continuidad con el anterior movimiento armado y político, una sistematización y autocrítica de esa experiencia y, al mismo tiempo, una ruptura con algunas concepciones estratégicas limitadas que la orientaban. Todo parece indicar que se abre una nueva fase insurreccional en América Latina y que les corresponde a los científicos sociales y políticos estudiarla con atención, espíritu crítico e imaginación creadora.

Los caminos que constituyen esta nueva estrategia pasan por una nueva práctica político-militar, nuevas formas de organización y nuevas formas de teorización.

La nueva práctica se manifiesta en tres tipos de acciones políticas, que no aparecen sin embargo articuladas entre sí: a) las acciones de terrorismo, sabotaje y propaganda política-armada en las ciudades; b) las acciones de lucha de masas urbanas, de estudiantes, obreros y sectores amplios de población que asumen un carácter semiinsurreccional; c) el resurgimiento de huelgas generales, pero ahora dirigidas por sectores obreros sin alianzas con los sectores populistas, como en el pasado*.

a) Las acciones de terrorismo, sabotaje y propaganda política-armada fueron cobrando auge en Brasil y Uruguay, como actividad más o menos

* En la página 522 el autor introducirá y desarrollará una sección d) “El vacío ideológico de los gobiernos de transición”, que no aparece enunciada en este párrafo. [N. de B.A.].

permanente. Alcanzaron su plenitud con el secuestro del embajador norteamericano en Brasil, que fue el golpe mejor articulado de todos. Durante la gira de Nelson Rockefeller a América Latina, estas acciones aparecieron en otros países de una manera inesperada; la más extensa fue la realizada en Argentina, donde se dinamitó una cadena de supermercados. En seguida Argentina se convirtió en un fuerte núcleo de acciones de este tipo. Por esta época los grupos armados más importantes formaban parte del peronismo y se articulaban con una estrategia política más amplia que llevó a la vuelta de Perón. Estando Cámpora y después Perón en el gobierno, prosiguieron las acciones armadas de los grupos no peronistas y las demostraciones de fuerza mutua entre la derecha y la izquierda peronista que estallaron en el incidente de Ezeiza cuando volvía Perón a Argentina. El enfrentamiento continuó hasta la muerte de Perón, cuando el grupo del ministro de Bienestar y secretario de la presidenta Isabel Perón se posesionó del poder y armó un sistema de represión derechista cuya punta de lanza es la Alianza Anticomunista Argentina (AAA). El golpe militar de 1976 continuó este modelo represivo.

La experiencia argentina se junta a la uruguaya. En este país, los tupamaros, grupo originalmente clandestino cuyas acciones armadas tenían gran simpatía popular, se vincularon al proceso electoral en el seno del Frente Amplio. Terminadas las elecciones el Frente Amplio buscó conformar una unidad de acción con el otro candidato derrotado Wilson Adunate, cuyas bases empezaban a radicalizarse, y establecer así un aislamiento de Bordaberry, el presidente elegido. Los tupamaros resolvieron iniciar una gran ofensiva para impedir esta alianza que les parecía reformista. En su escalada atacaron a las Fuerzas Armadas, que habían conservado cierta neutralidad frente a sus acciones de propaganda. En consecuencia los militares pasaron a la contraofensiva y llegaron a la extinción física de gran parte de los líderes del movimiento, provocando su retraimiento por un período que ya dura tres años.

Todo esto revela que los grupos armados latinoamericanos continuaron su tendencia a aislar la lucha militar de la política o a concebir esta última de manera muy sectaria y estrecha. Pero la historia se hace de grandes errores. Lenin reconocía por ejemplo su herencia de los *naródniki* rusos (sobre todo en materia de organización conspirativa) a pesar de ser un acerbo crítico del terrorismo y de sus concepciones programáticas. La historia de las revoluciones está llena de este tipo de situaciones: en general, las primeras formas

de impugnación de un régimen en decadencia vienen desde el interior del mismo y asumen una forma elitista y vanguardista. Si miramos las cosas en esta perspectiva histórica, esos movimientos no son simplemente una manifestación aislada de una inquietud juvenil de sectores pequeñoburgueses radicalizados, sino una primera manifestación de tendencias sociales mucho más profundas que deberán asumir formas proletarias y más orgánicas en el futuro. La rebelión se deberá hacer más amplia y más profunda, cambiando sus formas de lucha en la medida en que cambia la base social que la sostiene.

Y la dimensión de esta inquietud más amplia se puede sentir en las explosiones inorgánicas de masas que en Brasil, México, Colombia, etc., se han manifestado casi todos los años. La tarea del teórico revolucionario no es pues la de criticar simplemente las posiciones doctrinarias, sino también la de encontrar las tendencias que se manifiestan en el proceso real y describirlas lo más sistemáticamente posible.

b) Desde el punto de vista organizativo, hay varios aspectos que destacar. Por una parte, surgió un nuevo tipo de organización político-militar, cuyas expresiones más avanzadas (por lo menos de los que se dieron a conocer públicamente) eran los Tupamaros en Uruguay y la desaparecida Vanguardia Armada Revolucionaria-Palmares y la debilitada Alianza Nacional Libertadora en Brasil. Sus concepciones estaban en general ligadas a la lucha por el socialismo, dentro de un marco estratégico que combinaba formas de lucha armada y política a través de una organización político-militar que unificaría el conjunto de la guerra popular.

Al lado de esas organizaciones, se formaron a fines de la década del 60 nuevas disidencias de los antiguos partidos comunistas que aparecieron en varios países con formas propias. Otra vez Brasil fue un buen ejemplo. El Partido Comunista Brasileño se dividió en varias facciones que constituyeron: la Alianza Nacional Libertadora ya mencionada; el Partido Comunista Brasileño Revolucionario; el Ala Roja, de tendencia maoísta pero sin el reconocimiento oficial del Partido Comunista Chino (PCCh); una disidencia se fue al antiguo Partido Comunista de Brasil, de tendencia prochina, oficialmente reconocido por el PCCh; otra se unió a la dirección de la Organização Revolucionária Marxista-Política Operária (ORM-POLOP) (que había sufrido una gran escisión que dio origen a la Vanguardia Popular Revolucionaria y

al Comando de Liberación Nacional [COLINA], que al final se unieron en la VAR-Palmares). En Argentina, de una fuerte escisión del Partido Comunista surgió el Partido Comunista Revolucionario (PCR), que llevó consigo a casi toda la Juventud Comunista y que tuvo un papel destacado en los acontecimientos de Rosario y Córdoba en 1969. En seguida el PCR se hizo “maoísta”. El hecho más nuevo en esas organizaciones es que gran parte de ellas no se inscribe en una corriente internacional, reservándose el derecho a la independencia frente a los partidos comunistas de mayor prestigio mundial, presentando una concepción nueva del internacionalismo proletario y volcándose hacia un análisis propio de la realidad latinoamericana. Todas son escisiones de izquierda que se alinean con el movimiento de radicalización política general.

Esas nuevas formas de organización pasan, pues, a engrosar cuatro tipos de organización que continúan predominando en el escenario político radical latinoamericano: a) Las escisiones de los movimientos nacionalistas y populistas que dieron origen a movimientos nacionalistas revolucionarios como los numerosos Movimientos de Izquierda Revolucionaria, de Venezuela, de Perú, al Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13) guatemalteco, al neoperonismo en Argentina, al brizolismo en Brasil, etc. b) Los partidos comunistas que habrían adoptado la línea de la lucha armada, como el venezolano, el guatemalteco y el colombiano que, sin embargo, hoy están abandonando dicha línea. c) Las escisiones prochinas oficiales que solo ganaron expresión en Perú, donde dominaron por mucho tiempo el movimiento estudiantil, en Colombia, donde formaron una unidad guerrillera, y en Bolivia, donde mantienen su organización partidaria. Y por último, d) las organizaciones “marxistas revolucionarias” que buscaban ofrecer una concepción revolucionaria independiente, dedicándose a la formación de cuadros y a la propaganda de la lucha insurreccional y socialista como la ORM Política Operaria en Brasil, el MIR (“Praxis”) en Argentina, el MIR chileno, la Vanguardia Revolucionaria en Perú y otras.

Para caracterizar este conjunto de movimientos aparentemente inconexos, existe el concepto de izquierda radical o revolucionaria, el cual precisa mejor su posición de divergencia respecto de los partidos comunistas de línea prosoviética. En segundo lugar, está la divergencia entre las tendencias nítidamente “foquistas” y las tendencias favorables a la Revolución Cubana, pero

que no aceptan la estrategia “foquista” y, además, los grupos prochinos que consideran que la Revolución Cubana sigue un camino revisionista. Habría que hacer alguna referencia a los grupos trotskistas, cuya sección latinoamericana ataca el “revisionismo” cubano; pero que nunca llegó a ser expresiva, salvo cuando en un momento determinado dominó ideológicamente a la guerrilla del MR-13 en Guatemala y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) argentino sin identificarse completamente con esas organizaciones.

En la década del 70 el espectro político de la izquierda latinoamericana se hizo más complejo. El triunfo de la Unidad Popular en Chile cambió muchos criterios. De un lado, demostró el valor de la lucha legal para alcanzar importantes niveles de concientización y organización revolucionaria de las masas. Por el otro, mostró una tendencia de los partidos comunistas a abandonar la línea jruschovista de los frentes nacionalistas democráticos para sustituirlos por la consigna “socialismo y democracia”, y mostró también las posibilidades históricas de un partido marxista de masas que aplique la línea de un frente de trabajadores e interprete revolucionariamente el uso de la lucha legal, como el Partido Socialista de Chile.

Pese a la acusación de “centrismo revolucionario” desde la izquierda (más propiamente, del MIR chileno), este partido asumió un papel definitivo en la historia revolucionaria de Chile y de América Latina, al mantener una posición de crítica a cualquier abandono de la línea socialista de la revolución chilena. En Venezuela, el surgimiento del Movimiento Electoral del Pueblo (MEP) nos mostraba, por primera vez, una escisión del populismo (en este caso Acción Democrática) de base esencialmente obrera que evoluciona hoy hacia una posición socialista. En Argentina, los Montoneros y la Juventud Peronista terminan convergiendo sus fuerzas para apoyar un Partido de los Descamisados que reúne a la izquierda peronista rompiendo el carácter pluriclasista del peronismo. En muchas otras partes empieza a surgir este importante fenómeno nuevo en la historia latinoamericana: las escisiones del populismo ya no solamente de jóvenes pequeñoburgueses, sino que empieza a surgir un proletariado socialista y revolucionario. A pesar de no aceptar toda la concepción de los partidos comunistas, estas escisiones se aproximan a esos partidos al reconocer su fondo común obrero, en búsqueda de un frente de clases trabajadoras para el cual los partidos comunistas se ven cada vez más propensos en escala internacional.

Vemos por lo tanto que el proceso de radicalización en curso desde la década del 60 va asumiendo nuevas formas, quizás no definitivas aún, las cuales van acumulando experiencias correctas y sobre todo equivocadas para ir formando un fondo histórico común estratégico y táctico. Los grandes movimientos de masas se forman de esta manera y no según un esquema teórico y doctrinario rígido o una fórmula orgánica de evolución lineal.

Pero no es el objetivo de este trabajo estudiar tan en detalle las organizaciones de izquierda latinoamericanas. Solo nos cabe hacer resaltar la tendencia general de radicalización política que expresan todas ellas; señalando un proceso de constitución de la nueva alternativa de izquierda dentro del movimiento popular latinoamericano. El proceso de su discusión y el decantamiento de sus experiencias prácticas conducirán obviamente a una nueva síntesis que no pretendemos discutir por ahora.

De la discusión que hemos realizado, parece que las características generales de esta síntesis serán: a) la adopción de objetivos socialistas inmediatos; b) la adopción de luchas de masas diversificadas que incluyen posibles acciones armadas no como un valor en sí, sino como parte de una estrategia global de toma del poder, según las condiciones específicas; c) la adopción de una perspectiva continental de lucha; d) la visión de un proceso de lucha a largo plazo. Creemos que la aceptación de que esta síntesis se orienta en este sentido general es suficiente para que comprendamos el papel que estas fuerzas desempeñarán en la evolución política próxima en América Latina y en el estudio de las alternativas de cambio que haremos posteriormente⁹⁰.

90. En su crítica a una versión anterior de este trabajo, Ayrton Fausto (artículo citado en el capítulo XIX, nota 59) considera que falta una determinación más concreta de las distintas posiciones de clase que se reflejan en el concepto de "movimiento popular" que él tanto aborrece. En este caso, podríamos encontrar contradicciones antagónicas entre estas fuerzas. Tenemos que aceptar la crítica de Fausto en el sentido de que sería necesario precisar más claramente la fuente de tales diferencias. En esta versión damos algunos pasos en este sentido. Pero rechazamos una visión sectaria que pretende que algún grupo o corriente de los grupúsculos de intelectuales pequeñoburgueses represente esta visión proletaria. Creemos que lo que llamamos "movimiento popular" es una representación correcta de un conjunto de fuerzas antiimperialistas, democráticas y "socializantes" que agita en las calles, en instituciones, en los parlamentos, en la empresa y en muchos grupos insurreccionales ideas más o menos coherentes. Es evidente que dentro de estos grupos no solo hay posiciones divergentes sino que estas reflejan distintos intereses de clase y además son irreconciliables entre sí. Lo que pasa es que una concepción estratégica coherente de conjunto solo se constituye en la medida en que el movimiento mismo se va irguiendo, depurando los sectores pequeñoburgueses y estableciendo una hegemonía obrera: factor determinante del desarrollo socialista de la revolución latinoamericana.

c) Un análisis más riguroso de los nuevos estilos de huelga obrera que aparecieron en América Latina en los últimos años no puede aún ser realizado por la ausencia de estudios más detallados sobre los mismos. Queremos indicar cuatro ejemplos, que nos parecen significativos, del cambio de estilo de lucha sindical.

Las huelgas de Rosario, Córdoba y Buenos Aires en junio de 1969 desafiaron las presiones de una dictadura y de una dirección sindical muy organizada y ganaron dimensiones inesperadas, con la formación de barricadas, la aparición de francotiradores y la extensión al conjunto de las ciudades afectadas. Desarrollando este mismo estilo, cabe señalar la nueva huelga general, realizada en septiembre de 1975 en Argentina, que ya manifiesta un carácter menos espontáneo y más orgánico, y la huelga de los metalúrgicos en Argentina que se realiza en marzo de 1975. La huelga bancaria en Uruguay enfrentó por más de un mes un decreto de movilización militar, y en 1973 se desató la huelga general en protesta por el golpe militar. Las huelgas de Osorno, en Chile, y de la ciudad industrial de Minas Gerais, en Brasil, en 1968, desafiaron a la dictadura con toma de fábricas; los obreros fueron desalojados por las Fuerzas Armadas. La huelga general de los mineros bolivianos en 1975 fue precedida un año antes por las primeras huelgas de obreros manufactureros en Bolivia.

Lo que hay de nuevo en estos movimientos es, primeramente, su carácter aparentemente espontáneo, en segundo lugar, su radicalidad y, en tercer lugar, su total independencia de liderazgos populistas. Todo esto, dependiendo de un análisis más profundo, revela el surgimiento de un nuevo tipo de movimiento de masas. Su interés se hace aún más amplio cuando se relacionan estos movimientos nítidamente obreros con otras manifestaciones de masas más amplias como el movimiento estudiantil y popular de México en septiembre de 1968 y los desfiles estudiantiles brasileños de 1967 a 1968. Las tesis de integración del movimiento obrero en los sectores privilegiados de las sociedades subdesarrolladas, las tesis sobre la pasividad de los movimientos de masas, de su carácter apático, sometidas al control populista y a las movilizaciones orientadas “desde arriba” se ven negadas por estas nuevas formas de acción de masas, y exigen una redefinición de los análisis que predominan en las ciencias sociales latinoamericanas hasta fechas muy recientes⁹¹.

91. En el citado trabajo de Vania Bambirra se desarrolla con detalles la tesis de que hubo una ofensiva del sistema capitalista mundial en los años que van de 1962 a 1966, y que esta ofensiva se estaría

d) El vacío ideológico de los gobiernos de transición.

Es conveniente que hagamos una recapitulación de lo que hemos discutido hasta el momento para no perder el hilo del raciocinio. Partimos de la constatación de una crisis del modelo de desarrollo nacional independiente. Luego, como consecuencia de esta crisis, se destacó la superación del sistema de ideas y fuerzas sociales que la representaba: el fracaso de las burguesías nacionales, del movimiento populista, de la teoría desarrollista. De ahí se pasó al análisis de las nuevas fuerzas que emergen de este proceso: la gran empresa transnacional, el capitalismo de Estado, con un énfasis particular en la burocracia militar, y el movimiento popular radical e independiente del control populista. Al analizar todas estas fuerzas vimos el carácter de redefinición interna en que se encuentran. En las páginas siguientes queremos analizar las alternativas de cambio social a largo plazo que se desprenden de esta situación. Este análisis deberá ser más abstracto, buscando comprender las dimensiones internacionales del sistema capitalista mundial y cómo se inserta en él América Latina.

No obstante, antes de pasar a esta parte, debemos señalar las características generales de la fase actual, de cuya resolución depende el destino de las alternativas posibles a largo plazo.

De una manera general, podemos caracterizar esta fase como de transición. Esta transición se manifiesta bajo la forma de una crisis generalizada de todos los niveles de la vida social: económico, social, político y cultural. En un período de transición, como el actual, en que las alternativas están abiertas y, más aún, se están constituyendo, se conoce una variada gama de formas de aventurerismo, de audacia extrañamente exitosa, de esquemas imprevisibles, de las alianzas más espurias. De ahí nace la dificultad de muchos científicos sociales cuando intentan comprender este presente.

Nuestra hipótesis básica es que esta transición se irá depurando en el enfrentamiento final entre el capital monopólico internacional y el movi-

terminando con una crisis general del sistema que abre paso a una ofensiva del movimiento revolucionario mundial que estaría en sus comienzos. También en nuestros trabajos anteriores desarrollamos la tesis de que el carácter del movimiento obrero latinoamericano, desde los años 30, estaba determinado por su inscripción dentro del proceso de expansión del capitalismo mundial y dependiente en particular, y su dominación ideológica y organizativa por el nacionalismo burgués. Esta fase entraría en crisis a partir de 1960 y abriría el campo para una nueva forma del movimiento popular en América Latina. Véase especialmente *El nuevo carácter de la dependencia*.

miento popular. Con todo, este enfrentamiento aún no está claro (excepto en la situación paradigmática de Chile al fin del derrocado gobierno de la Unidad Popular) y las fuerzas en pugna no se identifican todavía como enemigos radicales.

El capitalismo de Estado es, por ahora, la fuerza beneficiaria de esa indefinición. Bajo la forma tecnocrática, sea civil o militar, amortigua los golpes, busca conciliar los intereses en pugna y fortalecer su posición dentro del nuevo sistema de fuerzas que se produzca. Esta autonomía relativa de la que en la actualidad disfruta el capitalismo de Estado, le da aparentemente una fuerza muy superior a la que realmente tiene. Así, ayuda a mantenerse en el poder por un tiempo más o menos largo a sectores que actúan aprovechándose de esta brecha histórica y explica la audacia que ellos adquieren algunas veces frente al capital internacional y frente a los gobiernos que representan. En estas coyunturas de transición, es esencial entender esta realidad para comprender las situaciones tan inesperadas que se producen y que a veces cristalizan por un período largo, ocultando la verdadera dimensión de los acontecimientos.

LA NUEVA DEPENDENCIA Y LAS ALTERNATIVAS DE CAMBIO

De lo discutido hasta el momento, se desprende que los nuevos modelos de desarrollo económico en América Latina deben partir de la aceptación de que el desarrollo capitalista nacional y autónomo es una fase pasada de nuestra historia, una alternativa que se pierde antes de consumarse, una oportunidad coyuntural que entra en choque con las tendencias estructurales del sistema capitalista mundial.

Eliminada esta alternativa, así como las fuerzas sociales que la conducirían, las nuevas posibilidades de desarrollo son aquellas que están ligadas a las fuerzas sociales que emergen de este proceso histórico: la de la empresa transnacional y del sistema de relaciones internacionales que representa, la del capitalismo de Estado dentro de los marcos de este sistema internacional (pues vimos que –a pesar de su fuerza inmediata– el capitalismo de Estado, al mantener el capitalismo, tiende a convertirse como resultado final en un mero funcionario del gran capital) y, por último, la alternativa de las fuerzas populares que, como vimos, se constituyeron recientemente en una fuerza independiente y en alternativa radical al sistema imperante. En resumen: las dos primeras alternativas aceptan, como marco necesario, la dependencia e intentan definir los términos generales y posibles del desarrollo en esta situación. En oposición a ellas, el movimiento popular tiende a superar los marcos del nacionalismo y a proponer el socialismo.

Analicemos cada uno de los modelos de economía y sociedad que proponen las distintas fuerzas sociales. Comencemos por la empresa transnacional.

1. LA NUEVA DIVISIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO

Un examen más detenido de la economía de la posguerra nos mostraría que Estados Unidos logra establecer una hegemonía indiscutida en el sistema capitalista internacional, integrándolo bajo su dominación en un solo sistema internacional. Sin embargo más importante en este proceso es el hecho de caracterizarse por una gran expansión del capital norteamericano en el ámbito mundial y una baja relativa de la exportación de bienes de Estados Unidos, como ya lo hemos visto⁹².

Traducido en términos de sus relaciones con el sistema internacional que domina, esto significa que Estados Unidos disminuye su sector productivo con relación al sector servicios. Esto se hace posible no solo en consecuencia del excedente creciente generado por el avance de la tecnología, sino también debido a las superganancias obtenidas de la exportación de capital al exterior. Salarios más caros en el interior, tendencia a la expansión de las actividades no productivas (sobre todo para servicios, diversiones, etc.) y una base internacional para su realización, conforman la tendencia al parasitismo de que hablaba Lenin. La falta de estímulo al crecimiento del aparato productivo conforma, al mismo tiempo, la tendencia relativa a la estagnación.

92. “En las dos décadas desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, el comercio exterior de Estados Unidos se expandió con una fuerza inigualable [...] Después de ajustar los cambios de precios que han tenido lugar desde 1946, el alza en las exportaciones se ha duplicado mientras que las importaciones han aproximadamente triplicado su valor”.

“En 1959, por ejemplo, el valor de las exportaciones excedió al de las importaciones por algo menos que U.S. \$ 800 millones, mientras que en 1947 el superávit totalizó U.S. \$ 8,7 mil millones y en 1954 U.S. \$ 6,9 mil millones”. “En el período estudiado, como se ha visto, ha habido programas sustanciales de asistencia económica, lo que ha hecho subir el nivel de nuestras exportaciones, por ejemplo, ayuda a Grecia y Turquía, el Plan Marshall, Ley Pública 480, programas agrícolas y programas de la Agencia para el Desarrollo Internacional”. Declaraciones de Francis L. Hall, director del International Trade Analysis Division, Department of Commerce. *International Aspects of Antitrusts*, Washington, Subcommittee on Antitrust and Monopoly, U.S. Senate, Printing Office, 1967. Para fortalecer nuestra tesis, tomemos el testimonio del subjefe de la División de Balanza de Pagos, señor Samuel Pizer: “El creciente impacto de las inversiones de las afiliadas en el exterior se demuestra claramente por las estadísticas sobre el valor de la venta de bienes producidos en plantas del exterior. Esas estadísticas son mantenidas a la fecha sobre la base de una muestra básica de las empresas manufactureras afiliadas, y muestra un extraordinario crecimiento en sus ventas de U.S. \$ 18,3 mil millones en 1957 a U.S. \$ 37,3 mil millones en 1964. Esos cuadros son mucho mayores que el total de exportaciones manufactureras de Estados Unidos, el cual era de U.S. \$ 12,7 mil millones en 1957 y U.S. \$ 16,6 mil millones en 1964”. En el mismo libro, p. 103.

Estas tendencias, observadas por Lenin, tenían como ejemplo a Inglaterra, pero Estados Unidos parecía apartarse de ellas. No obstante, hoy la realidad apunta en esta dirección, confirmando empíricamente una tendencia que se puede encontrar en un análisis abstracto.

Estados Unidos estaría viviendo cada vez más de sus utilidades y de la propiedad del sistema productivo mundial obtenida a través de la exportación de capital, generando de este modo un sector de servicios creciente en su interior. Gran parte del aparato productivo interno que él monta –industria militar– es para mantener y expandir esa hegemonía. Esta cumple así dos funciones: a) garantizar el proceso de expansión mundial y b) generar ingresos en el interior de la sociedad.

Detengámonos con más detalle en esta situación. Al trasladar sectores productivos al exterior, Estados Unidos no solo mantiene el control financiero internacional, sino también el control de la tecnología, de la investigación científica, de la administración general (*general office*) y de la producción de los productos de mayor contenido técnico y valor estratégico como la industria química pesada, la electrónica pesada, la industria atómica, la investigación espacial.

Esta especialización productiva aún no se da claramente, pero es una tendencia observable de la empresa multinacional que sale al exterior en busca de mano de obra más barata, nuevos mercados y nuevas fuentes de materias primas. Los enormes beneficios del capital en el exterior compensarían (y ya compensan en buena parte) la inactividad de vastos sectores de la sociedad, y serían entrenados y preparados para profundizar la dominación en el plano militar, propagandístico, ideológico, administrativo.

Europa, Canadá y Japón fueron los grandes centros de inversión norteamericana en los años de posguerra. Mas esta expansión ya se estaría agotando. Ahora sería el turno de los subdesarrollados, para los cuales ya se remitieron inversiones importantes en el sector industrial durante los años 50. Obviemos, por ahora, todas las dificultades de canalizar a estos países una parte sustancial del excedente generado por la expansión del capitalismo monopolístico norteamericano y europeo y pensemos en las consecuencias de un intensivo proceso de inversión de capital en esos países. Solamente desde la perspectiva del pleno desarrollo de este proceso podremos apreciar teóricamente las dificultades y tendencias que se observan en el presente. La inves-

tigación teórica nos ilumina la realidad empírica y nos permite comprender las verdaderas posibilidades de su desarrollo.

a) Una nueva división internacional del trabajo sería la primera consecuencia, en el ámbito mundial, de esta nueva forma del sistema capitalista internacional. Las economías dependientes se especializarían en la producción de bienes manufacturados de consumo liviano, de los sectores básicos menos estratégicos y de los sectores menos complejos de la industria pesada. También se especializarían en la fabricación de productos para los cuales dispondrían de mejor calificación regional. En este sentido, es muy usado el ejemplo de Japón que, según se cree, habría utilizado su abundante mano de obra calificada para la industria electrónica especializada, generando de este modo un sector industrial avanzado, sobre el cual detenta una clara hegemonía mundial. Pese a la posible simplicidad del ejemplo, se podrían encontrar, de hecho, en el plano internacional, algunas especializaciones de ese tipo que realizarían, en las condiciones de un monopolio internacional, las aspiraciones de las teorías clásicas del costo comparado⁹³.

b) A consecuencia de esa redistribución de las actividades económicas internacionales, se establecería, de manera cada vez más apremiante, la necesidad de formar mercados regionales a través de las integraciones, al principio comerciales y posteriormente más amplias. Para la concreción de estas aspiraciones en regiones más atrasadas, tales como América Latina, se haría necesario crear infraestructuras de transportes (como la carretera latinoamericana; el plan de los siete lagos, etc.), comunicaciones (por satélites, etc.), de energía eléctrica (como la utilización conjunta de la cuenca del Plata, las usinas del plan de los siete lagos, etc.) y un sinnúmero de otras medidas, destinadas a la creación de una realidad regional anteriormente balcanizada por los intereses del mismo sistema internacional.

c) Para la realización de este proyecto⁹⁴, sería necesaria la constitución de una nueva “élite” en esos países, reuniendo las direcciones empresariales,

93. El interés por la experiencia japonesa llevó al Banco Interamericano de Desarrollo (BID) a traducir un artículo sobre el tema para la X Asamblea de Gobernadores: Hisao Hanamori, “Problemas y condiciones para el desarrollo de industrias de exportación en los marcos nacional y regional”, Doc. AB-146-5, Guatemala, abril de 1969.

94. Charles P. Kindleberger resume muy bien la visión ideológica de la empresa transnacional que reorienta hoy la propia teoría económica, como bien lo demuestra su trabajo presentado para la

sindicales, estudiantiles, campesinas, intelectuales, técnicas, profesionales y, sobre todo, militares que establecerían gobiernos de fuerte peso en el Ejecutivo y de carácter tecnocrático, modernizante e internacionalista. A este tipo de gobierno se le llamaría una democracia de participación restringida; a este proceso general, modernización. La racionalización económica capitalista, la producción concentrada y monopólica, la uniformación de las decisiones, una cultura cientificista y tecnocrática, el control de la información, la sublimación de las tradiciones locales conformarían, y están conformando, las bases de ese nuevo régimen social y político.

Al delinear, aunque sea ligeramente, las formas más extremas del modelo de desarrollo dependiente monopólico integrado, se pueden establecer las dificultades para su concreción histórica.

La concreción de una nueva división internacional del trabajo supone la realización de formidables transformaciones, no solo en las áreas dependientes, sino también en los propios centros de expansión del sistema. De una manera muy general, se podría señalar el crecimiento desproporcionado del sector terciario, de la industria militar, de la carrera espacial y los efectos internos que provocan: sea la necesidad de altos impuestos para financiarlos internamente, sea el déficit creciente de la balanza de pagos para financiar esta expansión externa, sean las formas irracionales de organización colectiva (burocratización, despersonalización, ausencia de control político sobre la sociedad, masificación cultural, rígidas estructuras de autoridad, etc.), sea el aumento de la tasa de explotación interna (aumento de la plusvalía rela-

discusión de los aspectos internacionales del *antitrust*: “[La i]nsistencia sobre la producción dentro de las fronteras nacionales realizada por nacionales puede tener sentido político pero es económicamente costoso. El crecimiento de grandes corporaciones internacionales con operaciones transnacionales posiblemente promoverá ampliamente una mayor eficiencia económica mundial, aunque ocasionalmente coadyuvará a restringir el comercio”, *International Aspects of Antitrust*, *op. cit.*, p. 173. Para estas empresas, todas las barreras gubernamentales son obstáculos a su expansión. Así lo afirma el propio Kindleberger. Resumiendo los factores negativos que actúan contra las empresas transnacionales, nos dice otro patrocinador de esas empresas, Gustavo Lagos, que entre otros existen “los obstáculos de tipo fiscal, legal o cambiario, a la circulación de capitales; los obstáculos legales y fiscales al establecimiento de personas físicas y de sociedades comerciales; y los obstáculos a la circulación de mercaderías derivados de tarifas aduaneras, de impuestos internos, etc.”. En resumen, los Estados nacionales. “Empresas multinacionales: aspectos socioeconómicos, jurídicos e institucionales”, *Las inversiones multinacionales en el desarrollo y la integración de América Latina*, Bogotá, BID, 1968.

tiva para ampliar el excedente económico) que provoca una desproporción creciente entre el excedente generado y el consumo productivo y hasta el improductivo⁹⁵. Desde el punto de vista internacional, este proceso obliga a revisar los sistemas de alianzas locales, las formas de poder político y de administración, y lleva a la ruptura con tradiciones mantenidas vivas por el carácter insuficiente del desarrollo dependiente.

Su carácter expansivo entra en contradicción con los límites del mercado generado por la aplicación monopólica de la tecnología y, por otro lado, las posibilidades de desarrollo tecnológico y autosustentado, que la transferencia de sectores industriales importantes produciría en los países dependientes, encierra una contradicción profunda con el carácter progresivamente dependiente de las relaciones sociales y políticas. En la realidad, este tipo de desarrollo, pese a su carácter aparentemente progresista, no pasa de ser un modo de impedir el desarrollo de las fuerzas productivas que la humanidad podría lograr en nuestros días con el gran avance tecnológico ya alcanzado. La alternativa de una nueva división del trabajo con esas bases supone una limitación del desarrollo industrial que podrían alcanzar estos países, hoy dependientes, si pasasen a organizarse buscando nuevas formas de relaciones socioeconómicas.

Por último, este proceso de expansión, al someter a las economías locales al dominio de la empresa multinacional y al hacerlas cada vez más esenciales para el funcionamiento del centro hegemónico, genera contradicciones cada vez más agudas entre las posibilidades de desarrollo y las formas sociales existentes.

De estas observaciones muy generales se puede concluir que, en primer lugar, este nuevo modelo de desarrollo profundiza las contradicciones existentes en el sistema actual; en segundo lugar, que genera nuevas contradicciones que son cada vez más agudas; tercero, que para que se pueda realizar, provocará brechas en el sistema internacional que generarán una situación de crisis revolucionaria en su conjunto y varias coyunturas críticas en su desarrollo.

Para que entendiéramos este proceso en su conjunto, sería esencial estudiar las formas que asumiría en los países dependientes, las fuerzas que

95. El análisis más completo del problema de las dificultades para la utilización del excedente económico está en Paul M. Sweezy y Paul A. Baran, *El capital monopolista: ensayo sobre el orden económico y social de Estados Unidos*, México, Ed. Siglo XXI, 1969.

enfrentaría en su interior y las contradicciones que lo sobredeterminarían. En parte, lo veremos en los ítems siguientes.

2. LA DEPENDENCIA NEGOCIADA

Vimos que el camino del desarrollo nacional independiente en términos capitalistas fue frustrado y que las fuerzas que lo sustentaban fueron marginadas del centro de decisión económica.

Esto no significa que ciertos sectores no aspiren a conservar parte de las regalías de que disponían. No obstante, tienen que reformular su estrategia. Ya no se trata de buscar una independencia inalcanzable, sino más bien, una vez aceptada la “dependencia externa”, trátase de intentar obtener el máximo provecho de ella para los intereses “nacionales” que creen representar. Se trata, pues, de obtener las mejores condiciones de negociación posibles. En realidad, no hay una ruptura profunda con la situación anterior. El desarrollismo, aun bajo formas más radicales de nacionalismo, nunca aspiró a romper con el centro hegemónico, sino a obtener un papel más destacado y con una independencia relativa en el sistema internacional al cual esas economías y sociedades estaban indisolublemente ligadas. Lo que ahora cambia es la forma de entender esa participación.

Los grupos sociales que representarían esa posición serían básicamente las burocracias civil y militar, con apoyos eventuales de las clases medias asalariadas, de los medianos y pequeños propietarios, y de sectores de técnicos y obreros calificados. Ellos son los herederos de la fracasada burguesía industrial de base nacional. Su modelo de desarrollo sufre del mismo mal que afectaba a esa fuerza social en el pasado: un utopismo evidente, pese a que pueda haber alcanzado o logre alcanzar en el futuro victorias relativas y limitadas. ¿Cuáles serían los aspectos principales de su nuevo modelo de desarrollo?

a) El Estado debe ser el centro del desarrollo, él es la única fuerza capaz de limitar la acción de la empresa extranjera, disminuyendo su poder y coartando los “excesos del capital extranjero”. Para asegurar este papel, el Estado debe no solo utilizar racionalmente las fuerzas económicas de que dispone (las empresas estatales), sino abrir nuevas fuentes de inversión para él, solo donde lo puede, y en alianza con el capital extranjero donde (como casi siempre) lo necesite, sobre todo en los nuevos sectores económicos. La empresa

mixta, estatal-privada, y la empresa multinacional con la participación de varios Estados y capitales privados serían las nuevas panaceas capaces de dar un gran poder de negociación a esos países⁹⁶.

b) Imposibilitados de enfrentar *radicalmente* los límites del mercado interno, buscan en el mercado externo la solución de sus problemas⁹⁷. Mediante la presión concertada de los países subdesarrollados sobre los desarrollados, se podría obligar a estos a permitir la entrada a los productos semiindustrializados e industrializados de los países subdesarrollados. Esta es la solución propuesta por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (CNUCYD)⁹⁸. En segundo lugar, a través de la realización de las in-

96. El Banco Interamericano de Desarrollo realizó una Mesa Redonda sobre las inversiones multinacionales públicas y privadas en el desarrollo y en la integración de América Latina, en abril de 1968. Los resultados de esa discusión, precedida de varias investigaciones, fueron publicados en el libro ya citado en la nota 3. Es necesario señalar que ya es bastante grande la bibliografía sobre las empresas nacionales y mixtas en América Latina.

97. Para que no se preste a confusiones es necesario señalar que los límites que el crecimiento económico, basado en la dependencia, opone a la expansión del mercado interno no son de ninguna manera absolutos. Ya vimos que se trata de un crecimiento intensivo y no extensivo y en ritmo bajo tendiente a estagnarse y hasta a decaer. Tendencia solo neutralizada por las medidas inflacionarias y el endeudamiento creciente.

98. “En el seno de la CNUCYD se han definido los objetivos fundamentales de la acción internacional de los países en vías de desarrollo en materia de productos básicos. Ellos se refieren a la regulación de los mercados internacionales, el mejoramiento de acceso a los países industriales, la diversificación de los mercados y a los regímenes de preferencias especiales existentes [...]. Se dijo que las exportaciones manufactureras representan un elemento importantísimo de una nueva política de desarrollo en América Latina [...]. Es tan amplia la variedad de los rubros manufactureros que siempre será posible apreciar condiciones favorables para promover en cada caso determinados rubros de exportación industrial. Y así lo revelan los primeros estudios que se han realizado en colaboración con la United Nations Conference on Trade and Development (UNCTAD)”.

“Se están produciendo cambios en la composición de manufacturas entre los países industriales que pueden abrir grandes posibilidades a la participación de los países en desarrollo. Si los países industriales acentuaran un proceso de creciente especialización en la producción de bienes que requieren alta tecnología y gran densidad de capital, los países en desarrollo podrían beneficiarse con el comercio de manufacturas tradicionales de mayor densidad de mano de obra, y de bienes que escapan a la especialización y escalas de producción de los países dominantes”.

Todas estas citas fueron tomadas del documento *El Segundo Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo; aspectos básicos de la estrategia de desarrollo de América Latina*, Lima, CEPAL, 1969, pp. 75 y 80. Uno de los principales teóricos de la política de exportación de manufacturas es Albert O. Hirschman, “La economía política de la industrialización a través de la sustitución de importaciones en América Latina”, *El Trimestre Económico* (México), v. XXXV (4) N° 140, octubre-diciembre 1968.

tegraciones regionales, se abriría un mercado para los productos industriales latinoamericanos en la propia área, permitiendo la instalación de las nuevas industrias pesadas en escalas mucho mayores. Una planificación regional equilibrada permitiría dividir racionalmente las industrias por instalar, con colaboración de varios países, a fin de atender los múltiples intereses nacionales⁹⁹.

c) Para realizar tal proyecto, los Estados nacionales, con fuerte apoyo de la clase media (sobre todo militar y tecnocrática), deberían instalar regímenes democráticos de participación restringida, en una concepción similar a la del modelo de la gran empresa internacional delineado en el ítem anterior. Un reformismo moderado acompañaría a esta política”¹⁰⁰.

¿En qué se diferencia este modelo del anterior?

Básicamente en el énfasis en el Estado nacional, en su participación en la economía y en el control sobre el capital extranjero. Como veremos al discutir este modelo, este énfasis en el Estado nacional y en lo nacional del Estado, es el punto central del conflicto con el modelo anterior.

99. El documento de CEPAL citado anteriormente *El Segundo Decenio...* expresa: “La integración económica en el ámbito latinoamericano, en sus diversas formas, constituye otro instrumento fundamental de la estrategia del desarrollo. Ella puede contribuir de inmediato [...] a la solución del déficit potencial de comercio. Y además, al ampliarse el mercado externo para los países latinoamericanos, se brindan posibilidades efectivas de avanzar en un proceso de industrialización más eficiente que el del pasado”, *op. cit.*, p. 45.

100. La mejor expresión de esa concepción se encuentra en el trabajo de Osvaldo Sunkel, “Política nacional de desarrollo y dependencia externa”, *Estudios Internacionales* (Santiago de Chile), año I, Nº 1, abril de 1967. Dice Sunkel: “La cuestión fundamental que plantea una política nacional de desarrollo no es sin embargo lograr la viabilidad del tradicional modelo ‘centro-periferia’, sino por el contrario, superarlo definitivamente. Y para ello me parece que lo central radica en lograr cambios en la estructura productiva interna en los países subdesarrollados, así como cambios en la naturaleza de sus vinculaciones externas. Si se logra esto, entonces las concesiones, ventajas y ayuda de los países desarrollados podrán dar su verdadero fruto, pues contribuirán a llevar a cabo la política nacional de desarrollo” (p. 61). Dentro de una visión reformista, señala más adelante: “La experiencia señalada antes y este concepto de la coproducción abren las puertas a formas nuevas de vinculación con la empresa privada extranjera en que es posible conservar los elementos altamente [sic] positivos que la empresa extranjera aporta—recursos financieros y capacidad y experiencia tecnológica, administrativa y de organización—y a la vez superar sus inconvenientes” (p. 69). “Todo esto requiere, sin embargo, que determinados grupos medios estén dispuestos a asumir el liderazgo de la masa marginada urbana y rural en términos de organización e integración en el proceso político y en la vida económica, social y cultural de la nación” (p. 49).

3. ALGUNAS VARIANTES DEL MODELO

De acuerdo a la radicalización del énfasis en lo nacional del Estado y en el papel de los militares para garantizar su independencia relativa, podemos distinguir algunas variantes de la dependencia negociada.

La primera de ellas está ligada a la concepción de un “nasserismo” latinoamericano. El modelo de desarrollo nasserista se apoya en la idea de la existencia de una corriente de militares nacionalistas, o incluso antiimperialistas, que garanticen la realización de un programa de desarrollo nacional con gran participación estatal capaz de transformar al capital extranjero en un elemento meramente auxiliar. Desde el punto de vista de un modelo de desarrollo, esta tendencia está de acuerdo con las líneas generales del modelo de dependencia negociada. Con todo, la acentuación de la participación del Estado entra en contradicción con ciertos aspectos de la dependencia. Más aún, existe, por parte de las corrientes que defienden esa línea, una ambigua actitud con relación a los movimientos populares. Por una parte, piensan contar con su apoyo por el carácter nacionalista y reformista de algunas medidas que defienden, generando muchas veces una especie de “populismo militar”. Por otra, temen la participación organizada del movimiento popular en la vida política nacional y buscan someterlo a una posición de apoyo pasivo. De acuerdo a una mayor o menor acentuación de uno de los dos lados, tenemos dos tipos de “nasserismo” radicalmente distintos, que pueden ser expresados en figuras como Caamaño, por una parte y Velasco, por otra.

Los pocos teóricos del nasserismo no ven estas limitaciones de los movimientos militares nacionalistas y creen en la posibilidad de que se conforme una alternativa real de desarrollo a partir de él. Por este motivo, caracterizan a esta corriente militarista como “nasserista”, buscando con esto expresar una alternativa histórica que se convertiría en un régimen político con cierta estabilidad. En cierta forma, esta es la última esperanza de muchos como Helio Jaguaribe, que da un plazo histórico de diez años para la actual tendencia de nuestras economías a ser completamente integradas en un sistema internacional que tiende a convertirse en un imperio con dominios locales¹⁰¹.

101. Véase Helio Jaguaribe, “Dependencia y autonomía en América Latina”, Doc. AG. 8/68, Lima, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), octubre 1968. Publicado en *Dependencia económica y política de América Latina*.

Después de descartar las posibilidades de una revolución inmediata como alternativa posible (y deseable), Jaguaribe presenta un dramático dilema, entre la conversión de América Latina en un régimen colonial o una acción inmediata que permita invertir este proceso. Cabría a los militares dar vuelta a la dirección de sus cañones, desviándolos del movimiento popular, que tienen que contener actualmente para garantizar la estagnación a consecuencia del desarrollo dependiente, y volviéndolos contra las fuerzas externas que conducen a América Latina a esta dependencia¹⁰². No obstante, es interesante notar que el modelo de desarrollo propuesto por Jaguaribe no es muy diferente del de la dependencia negociada. Se trata sobre todo de dar más énfasis a un Estado nacional y a la capacidad de maniobrar internamente con suficiente autonomía para fijar un desarrollo dentro de los marcos de la dependencia.

Otra variante del desarrollo capitalista dependiente fue estudiada por Ruy Mauro Marini bajo el título de subimperialismo¹⁰³. Según el autor, la dominación imperialista en América Latina tenía que pasar por la existencia de cuadros hegemónicos locales que llegarían a ejercer la hegemonía regional. Brasil, o posiblemente el eje Brasil-Argentina, son señalados por el autor como bases posibles de esta dominación regional. La política externa “interdependiente” de Castelo Branco era vista como una expresión de esa tendencia. En esta variante, la dependencia aparece bajo una forma más compleja.

102. Dice Jaguaribe: “En verdad, las fuerzas nacionales y satelizantes dentro y fuera de la región se percataron, a fines de los años 50 y en el curso de la década actual, que estaban en vías de perder inevitablemente su posición de privilegio y control y de que no disponían ya de otro recurso sino, a corto plazo, lanzar contra las democracias populistas los planteles militares de los respectivos países. Si bien es cierto que tuvieron éxito en su cometido, no es menos cierto que pagaron por esto un precio que ahora les puede ser fatal. Ese precio fue promover, aunque en nombre del liberalismo económico, una enorme concentración de poder en las manos del Estado, y dentro del Estado en las manos del poder Ejecutivo, bajo el control de las fuerzas armadas. Montaron, así, prácticamente, la estructura del sistema necesario para emprender una profunda transformación de las sociedades latinoamericanas, faltando ahora, solamente, en un plazo no más corto del que dieran a esas fuerzas, dotar esa estructura de un nuevo espíritu, sustituyendo la ideología de la dependencia satelizante por la del desarrollo autónomo e imprimir un giro de 180 grados en la dirección en que apuntan los tanques”, *op. cit.*, p. 65.

103. Ruy Mauro Marini, “La interdependencia brasileña y la integración imperialista”, *Monthly Review*, Selecciones en Castellano, N° 31, abril 1966. Véase también Vivian Trias, *Imperialismo y geopolítica en América Latina*, Montevideo, Ed. Sol, 1967. Posteriormente R.M. Marini publicó un artículo donde desarrolla más en detalle este concepto: “El subimperialismo brasileño”, publicado en el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO) y en *Monthly Review*.

Se percibiría la necesidad de intensificar la política de industrialización en los países dependientes, pero ese cambio no conduciría a una integración regional entre iguales, sino a la dominación de un país sobre otros. Algunos países podrían obtener un estatus preferencial dentro del sistema. La tesis del subimperialismo nos hace así aproximarnos más al proceso de desarrollo posible dentro del sistema capitalista internacional.

Tanto Ruy Mauro Marini como Vivian Trías ponen especial énfasis en los aspectos que conducen a la realización histórica del subimperialismo. Al estudiar las contradicciones que genera, insisten más sobre las contradicciones del centro subimperialista con los países que serían objeto de su dominación, sin dar suficiente énfasis a las contradicciones que el centro subimperialista tendría, en el caso de realizarse tal tendencia, con el centro hegemónico internacional¹⁰⁴. No obstante, creemos que esas contradicciones son sumamente importantes. Desarrollar un centro subimperialista como Brasil significa transferir a este país, como unidad nacional, algunos mecanismos de decisión, cuya dinámica puede resultar en una contradicción creciente con la condición dependiente. Si el centro subimperialista adquiere una autonomía relativa muy acentuada, será difícil garantizar su subordinación. Se trata pues de un problema de dosificación: de limitar las funciones del centro subimperialista. No obstante, si se transfieren ciertos poderes para este centro, permitiéndole realizar ciertas funciones limitadas, ¿cómo garantizar que estos mismos poderes no sean usados contra el centro dominante? Y en segundo lugar, ¿cómo no depender demasiado de ese poder intermediario? Estos dilemas no están resueltos teóricamente y su solución dependería de medidas de fuerza que rompiesen los *impasses* creados por el carácter conflictivo de la situación. Esta situación de indefinición favorece en gran medida a los grupos más decididos que asumen posiciones de control al crear situaciones de hecho, cuyas soluciones son muy conflictivas.

Otra contradicción que encierra este proceso está relacionada con la realidad, nunca enfrentada, de que para crear un centro subimperialista no

104. En un trabajo posterior, Ruy Mauro Marini se refiere más a las contradicciones internas entre el centro subimperialista y el centro imperialista. Para el autor el gobierno de Costa e Silva representaría un cambio de táctica para alcanzar los mismos objetivos. Su política nuclear está entendida como “fórmula de salvación para sacar al país del callejón sin salida en que se encontraban sus aspiraciones subimperialistas”. Ruy Mauro Marini y Olga Pellicer de Brody, “Militarismo y desnuclearización en América Latina”, *Foro Internacional*, v. VII N° 1, El Colegio de México, 1967-1968, p. 21.

basta con abrir un mercado externo, sino que también es necesario crear un importante mercado interno y acelerar su proceso de modernización. Esto genera visibles contradicciones con todos los elementos de inmovilización económica y adaptación al sistema de compromisos que imperaron e imperan en Brasil y en América Latina en general, como resultado del desarrollo dependiente. ¿Cómo se podría iniciar, dentro de este mismo sistema, la decisión política de enfrentar todos los riesgos de una reformulación profunda? Y, por otra parte, si las medidas de expansión externa se toman sin realizar las reformas internas, las contradicciones internas se harán aún más agudas, en la medida en que creando una gran aspiración de desarrollo nacional no se eliminen los sectores retrógrados en el interior. Al concebir el proceso de expansión del mercado externo como solución para el problema del mercado interno, el centro subimperialista estaría, en la realidad, cavando su propia tumba, pues no podría contener los movimientos nacionales generados por esta expansión, ni tampoco sería capaz de resolver los problemas internos que intenta eludir.

En lo referente a las contradicciones del centro subimperialista con los otros centros regionales de poder, sería importante plantear algunos problemas que requieren de un cierto análisis. El primer aspecto que debe considerarse es que la existencia de una dominación, a partir de un subcentro, aumenta el carácter explotador del sistema en su conjunto, llevándolo a límites insoportables. Los países sometidos tendrían que pagar una carga extra superior a la que ya tienen:

a) En lo que respecta a las relaciones comerciales, pagarían por productos manufacturados precios más altos de los que pagan actualmente. De este modo se repetiría, a nivel continental, el proteccionismo que, desde una perspectiva nacional, se realizó en el período de sustitución de importaciones, generando una situación inflacionaria insoportable.

b) En lo referente a tasas de plusvalía, tendrían que ser más explotadoras que en el pasado para atender las necesidades del centro subimperialista.

c) Habría que estudiar la posibilidad de que el centro subimperialista pudiese también exportar capitales (nacionales o, por mediación, extranjeros). La eventual imposibilidad de estas exportaciones de capital la utilizaron Cardoso y otros autores para negar validez al concepto de subimperialismo. Pero estamos apenas en el inicio de una expansión subregional... En una

etapa más avanzada podrán convertirse en realidad esas exportaciones de capital a nivel subregional.

Otra dificultad en las relaciones entre el centro subimperialista y los otros centros de poder regionales sería la que se refiere a la alternativa entre uno o varios centros subhegemónicos. Esta alternativa se materializa en una posible disyuntiva entre el desarrollo inmediato de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) o de los bloques regionales (como el Mercado Común Centroamericano y el Pacto Andino) o en las divergencias entre Brasil y Argentina. La tesis de los bloques regionales gana cada día una mayor fuerza, dividiendo a América Latina en tres bloques. El centroamericano (con posible inclusión del Caribe), que debería tender a ser un subdominio mexicano si se incluye a México como un centro subregional. Un bloque andino bajo la hegemonía venezolana o chilena y/o colombiana. Un bloque del Río de la Plata, con hegemonía brasileña, pero con una gran disputa con Argentina (expresado en el plano del Río de la Plata y otros acuerdos regionales con otros países). Chile parece orientarse cada vez más hacia esta agrupación en vez de la andina. A largo plazo, se pensaría en la articulación de esos sistemas subregionales en la ALALC, bajo la hegemonía de Brasil. No obstante, son evidentes las tremendas fuerzas de conflicto que tal proceso de integración acarrearía. No hay duda de que para Estados Unidos esta estrategia de integración se vuelve cada vez más atrayente, pues colocaría a Brasil en una posición menos clave que en un esquema directamente subimperialista. Por otra parte, es evidente que esta solución no satisface a la burocracia civil y militar de Brasil. Por lo tanto, lo que se puede esperar es una situación de gran indecisión y conflictos en todo este período, conflictos que pueden asumir las formas más inesperadas, tales como las guerras nacionales¹⁰⁵.

En resumen, la hipótesis de la dependencia negociada bajo sus variadas formas acarrea un conjunto de contradicciones internas con el centro imperialista que anuncia un período de ajuste terriblemente conflictivo. La visión idílica de la CEPAL, del BID y de la CNUCYD que busca conciliar los intereses en juego e ignorar los tremendos desequilibrios y conflictos regionales

105. La integración centroamericana y las contradicciones regionales en el interior de esa zona, acentuada por ella misma, tienen gran responsabilidad en la crisis entre El Salvador y Honduras. Los conflictos de la cuenca del Plata amenazan a Uruguay con una posible invasión, admitida por muchos uruguayos. En 1974 se habló explícitamente de un posible conflicto entre Chile y Perú.

inevitables en este proceso, se ve desdibujada por el carácter combinado y desigual del desarrollo capitalista, que conduce inevitablemente a la explotación de las regiones y sectores más atrasados por los más concentrados y monopólicos. El proceso de integración internacional del sistema, la interdependencia más estrecha entre los múltiples sectores productivos, no eliminan la feroz competencia entre los diversos grupos económicos sino que por el contrario la llevan a niveles más altos. La dependencia se acentúa en los sectores más débiles del sistema, la explotación se acentúa en los sectores más sometidos y, a pesar de cierto ascenso general de la producción y la productividad generada por el progreso técnico, aumentan las distancias entre las grandes masas y los centros explotadores y subexplotadores del sistema.

En este sentido, la resistencia de las burocracias civiles y militares y de los sectores que las apoyan al mismo tiempo está perdida y es inevitable. Perdida, porque a largo plazo será necesariamente reducida a la posición de funcionarios públicos del gran capital. Inevitable, porque la fuerza que el sistema les da a corto plazo y la dependencia que este tiene de la burocracia les abre siempre brechas para su rebeldía, principalmente en una etapa de transición como la que vivimos. El capitalismo de Estado y el militarismo son dos aliados fundamentales del gran capital monopólico, son instrumentos fundamentales de su expansión. Esa es la fuente de su sumisión, pero también de su rebeldía. No hay pues como escaparse de esa dialéctica.

4. EL MODELO SOCIALISTA

En un momento en que la integración regional pasa a ser un parámetro fundamental de las estrategias de desarrollo dentro del cuadro del sistema actual, la estrategia revolucionaria tiende necesariamente a asumir un carácter continental. No nos cabe, pues, analizar aquí las estrategias de cambio hacia el socialismo que no incluyan el elemento continental, ya que según resulta de nuestro análisis, no parecen viables en las condiciones de la dependencia que surgen como consecuencia del proceso de integración mundial del sistema capitalista. Correspondió otra vez al Che Guevara tener la intuición básica¹⁰⁶

106. La palabra intuición no tiene en este caso ninguna connotación negativa. Se trata de una visión anticipada del fenómeno que no llegó a hacerse plenamente consciente y explícito.

del problema. En su carta a la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), llama a la constitución de varios Vietnams en el mundo y en América Latina, apuntando hacia esa visión continental. Como lo señalamos, la guerrilla boliviana no tenía un objetivo puramente local. Pensaba ser el “foco” de otros focos en Latinoamérica, como se puede concluir de la lectura del diario de campaña del Che. La elección de Bolivia se debía no solo a sus condiciones internas, sino también a su carácter estratégico, por ser una zona de vinculaciones entre varios países de Sudamérica.

No obstante, una vez más, como en la teoría del foco al nivel nacional, las intuiciones históricas del Che Guevara entraban en conflicto con la estrechez del método utilizado. La intuición de que la insurrección en los tiempos actuales no revestiría más el carácter espontáneo que tuvo, por ejemplo, la Revolución Rusa de febrero de 1917, sino que tendría que ser organizada por un largo proceso de guerra revolucionaria, como se pudo apreciar en los casos de China, Vietnam, Argelia, Cuba, etc., era contradictoria con la estrecha concepción de un foco insurreccional, al cual, según creía, cabría iniciar esta insurrección. Como se pudo observar en el transcurso del tiempo, al despreciar la necesidad de una organización revolucionaria que realizara este proceso de guerra revolucionaria, el Che Guevara contradecía exactamente la premisa de la cual partía. Si, según él lo planteaba, la lucha revolucionaria asume en nuestros días este carácter de guerra revolucionaria a largo plazo, sería lógico deducir que su concreción debería ser objeto de un enorme trabajo de preparación organizativa, de lucha ideológica y política y de formación de cuadros, de acciones de propaganda armada, de experimentos militares que deberían ser sistematizados y autocriticados por una organización que por la extensión de sus tareas, no podría limitarse a la organización de una guerrilla ni a la condición estratégica de un foco insurreccional. El instrumento era pues muy limitado frente a las tareas que le cabría realizar. En consecuencia, se sustituye la tarea de formar esta organización, de educar a los cuadros, de realizar las labores ideológicas, de desarrollar la lucha política en su conjunto, que estaba implícita en la idea del papel de la voluntad organizada en la creación de la situación insurreccional, por una valoración mística de la capacidad creadora de la lucha, de la acción armada en sí misma.

La misma limitación se puede encontrar en la nueva fase continental de su estrategia. Al plantear que en esta nueva etapa revolucionaria el impe-

rialismo tendría que ser golpeado desde varios frentes para dispersar sus fuerzas de represión, concentró la actividad insurreccional en una región totalmente aislada, preocupándose solo mínimamente del apoyo continental que permitiría dispersar las fuerzas adversarias y de la organización más madura de un movimiento continental. En realidad, la OLAS que, como todo lo indica, debería cumplir este papel, no era una organización articulada y con suficiente unidad ideológica, política y organizativa. Como en el caso de los focos nacionales, el apoyo político o la guerra continental era entregado a organizaciones políticas amorfas, movimientos amplios y aun a organizaciones de líneas políticas contrarias a su realización, como los partidos comunistas.

Del análisis realizado, resaltan dos elementos:

a) La estrategia de la guerra popular como sustitución de las antiguas insurrecciones espontáneas (del tipo de las revoluciones francesa o rusa) corresponde a una nueva etapa revolucionaria que concuerda con la etapa actual del sistema capitalista mundial. Su carácter continental es también compatible con esta etapa y llega a ser, en la actualidad, una consecuencia lógica de las tendencias integradoras que se manifiestan en este sistema. Tratándose pues de una guerra prolongada, es también lógica la consecuencia de que, en tal situación, a la vanguardia revolucionaria se le plantea una problemática político-militar y no solamente política. Durante un largo período se dedujo de esta premisa la necesidad de conformar un nuevo tipo de organización político-militar. Es necesaria una autocrítica que destaque el carácter mecanicista de esta conclusión que hace abandonar las actividades políticas y partidarias y sirve de cobertura a concepciones foquistas y militaristas. La experiencia reciente de la guerra popular en Vietnam es una demostración definitiva de la posibilidad de combinar la organización partidaria con fuerzas armadas revolucionarias.

b) Esta estrategia estaba, sin embargo, en contradicción con la concepción del instrumento utilizado, con la elevación a la categoría de valor estratégico de la columna guerrillera que, siguiendo la lógica planteada por los supuestos, no debería pasar de un elemento táctico en esa nueva concepción estratégica. En segundo lugar, a la concepción de que cabría a un grupo de revolucionarios crear un foco (nacional y continental) e irradiarse a todo el país y el continente la sustituyó por la tesis de la teoría de la guerra popular en que las vanguardias, aun siendo político-militares, tienen que estar ligadas a

las masas, formarse con ellas y formarlas, explicarles por la propaganda y por la acción el sentido de su actividad, reflejar su nivel de conciencia en sus pasos tácticos¹⁰⁷. En este caso, la concepción de un foco es demasiado limitada, pues dispensa a las “vanguardias armadas” de la tarea de organizar el conjunto del movimiento popular e integrarlo en su estrategia. De ahí el abandono de las cuestiones ideológicas, del análisis científico, de la formación de cuadros, y hasta de la actividad política global, tareas que están incluidas necesariamente en cualquier estrategia revolucionaria.

Es necesario decir también que faltaba un análisis teórico coherente de las sociedades latinoamericanas que orientase esa concepción estratégica. Como en el pensamiento nacionalista, que ponía el énfasis en los obstáculos al desarrollo venidos de la economía subdesarrollada que deberían ser eliminados para permitir el desarrollo, la estrategia del foco hacía hincapié en el subdesarrollo como el creador de las condiciones revolucionarias objetivas. En la realidad, como hemos venido insistiendo, no solo en este, sino en otros trabajos, las condiciones revolucionarias y las crisis que las permiten no vienen del sector atrasado de nuestras economías sino de los *impasses* y de las contradicciones generadas por el desarrollo dependiente, es decir, por su sector más desarrollado.

Este aspecto es fundamental para entender el papel de las clases sociales en el proceso revolucionario. El énfasis en el papel revolucionario del campesinado (o en el papel revolucionario de los sectores marginados por el subempleo como estuvo de moda cierto tiempo)¹⁰⁸ vino de esa concepción equivocada del proceso dialéctico que genera las revoluciones. Para Marx,

107. La concepción de la estrategia de la guerra popular fue elaborada por Mao Tse-tung, *Escritos militares*, y por el general Nguyen Giap, *Guerra del pueblo, ejército del pueblo*. Su aplicación a América Latina bajo la forma continental se encuentra en el trabajo de Ramón Cuéllar, “El carácter continental de la revolución”, *Estrategia* (Santiago de Chile), y Clea Silva, “Los errores de la teoría del foco”, *Monthly Review*, s.d.

En los documentos y programas de varias organizaciones de izquierda insurreccional la tesis de la guerra popular aparece a fines de la década del 60 con referencias ligeras a la idea de la continentalidad. Véase también la elaboración de esta estrategia en los documentos del Partido Comunista Dominicano (“Revolución y lucha armada”) y del Partido Guatemalteco del Trabajo (“Situación y perspectivas de la revolución guatemalteca”, *Boletín de Información* [Praga], N^o 10, Editorial Paz y Socialismo, 1968).

108. Véase el trabajo de Joan Davies y Shakontala de Miranda, “The Working in Latin America: Some Theoretical Problems”, *The Socialist Register*, 1967.

que la analizó en un texto de una síntesis genial¹⁰⁹, la situación revolucionaria se da cuando el desarrollo de las fuerzas productivas entra en contradicción con las relaciones de producción que lo generan. En esta concepción, la crisis no se origina en el sector más atrasado y sí en el más adelantado. La crisis latinoamericana no se explica por la resistencia y los obstáculos al desarrollo impuestos por los sectores atrasados (ya sea el agrario o bien el minero-exportador), sino por la incapacidad del sistema capitalista dependiente de continuar el desarrollo de nuestros países mediante la eliminación de los sectores atrasados y por medio de la superación de sus contradicciones internas. La crisis viene exactamente del hecho de que el desarrollo dependiente da origen a nuevas contradicciones internas que no permiten solucionar ni sus problemas internos ni sus relaciones con los sectores atrasados. Si verdaderamente estos sectores atrasados son los puntos más neurálgicos del sistema, no es por ellos mismos, sino por la incapacidad del sistema capitalista dependiente para superarlos. Cuba no solo era el mayor receptor de capital norteamericano en América Latina, sino que tenía también la economía capitalista agraria más avanzada del continente. Fue de ahí, y no de su atraso, que sacó fuerzas para avanzar al socialismo, y fueron las contradicciones de esta economía agraria capitalista dependiente las que la llevaron a la revolución. Fue la extensa propiedad norteamericana de los ingenios de azúcar lo que la obligó a plantear y llevar a la práctica una reforma agraria antiimperialista, y fue su carácter capitalista avanzado lo que permitió su rápida transformación en cooperativas y granjas del pueblo. Por su atraso, ni Haití ni Paraguay fueron o serán las áreas más revolucionarias de América Latina. Del mismo modo, no fue el atraso feudal lo que condujo a la Rusia zarista a la revolución, sino más bien la incapacidad de su capitalismo industrial en plena expansión para eliminar el atraso feudal.

Asimismo, hay un grave voluntarismo en la intención de bosquejar una estrategia continental única para un continente tan extenso como América Latina. No se puede negar que las luchas sociales en el continente tienden hacia formas comunes que se transmiten y se difunden rápidamente. Sin embargo, la dominación de tal o cual forma de lucha es un resultado de distintas condiciones locales, que tienen que ser estudiadas cuidadosamente

109. Prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*.

por las direcciones nacionales y relacionadas con el contexto internacional. No fueron pocos los grupos de jóvenes que se lanzaron a acciones armadas en países bajo regímenes democráticos aunque relativamente autoritarios. El propio movimiento insurreccional venezolano, a pesar de su arraigo de masas, partió en condiciones de legalidad, como respuesta a represiones solamente parciales contra el movimiento popular.

En el momento actual, hay una tendencia a una mayor madurez política y mayor flexibilidad táctica de los movimientos populares y de sus pretendidas “vanguardias”. La tesis de que América Latina tiende hacia la formación de gobiernos autoritarios de derecha, que obligarán a las masas al uso de la guerra, no significa que las condiciones de una guerra estén dadas en todas partes y que el desarrollo de la lucha no asuma formas distintas según el sitio.

El fracaso *histórico* del populismo no quiere decir que las versiones neopopulistas no correspondan a un cierto nivel de desarrollo de la conciencia de las masas sobre el cual se pueda pasar como se borra una frase mala en el papel. El fracaso *histórico* de una corriente política es un fenómeno de décadas. La socialdemocracia europea parecía liquidada en los años 30 al haber sido incapaz de contener el fascismo triunfante en el continente. Esto no impidió su resurgimiento bastante fuerte en la posguerra con la derrota del fascismo. Las fuerzas sociales que dan origen a ciertos fenómenos no desaparecen de un solo borrón. En fin, no es sino mediante un vasto proceso de luchas internas, escisiones y divisiones bajo presión de las experiencias concretas que se van superando fuerzas históricas tan importantes como el populismo latinoamericano.

Por otro lado, las concepciones de la lucha revolucionaria se desarrollan y se perfeccionan al estudiar y aprender correctamente de la experiencia propia y de otros pueblos. La Comuna de París fue la fuente de enseñanza principal del movimiento obrero hasta la huelga general de 1905 en Rusia. Posteriormente los revolucionarios, y sobre todo las masas rusas, usaron esta experiencia para vencer en febrero de 1911. Las olas de masas de marzo, abril, julio, y el enfrentamiento con Kornílov en septiembre fueron las fuentes de enseñanza en que se fundamentó el alzamiento bolchevique de octubre de 1917.

En América Latina, fueron el fracaso de la Revolución Boliviana y el del gobierno de Árbenz en Guatemala los que, al lado de otras experiencias

importantes, enseñaron a los dirigentes de la Revolución Cubana la necesidad de evitar las mismas desviaciones. El fracaso de las insurrecciones foquistas abrió el camino a nuevas experiencias como la Asamblea Popular boliviana y el gobierno popular en Chile. El fracaso de esas experiencias plantea un nuevo conjunto de problemas, cuya proposición y correcta resolución servirá de base a las nuevas experiencias revolucionarias del continente.

Se ha demostrado sobre todo:

a) Que puede desarrollarse un fuerte movimiento revolucionario de masas con un programa socialista que se fortalezca en el curso de un proceso de transformaciones reformistas hasta hacerse incompatible con el orden existente. En este momento se plantea una situación revolucionaria. La clase dominante acude inapelablemente a la acción de fuerza, a la violencia armada.

b) Que la clase dominante ha sistematizado en el plano internacional los métodos de golpe de Estado como forma máxima de represión a un movimiento popular en ascenso. La cuestión del poder se desplaza, en este instante, fundamentalmente hacia la conquista política de las Fuerzas Armadas.

c) Que en este sentido gran parte de la cuestión revolucionaria pasa a girar en torno de la politización en el seno de las Fuerzas Armadas y sobre todo de la capacidad del movimiento popular de demostrar suficiente fuerza para atraer a los sectores indecisos a su interior. Durante mucho tiempo el movimiento popular vio en las Fuerzas Armadas un bloque indivisible, un ejército de ocupación completamente controlado por el imperialismo. Sin embargo, cuando la lucha de clases se acentúa empiezan a surgir corrientes favorables al movimiento popular en su interior. Es en este instante cuando se improvisan consignas y fórmulas de organización que terminan por ser insuficientes para lograr una mayoría popular en el interior. Asimismo la organización militar del movimiento popular se ha revelado siempre insuficiente para asimilar a esos cuadros militares en forma masiva. En tales circunstancias subsiste el *impasse* que se resuelve en general en favor de la derecha en Brasil en 1964 y Santo Domingo en 1966 (en este caso el sector militar que se ligó al pueblo llegó a ser tan importante que llevó a la invasión pura y simple de Estados Unidos), en Bolivia en 1971, en Uruguay y Chile en 1973.

d) El desarrollo de la lucha de clases y del movimiento popular ha dado origen en todos los casos a un intento de formación de organizaciones de

poder popular. En Brasil, el Frente de Movilización Popular se caracterizó por mantenerse a un nivel de dirección en cada estado, en algunas ciudades y nacionalmente. Reunía a la Central Obrera, las Ligas Campesinas y la Unión de Trabajadores Agrícolas, los Oficiales Nacionalistas y el Comando Nacional de Sargentos, la Unión Nacional de Estudiantes, el Frente Parlamentario Nacionalista y personalidades y partidos de izquierda. La Asamblea Popular boliviana reunió a la Central Obrera y a la Federación Minera, organizaciones estudiantiles y campesinas. Los miembros de la Asamblea eran elegidos en asambleas en los locales de trabajo y estudio. Tuvo así un carácter bastante más democrático. En Chile los comandos comunales reunían a representantes de los obreros y pobladores de la comuna elegidos por locales de trabajo, y los cordones industriales reunían a los representantes elegidos en las fábricas de un sector, mientras que los consejos campesinos representaban a trabajadores agrícolas y asalariados. Eran expresiones ampliamente democráticas de las masas en el nivel microsociedad. Sin embargo, al contrario de Brasil y Bolivia, jamás lograron organizarse nacionalmente, en parte porque se sentían representadas por el gobierno popular que ocupaba el Estado burgués, en parte por resistencias políticas de los partidos de izquierda que disfrutaban de amplia legitimidad, de dar este paso que podría parecer nítidamente insurreccional, al crear un órgano paralelo al poder existente. Tampoco se encontraron fórmulas de transición que permitiesen la coexistencia durante cierto tiempo de esta Asamblea Popular al lado de la Asamblea burguesa.

No son pocos, pues, los problemas teóricos que plantean estas experiencias políticas.

Esta digresión teórica era fundamental para colocar en marcos adecuados la alternativa revolucionaria en América Latina. Su estudio tiene que derivarse del estudio de las contradicciones del proceso de desarrollo que incluye, como elemento fundamental, la alternativa de la integración continental. Como vimos, esta alternativa es y pretende ser una solución para dos problemas: por una parte, para las limitaciones del mercado interno y la incapacidad del sistema existente para realizar las reformas capaces de permitir su ampliación. Frente a la alternativa de las reformas estructurales internas, cuyos peligros políticos y limitaciones económicas para las clases dominantes ya destacamos, se presenta la aparente solución del mercado externo. Por otra parte, esta aparece como un escape al enfrentamiento con el imperialismo

desde el punto de vista externo. En vez de enfrentar la deuda exterior con medidas radicales de moratoria, de transformación revolucionaria de sus relaciones comerciales mundiales, de paralización del drenaje de las ganancias del capital extranjero, los sectores burocráticos, las fallidas burguesías nacionales, las clases medias reformistas y sus ideólogos buscan el camino de la expansión de la receta de las exportaciones para pagar el déficit de la balanza de pagos. Por lo tanto, se trata del camino de una sumisión más estrecha, de redoblar la intensidad de explotación de la fuerza de trabajo para pagar al explotador externo. Solución que se asemeja a la de un esclavo por deudas que pasase su vida con la esperanza de juntar algún dinerillo para comprar su libertad definitivamente.

De esta manera, no es en el sector atrasado donde encontramos la clave de la situación revolucionaria, sino en la moderna empresa transnacional –“racionalizadora del mundo”, según sus ideólogos– que impulsa una subterránea corriente de explotación, por hilos a veces invisibles, que le cabe a la ciencia social hacer visibles y claros para aquellos que son objetos de esa explotación. Una estrategia revolucionaria tendría pues que interrelacionar los puntos distantes de esa cadena de explotación. Si no logra alcanzar el corazón del sistema que está en las grandes fábricas y en las grandes ciudades (o sea en la clase obrera), difícilmente podrá tener éxito. Al menos en los países que han alcanzado un grado de industrialización importante.

La conclusión que se puede sacar de este análisis no es que la estrategia revolucionaria tendría que partir de la organización de la clase obrera para obtener un triunfo. Si todos los hilos del sistema están concatenados, el ataque a sus puntos marginales deberá alcanzar a los puntos centrales. Partiendo de una situación de crisis del sector agrícola, se puede generar una crisis en el sector industrial moderno. Lo que es básico es que, si la crisis no llega a este sector, no podrá tener consecuencias revolucionarias. Así también, una organización política puede tener durante un cierto período su principal apoyo en los intelectuales, estudiantes o hasta en los campesinos, pero solo podrá plantearse como alternativa nacional en países industriales si penetra profundamente en la clase obrera. En los momentos actuales, sin embargo, la crisis se vuelve cada vez más aguda precisamente en los puntos centrales del sistema, por su incapacidad para resolver las ya destacadas contradicciones internas. Si en este período se asienta una organización revolucionaria en los

puntos más avanzados del sistema, tal hecho será crucial para el momento posterior en que la crisis se generalizará hacia los puntos más débiles. Es necesario entender esa dialéctica para asimilar las posibilidades históricas de una estrategia revolucionaria en América Latina¹¹⁰. No corresponde a este trabajo estudiar de un modo elaborado las características que asumiría una alternativa para el movimiento revolucionario latinoamericano. Nuestro objetivo es únicamente estudiar las condiciones sociales en que puede darse esa alternativa y sacar de ese análisis las consecuencias teóricas generales que le corresponden. Del mismo modo como estudiamos las condiciones que permitirían la realización de las otras dos alternativas y las contradicciones que las limitan. En este caso nos cabe hacer la misma operación.

El modelo de revolución socialista, responde, pues, a las siguientes circunstancias históricas:

a) Al fracaso del camino nacionalista y la inserción del desarrollo en el cuadro de una economía mundial basada en la expansión de la gran empresa multinacional, que exige una redefinición profunda de sus relaciones, tanto a nivel internacional como al interior de cada país.

b) A la incapacidad revelada por el sistema, en el ámbito nacional, de ofrecer una respuesta inmediata a las contradicciones generadas por el desarrollo capitalista dependiente, tanto en su sector más avanzado como en lo que respecta a la eliminación de los sectores más atrasados de la economía, combinados en el período anterior dentro del sistema del capitalismo dependiente (desarrollo desigual y combinado).

c) Al carácter paliativo de las soluciones propuestas por el sistema.

d) A la formación de un movimiento popular, independiente del liderazgo burgués a consecuencia de esta crisis.

e) A las dificultades de las fuerzas hoy dominantes para retomar el liderazgo de este movimiento, por la ausencia de alternativas inmediatas, y a la consecuente necesidad de recurrir a políticas de fuerza y antipopulares, abriendo así a este movimiento la oportunidad de liderar un amplio frente contra las clases dominantes.

110. Un terrible ejemplo de esta ley es la situación brasileña, donde la izquierda desgastó sus fuerzas principales en 1968-72 llegando a su casi liquidación física frente a un capitalismo en expansión. En consecuencia, cuando a partir de 1974 la economía y el poder militar entran en crisis, ella se ve desgastada e inmovilizada.

f) A la consecuente legitimidad dada por el sistema a la acción radical de este movimiento, debido a la violencia institucionalizada de las clases dominantes. De esta forma tiende a generalizarse, a nivel continental, un conflicto sumamente radical como producto de las propias necesidades del sistema de aumentar las relaciones de dependencia en el nivel regional, con la aparición del subimperialismo o los subcentros dominantes.

La estrategia que nace de esa situación, en un principio de forma empírica, pero que tiende progresivamente a sistematizarse, adoptaría por tanto las siguientes direcciones:

a) Estaría concebida como una estrategia continental que obligaría al sistema (tanto a su centro dominante como a los dominantes dominados) a atacar por todos lados, dispersando sus fuerzas y permitiendo la intensificación del cerco revolucionario.

b) Se concebiría como una lucha revolucionaria a largo plazo, que intentarían reunir progresivamente fuerzas para crear las condiciones de un asalto final.

c) Sería concebida como una lucha popular, que organizaría progresivamente a las masas para generalizar la lucha y fortalecerlas orgánicamente para el asalto final; en este sentido se combinarían las más diversas formas de lucha, con el predominio relativo de una de ellas en cada momento.

d) El asalto sería concebido partiendo del ataque a uno de los puntos más frágiles de la corriente, o sea, a aquel punto donde las contradicciones del sistema sean más agudas.

e) La conducción de este proceso exigiría la formación de fuerzas partidarias a nivel continental que dirigirían el conjunto de la lucha en los frentes armado, ideológico y organizativo, y formarían los cuadros capaces de orientar una lucha tan compleja.

Como en los casos anteriores, preferimos analizar el modelo estudiado desde una perspectiva teórica general. Es claro que la realización práctica de ese modelo pasa por etapas intermedias que tienen su propia especificidad y limitan su pleno desarrollo. En este caso, actúan varios elementos en la realidad inmediata contra su realización. Destacaríamos solo tres de ellos:

El primero es el empirismo que caracteriza a la izquierda latinoamericana, reflejo de la dependencia general del continente. Este empirismo conduce a la copia mecánica de las experiencias de otros países, a una falta de

sistematización teórica de la propia experiencia vivida y, por lo tanto, a una gran dificultad de unir la teoría a la práctica. Sin embargo, el proceso de autorreflexión sobre la Revolución Cubana y sus proyecciones continentales, el intenso desarrollo de la lucha ideológica en el continente, la elevación del nivel teórico y de la investigación en las ciencias sociales, forman un fondo común para la sistematización creciente de un pensamiento revolucionario maduro en la región que no podrá despreciar las enseñanzas de las experiencias frustradas.

El segundo elemento que opone obstáculos a la realización del referido modelo es la dispersión política y organizativa de las fuerzas que constituirían sus bases orgánicas. La dispersión de la izquierda radical o revolucionaria, el carácter indefinido de sus luchas internas, sus matices no muy bien delineados, las conducen a una gran pérdida de eficacia. Pese a que corresponden a fuerzas sociales muy amplias, contando con un gran número de cuadros de vanguardia, estos cuadros no están organizados y disciplinados, lo que lleva a un gran desperdicio de recursos humanos. Todo esto se debe a su origen de clase, esencialmente pequeñoburgués. Sin embargo, en este sentido también se están produciendo cambios que indican un proceso de reorganización y reagrupamiento que se hace basándose en las propias experiencias prácticas. Este reagrupamiento puede ser incidental, pudiendo por lo tanto desarticularse en un momento de reflujos de las acciones armadas y/o de masas que le sirven de punto de aglutinamiento. Lo que puede garantizar su eficacia es, sobre todo, una aclaración de la línea política que le sirve de base.

El tercer elemento está relacionado con las tendencias a acciones políticas que ignoran el grado de desarrollo político de las masas y tienden a sustituir el trabajo de organizarlas por la acción de grupos aislados; esto es lo que se llama, en lenguaje marxista, “aventurerismo izquierdista”.

Este es uno de los problemas más complejos que enfrenta toda la acción revolucionaria: la capacidad de unir la acción volitiva de las vanguardias a las necesidades y el desarrollo real de las masas. En la medida en que el empirismo domine a estas organizaciones, difícilmente podrán asegurar la corrección de sus posiciones frente a las grandes masas. La capacidad de generar informaciones correctas, de reflexionar críticamente sobre su propia experiencia y sobre las experiencias de otros y de incorporar esto en una visión teórica y doctrinaria siempre en renovación, es producto de un largo

proceso de formación política de cuadros, formación descuidada y despreciada en América Latina. Lo que podría neutralizar este descuido sería la influencia de algunas organizaciones ya referidas que se dedicaron a esta tarea. Es muy difícil decir (no hay instrumentos de evaluación disponibles) hasta qué punto este trabajo ha rendido frutos.

Por lo visto, el modelo de guerra popular continental encuentra serias limitaciones a su realización. Tales limitaciones no fueron presentadas bajo la forma de contradicciones como en los dos modelos precedentes. Por lo tanto, se supone la posibilidad de su superación sin conflictos radicales. Sin embargo, también supone conflictos internos graves, sobre todo si se toman en cuenta las relaciones de estas limitaciones con el movimiento reformista, externo a la izquierda radical o revolucionaria, siendo ahí donde se podrían encontrar contradicciones bastante profundas. Si es verdad, como buscamos demostrarlo, que la izquierda radical se alimentó y todavía en parte continúa alimentándose de la descomposición del reformismo nacionalista (o de la concepción en general denominada, “prosoviética”, la cual sufrió importantes cambios desde la Conferencia de Partidos Comunistas de 1969, que admitió la posibilidad de alcanzar el socialismo en los países latinoamericanos), es de suponer que, a partir de un cierto momento (en que las definiciones se harán más radicales), aparecerán conflictos muy agudos. Por último, opera sobre este movimiento la acción de los movimientos de derecha que surgen y la represión institucional, que limitan en gran parte su acción. El hecho de que las Fuerzas Armadas y la policía del continente estén desarrollando sus tácticas antiinsurreccionales lanza un gran desafío a estas fuerzas. En estas circunstancias, la preparación técnica de sus cuadros pasa a ser un elemento vital, pero es el apoyo popular, innegablemente, la clave de su impunidad política. Después de la experiencia de la Unidad Popular en Chile, se ampliaron enormemente los marcos de la discusión sobre la lucha por el socialismo en el continente. Se hicieron patentes las amplias posibilidades de utilización del aparato institucional burgués y también se hicieron evidentes los límites de esa utilización. En ese sentido, la Asamblea Popular boliviana ha entregado otros importantes elementos de juicio sobre la capacidad política de las masas.

Por otro lado, el fracaso de varios movimientos militaristas y foquistas, particularmente en Brasil y Uruguay, demostró también los límites tan estrechos del militarismo aventurero.

Pero ¿cuál será el futuro de la izquierda en nuestro subcontinente? Ella es una realidad presente, a pesar de todas sus debilidades que hemos señalado, y siempre renace donde las condiciones permiten el diálogo democrático. Lo importante es pues saber cambiar sus tácticas en las situaciones y períodos diferentes y aproximarse a las grandes masas. Dentro de este criterio, la nueva coyuntura que se presenta en el subcontinente después del golpe militar en Chile y que se liga a la depresión económica capitalista de 1974-75, que hemos analizado en la segunda parte, merece un análisis detenido y con criterios los más amplios posibles.

5. UNA VISIÓN DE CONJUNTO

En el análisis que hicimos hasta ahora, pusimos de relieve el fracaso del modelo de desarrollo nacional autónomo y el surgimiento de tres fuerzas socioeconómicas como posibles soportes de nuevos modelos de desarrollo (la gran empresa internacional, el capitalismo de Estado y el movimiento popular independiente). Analizamos, en seguida, los modelos de desarrollo que podrían intentarse por parte de estas fuerzas (la nueva división internacional del trabajo, la dependencia negociada y el socialista). También vimos las contradicciones y límites que la realización de cada una de esas alternativas presentan. Nos cabe ahora resumir este proceso en su conjunto y analizar las contradicciones entre los distintos modelos señalados, restableciendo la visión del movimiento en su totalidad, que nos había hecho perder su separación analítica.

Como vimos, la alternativa de la nueva división internacional del trabajo (I), bajo el control de la gran empresa internacional, es al mismo tiempo compatible e incompatible con la alternativa de la dependencia negociada (II). Las contradicciones surgen cuando se toma en consideración el aspecto nacional y estatista de la alternativa II. Lo que todo indica, si se abstrae la acción del movimiento popular, después de un período de conflictos y enfrentamiento, es que la alternativa I sería la victoriosa sin eliminar completamente los sectores que sustentan a la alternativa II. Lo que significa que las contradicciones entre I y II no son antagónicas, a pesar de generar momentos muy críticos. Pero la introducción del modelo socialista (alternativa III) en el análisis complica la situación. El fortalecimiento de III puede acelerar las

contradicciones entre I y II, en el sentido de que, por una parte, I quiera resolver rápidamente sus conflictos con II para eliminar en seguida a III, mientras que II intente usar a III para chantajear más a I y obtener mayores concesiones. No obstante, en la medida en que III se perfila como una posibilidad real e inmediata, tanto I como II tienen que aliarse para destruir a III. La solución final del conflicto depende de la capacidad de III para dividir a I y II en un primer momento y para, después de debilitarlos, enfrentarlos unidos y vencerlos, o por otra parte, de la capacidad de I y II para unirse y derrotar a III.

En términos menos abstractos, esto significa que la gran empresa transnacional someta definitivamente al capital estatal y liquide al movimiento revolucionario. Para realizar esta operación bastante difícil, tendría que contar con fuerzas de represión mucho más eficaces de las que le otorga la sola acción militar e institucional.

Es necesario, pues, disponer del apoyo de un sector dentro de las masas para derrotar a un movimiento insurreccional popular o un gobierno de carácter popular auténtico, o solamente demagógico pero que sea incapaz de contener el avance de las masas. En este caso, estas movilizaciones, que pueden asumir la forma del golpe militar, tienen que contar con el apoyo creciente de un movimiento fascista que tenga su base en los sectores decadentes de la vieja sociedad (latifundistas, clases medias tradicionales en decadencia, pequeña burguesía empobrecida y desplazada socialmente por los monopolios, oficiales medios desilusionados con las soluciones militares institucionales, subproletariado disponible para una movilización violenta) que se organizan para combatir al “comunismo” que ellos ven como el causante de sus males. En un segundo plano, atacan también al monopolio, pero sin tener una contradicción antagónica con él. Sin embargo, un movimiento fascista de este tipo solo puede llegar al poder aliándose al gran capital. A mediano plazo, estos sectores fascistas deberán ganar suficiente importancia para constituirse en un instrumento de la alternativa I. Pero será un instrumento contradictorio, pues no le faltarán a estos movimientos fascistas banderas nacionales y anticapitalistas; mas, así como Mussolini y Hitler pudieron eliminar a los sectores socializantes de su movimiento para servir tranquilamente a la política de los grandes monopolios, también en nuestros países el movimiento fascista podrá destruir su sector nacionalista para servir mejor al imperialismo. De carácter defensivo, este fascismo vendría a asegurar la so-

brevivencia de la sociedad capitalista dependiente, mantener la estagnación relativa, aumentar la explotación de las masas, incorporando a una parte del subproletariado urbano y rural a estas condiciones de explotación y generando las condiciones para la plena restauración del desarrollo capitalista dependiente, dentro de una nueva división internacional del trabajo.

EPÍLOGO: AMÉRICA LATINA EN LA COYUNTURA DE LA GRAN DEPRESIÓN

1. LA CRISIS ECONÓMICA Y AMÉRICA LATINA

Para analizar el papel de América Latina en la coyuntura internacional es preciso realizar un resumen breve de las características de la misma que hemos estudiado en la segunda parte.

Después de un período de auge económico más o menos continuo desde 1949 hasta la década del 60, la economía capitalista internacional empezó una etapa depresiva que según creemos deberá durar un período relativamente largo. La primera etapa de esta crisis ocurrió entre 1967 y 1971, marcados en general por una baja de la tasa de crecimiento económica de todos los países capitalistas desarrollados y por una situación de no crecimiento en algunos de ellos en 1967 y 1970. Asimismo, en estos años se empezó a cuestionar definitivamente el sistema financiero internacional que se estableció en Bretton Woods y que había sido el soporte financiero del auge económico anterior; se empezó a cuestionar seriamente el papel internacional del dólar y la libra perdió definitivamente su papel de moneda internacional, se terminó el patrón oro, se estableció el sistema de libre variación de las monedas; también en este período empezó el proceso inflacionario abierto que venía siendo controlado a duras penas y se produjo por vez primera el fenómeno de la “estagflación”.

Los años de 1972 y 1973 están marcados por una fuerte recuperación de la economía capitalista, particularmente la de Estados Unidos. Se produce un nuevo auge del comercio mundial, que se acompaña, sin embargo, por fortísimas presiones inflacionarias que se desatan en una inflación internacional abierta en la segunda mitad de 1973. Las características de estos dos años de recuperación indicaban claramente que esta sería corta y llevaría a un nuevo período depresivo más grave que el anterior.

Es de especial relevancia señalar los efectos de este período de recuperación sobre el comercio mundial de materias primas. En general, el auge del intercambio internacional provocó un fuerte auge de los precios de materias primas, particularmente productos agrícolas. Posteriormente, el boicot de los países productores de petróleo, provocado a raíz del conflicto árabe-israelí de fines de 1973, introdujo un poderoso factor de impulso a este movimiento alcista en las materias primas y productos mineros en general. Varios factores coyunturales ayudaron a dar un carácter dramático a la situación de ciertos productos. Este fue el caso del trigo, cuyo mercado fue profundamente deformado por las importantes compras que realizó la Unión Soviética a Estados Unidos. Pero en general la explicación del movimiento alcista se encuentra en el carácter artificial y especulativo del *boom* económico producido entre los años 1972-73, las malas cosechas del período, el aumento del poder de los países dependientes, poder que se había acrecentado a consecuencia de la difícil situación económica, financiera y política de los países desarrollados y particularmente de Estados Unidos durante el período crítico de 1967-71.

Un rápido balance de este movimiento alcista nos permite percibir su dimensión e importancia.

Entre 1972 y 1973, prácticamente todos los productos de exportación de nuestros países aumentaron sustancialmente sus precios. Según el estudio económico de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) de 1973, tomando a 1970 como índice 100, el total de los principales productos de exportación de América Latina aumentó sus cotizaciones internacionales a fines de 1973 a 180,2 puntos.

Dentro de esta alza general, las materias primas agropecuarias (como aceite de linaza, algodón, cueros de vacuno, harina de pescado, lana y soya) elevaron sus cotizaciones al índice 265; los alimentos y bebidas de zona templada (carne de vacuno, maíz y trigo) al índice 200; los alimentos tropicales (azúcar, plátano, cacao, café) presentaron un índice de 163,2; los metales (cobre, estaño, mineral de hierro, plomo, zinc y aluminio) subieron a 191 puntos.

Analizando los productos individualmente, encontraremos que se produjo en el período un crecimiento para todos excepto el aluminio, que bajó su cotización a 97 puntos (paradójicamente es el producto que mayor perspectivas de aumento tuvo en la baja de precios de 1974-75). Entre los principales productos había que considerar los aumentos prodigiosos de precios de la

linaza (392), del trigo (339), de la lana (317), del algodón (319), y el caso excepcionalísimo del zinc (505).

De esta manera, los países dependientes tuvieron una excelente oportunidad de mejorar sus balanzas de pagos internacionales y presionar por la realización de sus propios intereses. Sin embargo, el cuadro no era tan rosado como estos datos podían hacer parecer. En ese mismo período subieron los precios de los productos industriales que consume América Latina, como consecuencia de los mismos factores inflacionarios ya descritos, los cuales se vieron aún más favorecidos por las condiciones monopólicas superiores de que disponen los países industriales, apenas disminuidos por el aumento de la competencia interimperialista en el período de crisis en curso. Es necesario señalar, sin embargo, que esta competencia, en la fase monopólica y de capitalismo de Estado actual, no se manifiesta bajo la forma de la baja de precios, sino de aumento de impuestos, rebaja de créditos, cambios de cotizaciones, etc.

Sin embargo, el estudio de la CEPAL muestra que el balance general de las relaciones de intercambio fue favorable para América Latina en el período, invirtiendo por algún tiempo una tendencia de deterioro que la CEPAL ha buscado demostrar desde hace mucho como fenómeno permanente. Es así que los precios en valor unitario constante de las exportaciones latinoamericanas subieron entre 1971 y 1972 en 15% y entre 1972 y 1973 en 34%, mientras el mismo índice de los productos importados subió en 8% entre 1971 y 1972 y en 19% entre 1972 y 1973. Como resultado de estos cálculos, las relaciones de intercambio para América Latina sufrieron una mejoría del 7% y del 13% en estos mismos años.

Paradójicamente, las balanzas comerciales latinoamericanas en valores constantes presentaron en el mismo período un saldo negativo para América Latina, fenómeno que no ocurría hacía muchos años. Durante el período 1971-73, el subcontinente latinoamericano no solo experimentó un déficit en su balanza comercial que hace mucho no se producía, sino que este fue en aumento a lo largo de los tres años: 1.882 millones de dólares en 1971, 2.451 en 1972 y 3.094 en 1973. La razón de esta situación es fácil de explicar. Mientras entre 1968 y 1971 la economía capitalista en los países desarrollados presentaba una situación depresiva, los países latinoamericanos, principalmente Brasil y México, salían de una depresión que se manifestó a mediados de la

década del 60. Fuertes inversiones internacionales fueron acompañadas por aumentos significativos de importación de maquinarias y materias primas elaboradas, productos clave de acumulación de capital en los países dependientes. Se produjo así una disminución de las ventajas producidas por el aumento de los términos de intercambio, pues los países capitalistas desarrollados tendieron a comprar menos y a vender más.

Con el aumento de los precios del petróleo, sus derivados y otros productos relacionados, muchas de las ventajas alcanzadas por algunos países en el período se ven anuladas. Esto pasó sobre todo con los que son altamente dependientes de la importación de petróleo, como es particularmente el caso de Brasil. En América Latina, solamente Bolivia, Colombia, Ecuador, Trinidad y Tobago, Venezuela y recientemente México, son exportadores petroleros netos y se beneficiaron con el aumento de precios del producto. Los otros sufrieron de manera más o menos grave sus efectos desfavorables. Según los cálculos de las Naciones Unidas, los aumentos debidos a la nueva cotización del petróleo significaban un desembolso adicional de 10.000 millones de dólares en los “países en desarrollo”. Tal aumento elevaría su déficit en cuenta corriente internacional de 15.000 millones de dólares a 25.000 millones.

Si tomamos en consideración los enormes montos que adeudan estos países internacionalmente, se puede entender la gravedad de esta situación financiera. La única solución visible a corto plazo, sin causar un enorme trastorno mundial, sería que los mismos países petroleros reorientasen los dólares recibidos hacia la cobertura de estos déficits. En este sentido se han tomado varias medidas, buscando “reciclar” los petrodólares a través de los organismos internacionales vigentes. Es sin embargo evidente que la situación puede estimular a los países petroleros a realizar acuerdos bilaterales de intercambio comercial con los países importadores de petróleo, que dispongan al mismo tiempo de importantes productos de exportación. Asimismo, no faltarán, en tal circunstancia, aquellos que vean en la suspensión unilateral del pago de sus deudas externas el único camino para enfrentar la situación. Tales posiciones extremas solo podrán ser evitadas si hay un mínimo de colaboración internacional, la cual no es una característica propia de los individuos, empresas y países dentro del capitalismo en crisis. Solo el miedo de una nueva crisis como la de 1929, acompañado por un importante

fortalecimiento de la intervención estatal en escala internacional y nacional, podría mitigar en parte los efectos de esta situación financiera tan adversa para el capitalismo, evitando así una situación catastrófica pero no un período difícil más o menos largo.

Es necesario señalar, sin embargo, que la situación general de los países dependientes se alteró sustancialmente como consecuencia del nuevo período que se inauguró a fines de 1973, que se caracteriza por una depresión generalizada en todos los países capitalistas desarrollados y una baja de las tasas de crecimiento en todo el mundo capitalista. (Véase el capítulo de la segunda parte sobre la gran depresión). A pesar de esta depresión, las tasas inflacionarias no han cedido significativamente en la economía mundial. Sin embargo, los países dependientes han sufrido muy pronto un efecto negativo sobre los precios de sus exportaciones. De esta manera, el balance comercial de nuestros países presentó un déficit aún mayor a fines de 1974 y 1975, a pesar de que se produjo una baja de nuestras importaciones (con evidentes efectos en las tasas de crecimiento).

Esta baja generalizada de los precios de las materias primas afectó al petróleo y disminuyó en buena medida los superávits financieros creados por los aumentos de 1973-74. Asimismo, el relativo poder de negociación alcanzado por los productores de petróleo y otros cárteles de productores de materias primas podría actuar también como un factor importante de neutralización del movimiento de bajas de precios. No es por otra razón que el presidente de Estados Unidos, Gerald Ford, buscó el foro de las Naciones Unidas para proferir fuertes amenazas a la organización en cárteles de los países vendedores de productos básicos.

La gravedad de la actual crisis económica nos hace prever también una tendencia a aflojar el movimiento internacional de capitales, y, paralelamente, a aumentar las ansias de ganancia de los capitales internacionales. Es necesario señalar, sin embargo, que la fuerte inflación y las tendencias a la baja de cotización en las principales bolsas del mundo cumplen un papel significativo de disminución de los valores disponibles, reforzando así la tendencia a la depresión del movimiento internacional de capitales. El aumento de las contradicciones internas del sistema, entre las potencias imperialistas y entre ellas y los países dependientes, debe llevar a un reforzamiento de las medidas proteccionistas y restrictivas, ya sea del comercio de mercancías o

del movimiento de capitales. Dos interesantes ejemplos pueden ser el establecimiento de una tasa del 14% sobre el valor del calzado brasileño importado por Estados Unidos y el movimiento en curso en el Senado y en los medios financieros norteamericanos para restringir la entrada de capitales internacionales (principalmente árabes) a Estados Unidos, los cuales amenazan con producir una fuerte desnacionalización de la propiedad en este país antes tan defensor del libre movimiento de capitales.

Las crisis capitalistas de 1890-93, 1911-13, 1919-22, 1929-45, 1958-61 fueron acompañadas por fuertes movimientos populares en América Latina, por una disminución de la penetración del capital internacional y por una mayor capacidad de maniobra de los países dependientes, bajo presión de las burguesías locales, pero sobre todo de movimientos populares pequeño-burgueses y obreros. Entre 1968 y 1971 asistimos otra vez a un fuerte ascenso de masas en nuestros países. ¿Podemos pensar por lo tanto que la actual crisis capitalista mundial provocará efectos similares?

Para responder a esta pregunta es necesario analizar con detenimiento el período que empieza a partir de 1967.

2. TENDENCIAS Y PERSPECTIVAS DE LA COYUNTURA

La crisis económica debilita incuestionablemente el poder de presión de los centros imperialistas sobre los países dependientes. Asimismo, acentúa las contradicciones del sistema económico-social, tanto entre los capitalistas como entre las naciones y las clases sociales. Ideológicamente, se produce una desconfianza respecto de la capacidad del sistema capitalista para promover el progreso, lo que aumenta la agitación de ideas revolucionarias y contrarrevolucionarias. Todo esto tiene una fuerte incidencia en el mundo dependiente, donde las ideas revolucionarias se mezclan con el problema nacional y la lucha en contra de la dominación imperialista. Las burguesías y burocracias locales ven en el debilitamiento relativo del imperialismo una oportunidad histórica para obtener nuevos campos de inversión y reforzar su poder autónomo. Buscan casi instintivamente utilizar la inquietud social y sus consecuentes movilizaciones en función de sus propios intereses.

En buena medida el fenómeno del neopopulismo latinoamericano encuentra un asidero en estas situaciones críticas. Es así que no es extraño ver

retornar en el momento actual al fenómeno populista y social-progresista en nuestros países. Asistimos en nuestros días a una especie de neopopulismo que llega a expresarse incluso a través de viejos caudillos que muchos pensaban fuera de nuestra historia. Sin hablar de la vuelta de Perón, cuya continuidad política mediante un movimiento organizado hizo más explicable su reaparición al frente de Argentina, acompañado de una “nueva” Eva Perón, nos puede parecer mucho más extraño la reaparición de una personalidad como la de Rojas Pinilla en Colombia, que casi alcanza la victoria en las elecciones de 1970. No deja de ser importante observar en nuestros días el retorno político de la “izquierda democrática”, con Acción Democrática en Venezuela, López Michelsen en Colombia, Odúber en Costa Rica, Echeverría en México.

En el mismo período, en parte bajo la influencia de la victoria de la Unidad Popular en Chile, se forman frentes populares (que buscan imitar a la UP pero con un programa mucho menos radical) que revelan relativa capacidad de movilización en Uruguay y en El Salvador, ambos derrotados por golpes militares. En fin, en Perú, en Panamá, en Honduras, se forman gobiernos militares con pronunciamientos nacionalistas y una política internacional progresista.

La expresión más radical de todo este movimiento era la Unidad Popular en Chile, al plantear claramente un objetivo socialista inmediato, como resultado de las medidas antiimperialistas, antioligárquicas y antimonopólicas que caracterizaban la primera fase de su gobierno. El desarrollo de un fuerte movimiento de masas, nuevas formas de poder popular y la alta conciencia política de las masas daban una calidad distinta al proceso en curso en Chile, lo que obligó a las fuerzas contrarrevolucionarias a una respuesta mucho más radical y sanguinaria que todo lo que se había hecho en términos de represión en América Latina. Antes, en Bolivia, el surgimiento de la Asamblea Popular como órgano de poder popular había señalado las nuevas formas de actuación y conciencia hacia las cuales tiende el movimiento popular en el subcontinente.

El aplastamiento del gobierno popular siguió al golpe boliviano en 1971, al golpe blanco durante las elecciones y al posterior contragolpe al intento de insurrección militar progresista en El Salvador, al golpe casi abierto de Uruguay, y tendió a contener, en consecuencia, el radicalismo creciente

de las masas y las llevó a canalizar sus inquietudes en fuerzas más de centro. Después del golpe militar chileno, se formaron en América Latina varios gobiernos de centro-izquierda y se conformó una nueva correlación de fuerzas que se expresó en la Organización de Estados Americanos (OEA), mediante el restablecimiento de relaciones con Cuba y en la repulsa generalizada a las medidas brutales de la junta militar que usurpó el poder en Chile.

¿Qué resultados concretos pueden obtener estos gobiernos y otros que se formen, desde un punto de vista internacional?

Desde luego, asistimos a un interesante fenómeno en Venezuela. Hace muy pocos años parecería una utopía pensar que un gobierno constitucional podía nacionalizar las empresas de petróleo de aquel país sin ninguna consecuencia violenta a la vista. Pero Venezuela pudo recuperar muy tranquilamente su petróleo. Más difícil fue alcanzar el objetivo de controlar la comercialización y el transporte de dicho producto. Se llegó a la solución de la “empresa mixta” en estos sectores que permitió al imperialismo mantener su control en los aspectos estratégicos de la política petrolera.

Perú y Ecuador han podido, por su lado, negociar con cierta flexibilidad la explotación de sus riquezas minerales. Perú llegó a nacionalizar una empresa decadente de cobre, la Cerro Pasqua, sin ningún conflicto significativo. Aun el ultraproimperialista gobierno de la junta militar chilena no tocó la propiedad estatal de las minas de cobre, limitándose a pagar suculentos dólares por la nacionalización y a entregar el control de la comercialización a las empresas transnacionales.

Lo que se muestra mucho más difícil de lo que muchos podían pensar es el intento de formar cárteles que impongan el precio de los productos básicos. La más reciente victoria, la de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), ha demostrado las limitaciones de esta política. En primer lugar, las ganancias más significativas obtenidas con el aumento de precio del petróleo, las retuvieron las principales compañías petroleras. En segundo lugar, los efectos violentos de los nuevos precios sobre la inflación y las finanzas internacionales, tienden a transformarse en un búmeran en contra de los países productores o por lo menos en una constante amenaza. Tercero, se ha logrado dividir a estos países y Arabia Saudita tiende a plantear una política independiente, si la situación se hace más tensa. En cuanto a los gobiernos renuentes a aceptar la presión de los países compradores, se les

amenaza abiertamente como lo hizo el presidente Ford en la Asamblea de las Naciones Unidas, dando origen a una incisiva respuesta del presidente Carlos Andrés Pérez de Venezuela. Las presiones y contra-acciones son por lo tanto muy fuertes y variadas y van desde la transmisión a terceros de los efectos de las medidas a través de los mecanismos de la distribución y comercialización, pasando por las amenazas financieras y las divisiones políticas, hasta la posibilidad del uso abierto de la fuerza.

A pesar de que hay un importante sector de las clases dominantes norteamericanas dispuesto a apoyar y realizar una nueva división internacional del trabajo que transfiera hacia los países dependientes buena parte de la industria con uso intensivo de mano de obra, hay también, como lo vimos anteriormente, fuertes resistencias a esta política en Estados Unidos. Esta resistencia viene de los sectores afectados por la competencia de los productos importados, sean los capitalistas locales, sean los trabajadores afectados por el desempleo generado a consecuencia de la baja de producción o quiebra de estas industrias. Esto ha llevado a constantes conflictos y actos de represalia. Brasil, que ha entrado de lleno en el esquema de la nueva división internacional del trabajo, ha tenido graves problemas a pesar de su docilidad frente al capital internacional y sus gobiernos. Entre otros están los conflictos con Estados Unidos referidos a la importación de café soluble, de las telas y del calzado. Recientemente los empresarios alemanes alertaron al gobierno brasileño acerca de sus medidas de protección a las industrias de máquinas nacionales y las posibles represalias que pueden producirse. La transferencia de importantes sectores de producción industrial a los países dependientes es una tendencia necesaria del desarrollo del capitalismo, pero esto no excluye una gran cantidad de conflictos que genera y que pueden producir situaciones muy difíciles.

Producir las condiciones favorables para acelerar la nueva división internacional del trabajo. En esto se resumen, en general, las transformaciones que el neopopulismo puede realizar en América Latina en el momento actual. A ellas se agrega solamente el aumento de comercio con los países del área socialista, tendencia incontestable, y un asunto un poco más complicado que es el aumento del comercio intrazonal. Vistas de una manera general, ambas medidas nada tienen de conflictivas. La cuestión está en cómo se ejecutan, en su extensión y orientación.

El comercio con los países socialistas puede entrañar problemas cuando favorece una mayor intervención estatal en la economía para poder negociar con economías centralizadas y planificadas y beneficiar así a ciertos sectores populistas que postulan un desarrollo del capitalismo de Estado superior a los límites razonables para el capital monopolístico. Este comercio también entraña problemas cuando es acompañado de ciertas libertades de propaganda ideológica que encuentran profundas repercusiones en las masas. Por último llega a hacerse francamente peligroso para el sistema cuando envuelve ayuda militar, acuerdos políticos u otras áreas de igual sensibilidad.

El comercio intrazonal también es favorecido generalmente por el gran capital internacional, como una manera de aumentar las posibilidades de inversión en la región. Pero este comercio puede adoptar formas poco aceptables para el imperialismo cuando asume un carácter más estratégico. Sin hablar del apoyo comercial del gobierno mexicano al gobierno popular chileno al enviarle ciertos productos clave, que responde a una motivación más política que económica, se plantean problemas relativamente importantes cuando Brasil y Venezuela puedan proponer un esquema bilateral de negociaciones en torno del petróleo de este último y de las industrias naval, de maquinaria y pesada del primero. A pesar de que tal política no hiera intereses económicos inmediatos puede dar a Venezuela un poder de maniobra internacional que no conviene al imperialismo. Por esta razón Brasil no puede lanzarse a una política real de atención a sus necesidades de petróleo.

Pero indudablemente uno de los factores más importantes que impiden un mejor aprovechamiento de la actual crisis internacional, aun en el cuadro de una política democrático-burguesa-nacional, es la existencia de regímenes colaboracionistas con el imperialismo, particularmente en un país de la importancia estratégica de Brasil. Además, como estos regímenes están identificados con gobiernos de fuerza, de base militar, y con fuertes influencias fascistas en el Estado e incluso en su estructura y funcionamiento, representan un fuerte estímulo a las fuerzas más retrógradas en el interior de cada uno de nuestros países. El “partido brasileño”, compuesto por fuertes corrientes fascistas y parafascistas, representa una importante fuerza política en América Latina. Contando con el apoyo directo de autoridades brasileñas y norteamericanas, este “partido” se ha aventurado en los golpes de Estado boliviano, uruguayo y chileno de manera casi pública. En Venezuela, Co-

lombia, Argentina, México y muchos otros lugares no son pocos los políticos y empresarios que defienden abiertamente el “modelo brasileño” para sus países.

Por ello, el abierto y franco fracaso del llamado “milagro brasileño” deberá tener una importante consecuencia política en América Latina en la actual coyuntura. Este “milagro” consistió de hecho en unos magros seis años de crecimiento ininterrumpido del PNB, cercano al 10%. En primer lugar, hay que calificar el tan propagado “milagro”. Brasil creció a tasas similares entre 1955 y 1961, en pleno desarrollo democrático. A partir de 1962, entró en una fuerte depresión que se profundizó como consecuencia del golpe de Estado de 1964 y se prolongó hasta 1967. En 1968 maduraron muchas inversiones a largo plazo hechas al comienzo de la década bajo la presión de un fuerte movimiento popular, tales como la industria naval, buena parte de las instalaciones de energía eléctrica, acero, etc. Ante la fuerte presión de un movimiento de masas renaciente entre 1967 y 1968, el gobierno de Costa e Silva aseguró la instalación en Brasil de la petroquímica pesada y parte de un sector de la industria aeronáutica. Tales inversiones complementaban las de infraestructura, de industrias de base y automovilística, que se habían instalado bajo el impacto del varguismo y del gobierno Kubitschek, ambos fuertemente presionados por un abierto juego democrático.

Es pues evidente que los años de crecimiento económico entre 1968 y 1973 no tienen que ver directamente con la existencia de un gobierno de fuerza y del “golpe en el golpe”, dado en oportunidad del Acta Institucional número 5, en 1968, que suspendía la vigencia de las garantías constitucionales, vagamente aseguradas por la Constitución impuesta en 1966 por los propios militares. Al contrario, las arbitrariedades cometidas por los aprendices de planificadores, el carácter completamente entreguista de la política económica seguida, la orientación de la economía hacia el mercado mundial a falta de una política de reformas estructurales que abriese el mercado interno, las facilidades ofrecidas al capital internacional y las dramáticas consecuencias que representan en la balanza de pagos del país, el clima de idiotización creado por una propaganda del “Brasil Gigante” que hizo a gran parte del pueblo brasileño creer que se había convertido en una potencia muy importante y desarrollada; todo esto, y las innumerables aventuras económicas, sociales y políticas que intentaron cubrir la miseria del pueblo brasileño con

un clima de carnaval, llevó al país a un desperdicio de sus enormes potenciales de desarrollo y no logró esconder la verdadera cara del “milagro brasileño”.

En 1974, se manifestaron los límites de este crecimiento anárquico y mal orientado. Un gigantesco déficit comercial que solo puede ser cubierto con mayores inversiones internacionales se alía a una inflación admitida del 32%, al desabastecimiento de una gran cantidad de productos básicos, a una desconfianza generalizada del aparato financiero (expresada en parte en la quiebra del Banco Halle), y a la clara admisión de una acentuada baja en el ritmo de crecimiento. Para una economía que se lanzó completamente a un esquema de crecimiento continuado del 10% y que depende dramáticamente de que se continúe creyendo en esta posibilidad, estos datos representan el comienzo de una aguda crisis económica y política. El actual gobierno presidido por Ernesto Geisel simboliza una toma de conciencia de estos problemas, que ya se veían claramente desde 1973. Geisel y las fuerzas que lo apoyan saben que es imposible mantener la tasa de crecimiento del 10% y que se debe esperar una crisis económica más o menos grave; sabe que en tales circunstancias no hay aparato policíaco capaz de contener la ira popular y que por el contrario tiende a exacerbarla; sabe que la política internacional ultrarreaccionaria de la dictadura brasileña no puede mantenerse sin provocar un aislamiento dramático para el país con fuertes efectos en sus intereses económicos.

En 1973, Brasil tuvo que cambiar su posición de apoyo al imperio portugués, como resultado de la presión de los países árabes, importantes abastecedores de petróleo. Con la descolonización resultante de la Revolución Portuguesa tuvo que desarrollar una política flexible en África y hasta reconocer al gobierno del Movimiento para la Liberación de Angola (MPLA) en ese país. Asimismo, el gobierno de Geisel abrió relaciones con China Popular y no asumió una posición intransigente en la OEA frente a la suspensión del bloqueo a Cuba. Con Argentina, se llegó a un acuerdo provisional sobre la cuenca del Plata. Y es muy dudoso que el gobierno brasileño pueda sustentar económicamente a los gobiernos militares de Bolivia, Uruguay y Chile que tan aventureramente respaldó.

Todo esto significa un debilitamiento inmediato del “partido fascista” en América Latina. Por algún tiempo por lo menos debemos creer que estas fuerzas disminuirán su capacidad de atracción para las capas medias. Como los datos lo evidencian, los gobiernos derechistas se ven debilitados. Además

del fracaso brasileño, evidenciado particularmente en la masiva derrota electoral del partido de la dictadura en diciembre de 1974 y en diciembre de 1976, en Bolivia, Bánzer está bajo la fuerte presión de las masas y con profundas divisiones internas de las fuerzas que lo llevaron al poder; en Uruguay, los militares se ven sin el apoyo de la clase media y aislados internacionalmente; en Paraguay los descontentos en contra del imperialismo brasileño movilizan a importantes sectores populares de la burguesía local; en Perú el ala derecha del Gobierno fue duramente golpeada en 1975, pero un golpe blanco de Morales Bermúdez en 1976 fortaleció otra vez a corrientes derechistas; en Argentina, López Rega, como expresión del ala derecha del peronismo, terminó completamente aislado, transformando el peronismo de derecha en un movimiento minoritario. A falta de una alternativa revolucionaria fueron los militares quienes asumieron el poder produciendo un nuevo movimiento hacia la derecha en el Cono Sur. Según los datos disponibles, en ninguno de estos países, excepto quizás en Bolivia, las fuerzas de izquierda tienen posibilidad de canalizar de inmediato el fracaso del fascismo, pero se puede esperar, por lo menos, cambios de dirección del bastión político. La preocupación con esa situación ha llevado a la proposición de un cambio de la política norteamericana en el continente y a un intento de la socialdemocracia de crear una alternativa democrática para una ruina previsible de los gobiernos de fuerza.

El esquema general que bosquejamos revela que vivimos, hasta la recuperación económica que se efectuó en 1976, una coyuntura histórica muy favorable para las fuerzas del progreso. Sin embargo, esto no nos debe traer un optimismo muy grande. En su conjunto, parece que se están fortaleciendo sobre todo fuerzas reformistas y centristas. Por su inmadurez, la izquierda latinoamericana ha desgastado sus fuerzas en intentos políticos estratégicamente equivocados como el foquismo, se ha dejado atraer por movimientos ideológicamente confusos, se ha consumido en el sectarismo, se ha aislado de las masas y de sus luchas cotidianas. En otras partes, como en Chile, ha puesto en tensión todas sus fuerzas y ha logrado identificarse con las grandes masas del país, pero se ha visto atacada duramente por un enemigo muy poderoso al que no quiso o no pudo liquidar. Todo indica sin embargo que la Unidad Popular conserva el liderazgo ganado anteriormente y tiende a extender incluso su área de influencia en el país, a largo plazo. En este cuadro,

no fue posible que la crisis de 1974-75 provocase cambios muy radicales en América Latina. Pero en la medida que tales cambios no se dan ningún problema esencial será resuelto y los gobiernos de centro y centro-izquierda que se produzcan se verán desgastados políticamente. En tal situación, el fascismo puede recuperar a mediano plazo sus fuerzas y realizar una ofensiva aún más brutal en nuestros países, con apoyo internacional creciente, puesto que esta situación asume una extensión mundial.

Un factor decisivo para la victoria de las fuerzas progresistas en el continente será su capacidad de acumular fuerzas en el difícil año político de 1977, cuando el gobierno de Carter desencadenará una ofensiva ideológica en el continente para utilizarlo en los años de 1978-79, en los cuales el sistema capitalista deberá entrar en una crisis internacional de gravísimas consecuencias. Esta crisis desarmará muchos esquemas y producirá innegablemente situaciones revolucionarias de consecuencias decisivas para la historia de la humanidad.

La opción continúa siendo la misma a pesar de los cambios de coyuntura que favorecen a corto plazo a los gobiernos y movimientos de centro-izquierda: la profunda crisis latinoamericana no puede encontrar solución dentro del capitalismo. O se avanza revolucionaria y decididamente hacia el socialismo y se abre un camino de desarrollo y progreso para las amplias masas de nuestros países, o se apela a la barbarie fascista, única capaz de asegurar al capital las condiciones de supervivencia política por un cierto tiempo para que pueda continuar su desarrollo dependiente, basado en la superexplotación de los trabajadores, la desnacionalización de nuestra economía, la exclusión de vastos sectores de la pequeña burguesía, la aventura exportadora en detrimento del consumo de las masas nacionales. Tal tipo de “desarrollo económico” solo podrá imponerse con apoyo a la más bárbara tiranía.

GLOSARIO DE SIGLAS

AAA:	Alianza Anticomunista Argentina
AD:	Acción Democrática
AFL-CIO:	American Federation of Labor and Congress of Industrial Organizations
AID:	Agency for International Development
ALALC:	Asociación Latinoamericana de Libre Comercio
BID:	Banco Interamericano de Desarrollo
BM:	Banco Mundial
CEBRAP:	Centro Brasileiro de Análise e Planejamento
CECLA:	Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos
CELA:	Centro de Estudios Latinoamericanos
CEPAL:	Comisión Económica para América Latina y el Caribe
CEREN:	Centro de Estudios de la Realidad Nacional (Universidad Católica de Chile)
CESO:	Centro de Estudios Socioeconómicos
CIA:	Central Intelligence Agency
CIES:	Consortio de Investigación Económica y Social
CIF:	Cost, Insurance and Freight
CIOSL:	Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres
CLACSO:	Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
CNUCYD:	Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo
COLINA:	Comando de Liberación Nacional

COMECON:	Consejo de Ayuda Mutua Económica
DC:	Democracia Cristiana
DIA:	Dirección de Inteligencia de las Fuerzas Armadas Norteamericanas
EDUCA:	Editorial de las Universidades Centroamericanas
ELN:	Ejército de Liberación Nacional
ERP:	Ejército Revolucionario del Pueblo
FACE/UFMG:	Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Federal de Minas Gerais
FMI:	Fondo Monetario Internacional
FOB:	Free on Board
FRAP:	Frente de Acción Popular
GATT:	General Agreement on Tariff and Trade
GI:	General Infantry
IBM:	International Business Machines
ILPES:	Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social
ITT:	International Telephone & Telegraph
MARV:	Maneuverable Reentry Vehicle
MCE:	Mercado Común Europeo
MEP:	Movimiento Electoral del Pueblo
MIR:	Movimiento de Izquierda Revolucionario
MIRV:	Movement Independent Reentry Vehicle
MIT:	Massachusetts Institute of Technology
MPLA:	Movimiento Popular de la Liberación de Angola
MR-13:	Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre
NACLA:	North American Congress Latin American
NEP:	Nueva Política Económica
NRA:	National Recovery Act
OAS:	Organisation de l'Armée Secrète
OCDE:	Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos
OEA:	Organización de Estados Americanos
OIT:	Organización Internacional del Trabajo
OLAS:	Organización Latinoamericana de Solidaridad
OPEP:	Organización de Países Exportadores de Petróleo

ORIT:	Organización Regional Interamericana de Trabajadores
ORM-POLOP:	Organização Revolucionária Marxista - Política Operária
OTAN:	Organización del Tratado del Atlántico Norte
PCCh:	Partido Comunista Chino
PCUS:	Partido Comunista de la Unión Soviética
PIDE:	Policía Política del Salazarismo
PCR:	Partido Comunista Revolucionario
PS:	Partido Socialista
PSD:	Partito della Social Democrazia
R&D:	Research and Development
SALT:	Strategic Arms Limitation Talks
SELA:	Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe
SID:	Servicio de Inteligencia Italiano
SCLC:	Southern Christian Leadership Conference
SNCC:	Student Nonviolent Coordinating Committee
TNEC:	Temporary National Economic Committee
TIAR:	Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca
TWA:	Trans World Airlines
UNAM:	Universidad Autónoma de México
UNB:	Universidad de Brasilia
UNCTAD:	United Nations Conference on Trade and Development
UP:	Unidad Popular
URSS:	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

ÍNDICE

IMPERIALISMO Y DEPENDENCIA

PRÓLOGO, Carlos Eduardo Martins IX

IMPERIALISMO Y DEPENDENCIA

PRÓLOGO 3

INTRODUCCIÓN 7

1. Imperialismo y corporaciones multinacionales 7

2. La crisis del imperialismo..... 11

3. Dependencia y revolución..... 19

Primera parte

LAS CONTRADICCIONES DEL IMPERIALISMO

I. EL IMPERIALISMO CONTEMPORÁNEO

Y SUS CONTRADICCIONES 35

1. Nota sobre la lucha de clases en el plano internacional 35

2. El proceso de integración monopólica mundial..... 47

3. La contradicción principal del imperialismo contemporáneo 56

4. Las manifestaciones de la contradicción principal 63

5. Los países dependientes 73

II. LA CORPORACIÓN MULTINACIONAL:

CÉLULA DEL IMPERIALISMO CONTEMPORÁNEO 79

1. Concepto de la empresa multinacional..... 79

2. Un balance cuantitativo.....	90
3. La evolución de la empresa internacional.....	96
4. Los vínculos orgánicos con las economías “huéspedes”	103
5. Las contradicciones del multinacionalismo.....	109
6. La empresa multinacional y la división internacional del trabajo.....	114
7. Dificultades y contradicciones de la nueva división internacional del trabajo	119
III. LA CORPORACIÓN MULTINACIONAL Y LA ECONOMÍA MUNDIAL	
IV. CONCENTRACIÓN Y MONOPOLIO EN ESTADOS UNIDOS	136
1. Tecnología y dimensión de la empresa	140
2. Nuevas formas de concentración	144
3. Movimiento <i>antitrust</i> y movimiento socialista	151

Segunda parte

LA CRISIS DEL IMPERIALISMO

V. TEORÍA DE LAS CRISIS ECONÓMICAS	159
1. Planteamiento general del problema	159
2. Las teorías de las crisis	162
3. La teoría marxista de la crisis	170
4. Los efectos de los cambios de la posguerra en el ciclo.....	177
5. El auge de posguerra y sus limitaciones.....	185
6. La nueva crisis capitalista y los elementos de la coyuntura internacional	193
VI. 1967-75: LA CRISIS GENERAL DEL CAPITALISMO Y SUS CARACTERÍSTICAS.....	197
VII. LA CRISIS GENERAL DEL CAPITALISMO. PRIMERA FASE: 1967-71	203
1. El reconocimiento de la crisis.....	203
2. La economía de guerra y sus límites	204
3. La combinación de inflación y recesión.....	208
4. Consecuencias de la crisis para la política externa norteamericana	213

5. La nueva estrategia y sus dificultades.....	219
VIII. 1972-73: LA RECUPERACIÓN ECONÓMICA Y SUS LÍMITES ...	224
1. La recuperación económica en Estados Unidos	224
2. La situación en Europa y Japón.....	230
3. El bloque socialista durante la crisis.....	232
4. ¿Cómo se afecta a América Latina?	233
IX. 1974-75: LA GRAN DEPRESIÓN.....	237
1. Las causas de la depresión y su significado	237
2. Características de la depresión de 1974-75	241
3. ¿Hay soluciones dentro del sistema?	257
X. LA CRISIS POLÍTICA Y EL AVANCE	
DE LA SOCIALDEMOCRACIA.....	263
1. El ascenso de la socialdemocracia y su radicalización	269
2. La política del imperialismo.....	285
XI. LOS PAÍSES SOCIALISTAS, SUS DIVERGENCIAS INTERNAS	
Y LOS PARTIDOS COMUNISTAS	292
1. Las diferencias sino-soviéticas.....	292
2. Evolución de la línea política de los partidos comunistas	295
3. Antecedentes de la unidad comunista-socialista	299
4. La URSS como potencia y las perspectivas militares	301
XII. LA TENDENCIA A LA RADICALIZACIÓN:	
EL FASCISMO Y EL ULTRAIZQUIERDISMO	316
1. Renacimiento del fascismo.....	316
2. La radicalización hacia la izquierda: el maximalismo.....	323

Tercera parte

DEPENDENCIA Y REVOLUCIÓN

XIII. LA TEORÍA DEL DESARROLLO Y SU CRISIS.....	331
1. Los supuestos de la teoría del desarrollo.....	332
2. Modelo y formalismo	334
3. Los obstáculos del desarrollo	335
4. Utilización óptima de los recursos.....	336
5. Ideología del desarrollo	338
6. Algunas conclusiones sobre la teoría del desarrollo.....	338

XIV. EL MODELO DE DESARROLLO DE AMÉRICA LATINA ENTRA EN CRISIS	340
1. Las condiciones históricas del subdesarrollo	340
2. El camino del desarrollo.....	341
3. La crisis del modelo de desarrollo.....	344
4. Conclusiones	353
XV. HACIA UN CONCEPTO DE DEPENDENCIA	355
1. Dependencia y estructuras internas.....	355
2. ¿Qué es la dependencia?.....	361
3. Importancia del enfoque para la teoría del desarrollo.....	365
XVI. LA ESTRUCTURA DE LA DEPENDENCIA	368
1. Las economías exportadoras.....	370
2. La nueva dependencia.....	371
3. Efectos sobre la estructura productiva.....	377
4. Algunas conclusiones: la reproducción dependiente.....	379
XVII. DEPENDENCIA ECONÓMICA Y TRANSFERENCIA INTERNACIONAL DE RECURSOS.....	382
1. Los precios internacionales: mecanismo de expropiación	383
2. Los servicios: otro mecanismo de expropiación.....	386
3. La exportación de capitales. La explotación directa de la fuerza de trabajo internacional.....	389
4. Los mecanismos acumulativos de la dependencia: la deuda externa y la “ayuda” internacional.....	391
5. Brasil: un modelo de balance exterior negativo.....	394
XVIII. ANTECEDENTES TEÓRICOS DEL CONCEPTO DE DEPENDENCIA	397
1. Colonialismo, imperialismo y monopolio en <i>El capital</i>	398
2. De la II Internacional a la tradición leninista	405
3. El capitalismo colonial según André Gunder Frank.....	414
XIX. LA CUESTIÓN DE LA TEORÍA DE LA DEPENDENCIA.....	424
1. ¿Existe una situación de dependencia?	429
2. Hacia un estudio dialéctico de la dependencia.....	436
XX. DEPENDENCIA Y CRISIS ECONÓMICA	442
1. El problema teórico.....	442
2. La economía exportadora	443

3. Comparación con algunas teorías.....	451
4. Los cambios de la posguerra y los ciclos de coyuntura internos ...	456
5. Hacia una teoría de las crisis en los países dependientes.....	463
XXI. LAS CARACTERÍSTICAS GENERALES	
DE LA CRISIS LATINOAMERICANA.....	469
1. América Latina, diagnóstico de una situación.....	475
2. Las clases dominantes frente a la crisis.....	479
3. Las clases populares frente a la crisis.....	487
XXII. TIPOS DE CAMBIO, CLASES Y FUERZAS SOCIALES	495
1. Algunas aclaraciones	495
2. Los nuevos personajes sociales del desarrollo.....	498
3. El nuevo capital internacional.....	499
4. El capitalismo de Estado.....	503
5. El movimiento popular	510
XXIII.LA NUEVA DEPENDENCIA	
Y LAS ALTERNATIVAS DE CAMBIO	524
1. La nueva división internacional del trabajo.....	525
2. La dependencia negociada	530
3. Algunas variantes del modelo	533
4. El modelo socialista.....	538
5. Una visión de conjunto	551
XXIV. EPÍLOGO: AMÉRICA LATINA EN LA COYUNTURA	
DE LA GRAN DEPRESIÓN	554
1. La crisis económica y América Latina.....	554
2. Tendencias y perspectivas de la coyuntura.....	559
GLOSARIO DE SIGLAS	569

Este volumen se terminó de imprimir el mes de mayo de 2011,
En los talleres de Fundación Imprenta de la Cultura, Guarenas, Venezuela.
En su diseño se utilizaron caracteres roman, negra, seminegra y cursiva
de la familia Adobe Minion, tamaños 8.5, 9, 10, 11, 12 y 13.
La edición consta de 3.000 ejemplares.



Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Cultura**

Carlos Eduardo Martins

Doctor en Sociología
(Universidad de São Paulo). Profesor de la
Universidad Federal de Río de Janeiro.
Jefe del Departamento de Ciencia Política
(UFRJ). Co-coordinador de *Latinoamericana:
Enciclopedia Contemporánea de América
Latina y el Caribe* (2006) - Premio Jabuti 2007
Libro del Año (Brasil). Coeditor de *A América
Latina e os desafios da Globalização: ensaios
dedicados a Ruy Mauro Marini* (2009).



En la portada: Composición a partir de imágenes
digitales intervenidas.

Theotonio dos Santos

Publicado por primera vez en 1978, *Imperialismo y dependencia* constituye un clásico de las ciencias sociales en Latinoamérica con proyección internacional. Su autor, Theotonio dos Santos (Minas Gerais, Brasil, 1936), agrupa y reelabora trabajos anteriores que dieron pie a la presente obra. El pensamiento de Dos Santos se mantiene vigente tomando en cuenta sus postulados fundamentales, vinculados con la escuela de pensamiento de la cual es su fundador y principal exponente: la teoría de la dependencia, la cual ha ampliado y enriquecido la discusión en el mundo contemporáneo con sus aportes para la formulación de una teoría del sistema económico.

Entre los temas más relevantes que estudia *Imperialismo y dependencia* se encuentran: la crisis y posterior desintegración del período imperialista de la posguerra de 1945, bajo el dominio de Estados Unidos, y los proyectos en pugna para la reconversión de la economía mundial; y el análisis de la crisis del pensamiento y de la ideología hegemónica estadounidense, que abarca la crítica al keynesianismo, la teoría del desarrollo y el pensamiento geopolítico de la Guerra Fría. Con relación a América Latina, esta obra destaca las características histórico-estructurales de la región y sus etapas de desarrollo y las limitaciones de la dependencia industrial.

Para el autor, el campo socialista merece particular atención, pues representa una fuerza global que se manifiesta de múltiples formas: de Estado, de fuerzas políticas e ideológicas o de movimientos sociales. Asimismo, Dos Santos enfoca su estudio en las fuerzas políticas e ideológicas más importantes del proletariado y construye su mirada desde un enfoque ofensivo como el reto del socialismo para su puesta en práctica.

COLECCIÓN CLAVES POLÍTICAS DE AMÉRICA

República Bolivariana de Venezuela

Fundación



Biblioteca Ayacucho

ISBN: 978-980-276-490-7



9 789802 764907

